



UNIVERSITAT<sub>DE</sub>  
BARCELONA

## De madres y de expertos: Saber/poder en el discurso *psi* sobre el cuidado materno

Claudia Calquín Donoso



Aquesta tesi doctoral està subjecta a la llicència **Reconeixement 3.0. Espanya de Creative Commons.**

Esta tesis doctoral está sujeta a la licencia **Reconocimiento 3.0. España de Creative Commons.**

This doctoral thesis is licensed under the **Creative Commons Attribution 3.0. Spain License.**

Universidad de Barcelona  
Facultad de Filosofía  
Filosofía Teórica y Práctica  
Programa de Doctorado en Ciudadanía y Derechos Humanos  
Línea de Investigación género, diferencia y alteridad

Tesis Doctoral

De madres y de expertos: Saber/poder en el discurso *psi* sobre el cuidado materno.

Directora  
Dra. Josefina Birulés B.

Doctoranda  
Claudia Calquín Donoso

# INDICE

<b>1. Introducción</b>	<b>8</b>
1.1. Cuidados, mujeres y biopolítica	14
1.2. La familia y lo social	15
1.3. Hacia una historia del cuidado y el <i>amor de madre</i>	16
1.4. La sospecha	22
1.5. Las preguntas de investigación	24
1.6. Objetivos	25
1.7. Estructura de la investigación	25
<b>2. Apuntes metodológicos: el Saber/Poder</b>	<b>27</b>
2.1. La teoría y el poder.	28
2.2. Pensando de otro modo.	29
2.3. La crítica foucaultiana I	34
2.4. La crítica foucaultiana II: de la arqueología del saber a la genealogía del poder.	38
<b>3. Giros foucaultianos: biopolítica, neoliberalismo, mercantilización de la vida</b>	<b>50</b>
3.1. La biopolítica y la gubernamentalidad: el liberalismo económico y la sociedad de mercado	52
3.2. El neoliberalismo y la inversión de <i>laissez-faire</i> : la sociedad de mercado y el <i>homo economicus</i>	54
3.3. De dispositivos biopolíticos: disciplina y seguridad	59
3.4. Seguridad	64
3.5. Biopolítica, Empresarización de la vida, privatización del bienestar y el género	65
3.6. Re-familiarización de lo social	72
<b>4. El simulacro de la Guerra Fría: un nuevo campo semántico para una anatomopolítica del género y la domesticidad contemporánea.</b>	<b>77</b>
4.1. Los debates de la cocina	80
4.2. Un nuevo orden mundial: la lucha de los pueblos libres contra los pueblos esclavos	81
4.3. Bienvenido Mr. Marshall.	86
4.4. El anticomunismo, el macartismo y el régimen familiar heterosexual	90
4.5. Macartismo, un nuevo régimen visual y la nariz de Grace Kelly	94
4.6. Variaciones. ¿Hacia una nueva carne?	98
4.7. Del cuerpo mutilado al último hombre en la tierra	107
4.8. Políticas del miedo, la guerra psicológica y la seguridad. Intersecciones entre dispositivos “sex” y “psi”: de la Representación a la Simulación.	112
4.9. Rebobinando la cinta: la emergencia de un régimen visual en la psicología	120
4.10. Del control de la conducta al control de las masas	129

4.11. Control molecular	131
4.12. Anfetaminas y domesticidad speed	134
4.13. Tecnologías literarias <i>psi</i> de posguerra	136
<b>5. Domesticidad en guerra</b>	<b>145</b>
5.1. <i>The family of man</i> : la familia nuclear en la era nuclear.	146
5.2. Inflexiones domésticas	152
5.3. Del <i>ángel del hogar</i> al movimiento de economía doméstica: la casa y la maternidad científica	153
5.4. Casas, casas y más casas: las políticas keynesianas, el estado de bienestar y la construcción de un hogar moderno	165
5.5. Políticas keynesianas y emergencia del estado de bienestar. Consumo y refamiliarización de lo social	170
5.6. El Plan Beveridge y la construcción de la dependencia de las mujeres	178
<b>6. La posguerra y el nacimiento de un nuevo objeto de estudio: los cuidados y el apego</b>	<b>183</b>
6.1. Un nuevo régimen del yo	190
6.2. El informe, la infancia desvalida y las madres	206
6.3. Una cuestión de métodos: la ruptura de John Bolwby	219
6.4. Inventando (Ia) Naturaleza I: los bebés y los organismos cibernéticos.	223
6.5. Inventando (Ia) Naturaleza II: bebés y monos	231
6.6. Inventando (Ia) Naturaleza III: madres y aves	237
6.7. Finalizando	
<b>7. Conclusiones</b>	<b>246</b>
<b>8. Bibliografía</b>	<b>276</b>

*“Mujer para mujeres: en la mujer se mantiene siempre la fuerza productiva del otro, en particular de la otra mujer. En ella, matricial, acuñadora-donadora, ella misma su madre y su hijo, ella misma su hija-hermana. Me dices ¿y la que de una mala madre es la progenitura histérica?*

Todo cambiará cuando la mujer de la mujer a la otra mujer. En ella, latente, siempre dispuesta, hay fuente, y lugar para la otra. La *madre* también es una metáfora: es preciso, basta con que a la mujer le dé otra mujer lo mejor de sí misma para que la mujer pueda amarse y devolver con amor el cuerpo que le ha “nacido”. Tú si quieres, tócame, acaríciame, dame .tú la viva sin nombre, incluso yo como yo misma. Al igual que la relación a la infancia (la niña que fue, que es, que hace, rehace, deshace, en el lugar en que incluso se otra), la relación a la “madre” como delicias y violencias no está cortada” (Hélène Cixous, *La Risa de Medusa*)

## RESUMEN

El trabajo de investigación doctoral que presentamos a continuación se centra en la construcción socio/sexual del cuidado materno y el amor de madre, en el periodo histórico de la segunda posguerra mundial (1945-1960). La tesis que se propone es que lo materno es resultado de una serie de conexiones entre saberes y políticas, así como de múltiples tecnologías materiales y semióticas por medio de las cuales se produce, se regula y organiza una forma de *domesticidad* y *maternidad* estrechamente vinculada a la emergencia de la sociedad de consumo y que marcó una ruptura respecto a los modelos anteriores. El cuidado y el amor de madre se piensan menos como experiencias construidas por las mujeres, que resultados de intervenciones ajenas, en función de determinados intereses políticos, económicos, ideológicos o religiosos y de modo puntual en este trabajo, de un conjunto de demandas provenientes del campo *psi* y sus alianzas con el Estado y el mercado. La pregunta que guió el desarrollo de la investigación es ¿cuáles son las articulaciones históricas entre saber y poder que conforman la experiencia del cuidado materno realizado por las mujeres?

De modo puntual, y siguiendo la tesis de Michel Foucault respecto a las relaciones entre saber y poder – saber/poder- se analiza la emergencia de un nuevo objeto de conocimiento en el campo de las disciplinas *psi* (*psicoanálisis*, *psicología* y *psiquiatría*), resultado de lo que se llamó el *giro hacia la madre de la teoría psicoanalítica*, impulsado por un grupo de psicoanalistas refugiados por la guerra en E.UU. Este giro supuso la emergencia de una nueva *formación discursiva* y por consiguiente la construcción de un nuevo objeto de conocimiento: el *apego*. Siguiendo el modelo genealógico propuesto por el filósofo francés, se reconstruyeron las condiciones de posibilidad histórica de esta nueva formación discursiva así como las transformaciones de las propias reglas de formación del discurso *psi* que permitieron dar un salto cualitativo en su desarrollo teórico, y una transformación sustancial de sus objetos, metodologías y explicaciones.

Con este objetivo se analizó un fragmento de la historia de las mujeres occidentales así como un fragmento de la historia del campo *psi* vinculadas a la emergencia a partir de las guerras mundiales, de un modelo de feminidad llamado el *modelo de la domesticidad*, en medio de lo que Susan Sontag (2005) llamó una *imaginación del desastre*. Para ello se analizaron las condiciones históricas de la guerra fría, así como el nacimiento del estado de bienestar y la tecnificación y automatización de la casa y los trabajos reproductivos.

El modelo occidental de la domesticidad de posguerra fue a la vez el resultado de los movimientos de la guerra fría y un locus de enunciación a través del cual se performaron sus imaginarios, especialmente el del *american way of life*. Esta domesticidad vinculó los múltiples deseos de las mujeres en un deseo monolítico de familia, privacidad y consumo y a través de ella se corporalizaron unas tecnologías de poder específicas dirigidas a gobernar la vida y la reproducción, construyendo

cuerpos femeninos bajo lo que Rich (1986) llamó el *imperativo heterosexual* y Wittig (2005) la *heterosexualidad obligatoria*.

Fueron tres los movimientos que hicieron posible la aparición de este nuevo objeto de estudio (superficie de formación) y la epistemologización de los objetos del psicoanálisis: las propias limitaciones de las reglas del discurso clínico psicoanalítico y que Bolwby modificó profundamente a partir de la introducción de la observación experimental , por otro, las condiciones históricas de la guerra fría y finalmente, la alianzas socio-técnicas del psicoanálisis con las ciencias de la información y las máquinas de guerra –que en tiempos de paz se diversificaron además como máquinas domésticas-.El campo *psi* sufrió todo un proceso de modificación de sus objetos, sus metodologías y su función social, al incorporar dentro de sus explicaciones las tecnologías semióticas de guerra –como la teoría cibernética y el lenguaje de códigos- erigiéndose en un dispositivo de control tanto de la normalidad como de la anormalidad, a través de un movimiento en que el mundo interior y las emociones pasaron a ocupar un lugar central en la producción y reproducción capitalistas.

Finalmente se plantea que las relaciones entre la historia de la psicología y la historia de las mujeres, pueden dar las claves para comprender los nuevos modos de subjetivación que emergen con el capitalismo pos-fordista, también que el cuidado y el amor de madre caben ser comprendidas como ficciones políticas encarnadas y que es preciso comprenderlas desde un proceso de ciborgización de lo *psi*, pues tanto las identidades femeninas como la identidad de este campo - su visibilidad así como sus modos de existencia - no pueden ser pensado sin la participación de los animales como de las máquinas.



# **1. INTRODUCCIÓN**

...(será preciso demostrar un día como las relaciones intrafamiliares, esencialmente en la célula padres-hijos, se han “disciplinado”, absorbiendo desde la época clásica esquemas externos, escolares, militares y después médicos, psiquiátricos, psicológicos, que han hecho de la familia el lugar de emergencia privilegiada para la cuestión disciplinaria de lo normal y anormal)...(Foucault, 1985, p.219)

Si pensamos en la diversidad de planteamientos, teorías y ensayos que se han escrito sobre los cuidados maternos -noción reciente, que ha venido a desplazar lo que comúnmente se ha nombrado por crianza-, se aprecia, que el cuidado como problema es y ha sido, objeto de una fecunda producción literaria, ya sea vinculada a las teorías médicas, a las ciencias humanas, o los discursos políticos, entre otros, y que se ha ido desarrollando a la par de una preocupación creciente por parte del Estado (especialmente en los países más desarrollados), por darles un sitio en la política pública, a partir de lo que se han llamado las políticas de cuidado; inscritas como una dimensión específica del bienestar social.

Así vemos que el cuidado es objeto de conocimiento como de política -, dos dimensiones que actúan de forma articulada, al modo de un nudo gordiano que Michel Foucault llamó *saber/poder*, y en el que se estrellan modelos teóricos, tecnologías de intervención, imaginarios culturales y demandas sociales.

Estas relaciones nos llevan, asimismo, a las complejas articulaciones del mundo privado y el mundo público, entre el mundo de la producción y el mundo de la reproducción, en que el elemento vida, pasa a ocupar un lugar central. El cuidado, tal como apunta Cristina Carrasco (2001), interroga acerca de la organización social y sus condiciones históricas que hacen posible la sustentabilidad de la vida, por medio del despliegue de toda una esfera emocional y afectiva. En ese sentido el cuidado materno es inseparable de la construcción histórica de lo que entendemos por *amor de madre*.

Como diría Hobsbawm (1998), *el largo siglo XIX*, fue el ocaso de una transformación profunda en los modos de articulación entre esas esferas, doméstica y productiva. Iremos viendo a lo largo de este trabajo, que el cuidado y el amor de las madres, no puede ser pensado fuera de las profundas transformaciones impulsadas por la industrialización, en cuanto ésta generó nuevas demandas al espacio doméstico.

La industrialización fue el elemento central del paso de una economía doméstica, artesanal a una industrial y de producción en masa, siendo sus efectos más espectaculares, la desaparición progresiva en el espacio doméstico de las actividades productivas, la absorción masiva de una mano de obra compuesta en sus orígenes, mayoritariamente por mujeres y niños, y también, un nuevo código relativo a las emociones y el amor, el llamado *amor romántico* o *amor cortés*, y sus personajes, el *ángel del hogar* y el *varón proveedor*.

El amor romántico es una fórmula consistente en la relación entre la separación tajante del espacio doméstico del espacio público, la existencia de un yo personal -una identidad- pensada como fuente de la vida privada y como verdad del sujeto, una rígida división de las identidades de género y

la producción de determinados afectos y modos de expresión de la emocionalidad materna materializados en modelos iconográficos, por ejemplo los del arte impresionista.<sup>1</sup>

Con la industrialización, la casa quedó relegada a una de las tantas dimensiones que ella creó, la afectiva, es decir constreñida a un imaginario de un espacio contenedor lleno de afectos y emociones, construida en oposición al espacio público, a la calle, siempre cargado de imágenes negativas. Las imágenes impresionistas de una casa hogareña, familiar que se construía en torno a la chimenea, atravesaron al conjunto de la sociedad, conformándose como un espacio en el que resaltaban las huellas de la protección, la intimidad, la calidez y la bondad transformándose además, en objeto de una poética. Para Bachelard (2000) la casa es “nuestro rincón del mundo. Es —se ha dicho con frecuencia- nuestro primer universo. Es realmente un cosmos. Un cosmos en toda la acepción del término. Vista íntimamente, la vivienda más humilde ¿no es la más bella? Los escritores de la “habitación humilde” evocan a menudo ese elemento de la poética del espacio. (p.28)

Junto a todas estas transformaciones que acompañaron la historia del capitalismo, a partir del siglo XIX, el cuidado y las prácticas de crianza, se hicieron co-extensivas a las *ideologías científicas* (Canguilhem, 2005) del progreso y la civilización. La norma de lo que era un hogar adecuado, un “buen hogar”, estuvo muy vinculado al problema de la mortalidad infantil y a los proyectos socio-políticos impulsados por el estado social dirigidos a disminuir su alarmante prevalencia, cuestión que hasta el siglo XX constituyó una seria amenaza al desarrollo del capitalismo industrial, que como sabemos, necesitaba de ingentes cantidades de mano de obra.

Si pensamos en estos elementos políticos, culturales, económico-sociales y afectivos desde una lectura que nos brinda Michel Foucault, ¿es posible reconocer, una esfera biopolítica del cuidado y el amor de madre?, es decir una esfera en el que se pone en juego el gobierno y la gestión de la vida, y con ello, su sustentabilidad. Es claro, que los estudios foucaultianos que han hecho de la biopolítica una preocupación central en el análisis histórico del cuerpo social, han puesto el acento en las estrategias vinculadas al aparato estatal (estado social) y eclesiástico (filantropía), desestimando el hecho de que los cuerpos de la biopolítica, son cuerpos que emergen en medio de una ecología política-sexual, y a lo que Pateman (1995) llamó un *contrato sexual* y en el. Las perspectivas feministas asumen que esta esfera reproductiva es “fuente de creación de valor y explotación” (Federici, 2010, p.16)<sup>2</sup>. De acuerdo a Preciado (2008) la llamada división sexual del trabajo no trata sobre divisiones sencillas en que a las mujeres se le asigna la esfera de la reproducción y a los varones la esfera de la producción, se trata de una cuestión mucho más

---

<sup>1</sup> Ver la obra de la artista Francesca Berthe Morisot 1841-1895

<sup>2</sup> Para Federici (2010) “el análisis de Foucault sobre las técnicas de poder y las disciplinas a las que el cuerpo se ha sujetado ignora el proceso de reproducción, funde las historias femenina y masculina en un todo indiferenciado y se desinteresa por el «disciplinamiento» de las mujeres, hasta tal punto que nunca menciona uno de los ataques más monstruosos contra el cuerpo que haya sido perpetrado en la era moderna: la caza de brujas.” (p.17)

compleja, en sus palabras : “las mujeres tienen a su cargo una tarea fundamental, sin la cual el equilibrio erótico político de la heterosexualidad se colapsaría inmediatamente: las mujeres se ocupan de llevar a cabo una dermatología política generalizada, Cuidan la piel del mundo” (p.226)

Tal como apuntó Foucault, es imposible pensar la historia reciente del capitalismo sin su relación con las estrategias dirigidas al espacio doméstico y de modo puntual, al cuidado de la familia, entre las que se destacan las estrategias salubristas y de ordenamiento urbano. La medicina social supuso que los grandes problemas epidemiológicos que aquejaban a la ciudad eran posibles de controlar y erradicar por medio del control del ambiente y la higiene de las clases populares, pero también creó las bases para la emergencia de una nueva subjetividad, atada al trabajo asalariado, pensado como una relación social basada en la racionalización del tiempo y la sedentarización del trabajo por medio de la fijación espacial a la fábrica. Esto acompañó la emergencia de también nuevas formas de experimentar las emociones, la socialidad familiar y la producción de cierto tipo de –y no otro- amor de madre igualmente, regulado y vigilado por tecnologías de poder específicas (leyes, normas, espacios, etc) como también, por tecnologías literarias, existentes hasta la actualidad: los manuales de expertos sobre la crianza infantil.

Pensado de esta forma este orden biopolítico del cuidado, a la par que ha servido para gestionar la vida, también ha expresado otras formas del gobierno de la subjetividad de las mujeres que de algún modo se vinculan pero también se alejan de lo que Foucault (1998) estudió en *La voluntad de saber - histerización del cuerpo femenino-*: y que podríamos llamar la *maternalización del cuerpo femenino*. Si pensamos esta lectura de Foucault desde las teorizaciones feministas, cabe la posibilidad de pensar esta maternalización como un dispositivo de subjetivación sexopolítico que se dirige a la producción de la diferencia binaria entre lo femenino y lo masculino, elevando dicha diferencia no sólo a una dimensión natural-biológica, sino que también trascendental, en el sentido de estar más allá de todo orden cultural o histórico. Este dispositivo implica además que los desvíos de las mujeres –como la elección por la no maternidad o formas no normativas de crianza, maternaje y cuidado- pasan a ser objeto de un régimen de traducción experta (teorías, intervenciones, manuales, taxonomías, etc.) que ve en ellos, las manifestaciones de la monstruosidad, y que frente a la falta del correlato físico o un código visual/corporal que marque dicha ominosidad, como en el caso de la monstruosidad sexual – en que el transexualismo es su paradigma- se comienza a apelar a un código interno, invisible, a una psiquis no bien formada, a una psicopatología, que al igual que el primero, se vuelve objeto de la mirada científica, documental y espectacular<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Durante los meses en que finalizaba este trabajo en Chile, una noticia conmovió y generó un gran revuelo mediático: una niña de 3 años de edad había caído del octavo nivel de un edificio en circunstancia en que se encontraba sola. Al parecer la madre había discutido con el padre. y este en medio de la discusión se habría ido del hogar, la madre lo habría seguido, después de unos 50 minutos la niña al sentirse sola, lo buscó y en esa circunstancia la niña cayó por una ventana abierta. Los periódicos, especialmente la prensa amarilla, sacaron mucho partido del hecho de que según la Fiscalía a la madre se le había realizado la alcoholemia –el test que mide nivel de alcohol en la sangre- y esta habría arrojado niveles positivos. La fiscalía pide 7 años de cárcel efectiva. Para la Defensoría la relevancia que en la formalización se le dió a este hecho, mostraba que

Como veremos el paso de unas formas de construcción de la maternidad a otras en el discurso experto de la ciencia, la medicina y la psicología supuso también la transformación de los mismos modos en que dichos discursos elaboraron sus regímenes de verdad. La psicología y el psicoanálisis articularon sus verdades sobre lo materno a la producción de toda una dimensión discursiva –los manuales de clasificación diagnóstica y los manuales de expertos- y otra, tecno-iconográfica, por medio de la incorporación de las máquinas de cine, las tecnologías de observación –sala gesell- y la incorporación misma de la observación experimental que desplazó el método clínico tan propio del campo *psi*. En este sentido si bien es reconocible un orden *disciplinario* en el cuidado y el amor de madre, es decir una gestión, un control, y una vigilancia de los cuerpos para transformarlos en palabras de Foucault (1985), en unos *cuerpos dóciles* y útiles acordes a las demandas de la producción industrial, es claro que también el pensador francés, pasó por alto la serie de transformaciones de las tecnologías de producción de la subjetividad femenina que se sucedieron desde la Segunda Guerra Mundial, en que las tecnologías del cuerpo se comienzan a mover en otros territorios como las ciencias de la información y las tecnologías domésticas, para dar lugar a la emergencia de una nueva subjetividad, que Haraway (1998) llamó Cyborg.

En nuestro mundo contemporáneo, si bien se habla de una necesidad de visibilizar el cuidado y estudiarlo, adquiriendo cierta importancia en el campo “psi” así como en los estudios de género, pese a ello no es claro que el amor de madre, una de las esferas del cuidado, tenga el mismo lugar. Al parecer se sigue suponiendo que el amor de madre no sólo es universal, sino que los modos de performarlo son igualmente universales e unívocos y que están al margen de las transformaciones históricas, culturales y sociales, es decir que están al margen de la tan bullada construcción social de la realidad. Pese a esa imposibilidad de la psicología para interrogar el amor de madre, es claro que este se ha posicionado como un objeto discursivo recurrente, se habla mucho de él y que al estar inscritas en prácticas profesionales o de intervención social, retornan en las mujeres concretas (especialmente en las más pobres, por ser sujetas privilegiadas de aquellas prácticas profesionales) como “cuidado adecuado”, “habilidades parentales”, “sensibilidad parental”, alegorías con las cuales se invoca una norma social y jurídica sobre los cuidados y el amor, y que desde mi perspectiva obtura o dificulta la posibilidad de las mujeres-madres para formular sus propias fórmulas de crianza, afectos y emociones hacia sus hijos/as.

---

más que realizar un juicio legal lo que se estaba haciendo era un juicio moral. Por otro lado, el padre quedó absuelto y libre, y habría declarado de que en constantes ocasiones le habría dicho a la joven madre que volviera porque la niña estaba sola, como si la responsabilidad por el cuidado de la niña recayera exclusivamente en la madre.

Los casos ya sea de negligencia, abandono o abuso parental son un nuevo objeto de espectáculo de los medios de comunicación y en que se recurre a una interpretación desde los “vicios” de las mujeres. En Chile de forma muy recurrente mueren personas por manejar en estado ebriedad y en general el tratamiento periodístico a este tipo de muertes no adquiere ese cariz moral como en este caso. Más aún unas semanas antes se había difundido la noticia de que se absolvía a un hijo de un diputado de la extrema derecha por haber atropellado –con resultado de muerte- en estado de ebriedad, y no haber asistido a un campesino que transitaba –como suele suceder en los lugares rurales- por la acera del camino.

El amor de madre tiene un estatus extraño en la psicología y en varias disciplinas asociadas al gobierno de los hombres y de lo social, en la medida en que se habla mucho de él, pero no se explica, porque al parecer su misma explicación haría tambalear gran parte de las verdades de la psicología y su estructura epistemológica siempre al borde de su desmoronamiento, especialmente aquella que habita detrás de lo que se llama la etiología de las patologías mentales.

Para mayor claridad expongo esta descripción en un cuadro en el que se señala la disciplina, el dominio al que pertenecen y el campo de intervención.

<b>Disciplina</b>	<b>Dominio</b>	<b>Ámbito en la esfera del cuidado</b>	<b>Campo de Intervención</b>
Psicología	Mente	Afectos/Vínculos madre/hijos	Programas de vinculación temprana (salud) Programa de atención familias "problemáticas" Prevención de riesgos sociales y mentales
Derecho	Ley	Maltrato Infantil Normas sobre parentalidad y funciones parentales.	Leyes generales y específicas
Medicina	Cuerpo	Neonatología Pediatría Enfermería	Programas de vinculación temprana. Pautas y protocolos de alimentación, salud e higiene. Prevención de enfermedades
Trabajo Social	Políticas sociales	Desarrollo social de la familia y la comunidad	Intervención en prácticas de higiene social Prevención de riesgos sociales Intervención en Programas de habitabilidad.

### 1.1. Cuidados, mujeres y biopolítica

Si es posible reconocer un desplazamiento entre vida, cuidados y gestión bio-política, es claro que los desarrollos críticos en torno a los discursos normativos de la crianza han privilegiado a la infancia como sujeto de disciplinamiento y control, cuestión que ha sido abordada por una extensa bibliografía, de la cual cabe destacar los mismos trabajos de Foucault (1985; 2010), Rose (1990,1996), Rodríguez Ocaña (1985, 1998), Burman (1998) entre otros.

Así y frente a las preguntas de Rose (1996) de ¿cómo se estableció una especialidad que estudiaba la relación materna?, ¿de qué manera el lenguaje y las evaluaciones de los expertos llegaron a introyectarse en los individuos, en forma de normas de vida, a la vez gratificantes y persecutorias?, la mayor parte de estos trabajos, lo han hecho desde la perspectiva de la historia de la infancia y la medicalización de la vida infantil, planteando una hipótesis más o menos generalizada de que la familia, sus modos de relación y sus intereses han quedado unidos a obligaciones sociales que tienen por objeto asegurar la continua reproducción y la crianza de un número adecuado de niños saludables y bien adaptados.

En estos trabajos la maternidad no constituye el centro de los análisis, sino que es tratada como un tema que emerge, necesariamente, al pretender estudiar y conocer la situación de niñas y niños. Las lecturas feministas (Tyler-May, 2008; 2012; Ehrenreich, & English, 1990; Palacios, 2003) y especialmente la obra de Elizabeth Badinter (1984) hicieron posible trasladar el foco de atención de los cuidados de la infancia hacia las madres, bajo el argumento de que a lo largo de la historia, la función materna (en cuanto a actitudes, comportamientos, prácticas e incluso sentimientos tal como lo plantea Badinter), es menos una expresión de la capacidad biológica o de repertorios “construidos” por las mujeres, que de intervenciones ajenas, en función de determinados intereses políticos, económicos, ideológicos o religiosos. Estos intereses, de acuerdo a Palacios (2003), han determinado “en mayor o menor medida, el modo en que las madres han de sentir, actuar y comportarse en relación con la generación y crianza de los hijos” (p.10), lo que ha dado origen a una serie de mecanismos y estrategias de adoctrinamiento y divulgación, dirigidos a transmitir lo que estos expertos esperan de las mujeres madres.

Siguiendo a Donzelot (1998) la implementación progresiva de estas estrategias disciplinarias y biopolíticas al interior de las familias, y de modo puntual en la práctica de la maternidad, conformaron lo que él llama el *complejo tutelar*, que implicó durante todo el siglo XIX y XX, posicionar a las mujeres en una nueva dimensión del espacio doméstico: la encargada del gobierno de las familias. Así, las mujeres, se vieron expuestas a un proceso de autonomización, que consistió, principalmente en la debilitación de la figura del patriarca, tan propio del orden soberano. Esta autonomización fue la condición de posibilidad de lo *social*, entendido como un espacio identificado entre las esferas privadas y públicas, es decir una “zona intermedia” y un “un sistema de flotación regulado” (Deleuze, en Donzelot, 1998) que logró configurarse y marcar sus límites, por medio de la articulación de las familias y el estado. Así la familia para subsistir en este entramado público/privado debió por un lado debilitar la figura del padre y por otro, intensificar la figura de la madre,

conformando con ello un triángulo entre la madre, el niño y un nuevo personaje en la novela familiar, el experto.

La elaboración de un *complejo tutelar*, pensado como efecto de las nuevas formas disciplinarias de ejercicio del poder, equivale para Donzelot (op.cit) un deslizamiento de la función de la familia, en el punto de pasar de ser *objeto de gobierno* a un mecanismo por el cual *es posible el gobierno*, deslizamiento efectuado por una serie de transformaciones ocurridas durante el siglo XIX en adelante, en torno a una red de intereses, inquietudes y demandas sobre la familia y la comunidad en general. En esto, las disciplinas *psi* (psicoanálisis, psicología y psiquiatría), legitimaron las nuevas pretensiones de conocimiento y formas de regulación social que subvierten el orden clásico del gobierno político, basado en la soberanía y el derecho; instituyendo un régimen de poder ejercido a través de mecanismos disciplinarios y de la estipulación de normas para la conducta humana (Porton,2001).

Sin lugar a dudas las imágenes de la familia normal, el niño saludable, la buena esposa/madre informan sobre ideales culturales que trascienden los límites de los saberes y prácticas disciplinarias como la psicología y el psicoanálisis, pero también es claro que estos ideales han ido constantemente reformulados y legitimados bajo nuevas modalidades que cada vez más han ido asumiendo el lenguaje, supuestamente alejado y desinteresado de la ciencia, especialmente el de la psicología y la biología, y que han incentivado la producción de ciertos modos de relación –y no otros- de las madres con sus familias. Lo que se gestiona es la relación.

## 1.2. *La familia y lo social*

Desde esta perspectiva, es claro que las relaciones entre la familia y este campo enrarecido que es lo social, no son relaciones sintéticas al modo del encuentro de dos espacios constituidos previamente, tal como se expresa en la idea común en la psicología, de la relación entre familia y sociedad ; por el contrario, una genealogía de esta relación, expresa que lo social no es el afuera de las familias, sino más bien el resultado de la nueva posición que adquirió la familia en relación al surgimiento de las disciplinas de las ciencias humanas, por lo que desde su inicio lo social se imbricó con las familias; lo que nos lleva a afirmar que entre lo social y la familia hay una relación inmanente, que se sostiene en el ejercicio siempre variante de las formas que adquiere el gobierno de la subjetividad.

En ese sentido, la historia de las familias occidentales se ha ido construyendo desde un complejo proceso de flexibilización, dirigido a permitir la entrada de los profesionales/expertos, que han actuado menos sobre los sujetos como individualidades, que en la *relación entre los sujetos*, y en los sujetos y su relación con las instituciones y también, con el mercado. De ahí que a las familias no les ha quedado otra cosa que gestionar la combinatoria de sus relaciones interpersonales, es decir lo que para Castel (1984) es “su capital relacional”. Mientras que para este último autor sin este nexo intenso y conflictivo de relaciones entre cónyuges, padres, hijas/os, hermanas/os, etc. la familia corre el riesgo de convertirse en una estructura totalmente porosa y expuesta a todo tipo de agresiones



del exterior, para Donzelot (op.cit) se trata de un mecanismo que la hace actuar, y cuyo principio es “acoplar una intervención exterior a los conflictos o diferencias de potencial en el interior de la familia” (p.95)

A partir de ello, las mujeres a la vez que han debido disciplinar a sus integrantes, introduciendo por múltiples mecanismos las normas y los objetivos del estado y especialmente, los del estado del bienestar, hasta ahora han debido funcionar de acuerdo a múltiples normas más o menos implícitas y explícitas para los agentes de las ciencias sociales y los/las expertos/as, tal como se muestra en ciertos instrumentos de *examen* (Foucault,1974) propios del campo psicosocial (protocolos de observación, de entrevista, informes psicosociales), en los que se describen los hábitos, costumbres, alimentación, prácticas de higiene y habitabilidad, formas de utilizar el tiempo y el espacio, formas de gestionar los placeres, los afectos y las distancias entre los cuerpos, entre muchos otros.

Así lo que hoy en día se llama una *evaluación psicosocial de las familias*, no es otra cosa que puntuar las normas que la psicología, y los programas de intervención producen en relación a la sostenibilidad de la vida, en el orden del uso del tiempo (horarios y tiempos de comida, de trabajo, de recreación, de ocio, etc.), del uso del espacio (distribución espacial de las generaciones y los subsistemas familiares en la casa y las distancias adecuadas entre los cuerpos), los modos de relación entre sus miembros y también, la relación entre sus miembros y los profesionales.

Con ello, al evaluar los cuidados parentales, lo que se intenta es evaluar el potencial de la familia para articular de forma no problemática los intereses del estado, las demandas del mercado y los deseos individuales es decir, desplegar sus fuerzas sociales. Con esto se ha tratado de modelar y controlar no sólo las prácticas de cuidado sino que también sus significados: el cuidado, como veremos, desde la Segunda Guerra Mundial, adquirió un sentido preciso, que fue la producción de normalidad, de salud y la reducción de los riesgos sociales, a través de prácticas, sentimientos y deseos reguladores que permiten esa “sujeción continua”, propia del régimen de poder erigido por las estrategias biopolíticas.

### 1.3. *Hacia una historia del cuidado y el “amor de madre”*

Pese a la notoria actualidad del estudio del cuidado, esta preocupación no es reciente, ni es el resultado del desarrollo de unos conocimientos descritos en su progreso hacia una sofisticación o complejización del concepto; más bien la historia de la preocupación del cuidado de los hijos, es un elemento que no puede ser pensada fuera del desarrollo del capitalismo y la industrialización.

Si pensamos en lo ocurrido entre los siglos XIX y XX se aprecian *grasso modo* dos momentos, discontinuos, en que el estudio del cuidado ha sido particularmente productivo.

Uno de ellos, está marcado por la hegemonía del *Higienismo*, que como analizaremos fue una fórmula de gobierno del cuerpo, conforme al capitalismo industrial decimonónico. Bajo este paradigma los estados nacionales occidentales comenzaron a organizar las políticas del Estado dirigidas a los grupos más pobres, haciendo suyos muchos de los objetivos y acciones que hasta

entonces eran propios de los grupos de beneficencia y de la iglesia. De este modo la laicización del bienestar social se impuso bajo fuertes argumentos sanitarios y morales, en la medida en que el higienismo se situó en la intersección entre el discurso médico y el moral.

Sin ahondar en los principios y enunciados del higienismo, por ahora es posible aproximarnos a él, como una “teoría social de la enfermedad y una teoría salubrista de lo social”; una corriente de pensamiento abocada al estudio de problemáticas demográficas y poblacionales y con especial atención a los grupos más excluidos como mendigos, trabajadoras sexuales y alcohólicos. (Gutiérrez, 2010)

Para Ruiz & Palacios (1996) el higienismo se constituyó en una ciencia tutelar que

reivindicaba la adopción de medidas higiénicas/sanitarias que la clase médica había de aplicar en el contexto de una sociedad progresivamente masificada, entendiendo la prevención –desde la tutela del estado- como una obligada exigencia de modernización y progreso social (p.37)

En Europa, EE.UU y casi toda Latinoamérica la perspectiva higienista fue el paradigma en la que se sostuvo la construcción del estado-nación y las políticas dirigidas a enfrentar el llamado “problema del pauperismo”. Así el higienismo se constituyó como el fundamento doctrinario de las decisiones políticas de los estados, preocupados por controlar y disciplinar a los sectores populares, con vistas a alcanzar las exigencias de orden y progreso que requería la conformación de un estado moderno.

Se trataba de un poder que operaba menos por la coacción y la fuerza que por la disuasión y el adoctrinamiento. La idea era despertar “el sentimiento de la higiene en la población” (Rodríguez,1999:38) a través de un espectacular aparato propagandístico que se tradujo en publicaciones, revistas, cartillas, programas de radio, etc. (Palacios, 2003) y a través de medios más o menos institucionalizados como fue la educación social en la escuela, la creación de casas correccionales y de maternidad, y que trasladó su dominio del control y prevención de las enfermedades contagiosas en los hogares y en las escuelas, a la formación física, moral e intelectual de la niña y el niño, y con ello, de las familias y las madres.

El éxito de este modelo de interpretación social e intervención estatal, se fundó en su capacidad para operar bajo el manto de la neutralidad y la objetividad de la medicina, es decir, para operar por medio de una medicalización de la vida misma y una despolitización de la conflictividad emergente en el periodo del máximo esplendor del capitalismo industrial. Términos como disciplina y orden, circularon de modo sistemático en los discursos médicos, urbanísticos, políticos y pedagógicos, que hermanados a la idea común de *saneamiento*, se posicionaron como una utopía frente a lo que se entendía como una corrupción del cuerpo y del alma. El higienismo por lo tanto, no velaba únicamente por el bienestar individual, sino por el desarrollo y la estabilidad de la nación entera, cuya base, como es de esperar, se sostuvo en el cuerpo y los hábitos femeninos (Durán, 2009), especialmente los hábitos y conductas de cuidado e higiene de las madres con sus familias.

Citando a Teitelbaum (1998)

gran parte del discurso higienista focalizó su atención en las madres, que revestían una especial importancia: en tanto mano de obra y por su papel de educadoras. Su preocupación por fomentar en las mujeres conductas “higiénicas, amorosas y cuidadosas” contribuyeron a exaltar la importancia del rol maternal, el cual, con algunas modificaciones, llega hasta nuestros días... (p.186)

De esta forma las políticas higienistas de la época situaron el cuerpo de las mujeres como el lugar para combatir la pobreza, la mendicidad, el alcoholismo y la prostitución, los cuatro males sociales que para el pensamiento burgués de la época, eran las causantes de la degeneración de la raza y de la pobreza de las jóvenes naciones.

Esto constituyó, siguiendo las ideas de Donzelot (1998,2007) una verdadera estrategia de familiarización de las capas populares, que se apoyó en las mujeres a través de una herramienta: la vivienda social; y su modo de empleo: excluir a los extraños y promover la entrada del marido y los hijos.

Así, la vivienda social si bien fue uno de los grandes logros del movimiento obrero, bajo el paradigma higiénico se constituyó en un dispositivo por excelencia de domesticación de las sectores populares, que marcó el ocaso de la vivienda obrera colectiva, considerado como un espacio físico que albergaba la pobreza, el alcoholismo, la prostitución, etc., pero también otro peligro aún mayor para la burguesía: las ideas socialistas y anarquistas que circulaban, furtivas, en sus patios y rincones.

La vivienda social en oposición a la vivienda colectiva tuvo dos características: ser algo intermedio entre la guarida y el cuartel, es decir un espacio controlado pero no totalmente cerrado ni que se preste para la total autonomía de las familias, y por otro, reducir la parte social de la vivienda y el parentesco (ampliado) propio del mundo popular (Donzelot, 1998). La vivienda debía ser lo suficientemente pequeña como para que ningún extraño pueda habitarle y a la vez, lo suficientemente amplia como para que los padres pudieran disponer de un espacio separado de los hijos.

Se trató con ello de regular las relaciones entre sexos y edades, es decir darle forma a un tipo de parentesco que cada vez más se hacía nuclear y biológico, por medio de un espacio físico individualizante y disciplinante que situaba a cada uno en su lugar. Un ordenamiento y un control que evocan la figura misma del panóptico y que a la par de otros dispositivos como el “incentivo al ahorro” (op.cit) fueron sin lugar a dudas, uno de los tantos ejes del ordenamiento del cuerpo social ocurrido entre el siglo XIX y el siglo XX.

Medio siglo después, ocurre un movimiento similar, en que la discusión experta sobre el cuidado de las madres y la crianza, se enlaza con nuevas mutaciones económicas, políticas y culturales, y es que el colocará mayor atención este trabajo de investigación.

Existe un consenso entre varias historiadoras (Nash, 2004; Colomina, 2006, Cosse, 2008, Hobsbawm ,1998, Tayler-May, 2006, 2008,2013), de que la Segunda Guerra Mundial, fue el momento de explosión y consolidación de un largo proceso histórico de transformaciones del orden del género y la sexualidad, transformaciones que sin duda fueron protagonizadas por las mujeres. La caída de los nacimientos, el aumento del divorcio y el aumento del trabajo femenino fueron los tres fenómenos que durante un corto tiempo (los que duró la guerra) pusieron en tensión el orden sexual hegemónico.

Una vez instaurada la paz se apreció especialmente en Estados Unidos, un proceso que rewertió dichos avances y en el que se enlazaron, no sin contradicciones, las políticas estatales, la religión, las regulaciones, las ideas de las elites y el discurso médico/psicológico, hacia una tendencia a la restauración del orden sexual y género prebélico, por medio de la reafirmación de la organización doméstica nuclear. De esta forma comenzó a circular en los discursos sociales, especialmente el de los medios de comunicación y propaganda lo que Cosse (2008) denomina el “modelo de familia de la domesticidad”.

El modelo de familia de la domesticidad, inscrita en el recurrente discurso de la domesticidad de las mujeres, estableció un modelo matrimonial y de relación entre padres/madres hijos/as específico que habría estado vigente, en el plano demográfico, hasta los años 60 y 70.

A grandes rasgos y en palabras de Cosse (op.cit) este modelo

dibujaba una familia nuclear reducida, basada en una unión heterosexual, legítima e indisoluble y en la exaltación del amor y la libre elección de la pareja, que demarcó el espacio legítimo de la reproducción y la sexualidad y en la estrecha relación entre padres e hijos, cuyo hogar constituyó un símbolo de la privacidad y la intimidad afectiva y dentro del cual existían diferencias jerárquicas de edad y género. (p.65).

Así, la mujer fue pensada, especialmente por la psicología y el psicoanálisis, desde el ámbito privado, encargada del hogar y de la crianza de las y los niñas/os y al varón, como responsable del sustento económico, de la autoridad dentro de la familia y frente al espacio público.

Si la guerra significó para las mujeres una serie de libertades y espacios de autonomía a nivel reproductivo, laboral y cultural, continuación de las transformaciones que se venían desarrollando desde los años 20 con la figura de la “mujer moderna”, por el contrario, la posguerra representó todo un retroceso que como veremos estuvo a la base del llamado *baby boom*. Una analítica del poder que atravesó las transformaciones del género y la sexualidad en la década de los 50`s y que dieron forma a lo que más tarde Adrienne Rich (1985) llamó el *imperativo heterosexual*, nos lleva a tres condiciones de posibilidad: la automatización del hogar promovida por el reciclaje y reconversión de las tecnologías de guerra, el nacimiento del estado de bienestar y finalmente, la hegemonía que adquirió el *campo psi* como respuesta a las ansiedades sociales de la guerra fría, y que elevaron como objeto de estudio a la relación de la madre con la criatura, bajo el problema general de la crianza y de lo que comenzará a llamarse como el *apego* infantil.

La automatización del hogar fue sin duda uno de los fenómenos más importantes de la posguerra mundial, que no consistió simplemente, como podría pensarse, en trasladar tecnología útil a las necesidades del hogar; fue más bien el desarrollo de estas tecnologías las que fueron conformando un tipo particular de casa y hogar, de necesidades y formas de organizar y utilizar el tiempo y el espacio. El reciclaje de la tecnología de guerra afectó de modo profundo la arquitectura, que ensamblada al movimiento moderno, logró atravesar el imaginario arquitectónico de la producción de viviendas y con ello las definiciones estéticas de la época. Como lo aborda Colomina (2006) la arquitectura moderna tomó prestadas -más bien recicló- las técnicas, los materiales y los sistemas desarrollados por el ejército. La casa de la posguerra cuyo modelo era la casa modelo *Eames*, fue construida a partir de componentes pre fabricados y ensamblado, pensados originalmente para dar albergue a las tropas en guerra, y que hacían de esta “un sistema ligero de almacenamiento desmontable e infinitamente recombinaable que funciona como escenario para una domesticidad sin tregua” (p.31)

De esta forma la casa se ubicó en el centro de una serie de transformaciones culturales cuyo objetivo era vivir de manera “moderna” y de acuerdo a las modalidades de la sociedad del consumo. Pero también fue, según la tesis de Colomina, una extensión de la guerra y una nueva dimensión de la guerra fría: los recordados debates de la cocina protagonizados por Nixon y Jrushchov en el año 1959, curiosamente al interior de una cocina en exposición, hicieron de la tecnología doméstica un signo de la superioridad de EE.UU.

Lo moderno desde esta perspectiva, equivalía a una vida saludable, confortable, urbana y que principalmente incorporaba la técnica, transformando con ello la disposición y las tipologías de vivienda, modificando su conformación, sus usos, y con ellos, las pautas culturales del habitar doméstico. El nuevo símbolo del “vivir mejor”, que se transformó en una obsesión masiva de la posguerra, era una *cyborg*, mujer mitad humana, mitad electromecánica: una mujer-niña cuyo cuerpo se confundía con los artefactos de una cocina tecnificada. (Ballent, 1996)

Con ello se apuntó a consolidar la división sexual del trabajo en el hogar, creando el ideal de la casa como un lugar preparado y equipado para el trabajo de las mujeres, mostrando la paradoja de cómo dentro del ideal de mujer moderna, se hizo compatible la liberación tecnológica y la tradición doméstica.

Por otro lado, el fin de la guerra, para algunos países europeos como Inglaterra, significó fuertes compromisos para la re-construcción de un mejorado y ampliado estado social. El emblemático Plan Beveridge, hito fundador del estado de bienestar moderno, junto con establecer una seguridad social universal que cambiaría el rumbo de millones de sobrevivientes de la guerra, y un movimiento general hacia la utopía del bienestar y la igualdad social, supuso instalar en sus propias lógicas y funcionamientos, las demandas nacionales frente a la catástrofe demográfica producto de las guerras mundiales. Con ello el Plan se sostuvo sobre el incentivo de la natalidad y el matrimonio, es decir sobre un encargo social basada en la división sexual del trabajo, que supuso elevar y comprometer, promover e integrar, en sus acciones dirigidas al bienestar, a la familia heterosexual.

A la vez que el plan garantizaba por primera vez en la historia de lo social, vivienda, salud, jubilación a todos los asalariados abogaba por un incentivo igual de entusiasta, a las familias numerosas y a que las mujeres, “optaran” por ser dueñas de casas.

Finalmente la época de posguerra fue testigo de uno de los giros más importantes realizado en la institución psicoanalítica, el llamado *giro hacia la madre*, que marcó toda una época del psicoanálisis y sus lecturas sobre el desarrollo infantil y la personalidad. Los trabajos iniciados por Ana Freud en pleno bombardeo de Londres, y después por John Bolwby, James Robertson, Mary Ainswood y Donald Winnicott son una muestra más, de los muchos estudios menos bullados, que datan de esta época, en que se insistió por múltiples mecanismos discursivos, en la importancia de los cuidados físicos y psicológicos en el desarrollo conductual y emocional de los infantes. Con este giro, el gobierno de las madres introdujo un nuevo elemento: el psiquismo y el desarrollo del yo. Así para lograr el ideal de una buena madre ya no bastaba con las prácticas de higiene y control de las enfermedades; lo que se puso en juego durante la posguerra, fue un *amor de madre* que se debatió en medio de la tensión de los nuevos ideales de subjetividad promovidos por el liberalismo económico, la autonomía personal y el *american way of life*, los nuevos paradigmas asumidos por la biología -la cibernética y los sistemas de control- y finalmente, los fantasmas del abandono infantil enlazado a una infancia dañada y desvalida, tan propios del imaginario cultural de posguerra.

Con ello se desarrollaron los primeros intentos de formular una teoría general de base biológica, de la relación entre la madre y sus hijos que abarcó tanto el plano de la normalidad y la anormalidad, todos ellos apoyados en datos duros provenientes de observaciones experimentales con bebés, así como del campo de la etología, la primatología y las ciencias naturales, y que definieron el cuidado materno como parte de un complejo sistema biológico evolutivo y dirigido a la adaptación de la especie. Si la medicina decimonónica había fundamentado su doctrina sobre el cuidado materno bajo la noción de un instinto que era preciso controlar y educar, la biología de posguerra incorporaba otro determinismo, sustentado en las emociones, hasta ese momento desconocidas, del bebé, y en una nueva nomenclatura con la cual se leyó y escribió la doctrina evolucionista de Darwin, resultado del espectacular desarrollo tecno-científico impulsado por la Segunda Guerra Mundial.

Así como la arquitectura y la industria de electrodomésticos eran efectos de procesos de reciclamiento de tecnologías de guerra, el psicoanálisis también operaba un reciclamiento del lenguaje y del saber de la Segunda Guerra Mundial. Las metáforas con las cuales se apuntaló el amor de madre, fueron las mismas con las cuales se formularon los modelos de funcionamiento de los misiles autodirigidos, estrenados durante guerra. De esta forma la joven ciencia del psicoanálisis, devino en una psicología del desarrollo que movilizó todas sus herramientas conceptuales y de intervención hacia la gestión y control de la separación del niño con su madre, transformándose este tema en una preocupación central para el psicólogo y el psicoanalista de la posguerra, inquieto por controlar los posibles excesos o abandonos de las mujeres. Esto ayudó a dar forma definitiva a la hegemonía de lo *psi* en un difuso campo de estudio que hasta ese momento era territorio tanto de la medicina, del trabajo social, de la enfermería, la pedagogía, como también de la iglesia y los moralistas: las relaciones familiares y la organización social de los afectos.

En palabras de Castel (2006) convertir las relaciones familiares en interés de la psicología fue el mecanismo por el cual la disciplina profesional se introdujo de manera ampliada y difusa en la sociedad. Con ello la psicología irrumpió “en la esfera de la vida privada, de la intimidad y de la intersubjetividad” (p.164) lo que a su vez provocó por un lado, que “lo social” fuera remplazado por una serie de prácticas a través de las cuales lo *psi*, se erigió en sustituto de lo social y por otro, un consumo masivo de psicología y psicoanálisis, en el campo de la normalidad.

El psicoanálisis reemplazó de modo eficaz a la ciencia médica, al servicio social y a la iglesia respecto a proporcionar los *modelos para armar* una sagrada familia blanca y heterosexual, basada en la restauración de la división sexual del trabajo, en la defensa de la heterosexualidad y en un estilo de vida fundado en el consumo. Así, la nueva propaganda de la familia de la domesticidad o la familia fordista (hombre gana pan y mujer cuidadora) y el enclaustramiento de las mujeres a una casa automatizada que prometía la felicidad y la liberación del trabajo doméstico, adquirieron una base sólida por medio de unos saberes autorizados por la verdad tecno-biológica, frente a la cual nadie podía dudar, menos aún las mujeres/madres. Más aún, si dicho discurso se desplegó por medio de un imaginario visual de una infancia traumatizada por la guerra.

Como era de esperar todos estos procesos provocaron una serie de efectos concretos en la vida de las mujeres: aumento del número de hijos por mujer, la reducción de la edad del casamiento y las tasas de divorcio, la adscripción de las mujeres como responsables exclusivas de las tareas del hogar y finalmente la construcción misma del hogar fordista de la clase media.

#### 1.4. *La sospecha*

A partir de estos dos casos históricos, es plausible pensar que las ciencias sociales, especialmente el psicoanálisis, cuando habla de las madres, el amor de madre o los cuidados maternos, no describen ni expresan una realidad que podríamos decir que sea previa e independiente de ese mismo discurso; por el contrario me propongo discutir que los discursos científicos (sociales) siguiendo a Butler (1990, 2001a) son una práctica performativa de la construcción de la experiencia cotidiana de eso que llamamos cuidado y amor de madre.

Con esto se apunta a argumentar que esos saberes y narraciones sobre el cuidado existen por medio de estrechas relaciones con las transformaciones del capital, con las políticas del bienestar social y el desarrollo tecno-científico; dimensiones que a si mismo ponen en juego a una serie de actores, como también a una serie de objetivos y demandas hechas a las mujeres, provenientes de los gobiernos, el empresariado, el Estado, las familias, las escuelas, etc. Por lo tanto no son conocimientos neutrales, por el contrario obedecen a intereses de todo tipo y permiten conocer casos concretos de aquellas conexiones del saber/poder. En este sentido no se trata de pensar el discurso sobre el cuidado y el amor de las madres desde una visión contextualista de los discursos, sino más bien explicar las interfaces entre fenómenos puntuales como la guerra fría, la domesticidad, bebés abandonados, monos, aves, máquinas de guerra, etc. en la que la experiencia del niño abandonado, la restauración del orden de género y el problema de la “relación” entre los

humanos, fue capaz de traducir, desplazar, transcribir, transportar, deformar el resto de las discusiones sobre lo humano (como por ejemplo el *american dream* v/s el socialismo) de tal manera que, aquellos que dominaron el amor materno, también dominaron los discursos y las prácticas vinculadas a lucha por la hegemonía mundial, la arquitectura, el psicoanálisis, la teoría crítica... y el contexto entero.

Siguiendo a Latour (2007) el estudio de la construcción discursiva de la maternidad y el amor de madre, así como la emergencia del concepto de *apego* en la época de la segunda posguerra mundial, adquirieron una forma absolutamente moderna “en el sentido de que se movilizaron dos conjuntos de prácticas totalmente diferentes y que para ser eficaces, debieron permanecer distintas” (p.28). El primer conjunto de prácticas, creó, por “traducción”, mezclas entre géneros de seres totalmente nuevos, ensamblajes de entidades diversas, híbridos compuestos por naturaleza y por cultura y que en su articulación modificaron los límites de ambos: amas de casa *cyborg*, teorías sobre el amor de madre en que los monos y las aves convivían con bebés traumatizados, máquinas cibernéticas, que se transformaron en el fundamento de explicación de las máquinas reproductoras de vida, máquinas de cine, etc. El segundo conjunto de prácticas fue por “purificación”, creando dos zonas ontológicas por completo distintas, la de los humanos, por un lado, la de los no humanos por el otro, pensando además, que los no-humanos en la guerra fría y para el eje occidental, también incluía las sociedades del eje soviético y por supuesto los cuerpos racializados. En ese sentido, el amor de madre de las mujeres blancas heterosexuales, se aisló en una dimensión “humanista”, diferente al resto de las humanas y que se pensó como el punto máximo de una cadena evolutiva de emociones, distinta y superior, a la existente por ejemplo en la URSS o entre las familias negras. El amor de madre, si bien se erigió a partir de los estudios con máquinas, monos y aves que pretendían afirmar su universalidad, se pensó así mismo como una función sublimada y como expresión del último eslabón de una cadena evolutiva acorde a los postulados civilizatorios de occidente. Así se erigió al amor de madre y los repertorios de las mujeres blancas como la norma frente a un *otro* pensado no sólo como en los límites de la humanidad, sino que en el que dichos límites estaban dibujados por su falta de capacidad de amar.

Desde este punto de vista el esfuerzo metodológico apunta, por un lado, a reconstruir esas redes entre seres diversos y por otro, un ejercicio crítico (Foucault, 2011) que apunte a re-establecer aquellas conexiones del saber/poder, es decir aquellas conexiones entre relaciones de poder y relaciones de saber, entre ejercicio del poder y tecnologías, entre naturaleza y cultura, que la *historia de los historiadores* de la psicología se han encargado de fracturar y deslindar. Se intenta continuar en otro campo de estudio, pero profundamente relacionado, el de la maternidad, con las preguntas que en *La Voluntad de Saber* (1998) Foucault realizó al sexo: “... ¿cuáles son las relaciones de poder, las más inmediatas, las más locales que están actuando?, ¿cómo se tornan posible esas especies de discursos e inversamente, como esos discursos se sirven de soporte?...cómo y ¿porqué el poder necesita instituir un saber sobre el sexo?” (p.118)

Y finalmente, este trabajo apunta a comprender como las preguntas que las ciencias humanas se han hecho y se siguen haciendo, sobre la naturaleza del amor de madre y las necesidades de las y



los niñas/os, están necesariamente enredadas con la pregunta ¿quién debe criar a los hijos? por lo tanto se trata de discusiones, que si bien, como veremos, parten o aíslan una dimensión psíquica y naturalista de lo materno, lo que ponen en juego es fundamentalmente el encargo social y la función social de la maternidad en el marco del régimen heterosexual y su consiguiente división sexual del trabajo.

### 1.5. Las preguntas de investigación

Expuesto así el problema es hora de exponer las preguntas de investigación. La pregunta general que organiza el trabajo es ¿Cuáles son las articulaciones históricas entre saber y poder que conforman la experiencia del cuidado materno ejercido por las mujeres? y como preguntas secundarias: ¿por medio de qué mecanismos se definió la ontología del cuidado en el nacimiento de nuestra contemporaneidad ¿cómo es que las disciplinas de las ciencias humana establecieron una relación esencial entre la prevención de los problemas sociales, la salud mental y las prácticas de cuidado? por lo tanto, ¿el discurso “científico” sobre el cuidado, desde qué lugar se elaboró?, ¿cuáles son las líneas de fuerza que organizaron estos discursos? ¿cuáles son las traducciones posibles entre humanos, objetos y animales posibles de re-construir en el estudio del cuidado y el amor de madre?

Para dar respuesta a dichas preguntas el recorrido que pretendo realizar se inicia pensando el cuidado como un eso, no como un hecho que pretendo describir, comprender o analizar, por el contrario el interés de mi reflexión apunta a construir ese hecho, ese fenómeno, esa práctica, el cuidado. Para ello me propongo ir descubriendo lo que se ha dicho sobre el cuidado y el amor materno, sus relatos, sus historias y sus articulaciones con algunos fenómenos sociales /económicos y políticos determinados, es decir analizar la conjunción entre procesos económicos y políticos, y construcción del saber. En ese sentido se trata de poner en discusión a través de la reconstrucción, y por medio de fuentes primarias y secundarias, de estas imágenes del cuidado los principales conceptos foucaultianos como arqueología, genealogía, poder y biopolítica desde una perspectiva que los interroga desde el género y la historia de las mujeres.

Analíticamente lo que intento realizar es un doble movimiento de des y re- localización del cuidado como objeto de estudio: por un lado deslocalizarlo o desplazarlo de los conocimientos, preguntas y problematizaciones particulares y actuales de la investigación social, esto es de su cualidad de objeto de conocimiento disciplinar y en ese mismo instante re-localizarlo en una discusión teórica que interroge por las “condiciones y modos de existencia” de esos conocimientos, por la “historicidad propia” del conocimiento del cuidado. Es decir, mi interés no va tanto por la línea de valorar los contenidos de las producciones científicas sociales acerca del cuidado, o si son androcéntricas o si reafirman a las mujeres en su histórico rol de cuidadoras, sino más bien analizar, desde la perspectiva genealógica de Michel Foucault (2010) algo más sutil y sustancial a la vez, los lazos y conexiones “que pueden ser señaladas entre mecanismos de coerción y elementos de conocimientos” (p.26).

## 1.6. *Objetivos*

### Objetivo General

Conocer y comprender las relaciones de saber/poder en la conformación histórica de los conocimientos de las ciencias humanas sobre la práctica social del cuidado materno, el amor de madre y los modos que han adquirido las articulaciones de esos conocimientos, con la producción de los discursos sobre las identidades de género.

### Objetivos Específicos

- Comprender y analizar los conceptos foucaultianos de arqueología, genealogía y biopolítica desde una perspectiva que interrogue al género y a la historia de las mujeres.
- Comprender y analizar los modos históricos de las relaciones entre saber/poder en los discursos científicos sobre los cuidados maternos.
- Desvelar las estrechas relaciones entre el conocimiento de la psicología, la guerra fría y las cuestiones de la crianza y el cuidado.
- Elaborar una crítica histórica al campo *Psi* y sus pretensiones de neutralidad y objetividad desde una lectura que interroga por los modos de relación entre las ciencias humanas y el gobierno de la subjetividad.

## 1.7. *Estructura de la Investigación*

Esta investigación se compone de 5 capítulos.

El primero de ellos **Apuntes metodológicos: el saber/poder**, apunta a presentar las coordenadas metodológicas y teóricas que guían el análisis que se propone, desde el punto de vista del concepto de genealogía como principal caja de herramientas. Se discute los conceptos de Foucault como saber/poder, arqueología y genealogía

El segundo capítulo, **Giros foucaultianos: biopolítica, neoliberalismo, mercantilización de la vida**, tiene como objetivo situar la discusión del cuidado materno desde la noción de biopolítica y las configuraciones actuales en torno a la relación entre gobierno y gestión de la vida, políticas neoliberales y cuidados. Se intenta mostrara las transformaciones de la gubernamentalidad neoliberal en la formación de nuevas subjetividades bajo lo que Foucault llama el *empresario de sí mismo*, así como las consecuencias del desmantelamiento del estado de bienestar y la mercantilización de la vida en el bienestar social, los trabajos reproductivos y el género.

El tercer capítulo **El simulacro de la guerra fría: un nuevo campo semántico para una anatomopolítica del género y la domesticidad contemporánea**, reconstruye el capítulo de la

segunda posguerra mundial y el inicio de la guerra fría desde el punto de vista del rol que jugó la domesticidad en la lucha por la hegemonía mundial y de cómo esta lucha se dio principalmente en el ámbito de la cultura. Se sigue la tesis de Hobsbawm (1998) de que la guerra fría más que poner en juego una guerra real, fue más bien una guerra de corte virtual que tuvo la capacidad de movilizar dos modos de vida pensados como antagónicos: el socialismo v/s american way of life. Desde el eje occidental se elevó la familia heterosexual como un ideal del yo y como la única alternativa de vida frente a un futuro incierto y que se erige desde la que Sontag (2005) llamó, la imaginación del desastre. Se aborda la guerra fría como un campo semántico en la emergencia de una nueva subjetividad y en una nueva modalidad de gestionar los cuerpos sexuados, y en que la lucha contra el comunismo logró enredarse con una lucha contra la destrucción de la familia nuclear, la homosexualidad y los modos de vida no blanco-occidentales.

El cuarto capítulo **Domesticidad en guerra**, destaca las principales transformaciones y desplazamientos realizados por la posguerra y la guerra fría en los discursos científicos como políticos y en los modos de pensar el espacio doméstico. Así mismo sitúa la cuestión del cuidado materno y la domesticidad desde tres líneas de fuerza: las nuevas formas de entender el habitar doméstico impulsado por la arquitectura moderna, las políticas keynesianas y la emergencia del estado de bienestar, asumiendo la tesis de que el furor doméstico que se identifica en esta época así como el llamado *baby boom*, fue el resultado de la articulación de esos tres elementos.

El quinto capítulo **La posguerra y el nacimiento de un nuevo objeto de estudio: los cuidados y el apego**, sitúa de modo puntual la discusión planteada en los capítulos anteriores en un ejemplo concreto de producción de conocimientos llamado el *giro hacia la madre* de la teoría psicoanalítica a partir del análisis de la emergencia de un nuevo objeto de estudio, el apego. Se muestran los modos en que el autor del concepto, John Bowlby, introdujo las verdades producidas en los laboratorios en el discurso sobre las madres, así como la serie de alianzas humanas-máquinas cibernéticas-animales, que autorizan a pensar que el apego fue una noción en la que se identifica la construcción de un modo de explicación de tipo cyborg.

Finalmente el capítulo de las **conclusiones**, se discuten los principales hallazgos, las interrogantes así como lineamientos para futuras discusiones e investigaciones.

## **2. APUNTES METODOLÓGICOS: EL SABER /PODER**

El trabajo que se presenta es una investigación de tipo documental y teórica en el cual se analizó la mayor parte de la literatura existente en castellano así como otras en inglés, respecto a cada uno de los temas de los capítulos. Se utilizaron tanto fuentes primarias y secundarias, escritas como visuales. La perspectiva que guió el análisis corresponde a la concepción general de Michel Foucault sobre el saber/poder y que de modo puntual corresponde a lo que llamó la crítica genealógica, siendo la unidad de análisis el modo en que se forma y emerge un nuevo objeto de conocimiento, en lo que Michel Foucault llamó el nacimiento de una formación discursiva.

Este capítulo tiene por fin mostrar y analizar la propuesta de Michel Foucault en torno al saber/poder de modo de cartografiar las principales coordenadas a través de las cuales se pensó la forma de analizar las fuentes primarias como secundarias y articular el relato histórico que se presenta. La idea no es sistematizar un método sino más bien y siguiendo al mismo autor, presentar un panorama teórico que permita pensar el problema de investigación y los caminos de su resolución, a través de una caja de herramientas que impulse una voluntad crítica de la historia de las ideas de la psicología y el psicoanálisis.

## 2.1. *La teoría y el poder*

La obra de Michel Foucault en la conformación de la historia de nuestro presente constituye una de las referencias teóricas actuales más importantes del pensamiento crítico, entre ellos el impulsado por el feminismo, para pensar la operatividad y la lucha contra y por el poder.

Así, los giros temáticos y epistémicos introducidos por este pensador, junto a sus aproximaciones a problemas históricos, de “dudosa categoría epistemológica”, han conformado un novedoso campo de reflexión, producto de las importantes rupturas epistemológicas que este autor instaló en el panorama filosófico europeo, de la segunda mitad del siglo XX.

De las múltiples líneas de pensamiento que nos ofrece, me interesa desarrollar por los fines de esta investigación, aquella en que la pregunta entre la conformación de los conocimientos nos re-envía de modo inmediato a la pregunta por el poder, y que este autor desarrolló a partir de la noción Saber/Poder y que de modo puntual este trabajo de investigación doctoral apunta a develar los mecanismos que están a la base de ¿cómo se constituye un objeto de estudio?

El estudio del Saber/Poder y siguiendo a Haraway (2004) nos lleva, por un lado, a dar cuenta de “quien cuenta como autor racional y autor de conocimiento” (p.110) en la historia de las ideas y, por otro, mostrar que la tendencia a indicar una fractura entre conocimiento y política, no es más que una función central de las narrativas del progreso y la revolución científica.

Esta fractura se expresa para Haraway, en la idea de que la pregunta, de si los conocimientos y sus formas de producción son instrumentos para incrementar la igualdad social y la distribución democrática del bienestar, en el relato y la práctica del saber hegemónico, es elaborada como una cuestión ideológica, política o posterior a la producción de conocimientos; por el contrario cuestiones

como seguridad y etiquetado, son contempladas como técnicas y por lo tanto “abiertas a la resolución racional” (p.110).

Con esto nos indica, que el poder para definir qué cuenta como político o como técnico, no es una cuestión tan clara, lo cual vuelve aún más dudosos los intentos contemporáneos de algunos pensadores o científicos, de salvaguardar el conocimiento de las cuestiones políticas o las variaciones del mercado.

## 2.2. *Pensando de otro modo...*

Con ello, es hora de preguntarse: ¿Qué práctica del saber desarrolla Foucault que nos pueda interesar para llevar a cabo una historia de la emergencia de un discurso y unos objetos de conocimiento inscritos en la esfera del amor materno, los cuidados y la crianza, discurso asimismo con pretensiones de cientificidad como el discurso *psi*?<sup>4</sup>

Foucault en una célebre conversación con Deleuze (1988) habla de la teoría como una “caja de herramientas”. Años más tarde Deleuze (1987) lo definió como un “cartógrafo”. En ambas aproximaciones de lo que se trata es de instrumentos y de coordenadas, es decir de medios que nos permiten pensar.

Entender la teoría como una caja de herramientas quiere decir, que no se trata de

...construir un sistema sino un instrumento, una lógica propia a las relaciones de poder y a las luchas que se comprometen alrededor de ellas; - que esta búsqueda no puede hacerse más que poco a poco, a partir de una reflexión (necesariamente histórica en algunas de sus dimensiones) sobre situaciones dadas. (Foucault, 2010, p.85)

Una propuesta para descifrar dicha caja nos proporciona Noguera (2009), en un artículo en que analiza la construcción del concepto de gubernamentalidad en las conferencias realizadas por Foucault en el College de France y en la que nos detendremos más adelante. Por ahora la propuesta de Noguera, apunta a pensar en el aquel modo de pensamiento, es decir el problema metodológico que sus trabajos plantean. Así Noguera señala que la hipótesis que Foucault desarrolla, con conceptos como gubernamentalidad, son una nociones metodológicas, que este comentarista elabora a partir de la idea de *conversión*.

Por *conversión* se entiende a “la transformación de una concepción mental que puede ir desde la simple modificación de una opinión hasta la transformación absoluta de la personalidad” (Hadot, 2006 en Noguera, 2009). Con la noción de *conversión*, Noguera precisa la cualidad de la noción metodológica: una herramienta diseñada para pensar. Por lo tanto se trata de un instrumento que no pretende transmitir conocimiento ni inducir aprendizajes, sino más bien provocar, tensionar, incitar el

---

<sup>4</sup> Por discurso “psi” me refiero a la psicología, la psiquiatría y el psicoanálisis, es decir aquellas prácticas de saber que han hecho de lo “psi” su objeto de conocimiento

pensamiento para pensar de otro modo, pensar lo impensado antes que conocer o reproducir lo ya sabido.

Con la noción de gubernamentalidad Foucault

buscó realizar – para el caso del Estado y la población –aquella operación que ya había probado con la noción de disciplina, es decir, salir de la interioridad de instituciones, funciones u objetos hacia la exterioridad de las prácticas, tácticas y estrategias que establecen sus condiciones de posibilidad.

Ese movimiento hacia el exterior constituye uno de los giros más importantes respecto a la direccionalidad de la relación entre las nociones por las cuales el análisis sociológico, la filosofía política o la historia intentan explicar las prácticas sociales. Si pensamos que estos análisis parten de la existencia del estado, el sujeto, la soberanía como objetos dados y preformados, para Foucault, un análisis crítico consiste en poner en suspenso dichas nociones e invertir la relación y en vez de partir de los universales para deducir de ellos unos fenómenos concretos, o en lugar de partir de esos universales como grilla de inteligibilidad obligatoria para una serie de prácticas concretas, me gustaría comenzar por estas últimas, y de algún modo, pasar los universales por la grilla de esas prácticas (Noguera, 2009, p.25)

Uno de los efectos más visibles de esta inversión metodológica es que se desliza el interés por la búsqueda de respuestas desde el interior de los objetos a la incitación del pensamiento para ir hacia la exterioridad en busca de las tecnologías de poder; liberar el poder del Estado, considerado por ciertas perspectivas como el centro o el lugar privilegiado de su ejercicio; concebir, por el contrario, el Estado como un producto del poder, como resultado de una economía general y particular de poder que se configuró a partir del siglo XVI.

Si lo que se trata es de establecer un “pensamiento del afuera” en *La arqueología del saber* (2010c) Foucault lo realiza a través de un modelo que relaciona “enunciados o grupos de enunciados y acontecimientos de un orden completamente distinto (técnico, económico, social y político) (p.43) y que en la genealogía, concretamente a partir del concepto de *dispositivo*, queda definido en el orden del poder y la historia de las prácticas.

El poder en tanto “relaciones de fuerzas” (Deleuze, 1995), se expresa en flujos, transformaciones, variaciones y decisiones a través de los cuales se hace conocible e identificable: la historia “efectiva”, la de las prácticas sociales, a través de los cuales aquel se hace visible.

En *La voluntad de saber* (1998) entiende al poder como:

la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización; el juego que por medio de luchas y enfrentamientos incesantes las transforma, las refuerza, las invierte; los apoyo que dichas relaciones de fuerza encuentran las unas en las otras, de modo que formen cadena o sistema, o al contrario, los corrimientos, las contradicciones que aíslan a unas de otras; las

estrategias, por último, que las tornan efectivas y cuyo dibujo general o cristalización institucional toma forma en los aparatos estatales, en la formulación de la ley, en las hegemonías sociales. (p. 112-113)

Como tantas veces se ha dicho el poder para Foucault no es algo que se posea y que, más específicamente, poseen las instituciones de la clase dirigente. De ser realmente así, "bastaría" con derribar todos los ámbitos y estructuras que lo albergan. Señalar que el poder no se posee, no es tanto afirmar la ilusión de una democracia en donde todas y todos tienen las mismas posibilidades de ejercerlo, sino más bien y tal como lo analizan Hardt y Negri (2005) situar el análisis del poder en una cartografía -el imperio- que no tiene centro; una excentricidad del poder que radica en su omnipresencia, en tanto "se está produciendo a cada instante, en todos los puntos, o más bien en toda relación de un punto con otro" (Foucault, 1998, p.113) y porque no hay "un foco único de soberanía del cual irradiarían formas derivadas y descendentes" (p.113)

Desde el punto de vista de su estudio, Foucault apuesta por una aproximación "nominalista", pues se trata de pensarlo no como institución, sino como el nombre que "se presta a una situación estratégica compleja en una sociedad dada" (p.113)

Para Quintanas (2002), Foucault

no pretenia responder la pregunta: què és el poder?, sinó dissenyar una sèrie de tècniques per descriure "com s'exerceix" a l'interior de les nostres societats occidentals contemporànies. La diferència és fonamental. El fet de desplaçar l'accent del "què" al "com" és un dels principals elements que caracteritza les seves anàlisis del poder" (p.162)

En ese sentido Foucault instala un desplazamiento que va de la pregunta ¿qué es el poder? a: ¿cuáles son sus modos de ejercicio y circulación? el poder no se posee, no se alberga porque el poder, siguiendo a Foucault, no existe como cosa-en-sí, sino como relación y adquiere sus cualidades, en determinadas prácticas sociales.

Continuando con Quintanas

en les seves investigacions sempre tractà formes concretes d'exercir el poder, limitant-se a analitzar el seu funcionament a l'interior d' una época i d'un àmbit determinats. No li interessaren les especulacions metafísiques sobre una suposada essència o substància del poder, sinó que totes les seves indicacions partien de l'observació de processos històrics concrets i, per tant s'han d'entendre sempre com a indicacions vàlides només localment." (p.162)

Por lo tanto, se trata no tanto de una teoría del poder como de una *analítica del poder*, es decir, una "definición del dominio específico que forman las relaciones de poder y la determinación de los instrumentos que permiten analizarlo" (Foucault, 1998, p.99). Un modelo estratégico que trata de comprender, la multiplicidad de las relaciones de fuerza que son inmanentes al dominio donde ellas se ejercen, y que son constitutivas de su organización.



La analítica del poder es menos una filosofía política, que un ejercicio crítico en torno a los sistemas de dominación, en los que los saberes interactúan políticamente con las instituciones, reenviándonos a las relaciones de poder que constituyen a los individuos como sujetos de políticas específicas. Un discurso que actúa como condición para la resistencia y la desujeción de sus efectos hegemónicos.

En la misma *Voluntad de saber* (1998), no se trata de interrogar a los discursos sobre el sexo sobre

...cuál teoría implícita derivan o qué divisiones morales acompañan o qué ideología – dominante o dominada- representan, sino que hay que interrogarlos en dos niveles: su productividad táctica (que efectos recíprocos de poder aseguran) y su integración estratégica (cual coyuntura y cual relación de fuerzas vuelve necesaria su utilización en tal o cual episodio de los diversos enfrentamientos que se producen” (p. 124)

Vemos que este giro en la forma de concebir el poder acarrea una manera completamente distinta de pensar su boicot, porque ya no se pretende seguir el movimiento de derribar solamente las estructuras, sino que habrá que comenzar a descifrar cuáles son las formas en las que esta relación que es el poder se mueve, se ejerce, se manifiesta y funciona.

La exposición de estas fuerzas es lo que para Deleuze (2012) constituye un *diagrama* que viene a ser “la exposición de las relaciones de fuerzas que constituyen el poder” (p.11), es decir una cartografía de los dispositivos de saber/poder, entendidos no como entidades o instituciones o materialidades estáticas, sino a partir de las fuerzas que los atraviesan, fuerzas que producen agenciamientos, prácticas discursivas y no discursivas y que nos remiten a configuraciones espacio-temporales. “El diagrama resulta ser, entonces, una construcción múltiple y abstracta que expone la configuración y la relación de fuerzas, el diagrama también es “devenir de las fuerzas” (p.63)

Desde un posicionamiento construido en la articulación entre saber/poder que lo aleja de la figura del sabio y quizás la del filósofo, Foucault problematiza el conocimiento desde una perspectiva que interroga por los límites de éste y por lo tanto desde la libertad de transgredir los márgenes de los límites de nuestro propio pensamiento, a través de un movimiento en el que se ponen en duda las prácticas de conocimiento:

1. De la filosofía y especialmente de la epistemología, al desplazar a la verdad de la discusión por su racionalidad y su validez, a las relaciones de saber/poder, es decir, a aquello que está fuera de sí misma. Se trata en palabras Descombes (1998) de negar una historia trascendental de la verdad.
2. De la historia, en tanto discute la concepción positivista de hecho. Siguiendo a Nietzsche para quien “no hay hechos sólo interpretaciones” se trata de negar un origen que sería la fuente de las interpretaciones futuras. Un giro epistemológico en el cual “no hay ningún primero absoluto que interpretar, pues en el fondo todo ya es interpretación” (Foucault, 2010) Esto lo impulsa a trasladar el

objeto de atención de la narración histórica pensada como totalidad y continuidad al acontecimiento y con ello, a la imposibilidad de escribir una historia lineal, causal y bajo la idea del progreso.

3. Los de la tradición y el comentario marxista, que han hecho del conocimiento y el saber un elemento de la superestructura, un concepto que a pesar de su antigüedad sigue siendo tan abstruso e incapturable sino es a través de una interpretación que lo despoja de toda realidad posible y lo agota en un simple espejismo de las condiciones materiales de producción.

4. Los de las ciencias sociales al deslizar la cuestión de los objetos y la verdad científica a la pregunta por las condiciones que hacen posible la existencia de los objetos y la verdad en dichas narraciones.

Por lo que ya no es la verdad o la falsedad de los discursos lo que interesa, lo que vuelve impertinente dentro de esta lógica la pregunta por la falsedad de la ideología, porque no hay conocimientos verdaderos ni falsos por naturaleza interna; por el contrario son las epistemes y dispositivos, es decir algo que está fuera de sí misma, quienes recortan un campo posible de saber y hacen que un enunciado no sólo sea verdadero sino que sea capaz de habitar “la verdad”, es decir situarse “en la verdad” Con esto se trata de elaborar una “economía política de la verdad misma” (Foucault, 1998, p.215)

El gesto de Foucault es llevar a sus límites la idea de que el conocimiento es una “invención”, no sólo porque no está dado por una figura trascendental, sino que porque constituye una ficción: “sus historias son novelas” nos dice Descombes (1998) y son novelas porque el conocimiento es un relato que “selecciona, simplifica, organiza” (Veyne, 1985, p.6) estableciendo sus propias condiciones de veracidad. De esta forma se plantea el problema de la distancia entre el hecho y lo narrado, la relación entre la ficción y la verdad, pues para Veyne la historia es diégesis y no mimesis.

Es el modo de interrogar, de preguntar lo que constituye la práctica del pensamiento que Foucault inaugura. Invención y facilitación de “rejillas metodológicas” no de un método que no sería otra cosa que una fórmula para alcanzar una verdad; invención de un “dispositivo problematizador” (Pujol & Amigot, 2006) una red de senderos conceptuales levemente trazados que entroncan, se desvían, se separan, se invierten, etc.

La función autor del nombre de Foucault es inspirarnos a pensar de otro modo, una función autor que se dirige al seno mismo del pensamiento crítico. Para Gabilondo (1990) el objetivo “no es que surja lo que pensamos, sino que se creen las condiciones para que sea posible pensar otra cosa” (p. 18) mediante una especie de reducción fenomenológica que pone entre paréntesis, de forma metódica, los presupuestos y verdades comúnmente aceptadas. Se trata de una sospecha acerca de la regularidad y su funcionamiento, una sospecha que induce a hablar, en la gran preocupación que Foucault nos plantea: la cuestión de los límites y la posibilidad de su transgresión. Se trata por lo tanto, de un pensar que no es otra cosa que, el *arte de la inservidumbre voluntaria*.

### 2.3. *La crítica foucaultiana I*

En la proposición todo “saber posee efectos de poder y todo poder tiene efectos de saber”, no es tan claro que todo saber tiene efectos de contrapoder y resistencia. Por lo tanto se trata de interrogar una práctica del saber, que expresa ciertas peculiaridades.

Esta práctica es posible de inscribir en la Crítica, que como bien lo sabemos a partir de Marx abandona el lugar del juicio y la especulación para transformarse en lo que este último llama un *poder material*. Así en el célebre pasaje de la *Crítica de la filosofía del derecho* de Hegel (Marx, 2005), expone:

Es cierto que el arma de la crítica no puede sustituir a la crítica de las armas, que el poder material tiene que derrocarse por medio del poder material, pero también la teoría se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas. Y la teoría es capaz de apoderarse de las masas cuando argumenta y demuestra ad hominem, y argumenta y demuestra ad hominem cuando se hace radical. Ser radical es atacar el problema por la raíz. Y la raíz, para el hombre, es el hombre mismo. (p.34)

Si bien Foucault se aproxima a la idea de la crítica como poder material en lo que él llama el *arte de la inservidumbre voluntaria* (Foucault, 2011a), desliza ese poder a otro espacio que ya no es el hombre. Para Foucault el hombre, quien para Marx es el centro de la crítica y el fundamento de una crítica radical, se disuelve en pro de la emergencia de otra cosa.

Así la crítica para Foucault (op.cit)

es el movimiento por el cual el sujeto se atribuye el derecho de interrogar a la verdad acerca de sus efectos de poder y al poder acerca de sus discursos de verdad, la crítica es el arte de la inservidumbre voluntaria, de la indocilidad reflexiva. La crítica tendría esencialmente como función la desujeción en el juego de lo que se podría denominar, con una palabra, la política de la verdad (p.11).

Por lo tanto en el centro de la crítica ya no está el hombre sino la verdad; será preciso detenernos, para analizar no sin dificultades como ocurre este desplazamiento.

Foucault en una conferencia del año 1978 bajo el título *¿Qué es la Crítica? (Crítica y Aufklärung)* (2011a) inicia el recorrido analítico, afirmando a la crítica como un proyecto, como un eso que “no cesa de formarse”, buscando de esa manera un camino para definir la crítica, pero encontrando que solamente son posibles una serie de aproximaciones y que no existe una forma de hacer crítica. Formulada como pregunta, la crítica lejos de representar una respuesta, una clausura o un cierre al modo de un saber articulado, por el contrario, se comprende por su dependencia o su relación con “otra cosa distinta a ella misma” (p.5) lo que la hace aparecer como una función subordinada en relación a los saberes: la filosofía, la política, la moral, el arte, etc.

De esta forma la crítica es un instrumento, una mirada “a un dominio que se quiere fiscalizar y cuya ley no es capaz de establecer” (p.5). Al no poder establecer una ley o una norma Foucault se aleja considerablemente de la noción de crítica como juicio o censura. Para Rauning (2008) la crítica foucaultiana es “la suspensión del juicio” en el sentido de que no se trata de establecer la veracidad o falsedad de los objetos o si son buenos o malos o “su valor racional, su objetividad o su verdad” (De la Higuera,2011:XX) lo que interesa, como lo destaca Butler (2001), es poner de relieve al mismo proceso de evaluación que tal como veremos, conlleva una serie de operaciones y posicionamientos respecto a los múltiples horizontes históricos en donde es posible inscribir el problema de la verdad.

Uno de los caminos que Foucault elige es situar el problema de la crítica en el seno de la pregunta (y la respuesta) que Kant en el año 1784 formula, *¿Que es la ilustración?* La respuesta que Kant ofrece es “válete de tu propio entendimiento”. La ilustración pensada de esta forma, es la superación de la minoría de edad y el coraje para valerse del propio entendimiento sin la guía del otro.

Esta forma de pensar la *Aufklärung* lleva a Foucault a definir la crítica en relación a ella, puesto que lo que intenta, es emparentar su concepción con tres cuestiones que plantea la pregunta por la *Aufklärung* : situar el problema, en “relación a cierto estado de minoría de edad en el cual sería mantenida autoritariamente la humanidad”, y por otro, en el hecho de que Kant al definir esa minoría la caracterizó “por un cierta incapacidad de servirse del propio entendimiento sin la dirección del otro” (p.11) empleando para ello la palabra *Leiten* que según Foucault tiene un sentido religioso de gobierno. Finalmente, se trataría de plantear ese exceso de autoridad con algo que Kant denomina como una falta de decisión y de coraje. Por lo que no se trataría de una definición que obedezca a una especulación, sino más bien una incitación a la acción, o lo que Foucault tímidamente señala como “predicación”.

Con ello Foucault instala a la crítica como un cierto modo de pensar y de actuar, una “cierta relación con lo que sabemos, con lo que hacemos, una relación con la sociedad, con la cultura, también una relación con los otros” (Foucault, 2011a, p.4), relación que denomina como “actitud crítica”.

Dicho de otro modo al “suspender el juicio”, el autor instala el problema mismo de la verdad, pero tras una operación de exclusión de esa verdad como finalidad de la crítica; se trata en ese sentido de pensar la verdad en “su existencia histórica, su historicidad propia, su materialidad plasmada en la existencia efectiva del lenguaje” (De la Higuera, op.cit: XX).

En esto Foucault desplaza la cuestión de la crítica a una alternativa que consiste en “ensayar un ejercicio crítico cuya fuerza ha de ser extraída precisamente de su carencia de fundamento normativo y que no obstante no renuncia al pensamiento” (p. XIV).En definitiva lo que interesa es problematizar el lugar desde donde se habla y se enuncia la verdad. Pensar la crítica en relación a la *Aufklärung* en esta triple dimensión es poner en relación lo político, el conocimiento y el sujeto. Desde ahí lo que interesa a Foucault es situar entonces, como primera alternativa, la crítica con el problema del gobierno y como es de esperar, a la cuestión del poder.

Para avanzar en esta primera alternativa Foucault sitúa la cuestión de la crítica en el problema mismo de la gubernamentalización de la sociedad. La pregunta del ¿cómo gobernar? es una cuestión fundamental de lo que ha pasado durante los siglos XV y XVI; el gobierno y el cómo gobernar será una cuestión que acompañará decisivamente el nacimiento de la modernidad.

El ¿cómo gobernar? necesariamente instala la pregunta del ¿cómo no ser gobernado ....de esa forma?, y el suspenso que escribo entre las partes de la oración, destaca que la pregunta que trae consigo el gobierno de los hombres, no alude a un anarquismo que oponga el no gobierno al gobierno, sino que opone o intenta alternativas en esas formas de gobernar “en nombre de esos principios, en vista de tales objetivos y por medio de tales procedimientos, no de esa forma, no para eso, no por ellos” (Foucault,2011a,p.8)

Y en ese movimiento de la gubernamentalización y su pregunta del cómo no ser gobernado de esa forma es donde “podríamos situar aquí lo que llamaríamos la actitud crítica” (p.8). Tal como lo destaca Butler (2001) “Foucault desarrolla la figura de la crítica como un arte de no ser tan gobernados, que corre en paralelo con la ampliación de la “economía de las almas” (p.20).

Con ello la crítica habla desde los límites del arte de gobernar pero también desde él, habla para encontrarles una justa medida, para transformarlas. Por lo tanto la crítica foucaultiana no sólo suspende el juicio (de encontrar lo verdadero o lo falso en los discursos) sino que se constituye al mismo tiempo como recomposición e invención.

¿De qué forma la crítica opera como “el arte de no ser de tal modo gobernado” o como arte de la “insevidumbre voluntaria” y cómo opera desde el exterior? Para lograr aquello establece algunos puntos de anclaje precisos de lo que intenta llamar la actitud crítica, destacando:

1. La actitud crítica desde el punto de vista del gobierno religioso, lo que alude al magisterio de la escritura. De esa manera el arte de la desujeción consistiría en buscar en la escritura otra relación con la enseñanza de Dios. Así la crítica en este aspecto equivale a limitar el magisterio eclesiástico y retornar a lo que está efectivamente escrito en la Escritura. Por lo tanto se trata de la verdad de la escritura y su acceso. Aquí la crítica es bíblica.

2. Otro punto de anclaje de no querer ser gobernado de esa forma es en relación a las leyes porque son injustas y son ilegítimas (por su antigüedad o por responder al discurso del soberano o al discurso del amo). En esto Foucault plantea que la crítica opone unos derechos naturales que todos deben someterse, por tanto el cómo no ser gobernado adquiere una respuesta del tipo ¿Cuáles son los límites del arte de gobernar? Con ello la crítica es jurídica.

3. Finalmente, no ser gobernado de esa forma es no aceptar como verdadero algo por el hecho de que una autoridad señale que es verdadero. La crítica adquiere el valor de resistencia a la autoridad

Estos tres puntos de anclajes Foucault deriva lo que Rauning (op.cit) denomina tres “maquinas textuales” que producen verdad: la biblia, el derecho, la ciencia, y también tres dominios: la escritura,

la naturaleza y la relación consigo mismo y finalmente tres poderes: el magisterio, la ley, la autoridad. Ahí Foucault establece que el foco de la crítica es esencialmente el haz de relaciones que anuda: el poder, la verdad y el sujeto

Así y citado in extenso

...si la gubernamentalización es este movimiento por el cual se trataba, en la realidad misma de una práctica social, de sujetar a los individuos a través de unos mecanismos de poder que invocan una verdad pues bien, yo diría que la crítica es el movimiento por el cual el sujeto se atribuye el derecho de interrogar a la verdad acerca de sus efectos de poder y al poder acerca de sus discursos de verdad, la crítica será el arte de la inservidumbre voluntaria, de la indocilidad reflexiva. La crítica tendría esencialmente como función lo desujeción en el juego de lo que se podría denominar, con una palabra, la política de la verdad” (Foucault, 2011, p.11)

De los contenidos verdaderos o falsos del saber, Foucault desplaza la pregunta por la crítica, a la relación del sujeto con la verdad, y la verdad con el poder, señalando que esto puede constituir una “matriz para recorrer toda una serie de dominios posibles diferentes” (p.23).

Podría señalar que entre la verdad y el poder se encuentra el saber. Más aún es claro que un saber tiene por objetivo construir una verdad o por lo menos un campo, las más de las veces difuso, pero a fin de cuentas un campo de verdad. Por lo tanto si la verdad sobre un dominio se instala por y a través del poder, esto equivale a señalar que ese poder se moviliza por, en y desde el saber.

Y señalo por, en y desde para destacar que ese saber no es una herramienta o un instrumento del poder sino porque aquel (saber) se construye a través del poder: saber y poder constituyen una trama en todos sus sentidos, inclusive aquel que evoca una conspiración. Así “para que el saber funcione como saber, esto es sólo posible en la medida en que el saber ejerce un poder...todo ejercicio de poder incluso si trata de un asesinato implica por lo menos un saber hacer” (p.40)

Si un saber constituye unas reglas, un conocimiento, etc. “aceptado” es el sistema de aceptabilidad lo que se pone en juego. Foucault de este modo pasa de la observación histórica del saber al sistema mismo de aceptabilidad a partir del análisis del saber/poder. De este modo al establecer que un algo se transforme en saber verdadero (y creo que todo saber se autoimagina como verdadero, un saber falso sería una contradicción o una paradoja en sus propios términos) no tiene que ver con su dimensión interna, ni con su aproximación o distancia con lo “real” lo que en ciencias se denomina su validez, o lo que en el plano de la investigación histórica “se podría llamar una investigación sobre la legitimidad de los modos históricos de conocer” (p.25) sino más bien por su relación con el poder, con aquellos mecanismos y reglas que “deciden” en última o primera instancia qué saber es verdadero o falso.

Para Varela (1997), esta formulación arqueológica de la crítica,

propone estudiar los procedimientos, el conjunto de reglas en función de las cuales se separa en nuestras sociedades lo verdadero de lo falso, reglas que ligan la producción de la verdad con determinados sistemas de poder inscribiéndola en un determinado régimen de verdad, régimen que no pertenece al ámbito ideológico o superestructural (p.45)

Con ello Foucault desconoce la verdad como correspondencia y la tradición de la filosofía de la ciencia, que sitúa la cuestión del poder en los usos del saber y no el saber mismo, o lo que se ha dado en llamar “la mala ciencia” y también, en la distinción entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación. Foucault hace evidente la naturaleza construida de uno de los *a priori* más instalados en la ciencia y en los cursos de metodología de investigación: la idea que entre la ciencia y los poderes que la utilizan no hay una relación esencial, sino más bien serían las condiciones técnicas de utilización del saber las que están en relación directa con el ejercicio de un poder.

Esto es lo que Pierre Thuillier (1983) denominó como el confuso argumento de la “buena ciencia y malas aplicaciones” para destacar por un lado, la falacia del enunciado de la neutralidad de la ciencia es decir, su independencia de los valores e ideologías y por otro, para destacar que no sólo la ciencia y la técnica están en la sociedad, sino que la sociedad está presente en la empresa científica y técnica.

En ese sentido Foucault avanza en la cuestión de la crítica señalando las conexiones entre “unos mecanismos de coerción y unos contenidos de conocimientos” (p.25) examinando qué “juegos de reenvío” (p.25) y de apoyo se desarrollan entre unos y otros, buscando de esta forma saber qué hace que un conocimiento tenga efectos de poder, y qué hace que tales procedimientos de coerción adquiera la forma y las “justificaciones propias de un elemento racional, calculado, técnicamente eficaz, etc.” (p.:26).

Así lo que se destaca es la racionalidad y la legitimidad de un poder que ya no puede sostenerse en Dios o en una voluntad soberana, y por eso la crítica constituye una actitud moderna. Al indagar en la crítica en este nivel, Foucault lo que hace es describir el centro de la política de la modernidad.

#### 2.4. *La crítica foucaultiana II: de la arqueología del saber a la genealogía del poder.*

Este desplazamiento que lleva a cabo la crítica hacia el problema de la verdad y que tiene como resultado la disolución del sujeto, se basa en la concepción de discurso que Foucault desarrolla en *La arqueología del saber* (2010c).

Pese a que Foucault en este libro “torpe y genial” (Veyne, 1985), parte señalando que “la puesta en juego de conceptos de discontinuidad, de ruptura, de límite, de serie, de transformación, plantea todo análisis histórico no sólo cuestiones de procedimiento, sino problemas teóricos. Son estos

problemas los que van a ser estudiados aquí.” (p.34) para la mayor parte de los comentaristas consultados, constituye un esfuerzo por elaborar un método de trabajo a partir de lo desarrollado en los libros anteriores, por tanto se trataría de una propuesta metodológica.

Sin importar si se trata de un método propiamente tal, una primera cuestión en el análisis arqueológico consiste en subvertir la idea del sujeto originario, para pensarlo como resultado o como efecto; en palabras de Sauquillo (2001): “La arqueología rehúsa utilizar la noción de sujeto, evita observar una actividad constituyente, un origen o una actividad histórico-trascendental” (p. 21)

Las nociones de autor, creador, etc. y que reclaman a un sujeto como origen del discurso, expresan el sesgo historicista fundamental: la continuidad de la historia y su implícita idea de progreso. Así a través de todas aquellas categorías “unificadoras” y rehusadas por Foucault se “conseguía un relato histórico continuo, un inquebrantable soberanía del sujeto y una continuidad entre experiencia, ciencia y conocimiento” (p.21).

La arqueología desde esa perspectiva consistiría en formular un aparato conceptual adecuado a mostrar la discontinuidad en la emergencia histórica de los saberes, con ello Foucault incurre en lo que Sauquillo llama “un desaprendizaje agresivo” (p.22) de toda una cultura historiográfica imperante.

Con el concepto de función enunciativa el sujeto se desplaza de ser origen a ser una posición en el discurso. Por lo tanto “...no importa quién habla, sino que lo que dice no lo dice de no importa donde” (Foucault, 2010c, p.161). La definición del dónde, es decir la posición sujeto, es uno de los rasgos propios de la función enunciativa que permiten hacerla objeto de descripción y que nos induce a “reconocer en las diferentes formas de la subjetividad parlante efectos propios del campo enunciativo” (p.160)

Para el filósofo:

Si una proposición, una frase, un conjunto de signos pueden ser llamados “enunciados”, no es en la medida en que ha habido, un día, alguien que los profiera o que dejara en alguna parte su rastro provisorio; es en la medida en que puede ser asignada la posición del sujeto. Describir una formulación en tanto que enunciado no consiste en analizar las relaciones entre autor y lo que ha dicho (o querido decir, o dicho sin quererlo), sino en determinar cuál es la posición que puede y debe ocupar todo individuo para ser su sujeto” (p.126)

Al no existir un centro que identificar, la arqueología se fundamenta en la multiplicidad de lugares/sujeto que el discurso construye:

Se renunciará pues, a ver en el discurso un fenómeno de expresión, la traducción verbal de una síntesis efectuada por otra parte; se buscará en el más bien un campo de regularidad para diversas posiciones de subjetividad. El discurso, concebido así, no es la manifestación, majestuosamente desarrollada, de un sujeto que piensa, que conoce y que lo dice: es, por el contrario, un conjunto donde pueden determinarse la dispersión del sujeto y su



discontinuidad consigo mismo...no es por el recurso a un sujeto trascendental, ni por el recurso a una subjetividad psicológica como hay que definir el régimen de sus enunciaciones” (p.75)

En *La verdad y sus formas jurídicas* (1983) la preocupación del filósofo va por analizar no al sujeto, sino a la verdad de la cual aquel es un efecto, el sujeto “no es aquello a partir de lo cual la verdad se da en la historia” (p.16) por el contrario, es el sujeto el que se constituye en el interior mismo de esa verdad y dado el carácter provisorio de la verdad dicha constitución es un movimiento que no se agota en una identidad definitiva. El hacerse sujeto es una posibilidad que ocurre a cada instante: “el sujeto es fundado y vuelto a fundar por ella.” (p.16). En ese sentido la idea de la muerte del sujeto equivale a afirmar al sujeto como efecto de prácticas sociales. Lo que muere con la muerte del sujeto es específicamente la “función del sujeto” del discurso humanista de la modernidad.

De este modo se trata de la elaboración de un pensamiento que “esté puro de todo antropologismo” (p.29) a través de un movimiento que se desliza del eje conciencia-conocimiento-ciencia a práctica discursiva-saber-ciencia. De este modo, el dominio de la arqueología es el saber, es decir el campo de coordinación y subordinación de los enunciados, aquello que se puede hablar en una práctica discursiva y que asimismo, instaura un espacio en que el sujeto puede tomar “una posición para hablar de los objetos de que trata en su discurso” (p.237) por lo tanto, el dominio arqueológico es “un dominio en el que el sujeto está necesariamente situado y es dependiente, sin que pueda figurar en él jamás como titular” (p.238)

A partir de estos postulados, Butler (2001) inscribe la cuestión de la crítica arqueológica en lo que constituye un “impasse en el discurso”, un punto muerto que expresa los límites epistemológicos del conocimiento y de la verdad. Así:

una se interroga sobre los límites de los modos de saber porque ya se ha tropezado con una crisis en el interior del campo epistemológico que habita. Las categorías mediante las cuales se ordena la vida social producen una cierta incoherencia o ámbitos enteros en los que no se puede hablar. Es desde esta condición y a través de una rasgadura en el tejido de nuestra red epistemológica que la práctica de la crítica surge, con la conciencia de que ya ningún discurso es adecuado o de que nuestros discursos reinantes han producido un *impás*”. (p.0)

Si consideramos que la definición psicoanalítica de *impas* constituye un estancamiento del análisis, es decir la puesta de un límite para decir algo nuevo, Butler lo pone en discusión, bajo la idea de que para la arqueología una cuestión clave es, que

no se puede hablar en cualquier época de cualquier cosa; no es fácil decir algo nuevo; no basta con abrir los ojos, con prestar atención, o con adquirir conciencia, para que se iluminen al punto nuevos objetos y que a ras de suelo lancen su primer resplandor “ (Foucault,2009,p.63)

Pensar en algo nuevo, es decir en nuevas enunciaciones, conceptos y objetos, implica una operación arqueológica que es necesaria precisar. De este modo para el filósofo la arqueología designa,

unas líneas de ataque para el análisis de las actuaciones verbales; especificación de un nivel, el del enunciado y del archivo; determinación e iluminación de un dominio: las regularidades enunciativas, las positividades; empleo de conceptos de como los de reglas de formación, de derivación arqueológica, de a priori histórico” (p. 267)

Con ello lo que interesa es identificar una formación discursiva no desde la permanencia y singularidad de un objeto, sino que por el contrario, por el espacio en el que los diversos objetos se perfilan y continuamente se transforman.

La unidad de un discurso no pasa por ser una descripción o una explicación de objetos dados, contruidos previamente a la emergencia de un discurso, sino más bien, sería

el juego de las reglas que hacen posible durante un período determinado la aparición de objetos, objetos recortados por medidas de discriminación y represión, objetos que se diferencian en la práctica cotidiana, en la jurisprudencia, en la casuística religiosa, en el diagnóstico de los médicos, objetos que se manifiestan en descripciones patológicas, objetos que están como cercados por códigos o recetas de medicación, e tratamientos, de cuidados.” (p.48)

Con en ello se trata de describir la regla de aparición de los objetos en su carácter de acontecimiento y no identidad. La arqueología consistiría por lo tanto, en “describir la dispersión de esos objetos” (op.cit: 49), sus juegos de apariciones, la coexistencia de enunciados dispersos y heterogéneos, en lo que Foucault denomina como su ley de repartición, en un “campo de posibilidades estratégicas” (p.54)

Así pensado, es posible identificar una formación de discursiva cuando

se pudiera describir, entre cierto número de enunciados, semejante sistema de dispersión, en el caso de que entre los objetos, los tipos de enunciación, los conceptos, las elecciones temáticas, se pudiera definir una regularidad (un orden correlaciones, posiciones en funcionamientos, transformaciones), se dirá, por convención que se trata de una formación discursiva” (p.55)

De este modo los objetos de conocimiento para la arqueología, no son, en palabras de Veyne (1984) “objetos naturales” es decir, objetos a priori o anteriores al discurso. Los discursos como prácticas, forman sistemáticamente, los objetos de que hablan:

La unidad de los discursos sobre la locura no estaría fundada sobre la existencia del objeto “locura”, o la constitución de un horizonte único de objetividad: sería el juego de las reglas que hacen posible durante un periodo determinado la aparición de objetos, objetos

recortados por medidas de discriminación, represión, objetos que se diferencian en la práctica cotidiana en la jurisprudencia, en la casuística religiosa, en el diagnóstico de los médicos, objetos que se manifiestan en descripciones patológicas, objetos que están como cercados por códigos o recetas de medicación, de tratamiento, de cuidados. Además la unidad de los discursos sobre la locura sería el juego de las reglas que definen las transformaciones de esos diferentes objetos (p. 49)

No es ni por las palabras, ni por las cosas, con lo que habría que definir el régimen de los objetos, sino más bien por lo que Foucault llama las reglas de formación, “en una repartición discursiva determinada” (p.55). Estas reglas de formación de los objetos, intentan responder a la pregunta de ¿cuál ha sido su régimen de existencia en tanto que objetos de discurso? Para ello es necesario:

- Localizar las superficies primeras de su emergencia (donde pueden surgir) que no son las mismas “para las distintas sociedades, las distintas épocas y en las diferentes formas de discurso” (p.58)
- Describir ciertas instancias de delimitación; en qué dominio del saber se aísla, designa, nombra e instauro algo como objeto (por ejemplo, la medicina, la religión, lo penal, la crítica literaria hablan de la locura)

Según Veyne (1985) la tesis más original de Foucault, y es la que me interesa destacar por los objetivos de este trabajo, es que los objetos –de conocimiento- no son más que el fruto de prácticas situadas. La ilusión de un objeto natural anterior a la misma práctica del saber, para Veyne, disimula que “no hay a lo largo del tiempo, evolución o modificación de un mismo objeto que siempre ocupe el mismo lugar” (p.227). Esto no quiere decir un relativismo ontológico, puesto que este implica que la gente ha pensado cosas distintas respecto al mismo objeto, por el contrario, la “cuestión que se debate no es la misma en una época u otra; y sobre todo el aspecto que resulta ser propio de cada época, la verdad es perfectamente explicable y no tiene nada de vaguedad indeterminada” (p.231)

De esta forma Foucault nos enfrenta con la cuestión de los “hechos” en las ciencias sociales, que desde Weber y Durkheim se piensan más como producción que como evidencia. A diferencia del empirismo hegemónico, para Foucault los hechos no hablan por sí solos, deben existir unas condiciones históricas para que se pueda decir de un objeto de un hecho, algo y por lo tanto la “verdad”, cede a la concepción que la define como una adecuación del pensamiento y el objeto de conocimiento (como si existiese entre ambos una relación de transparencia) (Varela, 1997, p.30)

En la *Arqueología del saber* (2009) señala:

el objeto no aguarda en los limbos al orden que va a liberarlo y permitirle encarnarse en una visible y garrula objetividad: no se pre existe a sí mismo, retenido por cualquier obstáculo en los primeros bordes de la luz. Existe en las condiciones positivas de una haz complejo de relaciones... y estas relaciones no están presentes en el objeto...no definen su constitución interna sino que le permite aparecer, yuxtaponerse a otros objetos, situarse con relación a

ellos, definir su diferencia, su irreductibilidad y eventualmente, su heterogeneidad, en suma, estar colocado en un campo de exterioridad ” (p. 63-64).

Estas relaciones tienen que ver con instituciones, procesos económicos y sociales, formas de comportamiento, sistemas de normas, etc. que no están presentes en el objeto, pero le “permite aparecer, yuxtaponerse a otros objetos, situarse con relación a ellos, definir su diferencia, su irreductibilidad y eventualmente su heterogeneidad” (p. 64) A este tipo de relaciones Foucault las denomina primarias, pues son independientes de todo discurso o de todo objeto de discurso.

El interés de Foucault por los “objetos” en tanto elemento del discurso y a través de los cuales los enunciados adquieren una materialidad, se basa en el hecho de este “se muestra interesado más bien por las condiciones formales para el surgimiento de un objeto en un contexto de sentido” (Gabilondo, 1990, p.52). Para la arqueología, lo que importa es el límite, el corte, la interrupción entre el sentido y objeto científico, lo que para los comentaristas constituye el problema de la ruptura y la discontinuidad, las condiciones de modificación o de interrupción del sentido, es decir “las condiciones en que el sentido se disuelve para dar lugar a la aparición de otra cosa” (p. 52)

De esta manera la arqueología no es un análisis lingüístico o del discurso y es irreductible a la epistemología o a la historia de las ciencias, pues lo que interesa no son leyes ni reglas de construcción ni la validez de los enunciados, sino condiciones de existencia de los discursos, es decir las leyes de producción y de funcionamiento.

La pregunta fundamental de la arqueología es ¿cómo es que ha aparecido tal enunciado y ningún otro en su lugar? Una pregunta que se articula por el lado de las condiciones de existencia, reproducción y apropiación de los enunciados y de manera general, de los discursos:

han de establecerse, por tanto, los límites y las formas de la decibilidad (de qué es posible hablar, que es lo que ha sido como dominio del discurso) los límites y las formas de conservación (qué enunciados dejan huellas –en la recitación ritual, la pedagogía, la diversión, la publicidad –cuáles son reprimidas y cuales son censurados); los límites y las formas de la memoria tal como aparecen en las diferentes formaciones discursivas (qué enunciados son reconocidos como válidos o discutibles o definitivamente inválidos, que tipos de relaciones se han establecido entre los sistemas de enunciados presente y el corpus de los pasados) los límites y las formas de reactivación (que enunciados anteriores o extranjeros se retienen, se valoran, que sistema de apreciación se les aplica, que papel se les hace cumplir), los límites y las formas de la apropiación” (p.124)

De acuerdo a Gabilondo (1990) con la arqueología se aprecia que “lo dicho” no ha surgido según las leyes del pensamiento o circunstancias azarosas de accidentes externo. Por el contrario, “lo dicho” ha nacido según regularidades específicas que refieren a un sistema de discursividad y a las posibilidades e imposibilidades enunciativas que este dispone. “Estos sistemas que instauran dichos enunciados como acontecimientos- con sus condiciones y dominios de aparición -y cosas-

comportando esa posibilidad y su campo de aplicación – son codificados por Foucault como el “archivo” (p.123).

De lo que se trata al describir el archivo, es definir desde el comienzo el sistema de enunciabilidad (p.123) y la arqueología describiría “los discursos como prácticas especificadas en el elemento del archivo” (Foucault, 2010c, p. 173). En ese sentido, el archivo expresa la ley de lo que puede ser dicho, es decir el sistema que rige la aparición de los enunciados, así como la ley del funcionamiento de estos. Es lo que diferencia los discursos en sus existencias múltiples y específicas.

Entre la tradición y el olvido, el archivo “hace aparecer las reglas de una práctica que permite a la vez a los enunciados subsistir y modificarse regularmente. Es el sistema general de la formación y de la transformación de los enunciados” (p.171). Desde esta perspectiva, el archivo lo que pone en juego son los límites de lo decible, el corte que nos separa de lo que no podemos ya decir, “el margen de nuestras propias prácticas discursivas” (p.172)

Ahora bien este sistema desde mi perspectiva no es autónomo, ya que la ley de funcionamiento está regida por otro tipo de regularidad: las prácticas no discursivas. Con esta noción Foucault lo que intenta es mostrar cómo las reglas de formación de las que depende el discurso, pueden estar ligadas a sistemas no discursivos desde el punto de vista de unas formas específicas de articulación.

Para el arqueólogo,

no se trata pues, de mostrar cómo la práctica política de una sociedad determinada ha constituido o modificado los conceptos médicos y la estructura teórica de la patología, sino cómo el discurso médico como práctica que se dirige a determinado número de individuos estatutariamente designados, y que tiene en fin que ejercer determinadas funciones en la sociedad, se articula sobre prácticas que le son externas y que no son ellas mismas de naturaleza discursiva” (p.214)

Si el discurso es dependiente de la historia, se intenta con ello mostrar el “nivel singular en el que la historia puede dar lugar a tipos definidos de discurso, que tiene a su vez su tipo propio de historicidad, y que están en relación con todo un conjunto de historicidades diversas” (p.215)

A partir de esta idea ambigua de “prácticas no discursivas” (Foucault, op.cit) contenida en la arqueología, Foucault avanza a algo más concreto: las “luchas, victorias, heridas, dominaciones, servidumbres” (Foucault, 2011.p.12) es decir, a la cuestión del poder. Con ello, es momento de introducir en lo que en la Crítica (2011a) Foucault define como un segundo nivel de análisis: la Genealogía.

En *La verdad y las formas jurídicas* (1983) Foucault afirma: “una historia de la verdad será posible para nosotros sólo si nos desembarazamos de esos grandes temas del sujeto de conocimiento, al mismo tiempo originario y absoluto, utilizando para ello el modelo nietzscheano” (p. 32). Para Nietzsche, todo conocimiento es perspectivo, lo que significa que “el conocimiento es siempre una cierta relación estratégica en la que el hombre está situado” (p. 0). En ese sentido seguir la huella de

Nietzsche es abordar el problema de la formación de cierto dominio de saber a partir de relaciones de fuerza y relaciones políticas en la sociedad.

Si para Nietzsche se trata de una genealogía de la moral, para Foucault se trata de una genealogía de la verdad. ¿De qué modo?

En la conferencia de 1970, *El Orden del discurso* (2011) Foucault inicia su argumentación con la interrogante de “¿qué hay de tan peligroso en el hecho de que la gente hable y de que sus discursos proliferen indefinidamente? ¿En dónde está por tanto el peligro” (p.14). Esta conferencia, es una de las primeras ocasiones en que Foucault relaciona los hechos discursivos con mecanismos de poder. Abandonando, las explicaciones internas del discurso.

Pese a que en *La arqueología del saber* (2009) lo que importa, “no es qué se dice sino quién lo dice y desde donde lo dice” y la cuestión del poder queda inscrito, tal como apreciamos en las “prácticas no discursivas”, para la mayoría de los comentaristas, la nueva perspectiva que introduce a partir de los 70’s, consiste en considerar que las prácticas discursivas no son puramente unos modos de fabricación de discurso. Para Sauquillo (2001) la incorporación de este discurso genealógico, marca más que un cambio, una incidencia en el tema del poder. Se pone de relieve la relación existente entre la formación de objetos y estructuras de exclusión y espacialización”, tal como lo apreciamos en *Vigilar y castigar* (Foucault, 1974).

De esta manera, las prácticas discursivas se materializan en

conjuntos, técnicos, instituciones, esquemas de comportamiento, en procedimiento de difusión e inculcación de comportamientos. Además las estructuras políticas y económicas intervienen en un conjunto complejo de factores que transforman la práctica discursiva de cada época. Es una “voluntad de saber” anónima y no los sujetos lo que cambia la práctica discursiva” (Sauquillo, p.106)

Con ello no se trata de analizar la práctica de discurso en su interioridad, sino de desvelar los procedimientos de control del discurso que son los que revelan “su vinculación con el deseo y con el poder” (Foucault, 2011, p.15).

En la misma conferencia de 1970, la hipótesis que Foucault propone y que será la base de en ahí en adelante, de todo un programa de trabajo, es que:

en todas las sociedades la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar sus poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad (p.14)

Esta hipótesis plantea tres principios fundamentales que Foucault desarrolla en este, así como en otros trabajos (1974, 2008, 2011a) en torno a la genealogía:

Primero, el discurso no es simplemente una representación o algo que traduce “las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse” (p.15). En *La verdad y las formas jurídicas* (Foucault, 1983), precisa que ha llegado el momento de considerar estos hechos del discurso ya no simplemente por su aspecto lingüístico, sino, en cierto modo –y aquí me inspiro en las investigaciones realizadas por los angloamericanos- como juegos (games), juegos estratégicos de acción y reacción, de preguntas y respuestas, de dominación y retracción y también de lucha. El discurso es ese conjunto regular de hechos lingüísticos en determinado nivel, y polémicos y estratégicos en otros. (p.13)

Segundo, entender la genealogía significa identificar una nueva propuesta que intenta acercarse, conocer e interpretar los acontecimientos históricos en su singularidad. Con esto Foucault elabora una crítica profunda a la racionalidad histórica (a la que llama, la historia de los historiadores) en tanto andamiaje de un conocimiento histórico que piensa el pasado como “inamovible” (p.58), absoluto, objetivo y universal.

Tercero, la materialidad del saber. Se trata de mostrar cómo las condiciones políticas y económicas de existencia no son un velo o un obstáculo para el sujeto de conocimiento, sino aquello a través de lo cual se forman los sujetos de conocimiento, en consecuencia las relaciones de verdad. Sólo puede haber ciertos tipos de sujetos de conocimiento, órdenes de verdad, dominios de saber a partir de condiciones políticas, que son como el suelo en que se forman el sujeto, los dominios de saber y las relaciones con la verdad” (p.32)

Así la genealogía se despliega en el campo de la “historia efectiva”, no en el de los espejismos yicos trascendentales y su anhelo de reconocimiento: “nada es lo suficientemente fijo como para comprender a los demás hombres y reconocerse en ellos.” (Foucault, 2008, p. 46). La ruptura con la ilusión imaginaria de continuidad del yo histórico, es el sentido que Foucault asigna a la historia efectiva como la introducción de lo “discontinuo en nuestro mismo ser” (p, 47). De este modo para Foucault el saber no está hecho para comprender, unir, ligar o atrapar, sino que para cortar, tronchar y destruir.

Esa síntesis fabricada, que constituye el yo, para Haraway (1999) constituye un relato antropocentrista y eurocentrista que ha amenazado con “reproducir, literalmente, todo el mundo en una imagen devastadora de lo Idéntico” (p.123) que “rechaza la agencia ingeniosa de todas los actores excepto del Uno” (op.cit) y que opta por una identidad especular que sólo simula la diferencia.

Es por ello que Foucault (2008) propone como salida, el sentido histórico nietzscheano, como “instrumento privilegiado de la genealogía” (p.44) que opone la historia tradicional a la “wirkliche Historie”. Esta última “invierte la relación establecida de ordinario entre la irrupción del acontecimiento y la necesidad continua” (p. 48) haciendo resurgir “el acontecimiento en lo que puede tener de único y agudo” (p.48), dejando a “cada cosa su medida y su intensidad” (p.52). Lo que interesa al genealogista, es el modo específico en que la irrupción o emergencia del acontecimiento,

en un determinado campo de fuerzas y posibilidades, modifican y reconfiguran dicho estado de cosas.

De este modo la historia-genealogía, es un tipo de saber histórico que no descansa o no puede descansar, sobre ningún absoluto, a diferencia de la historia tradicional o de los historiadores, que se defienden con la idea de “el origen” “la continuidad”, “el movimiento teleológico” o el “encadenamiento natural”. Como vemos, es una crítica a la historia basada en la idea decimonónica del progreso y el desarrollo ineluctable de la humanidad hacia un futuro luminoso y necesario. Foucault insurge contra esta idea de inexorabilidad.

Puesto que se trata del acontecimiento en lo azaroso, particular y discontinuo que hay en él, Foucault alega de igual modo, contra una idea de la genealogía que la haga emparentable a algo así como la búsqueda del origen. Para ello, en el ensayo de 1984 Nietzsche, la Genealogía, la Historia (2008) recurre a una distinción entre los términos alemanes Ursprung, Entstehung y Herkunft, utilizados de forma más o menos ambigua por Nietzsche, para elaborar el siguiente principio: la genealogía se ocupa de los comienzos, de la emergencia no de los orígenes, pues es en el origen en donde se desatan las pasiones metafísicas de una “identidad primera”, que el historiador se encargaría de develar y nombrar.

Por el contrario, para Foucault si nos tomamos la molestia de escuchar a la historia descubrimos que detrás de las cosas hay otra cosa bien distinta: “no su secreto esencial y sin fecha, sino el secreto de que no tiene esencia, o de que su esencia fue construida a partir de figuras extrañas a ellas” (p. 18) y que el comienzo se encuentra así en la “discordia”, en el “disparate” (p. 19), allí donde se inventa y fabrica históricamente la esencia de la cosa.

Si el origen está “del lado de los dioses” (p.20) de lo trascendental e incorpóreo, el comienzo está del lado de lo irrisorio, de lo irónico, de lo apropiado “para deshacer cualquier vanidad” (p.20). Así la genealogía desestabiliza la verdad y lo dado, y los relanza a la misma historia: “la verdad y su reino originario han tenido su historia en la historia” (p.22)

Asimismo al retomar el concepto de Herkunft nietzscheano y que Foucault traduce como procedencia, no trata tanto de encontrar un individuo, una idea o un sentimiento asimilador que sostenga algún principio de semejanza, como “de descubrir todas las marcas sutiles, singulares, subindividuales que pueden entrecruzarse en él y formar una red difícil de desenmarañar (p.25). El análisis de la procedencia permite “disociar al yo y hacer pulular, en los lugares y posiciones de su síntesis vacía, mil acontecimientos ahora perdidos” (p.26)

Para el filósofo:

Si interpretar fuera sacar lentamente a luz una significación enterrada en el origen, sólo la metafísica podría interpretar el devenir de la humanidad. Pero si interpretar es apropiarse, violenta o subrepticamente, de un sistema de reglas que en sí mismo no tiene significación esencial, e imponerle una dirección, plegarlo a una nueva voluntad, hacerlo entrar en otro



juego y someterlo a reglas secundarias, entonces el devenir de la humanidad consiste en una serie de interpretaciones. Y la genealogía debe ser su historia: historia de las morales, de los ideales de los conceptos metafísicos, historia del concepto de libertad o de la vida ascética, como emergencia de interpretaciones diferentes. Se trata de hacerlas aparecer como acontecimientos en el teatro de los métodos (p. 42)

Así la emergencia (Entstehung) designa, el “principio y la ley singular de una aparición” (p.33) que está dada por lo que llama una “serie de sometimientos”, “sistemas de sometimientos”, que la genealogía restablecería.

Con la noción de emergencia, Foucault introduce de lleno la pregunta acerca de la voluntad de poder, el enfrentamiento y la dominación, pues la emergencia es “la entrada en escena de las fuerzas; su irrupción, el impulso por el que saltan a primer plano, cada una con su propio vigor, su juventud” (p.37) La emergencia se da en un cierto estado de fuerzas, en medio de un juego de luchas, dominaciones dinámicas y “azarosas” que se alternan. La interpretación de la emergencia desde su finalidad o utilidad es el fruto de una dominación, de un poder que ha impuesto una interpretación (Rujas, 2010).

Pero, la emergencia es también la entrada en esa escena de nuevas fuerzas, su irrupción -y con ello modificación, desplazamiento, sustitución- en un lugar de enfrentamiento abierto, definido únicamente por la distancia que separa a los elementos contendientes.

De esta manera, si la genealogía trata sobre lo que puede haber de único, y contingente en el acontecimiento, es porque se pone en juego “el azar de la lucha” (Foucault, 2008, p.49), azar que para el filósofo no puede simplemente entenderse como un “simple sorteo” (p. 49) sino como el riesgo siempre relanzado de la voluntad de poder, que a toda solución del azar opone, para dominarla, el riesgo de un azar aún más grande” (p.50).

En ese sentido, la genealogía es:

- Un conocimiento situado: al no temer ser “un saber perspectivo” (p.54) que sabe desde donde mira y lo que mira. A diferencia de los historiadores que “tratan de borrar, en la medida de lo posible, aquello que puede traicionar, en su saber, el lugar desde el que miran, el momento en el que están, el partido que toman –lo insoslayable de su pasión” (p. 54), la genealogía exige posicionalidad.
- Una crítica a los relatos de objetividad occidental: La transparencia del “testigo modesto” imagen retórica que Haraway (2004) desarrolla para expresar la posición sujeto que el objetivismo formula respecto al observador, como neutral e invisible, es la más adecuada para figurar al historiador que a Foucault (2008) le interesa dismantelar, aquel que anula, su propia individualidad para que los otros entren en escena y puedan tomar la palabra.
- Un espacio de insurrección de los saberes sometidos. En la conferencia de 1976 (1992) subraya que los discursos universales y globales predominaron en la historia sobre ciertos saberes

sometidos o relegados al olvido, mediante un dispositivo de jerarquización del saber, en el que la ciencia ocupa el hegemónico. Se trata con ello de “restituir la memoria política de los saberes sometidos, mediante la eliminación de la jerarquía autoritaria de los discursos globalizantes”. Foucault entiende que tales saberes son, en primer lugar, los contenidos históricos críticos que han sido sistemáticamente sepultados por coherencias funcionales o sistematizaciones formales, y que cabe rescatar mediante la erudición genealógica; y, en segundo lugar, son saberes tachados de incompetentes y, por ello, relegados por la jerarquización de saberes implantada por la ciencia” (Saquillo, 2001.p111)

- Por lo tanto, una anti-ciencia, carente de un proyecto unitario y de cualquier interés globalizante o científico.

A partir de estos postulados, surge el interrogante acerca del lugar que la genealogía ocupa en el discurso histórico. Para Rujas (2010) la “genealogía no es historia y sin embargo, en su búsqueda de la procedencia y la emergencia necesita a la historia” (p.9). Es por ello que Foucault halla en el “sentido histórico” nietzscheano el elemento que permitirá a la genealogía distinguirse de la historia tradicional. Si la “historia de los historiadores” (Foucault, 2008) se caracteriza por un punto de vista supra-histórico que busca integrar la diversidad en una totalidad cerrada, fuera del tiempo, en una pretendida objetividad, que va en busca de una verdad eterna, el sentido histórico del genealogista se opone radicalmente a ella. La genealogía rechaza apoyarse sobre cualquier absoluto, rechaza lo pretendidamente universal.

Esta ruptura con lo absoluto, lleva a que las relaciones de poder/saber que la genealogía se encargaría de describir, sean pensadas como algo distinto a una relación causal y no problemática, ya que por un lado, no se trata de pensar que es lo primero (el saber o el poder) y segundo, porque dicha relación no es idéntica ni estable en todos los contextos y según quien hable. De ahí que la genealogía pone entredicho la causalidad, apostando por un punto de vista y una analítica poliédrica (Foucault, 2010b) que pone en relación diferentes fenómenos, constituyendo un sistema una grilla de inteligibilidad que muestra lo real en términos de lo posible no de lo necesario.

La articulación saber/poder muestra que:

no debe ser analizado como simple superficie de proyección de los mecanismos de poder... Los discursos, al igual que los silencios, no están de una vez por todas sometidos al poder o levantados contra él. Hay que admitir un juego complejo e inestable donde el discurso puede, a la vez, ser instrumento y efecto de poder, pero también obstáculo, tope, punto de resistencia y de partida para una estrategia opuesta. El discurso transporta y produce poder; lo refuerza pero también lo mina, lo expone, lo torna frágil y permite detenerlo. Del mismo modo, el silencio y el secreto abriga el poder, anclan sus prohibiciones; pero también aflojan sus apresamientos y negocian tolerancias más o menos oscuras. (p.123)

### **3. GIROS FOUCAULTIANOS: BIOPOLÍTICA, NEOLIBERALISMO, MERCANTILIZACIÓN DE LA VIDA**

*Un pueblo de hombres libres; un pueblo de propietarios...*  
 José Piñera, 1980. Ministro del Trabajo durante la dictadura de  
 Augusto Pinochet, Chile 1973-1988

La primera vez que Michel Foucault acuñó la noción de *biopolítica* fue una conferencia dictada en el marco de un curso sobre medicina social, llevada a cabo en octubre de 1974 en la Universidad de Río de Janeiro. En aquella conferencia titulada *El nacimiento de la medicina social*, Foucault procuró demostrar que la medicina moderna no era una medicina individualista, sino que era una medicina social. Se animó a proponer que

con el capitalismo no se pasó de una medicina colectiva a una medicina privada, sino que ocurrió precisamente lo contrario: el capitalismo se desarrolló a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, socializó un primer objeto, que fue el cuerpo, en función de la fuerza productiva, de la fuerza de trabajo. El control de la sociedad sobre los individuos no se operó simplemente a través de la conciencia o de la ideología, sino que se ejerció en el cuerpo y, con el cuerpo. Para la sociedad capitalista lo más importante era lo biopolítico, lo somático, lo corporal. El cuerpo es una realidad biopolítica; la medicina es una estrategia biopolítica.” (Foucault, [1977]1999, p.365-366).

Años más tarde, volvió a referirse a la noción de biopolítica, aunque con alcances tal vez no similares. Así, en 1976, en la última clase de su curso del Collège de France titulado *Hay que defender la sociedad* (2003) como en el último capítulo de *La Voluntad de Saber* (1997), el autor sostuvo que en el siglo XIX terminó de perfilarse un proceso iniciado en el siglo XVII por el cual el poder político se hizo cargo de la vida. Si con anterioridad a este período histórico la soberanía se asociaba con el hacer morir o dejar vivir a los súbditos, a partir de entonces aludía al derecho de hacer vivir o dejar morir.

Tal como lo expresa al final de *La Voluntad del Saber*: “Durante milenios el hombre siguió siendo lo que para Aristóteles, un animal viviente y además capaz de una existencia política; el hombre moderno es un animal, en cuya política está puesta en entredicho su vida de ser viviente.”(p.173). La vida entonces, ya no le corresponde al viviente como tal, sino que es apresada, potenciada y clausurada por la técnica política.

Este poder se desarrolló en dos formas principales: uno centrado en el cuerpo como máquina, una anatomopolítica del cuerpo, un poder característico de las disciplinas: “su educación, el aumento de sus aptitudes, el arrancamiento de sus fuerzas, el crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos (Foucault, 1997 p.167). Un segundo, centrado en el cuerpo-especie, una biopolítica de la población, desplegada por intervenciones y controles reguladores de un cuerpo “transido por la mecánica de lo viviente y que sirve de soporte a los procesos biológicos” (p.169). El biopoder se construye como una noción que intenta describir cómo lo biológico se articula en lo político, es decir de cómo el hecho de vivir de modo biológico “pasa en parte al campo de control del saber y de intervención del poder” (p.174).

De este modo el biopoder designa lo que

hace entrar a la vida y sus mecanismo en el dominio de los cálculos explícitos y convierte al poder-saber en un agente de transformación de la vida humana: esto no significa que la vida haya sido exhaustivamente integrada a técnicas que la dominen o administren; escapa de ellas sin cesar. Fuera del mundo occidental, el hambre existe, y en una escala más importante que nunca; y los riesgos biológicos corridos por la especie son quizás más grandes, en todo caso más grave, que antes del nacimiento de la microbiología. Pero lo que se podría llamar “umbral de modernidad biológica” de una sociedad se sitúa en el momento en que la especie entra como apuesta del juego en sus propias estrategias políticas” (p.173)

Con los dos cursos dictados por Foucault (2007, 2009) sobre el liberalismo en el Collège a finales de los 70's e inicios de los 80's, hay un giro importante en la noción de biopoder elaborado por este pensador. Si el autor sostenía que en el siglo XIX terminó de perfilarse un proceso por el cual el poder político se hizo cargo de la vida, en los cursos del Collège se identifica este biopoder con el desarrollo del capitalismo y sus tecnologías de gobierno: el liberalismo, el neo-liberalismo y el ordoliberalismo.

En estos análisis la naturaleza del poder biopolítico es descrito desde otra perspectiva que poco tiene que ver con el gobierno de un cuerpo biológico, como afirmaba hasta 1979. Este biopoder emerge de la mano de una economía política en el cual se superponen técnicas de (auto) gestión y (auto) conducción empresarial y por medio de estrategias políticas, jurídicas e institucionales que permiten el libre intercambio y la autorregulación del mercado.

Considerando este giro en el pensamiento de Foucault, este capítulo tiene como propósito discutir el deslizamiento de la noción de biopolítica de poder sobre la vida a una noción que se inscribe como un “elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo” (Foucault, 2007), un tropos de significación en el que se destacan nuevas dimensiones de los diagramas de poder y la teoría social: la doctrina neoliberal. Así mismo se introduce la cuestión del cuidado materno y la maternidad en las transformaciones actuales impulsadas por el neoliberalismo como doctrina de gobierno y que de alguna u otra forma son el resultado de un largo proceso histórico que en los capítulos siguientes se analizarán.

### *3.1. La biopolítica y la gubernamentalidad: el liberalismo económico y la sociedad de mercado*

En sus conferencias del curso 1978-1979, Foucault (2007) analizó el liberalismo como una forma histórica de gubernamentalidad biopolítica, es decir, como una forma de racionalidad política que trata con el gobierno de las poblaciones, de acuerdo con la "regla interna de la máxima economía"(p.318). Con ello el pensador intenta una re-traducción de las nociones de libertad y autonomía en el pensamiento social y la filosofía política, en el sentido de que no existe una libertad a secas al margen de las condiciones materiales en la que se produce; la libertad de la que se habla es la libertad del liberalismo, es decir una libertad económica, lo que trae como consecuencia que no

existe un sujeto previo que pueda ser aislado de los efectos de la intervención de las tecnologías de gobierno. El análisis de 1979 intenta mostrar como el liberalismo y especialmente el neoliberalismo, crea un nuevo tipo de sujeto, es decir despliega un proceso de sujeción específica y que si bien mantiene el nombre de *homo economicus*, se aleja de su definición clásica –hombre del intercambio- para ser pensado desde la idea de empresario de sí mismo.

El biopoder, emerge como un poder que problematiza el hecho de que siempre se gobierna demasiado. En otras palabras, es un efecto de tecnologías de gobierno que supone desde su origen el exceso inherente al gobierno. Esta interpretación que se vincula al *laissez faire* de la teoría liberal - Adam Smith - supone la existencia de una mano invisible que guía a la economía capitalista por la cual, la suma de los egoísmos responsables repercutiría en beneficio de toda la sociedad y el desarrollo de la economía. De este modo las regulaciones sociales, resultan poco deseables y se transforman en obstáculos para el logro del equilibrio natural del mercado y se reconocerán solo en el estricto ámbito de dejar actuar a aquella naturaleza, “con la menos cantidad posible de intervenciones para que, justamente, pueda formular su verdad y proponerla como regla y norma a la práctica gubernamental (Foucault, 2007, p.46). Con esto se inaugura en palabras de Rose (1998) una “desafección respecto al gobierno” (p.29), un continuo cuestionamiento sobre las teorías y los programas que obstaculizan la acción eficaz de la capacidad autorreguladora del mercado.

El liberalismo como ha señalado Burchell (1991, citado en Rose, 1998) “rechazó la razón de Estado, en tanto que racionalidad específica de gobierno en la cual un soberano ejercita su voluntad totalizadora a lo largo del territorio nacional” (p.26). La gubernamentalidad liberal se impone formalmente como un gobierno de ciudadanos libres, desatados de los vínculos de obligaciones y compromisos del viejo orden, como por ejemplo, el señor, el gremio o el poder soberano del patriarca. Esta libertad y autonomía es una libertad que es artificial y co-substancial a la acumulación del capital. La acumulación originaria -según Marx- explica el proceso por el cual se rompen los lazos de servidumbre y fidelidad, los campesinos/siervos son “liberados” y separados de sus medios de producción y por lo tanto obligados -en cuantos sujetos libres de los lazos de dependencia- a vender su fuerza de trabajo.

Desde esta perspectiva, es que resulta comprensible la afirmación de Foucault (2007): el liberalismo produce libertad, pues de lo que se trata es de minimizar el poder del estado tanto como sea posible, pero reconociendo que el mercado solo se puede mantener viable a través de prácticas gubernamentales activas y el apoyo legal. Esta complementación entre práctica gubernamental y mercado asegura la coordinación relativamente automática entre las acciones económicas (Quitral, 2012) pues dichas coordinaciones no dependen del mercado dado que este no tiene voluntad, sino que de la sociedad a través de sus formas de organización política. Para Polanyi (1994) la reglamentación y el mercado se desarrollaron de modo conjunto, pues:

...una economía de mercado es un sistema económico regido, regulado y orientado únicamente por los mercados...la autorregulación implica que toda la producción está destinada a la venta en el mercado y que todos los ingresos dependen de ella...Existen, en

consecuencia, mercados para todos los elementos de la industria... para el trabajo, la tierra y el dinero cuyos precios son denominados respectivamente precios de mercancías, salario, renta territorial o «renta», e interés... No se pueden fijar o reglamentar los precios, ni tampoco la oferta ni la demanda. Únicamente interesan las políticas y las medidas que contribuyan a asegurar la autorregulación del mercado, a crear las condiciones que hagan del mercado el único poder organizador en materia económica. (p.123)

Pese a que el liberalismo ve la relación entre política y economía como una ficción utópica entre el dejar hacer y el mercado autorregulado, la instauración de una economía de mercado implicó por un lado, la destrucción sistemática del orden social y las formas de organización económica precedentes (reciprocidad, redistribución, intercambio, etc.) y por otro, la formación de un estado/nación fuerte que garantizara la libre competencia y el control de sus efectos desarticuladores (proteccionismo monetario y social). De ahí que para Polanyi la condición de existencia de una economía de mercado, es una sociedad de mercado, es decir un conjunto de estructuras que permitan organizar la sociedad y el sustento humano alrededor de la institución del mercado, ya que una economía de mercado implica la mercantilización de todos los elementos de la producción: trabajo, tierra y dinero - ser humano y naturaleza-.

Al contrario de la ficción liberal que piensa dicha transformación desde un oscuro desarrollo espontáneo y evolutivo, lograr un mercado autorregulado -y principio de integración social- fue -y es- necesaria la transformación de la esencia de la sociedad a través de una ruptura violenta con las condiciones de integración precedentes (acumulación originaria), es decir, la participación activa del poder político del Estado, para crear y mantener el experimento utópico del liberalismo (Polanyi, 1994). El patrón de empresa mercantil (Mumford, 1998) presumió un cambio en las motivaciones humanas “que supuso traducir el poder político y económico en términos cuantitativos abstractos: en dinero, concretamente” (p.266). Es por ello que la institucionalización del *laissez-faire* es el resultado de prácticas gubernamentales, a través de un continuo intervencionismo de la autoridad política, lo que expresa su carácter artificial -no natural- y su establecimiento a través de formas violentas de ejercicio del poder.

### 3.2. *El neoliberalismo y la inversión de laissez-faire: la sociedad de mercado y el homo economicus*

Avanzando en la cartografía histórica del capitalismo, Foucault analiza el neoliberalismo, puntualmente la Escuela de Chicago, una corriente de pensamiento económico estadounidense que surge en los años de posguerra, como crítica a la política keynesiana y la planificación estatal: el New Deal de Roosevelt, implementado en 1935, el Plan Beveridge, de Churchill, en 1942, y a la planificación centralizada de la Unión Soviética.

Como lo destaca Dávalos (2013) el neoliberalismo es más que una doctrina económica basada en el monetarismo y la autorregulación del mercado. Es una doctrina política, porque estudia la

democracia y la organización política a través del liberalismo clásico; ética, al establecer los fundamentos de la convivencia social desde la razón de mercado; histórica porque construye a la razón de mercado como heurística de la historia; jurídica porque establece un modelo de Estado y simbólica, por sostener un modo de subjetivación basado en el éxito individual y el consumo.

Lo que fascinó a Foucault (2007) de los neoliberales estadounidenses fue la expansión, sin precedentes, para todo el cuerpo social, de la economía en la forma de economía de mercado. Esta generalización del mercado a los ámbitos no económicos o extrínsecos a la actividad mercantil implica para el filósofo: que por un lado, el mercado funciona como principio de inteligibilidad y desciframiento de las relaciones sociales y los comportamientos individuales y por otro, que las prácticas gubernamentales son evaluadas según un criterio estrictamente economicista, -costos y beneficios- desligando con ello el gobierno de los hombres de la dimensión política y jurídica.

Esto plantea una diferencia fundamental respecto al liberalismo clásico en el punto en cómo se despliega el *laissez-faire*. Mientras que el dejar hacer del liberalismo exige al gobierno respetar la forma del mercado y garantizar la autorregulación, el neoliberalismo lo invierte en un no dejar hacer al gobierno. De este modo "el mercado ya no es un principio de autolimitación del gobierno, es un principio que se vuelve contra él" (Foucault, 2007, p.286)

Para Milton Friedman –teórico neoliberal- (2012) el objetivo del gobierno no debe ser otro que establecer reglas del juego cuya finalidad es el despliegue - sin mayores obstáculos- de los mecanismos espontáneos de la oferta y la demanda. La crítica impulsada por el neoliberalismo a la planificación y las políticas keynesianas tienen que ver con la distorsión que la intervención estatal introduce en el funcionamiento "natural" de los mercados. De este modo el gobierno es operado y sistemáticamente criticado según un mero positivismo económico (Foucault, 2007) y el papel del gobierno se limita por sus obligaciones para fomentar la competencia- a través de la instalación de mecanismos basados en el mercado-, definir los significados de los derechos de propiedad, mantener la estructura monetaria y administrar la violencia-ejércitos, cárceles y policía.

Esta matriz mercadocéntrica a la vez que hiperboliza lo económico, formula de modo estratégico las condiciones sociales para la constitución de un determinado tipo de sujeto, que para Foucault es el *homo economicus*. Sin embargo, mientras que el liberalismo postula el "homo economicus" como un "hombre del intercambio", el neoliberalismo se esfuerza por asegurar que los individuos asuman los valores de mercado en la totalidad de su juicios y prácticas, con el fin de acumular una cantidad suficiente de capital humano y por lo tanto convertirse en empresarios de sí mismos. La ficción del *homo economicus* consiste en que los efectos desarticuladores vinculados a la desprotección de los sujetos frente a las reglas del mercado, su constante exposición y a lo que Harvey (2007) llama la *acumulación por desposesión*, se constituyen alrededor de la autonomía y la libre elección. De este modo se instala la paradoja de que esas mismas condiciones sociales que participan en la producción de la subjetividad se vuelven invisibles, en la medida en que la condición social de cada persona es juzgada como el efecto de sus propias decisiones e inversiones. En el neoliberalismo, nos dice Foucault (2007), cada individuo tiene la posibilidad de ser "igualmente desiguales" y la



competencia se instala como eje fundamental de la organización social –pues se trata de crear mercados competitivos de todas las esferas que constituyen el bios social-, traspasando a los privados la capacidad de decidir por el bien social.

Por otro lado, la introducción del liberalismo permitirá a Foucault resolver uno de los problemas clásicos de la teoría económica, la irreductibilidad de dos sujetos de gobierno que como tales dan lugar a dos procesos de constitución absolutamente heterogéneos: por un lado sujeto del derecho, el *homo legalis* y por otro, el sujeto económino, el *homo economicus*. Mientras que el sujeto del derecho se integra al conjunto de sujetos de derechos mediante una *dialéctica de la renunciación* (Lazzarato, 2000), es decir, a partir de una exigencia de renuncia o de transferencia de derechos a otro, el sujeto económico por el contrario, se integra al conjunto de sujetos económicos, no mediante la renunciación sino mediante una multiplicación espontánea de intereses. Esta irreductibilidad de la economía a la política, Foucault la resuelve mediante la introducción de un tercer elemento: lo social o “la sociedad civil, que no corresponde ni al conjunto de los sujetos de derechos, ni el conjunto de los sujetos económicos.

Para Lazaratto lo social introduce la idea de que “unos y otros sólo serán gobernables en la medida en que se pueda definir un nuevo conjunto que los recubra a todos, mostrando no sólo su relación o su combinación, sino también toda una serie de elementos e intereses distintos. “ (p.2). De este modo la “sociedad civil”, permite que el gobierno de los hombres salve el riesgo de separarse en dos ramas (el arte de gobernar económicamente y arte de gobernar jurídicamente) y que este arte de gobernar se realice mediante un conjunto de técnicas de gobierno que se ejercen no sólo en un nuevo plano de referencia (lo social) sino que tienen como fin la producción de autonomía con respecto al Estado.

Así lo social queda inscrito como una “naturalidad específica de la existencia en común de los hombres”(Foucault, 2007, p. 400) –una naturalidad que no es naturaleza, sino más bien espontaneidad al modo del mecanismo de la oferta y la demanda- que los economistas -según Foucault- comienzan a exponer como dominio de análisis, como un campo de objeto, como “dominio de saber e intervención” (p.400), una intervención que tendrá que ver no con reglamentar o prohibir sino que “manejar, manipular, suscitar, facilitar, dejar hacer; en otras palabras será preciso manejar y ya no reglamentar” (p.403)

De este modo al establecer un maridaje entre biopoder-liberalismo-sociedad civil Foucault intenta mostrar, que el biopoder no puede obtener un dominio efectivo sobre la vida entera de la población, si no es a condición de que se convierta en una función integrante y vital que todo individuo adopta y aviva de manera totalmente libre y voluntaria (Hardt y Negri, 2008) pues para Foucault, el *Rey ha muerto*.

Desde esta perspectiva el biopoder surge como un poder que problematiza –tal como veremos más adelante– el hecho de que siempre se gobierna demasiado. En otras palabras, es un efecto de tecnologías de gobierno que supone desde su origen el exceso inherente al gobierno. Es esta paradoja del biopoder que llevó a Deleuze a interpretarlo desde el concepto de Modulación

elaborado por Simondon (2009) en la década de los 30's, muestra que si se trata de un poder que se sostiene en los propios sujetos, es un poder que no tiene por fin un producto final al modo de un molde, sino que más bien se trataría de un modo de producción de sujetos cuya condición no es "una forma definida, sino todas las formas indefinidamente, dinámicamente"(p.52). Para Simondon un modulador es un molde temporal continuo, y modular es "moldear de manera continua y perpetuamente variable" (p.60) es decir, "hacer variar en el tiempo la actualización de la energía potencial" (p.59).

Así la biopolítica no se constituye como un abstracto poder sobre la vida, sino como el efecto de un programa liberal para la construcción de un "espacio de libertad vigilada a fin de hacer posible los mecanismos de mercado" (Pincheira en Sádaba, 2012 p.551). Este biopoder - " elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo" (Foucault, 2010 p.170)- supone tres cuestiones: situar al cuerpo como un lugar de gestión económica conformando en torno a él, un dispositivo que asegure su sometimiento y el crecimiento constante de su utilidad, es decir el cuerpo maquina, un control político de los fenómenos de población para que se ajusten a los procesos económicos, mediante el desarrollo de saberes-poderes específicos sobre estos campos (estadística de poblaciones,, demografía, etc.), una forma de ejercicio del poder que sin pasar por los grandes aparatos del Estado, contribuye a la consecución de cuerpos dóciles que se insertan de manera controlada y constante en la producción capitalista y cuatro, la gestión del yo por medio de la autoconducción y la inversión en el sí mismo, cuestión que para Foucault es la base de lo que llama el "empresario de sí mismo" . (Foucault, 2010)

Estos elementos hacen de la perspectiva biopolítica un elemento novedoso en la historia del análisis del capitalismo que difiere tanto del marxismo, como de la filosofía política y de la economía política: cómo el problema de la relación entre economía y política se resuelve mediante técnicas y dispositivos que no proceden ni de la política, ni de la economía. (Lazzarato, 2000)

El intento metodológico de Foucault, tal como lo señalé en el capítulo anterior, es interrogar precisamente este "afuera", que es el "gobierno de los hombres" entendido como una "tecnología humana" que el Estado moderno heredó de la pastoral cristiana (técnica específica que no se encuentra ni en la tradición griega, ni en la tradición romana), y que el liberalismo adaptó, modificó, enriqueció, transformó de gobierno de las almas a gobierno de los hombres. Para Lazzarato Gobernar puede traducirse con la pregunta: ¿Cómo conducir la conducta de los demás? Gobernar es ejercer una acción en acciones posibles. Gobernar consiste en actuar en sujetos que deben ser considerados libres.

Para el filósofo, los nuevos dispositivos biopolíticos nacen en el momento en el que se plantea la cuestión de

la manera de gobernar como es debido a los individuos, los bienes, las riquezas, como puede hacerse dentro de una familia, como puede hacerlo un buen padre de familia que sabe dirigir a su mujer, a sus hijos, a sus domésticos, que sabe hacer prosperar a su familia, que sabe distinguir para ella las alianzas que le conviene. ¿Cómo introducir esta atención,

esta meticulosidad, este tipo de relación del padre con su familia dentro de la gestión de un Estado?" (Foucault, 2010, p. 641-642)

A partir de lo anterior, con la noción de biopolítica Foucault pone en juego tres cuestiones:

Primero, el problema de la articulación de la política – es decir el poder y el gobierno de los otros- y la especie, abriendo un horizonte teórico que habilita nuevas formas de entender la naturaleza de lo político, respecto de su comprensión por la teoría y la ciencia política hasta la actualidad. Esta perspectiva lleva a la necesidad de replantear la idea misma de lo político y el vínculo que se crea con la vida individual, comunitaria y de la especie humana hasta el límite en el que sólo es posible pensar, en suma, la vida y la política en la contemporaneidad, a través de su vinculación constitutiva.

La biopolítica constituye entonces para Foucault, un horizonte apropiado para comprender lo político sustraído de la estatalidad y del régimen de la soberanía. Debido a ello, el pensador comienza a interesarse por el concepto de gubernamentalidad, para abordar el modo en que se ejerce el poder a través de un conjunto de instituciones, saberes, y prácticas, ya no solamente sobre individuos singulares, sino también y al mismo tiempo, sobre poblaciones políticas enteras.

Segundo, el análisis de la economía política realizado por Foucault en *Seguridad, Territorio y Población* y *El Nacimiento de la Biopolítica*, se presenta como una crítica al liberalismo, y como tal a la racionalidad política de la modernidad, intentando con ello articular de modo complejo la política con la economía actual. Esto lo lleva a constituirse en un referente comprensivo del campo de las ciencias sociales vinculado a interpretar el diagrama de relaciones de poder característico de la sociedad contemporánea, por medio de un análisis que pone en cuestión las clásicas oposiciones sobre las que se funda la modernidad política y epistémica: individuo – ciudadano, privado – público, sociedad civil – sociedad política, poder-libertad, tecnologías de gobierno-tecnologías del yo.

Entre las consecuencias directas de estos análisis para la psicología y las ciencias humanas, es una ampliación de los problemas humanos desde el punto de vista de la construcción de un marco comprensivo que permita elaborar nuevas preguntas e interrogaciones, como por ejemplo la demanda de autogestión individualista propia del neoliberalismo, que desde acá se puede entender como un dispositivo político o el análisis de las culturas terapéuticas, la promoción de estilos de vida y el cuidado del propio cuerpo y del yo como mecanismos de regulación y control de los sujetos.

Tercero, una crítica a los modos en que el pensamiento occidental, a partir de las oposiciones técnica – naturaleza, hombre – animal, ha constituido y definido la vida humana en general. De esta manera se abre una línea de análisis que no solo se opone a las tradiciones humanista y anti-humanista, sino que se enmarca en un horizonte que podría caracterizar como posthumano, que conduce a pensar el concepto de vida más allá de lo humano, tal como lo han venido desarrollando autores como Donna Haraway o Bruno Latour.

### 3.3. *De dispositivos biopolíticos: disciplina y seguridad*

Hasta ahora el esquema de relación entre biopolítica y gubernamentalidad liberal puede ser resumido en lo que sigue: la formación de los Estados liberales tuvo como condición de posibilidad y asimismo como objetivo fundamental, modelar unas estructuras de gobierno que fueran útiles para las nuevas reglas del sistema económico capitalista que se deseaba imponer. Como apunta Domínguez (2001),

por este motivo el estado liberal creó un discurso sobre las formas jurídicas que debían ser utilizadas para vehicular los designios del gobierno. Al mismo tiempo diseñó y desarrolló un conjunto de técnicas y de estrategias que estaban destinadas a traducir en términos operativos y pragmáticos los esquemas de autoridad y de producción en los diversos ámbitos de la vida social” (p.146).

Tal como se ha venido desarrollando el eje central de este modelo de gobierno fue el control de la población a partir de lo que el mismo Domínguez llama los núcleos duros de control social: sistema productivo, el educativo, el sanitario, el jurídico y el familiar. Cada uno de estos sistemas desarrolló ideologías y esquemas institucionales que fueron pensados para el desarrollo de estas estrategias, siendo uno de los aspectos más novedosos de las tecnologías biopolíticas de gobierno, es que se presentan de manera abstracta y estable, no sujeta a los vaivenes de definición de orden y seguridad motivados por los cambios en los grupos o sujetos que dirigieran los mecanismos de poder.

En *Seguridad y territorio y población* (2009), Foucault plantea dos esquemas de relación biopolíticos entre sujetos, espacios y poder: disciplina y seguridad. Disciplinar el cuerpo y regular la población, he ahí las dos formas en torno a las cuales se desarrolló la organización del poder sobre la vida, lo que permitió hacerla, según Foucault, funcional al desarrollo del capitalismo:

Ese bio-poder fue, a no dudarlo, un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo; éste no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos” (Foucault, 1996, p. 84)

Sin lugar a dudas es en *Vigilar y Castigar* (1985) en donde Foucault inicia de modo sistemático el estudio de estos dispositivos de poder, específicamente lo que llamará una analítica del poder disciplinario. En este libro las disciplinas consisten en “esos métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción de las fuerzas y les impone una relación de docilidad-utilidad” (p.141)

A pesar de la definición, es claro que en los trabajos de Foucault (1985, 2006, 2010) el concepto se desplaza por múltiples sentidos, usos y niveles analíticos, lo que expresa la naturaleza polisémica y equivoca de las disciplinas: como modalidad de control, de relación, como tecnología del cuerpo y del yo, como saber y como tecnología de gobierno. Esta última perspectiva que Foucault desarrolla

en 1974 afirma que la extensión, consolidación y penetración en el cuerpo social de las técnicas y saberes disciplinarios lograron conformar una “sociedad disciplinaria”.

Los alcances de esta afirmación han dado cabida a algunas lecturas, como la que sugiere Hardt y Negri (2005), que dislocan la disciplina de la biopolítica, planteando con ello, el paso de una sociedad disciplinaria a una sociedad biopolítica. Pero en el curso de 1978 (que como sabemos fue publicado en el año 2006, 6 años después de la publicación de la obra de Hardt y Negri) Foucault desmantela esta idea, proponiendo un modelo que compromete las complejas articulaciones, entre lo que llamará por un lado técnicas y por otro, tecnologías de poder, siendo las segundas más amplias que las primeras.

Las técnicas de poder corresponderían a procedimientos de poder que tienen como objeto un fin determinado y las tecnologías, tal como lo desarrollamos en el capítulo anterior, parte del hecho de que el poder se disuelve en un conjunto heterogéneo de discursos, instituciones, saberes, instrumentos, técnicas, etc. siendo la tecnología de poder aquella red - el diagrama en palabras de Deleuze - que puede establecerse entre esos elementos. Un diagrama que, en definitiva, nos permite visibilizar de un complejo campo de discursos y prácticas que producen, ordenan y gobiernan a los individuos y sus relaciones de acuerdo con determinadas lógicas.

De este modo Foucault establece tres tecnologías o dispositivos de poder: jurídica, disciplinaria y de seguridad, en las cuales en su interior se articulan una serie de técnicas que les son propias pero que a su vez se articulan, es decir se relacionan, reelaboran, multiplican en su trato con las técnicas de otras tecnologías. El ejemplo que propone es claro:

Por lo tanto, los mecanismos disciplinarios no aparecen simplemente a partir del siglo XVIII, ya están presentes dentro del código jurídico legal. Los mecanismos de seguridad también son muy antiguos como tales. Podría decir de igual modo, a la inversa, que si tomamos los mecanismos de seguridad tal como se intenta desarrollarlos en la época contemporánea, es absolutamente evidente que la actitud no constituye en modo alguno una puesta entre paréntesis o una anulación de las estructuras jurídico legales o de los mecanismos disciplinarios. Al contrario consideren lo que pasa en nuestros días, siempre en el orden penal, en ese orden de la seguridad. El conjunto de medidas legislativas, reglamentos, circulares que permiten introducir mecanismos de seguridad es cada vez más gigantesco. Después de todo, el código legal sobre el robo era relativamente simple en la tradición de la Edad Media y la época clásica. Tengan ahora todo el conjunto de la legislación que no sólo se refiere al robo sino al robo cometido por niños, el estatus penal de éstos, las responsabilidades por razones mentales, toda la masa legislativa que concierne a las medidas que se denominan justamente de seguridad, las vigilancias de los individuos una vez salidos de la institución: como ven hay una verdadera inflación del código jurídico legal para poner en funcionamiento ese sistema de seguridad. De la misma manera, el corpus disciplinario también es activado y fecundado en gran medida por el establecimiento de los mecanismos de seguridad” (p. 22-23)

Para Foucault, al contrario de lo que sugiere Hardt y Negri (op.cit), no hay serie de dispositivos, no hay era de lo legal, de lo disciplinario, de la seguridad. De lo que se trata es de las transformaciones por un lado, en la correlación de las técnicas de poder y por otro, en los “sistemas de dominantes” (p.24) que hacen que en una sociedad y una esfera de lo real “se introduzca por ejemplo, una tecnología de seguridad que hace suyos y pone en funcionamiento dentro de su propia táctica elementos jurídicos, elementos disciplinarios, y a veces llega a multiplicarlos” (p.24)

Continuando con la polisemia de las disciplinas, esta expresa como bien lo discute Caruso (2003), el carácter múltiple de las consecuencias de la difusión de las disciplinas en los espacios sociales. En esto Foucault es enfático, las disciplinas “no pueden ser identificados ni a una institución ni a un aparato” (Foucault, 1985, p.219); al no estar territorializadas tienen la capacidad de evocar múltiples sentidos y he ahí su potencia para generar amplios efectos en todos los niveles de la sociedad y que pueda ser confundida con la sociedad misma.

En ese sentido constituye un error común identificar y reducir las “disciplinas” al dispositivo panóptico, por consiguiente a las instituciones cerradas o semicerradas, ya que desvirtúa el hecho que por un lado, “el panoptismo no es una mecánica regional y limitada a instituciones... es sin duda una fórmula política general que caracteriza un tipo de gobierno” (Foucault, 2010, p. 89) y que por otro, lo que propone Foucault es un modo abstracto de comprender la relación entre los espacios, las formas arquitectónicas y la formación de una relación social.

Por el contrario la potencia heurística del concepto, pasa por pensar las disciplinas más como técnicas y estrategias que como modelo de sociedad, a las que podemos añadir localizadas, regionales y situadas (Haraway,) que se inscriben y constituyen determinadas prácticas sociales.

Partiendo de estas premisas una primera proposición para conceptualizar las disciplinas es que éstas no muestran en palabras de Foucault, una forma negativa ya sea de exclusión, de prohibición o represión. Se trata de pensar las disciplinas en el seno de las transformaciones históricas de la industrialización moderna y la racionalidad gubernamental liberal (Foucault, 2010, 2006) y que consiste en términos amplios, en el moldeamiento y encausamiento de la subjetividad bajo lo que Foucault denomina una “cuadrícula disciplinaria” (Foucault, 1985, 2006), es decir, una distribución jerárquica y funcional de la multiplicidad.

Las disciplinas así enunciadas constituyen técnicas de poder dirigidas a garantizar la ordenación de la multiplicidad humana que responde a tres criterios:

- Hacer del ejercicio de poder lo menos costoso posible.
- Hacer que los efectos de ese poder alcancen su máxima intensidad y se extiendan lo más lejos posible
- Aumentar la docilidad y utilidad de todos los elementos del sistema.

Desde esta perspectiva hablamos del despliegue de una tecnología de gobierno: la norma. Tecnología que si bien se ocupa de los problemas antiguos -ordenar la muchedumbre y sujetarlas al poder-, se concreta en una doble operación: segmentar/ componer y aumentar/disminuir las fuerzas del cuerpo.

El primer juego de operaciones trata sobre un trabajo de análisis: descomponer el cuerpo en partes, los actos en gestos y posturas, los colectivos en individuos; y, por otro lado, un trabajo de conjunción y composición a partir de un principio económico: se trata de seleccionar las partes adecuadas para producir cuerpos útiles, actos eficaces, y colectivos bien organizados.

El segundo consiste en aumentar las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuir esas mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia). La disciplina en ese sentido disocia el poder del cuerpo: “de una parte, hace de este poder una "aptitud", una "capacidad" que trata de aumentar, y cambia por otra parte la energía, la potencia que de ello podría resultar, y la convierte en una relación de sujeción estricta”.(Foucault, 1985,p.135)

Con la disciplina el control social se desliza de la descomposición del cuerpo/suplicado a su recomposición como cuerpo normativizado, a través de lo que en 1975 Foucault llama “prácticas normalizadoras”, es decir prácticas que dividen, que producen individuos (en tanto unidad mínima de división). Asimismo las disciplinas al fijar “los procedimientos de adiestramiento progresivo y control permanente distingue entre quienes serán calificados como ineptos e incapaces y los demás (Foucault, 2006. p.72), formulando una base en el cual se realiza una partición entre lo normal y lo anormal.

En esta relación entre disciplina y norma en el curso de 1978 Foucault señala un giro importante, pues como afirmé en 1975 habla de un dispositivo de *normalización* que en el curso citado será re-bautizado como un dispositivo de *normación*, reservando el primero al dispositivo de seguridad. De este modo la *normación* propia de las disciplinas consiste en:

plantear ante todo un modelo, un modelo óptimo que se construye en función de determinado resultado, y la operación de normalización disciplinaria pasa por intentar que la gente, los gestos y los actos se ajusten a ese modelo; lo normal es, precisamente,, lo que es capaz de adecuarse a esa norma y, lo anormal, lo que es incapaz de hacerlo. En otras palabras, lo primero y fundamental en la normalización disciplinaria no es lo normal y lo anormal, sino la norma. Para decirlo de otra manera, la norma tiene un carácter primariamente prescriptivo, y la determinación y el señalamiento de lo normal y lo anormal resultan posibles con respecto a esa norma postulada. A causa de ese carácter primario de la norma en relación con lo normal, el hecho de que la normalización disciplinaria vaya de la norma a la diferenciación final de lo normal y lo anormal me gustaría decir, acerca de lo que ocurre en las técnicas disciplinarias, que se trata más de una normación que de una normalización (p. 76)

Una segunda proposición se refiere a los saberes disciplinarios. Si bien en *Vigilar y castigar* las disciplinas como órdenes de saber se inscriben dentro del problema de lo que este autor llama el *examen*, es en la conferencia de 1970, titulada *El orden del discurso* – y que como ya señalé es el momento en el cual el autor introduce de lleno el poder en el discurso- Foucault había desarrollado la cuestión de las disciplinas desde lo que llama los principios de control y delimitación del discurso. Estos principios responden a la hipótesis de que “en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por cierto número de proposiciones que tienen por función conjurar sus poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad” (p.14).

A diferencia de los procedimientos de control que se ejercen desde el exterior (como los sistemas de exclusión relacionados a la prohibición y la separación) las disciplinas obedecen a lo Foucault (op.cit) llama procedimientos internos, es decir, que dependen de los discursos mismos y que tienen por fin dominar el acontecimiento y el azar.

Desde esta perspectiva las disciplinas se definen por un ámbito de objetos, un conjunto de métodos, un corpus de proposiciones consideradas verdaderas, un juego de reglas y de definiciones, de técnicas y de instrumentos, configurando “una especie de sistema anónimo a disposición de quien quiera o quien pueda servirse de él” (p.33). Asimismo, las disciplinas deben su posibilidad de existencia en el hecho de formular, de modo indefinido, nuevas proposiciones y enunciados, que la misma disciplina (es decir, en el interior de sus propios límites) define como verdaderos o falsos.

Lo que se problematiza con esto es, cómo las disciplinas construyen su propio sistema de inteligibilidad, esto es, sus propios soportes materiales y estrategias de producción, validación y difusión de la verdad, poniendo en juego el sistema mismo de enunciabilidad es decir, la posibilidad de que un enunciado, siguiendo a Canguilhem, se sitúe o no “en la verdad” Es decir las disciplinas desde estas perspectiva lo que hacen es movilizar y poner en juego un régimen de verdad.

Ambas perspectivas de la disciplina suponen técnicas de control que producen formas de saber. La disciplina es un saber sobre los sujetos que tiene que ver con el detalle, con la vigilancia y con las posibilidades de que este saber sobre los sujetos opere transformaciones dirigidas a un fin de utilidad. El examen, como tecnología de saber/poder propio de las disciplinas combina las técnicas de la jerarquía que vigila y las de la sanción que normaliza y que adquiere la estructura de un caso, es decir un saber detallado del sujeto en tanto in-dividuo.

De ahí que el examen es una mirada normalizadora, una vigilancia que permite calificar, clasificar y castigar y que “manifiesta el sometimiento de aquellos que se persiguen como objetos y la objetivación de aquellos que están sometidos. La superposición de las relaciones de poder y de las relaciones de saber adquiere en el examen toda su notoriedad visible.” (p.189)

Desde el punto de vista de la psicología y los saberes *psi*, los procedimientos de psicodiagnóstico y medición propias de estas ciencias, se constituyen en los ejemplos paradigmáticos de un saber intrusivo, vigilante y correctivo y en el que emerge un sujeto del saber apertrechado de



conocimientos, técnicas y valoraciones acerca de la subjetividad y las relaciones humanas y que lo sitúan en la posición de la verdad: el experto.

Para Rose (1990) el conocimiento y los profesionales expertos expresan el nuevo rol que han ido adquiriendo un conjunto de profesionales, expertos del yo en un régimen de verdad en que la mente se clasifica y se mide, se predicen sus vicisitudes, se elaboran diagnósticos y se prescriben soluciones y remedios.

Desde esta perspectiva, si pensamos que en las sociedades neoliberales democráticas, el rol de estado y de sus aparatos, es constantemente cercado, dominado y reducido a su función reguladora para dar paso a las fuerzas del mercado, el saber experto pone en juego de modo indirecto lo que el mismo Rose llama, *el gobierno de las almas*.

### 3.4. Seguridad

Si como analicé anteriormente para el liberalismo, la libertad es preciso producirla y organizarla, esto quiere decir que la libertad en el régimen del liberalismo no es un dato previo, no es una zona prefabricada que haya que respetar. Por el contrario, ese mismo gesto implica, que “se establezcan limitaciones, controles, coerciones, obligaciones apoyadas en amenazas, etc. (Foucault, 2006.p.84) Ejemplos: tarifas aduaneras, trabajadores disciplinados, ley antimonopolio, etc.

De ahí que para Foucault estas libertades, las libertades del mercado, no están fuera de la política, de la gubernamentalidad como su límite, sino que son un elemento integral de su estrategia. Como forma de gubernamentalidad, el neoliberalismo opera en los intereses, deseos y aspiraciones, en lugar de los derechos y obligaciones. Para Read (2009) en tanto la gubernamentalidad neoliberal opera en la dimensión del deseo y la libertad, sigue una trayectoria de intensificación paradójica en el que el poder se produce por medio de técnicas menos restrictivas y menos corpóreas que el de las disciplinas, pero que a si mismo se hace más intenso y extensivo, saturando los ámbitos de acciones y las posibles medidas.

La seguridad refiere al principio de cálculo. Es decir que el liberalismo, el arte liberal de gobernar, se ve forzado a determinar con exactitud en qué medida y hasta qué punto el interés individual, los diferentes intereses, individuales en cuanto divergen unos de otros y eventualmente se oponen, no constituyen un peligro para el interés de todos.

La seguridad responde a la pregunta ¿qué hay que hacer para enfrentar por anticipado lo que no se conoce con exactitud?, por lo tanto se trabaja sobre probabilidades. Como lo destaca el mismo Foucault, si la disciplina *arquitectura un espacio*, la seguridad tratará de acondicionar un medio en función de acontecimientos o de series de acontecimientos o elementos posibles, series que será preciso regularizar en un marco polivalente y transformable.

Por lo tanto el espacio propio de la seguridad remite a lo temporal y lo aleatorio, “a una temporalidad y una aleatoriedad que habrá que inscribir en un espacio dado” (Foucault, 2006, p.40)

Desde esta perspectiva el concepto de seguridad no supone una novedad histórica. Lo que si resulta novedoso es que las instituciones destinadas a abastecer de seguridad a los ciudadanos en el estado liberal, crean un doble nivel en el discurso de la seguridad (Dominguez, 2001)

En el nivel más profundo, el discurso sobre la seguridad se preocupa fundamentalmente por garantizar el mantenimiento del nuevo sistema económico-social. “En consecuencia, es posible hablar aquí de una seguridad del sistema social considerado en su conjunto, idea que estará presente en todo el instrumental de control burgués.” (p.156)

En el nivel más superficial, la seguridad significa que las políticas de control social deben generar en la población un sentimiento de aceptación del nuevo orden como resultado de sentirse protegida de los riesgos sociales. En este segundo nivel deben encuadrarse las políticas de seguridad “que se van creando por diferenciación funcional en los diversos subsistemas sociales (la seguridad en el trabajo, la protección frente a la enfermedad, la seguridad frente al delito,, la protección frente al desamparo económico) y que van dirigidas directamente a los ciudadanos” (p.157)

Debe resaltarse que ambos niveles se encuentran íntimamente conectados: el éxito de las estrategias enmarcadas en el segundo nivel garantiza la obtención del primero; en otros términos, el nivel de las políticas de seguridad dirigidas a los ciudadanos está orientado siempre en función de la seguridad del sistema.

Desde esta perspectiva es posible afirmar, por tanto, que a partir del modelo neoliberal la cuestión de la seguridad aparece de manera transversal por todo el sistema social y que va adquiriendo especialidades en los diversos subsistemas encargados de conseguir, por la vía de los objetivos específicos de las diversas políticas públicas, una legitimación de la nueva manera de concebir las relaciones políticas, económicas y sociales. (Domínguez, 2001)

### 3.5. *Biopolítica, Empresarización de la vida, privatización del bienestar y el género*

Es claro que el *homo economicus* no es un ser natural con formas predecibles de conducta y formas de comportarse, sino que es una forma de subjetividad que debe ser traído a la existencia y mantenido a través de tecnologías de subjetivación Desde ahí que el *homo economicus* es efecto y condición de posibilidad de las prácticas gubernamentales pues por un lado, es un sujeto que debe producirse a través de las formas de conocimiento y las relaciones de poder destinadas a impulsar y reforzar las prácticas individuales de subjetivación y por otro es un cierto tipo de sujeto “ que permitía a un arte de gobernar regularse según el principio de la economía “ (Foucault, 2006, p.310), economía entendida como ahorro y como circulación.

Es aquí donde podemos reconocer la importancia vital de los vínculos entre los análisis de Foucault sobre la gubernamentalidad que comenzó a finales de 1970 y su interés por las tecnologías del yo y

la ética que desarrolló hasta el momento de su muerte en 1984. El análisis del "Gobierno" o "la conducción de la conducta" reunirá el gobierno de los otros y el gobierno de uno mismo (subjetivación), la gestión biopolítica de la población y, por otro, el trabajo que individualmente los sujetos realizan a sí mismos con el fin de convertirse en ciertos tipos de sujetos (tecnologías de yo).

Mientras la gubernamentalidad neoliberal busca minimizar el poder del estado tanto como sea posible, también llega a re-conocer que el mercado sólo se puede mantener viable a través de prácticas gubernamentales activas y el apoyo legal. Asimismo, se reconoce explícitamente que la competencia entre los individuos sólo puede ser promovida a través de mecanismos sociales que son exclusivamente codificados, ordenados y reevaluados de acorde a los valores de mercado.

Al parecer dentro de la racionalidad gubernamental neoliberal no se trata tanto de forzar a la gente a hacer lo que quiere el gobernante, sino que es siempre un equilibrio versátil, con la complementariedad y los conflictos entre los técnicas que aseguran la coacción y los procesos mediante los cuales el yo es construido o modificados por él mismo.

Esta última interpretación así como las que sugiere Rose no está libre de controversias, pues oscurece el hecho que por un lado, la libertad del liberalismo es exclusivamente libertad económica (Frade, 2012) y que por otro, el neoliberalismo introduce tecnologías de gobierno que pueden ser consideradas abiertamente antagónicas a la racionalidad liberal (dictaduras, soberanía, estado policial, aparteí etc) . Sin embargo, dicha aparente contradicción no puede ser pensado como una racionalidad distinta, pues el liberalismo siempre va acompañado de una enorme "maquinaria de control, disciplina y coerción que constituye su otra faceta, la negada habitualmente, pero que es tan inherente al liberalismo (en el sentido real del término) como la primera". (Frade, 2012, p.36)

Por lo tanto se trata de una única racionalidad liberal que posee dos facetas interdependientes e inseparables: una naturalista, basado en la naturalización del mercado y que sin lugar a dudas fue a la que Foucault prestó mayor atención y la artificialista, necesarias para imponer y mantener la naturalización del mercado.

Desde ahí que Frade propone una definición que difiere de estas perspectivas y según su afirmación a la del propio Foucault -que de acuerdo a su crítica pareciera seguir las pautas del mismo liberalismo- en tanto, para este autor la gubernamentalidad neoliberal es

un intento de gobernar el comportamiento (el pensamiento, las disposiciones y la acción) por medio de mecanismos de mercado y cuasi-mercado con el fin de intensificar los procesos económicos. Esto implica exponer a los individuos y a las poblaciones a las fuerzas eminentemente coercitivas del mercado así como –conviene resaltar esto, pues se suele pasar por alto- someterlos a los controles cada vez más férreos que tal exposición ineludiblemente conlleva (p.38)

Estas dos facetas trae como consecuencias el cuestionamiento a uno de los aspectos centrales de la gubernamentalidad tal como lo he venido desarrollando: su dislocamiento respecto a la soberanía.

Para este autor dicho desplazamiento no es tan claro, si se incorpora concretamente las relaciones sociales y la agencia empresarial en el análisis. La tesis de Frade consiste en señalar que la

gubernamentalidad neoliberal está guiada por un impulso permanente encarnado de forma privilegiada por los empresarios y los grandes negocios, hacia la constitución de una esfera (en realidad habría que decir un mundo) entera y totalmente “soberana” a la que busca llegar mediante la re-mercantilización de la mano de obra en lo que respecta a gobernar a otros y el intento de evadir, mediante nuevos modos de organización empresarial, toda forma de inscripción y trazabilidad legal y estadística en lo que concierne a gobernarse a sí mismo (p.42).

Esta idea de la agencia empresarial como una nueva modalidad de soberanía traduce una de las críticas más férreas que Bourdieu (1998) señala al neoliberalismo: el intento de imponer el mercado, pasa por una destrucción de todas las estructuras colectivas que puedan obstaculizar la lógica del mercado puro, ya sea a través de las medidas y legislaciones que recortan los derechos de organización (la faceta artificialista) o por los efectos de la lógica immanente del mercado (faceta naturalista).

La destrucción sistemática de las instancias colectivas puedan colocar en tensión al mercado, reconfigura una buena parte de lo que se entiende tradicionalmente en las ciencias sociales por lo social. De acuerdo a Donzelot (1998) lo social es un espacio de flotación que emerge en Europa en medio de los conflictos por la igualdad jurídica, la libertad y la fraternidad que proclamaba la Revolución Francesa y la desigualdad social, materializada en la demanda de las multitudes pobres a los asambleístas. Desde ahí que lo social tuvo su condición de posibilidad al vincular el aparato del estado, el mercado, las familias y las comunidades en intervenciones realizadas, no tanto por el Estado como si de instituciones intermediarias como la filantropía, sobre las poblaciones sobrantes percibidas como amenaza o a ciertos trabajadores que era preferible integrar (Álvarez, 2005).

Con esto no se trataba tanto de resolver el problema de la igualdad jurídica y la desigualdad social a favor de un proceso paulatino de generalización de igualdades y de un creciente bienestar bajo lo que Álvarez (2005) llama un “contrato social mítico”, como si el despliegue de una serie de dispositivos de tutelaje sobre las familias que Donzelot llama el *complejo tutelar*.

Este complejo expresaba variadas artes o estilos de gobernar ciertas poblaciones que se materializan en “complejas tecnologías, dispositivos y sistemas de enunciado que permiten el gobierno de los hombres sobre otros hombres, tanto bajo relaciones tutelares como contractuales (a veces asociadas a derechos), tanto integrando a algunas poblaciones como expulsando otras a los márgenes” (Sánchez, 2005.p.89).

A pesar de que los clásicos dispositivos de gobierno de los pobres (beneficiencia, filantropía y caridad) no han perdido su hegemonía como respuesta al problema de los efectos sociales del capitalismo, es claro que estas instancias intermedias -que constituyen el campo de lo social -han

debido acoplar sus interpretaciones y objetivos de intervención de acuerdo a los postulados y enunciados ontológicos que el neoliberalismo provoca.

De acuerdo a Navarro (1998) estos postulados que actúan a nivel del dogma, serían primero, los déficits del presupuesto estatal son intrínsecamente negativos para la economía; segundo, la intervención estatal que regula el mercado del trabajo es también intrínsecamente negativa; tercero, la protección social que garantiza el Estado de Bienestar, a través de políticas redistributivas, afecta negativamente el desarrollo económico y la acumulación de capital; y, en cuarto lugar, el Estado no debe intervenir en la regulación del comercio internacional, ni tampoco debe regular los mercados financieros. En éste último caso, se señala que la libre movilidad de los capitales es el factor más importante para garantizar una eficiente redistribución de recursos a escala internacional.

Desde esta perspectiva uno de los movimientos más importantes que ha desplegado el neoliberalismo en las últimas décadas, ha sido el “cercamiento” de los bienes sociales comunes, es decir la redefinición y reestructuración del estado social y de bienestar a partir del desmantelamiento de los sistemas de seguridad social para incorporar de modo creciente los seguros privados, una fórmula que para Federici (2004) y Harvey (2007) re-editan los proceso de expropiación y violencia del primer ciclo de acumulación originaria a la base del paso de la sociedad feudal a la capitalista, tal como lo analizó Marx en *La acumulación originaria* (). Esto, ha traído como consecuencia la privatización y mercantilización de los espacios que antes estuvieron en manos del aparato del gobierno, y a si mismo una serie de estrategias de intervención desde lo público, destinadas a incorporar y castigar a los más pobres.

A partir de ahí, los individuos

...educados a través de los mecanismos del marketing y las pedagogías del consumo y del estilo de vida, habrán de tener acceso a los beneficios, previamente, " sociales" (como las ventajas educativas, el estatus de salud y la satisfacción en la vejez), por medio de su adquisición en mercados competitivos. La promoción de seguros privados por mecanismos de mercado ilustra, así, la amplia extensión de elementos a través de los cuales el consumo y los mercados han devenido nuevos y poderosos dispositivos para la conformación de la conducta. Éstos no están guiados por una lógica política, pero, aun así, permiten transformar las tecnologías políticas para el gobierno de la subjetividad.”(Rose, 1997, p. 33-34)

De este modo el gobierno de lo social sufre un proceso de desgubernamentalización pues

deja paso al gobierno de zonas particulares -las regiones, los pueblos, los sectores, las comunidades-, en vistas del interés de los circuitos económicos que fluyen entre regiones y a través de las fronteras nacionales. Los destinos económicos de los ciudadanos al interior de un territorio nacional se desacoplan, y pasan a ser entendidos y gobernados como una función de sus niveles particulares de emprendimiento, habilidad, inventiva y flexibilidad.”(p.37)

El objetivo de la asistencia social sufre una transformación considerable, pues se limitará a recomponer sistemas de reciprocidad y colaboración locales y privadas (como por ejemplo la familia) asignando un lugar casi nulo a los derechos y garantías que el estado regulaba (seguro social, educación y salud pública, por ejemplo)

revalorizando los capitales o activos (no mercantiles) provenientes de la familia y la comunidad de los que quedaron fuera de la relación salarial o en condiciones de extrema precariedad y mercantilizando cada vez más la reproducción de la vida y el bienestar sólo para aquellos que puedan demandar bienes y servicios en el mercado" (Álvarez,2005,p.92)

En este paisaje (anti o a) social, la "responsabilidad" de los individuos constituye una forma de la moral del mercado. Marrón (citado en Hamman, 2009) señala que esto conlleva al efecto de despolitizar las fuerzas sociales y económicas, como también la reducción de la ciudadanía política. El cuerpo social y político deja de ser un cuerpo, para transformarse en un grupo de empresarios individuales y consumidores.

Para Hamman

Many formerly public or government institutions such as hospitals, schools, and prisons are now managed privately as for-profit corporations as in-creasing numbers of people go without healthcare, education levels drop, and prison populations increase. An ongoing effort has been made to further privatize if not eliminate traditional social goods such as healthcare, welfare, and social security. In addition, problems once recognized as social ills have been shifted to the personal realm: poverty, environmental degradation, unemployment, homelessness, racism, sexism, and heterosexism: all have been reinterpreted as primarily private matters to be dealt with through voluntary charity, the invisible hand of the market, by culti-vating personal "sensitivity" towards others or improving one's own self-esteem. (p.40)

Entre los efectos inmediatos y más claros de esta nueva tesis sobre lo social, es la redefinición del trabajo y el empleo. Por ejemplo, en lugar de interpretar el asalariado como una persona que se ve obligado a vender su fuerza de trabajo,, el neoliberalismo describe los salarios como los ingresos generados por el gasto de " capital humano ", que consiste en las cualidades genéticas innatas de un individuo, así como sus habilidades adquiridas, gustos y conocimientos. Esta acumulación de "capital humano" se interpreta como el resultado de las inversiones anteriores y en curso en los bienes como la educación, la nutrición y la formación, así como el amor y el afecto. En esta reconstrucción del asalariado, los trabajadores ya no se reconoce como dependiente de un empleador, sino que se forman como empresarios libres y autónomos (empresarios de si mismo, dice Foucault,2006; 2010) plenamente responsables de sus decisiones de inversión y elección y auto- presumiblemente racionales.

Por otro lado, la tendencia contemporánea que desplaza el empleo indefinido a contratos temporales y a tiempo parcial (flexibilidad laboral), no es sólo una estrategia económica efectiva que libera a las empresas de los contratos y los compromisos de la seguridad social y los derechos laborales, sino

que también y siguiendo a Read (2009), una estrategia efectiva de subjetivación. Esto alienta a los y las trabajadores/as a no verse a sí mismos como "trabajadores" en un sentido político, que tienen algo que ganar a través de la solidaridad y la organización colectiva, sino como "competidores" y en los que cada acción, cada conocimiento y habilidad puede considerarse una inversión en capital humano.

En ese sentido no es fortuito que los modelos de educación para el empleo formulados por el conocimiento experto de la psicología y la gestión empresarial, se formulen no tanto como adquisición de conocimientos o información, como si de "competencias" laborales que los /las trabajadores/as deben adquirir a lo largo de toda su vida; competencias que son evaluadas en términos de las aptitudes psicológicas, disposicionales y aspiracionales. Desde ahí que para Bordieu (1998) la competencia se emplaza como un valor que inunda todo el espectro de lo real y que instala un "universo darwiniano de todos contra todos" (p.2) a través de mandatos como la adhesión a la tarea y a la empresa, según la cual los trabajadores son colaboradores o integrantes de una familia.

así como en el seno de las empresas se da la competencia entre filiales autónomas, entre equipos compelidos a la polivalencia y, finalmente, entre individuos a través de la individualización de la relación salarial: fijación de objetivos individuales; conversaciones individuales de evaluación; evaluación permanente; alzas individuales de salario u otorgamiento de primas en función de la competencia y el mérito individuales; carreras individualizadas; estrategias de "responsabilización" tendientes a asegurar la autoexplotación de ciertos cuadros que siendo simples asalariados bajo fuerte dependencia jerárquica, son al mismo tiempo considerados como responsables de sus ventas, sus productos, sus sucursales, su almacén, etc. y actúan a la manera de "independientes"; exigencia de "autocontrol", que amplía la "integración" de los asalariados, según las técnicas de "la gerencia participativa", que va más allá de las tareas previstas para el cargo. Existen otras tantas técnicas de sujeción racional que concurren a debilitar o abolir las señales y las solidaridades efectivas, imponiendo las sobrecargas en el trabajo, y no sólo en los puestos de responsabilidad o en el trabajo de emergencia. (p.3)

Esta cultura de la competencia está estrechamente vinculada a lo que desde la OCDE se ha venido llamando las políticas de activación laboral. Si tal como apunta Foucault (2006), el gobierno de los otros de la racionalidad neoliberal, no se puede desligar del gobierno de sí mismo y las tecnologías del yo, desde esta lógica dichas tecnologías son atravesadas por la gramática de *activación del sí mismo*. Rose (2007) destaca, para el caso de Inglaterra, y que se repite en el resto de los países insertos en el mercado global, las fuertes campañas contra un modelo de sujeto que se describe como pasivo y dependiente de la seguridad y los servicios sociales. El desempleo es visto como una cuestión que depende de los propios sujetos y de sus capacidades para buscar activamente trabajo. Desde ahí que los nuevos planes de empleo europeos como también latinoamericanos,, se articulan no desde una mera búsqueda de empleo sino que desde el control la vigilancia de lo que se llama "la búsqueda activa de empleo"

En el Reino Unido, en las políticas de la Organización para el Desarrollo y la Cooperación Económica (OCDE) y en Australia, la persona desempleada es ahora retratada como un „buscador-de-empleo, cuya agilidad para el trabajo, que es el punto en cuestión, debe evitar que la caída en el desempleo sea por largo tiempo, enfatizando, entre los requerimientos necesarios para acceder a los programas activos de sostenimiento de los ingresos (seguros de desempleo), el entrenamiento en habilidades activas de búsqueda de empleo. La interpelación a la actividad limita, aquí, las posibilidades de resistencia. La conducta del “buscador-de-empleo” supone estar continuamente sujeto al juicio y evaluación individualizada, y el fracaso en manifestar apropiadamente una conducta enérgica, según lo especificado en los manuales y metas estimadas, tiene por resultado la pérdida definitiva del beneficio por desempleo.(p.139)

A partir de esto surge entonces las preguntas ¿si el neoliberalismo lo que le interesa es la producción de libertad y autonomía, cuál es entonces el principio de cálculo del costo de producción de esa libertad? ¿de qué modo se crean las condiciones para una libertad calculada?

Para Deleuze (1999) la empresa a diferencia de la fábrica no es tanto un espacio físico como si un espacio simbólico, es decir una metáfora que remite a ubicarla como un sistema de transformaciones que ha perdido la sustancia de su predecesora-la fábrica-. De esta manera la materialidad de la empresa se constituye en un orden simbólico, un proyecto, un conjunto de valores y una determinada ética (el emprendimiento). Sin entrar en detalle en los mecanismos en los que se apoya este orden simbólico, lo cierto es que el neoliberalismo ha instalado el dogma de que la empresa

...es el paradigma de toda acción eficaz en la administración de lo que es propio de los individuos. La política, la salud, la jubilación de los viejos, la escuela y la universidad adquieren los rasgos de la empresa y se cree ahora que la eficacia de sus funciones y el éxito de sus objetivos dependen de que sean administrados con criterios empresariales. (Wittke, 1987, p. 8)

Si pensamos en el rol que han jugado las llamadas políticas de activación impulsadas por la OCDE expresan que si tal como apunta Foucault en otro lugar (2010), el gobierno de los otros, no se puede desligar del gobierno de sí mismo y las tecnologías del yo, dichas reformas son atravesadas por la gramática de activación del sí mismo. Para estos regímenes de activación el llamado sistema de garantías de rentas mínimas o programas de rentas mínimas que fue un punto importante del Estado Social –ayuda social incondicional por parte del estado que permitía a las familias desempleadas mantener una renta mínima - deben ser sustituidas por medidas a incentivar el empleo y la responsabilidad individual y familiar (Centro de Documentación y Estudios SIIS, 2012), pasando de un discurso que se centraba –como ya lo señalé- en la pobreza y la desigualdad social, a los de “desincentivos y dependencias que generan las políticas y programas de prestaciones” (p.13). De este modo, la ética de la protección y de la responsabilidad colectiva que atravesaban los sistemas de protección social, es reemplazada por una ética de la responsabilidad individual y una ficción, la



del empresario de sí mismo, en la que las poblaciones más vulneradas por la sociedad de mercado son constantemente expuestas al riesgo de desprotección social, obligando a los individuos más desestabilizados a que se conduzcan como si fueran sujetos autónomos (Álvarez, 2008).

Si bien desde los 90's, ha florecido una abundante bibliografía teórica como empírica sobre los costos para el bienestar social de los recortes presupuestarios al estado de bienestar-asociados a la asunción del modelo neoliberal- ésta no ha dado suficientemente cuenta del hecho de que la reinterpretación mercadocéntrica del bienestar social ha estado marcada por un fuerte componente de género, pues tal como veremos más adelante,, no hay que olvidar que el Estado de bienestar fue posible gracias a la integración y participación de las mujeres en tanto encargadas del "gobierno de las familias" .(Donzelot,1998; Illanes, 2007; Magaña, Calquín, Silva y García,, 2009).

Por lo que un análisis crítico de la sociedad de mercado, la gubernamentalidad neoliberal y la gestión biopolítica de los cuerpos no puede ser miope frente a este hecho, pues de lo que se trata es fundamentar una crítica histórica a un modo de producción de un sujeto que no es abstracto, por el contrario es encarnado y tramitado por cuestiones de clase, género, generación y raza.

### 3.6. *Re-familiarización de lo social*

Como he ido apuntando una de las transformaciones más importantes llevadas a cabo por las políticas sociales bajo la égida del neoliberalismo, es la recomposición de un sistemas de reciprocidad y colaboración privadas, asignando un lugar casi nulo a los derechos y garantías que el estado regulaba (seguro social, educación y salud pública, por ejemplo), privatizando, como he insistido, la reproducción de la vida y el bienestar.

El traslado de las responsabilidades de sostenimiento de la vida y la carga de trabajo vinculada a ellas, a estos sistemas de reciprocidad privados como las familias, trae como consecuencia directa un proceso continuo de despolitización de lo social, a través de lo cual, lo social, se re-configura como un espacio de desarraigados y sujetos movilizados exclusivamente por "utopías privadas" (Pernas, 2010) diluyendo a su vez la frontera entre lo político y lo privado, división que fue la base de la construcción del estado de bienestar. En este universo social de deseos, responsabilidades, sueños y felicidad doméstica las nuevas estrategias de poder biopolítico ponen en juego una nueva dimensión del gobierno de los hombres -y las mujeres-: la gestión y la intensificación de la relación afectiva como nueva modalidad de control social. De este modo la familia actualiza el desplazamiento moderno de su función de objeto de gobierno del orden soberano a ser una instancia que hace posible el gobierno (Donzelot, 1998) a través de lo que Castel (1984) llama el *capital relacional*, una *hipertrofia de la vida privada* (Pernas, 2010) ligada al consumo de bienestar- que sustituye lo que tradicionalmente entendemos como vida pública o espacio político.

De este modo los efectos desarticuladores del capitalismo -la pobreza, la vulnerabilidad y el riesgo social- de acuerdo al esquema neoliberal, son codificados como la probabilidad de que una serie de

acontecimientos ocurridos en la historia de las familias -en tanto sujetos privados- así como sus conductas personales, afecten de modo directo la historia social de sus vidas. Así, el guión sobre el cual se elaboran las interpretaciones respecto a la pobreza se organizan directamente a la condición social, psicológica y relacional de las familias. Desde la razón neoliberal, se trataría “no saber” gestionar las condiciones de subsistencia e insertarse de modo óptimo en las dinámicas del mercado. Este modelo se ha llevado al paroxismo de elaborar dispositivos teóricos vinculados a una “psicología positiva” según la cual, el bienestar depende no tanto de variables estructurales como si de variables subjetivas como las percepciones, afectos, etc.

El resultado lógico de este esquema subjetivista, monocomprensivo y neo-familiarista de lo social, es que promueve la idea común de que la reproducción de la vida de las poblaciones pobres y vulnerables debe ser autogestionada por sus propias capacidades familiares y/o comunitarias, las que se incentivan a través de planes de capacitación, talleres, coaching, etc. (Castel, 1984) trayendo como resultado un aumento de la responsabilidad de los hogares en las tareas dirigidas al bienestar, siendo las mujeres madres las principales afectadas desde el punto de vista del aumento de la carga de trabajo. Esto es especialmente crítico para las mujeres pobres que al no poseer los recursos para “optar” a la seguridad privada y a la oferta privada de cuidados de los otros (salas cunas, jardines infantiles, residencias de ancianos, etc.) no tienen más alternativas que resolver por sus propios y escasos medios las demandas económicas, sociales y morales de desarrollo, integración social, salud mental, etc. que se suman a las clásicas funciones de control del riesgo y la enfermedad instalados desde el siglo XIX en adelante, por los proyectos de construcción de los estados/nación de la modernidad.

Por lo tanto un examen crítico del neoliberalismo debe abordar esta transformación ya que un análisis de este *nuevo orden* S.A (Haraway,2004) no puede seguir siendo pensado desde su éxito o fracaso -que no sería otra cosa que una expresión reformista más estético que ético, tal como apunta el paradigma del desarrollo humano o género en el desarrollo- sino desde nuevas cartografías en las que se intersectan lo real, los cuerpos, las ideas, los modos de existencia y la subjetividad, pues siguiendo a Read (2009) esta intersección no es tributaria de la lógica marxista según la cual la sociedad se explica por su base económica, sino que subsidiaria del hecho, de que un elemento de lo económico –el mercado- se convierte en la prolongación de la sociedad y la vida misma.

### 3.7. Feminización del trabajo.

Los teóricos del posfordismo (Virno, Hard, Negri, Lazzarato, Marazzi, Corsani, etc) sugieren que la producción capitalista actual tiene como materia prima la información, el saber, los conocimientos, la cultura y las relaciones sociales. De ahí que para la teoría crítica económica más reciente el motor de la economía no es posible identificar exclusivamente en los espacios tradicionales como la fábrica, el campo, la empresa, etc si no en la sociedad en su conjunto. Hard y Negri (2005), acuñan el concepto de Imperio para hablar de esta expansión de lo económico y de una modalidad que asume que en la “producción biopolítica” actual el poder se describe como “excéntrico”, y que es

resultado de la producción de signos, símbolos, información, como de la producción de afectos y relaciones.

La relevancia que adquieren las distintas expresiones de lo que Lazarato (2010; 2011) llama el *trabajo inmaterial*, es subsidiaria de una línea de pensamiento que Marx inaugura en los *Grundrisse* (1985). En un capítulo de este libro, *Fragmento sobre las máquinas*, el pensador alemán desarrolló la transformación de los medios de trabajo de una herramienta simple a una forma que corresponde al capital fijo, las maquinarias. En esa calidad de medio de producción de plusvalía, elaboró el argumento lógico de que la máquina no es un producto de la naturaleza sino que una producción social; de modo puntual, una producción *del conocimiento social (social knowledge)*, en la que se aplican las leyes de la ciencia y el saber. El desarrollo de la máquina como capital fijo expresa hasta qué punto este conocimiento social se ha convertido en fuerza productiva.

Las máquinas para Marx:

...“son órganos del cerebro humano creados por la mano del hombre, la potencia objetivada del saber. El desarrollo del capital fijo indica hasta qué punto el saber social general, el knowledge, se ha convertido en fuerza productiva directa y, por tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso social de vida se hallan sometidas al control del general intellect y transformadas con arreglo a él. Hasta qué punto las fuerzas productivas sociales son producidas no sólo solo bajo la forma del saber sino como órganos directos de la praxis social, [de las relaciones sociales] del proceso real de vida. (p.230)”

La poetisa Gabriela Mistral (1979) también lo comprendía de esta manera: “La máquina continuará siendo la criada de la imaginación, como quien dice los pies humildes y ágiles de la inteligencia artesana” (p.197)

La máquina de este modo es más que un mecanismo técnico; en los *Grundrisse* se trata de un ensamblaje mecánico-intelectual-social, social en el punto en que no solo coordina aspectos – órganos- mecánicos e intelectuales, sino que sujetos/trabajadores/as aislados/as por el proceso de la división del trabajo. Para Rauning (2006) esto significa que “no es solamente que el interior de la máquina técnica se ve impregnado por líneas mecánicas e intelectuales, sino que también hay vínculos y relaciones sociales que, haciéndose evidentes en el exterior, devienen componentes de la máquina” (p.224).

Desde esta línea de pensamiento y si pensamos asimismo en las teorías del capital humano o de competencias y ligados a la gestión del recurso humano, el *general intellect* se constituye como un atributo del trabajo vivo (Virno, 2003), -trabajo vivo, que para Marx (1985) es objetivado en la contradicción capital- trabajo-. El trabajo vivo, en la producción posfordista, tal como apunté más arriba, tiene como *materia prima y medio de producción* el pensamiento y las capacidades no físicas de los y las trabajadores/as (lenguaje, aprendizaje, comunicación, imaginación, afectos). Esta doble identidad, sumado al atributo transindividual que Marx atribuye al *general intellect* trae como

consecuencia directa que la propiedad del *general intellect* no es tanto su realidad de ser absorbido por el capital fijo sino “que representa la cooperación verbal de una multitud de sujetos vivos” (Raunig, 2008, p.8). Con esto Virno (2003) apunta a que la naturaleza simbólica del ser humano se ve aumentada por la naturaleza transindividual del *general intellect*.

Este acento en el *general intellect* implica una nevadura discursiva en el que se pone en juego una serie de capacidades humanas vinculados al *capital relacional* del que nos habla Castell (1984), un capital que desde los esquemas de la economía clásica es residual al proceso de la producción, pero se introducimos la división sexual del trabajo así como el cuerpo reproductivos de las mujeres, se materializa en lo que se ha llamado los trabajos de cuidados y la economía del cuidado (Carrasco, 2009; Federici, 2010, 2013).

Pensemos que el *cuidado* es una categoría económica y social que releva en un mismo movimiento el atributo físico y afectivo del trabajo de las mujeres, ya que el cuidado se compone de las tareas de orden físico para el sostenimiento de la vida como de un conjunto de disposiciones intelectuales, emocionales y afectivas. Desde esta perspectiva, Haraway (2007) y más tarde Morini (2014) desarrollan la noción de *feminización del trabajo* en un sentido que se aleja de la idea de uso común, de un aumento de la participación de las mujeres en la fuerza laboral, para llevarlo a una perversa fórmula según la cual flexibilización laboral y la precarización de las condiciones del empleo que acompaña las transformaciones impulsadas por la producción posfordista– es decir, el proceso en el que la relación de empleo se lleva a su mínimos- exige por el contrario una máxima *implicación personal* por parte de las/los asalariados/as.

Esta forma de apropiación del bios se organiza en la médula de la precarización del trabajo: la acumulación por desposesión acuñada por Harvey (2007). La precarización laboral se puede entender como un subconjunto de la precarización global de la vida y de la dignidad humanas. La temporalidad o ausencia de contratos de trabajo, la desregularización de la jornada de trabajo, la precarización de la retribución salarial (los ingresos económicos que se perciben por el trabajo no cubren las necesidades básicas de una persona) así como la mercantilización de la previsión social, son elementos que nos recuerdan la histórica precariedad del trabajo doméstico, cuya reproducción es forzosamente realizada a través de mecanismos sugestivos y de ingeniería social “que puede llevar al sujeto a venderse en un régimen marcado por la gratuidad” (Morini,2014,p. 27).

Se trata por lo tanto “de una extensión monstruosa de las condiciones de explotación y sujeción, que históricamente pertenecen a las mujeres, hacia toda la esfera de producción” (p.16).

Pensemos en los modelos de educación para el empleo formulados por el conocimiento experto de la psicología así como de la gestión del recurso humano: éstos se formulan no tanto como adquisición de conocimientos o información, como si de “competencias” laborales que los /las trabajadores/as deben adquirir a lo largo de toda su vida; competencias que son evaluadas en términos de aptitudes psicológicas (afectivas y relacionales) o de “saber ser”, instalando con ello un proceso por el cual *la naturaleza afectiva del trabajo de cuidados se transforma en paradigma del trabajo en general*, y que el trabajo comienza a ser pensado en esquemas de rendimiento, pero

también en términos de adhesión a la tarea y a la empresa, implicación personal, motivación, proactividad, sensibilidad, buen humor, ab-negación etc. según la cual los trabajadores pasan a ser *colaboradores* o *integrantes de una familia*. Una jerga que ha llevado al paroxismo de afirmar que los trabajadores trabajan por algo que más por un salario, por una especie de tramitación libidinal en que el deseo de reconocimiento, se vuelven instituyentes en la creación de valor. De este modo la *diferencia diferenciante* (Braidotti, 2004b) del trabajo de las mujeres se transforma en una potente herramienta a través del cual los actuales *dark satanic mills* (William Blake, 2002) mercadotécnicos gestionan en un doble registro corporal –producción y reproducción–, la extracción de plusvalía y que articulada con el fenómeno de la refamiliarización de lo social, contribuyen a nivel estructural a una suerte de inversión entre lo privado y lo público.

Así como el espacio privado se ve en la obligación de absorber el trabajo socializado del bienestar, el espacio del trabajo superpone y disuelve la diferencia entre los tiempos de la vida de los tiempos del trabajo, entre la ética del cuidado y la ética de la producción, así como el trabajo no remunerado del remunerado. Esto trae una pregunta fundamental para la teoría crítica feminista, pues interroga por la experiencia histórica singular del sujeto político del feminismo que fue la base de la pregunta por la diferencia. Cabe preguntarse entonces,, ¿la fuerza del neoliberalismo ha disuelto, modificando, la especificidad histórica de las mujeres?, ¿hasta qué punto el neoliberalismo ha invertido las lógicas de exclusión de las mujeres en el sentido en que allí en donde había explotación, esta deviene en integración?.

La feminización del trabajo interroga asimismo a los discursos actuales vinculadas a la gestión organizacional y los enfoques de competencias, inteligencia emocional, etc y que ha permeados nuestras disciplinas sociales, pues parecen olvidan que la valorización del trabajo afectivo de los trabajadores no implica necesariamente un mejoramiento del trabajo y las condiciones laborales y que por el contrario, y a pesar de todos las transformaciones que ha impulsado el capitalismo bajo el mando neoliberal, siempre se trata del mismo hecho : que el proceso de creación de valor es un proceso de creación de plusvalía y por lo tanto de despojo y objetivación del trabajo vivo.

**4. EL SIMULACRO DE LA GUERRA FRÍA: UN NUEVO  
CAMPO SEMÁNTICO PARA UNA  
ANATOMOPOLÍTICA DEL GÉNERO Y LA  
DOMESTICIDAD CONTEMPORÁNEA.**

¿Como se arma una sociedad de mercado?, fue la pregunta que el pensador vienés Karl Polanyi se hizo en la década de los 30's, y que permitió indagar en las complejas relaciones entre la economía, la política y la sociedad. Como analizamos, para que el mercado ampliara su antigua función de ser un espacio territorial de intercambio económico, a un principio de organización e integración social, fue en la medida en que todos los componentes de la sociedad, se transformaran en mercancías, que la sociedad completa se pensara y reprodujera como una gran mercancía. Por eso para Polanyi se trata de la una *Gran Transformación*, un hito histórico totalmente novedoso, en que la tierra, el dinero y el ser humano pasan a ser concebidos como objetos de intercambio comercial.

Pareciera que Foucault en sus trabajos sobre el neoliberalismo retoma la pregunta de Polanyi, pero desde una perspectiva no sociológica, sino desde la inquietud genealógica de este pensador, por construir una *ontología histórica* de nuestras nociones de sujeto. De ahí que aquella *Gran Transformación*, para Foucault deviene una producción y reproducción de un ser humano específico, el *homo economicus*, desde un análisis y una perspectiva que intenta describir la economía política tras las verdades naturalísticas creadas por el liberalismo económico, que vieron en él, un trascendental, un elemento natural, del igualmente natural impulso humano de establecer relaciones mercantiles, basadas en el egoísmo y por medio de los mecanismos de la oferta y la demanda. Es claro que este razonamiento que Foucault se propone dismantelar, ocultó todas las otras formas de relaciones sociales que el ser humano ha establecido en la historia, para producir su subsistencia y existencia.

Si avanzamos en el análisis de Foucault que impulsa en el *Nacimiento de la Biopolítica*, con la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo y sus modos de gobierno, se transformaron sustancialmente. No sólo porque el centro neurálgico se trasladó de Inglaterra y Alemania a Estados Unidos, sino porque o gracias a ello, aparecieron nuevas formas de enlazar la producción y la economía, así como nuevas formas de experimentar la socialidad: el consumo y con ello, la sociedad de masas. El consumo, como una cuestión novedosa del *homo economicus*, no sólo fue un nuevo elemento introducido en la economía capitalista que implicó que la producción se hiciera co-extensiva a la demanda, sino tal como veremos, un modo de producir economía, sociedad y ser humano, y que se introdujo en todas las esferas del universo social, así como en los inicios del capitalismo lo había hecho el *patrón mercantil* (Mumford, 1998)

Así como para Polanyi la condición de posibilidad de una economía de mercado, fue una sociedad de mercado, un modo de articular lo micro y lo macro desde las condiciones del mercado, es plausible la idea de que para que existiera una economía de consumo, fue necesario una sociedad del consumo, es decir una organización humana, que articula los deseos individuales, las familias- y los aparatos duros del control social. Esto dió como resultado prácticas de poder (económicas, legales, educativas, publicitarias, etc) atravesadas por fuerzas dirigidas al consumo y a un estilo de vida "moderno", e ideologías diversas que fueron el andamiaje de la emergencia de la producción de un sujeto privado y desvinculado de las redes de protección social.

¿Cómo se arma una sociedad del consumo?, es una pregunta que también interroga a la historia de las tecnologías *psi*, pues si podemos identificar un elemento sustancial de la relación de los sujetos con un cada vez más problemático y limitado campo de lo social, es claro que estas tecnologías han actuado como modeladoras de las motivaciones internas y los deseos individuales de acuerdo a las transformaciones culturales que hicieron del consumo un símbolo de modernización. También con la producción de saberes sobre lo social, en que las relaciones familiares-privadas se erigieron como un elemento explicativo tanto del desarrollo de los sujetos, como de las dificultades de éstos para alcanzar la integración social.

Con esto y como veremos, la guerra fría no fue sólo un contexto de un desarrollo de teorías explicativas acerca de la constitución del sujeto –entre las más importantes la teoría psicoanalítica– por el contrario, las teorías que surgen en esta época son imposible de pensar sin las transformaciones materiales y simbólicas de la Segunda Guerra Mundial y especialmente el discurso de protección doméstica, derivado de la ansiedades de un posible ataque nuclear o una agresión omnipresente, tan propio de las narrativas *american way of life* y sus materializaciones en los regímenes del género y la sexualidad.



*...Este es el Acto de guerra más espectacular de occidente...el arma absoluta...  
un avión americano acaba de lanzar una bomba sobre la ciudad de Hiroshima,  
destruyendo su utilidad para el enemigo, la potencia de esta bomba es superior  
a la de 20 mil toneladas de TNT, es una bomba atómica, es la dominación del poder  
elemental del universo...*

(Discurso de Truman, 1945 en documental “El Proyecto Manhattan”.)

#### 4.1. Los debates de la cocina

En 1959 se trasmite en Estados Unidos una de las primeras grabaciones de televisión en color (Lindnerd, 1997). En ella, el vicepresidente Richard Nixon entra en un acalorado debate con el presidente soviético Nikita Khrushchev, sobre las ventajas y superioridad del *american way of life*. El espacio de fondo de este debate es curiosamente una cocina.

Este debate, mejor conocido como los Kitchen Debate, fue el resultado del viaje de Nixon a Moscú con motivo de la inauguración de la Exposición Nacional Americana, cuyo origen se remonta dos años antes -1957- cuando Khrushchev – en el contexto de la descongelación de 10 años de Guerra fría- realiza una invitación a los Estados Unidos para llevar a cabo un programa de intercambio académico, cultural y científico. (Altimus, 2012).

Si bien los anteriores intentos de tal empresa habían fracasado, dado el carácter inflexible que había asumido la Guerra fría, en 1957 el presidente Eisenhower acepta la oferta de Khrushchev para organizar una exposición internacional. A finales de 1958, después de mucha negociación de un lado a otro, el acuerdo llegó y se decidió que los rusos exhibirían en Nueva York, mientras que los estadounidenses exhibirían en Moscú durante el año siguiente.

Los coordinadores del lado de Estados Unidos eran George V. Allen –director de la United States Information Agency, USIA - y Harold McClellan, ex subsecretario de Comercio para Asuntos Internacionales; entre el equipo de diseñadores se encontraba la oficina Eames dirigida por el matrimonio de arquitectos Charles y Ray Eames. Con un presupuesto de 3 mil millones de dólares se intentaba “aumentar la comprensión mutua entre las dos superpotencias mundiales” (p.32) . La exposición Soviética abrió en Nueva York el 30 de junio 1959, en ella se subrayaba los avances en ciencia y tecnología, como computadoras, maquinaria agrícola así como la genialidad del espíritu ruso que había producido el Sputnik y los gigantescos misiles intercontinentales.

Del lado occidental, la exposición norteamericana en Moscú consistía en una gigantesca cúpula de estilo moderno hecha en base a materiales livianos como el plástico, contra enchapado, fibra de vidrio y aluminio. Dentro de esta cúpula se instaló una casa prefabricada provista de la más avanzada tecnología doméstica en la que se condensaba los frutos del floreciente mercado norteamericano de bienes de consumo, virtualmente inexistente en la URSS de aquellos años. Sus promotores dijeron que cualquier persona (con un salario digno) en los Estados Unidos podía costearse. La idea además era llenar la estructura con objetos de consumo disponibles en un típica

sociedad de consumo diversificada, como los lavavajillas, podadoras de césped, juguetes, artículos deportivos, electrodomésticos, equipo de alta fidelidad (hi-fi -high fidelity- recién disponibles desde 1958), televisores, cámaras, ropa y textiles, máquinas de coser batidoras y gaseosas de marca coca-cola. 27 RCA donó televisores en color, Levi Strauss facilitó los vaqueros. Además, tocando un tema sensible para la URSS, el desabastecimiento, mencionó que los supermercados estadounidenses estaban repletos de comida. (Colomina, 2006; Althimus, 2012)

Como una forma de introducir a los visitantes a la exposición, el equipo de coordinación encargó al matrimonio Eames la producción de una película sobre "un día en la vida de los Estados Unidos" la propuesta fue una presentación multipantalla llamada *Glimpses of the USA*. Mientras Charles Eames narraba la película, se escuchaba de fondo la música compuesta Elmer Bernstein. La presentación también incluyó segmentos de acción en vivo como métodos industriales y una escena de la película de Billy Wilder, "Con faldas y a lo loco" en la que una sensual Marilyn Monroe guiñaba el ojo a millones de soviéticos atónitos.

Un fragmento del diálogo

*Nixon: "I want to show you this kitchen. It's like those of houses in California. See that built-in washing machine?"*

*Khrushchev: "We have such things."*

*Nixon: "What we want to do is make more easy the life of our housewives."*

*Khrushchev: "We do not have the capitalist attitude toward women."*

#### 4.2. *Un nuevo orden mundial: la lucha de los pueblos libres contra los pueblos esclavos*

Los *kitchen debate* expresan una de las tantas dimensiones a través de las cuales el nuevo mundo que se venía gestando una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, adquirió su carácter de contemporáneo- moderno, y también el campo semántico resultante del reordenamiento geopolítico del mundo de la posguerra: *la seguridad* y el *consumo*; también el hecho de que los medios de comunicación lograron transportar la guerra por la hegemonía mundial, al interior de las mismas casas. En ese sentido los debates de la cocina mostró con todo claridad el punto en donde se jugaron las fuerzas por alcanzar la hegemonía mundial, la diferencia entre el sistema de la libre empresa vigente en Estados Unidos y "la lentitud con que avanzaba un país socialista." (Fonvieuille-Alquier, 1974, p.59). Desde la perspectiva de EEUU, el sistema del libre mercado y la libre empresa producía muchos más bienes de consumo, y parecía producirlos más deprisa.

La Segunda Guerra Mundial dejó tras de sí una Europa destruida y exhausta, las imágenes de devastación, ciudades bombardeadas, seres humanos abatidos, 54.000 millones de muertos, otros tantos deportados, exiliados y refugiados. Imágenes con la cual se inauguraba una nueva oportunidad para la modernidad.

Si bien la guerra había terminado en un plazo asombrosamente breve, los enemigos pasaron –de forma igual de rápida - a ser aliados, y los aliados, enemigos. Del otro lado del Atlántico, EE.UU se alzó como una súper-potencia económica que, a diferencia de Europa, estaba exento de la reconstrucción de ciudades enteras, experimentando desde finales de los años 40's un crecimiento exponencial. Pero Estados Unidos no era la única superpotencia al terminar la Segunda Guerra Mundial, ya que el progreso en la Unión Soviética era también espectacular.

El 16 de abril de 1947, el consejero de Estado Norteamericano Bernard Baruch pronunció un encendido discurso en el que afirmó «No nos engañemos: estamos inmersos en una Guerra Fría» (Powaski, 2000, p. 55). El motivo de que la "Guerra Fría" no se convirtiera en "caliente" era la recién inventada y ya probada bomba nuclear. Si antes de la bomba, la guerra era, como afirmaba Clausewitz, la continuación de la política por otros medios, tras Hiroshima y Nagasaki, la confrontación directa entre las potencias llevaría a una catástrofe sin vuelta atrás.

Ese mismo año Grecia, ocupada por Gran Bretaña, se vio abrumada por graves problemas de subsistencia y reconstrucción, paralizada por una economía al borde del colapso, amenazada por sus vecinos hostiles en los Balcanes y desgarrada por una guerra civil en la que los partidarios del gobierno derechista de Konstantinos Tsaldaris se enfrentaron a una coalición de socialistas, comunistas y liberales. En febrero de 1947 los ingleses que pasaban apuros a causa de la aguda crisis económica de posguerra, comunicaron a EEUU que no podían seguir soportando la carga que representaba tratar de mantener el orden en Grecia. El gobierno del recién elegido presidente Truman decidió asumir la responsabilidad que los ingleses estaban a punto de abandonar.

El 12 de marzo de 1947, ante una sesión conjunta del congreso, Truman declaró que “los Estados Unidos debe tener por norma ayudar a los pueblos libres que se resisten a los intentos de subyugación por parte de minorías armadas o de presiones externas” (p.68)

Truman solicitó al Congreso que aprobara la concesión de ayuda por valor de 300 millones de dólares a Grecia y de 100 millones de dólares a Turquía, con el fin de que los dos países pudieran responder al desafío comunista. Afirmó que prestar ayuda a Grecia y Turquía formaba parte de la una lucha mundial “entre diferentes formas de vida” y que la “caída” de estas naciones en el comunismo produciría resultados parecidos en otras partes. Esto que ha sido llamada la *doctrina Truman* resultó ser el primer paso en una cruzada ideológica mundial contra el comunismo.

Al presentar la ayuda a Grecia y Turquía en términos de un conflicto ideológico entre dos formas de vida – ha comentado el historiador John Lewis Gaddis, los dirigentes de Washigton fomentaron una visión simplista de la Guerra fría que, andando el tiempo, sería una especie de camisa de fuerza ideológica que aprisionaría a la diplomacia norteamericana” y que “es muy posible que contribuyera a la perpetuación de la Guerra fría. (p.96)

De este modo la doctrina Truman se constituyó en un mecanismo de fuerza bajo la bandera de la democracia, “una voluntad manifiesta de intervenir en cualquier parte del mundo cada vez que conviniese ayudar militarmente a un país amenazado por el comunismo”. (p.139)

Estaba claro que Norteamérica ayudaría a los países amenazados por la URSS, o que pudieran estarlo a causa de su situación geográfica a resistir las presiones de sus poderosos vecinos. Esta intención se traduciría forzosamente en medidas concretas.

Esta ayuda debía adoptar se dijo, la forma clásica de una “apoyo económico y financiero, al menos en los primeros tiempos. Pero ¿sería bastante?;Podía limitarse el filántropo a aquello? Para poner un país en condiciones de resistir a una “minoría armada” a una presión exterior, sería necesario, evidentemente que la ayuda militar se añadiera a la ayuda financiera. Esta ayuda militar supondría un envío de armas, de consejeros, de técnicos, y, ¿porqué no? de unidades formadas. Si bien el adversario interpretaría enseguida como una amenaza de agresión lo que se pretendía hacer pasar, al principio como una simple medida de protección. ¿No era el primer paso de una escalada que podía conducir a Dios sabía a donde? (p.142)

Truman en sus memorias recuerda que “Había llegado el momento de situar deliberadamente a los EEUU en el campo y a la cabeza del mundo libre” (p.140). Truman entendió enseguida que los norteamericanos temían del comunismo, su gran oportunidad era precisamente ese miedo, “desde ese momento quedó definida la línea que seguirá: proteger, asegurar, apaciguar. (Fonvieuille-Alquier, 1974, p.97)

Pese a la retórica apocalíptica que desplegó la doctrina Truman, la singularidad de la Guerra fría para el historiador Eric Hobsbawm (1998) estuvo marcada por el hecho de que no había ningún peligro inminente de guerra mundial,

los gobiernos de ambas superpotencias aceptaron el reparto global de fuerzas establecido al final de la Segunda Guerra Mundial, lo que suponía un equilibrio de poderes muy desigual pero indiscutido. La URSS dominaba o ejercía una influencia preponderante en una parte del globo: la zona ocupada por el ejército rojo y otras fuerzas armadas comunistas al final de la guerra, sin intentar extender más allá su esfera de influencia por la fuerza de las armas. Los Estados Unidos controlaban y dominaban el resto del mundo capitalista, además del hemisferio occidental y los océanos, asumiendo los restos de la vieja hegemonía imperial de las antiguas potencias coloniales. En contrapartida, no intervenían en la zona aceptada como de hegemonía soviética. (p.231)

Este acuerdo tácito de tratar la Guerra Fría como una *paz fría* se mantuvo hasta los años setenta. La URSS aprendió en 1953, que los llamamientos de los Estados Unidos para *hacer retroceder* al comunismo era una simple propaganda radiofónica, “porque los norteamericanos ni pestañearon cuando los tanques soviéticos restablecieron el control comunista durante un importante

levantamiento obrero en la Alemania del Este. A partir de entonces, tal como confirmó la revolución húngara de 1956, Occidente no se entrometió en la esfera de control soviético” (p.232)

De hecho uno de los aspectos de este acuerdo fue que Estados Unidos debía utilizar preferentemente mecanismos no militares (como programas de cooperación, educación y salud, así como su influencia en organismos multilaterales) para asegurarse la lealtad de los países postcoloniales y minar el crecimiento del comunismo. (Cueto, et al, 2011 p 135)

El poder del simulacro de la guerra logró aglutinar a las masas en su pura espectacularidad y en el hecho decisivo de que efectivamente se estaba reordenado el mundo en un Nuevo Orden Mundial. Se ponía en juego una nueva modalidad de entender lo moderno, el fin paulatino de una modernidad entendida como una única línea de progreso centrada en el discurso europeo, la muerte de un viejo orden (¿una posmodernidad?) y un futuro prometedor de abundancia y tecnologías pero siempre amenazadas por soluciones extremas, un nuevo tipo de incertidumbre (Esguevilla, 2009) un clima de tensión y un vigor patriótico que permitieron a los gobernantes agrupar a la nación entera tras ellos.

La guerra fría desplegó lo que Susan Sontag (1965) llamó una *imaginación del desastre*: “la imaginación de la guerra mundial, total, y su destrucción casi sin límites y siempre creciente gracias a la evolución tecnológica y científica” (Borrego, 2006). Amenaza de la conspiración, de las máquinas, de la mecanización capaz de reemplazar a los hombres y a los genuinos valores humanos, de la ciencia y su poder destructivo. Esta imaginación impulsó pensar la utopía de paz que se comenzaba a construir -la pax fría- con la mente, las imágenes, los recuerdos, las tecnologías y los objetos reciclados de la guerra. Una imagen apocalíptica que cabe mejor llamarlas distopías, elaboradas desde la obsesión del mal y en las que el Mundo con mayúscula “se enfrentaba ahora al equivalente moderno de las guerras de religión del siglo XVI, en el que el comunismo soviético luchará contra la democracia social occidental y la versión norteamericana del capitalismo por la dominación mundial” (Hobsbawm, 1998, p.235).

Es claro que el carácter espectacular con el que se tradujo este enfrentamiento de la totalidad del mundo en dos bandos contrarios, tuvo que ver no sólo con el bombardeo de imágenes que se hizo posible a partir de la televisión o con la hegemonía que adquirieron ciertos códigos visuales -como el hongo de la bomba atómica-, sino porque este simulacro de guerra fue capaz de permear cada uno de los ámbitos de la sociedad, produciendo en palabras de Hobsbawm (1998) la mayor, la más rápida y la más decisiva de las transformaciones “desde que existe el registro histórico” (p. 18) ya fuera a nivel económico, cultural, social o tecno-científico —y lo que olvidan la mayor parte de los historiadores- las transformaciones en los regímenes corporales, del género, la sexualidad y el sexo.

Si pensamos en la literatura actual sobre la Guerra Fría, vinculada no tanto a la historia política como a las “otras” historias menos instaladas en la tradición historiográfica académica -la historia cultural y de las mentalidades- lo cierto es, que la Guerra Fría como un simulacro de guerra, fue afirmativamente, un enfrentamiento de dos modos o dos estilos de vida.

El discurso de Truman y la división del mundo entre los países libres y los países esclavizados, entre un occidente entregado a los políticas del libre mercado y- anunciando lo que Bush 50 años después diría- el eje del mal, arrastró las antiguas divisiones de la Segunda Guerra Mundial entre el bloque Rusia/Alemania y el bloque occidental, enfrentando dos modelos económicos -el capitalismo y el naciente socialismo, el libre mercado con la planificación centralizada-, a la par que elaboró nuevos códigos visuales e imaginarios que dieron forma a los discursos morales, estéticos y corporales envueltos y atravesados por los proyectos utópicos de pos guerra, y que se derivaron del triunfo eventual del *socialismo real* o del *american way of life*.

Para Tyler-May (2013) la ideología de la Guerra Fría

tomó varios hilos de la cultura política estadounidense y tejió una trama resistente, construida para resistir el ambiente hostil de la posguerra y proteger el estilo de vida estadounidense. Esos hilos incluían la creencia en la libertad individual, un capitalismo sin ataduras, la santidad del hogar y la desconfianza a los extranjeros.( p.8)

En primera instancia *el american way of life* era el modo de vida de una sociedad que se pensaba a sí misma como un conglomerado de familias heterosexuales blancas, habitantes de una vivienda sub urbana en la que no cabían inmigrantes ni negros y con un acceso inusitado a objetos de consumo. Una familia compuesta por hombres, mujeres y niños blancos, habitantes de una casa igual de blanca, con antejardín y patio trasero, en la que la chimenea era desplazada por los televisores, y en que el automóvil se erigía como un medio eficaz de integración social; automóviles de grandes proporciones conducidos por hombres bien alimentados, que se desplazaban por las recientes inauguradas autopistas interestatales de la periferia a sus lugares de trabajo, hombres que se hacían cargo de la mantención de las familias mientras “sus” mujeres los esperaban con un hogar limpio, niños ordenados y bien educados, ataviadas de sexy y acinturadas vestimentas y un recién horneado pastel de manzanas.

Esta vez lo que defendía Nixon en los Kitchen Debate no era un simulacro, sino más bien la emergencia de una sociedad de consumo, un régimen tecno-heterosexual y el desenlace de una guerra en que EE.UU pasaba a ocupar el lugar de potencia económica, que producía desde 1945 la mitad del PIB mundial, acumulaba el 80% de las reservas financieras y participaba del 75% de la producción de los automóviles fabricados a nivel mundial - un desenlace en el que “la economía capitalista mundial se desarrolló, pues, en torno a los Estados Unidos.” (Hobsbawm, 1998, p 279). Una supremacía que posibilitó la reconstrucción acelerada de los países involucrados directamente en la guerra –Inglaterra- Alemania y Francia- en lo que se llamó el Plan Marshall.

### 4.3. *Bienvenido Mrs Marshall.*

*Los yanquis han venido,  
olé salero, con mil regalos,  
y a las niñas bonitas  
van a obsequiar con aeroplanos,  
con aeroplanos de chorro libre  
que corta el aire,  
y también rascacielos, bien conservaos  
en frigidaire."*

#### *ESTRIBILLO*

*Americanos,  
vienen a España  
guapos y sanos,  
viva el tronío  
de ese gran pueblo  
con poderío,  
olé Virginia,  
y Michigan,  
y viva Texas, que no está mal,  
os recibimos  
americanos con alegría,  
olé mi mare,  
olé mi suegra y  
olé mi tía."*

*"El plan Marshall nos llega  
del extranjero pa nuestro avío,  
y con tantos pameses  
va a echar buen pelo  
Villar del Río.  
Traerán divisas pá quien toree  
mejor corría,  
y medias y camisas*

*Film Bienvenido Mrs Marshal, Jose Garcia Berlanga, 1953*

Con esta canción, los habitantes de Villar del Río (Guadalix de la Sierra, Madrid) lugar en donde ocurre el film *Bienvenido Mr Marshall* de José García Berlanga, se proponen dar la bienvenida a los "yanquies", con la esperanza de percibir la ayuda económica necesaria para salir de la crisis de la posguerra. El narrador anuncia el advenimiento de un acontecimiento que alterará, cuando menos temporalmente, la vida de los lugareños. El delegado del gobierno se presenta en Villar del Río para advertir a su alcalde, Don Pablo, que pronto llegará al pueblo una comitiva del Plan Marshall, por lo que es necesario dar la bienvenida que se merecen. Don Pablo reacciona rápidamente, entra en contacto con el representante de artistas Manolo, que está de gira por la zona con la cantante folclórica Carmen Vargas, e insta a los habitantes del pueblo a organizar una flamante fiesta de bienvenida que será la envidia de la comarca. Los habitantes de Villar del Río levantan un decorado de cartón-piedra y dan forma a un improvisado pueblo andaluz. Todos ellos se visten para la

ocasión, y bajo la batuta del alcalde, el representante y la cantante, ensayan la canción que, animará el insólito encuentro

Junto al ambiente festivo se confecciona una lista de peticiones que los vecinos del pueblo pueden hacer a los yanquies. Durante la víspera, todos sueñan en una vida mejor. La ayuda proveniente del Plan Marshall colmará todos sus deseos. Sin embargo, la ilusión deviene en decepción. El día amanece lentamente, los vecinos se disponen a dar la bienvenida a los americanos, pero la comitiva se aproxima al pueblo en coche, y pasa de largo -¿directamente a Francia?-. El día siguiente, todos los habitantes son obligados a abonar el crédito solicitado por el alcalde para financiar los gastos ocasionados por la organización del recibimiento, por los favores recibidos, y la normalidad vuelve a adueñarse de sus vidas.

---

Si la doctrina Truman era la mano dura de la política exterior de EE.UU, el Plan Marshall fue la cara amable de una nación que se presentó como la bienhechora de una Europa devastada por la guerra. Iniciativa histórica, se dijo, sobre todo teniendo en cuenta que la ayuda iba a ser concedida tanto al Este como al Oeste “y que el maná no se fijaría en el color de las banderas” (Fonvielle-Alquier, 1974, p.307).

El 5 de Junio de 1947, el general George Marshall, jefe de Personal del Ejército de los Estados Unidos durante la guerra, secretario de Estado con Truman, anunció un plan para intentar resolver la “gran crisis” de posguerra. El anuncio tuvo lugar en la 296 ceremonia de graduación de Harvard, a la que asistieron también el físico atómico Robert Oppenheimer, el general Omar Bradley, comandante de las tropas durante el desembarco de Normandía y T. S. Eliot (todos los cuales, al igual que Marshall, estaban siendo investidos doctores honoris causa en el mismo acto). ( Stonor, 2001)

El plan Marshall comenzó a funcionar sólo tres meses después que se anunciara la doctrina Truman, cuyo carácter filantrópico era menos evidente. A los ojos de Stalin se trataba de dos operaciones complementarias: una basada en la amenaza y otra basada en la seducción. En la segunda los dólares desempeñarían el mismo papel que las armas en la primera. “Que aquel general fuera o no un hombre honesto era algo que no importaba, aunque actuara en calidad de jefe de Estado, ante todo, era un militar y los militares se sentían más inclinados a tomar como modelo a Napoleón que a San Vicente de Paul (Fonvielle-Alquier, 1974, p.309)

Tras advertir que “todo el mundo y la forma de vida que conocemos están literalmente pendientes de un hilo” (Stonor, 2001, p.43) apelaba al nuevo mundo para que diese un paso al frente con un programa de choque, de créditos y de ayuda material a gran escala para impedir el desmoronamiento del viejo mundo. Marshall declaró “existe una inestabilidad generalizada. Se está haciendo todo lo posible por cambiar Europa por completo tal y como la conocemos, contra los intereses de una humanidad y de una civilización libres” (p.44)



No era coincidencia –si en la política exterior estadounidense puede haber algo de coincidencia- que el discurso fuera pronunciado en Harvard y no en un estrado de gobierno. Al parecer de lo que se trataba era interpelar a los hombres, los cerebros que estarían a cargo de llevar a cabo el destino evidente de Estados Unidos, “la elite que habría que organizar el mundo en torno a los valores que la oscuridad del comunismo amenazaba con difuminar.” (p.44). Se deslizaba con ello el problema de la reconstrucción de Europa del espacio tradicional de la política –fuertemente cuestionado después de la guerra- a una dimensión que intentaba presentarse como trascendente, neutro, depurado, blanqueado de disputas estériles, como un más allá desde donde se desplegaba la lucha contra las fuerzas de la oscuridad, por parte de una nación que alzaba con una mano la bandera de la libertad y la abundancia y con la otra, la razón tecnológica, siempre neutral,, pragmática y orientada a las soluciones, en que interesaban menos los debates ideológicos, que la capacidad de la ciencia para dar soluciones concretas y lógicas. (Reisch, 2006).

Antes de que se iniciase esta conquista sin paliativos, cosa que sucedió en 1947, se desarrolló una campaña de tortuoso ablandamiento psicológico dirigido a la clase obrera europea, que incluía la maniobra de llevarla al borde de la muerte por inanición. En Alemania, el consumo diario de calorías per cápita descendió a 1.300. Además, el Gobierno militar de Estados Unidos, que ocupó la zona americana, interrumpió el suministro de combustible para la calefacción de los hogares desviando el carbón para que no llegara a Alemania. El Plan de reconstrucción se puso en marcha una vez que los trabajadores empezaron a hundirse en la desesperación y que los capitalistas empezaron a languidecer por la falta de créditos. (Estulin, 2011)

Recordemos que la doctrina Truman – la lucha de los pueblos libre en contra de los pueblos esclavos- adquirió dimensiones épicas. Esta sensación de una Guerra Santa proporcionó el “contexto retórico” (Stonor, p.46) del posterior discurso pronunciado por Marshall, claramente menos anticomunista. “La combinación de ambos, un conjunto de medidas de ayuda económica junto con un mandato doctrinal, transmitían un mensaje que no dejaba lugar a dudas: el futuro de Europa occidental, si es que Europa occidental iba a tener futuro, debería vincularse a la pax americana” (p.47)

El mecanismo del Plan Marshall consistía en una programa de ayuda económica masiva (más de 12.000 millones de dólares en 1952) (Powaski,2000,p.200), con el que se intentaba recuperar económicamente a Europa, bajo dos supuestos: de que el desastre económico conllevaría necesariamente una desestabilización política lo que podía constituir una oportunidad para la Unión Soviética y por otro, mantener la economía de Estados Unidos a su ritmo de tiempo de guerra, exportando excedentes norteamericanos (Fonvieille-Alquier,1974,p.310). De este modo los dirigentes de Washington habían encontrado un medio elegante de subvencionar su industria haciendo el papel de altruistas, a pesar de para que los países asistidos, suponían cierta obligación de orientar sus economías a los lineamientos de Washington.

Si bien en un principio los dólares no discriminaban entre Este y Oeste, no tardó en ser evidente que la ayuda norteamericana podía comprometer los intereses soviéticos, por lo que en 1947 la Unión

Soviética rechazó el Plan Marshall y luego presionó a sus satélites para que siguieran su ejemplo. Como solución sustitutiva del Plan Marshall, el 5 de octubre los soviéticos anunciaron la creación de su propio programa de asistencia económica, el llamado Plan Molotov. (Powaski,2000, p 97) De este modo la división militar existente en Europa y luego reforzada por la doctrina Truman se ampliaba a una división económica: el Plan Marshall v/s el Plan Molotov.

Entre 1945 y 1947 Francia se benefició de la ayuda financiera de los Estados Unidos: 2.036 millones a títulos de préstamos o de créditos. Pero ambos países se trataron en pie de igualdad. Norteamérica que había sufrido poco en la guerra “ayuda” a su aliado cuyo territorio había quedado asolado. En 1947, los gobernantes franceses cedieron gran parte de su soberanía pues era Estados Unidos quien decidía la importancia de los créditos, las formas de su utilización, su suspensión eventual, según el único criterio, estipulado en ley del “interés nacional de los Estados Unidos”. El acuerdo bilateral del 28 de junio de 1948 sometió a Francia a una ley norteamericana la “ley de cooperación económica” sobre la cual su Parlamento no tenía ningún derecho de supervisión y no tuviera lugar ningún cambio económico ni político significativo sin que Estados Unidos diera su aprobación; de este modo el gobierno estadounidense quedaba habilitado para ejercer un auténtico control sobre la vida económica y, en consecuencia, sobre la vida política de Francia (Estulin,2011; Wall,2012).

Con esto se garantizaba cierta no discriminación al capital norteamericano pues Francia y Estados Unidos no tenían un tratado de comercio, Francia presentaba muchas restricciones a la inversión extranjera así como leyes que exigían una participación mayoritaria de capital francés en cualquier empresa de propiedad parcialmente extranjera, y también se garantizaba el retorno del capital a los inversores norteamericanos que tuvieran la “osadía de invertir en Europa, ya que los primeros años de posguerra muy pocos estaban a favor de hacerlo” (Wall, 2012 p.71) La ayuda Marshall combinaba el sistema de los créditos con el de “donaciones” gratuitas. Estas consistían en mercancías importadas en Francia y vendidas a particulares, negociantes o industriales. Los fondos así recogidos eran destinados a una cuenta especial o “fondos de contrapartida” bloqueada por el gobierno estadounidense y que Francia no podía utilizar sin autorización de Washington y sin haber justificado su empleo. Se trataba de una tutela. En los sucesivos y durante años, “los asuntos franceses se arreglaron en el avión que llevaba y traía de Norteamérica a nuestros ministros” (Fonvieuille-Alquier, 1974, p.76)

Desde el punto de vista del capital privado fue *Coca Cola Company* una de los primeros consorcios que sacó partido de las garantías que Francia ofrecía a la inversión privada, cuestión que fue recibida no sin resistencias por parte de la población francesa. Para Coca Cola, Francia, representaba un “cabeza de puente de todo el continente europeo” (Wall, 2012 p.72); el embotellamiento y distribución se llevaría a cabo con mano de obra francesa y solo se importaría el producto concentrado. La importancia que Coca Cola adquiriría para la vida económica francesa llevó a que rápidamente se convirtiera en un asunto público, llegando incluso a la Asamblea Nacional. La editorial de *Le Monde* del 29 de marzo de 1950 aseguró que “Coca-Cola es el Danzig de la cultura europea”, mientras que el diario *L’Humanité* popularizó el término “coca-colonización”

para alertar de la amenaza imperialista que esta bebida a su juicio representaba. Sostenían que las redes de distribución podrían ser empleadas también como una red de espionaje. (Kuisel,2002). También era visto como un problema que afectaba la salud pública por sus altos niveles de cafeína y por los efectos desconocidos del famoso “ingrediente secreto”, el misterioso “7X” dado el desconocimiento de sus posibles propiedades tóxicas o adictivas.

Conocido es el dialogo entre un diputado comunista y el Ministro de Sanidad en la Asamblea Nacional:

*-“Diputado Comunista: Señor Ministro, se está vendiendo una bebida en los bulevares de París llamada Coca-Cola.*

*-Ministro de Sanidad: Lo sé.*

*-Diputado: Lo más grave es que lo sepa usted y que no haga nada*

*- Ministro: No dispongo de autorización legislativa para actuar.*

*- Diputado: esta cuestión no es simplemente económica, ni tampoco es solamente una cuestión de salud pública. Es además una cuestión política. Es preciso saber si, por razones políticas, va a usted a permitir que los hombres y mujeres de Francia se envenenen”.*

*(Kuisel, 2002; Wall, 2012)*

La portada del periodico *Time* del 15 de mayo de 1950 llamaba a todo el planeta a “Amar el modo de vida americano” junto al célebre logo del refresco, mientras que un periódico estadounidense de la época lo explicaba así:

*No puedes transmitir las doctrinas de Marx entre las personas que beben Coca-Cola... Los oscuros principios de la revolución proletaria pueden ser difundidos frente una botella de vodka en una mesa rayada, o incluso ante una botella de brandy. Pero es absolutamente fantástico imaginar a dos hombres pedir un par de Coca-Colas para brindar por la caída de sus opresores capitalistas. (Kuisel, 2002)*

#### 4.4. *El anticomunismo, el macartismo y el régimen familiar heterosexual*

Coca-Cola contra Marx, he ahí la fórmula que marcó el periodo que va desde 1945 a 1955; una política de vigilancia continua contra el comunismo. Si bien hay desacuerdo entre los historiadores y críticos sociales, respecto a si esta vigilancia fue una política de estado (D’Emilio, 1983) o por el contrario, un arranque de unos cuantos “demagogos, por lo demás insignificantes” (Hobsbawm, 1998, p.739) lo cierto es, que la propaganda llevada a cabo por los medios de comunicación así como por las agencias de inteligencia en distintos espacios intelectuales -y siempre en ocasión que la amenaza de subversión en los países satélites de EE.UU desestabilizaran su hegemonía-, el “complot mundial de los rojos” no sólo fue un efectivo mecanismo de control social sino que también un foco de producción de un imaginario cultural que se supo aglutinar los valores conservadores de las derechas de una buena parte del mundo: familia, seguridad,, patriotismo.

Recuerdo que en mi infancia durante la dictadura de Augusto Pinochet en los años 70 's, un recurso utilizado por parte de la derecha y los consorcios periodísticos para explicar y justificar el golpe de estado así como la dictadura militar, era el eslogan de "los comunistas come bebés" -o "come guaguas" en lenguaje criollo-. Este mito tuvo su punto de partida en los años 60's después de la revolución cubana y en el supuesto robo de niños por parte de los comunistas para "convertirlos", al marxismo y criarlos como guerrilleros en Cuba. Este mito fue reeditado por la derecha fascista en el año 2013 cuando el Partido Comunista apoyó la candidatura a la actual presidenta socialista, Michel Bachelet.

El anticomunismo al transformarse en una prioridad nacional y de algún modo en una difusa política pública, permeó gran parte de la cultura estadounidense y de occidente. Es claro que el anticomunismo sirvió como medida demagógica para obtener votos, convocar a ciudadanos renuentes a pagar impuestos y por supuesto llenar las arcas de este nuevo "complejo militar-industrial" -en palabras de Eisonhower (Hosbawm.,1998)-, que se hacía de lucrativos mercados para la exportación.

Tal como apunta Altimus (2012) "abroad, the government took military measures to combat Soviet expansion, while at home, politicians attempted to demonstrate their devotion.Cry with impassioned rethoric. During this period in history, men and women in government saw themselves as "frontline warriors defending a way of life they considered sacred if imperfect." (p.102)

Como anunciando los discursos del terror que se desplegaron a partir del ataque de las torres gemelas del 11 de setiembre del 2011, los políticos y líderes encausaron el anticomunismo en crudos términos morales; los rojos no tenían otro objetivo que destruir los valores sociales y religiosos de Estados Unidos. Así las políticas del miedo inauguradas con MacCarthy (el macartismo), el secretismo y el espionaje, como normas éticas derivada de la misma construcción de la bomba atómica -el Plan Manhattan- instalaron una guerra de todos contra todos en la que "sólo afirmaciones públicas y profesionales contra el anticomunismo podrían proteger a alguien de ser sospechado de ser "rosado" o "rojo" (Reisch, 2009 p.16).

El anticomunismo logró traspasar las fronteras del norte, llegando al Tercer Mundo como un terrorismo de Estado que en países como Chile impulsó que se decretaran una serie de leyes de persecución contra los militantes de izquierda: la famosa "ley maldita" de 1947 creada por el presidente Gabriel González Videla, que envió al desierto a cientos de dirigentes comunistas al campo de prisioneros llamado Pisagua.

Ese mismo año el gobierno estadounidense pone en marcha una comisión senatorial encargada de investigar la lealtad de los funcionarios de gobierno. En 1950 Joseph McCarthy, senador por Wisconsin, intervino —con un éxito inesperado— denunciando una conspiración comunista en el mismo seno del Departamento de Estado. Unos días después el subsecretario de Estado, John Peurifoy es llamado a testificar ante la comisión. A la pregunta de cuántos funcionarios habían dimitido desde 1947, respondió: noventa y uno y la mayoría son homosexuales. A partir de ese

momento, el homosexualismo vinculado al comunismo, se erigió como un problema de importancia política y seguridad nacional.

Desde entonces cualquier empleo que afectara la seguridad del Estado debía ser vigilado, cuestión que prevaleció en la ley de inmigración de 1952, que prohibía la entrada al país, a los “desviados sexuales” (de Busschier, 2012).

Al año siguiente -abril de 1953- el presidente firmó una orden ejecutiva que autorizaba a los jefes de todos los departamentos y organismos federales a despedir a cualquier empleado cuya lealtad, fiabilidad o “buena conducta y carácter” estuvieran en duda (Powaski, 2000 Ceplair, 2011). Según d’Emilio (1983) entre 1950 y 1953 el número de personas expulsadas de la administración federal fue entre 40 y 60 al mes. Se produjo un verdadero pánico contra los homosexuales, en la que las redadas policiales, las listas negras, las detenciones en lugares de sexo público, la reactivación de antiguas leyes anti sodomía conformaron un panorama de ataques y persecuciones homófobas. En la España franquista, la ley de Vagos y Maleantes de 1954 se contagió de este espíritu, incluyendo por primera vez en su artículo segundo a los “homosexuales, rufianes y proxenetas”.

La ansiedad desplegada por las políticas macartianas descendió a la población fortaleciendo los mecanismos no- oficiales de anticomunismo.

Especialmente los testimonios de los ex-comunistas confirmaron la crueldad de los comunistas que era defendida desde el Estado. Promovieron también valiosa información para ser utilizada en los juicios y que los conservadores pudieron utilizar para confirmar su visión del mundo y promover la idea de la “infiltración” comunista en suelo norteamericano. En cambio, los liberales fueron muy criticados y tuvieron poca fuerza durante este periodo. (Ceplair,2011 p.67)

Tanto el macartismo como el rol que jugó la domesticidad – reflejada en los Kitchen Debate- y la identificación de la superioridad de EEUU por sus formas de organizar y codificar el régimen familiar heterosexual, inauguraron una nueva forma de entender la política y lo que es de mi interés, una nueva modalidad de entender la relación de lo doméstico con la política. En ese sentido se trataba de un reordenamiento en donde se ponía en juego los límites, del adentro y del afuera, lo exterior y lo interior, lo público y lo privado.

La Segunda Guerra Mundial, inauguró un modo “contemporáneo” de hacer la guerra, y que alteró la función de lo que se entiende por límite y por frontera. La desestabilización de los límites del campo de batalla -al difuminarse en un espacio de no estar en ningún lado y estar en todos lados- transformó la experiencia de la guerra, en que desde todos los frentes y ángulos se podía ser objeto de un bombardeo aéreo o de una bomba de neutrones, transformando de modo sustancial los ideales románticos con los cuales se construyó el espacio doméstico en el imaginario burgués y occidental: otrora espacio de protección e intimidad, había mostrado su incapacidad para cumplir esa misión tan noble.

No es menor y tal como veremos más adelante, que el sello de la arquitectura que se inaugura en esta época – la arquitectura moderna- intentó hacer desaparecer la frontera entre interior y exterior a partir del uso ilimitado de grandes ventanales y materiales transparentes.

También es claro que la experiencia de la Segunda Guerra Mundial así como la reconstrucción de Europa alimentó un imaginario de defensa de una nación que como siempre, se sostenía en el régimen familiar. Para la historia de las mujeres no es novedad alguna que la construcción, defensa o re-construcción de las naciones ha sido en clave de cuerpo de mujer. En el caso de Europa y EE.UU a partir de la Primera Guerra Mundial, las mujeres fueron sistemáticamente convocadas a ocupar los puestos de trabajo de una industria militar en expansión, que necesitaba alimentar de modo urgente las necesidades de una demanda inusitada de armamentos.

El cuerpo femenino también fue el territorio y mapa del ideario de reconstrucción de la posguerra, anclado en la capacidad demostrada tras varias guerras y crisis, de las mujeres para alimentar a miles de bocas hambrientas producto de la carestía y el desabastecimiento. Basta con pensar que la foto “*Migrant mother*” de Dorothea Lange años antes de guerra, se convirtió en la imagen por excelencia de la Gran Depresión. La estampa de Florence Thompson, rodeada por sus hijos, que vuelven la espalda a la cámara, sus ojos perdidos, preocupados y desesperados, encapsulaba las penurias de una nación hambrienta y desesperada. Y también para revertir la catástrofe demográfica de una guerra que arrebató la vida a 54 millones de seres humanos, costo que se alzaba como un obstáculo importante para revivir las deterioradas economías nacionales de posguerra. Como escribe Weiner (2012) para el caso de Francia:

El consenso sobre la promoción de la familia como instrumento de renovación moral, económica y social a los anchos de las fronteras de las clases sociales se hallaba inscrito en la línea oficial de diversos partidos, como se demuestra simbólicamente en el discurso que pronunció De Gaulle en 1945 para hacer un llamamiento a los franceses, instándoles a producir “douze millions de beaux bébés” por el bien de la nación” (p.141)

El macartismo representó una puesta en marcha de una verdadera caza de brujas en el conjunto de la sociedad norteamericana contra todo lo que los conservadores consideraban como una amenaza a la cultura americana, la sexualidad heterosexual y la familia nuclear y que por lo mismo logró penetrar en la vida cotidiana de la sociedad. El macartismo no sólo puede ser pensado como una guerra contra rojos y homosexuales o como una expresión más de la eterna homofobia presente en occidente, sino como un intento de reconstruir un régimen familiar heterosexual en crisis.

Tal como apunta Beatriz Preciado (2010) en su ensayo sobre la revista *Play Boy*, creada durante la década de los 50's y su correlato topológico, la Mansión Play Boy, la guerra fría desplazó la confrontación desde el espacio geográfico estado-nación “hasta la escurridiza superficie de los cuerpos” (Foucault, 2012, p.37). Confrontación a la que podemos agregar se desplegó en un doble frente, como amenaza interna – el homosexualismo, el trabajo remunerado de las mujeres y los derechos civiles de los negros- y como externa –la familia socializada de la utopía comunista- .

Desde esta perspectiva, la homosexualidad, el trabajo de las mujeres, los derechos de los negros y los cambios en las familias impulsadas por la recién inventada pildora anticonceptiva, eran tropos de significación elaborados por los mismos códigos de espionaje –enemigo interno o quinta columna-, contaminación o invasión con el cual se pensaba el posible ataque de los rusos o de los alienígenas (los otros extraños), abyectos que atacaban por diversos frentes el *american way of life* y que aparecían como una amenaza frente a la integridad del “cuerpo social” de la nación.

#### 4.5. *Macartismo, un nuevo régimen visual y la nariz de Grace Kelly*

“I IMPLORE YOU TO BELIEVE THIS IS TRUE”. Con estas palabras, enfatizadas en letras mayúsculas, Lee Miller, fotógrafa londinense, envía un cable a Audrey Withers, editora de la revista *Vogue*, rogando que dé crédito a las imágenes que le envía del campo de concentración nazi de Dachau, justo en la mañana que siguió a la liberación del mismo, el 29 de abril de 1945. Años antes en una de sus fotos más conocidas “*Civiles y soldados con prisioneros muertos*”, Miller captura en imágenes los cuerpos apilados en un campos de concentración frente a la mirada de civiles y las risas de soldados que también preparan sus cámaras...es Verdad!... el acto de la fotografía consiste en mostrar la verdad, una verdad sin pudor. A la par que Miller fotografía los cadáveres, heridos y un Londres en ruinas no duda en pedirle al fotógrafo David Scherman que la inmortalice desnuda en la bañera de la que fue residencia en Munich de Adolf Hitler, con la foto del Führer de fondo. Con esto Miller nos enseña que el glamour es posible de hallar en la muerte y la destrucción.

50 años después las cámaras de los televisores del mundo transmiten la Guerra del Golfo. A diferencia de las fotografías de Miller esta vez no hay personas, no hay muertos, ni pilas de cadáveres, sólo luces y pequeños chispazos que indican que algo pasa, tampoco una voz de “is the true”. La pantalla del televisor supuestamente muestra la guerra, lo que está ahí es verdad, pese o mejor dicho, porque se manifiesta como video juego. La verdad de la guerra deviene video juego.

---

Si bien mucha agua bajo el puente ha pasado desde las imágenes de la revista *Vogue* a las imágenes televisivas de la Guerra del Golfo, lo cierto es que las historias de las guerras modernas no pueden ser pensadas sin la historias de la imágenes, ya sea para expresar los hechos o para ocultarlos, como medios de propaganda o medio para llamar a los soldados para enlistar las filas; todas estas funciones ponen en juego, y siguiendo a Foucault, la producción de la verdad, el valor de la imagen como testimonio, como testigo que juega hacerse el mudo, como testigo del momento irrepetible, como indicio de una realidad tomada por verdad, del hecho de que “«la cámara no miente», esto es, que representa la “auténtica” verdad.” (Hobsbawm, 1998, p.196).

Volviendo a la guerra fría es claro que la televisión, el cine, los tebeos, la publicidad, la fotografía, la pintura y la arquitectura fueron los principales medios de propaganda y el campo de batalla sobre el cual se jugó esta guerra que hoy bautizaríamos de “virtual”, y que así mismo, permeó la guerra por las representaciones sobre la raza, el sexo y la clase. El anticomunismo y el macartismo se tradujeron principalmente en códigos visuales en la medida en que la televisión y la exposiciones y

ferias internacionales fueron los principales medios de propaganda y promoción del *american way of life*.

Como ya señalé, la instalación Exposición Nacional Americana de 1958, escenario de los *Kitchen Debates*, consideró el estreno de la película *Glimpses of the USA*. La película se proyectó simultáneamente en siete pantallas gigantes y estaba compuesta por más de 2.200 imágenes fijas y en movimiento diseñadas para proporcionar un resumen visual de la complejidad y diversidad de la vida americana. (Althimus, 2012).

Para Colomina (2006) *Glimpses of the USA*, inauguró un nuevo formato de mirada desafiando las modalidades clásicas del arte visual basadas en la prevalencia de una sola imagen. El bombardeo de imágenes, la multi-imagen más que expresar la diversidad o diversificación del *american way of life* como lo presentaba sus creadores, trataba sobre el estado de distracción y desatención propias de las metrópolis –especialmente la metrópoli norteamericana plagadas de carteles - y que vino a sustituir las formas clásicas de entender la percepción y la atención.

En lugar de deambular cinematográficamente a través de la ciudad, ahora miramos en una sola dirección y vemos multitud de imágenes yuxtapuestas en movimiento, más de las que podemos sintetizar o reducir a una sola impresión. Nos sentamos frente a nuestros ordenadores fijando la mirada en multitud de ventanas “abiertas” simultáneamente, a través de las cuales se nos proyecta toda clase de información. Apenas nos damos cuenta. Parece algo natural, como si simplemente respiráramos en la información. (Colomina en Cendeac, 2012)

Si pensamos que la radio hasta la Segunda Guerra Mundial fue el principal medio de comunicación de masa - que se duplicó en los años de la Gran Depresión - ésta no transformó en profundidad la forma en que los seres humanos percibían la realidad. Por el contrario la fotografía, la televisión o el cine creó modos nuevos de ver o de establecer relaciones entre las impresiones sensoriales y las ideas. La radio a diferencia de las imágenes era simplemente un medio, no un mensaje (Hobsbawm, 1998). Siguiendo a Benjamín (2009), la historia se hace legible, sólo bajo la imagen: “el pasado ha depositado en ellos imágenes que se podría comparar a las que son fijadas por una plancha fotosensible” (p.67); para Braudillard (1987), las imágenes más que entidades portadoras de significado son simulacros de objetos reales, mitos del consumo que reemplazan lo tangible y concreto; para Lacan (1996), la imagen es constitutiva del yo y para Debord (2012), lo que llamó la emergencia de *la sociedad el espectáculo*, se halla en el punto en que la imagen, el espectáculo, constituyen una relación social que expresa el carácter alienante de la producción posfordista de las mercancías.

De forma puntual, Debord problematiza la producción material de las sociedades de la abundancia con las formas de percibir; el análisis debordiano, se encuentra, con que la percepción y la experiencia estética quedan atrapadas en una relación exclusiva con la mirada –fetichismo- : el sujeto productor de mercancías contempla el objeto producido y expropiado como algo distinto y a



su vez, los objetos son exhibidos de tal forma. La alienación pos fordista de la abundancia se expresa en que el sujeto

cuanto más contempla, menos vive; cuanto más acepta reconocerse en las imágenes dominantes de la necesidad, menos comprende su propia existencia y su propio deseo. La exterioridad del espectáculo en relación con el hombre activo se hace manifiesta en el hecho de que sus propios gestos dejan de ser suyos, para convertirse en los gestos de otro que los representa para él. La razón de que el espectador no se encuentre en casa en ninguna parte es que el espectáculo está en todas partes.” (p.78)

Una de las características de la imagen animada -el cine y la televisión es que -en contraste con la radio- codifica una mayor gama de lenguajes proporcionando además, un rico sustrato textual que produce efectos extremadamente poderosos: nos expone a sus representaciones bajo la categoría del entretenimiento, aspecto que sin duda interroga por el placer de las identificaciones presentes en todo acto de “ver”. Una pregunta que hace visible y pensable la existencia de un *régimen escopofílico* (Mulvey, 2002). El cine o las imágenes televisivas, son lejos una grabación de hechos, son una práctica social, que no pueden entenderse simplemente como un mero soporte técnico-material, para la vehiculación de una representación anterior de las categorías de clase, género y raza, pues nos remite a un entramado complejo de relaciones históricas, económicas y sociales que producen, autorizan y regulan tanto el sujeto como las representaciones. <sup>5</sup>

Para Laura Mulvey, crítica feminista del cine, los significados lejos de ser tomados de los mundos reales y transmitidos a través del cine, se generan en y a través del mismo texto cinematográfico, generando un régimen de placer visual. Basándose en la concepción lacaniana sobre el lugar de lo imaginario/especular en la producción del yo (Lacan, 1996), intenta establecer una conexión entre la mirada cinematográfica y el proceso de formación de la identidad del sujeto (Siles, 2000).

Por lo tanto, la imagen cinematográfica formula una dicotomía de la visión elaborada en torno a masculino= sujeto activo y femenino= objeto pasivo, bipolaridad que puede ser tomado como paradigma de las demás representaciones visuales de las identidades de estratificación social. Tal relación sitúa por lo tanto al sujeto masculino blanco como portador de la mirada (activo) y como provocador de los acontecimientos narrativos, y, por otra, al sujeto femenino -racializado- como receptor de la mirada (pasivo) y como soporte del deseo masculino.

El análisis de la relación entre cine y representación que inaugura Mulvey en la crítica feminista, permite elaborar una teoría del cine que se entiende como un dispositivo tecnológico/visual de producción del sexo/raza, y la diferencia. Una de las principales consecuencias ontológicas de la perspectiva de Mulvey, es que se disuelven los límites entre lo natural y lo artificial: el sexo y la raza así como las *diferencias diferenciantes* (Braidotti, 2004) son el resultado de las conexiones parciales

<sup>5</sup> En el lenguaje visual, una cuestión fundamental es el análisis de los movimientos de la cámara así como los efectos de acercamiento y alejamiento (zoom) por medio de los cuales se intenta producir una atmósfera emocional paralela al guión hablado.

y precarias entre las múltiples tecnologías de representación corporal y no un substrato constituido sobre la cual los dispositivos de visualización actuarían; de este modo y siguiendo a Lauretis (2012) la diferencia sexual y racial es un hecho histórico que se produce y reproduce por medio de tecnologías y dispositivos político-económicos-estéticos-visuales.

Para Laqueur (1994) definir el cuerpo como representación, es afirmar la función de lo imaginario en su construcción, en el sentido de que las representaciones estéticas, por ejemplo las contenidas en las ilustraciones anatómicas, son entendidas como cartografías que ponen los límites de la imaginación y lo pensable sobre el cuerpo y que son dictadas sobre todo por el arte y la cultura. De ahí que este autor habla de una *estética de la diferencia anatómica* para expresar aquella narrativa corporal en donde se conjugan la práctica científica, las prácticas sociales y la estética de la representación. En una línea similar Haraway (2004) destaca la función de los mapas en nuestra percepción, afirmaciones y verdades sobre el cuerpo. Esta autora nos recuerda que la biología -una de las disciplinas que ha hecho del cuerpo su objeto de estudio- lejos de ser el cuerpo, es un *discurso sobre el cuerpo*, que articula modos de hablar y de ver, es decir una textualidad y una cartografía. El carácter natural del cuerpo que la biología, la medicina y las ciencias “psi” han desarrollado ocultan el hecho de que los mapas, es decir las tecnologías de visualización, pueden ser fetiches en el sentido de

parecer como no trópicos, como representaciones no metafóricas, más o menos acertadas, de propiedades “reales” previamente existentes de un mundo que espera pacientemente ser narrado. Por el contrario los mapas, son modelos de mundo diseñados a través de y para prácticas de intervención específicas y estilos de vida determinados (Haraway, 2004,p.161)

Desde este punto de vista, el rol que adquirió la propaganda visual en la guerra por la hegemonía mundial, ya fuese a través de programas elaborados para tales fines o por medio de la publicidad, supuso una (profundidad) densidad que desborda el adoctrinamiento de las masas tras la utopía anticomunista y del libre mercado, como lo entiende Estulín (2011). Es plausible pensar que el adoctrinamiento fue más bien una dimensión –la más espectacular- de una organización semiótico -material de producción de ficciones socio-corporales (Preciado,2008, 2010), es decir de relatos que establecen sus propios criterios de verdad, y a través de los cuales se define lo humano, lo bueno, lo bello, el parentesco y lo normal. Estas definiciones emergen como categorías vinculadas al gusto y el estilo, es decir a través de patrones estéticos altamente estilizados en término sexuales y raciales y que asimismo –como veremos en el apartado siguiente - alcanzó a las tecnologías médicas, por medio de las cuales se lograron inscribir en la misma *superficie escurridiza de los cuerpos* los significados sociales a través de los cuales el cuerpo se codifica como un objeto de contemplación estética, sexual, consumo e intervención y entre las que se destacan las cirugía estética y de reconstrucción.

#### 4.6. Variaciones ¿Hacia una nueva carne?

En *Vigilar y castigar* (1985) Michel Foucault desarrolló el concepto y la figura del *cuerpo dócil* como una estrategia óptica-semiótica y por medio del cual argumenta la tesis de que el cuerpo es un efecto de tecnologías de poder. Como ya argumenté en el capítulo anterior, el régimen disciplinario articula una topología -espacial/temporal-, una economía del poder y una carne, todos ellos dirigidos a maximizar las fuerzas del cuerpo y la producción de mercancías. El cuerpo dócil como resultado de dicha articulación emerge en un doble registro: como un cuerpo analizable u objeto de saber y como un cuerpo tecno-político, objeto y blanco de intervenciones en que interesa el detalle de los movimientos, los procesos más que el resultado y la producción de individuos. De ahí que Foucault (op.cit) define la disciplina como esos “métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad” (p.175). El cuerpo dócil es el resultado de un mecanismo de sujeción en que lo que interesa es disociar el poder del cuerpo y transformar dicho poder en una capacidad que trata de aumentar la potencia del cuerpo, “convirtiéndola en una relación de sujeción estricta” (.p135)

Pensemos que el fin de la Segunda Guerra Mundial, supuso un desarrollo acelerado de la cirugía plástica en tres ámbitos: la cirugía reconstructiva de los cuerpos mutilados por la guerra, de los cuerpos abyectos de la *scientia sexualis* -hermafroditismo y transexualismo – y su extensión a una cirugía estética de los cuerpos sanos. La cirugía como una práctica en que se conectan dispositivos técnicos como estéticos, es un elemento clave para analizar las alianzas socio-técnicas que emergen en la construcción del cuerpo reparado de posguerra, y que desde mi perspectiva instalan una nueva filosofía del cuerpo que pone en tensión -aunque lo retiene- el concepto de cuerpo dócil; tensión que se elabora a partir de las posibilidades que la tecnología ofrece a la carne humana, posibilidad que Haraway llama *cyborg*: “producto último del juego con que la posmodernidad afronta el problema de la vida” (Vega, 2002, p)

Para Haraway (1991) un *cyborg*

es un organismo cibernético, una fusión de lo orgánico y lo tecnológico fraguada en prácticas culturales e históricamente determinadas. Los *cyborgs* no tratan sobre la Máquina y lo Humano, como si en el universo existieran estas Cosas y Sujetos. Por el contrario los *cyborg* tratan sobre la interacción de máquinas y personas históricas específicas, que muchas veces acaban siendo penosamente contra-intuitivas para quien analiza la tecnociencia (p.69)

En la definición y uso que Haraway da al *cyborg*, es claro que lo que interesa es la frontera misma, la posibilidad de la conexión, y como por medio de esta conexión, emergen novedosas subjetividades. El *cyborg* expresa que la subjetividad es un inter/texto o un hipertexto. La realidad es fruto de la inter/acción en la que los aparatos semióticos y materiales no pueden ser separados. Aunque la

técnica ha estado unida a la evolución del ser humano desde sus orígenes, es de modo reciente que la tecnología se ha unido al cuerpo humano;

la antropología y la historia económica pueden dar cuenta de los usos técnicos del utillaje extra-corporal como elemento esencial del desarrollo humano, pero sólo desde el arte y la cultura popular se ha entendido la importancia de los artefactos tecnológicos intra cuerpo en la evolución psicológica de la especie. (Sánchez, 2002, p.74)

Desde esta perspectiva, el cuerpo prostético de la posguerra es el resultado de las alianzas, inter-relaciones y conexiones entre la medicina, la industria del espectáculo, los imaginarios raciales, la emergencia de la industria de materiales flexibles como el PVC, el flexiderm y la silicona y una sensibilidad patriótica-filantrópica hacia el cuerpo del soldado mutilado que se elevaba desde los valores liberales de la autonomía y la independencia. Estas alianzas nos muestran siguiendo a la misma Haraway (1991) que el cuerpo es un “artefacto interdiscursivo donde confluyen diferentes códigos y se construyen con más o menos capacidad de acción y autoconsciencia diversos significados (p.11).

Tres hechos me interesa destacar de los componentes semióticos-tecno-materiales de estas alianzas, y cuyo resultado es un *cyborg* tecno-estético, que como ya afirmé retiene el cuerpo dócil pero a la vez lo desborda. Un primer antecedente nos brinda Danet (2013) en un trabajo dirigido a analizar las posturas de la iglesia católica respecto a los trasplantes de órganos en la década de los 40's y 50's. Esta autora destaca el hecho de que la aceptación por parte de la iglesia del trasplante de órganos en los soldados mutilados por la guerra, se fundamentó en una ética filantrópica y de la producción. Así la promesa de reparación de las mutilaciones y restauración de órganos se logró en medio de “una visión funcional, que acusó la improductividad y dependencia del cuerpo enfermo, incompleto o deforme” (Danet, 2013, p. 6). Este cuerpo *cyborg* retiene de su pariente el cuerpo dócil, la idea de que el cuerpo en sus variaciones y mutaciones, es decir en su ex-centricidad, a la par que es un efecto de relaciones de poder, es un medio a través del cual se instaura la producción de valor. Los cojos, los mancos, los ciegos, los desfigurados o los torcidos “por la metralla”, fueron el campo de batalla de un imaginario que enlazaba por un lado, una ética de la re-construcción de la nación a través del trabajo y la ocupación, y por otro, las capacidades reparadoras de la ciencia sobre las piezas corporales dañadas, insistiendo en cómo los “pobres troncos humanos”, pasando por una “milagrosa metamorfosis” se convertían en “vitales criaturas, conscientes como individuos enteros y capaces de realizar un trabajo, afrontar un oficio y usufructuar un empleo” (p.6).

De forma cada vez más pronunciada se transmitía un mensaje de confianza y esperanza en los adelantos científico-médicos como capaces de restituir la totalidad y funcionalidad al cuerpo humano. La medicina se alzaba como un Dios estético-tecnológico capaz de componer, recomponer, sintetizar, fabricar y crear cuerpos a la medida, en una cruzada contra “el sufrimiento, el dolor, la imperfección y la muerte” (Palacios, 2002, p 28).

Con esto se despliega una novedosa normalización tecnológica en que la promesa de la medicina y la tecnología no es tanto evitar la muerte, como la idea de que los cuerpos pueden autogenerarse y

fundamentalmente, mutar artificialmente “como ultracuerpos perfeccionados...epítomes de una sociedad industrializada para la que la carne es horror si es verdadera, incertidumbre si es temporalidad y fracaso al no poder evitarse que muera efímera” (Penedo, 2005,p.673). Siguiendo a Sterlac, artista representante del *body art cibernético*, el cuerpo se desliza de una identidad de receptáculo del alma o del vínculo social, a una estructura que no sólo es preciso controlar -cuerpo dócil- sino que modificar o dicho de otra forma, el control corporal se despliega a través de la modificación y la transformación. Para el artista el cuerpo *cyborg* expresa una filosofía del cuerpo en que este deja de ser un sujeto o un objeto de deseo, para devenir como “objeto de diseño” (Sterlac, en Sánchez, 2002)

Las cirugías reconstructivas a la par que recomponía y rediseñaba cuerpos castrados en el campo de batalla, recomponía cuerpos sexuales disfóricos o lo que comenzó a ser llamada transexualidad. Tal como veremos más adelante, la cirugía reconstructiva estuvo estrechamente vinculada al tratamiento del hermafroditismo como del transexualismo, en lo que se llamó la cirugía reconstructiva genital. Con esto, el imaginario heterosexual masculino restauraba, a través de la cirugía, la potencia y dignidad a humanos feminizados en un doble registro: el de la producción -una castración corporal que transformaba a los soldados dependientes- y el del sexo, el género y la sexualidad –el diagnóstico de un micropene y su reconstrucción de acuerdo a criterios de normalidad basados en un ideal estético/masculinista de un pene “funcional” y de tamaño “normal”-

Otro eje de articulación de la emergencia de los cuerpos *cyborg* de posguerra es la aparición de la cirugía estética como una tecnología del género y de producción de cuerpos femeninos, cuyos ideales se organizaron en torno a la estética racial del cine de Hollywood. La misma Danet (2013) ofrece una entrevista de 1958 realizada a Muntané Balaguer, un cirujano plástico español especializado en implantes, en la que describía los efectos de normalización social de la intervención sobre el cuerpo, con tal de adecuarse a los modelos estéticos vigentes influenciados por el cine de Hollywood. La imagen del cuerpo y la auto-satisfacción de la persona con su aspecto, sitúa, en las palabras de este médico-cirujano, al cuerpo como condición del éxito social, que, en el caso de las mujeres, se materializaba en el matrimonio:

“¿Lo más frecuente? –La rectificación de la nariz. – ¿Cómo se llevan? –A lo Grace Kelly, – ¿Solteras, casadas o viudas? –Chicas jóvenes. Es un complejo que no las deja vivir; y a juzgar por las invitaciones de boda que recibo, se casan inmediatamente después de operadas” (Balaguer citado en Danet, 2013, p.40).

La nariz de Grace Kelly pone en juego las características raciales de la identidad heterosexual y doméstica, que a partir de estas tecnologías pueden ser modificadas, camufladas, potenciadas y reconstruidas a través de la manipulación quirúrgica, Todo esto en función de un deseo personal que se elabora en medio de un imaginario cinematográfico racial. La vinculación entre cirugía y raza era un experimento que se venía gestando desde la misma Segunda Guerra Mundial:

“Sin razón de estética ni de lesión, ¿ha desfigurado usted algún rostro? Sí, a judíos durante la guerra mundial que en cuanto entraban en España procuraban rebajar el apéndice nasal, que por lo visto los delataba”. (op.cit, p.40)

Cabe destacar que la relación de Hollywood y producción de la raza es bastante antigua y en esta época se expresó en películas como *King Kong* (1933), pasando por *Godzilla* (1954) a *La Mujer Avispa* (1959) de Roger Corman, *La mujer pantera* (1942), los antihéroes de los comics y tebeos de Marvel (Veneno es un negro y Doctor Muerte, un gitano). En todos estos films emergen cuerpos racializados codificados como monstruosos, salvajes e hiper-sexuales. El film de Corman, cuenta la transformación y oscurecimiento de una mujer blanca americana –el tráiler se inicia con la exclamación *is to be queen of beauty!* - en una avispa negra, devoradora de hombres – y finaliza con la afirmación *fierce woman* -por su veroz apetito sexual. Desde Marvel, *Victor von Doom* (El doctor veneno) nace en una comunidad gitana de Latveria, es hijo de Cynthia Von Doom, una hechicera y Werner Von Doom, el curandero del clan.

Pensemos que este imaginario visual que articulaba raza, belleza y civilización si bien en la cultura de masas se extendió por medio de la ciencia ficción, fueron las ciencias humanas sus principales antecedentes. Este imaginario se venía elaborando desde el siglo XIX, cuando las teorías raciales ligadas a la reciente fundada antropología tradujeron la idea de civilización a las características fenotípicas de las razas, en la que se vinculaba lo negro a la barbarie por medio de un discurso estético y visual derivado del uso del cine, en palabras de Kaplan (1996)

el cine fue inventado en la cima del colonialismo, al final del siglo XIX. La cámara fue crucial como máquina usada por los viajeros occidentales de todos los tipos -científicos, antropólogos, emprendedores, misioneros y todo tipo de agentes coloniales- para documentar y controlar las culturas primitivas que habían visto y encontrado...lo que distingue el género del cine etnográfico...no es el color de la gente filmada, sino como son racializados...cómo en otras palabras, al espectador se le hace ver antropología y no historia (p.44)

Desde la mirada documental y frenológica que cautivó a los padres de las ciencias del Hombre eran recurrentes las afirmaciones del tipo de que “los negros tenían nervios más fuertes y toscos que los europeos porque tenían cerebros más pequeños, y que eso explicaban la inferioridad de su cultura” (Laqueur, 1994, p.268). De este modo el discurso racista operaba hacia un cuerpo de color oscuro monstruoso o atrofiado, que debía ser domesticado; una semántica similar a como se pensaba el cuerpo incompleto y castrado de las mujeres.

El caso decimonónico de *Saartjie Baartmen* esclava sudafricana conocida como la *Venus de Hottentot* aparece como un caso paradigmático de representación racial y sexual en términos de exceso, monstruosidad, objeto de estudios científicos y espectáculo. Trasladada a Londres para ser exhibida como atracción circense, era obligada a “desfilarse” desnuda en una plataforma de dos pies de altura, así como a obedecer a su guardián cuando éste le ordenaba cómo “actuar en el escenario”. Por un pago extra, se le permitía a los espectadores que tocaran sus exuberantes

glúteos, producto de una esteatopigia, una excesiva acumulación de grasa en esa área. Luego de que en Londres se prohibió el negocio de los zoológicos humanos, fue trasladada a París, donde un domador de fieras la exhibió durante quince meses. En París atrajo la atención de científicos franceses, en particular la de George Cuvier, quien la describió como una mujer inteligente, de excelente memoria y que hablaba fluidamente el holandés. Cuando murió, la comunidad científica parisina se reunió para realizar su autopsia, luego de que Cuvier realizara un vaciado en yeso de su cuerpo. Los resultados de la autopsia fueron publicados también por Cuvier, y su esqueleto, su cerebro y sus genitales estuvieron en exposición en el Museo del Hombre de París (Strother, 1999) hasta el año 2002 cuando Nelson Mandela después de 12 años de lobbying diplomático consiguió la repatriación de sus restos.

Con esto es claro que las tecnologías del género no pueden ser pensadas sin las tecnologías de la producción de la raza y al revés, pues tal como afirma Laqueur (1994) la idea de “raza científica” que emerge en el umbral del siglo XIX es imposible de pensar fuera de su articulación de “sexo científico”. La posibilidad de demostrar la creación separada de varias razas y con ello, sus diferencias en un sistema clasificatorio con un sentido jerárquico, se desarrolló al mismo tiempo, y como respuesta a los mismos tipos de presiones que el sexo científico. De ahí que las afirmaciones que vinculaban el tamaño del cerebro con la inferioridad de los negros “son paralelas a las que mantienen que el útero predispone naturalmente a las mujeres a la vida casera” (op.cit:268)

Como apunta Haraway (op.cit), los cuerpos *cyborg* hechos de partes heterogéneas -carne, metal y plástico-a la vez que inducen a pensar el cuerpo como un conglomerado de conexiones e interfaces humano-no humanos por medio de las cuales se disuelve a sí mismo la dicotomía naturaleza-cultura, comporta una nueva forma de sexualidad y una nueva economía política del deseo. Esta economía política no tuvo que ver -como se podría pensar- en una emancipación de las servidumbres corporales, por el contrario, el imaginario reconstructivo apunta a articular por un lado el horror del cuerpo deforme, mutilado o racializado y por otro, el control de un cuerpo que se vuelve ominoso para sí mismo y que como cuerpo social “optan por la negación de lo dado (de un factum que ya no se quiere como fatum) mediante una absurda utopía transc corporal...” (Penedo, 2005, p.673).

La remodelación del cuerpo humano mutilado o rechazado de acuerdo a parámetros estéticos e imaginarios cinematográficos y gracias a la tecnología, elabora un nuevo régimen de verdad en que el imaginario corporal se construye desde una racionalidad y una estética que se aleja del cuerpo dócil foucaultiano y que depende fundamentalmente de una ideología colonial de la raza, es decir desde una estructura epistemológica en que la raza interroga por el derecho otorgado a ciertos seres de ser incorporados en la categoría de humano. Como apunta Grosfoguel (2012) “el racismo es una jerarquía de dominación de superioridad/inferioridad sobre la línea de lo humano” (p.93). Esta jerarquía se desprende de la definición que Fanon (2010) elabora del racismo según el cual, las personas que están arriba de la línea de lo humano son reconocidas socialmente en su humanidad como seres humanos con subjetividad y con acceso a derechos humanos/ciudadanos/civiles/laborales. Las personas por debajo de la línea de lo humano son

consideradas sub-humanos o no-humanos, es decir, su humanidad está cuestionada y, por tanto, negada. A partir de estas ideas, puedo afirmar que la estructura racial de las tecnologías estética-reconstructivas se hizo posible a través de dos procesos de traducción.

Por un lado, a través de una teoría estética que traduce lo bello como lo normal, en el sentido de que la cirugía reconstructiva si bien se justificaba en el hecho filantrópico de devolver la funcionalidad del cuerpo, la mutilación se vinculó fuertemente a la anormalidad de un cuerpo que se erige desde el espectáculo de la monstruosidad -zona del no ser- y la lástima – cuyo ejemplo lo encontramos en los llamados *Gueules Cassés* o caras destrozadas de la Primera Guerra Mundial-. Para el poeta César Vallejos (2008), el mutilado es quien ha perdido el rostro, el espejo del alma, ese registro simbólico e imaginario que define al humano como un Ser en y para un Otro.

Existe un mutilado, no de un combate sino de un abrazo, no de la guerra sino de la paz. Perdió el rostro en el amor y no en el odio. Lo perdió en el curso normal de la vida y no en un accidente. Lo perdió en el orden de la naturaleza y no en el desorden de los hombres. El coronel Piccot, Presidente de “Les Gueules Cassées”, lleva la boca comida por la pólvora de 1914. Este mutilado que conozco, lleva el rostro comido por el aire inmortal e inmemorial.

Rostro muerto sobre el tronco vivo. Rostro yerto y pegado con clavos a la cabeza viva. Este rostro resulta ser el dorso del cráneo, el cráneo del cráneo. Vi una vez un árbol darme la espalda y vi otra vez un camino que me daba la espalda. Un árbol de espaldas sólo crece en los lugares donde nunca nació ni murió nadie. Un camino de espaldas sólo avanza por los lugares donde ha habido todas las muertes y ningún nacimiento. El mutilado de la paz y del amor, del abrazo y del orden y que lleva el rostro muerto sobre el tronco vivo, nació a la sombra de un árbol de espaldas y su existencia transcurre a lo largo de un camino de espaldas.

Como el rostro está yerto y difunto, toda la vida psíquica, toda la expresión animal de este hombre, se refugia, para traducirse al exterior, en el peludo cráneo, en el tórax y en las extremidades. Los impulsos de su ser profundo, al salir, retroceden del rostro y la respiración, el olfato, la vista, el oído, la palabra, el resplandor humano de su ser, funcionan y se expresan por el pecho, por los hombros, por el cabello, por las costillas, por los brazos y las piernas y los pies.

Mutilado del rostro, tapado del rostro, cerrado del rostro, este hombre, no obstante, está entero y nadie le hace | falta. No tiene ojos y ve y llora. No tiene narices y huele y respira. No tiene oídos y escucha, No tiene boca y habla y sonrío. No tiene frente y piensa y se sume en sí mismo. No tiene mentón y quiere y subsiste. Jesús conocía al mutilado de la función, que tenía ojos y no veía y tenía orejas y no oía. Yo no conozco almutilado del órgano, que ve sin ojos y oye sin orejas.” (p.31)



El rostro mutilado es una figura horrorosa y excluida del registro simbólico, en tanto el brillo de su imagen ensombrece su palabra, y que en tanto monstruo es objeto de una mirada que comparte la misma estructura que la mirada hacia la Venus de Hottentot: morbosidad, rechazo y compasión, pero nunca reconocimiento. Un sujeto que como dice Vallejo ha perdido el derecho de ser considerado un humano- cabe destacar que el poema el mutilado es parte de un libro llamado Humanos- De este modo el mutilado y el transexual se inscriben como representante de lo que Haraway (1999) llamó las “otras inapropiables”

Por otro lado el cuerpo reconstruido del mutilado expresa aquellas “fronteras transgredidas, de fusiones poderosas” (Haraway, 2004, p.262) en el plano mismo de la carne. El cuerpo reconstruido de pos guerra, no trata de un hombre máquina, en el sentido de un cuerpo humano conectado a la máquina, ni tampoco como engranaje de los *satánicos molinos de sangre* (William Blake) de la revolución industrial. Pese a que el fin de la reconstrucción se piensa desde una ética de la producción, vale decir desde una demanda social de integración de los soldados al mundo productivo, el cuerpo resultado de la cirugía estética-reconstructiva es un *cyborg* en que el substrato material del cuerpo ya no es exclusivamente carne ni órganos, sino que una suma de elementos orgánicos e inorgánicos a través de los cuales es posible reconstruir una imagen normal y por lo tanto bella, una crónica que anuncia nuestra tan contemporánea asociación entre “salud y belleza”. Asimismo, el cuerpo intervenido no es una totalidad que puede ser descompuesta y recompuesta -la producción de individuos de Foucault y cuerpos órganos de Deleuze- sino que es un rostro, una boca, una nariz, marcadores que se construyen como anzuelos de la normalidad.

Se trata de lo que se llamará en los años 80's, una *nueva carne*, cuya sujeción no está ligada exclusivamente a aumentar la eficiencia y el rendimiento del cuerpo, sino que en recomponer un ideario estético racializado, en que la intervención de la carne trasciende el orden del trabajo al incorporar el orden de la ficción, el placer y lo bello.

También los cuerpos sexuales racializados de la guerra fría que emergen a punta de cinceles, aumento mamario y narices respingadas - pin up, estrellas de Hollywood, etc. - interrogan al cuerpo dócil foucaultiano, en otro punto que tiene que ver con que re-crear la carne a imagen y semejanza de un deseo y un placer personal elaborado en las salas de entretenimiento, instala la posibilidad de un control que se desliza de la superficie de los cuerpos o en palabras de Freud, desde un principio de realidad a la interioridad de éste -al alma, el placer, el gusto personal-, y que despliega en un espacio no del trabajo, sino que de ocio y de autocontemplación narcisista.

La repugnancia por la deformidad del cuerpo mutilado posibilita una perspectiva del horror en que “los lugares del monstruo no son ya las tinieblas, el subterráneo o el espacio exterior, sino el propio cuerpo” (p.35), y en que la unión con lo inorgánico por medio de prótesis, lo ponen en relación con un exterior y un interior que no tiene límites. Esto es más claro de apreciar en las mutaciones “naturales” no prostéticas de los cuerpos femeninos del cine de ciencia ficción (la mujer araña, la mujer pantera, la mujer avispa) que se elaboran como un sustrato textual constituido asimismo por

abyecciones carnales que escapan al registro humano, una subjetividad pos humana en que la carne se convierte “en una anomalía siniestra de la materia” (Pedraza, 2002, p 38.).

Otros de los sustratos materiales de estas potencialidades siniestras de la interioridad de la carne, se vinculan estrechamente a que la década que va desde 1945 a 1955 asistió al desarrollo y perfeccionamiento de tecnologías de visualización como los Rayos X, la resonancia magnética y una serie de dispositivos de detección que volvían visible el cuerpo orgánico interior, logrando hacer del cuerpo una superficie porosa y susceptible de ser conocido desde su interioridad como cuerpo vivo - a diferencia de la anatomía clásica en que el cuerpo interior conocido es un cuerpo post mortem-. Cartwright (citado en Figueroa, 2013) elabora el argumento en torno a que los rayos X funcionaban desde su origen como iconos, fetiches y artefactos de salud, vida, sexualidad y, especialmente, muerte. Esta autora analiza los rayos X como artefacto cultural donde se confunden las fronteras entre lo público y lo privado, el conocimiento experto y el conocimiento popular, así como el discurso científico, el arte y la cultura popular. Como tecnología de visualización generó, nuevas configuraciones del cuerpo” en que los límites de lo externo y lo interno son trasgredidos (Figueroa, 2013).

En los tiempos de guerra el uso de Rayos X estuvo asociado al control de la tuberculosis. Radiografiar a los soldados se transformó en una práctica habitual y en una forma de control y vigilancia pública.”Al controlar la población a través de la inspección de los interiores, las instituciones públicas, como los colegios o el ejército, se hicieron cargo de la gestión de los espacios más privados del cuerpo” (Colomina, 2006, p.146).

Con esto es claro que el cuerpo deja de ser un postulado natural u organicista, reforzando “la idea de un cuerpo analógico constituido por piezas reemplazables” (Rose, 2007, p.57) pero lo que me interesa destacar es que el imaginario racial de lo blanco afirma otra idea :de que la blancura más que un equivalente a “los blancos”, es la expresión “de una epistemología bien establecida en la que se enmarcan la política, la cultura, la historia, la personalidad y el fenotipo de los europeos blancos como si representaran la forma natural e ideal de estar en el mundo (Barnett 2000 en Liberato et al, 2014).

De este modo el *american way of life* como un estilo de vida de blancos heterosexuales se elaboraba en la misma densidad de la carne, un proceso de elaboración carnal que puso en juego las antiguas ansiedades sociales de los hombres blancos frente a la independencia económica y política del hombre negro, en una época de fuerte conflicto racial a partir del movimiento de derechos civiles de las personas de color. Una ansiedad a la soberanía de lo negro mezclada con las históricas regulaciones de las relaciones de estos con las mujeres blancas. De este modo la raza evocó al sexo en una relación que se vinculaba -en parte- “con la prohibición a los sirvientes negros varones de “mirar” a sus amas blancas, ya que el mirar podía incitar el deseo de ambas partes” (Kaplan, 1996, p.46).

La mirada de Hollywood con sus fantasías de un negro deseo lujurioso dirigido hacia las mujeres rubias y blancas y la fascinación de los hombres blancos por exóticas mujeres de color -Carmen

Miranda o la “bomba brasileña”, la mujer mejor pagada de Estados Unidos durante la década de los 40’s -- delatan un conjunto de apropiaciones y ansiedades en donde se pone en juego los modos en los que se estructuran las relaciones del mirar y la construcción del sexo. La idea de un *buen gusto* asociado al *design* -como veremos en el capítulo siguiente- reflejado en las revistas de arquitectura, moda o decoración configuraron un dispositivo estético que es resultado de *la intersección* (hooks, 1984) de fuerzas raciales, sexuales y de género en el que se colocaban en tensión por un lado, el desorden y la monstruosidad atribuido al cuerpo individual y social negro, y por otro, el orden y armonía del cuerpo individual y social blanca y puritana (Ehrenreich y English, 2010).

Glik (2010) de modo puntual estudia las representaciones raciales de Hollywood sobre Latinoamérica, en las que son recurrentes las invenciones de estereotipos caricaturizados como primitivos, infantiles e impulsivos, en contraste al modelo racional y civilizado de los personajes estadounidenses. Según su estudio se tiende a naturalizar el sujeto-mujer-latinoamericana como maternal, alegre y exuberante y con cabezas repletas de frutas, así como a los sujetos varones bajo un ángulo de visión que los sitúa como argentinos viriles e indolentes, mexicanos violentos y feroces o brasileños cordiales, pacíficos e irresponsables:

Lo que todas estas formas guardan en común es la construcción de estereotipos caricaturizados como primitivos, infantiles e impulsivos, en oposición al modelo racional y civilizado de los estadounidenses. Esta dicotomía vale igualmente para las distinciones entre sexos, las que frecuentemente insisten en presentar mujeres-latinas-eróticas u hombres-latinos-violentos, a través de la construcción de personajes que contrastan nítidamente con las lánguidas actrices de Hollywood, cortejadas por románticos caballeros estadounidenses. (p.273)

Shohat y Stam (2002) al estudiar el rol del cine en la producción de un imaginario imperial, hablan de los “tropos del imperio” que forman una especie de sustrato figurativo dentro del discurso colonial. Animalidad e infantilización del otro colonizado –alterizado-entre otros tropos, constituyen metáforas cinematográficas que expresan y confirman a su vez, las jerarquías raciales y sexuales extradiscursivas. La recurrente dicotomía entre frígido (occidental)/ardiente (colonizada) para estas autoras implican tres axiomas interdependientes dentro de la política sexual colonial: primero, la relación sexual entre hombre de color y mujer blanca sólo puede ser mediante violación –pues es inconcebible que una mujer blanca desee a un hombre de color-, segundo, las relaciones sexuales entre mujeres negras y hombres blancos nunca puede ser de violación –pues las mujeres negras están siempre en celo y desean al amo blanco- y tercero, las relaciones entre hombres y mujeres de color nunca puede ser mediante violación –ya que ambos están siempre en celo-.

El hombre blanco se constituye -siguiendo a Mulvey (op.cit)- como el dueño de la mirada, de las mujeres y del hombre de color; una “mirada imperial” en palabras de Kaplan (1996), que asume que el modo de vida occidental es el paradigma de lo humano en tanto imagen corporal no contaminada, y en el que se refleja el dogma de que el sujeto blanco occidental es central de la misma manera que la mirada masculina asume la centralidad el sujeto masculino; mostrando con ello que las relaciones

de poder entre lo blanco y lo negro fueron codificadas en los mismos términos que las relaciones entre hombre y mujeres o entre heterosexualidad y homosexualidad.

#### 4.7. *Del cuerpo mutilado al último hombre en la tierra*

El miedo de la guerra fría y el macartismo se constituyó como un mecanismo metonímico en que estas ansiedades sexuales/raciales se condensaron y desplazaron en figuraciones tan disímiles como los rusos, extraterrestres, japoneses, mujeres gigantes, monstruos, espías rojos y homosexuales; un *freak show* por el cual el terror se deslizó de un significante a otro, entre las más variadas figuras de la abyección. Un miedo que conglomeró los rechazos y las ansiedades de las clases conservadoras hacia cualquier elemento extraño que pusiera en tensión o desestabilizara los códigos blancos corporales, humanos, raciales, de género y sexuales; una normalidad que se pensaba así misma como blanca, liberal y heterosexual.

Se trató de un intento masivo de establecer fronteras simbólicas entre un nosotros y un ellos, entre el *american way of life* y todos los modos de existencia presentes en el planeta, “otros” codificados en metáforas de anormalidad, monstruosidad y en el que su rasgo distintivo y derivado de los miedos de la sociedad individualista del consumo, se constituyó en torno a la despersonalización. El comunismo se presentó como la encarnación de todo aquello odiado por la sociedad blanca occidental: “la religión había sido abolida; el “realismo socialista” bidimensional dominaba el arte; toda la vida se centraba en torno a la producción. Y lo peor de todo, se había olvidado la santidad de la familia. Muchas musculosas barrían las calles mientras sus hijos estaban a cargo del Estado” (Enhrenriech & English, 2010, p .340)

La utopía psico-humanista de los años 50’s destacó el papel de la “persona” y su impulso hacia el crecimiento y la bondad; para el psicólogo Carl Rogers, la terapia trata de un “proceso de convertirse en persona”, en que la potencialidad del sujeto no se halla en la verdad del sexo, de la infancia ni de la pulsión, como si en el “autodesarrollo”, la “relación de ayuda”, la “empatía”. En 1961 Rogers publica un libro en que sistematiza su labor terapéutica y su visión de ser humano en una proto “psicología positiva” y en que lo natural se confunde en el progreso y la civilización.

Uno de los conceptos más revolucionarios que se desprenden de nuestra experiencia clínica es el reconocimiento creciente de que la esencia más íntima de la naturaleza humana, los estratos más profundos de su personalidad, la base de su "naturaleza animal" son positivos, es decir, básicamente socializados, orientados hacia el progreso, racionales y realistas.” (Rogers, 2000, p.48)

Elaine Tyler May (2008) escribe que la domesticidad desatada en el medio de los terrores de la era nuclear y el macartismo, se formuló como una utopía hogareña repleta de niños, una domesticidad que crearía un sentimiento de calidez y seguridad en contra de las fuerzas frías de ruptura y alienación. Asimismo Pérez (2012) nos informa de las metáforas que fueron utilizadas por la publicidad de la época dirigida a la venta de los televisores y de cómo éste vendrá a ocupar el lugar

de la chimenea. Frecuente son las imágenes de la época, de una familia feliz en torno al aparato televisivo.

De forma paralela, la utopía, la Atlántida de posguerra se llamó California cuya función en el imaginario utópico se logró sintetizar en el llamado *California Living*. Esta ciudad ubicada en la costa Oeste de Estados Unidos una vez finalizada la Segunda Guerra, asistió a un desarrollo económico espectacular al igual que los estudios cinematográficos que comenzaron a instalarse. Otrora ciudad rica en Oro que impulsó a la llamada fiebre del Oro en la época de la colonización del Oeste, California fue un experimento doméstico en el que la instalación de empresas tecnológicas, la abundancia de recursos naturales y la construcción de viviendas unifamiliares de clase media subvencionadas por el Estado

se convierte en el marco ideal para la soñada domesticidad de la posguerra basada en el baby boom y la creación de una nueva sociedad optimista y materialista. Dada su benigna climatología, el sur, californiano se convierte en el decorado natural de este nuevo modo de vida, relajado e informal, que se conoce como California Living (Esguevillas, 2007, p.58)

En 1959, el sociólogo Todd Gitlin identificó los que llamaba los problemas más urgentes de la nación en los mismos términos de calidez-impersonalidad: “el más sucio y menos reconocido es la bomba...una amenaza oscilante, no sólo abstracta sino que extrañamente impersonal” (The Sixties, 22, en Tichi, 1991, p.15)

Como apunta Sontag (2005) la ciencia ficción logró expresar aquellas “poderosas angustias por la condición psicológica individual” en torno a una imaginación contemporánea de lo impersonal. El género de ciencia ficción se vio invadido por seres del espacio exterior que eran notablemente semejantes a la concepción popular sobre los pueblos del otro lado de la cortina de hierro: humanoides fríos y sin emociones. Films como *Invaders from Mars* (1953) así como *El Carnaval del Almas* (1962) de Herk Harvey, son ejemplos contundentes del fantasma de la soledad y lo impersonal.

El film de Harvey nos narra la historia de Mary Henry, una joven que ejerce de organista en una parroquia local y que es víctima de un accidente automovilístico. Su vehículo que conducía acompañada por unas amigas se precipita al río desde un puente colgante. Las autoridades descartan encontrar superviviente,s dada la altura de la caída. Horas después Mary aparece sola y desorientada en un banco de arena. En seguida notará la presencia de seres zombies y sentimientos de desrealización, despersonalización e indiferencia que nos hará a los espectadores caer en la cuenta de que la línea entre la vida y muerte se hace cada vez más borrosa. Efectivamente al final de la película se infiere que Mary siempre estuvo muerta y que la ausencia de catexia con el mundo circundante es una expresión que define su condición de muerta-viviente.

Para Sontag (op.cit), citada en extenso:

Las criaturas de otros mundos que pretenden dominarnos son “aquellos”, no “ellos”. Los invasores interplanetarios son de ordinario seres de ultratumba, por así decirlo. Sus movimientos son fríos y mecánicos, torpes o sinuosos. Pero vienen a ser lo mismo. Si son de forma no humana, avanzan con movimientos absolutamente regulares, inalterables (salvo por la destrucción). Si su forma es humana, -vestidos con trajes espaciales, etcétera-, entonces obedecen a la más rígida disciplina militar y no exhiben, en ningún caso, característica personal alguna. Y, de lograr su propósito, será este régimen de ausencia de emociones, de impersonalidad, de disciplina férrea, el que impondrán sobre la Tierra. “No más amor. No más belleza. No más dolor”, proclama un terrícola converso en *The Invasion of the Body Snatchers* (1956). Los niños, medio terrícolas, medio extraterrestres de *The Village of the Damned* (1960), carecen por entero de emociones, se mueven en grupo y se comunican por telepatía, poseyendo todos ellos intelectos prodigiosos; todos son la avanzada del futuro, el hombre en su próximo estadio de desarrollo.

Estos invasores cometen un crimen peor que el asesinato. No se contentan con matar a la persona. La borran por entero. En *War of the Worlds*, el rayo lanzado desde el cohete espacial desintegra todas las personas y todos los objetos que encuentra a su paso, dejando de ellos, por toda huella, un rastro de ceniza. En *The H-Man*, de Honda, la mancha creciente funde toda la materia orgánica con la que entra en contacto. Si la mancha, que asemeja un enorme trozo de gelatina roja y que puede arrastrarse por los suelos y subir bajar de los muros, llega a los pies de un individuo, todo lo que queda de él es un montón de ropas en el piso.” (p.165)

¿Hasta qué punto está despersonalización hunde sus raíces en la misma transformación de los modos de hacer la guerra? ¿y si invertimos la tesis de Clausewitz -como lo hace Foucault,- “la guerra es la continuación de la política por otros medios por “la política es la continuación de la guerra por otros medios”, para inteligir dicho inconsciente colectivo o imaginario cultural?. Una canción del grupo Punk español Eskorbuto en tono irónico decía “antes en las guerras podrías regresar, volver a sus casas, volver a empezar, una vida nueva todo quedó atrás”. Como he venido insistiendo, con la bomba atómica la política y el mundo cambió. La bomba atómica es el sumun de una tecnología bélica sofisticada; la computación y la cibernética hacen entrada – el Colossus, el primer ordenador digital introducido por Inglaterra- así como los radares, carros de combate dirigidos a la “guerra urbana”, se introduce masivamente las máquinas de guerra aéreas y navales. La guerra de trincheras, la de las profundidades de la tierra y el uso de los caballos, se convierten en elementos arcaicos frente a una Segunda Guerra que incorporaba los cielos y los mares y tecnología de punta; la guerra se desterritorializaba y reterretorializaba en un espacio inmaterial, inasible, y total a la vez.

La Guerra Civil española también aportó en este nuevo imaginario: por primera vez en la historia de las guerras la población civil era un objetivo bélico. La guerra perdía ese heroísmo que alimentaba el imaginario de unos soldaditos de guerra y la táctica del ajedrez, esa ética masculina de los pactos de guerra. Probar el ataque a las poblaciones civiles, fue una muestra de una transformación sustancial

en la forma en que se pensaba al otro, en un movimiento que se regocijaba en el goce de la destrucción total. Vuelvo a Eskorbuto “¿creéis que todo tiene un límite?”. La Segunda Guerra Mundial mostró que ya no había límites.

Esta vez se trataba sólo de “apretar un botón”, y que tal como se mostró en la Guerra del Golfo, los jefes militares se transformaron en burócratas/científicos de maletín y traje bien planchado que daban entrevistas a los noticieros, mientras los mismos jóvenes, pobres y no blancos reclutas de siempre, parecían más un avatar protagonista de videos juegos, que un soldado humano. La Segunda Guerra Mundial tradujo el hecho concreto de que “la tecnología hacía invisibles a sus víctimas, lo cual era imposible cuando las bayonetas reventaban las vísceras de los soldados o cuando éstos debían ser encarados en el punto de mira de las armas de fuego.” (Hobsbawm, 1998, p58). Los sistemas remotos, los misiles a larga distancia o la misma bomba atómica así como la racionalización de las estrategias de guerra -un taylorismo de guerra reflejado en cuestiones como la incorporación en el ejército de los método de selección de recursos humanos en vías de hacerlos más eficiente, o la organización científica de los campos de concentración- instaló una conciencia colectiva de que “las mayores crueldades de nuestro siglo han sido las crueldades impersonales de la decisión remota, del sistema y la rutina, especialmente cuando podían justificarse como deplorables necesidades operativas.” (p.58) y que emerge de las dimensiones destructivas de una ciencia masculina que se emparentaba cada vez más a la industria militar.

El primer capítulo de la serie de televisión *The twilight zone* conocida en el mundo hispanoamericano como *La dimensión desconocida* expresa de modo claro este razonamiento. Este serial comenzó a transmitirse por CBS en 1959 -hasta 1962- quince años después de finalizada la Segunda Mundial, en plena Guerra Fría y en plena carrera espacial. El programa fue un éxito, y en ella participaron prestigiosos cineastas como también reconocidos guionistas- autores de la ciencia ficción como Ray Bradbury y Richard Matheson entre muchos otros-. Su productor fue un destacado guionista de ciencia ficción Rod Serling, quien tuvo que vérselas en muchas ocasiones con la censura de los patrocinadores y canales de televisión y la hostilidad del Senado. Es claro que la ciencia ficción siempre ha utilizado metáforas, alegorías y representaciones más o menos dirigidas a criticar el orden social y Serling comulgó con ello. Era recurrente el tema de la bomba atómica, el macartismo, la maldad de los poderosos. (Grams, 2008)

La locución de apertura decía:

*Abramos esta puerta con la llave de la imaginación. Tras ella encontraremos otra dimensión, una dimensión de sonido, una dimensión de visión, la dimensión de la mente. Estamos entrando en un mundo distinto de sueños e ideas. Estamos entrando en la dimensión desconocida...*

El primer capítulo de la primera temporada de 1959 lleva por título *¿Where Everybody?*, el título es sugerente. La voz en off que hablaba al inicio del capítulo –una especie de coro griego televisivo- anuncia: *un hombre solo en un camino desierto que pueden llevarlo a la desesperación...*

Este capítulo cuenta la historia de un hombre que se despierta sin razón aparente en un misterioso pueblo, en el que todo parece funcionar a la perfección, con la excepción de que no encuentra a ninguna persona por ningún lado. Visita todos los lugares, el cine, las tiendas, las casas y no hay nadie, es un pueblo deshabitado, en él tampoco hay señal de algo hubiera ocurrido, es como si a todas las personas las hubiesen abducidos.

Desorientado entra a una tienda, pregunta si hay alguien, no hay nadie, exclama “*si tengo dólares es porque soy americano*”, encuentra un teléfono, intenta comunicarse pero le responde una grabadora con voz de mujer, “*siempre quise conocer a una mujer que no hablara tanto...esta es una grabación operadora Ud. puede ayudarme, ¿dónde estoy?...no sé por qué pero siento que alguien me está vigilando, que me oye... ¿dónde se han metidos todos?.. quiero despertar ahora!!!, y si no puedo despertar al menos quiero hablar con alguien...!!!* . Dentro de la tienda encuentra unos tebeos en exhibición, su ojo -y el ojo de la cámara- capta en primer plano *The last man on earth* (El último hombre en la tierra, cuya versión cinematográfica fue realizada por Roger Corman). En ese instante mira su ropa y se da cuenta que está vestido con el uniforme de la fuerza aérea americana.. “*la fuerza aérea americana, soy de la fuerza aérea, escuchen todos soy de la fuerza aérea ...debe haber sido una bomba, pero una bomba hubiera acabado con todo y todo está intacto!*”. El hombre cae en un estado de desesperación y angustia.

En ese momento la trama toma un giro, en el que en una nueva escena se aprecia un proyector de películas que comienza a funcionar, un efecto de distanciamiento y en la sala del teatro se aprecia un grupo de científicos y militares observando al joven y lo que como telespectadores hemos observado durante 20 minutos. En ese instante los militares entran en la escena para percatarnos que todo ha sido un experimento. ¿De qué, para qué?, un experimento sobre las consecuencias de la soledad. Un experimento que permitirá conocer lo que le podría suceder a los hombres que pilotaran la nave dirigida a la Luna.

Son múltiples los elementos que pueden ser analizados -como por ejemplo la alianza ciencia - ejército o la frase *si tengo dólares es porque soy americano*, etc.- lo que quiero destacar es que con *La dimensión desconocida* y con este capítulo en particular, emergen nuevas ansiedades vinculada a un deseo de la presencia del otro y que se traducen en una ficción novedosa en términos de atmósfera estética, personajes y tramas argumentativas. El *freak show* al deslizarse de las decimonónicas mujeres barbudas, enanos, marcianos, lunas vivientes o gigantes, a la ausencia total y a una semántica derivada de ser *el último hombre en la tierra*, nos habla de una subjetividad que se va armando en torno a la destrucción total como resultado de la catástrofe nuclear y puntualmente en torno a la destrucción total de la especie humana - el capítulo de *La dimensión desconocida* deja intacto todo lo material- .

Si pensamos en el film de Harvey (*El carnaval de las almas*) con la serie de Selinger y el desplazamiento de la chimenea por el televisor, podemos configurar un panorama más completo: por un lado los zombies, representados como seres incapaces de amar, zombies olvidadizos de su identidad y marcados por la impersonalidad, por otro, la soledad radical y finalmente hombres a



quienes les ha arrebatado el calor y la presencia de la familia heterosexual. Seres humanos solitarios y zombies descerebrados y descorazonados que transitan obnubilados, perdidos, desorientados, que transitan asimismo en medio de rusos “come bebés”, que como veremos más adelante niegan las golosinas a los niños. Con esto me pregunto ¿se trata de una evocación a los rusos y su estepas, que se piensan desde un relato doméstico como agentes de la destrucción de la familia y el calor del hogar, en contraste al caluroso y dulce *california dreams*?, ¿una ansiedad biopolítica de despoblamiento total que se organiza simbólicamente como desaparición del afecto y del vínculo?, ¿un desastre biopolítico en que la desaparición de la especie humana se piensa en clave de soledad y el repoblamiento de la tierra, en clave de hogar.?

#### 4.8. *Políticas del miedo, la guerra psicológica y la seguridad. Intersecciones entre dispositivos “sex” y “psi”: de la representación a la simulación*

En el año 1950, la televisión norteamericana informaba que un comando de comunistas había detenido al alcalde de Mosinee, una pequeña ciudad en el estado de Wisconsin, al norte de EE UU. Este comando había bloqueado las carreteras y proclamado la instauración de un Estado socialista. Según el noticiero local, la fábrica de papel era confiscada y los habitantes de Moskva (“Moscú” en ruso, como fue rebautizada) eran alimentados con pan negro y sopa de patatas en un comedor colectivo. El periódico del pueblo el *Milwaukee Journal* se convirtió por un día en *The Red Star* (La Estrella Roja) y mostró en su única portada la imagen de un niño desolado ante un letrero que decía: “Candy for communist youth members only” (Caramelos solo para los miembros de la juventud comunista).

Esta noticia causó una gran conmoción en la comunidad, que llevó al mismo alcalde de Mosinee a la muerte, tras un ataque cardíaco producto del pánico y la histeria; también a que algunos se parapetaran tras sus viviendas amenazando con disparar a cualquier comunista que osara traspasar su propiedad y tocar la bandera americana que ondeaba en ella y que otros más osados, tomaran sus rifles e improvisaran una milicia ciudadana con intención de desalojar a los soviets del lugar.

A los días se supo la verdad, este asalto de los soviets no era más que un simulacro elaborado por una llamada *Legión Americana*, una organización de corte fascista, que trataba de dar a los habitantes de este pueblo, al país y al mundo libre una lección de los tormentos de los que serían víctimas si los rusos llegaran a invadir América.

Un año después en 1951, Chales Walter Clarke, médico de Harvard y director ejecutivo de la Asociación Americana por la Higiene en Sociedad publicó en el *Journal of Social Hygiene* un artículo sobre los peligros de un ataque atómico:

Después de la explosión de una bomba atómica -escribió - las familias se hallarían separadas, perdidos sus miembros en medio de la confusión. El apoyo normal de la familia y de la comunidad quedaría destrozado...se desarrollaría entre muchas personas,

en especial los jóvenes...ese estado psicológico, temerario e irresponsable que a menudo se ve a raíz de los grandes desastres...en tales condiciones -sigue diciendo- se reflejarían los criterios morales y aumentaría la promiscuidad (Clarke citado en Tyler-May, 2012, p.91)

A pesar de lo inverosímil de la historia de Mosinee, es decir el hecho de que efectivamente los rusos invadieran Estados Unidos, el ataque nuclear así como y los argumentos que sostenían las políticas del miedo de Truman y McCarthy -el enemigo externo e interno-, lo cierto es que generaciones enteras crecieron bajo la amenaza de un conflicto nuclear global y más aún, -como ya señalé -, en muchos países de Latinoamérica llevó a la creación de la llamada doctrina de Seguridad Nacional.

La gente tenía buenos motivos para preocuparse. La guerra atómica era una posibilidad real. Estados Unidos la había declarado, y los estadounidenses vieron los resultados. Incluso los que se oponían a la proliferación de armas nucleares alimentaron el miedo a una catástrofe atómica. (Hobsbawm, 1998). Algunos científicos que exigían el fin de la carrera armamentista indicaron las consecuencias terribles que tendría una explosión atómica con el objetivo de demostrar su punto, con la consecuencia accidental de aumentar el miedo hasta que ya no se pudo canalizar con facilidad en pedidos de mutua tolerancia. Los estadounidenses se acostumbraron a la amenaza de aniquilación nuclear y alimentaron una mentalidad bunker y una militarización de la sociedad (Tyler May, 2012). El mensaje era claro: el mundo era peligroso y los ciudadanos eran responsables de su propia seguridad. Los estadounidenses adoptaron un marco para la seguridad que se basaba en la defensa personal, reforzada por compañías privadas, y no en los esfuerzos democráticos y cooperativos con la intención de aliviar las tensiones internacionales y domésticas

...Con el tiempo, una carrera armamentista doméstica se desarrolló en paralelo a la carrera por las armas nucleares: los ciudadanos reaccionaron a los peligros percibidos, fortificaron sus hogares y se armaron. En poco tiempo, los estadounidenses pudieron jactarse de tener más misiles, y más pistolas, que nadie más en el mundo... (p.8)

Si bien la guerra fría llegó a su término, la promoción mediática y el espectáculo del miedo a la invasión total retorna a ratos, de modo intermitente. Para Tyler-May (2013) las ideologías de la guerra fría, arraigadas en la historia, han dado forma a la manera que tienen los estadounidenses de responder ante el peligro que perciben tanto en el país como en el exterior.

Por ejemplo, a principios de la era atómica, la protección contra los peligros de afuera fue un arsenal nuclear; la protección contra los enemigos de adentro fue una familia nuclear. Ambos estaban conectados profundamente. Estados Unidos se opuso con vigor al control internacional de las armas nucleares e insistió en la acumulación de armas, y eso desencadenó una carrera vertiginosa por las armas nucleares. Ese acontecimiento fue un punto de inflexión de la preocupación por el bien común en beneficio de la autoprotección asegurada por un arsenal de armas atómicas. En lugar de suavizar las tensiones internacionales para lograr un mundo más seguro por medio de prácticas democráticas en la arena mundial, los líderes de Estados Unidos prefirieron prepararse para enfrentar el peligro. (p.7)

Es claro que el miedo es un mecanismo de control social que ha mostrado su alta efectividad y es una atmósfera, que en tanto omnipresente, es a la vez distante y borrosa, pues no es claro a qué se tiene miedo ni porqué. Pese a ello no podría decir que estamos frente a una sociedad del miedo pero si a una sociedad, tal como apuntó Foucault, de la seguridad, que ha intentado justificar el mercado de armas y vigilancia en una supuesta “necesidad” de la población. Es a partir de ahí, es decir desde la relación miedo-seguridad- que el miedo performatiza decisiones en ciertos aspectos de la vida cotidiana, por ejemplo, el lugar de residencia, el uso creciente de cámaras de seguridad, aumento del control policial, etc. y también como un marcador de diferenciación sexual respecto al uso de los espacios públicos y privados . Para las mujeres y homosexuales uno de las formas de control social de nuestra sexualidad y de nuestro transitar por el mundo público es el miedo a la violación y a la agresión, para el caso del control de la infancia, el abuso sexual, etc.; la obsesión por la seguridad ha creado una ciudadanía armada y a la defensiva.

Para las mismas críticas norteamericanas, el miedo a la invasión es algo que ha permitido reunir a los sujetos en un imaginario colectivo neo-colonial y que -tal como hemos sido testigos en los últimos años en la guerra contra el terrorismo de Bush y sus continuadores- gran parte de esta política del miedo al enemigo interno/externo se ha basado en un cierto aislamiento de Estados Unidos y sus ansiedades respecto a la inmigración y la mezcla racial. Tyler- May (2013) comenta como en los años 90’s se acuñó el término “super predadores” en medio de un debate eugenésico sobre el aumento de la población juvenil negra masculina. Los “super predadores” son adolescentes varones negros pensados como criminales adolescentes e inevitablemente violentos. Uno de sus principales estudiosos de este “problema” demográfico y promotor de esta categoría social un profesor de la Universidad de Princeton llamó a esa tendencia de aumento de población varonil negra “como una “bomba de tiempo activada” que desataría “un torrente de crímenes predatorios” en el país.” (p. 19)

Este discurso neo-eugénico recoge una de las principales construcciones de la psiquiatría de postguerra: la vinculación entre delincuencia juvenil y raza, que para psiquiatras como Mariategui (1959) se conforman como un hecho autoevidente, que no necesita “ser documentado” es decir, explicado:

De otro lado, en nuestro tiempo, principalmente en los niveles socio-económicos inferiores, se asiste a un incremento notable de falsas personalidades anormales, reactivas al ambiente social desfavorable. El aumento alarmante de la delincuencia juvenil y de otras formas de conducta antisocial en menores de las grandes ciudades, es un hecho comprobado que no requiere documentación. Entre nosotros en las ciudades de la costa y principalmente la capital, sufren un movimiento migratorio de gentes que abandonan su lugar de origen y sus medios habituales de subsistencia en busca de mejores condiciones de vida. La gran ciudad no puede absorber esta masa humana pues el ritmo de su industrialización no va parejo con el índice de crecimiento demográfico. Gran parte de estos provincianos desarraigados viven en las barriadas marginales, en medios desfavorables que deforman el primitivo aliento que los llevó a dejar sus tierras y son presa fácil de diversas formas de conducta antisocial. (p. 75-76)

El miedo pensado desde una sociedad que asume la seguridad como una cuestión privada, es decir asociada al consumo de armas, equipos de vigilancia y viviendas cerradas y en que el “otro” amenazante se concretiza como una figura racial y desarraigada, emerge en la certeza paradójica de que se “está a salvo” en los límites y fronteras del estado-nación. Como escribe el crítico cultural Stonor (2001)

Los estadounidenses son posiblemente el pueblo que goza de mayor seguridad en toda la historia. Pero estamos preocupados. Nos dicen que nuestros enemigos pueden estar organizando nuestra destrucción en enclaves de descontento, que están creciendo. Se nos enseña que el mundo es caótico, plagado de guerras y terrorismo, que podrían atacarnos «en cualquier lugar, con prácticamente cualquier arma». Oímos decir que nuestros satélites están listos para pasar al ataque, que nuestras naves están asediadas por piratas, que las armas nucleares de Irán auguran un desastre y que China es una amenaza creciente. No obstante, en el fondo, la mayor parte de los argumentos que proclaman la inseguridad de los Estados Unidos se basan en escenarios inverosímiles. Los futuros que esos argumentos temen no son probables, aunque sí posibles. Las defensas que propugnan se justifican por esa posibilidad. (p.7)

Que la guerra fría estaba volviendo locos a muchos, se hizo patente el 2 de abril de 1949, día en que el Secretario de Estado para la Defensa Nacional James Forrestal es internado en el Hospital Naval de Bethesda producto de un colapso nervioso. Como recuerda uno de los periodistas que cubrió esta noticia:

En plena noche a Forrestal, se le ocurrió que los rusos estaban invadiendo los Estados Unidos. Cuando oyó una sirena que sonaba a causa de incendio, él saltó de su lecho y se puso a gritar: “¡Ya están aquí los rusos!”. Fue necesario reducirlo para que se estuviera quieto. Algo más tarde se volvió a oír la sirena por segunda vez. Forrestal, en pijama, salió huyendo de la casa, profiriendo gritos que hacían referencia al Ejército rojo. Costó bastante alcanzarlo y devolverlo a la casa de Harriman. Se le inyectaron calmantes que lo hicieron dormir durante 72 horas...” (Fonville-Alquier, 1974, p.67)

A los pocos días – el día que se le dio la alta médica- fue encontrado muerto en el techo de un pasillo cubierto debajo de la ventana de una cocina en el hall de su habitación en el piso 16, con una faja anudada con fuerza alrededor de su cuello.

Este extraño incidente, pero posible en medio de un imaginario de “concepciones espirituales y sociales del mundo enteramente contradictorias y enemigas” (Vallejos, 1951, p.15), desvela el rol de la propaganda y lo que se llamó la guerra psicológica en la conformación de la cultura y la subjetividad de la posguerra. Como recuerda en su autobiografía Patricia Hampl (citada en en Tyler-May, 2013) el anticomunismo estaba “en el aire”, No sabía “si tenía que cuidarse de un hombre o una bestia, orco o reptil, intención dolosa o desastre natural, algo grande y amenazador o algo tan

engañosamente chiquito que ningún nivel de vigilancia podría garantizar seguridad: no sabía, no sabía” (p.10). Resalta el poder de la televisión y recuerda mirar programas llenos de advertencias perturbadoras sobre los comunistas, incluso en las noticias de la noche. De todos modos, escribió: “no podía armar una construcción de esos comunistas... Seguían siendo monstruosos y nada más” (p.11).

Si bien la guerra psicológica no era una estrategia nueva – la fotografía desde sus inicios se utilizó para fines de propaganda-, el “P-Factor”, como llamaba Eisenhower a las estrategias psicológicas (Dick, 1999), se transformó en un arma de ataque igual de poderosa que la bomba atómica, en la que se invirtieron no pocos dólares y esfuerzos. En el discurso leído en la Real Academia Nacional de Medicina Española en el año 1951 titulado *Enseñanzas psiquiátricas de la Segunda Guerra Mundial*, el presidente de la academia Antonio Vallejos afirmaba:

Por ello tiene ahora aplicación, más que nunca el viejo principio estratégico de prepararse para la guerra en tiempos de paz. Empero, si la victoria dependerá, como siempre, de factores intrínsecamente militares –tácticos y logísticos- también decidirán la suerte del mundo los factores estratégicos y psicológicos, pues sólo ellos mantienen en perfectas condiciones combativas tanto el potencial humano que el Jefe de Ejército lanza al combate para atacar o resistir al enemigo como las ingentes masas de la retaguardia, obligadas a extraordinarios esfuerzos en obsequio de la necesidad castrense, sin que, por otra parte, el alejamiento de los frentes los libre de muchos de los peligros que corren los combatientes (p.9)

La psiquiatría recogió la misma retórica y los mismos enfrentamientos entre hombres libres y hombres rojos. En el mismo discurso citado, Vallejos no esconde su anticomunismo, por el contrario asume que las interpretaciones psiquiátricas y psicológicas no están libres de las interpretaciones políticas y del lugar que ocupan los expertos en la institución de este nuevo campo de batalla que emerge desde los traumas y estrategias militares de la guerra: la salud mental. Citado en extenso:

La influencia de la guerra en la población civil se ha estudiado por los autores de los diversos países beligerantes, presumiéndose que los bombardeos aéreas habían de influir para que se produjese una histerización de las masas, cuya vida se hallaba en constante sobresalto y peligro. En la Guerra Civil española pudimos apreciar, en nuestras visitas a las poblaciones rescatadas al marxismo, que en los primeros tiempos de la guerra se habían triplicado los ingresos frenocomiales, disminuyendo a medida que se prolongaba la contienda; pero el agente desencadenante de las reacciones neurósicas había sido el terror de las masas ante los crímenes comunistas, influyendo muy escasamente los bombardeos aéreos, como lo prueba que el simple hecho de la entrada de las tropas nacionales en una población se seguía casi inmediatamente de alta por curación de los neuróticos hospitalizados. En el Informe de MIRA al Congreso Internacional de Higiene Mental, afirma que durante los tiempos de la guerra aumentan casi al triple los ingresos por psiconeurosis en los frenocomios catalanes, proporción que disminuye al prolongarse la contienda, que

termina por dejar a las masas civiles en un estado de estupor e indiferencia. Interpretamos el hecho de manera distinta a como lo hace el precipitado autor, cuya filiación política es bien conocida, y creemos que al disminuir el terror comunista y aproximarse la liberación de la población, la esperanza de gozar nuevamente la paz y tranquilidad influía beneficiosamente sobre la salud mental de la población civil (p. 15-16)

Para los psiquiatras de la época, la guerra fría y la amenaza nuclear eran sinónimos de psicosis de guerra, guerra de nervios, guerra de todos contra todos, y también desorden sexual y promiscuidad, una psicología de las masas que comienza a ser llamada psicología social. No hay que olvidar que los primeros experimentos asociados a esta nueva área de la psicología, llevados a cabo por Kurt Lewin estuvieron estrechamente vinculados a la guerra psicológica y la propaganda. Lewin fue uno de los primeros expertos en los programas secretos de modificación de conducta (Hunt, 1991). Según Estulin (2011) y Sánchez, et al (2012) Lewin fue reclutado por la recién creada Central de Inteligencia Americana (CIA) para llevar a cabo el programa MK-ultra (Mind Kontrolle Ultra), una compleja y amplia red secreta de sub-programas aplicados (149 en total) en distintos contextos y puntos geográficos, con diferentes perfiles de personas, a las cuales

se sometieron a experimentos orientados a la modificación de la conducta mediante diversas técnicas y sustancias, mayormente sin que los sujetos supieran nada o dieran su consentimiento. y que sustentaría el modelo básico de operaciones del control de la población: grupos de insurgencia y acciones de contrainsurgencia, estudios psicológicos poblacionales, control de los medios de comunicación, técnicas de lavado de cerebro a pequeños grupos, etc. (Sánchez, et al, 2012, p.44)

Esta psicología de ficción se constituía como una de las tantos vástagos de las enseñanzas del “vastísimo laboratorio de las más terribles vivencias” como el citado Vallejos llamaba a la Segunda Guerra Mundial, lo cual demuestra que los “psicólogos y psicoanalistas se beneficiaron de la guerra para realizar “experimentos naturales” (Burman, 1998, p.107). En tanto laboratorio, los movimientos, las estrategias y los efectos de la guerra se fueron constituyendo como una envoltura de la racionalidad de la psicología científica, en lo que tiene que ver con las formas y objetivos que adquirieron las alianzas entre los diversos agentes (universidades, empresarios, profesores, laboratorios farmacéuticos, militares, etc.) y con las trayectorias que tomaron las relaciones de causalidad entre los ámbitos de lo social, el ambiente y la mente; alianzas y causalidades que se ensamblaron en una gran variedad de técnicas y prácticas que se estrellaron con los esquemas del *Gran Encierro* ( Foucault), así como con los esquemas de disciplinamiento y vigilancias desplegados hasta la Segunda Guerra Mundial.

Este miedo generalizado, tradujo la existencia de una realidad oculta, un doble registro en todos los niveles de la realidad, y por lo tanto la posibilidad constante de una subversión. Se trataba de un nuevo orden armado de realidades secretas más allá de lo visible “siempre a punto de destruirlo todo por pura vesania” (Veiga, Dacal & Duarte, 2006, p.52) Esta idea de un doble registro para Veiga, et al (2006) se vincularon a las ansiedades que se derivaban del mito de guerra de la llamada *quinta*

*columna*. Este mito se remontaba a la Guerra Civil española, en la que el general Emilio Mola, al referirse en un mensaje radiofónico de 1936 al avance de las tropas sublevadas hacia Madrid. El general mencionó que, mientras bajo su mando cuatro columnas se dirigían hacia la capital (una que avanzaba desde Toledo; otra, por la carretera de Extremadura; otra por la Sierra; y la de Sigüenza), había una quinta formada por los simpatizantes del Golpe de Estado que, dentro de la capital, trabajaban clandestinamente en pro de la victoria franquista.

Este mito alcanzó a la conciencia militar de la Segunda Guerra Mundial y de alguna u otra forma fue revivido por la política de McCarthy. Se trató entonces de una amenaza constante pero latente, de secretos de corte apocalípticos que anunciaría el fin de los tiempos desde cinco o más frentes y que inspiraría las más variadas formaciones imaginarias: teorías conspiratorias, espías, catástrofes tecnológicas, los misterios del espacio, *the twilight zone* (la dimensión desconocida) ; una suerte de mirada que inundó el mundo de la cultura, hasta llegar por ejemplo y como veremos más adelante al arte, al expresionismo abstracto y la Escuela de Nueva York o las vanguardias, siguiendo con las metáforas de guerra.

Estos múltiples niveles de percepción, fueron aún más reforzados con la instalación del psicoanálisis en las masas y en la cultura norteamericana una vez que los psicoanalistas, en su mayoría judíos, debieron emigrar obligadamente a otras latitudes. En Estados Unidos la atmósfera del psicoanálisis se transformó en el telón de fondo de los guiones de cine, principalmente del cine negro, que asoció el inconsciente con motivaciones incontroladas por la racionalidad y con el misterio, con lo que Freud llamó la *otra escena*.

Esta realidad oculta de lo no evidente es en donde se jugó una nueva forma de entender la guerra psicológica, a través de tecnologías sofisticadas, de saberes científicos de punta que se crearon y se pusieron al servicio de las oficinas de los aparatos de inteligencia. Como apunta Osgood (2006) "Far from being a peripheral aspect of the U.S.-Soviet struggle, the competition for hearts and minds -the cold war of words and deeds -was one of its principal battlegrounds" (p.11). El rol que jugó la psicología en la guerra psicológica hasta hace muy poco constituía un mito en la historia de la disciplina, el lavado de cerebro, el uso de psicoestimulantes alucinógenos o los métodos de tortura psicológica eran realidades muy escuchadas pero poco clarificadas y no evidentes. No fue hasta la década del 2000 que la desclasificación de los archivos de la CIA y el ímpetu de algunas/os investigadores, han permitido conocer esta oscura parte de la historia de la psicología.

Más allá de las teorías conspiratorias, lo que caracterizó a la psicología aplicada de posguerra, es que se produjo un salto cualitativo en el objeto de estudio, en la forma de estudiarlo y por lo tanto en el régimen de verdad del registro "psi". El macartismo al emparentar comunismo con homosexualismo y el desarrollo de una política del otro basada en una supuesta quinta columna, impulsaron un novedoso régimen de verdad en que se desplegaron variados fenómenos.

Por un lado, la dicotomía privado-público siguió siendo un campo de batalla pero que esta vez se pensó en los términos de verdad-mentira. El régimen macartista implícito en algunas ideas de la psicología, se sustentó en la producción de una norma de coherencia entre ambos espacios y por lo

tanto en el reconocimiento y diagnóstico de una asintótica y asimétrica construcción de los mismos. El espacio privado se constituía como sospecha, no como una complementariedad propia del orden burgués y dejó de ser el espacio idílico de *Mujercitas* y las novelas inglesas de la domesticidad puritana y victoriana. Por el contrario, en el espacio privado se podía desplegar el exceso, la inmoralidad, el sexo, el homosexualismo, la locura. Como afirma Tayler-May (2012) la domesticidad de la guerra fría vinculó el ideal burgués de protección frente al caos del mundo público con un imaginario de promesa “de excitación erótica en el lecho conyugal” (p.100). No es de extrañar que la *housewife* de posguerra era una mujer ataviada por unos vestidos “con una notable exageración en la línea del busto y en las curvas, que daba un aura de erotismo intocable” (p.99).

Por otro lado, el desarrollo creciente y acelerado de nuevos “aparatos de producción corporal” (Haraway, 1991) se elaboraron como ortopedias físicas y simbólicas en la que se puso en juego el deseo de coherencia -entre las más importantes la coherencia entre sexo y género-. Adelantando, la respuesta tecnopsiquiátrica de los 50’s al “problema” de la transexualidad, supuso abandonar las prácticas terapéuticas represivas o aliviantes de los impulsos sexuales psíquicos invertidos o contradictorios al órgano a través de electroshok, encierro, baños fríos, terapias de descanso, psicoanálisis. La nueva coherencia es de tipo prostático que interviene en lo material: la reasignación de sexo. Esta posibilidad material y carnal, tornó más pecaminosa una identidad no coherente, no monolítica o disfórica. Des-velar y “sacar del closet” a aquellos abyectos que simulaban una vida normal, fue una empresa que se restituyó en el fondo de una verdad. Estos abyectos no eran sólo figuraciones de la anormalidad sino que potenciales y solapados protagonistas de la catástrofe de la sociedad blanca del mundo occidental, que se construía a hurtadillas y en secreto.

Con esto cabe la pregunta ¿donde mira el ojo vigilante?, ¿en la anormalidad, en la traición, en la simulación?. El macartismo introdujo una dialéctica compleja en la que se reprodujo la autoridad del estado para intervenir en las vidas privadas, la hiperbolización de la vida privada hasta convertirla en un potencial enemigo público y también una ética de la verdad, pero de la verdad alejada de los dispositivos disciplinarios, pastorales y psicoanalíticos de la confesión, para dar paso una verdad como coherencia o correspondencia. La potencialidad del cuerpo que se pone en juego en el ritual de la verdad, no es la de la verdad del sexo sino que la de la inminente simulación, un desplazamiento -siguiendo y abandonando a Foucault- que va del cuerpo disciplinado del orden psiquiátrico, carcelario y confesional de la enfermedad mental, al cuerpo fabricado y restaurado por estrategias de coherencia y verdad. Si bien el macartismo funcionó como un rústico mecanismo de exclusión y reordenamiento del régimen heterosexual, sus consecuencias simbólicas se desplegaron en la producción de la verdad, quien abandona el espacio de la representación para instalarse en un nuevo espacio de la *simulación*. Una simulación en la que, siguiendo a Baudrillard (1987), el objeto representado se confunde con la representación misma, y en el que la visualidad es su paradigma por excelencia.



#### 4.9. *Rebobinando la cinta: la emergencia de un régimen visual en la psicología*

Hasta la Segunda Guerra Mundial el llamado taylorismo fue le episteme de la Nueva Psicología, llamada así por su interés epistemológico de desmarcarse de un discurso acerca de la mente basado en el introspeccionismo y fundamentalmente, por su interés político de separarse de la filosofía. El conductismo que acompañó el desarrollo de la disciplina durante los años de pre-guerra - en ámbitos estratégicos como la educación y el trabajo- reunió sus esfuerzos en la construcción de un sujeto psicológico del tipo máquina, “vinculado a la preocupación capitalista por aumentar la productividad y disminuir los costos por medio de técnicas dirigidas a la eficiencia mecánica” (Giedion, 1998, p115).

El conductismo de pre-guerra de John Watson, así como los experimentos sobre desarrollo infantil de Arnold Gesell, se erigieron como sucedáneos de la gestión científica y racional del comportamiento -el taylorismo-, pero que en el mismo movimiento de acoplamiento operaba una transformación de las “herramientas” y de los “métodos” usados por Taylor, transformación dirigida a establecer un régimen específico, un régimen psicológico de verdad. Esta mutación se vinculó con la incorporación de las nuevas tecnologías de la imagen para la fabricación de la evidencia. La perspectiva psicológica de la gestión científica se acompañó del abandono de los métodos de cronometraje que usó Taylor para estudiar de forma detallada los movimientos del trabajador, incorporando en la experimentación psicológica instrumentos de visualización.

El trabajo de Taylor implicó un fuerte enlace entre la gestión científica del trabajo y la psicología experimental. Para Taylor la fuente de la riqueza no es el dinero, sino el trabajo. Su *leitmotiv* es que sólo un aumento de la productividad del trabajo puede favorecer el desarrollo de la acumulación del capital (Torres,1991). La aplicación a gran escala de lo que llamó el *Scientific Management* disminuiría los precios de costos de la producción. El *Scientific Management* o gestión científica consiste en

quitar de las manos de los obreros todas las decisiones importantes y las programaciones que afecten de un modo vital a la producción de taller, para centralizarlas en unos pocos hombres, cada uno de los cuales estará específicamente adiestrado en la técnica de dar las necesarias disposiciones y de controlar que sean ejecutadas, mientras cada obrero tiene su función particular en la que es ciertamente hábil y, sin interferir en las funciones de los demás (Taylor, 1906 citado en Torres, p 28-29)

El análisis de los tiempos y el movimiento es el eje central de este modelo, que se fue completando con otras tecnologías como la cadena de montaje, uno de los ejemplos de mecanización más generalizadas en la industria automotriz, creada por Henry Ford, a partir del cual se acuñó la expresión fordismo -como mecanización homogeneizadora-. El método utilizado por Taylor consistió en analizar en detalle los movimientos del trabajador en la consecución de la tarea. Tanto las investigaciones de Taylor como las llevada a cabo por la psicología, evaluaban la dotación y las aptitudes de las personas en términos de tiempo empleado para reaccionar ante un estímulo. Pero

hacia 1920, el trabajo del ingeniero Frank Gilbreth y su esposa la psicóloga Lillian Gilbreth se dirigió a crear métodos que permitieran la representación visual del proceso del trabajo (Giedion, op.cit).

En la gestión científica el propósito de la investigación es “analizar los movimientos relacionada con la organización, pero su logro más significativo es el estudio del proceso del trabajo humano, el modo de efectuar el trabajo del obrero” (p.116). A partir de la pregunta ¿cuánto tiempo se necesita para hacer una parte del trabajo?, los Gilbreth llegaron a la representación del trayecto y elementos del movimiento. De este modo “pronto fue eliminado el reloj cronometrador, para ser sustituido por aparatos de registro objetivo” (p.116). Así el matrimonio Gilbreth profundizó cada vez en el interior del movimiento humano y su visualización, lo que se obtuvo mediante los estudios de tiempo y espacio.

Los métodos de cronometraje no fueron suficientemente exactos para los sucesores de Taylor. El cronómetro es mudo y nada puede decir acerca de cómo se realiza un movimiento. El ojo humano no es fiable, ya que el tiempo de reacción varía según el observador. La forma del movimiento permanece invisible y no puede ser investigada. El problema de Gilbreth consistía en plasmar los elementos de este movimiento” (p.117)

No es de extrañar que el estudio de movimiento tomara prestada la recién inventada cámara cinematográfica para ser usada como dispositivo de registro objetivo. Con la cámara, las técnicas de visualización adquirieron un lugar privilegiado en los laboratorios de la psicología, especialmente en el estudio del desarrollo infantil. Como apunta Rose (2000), el papel de los medios técnicos existentes para materializar la teoría no fue secundario, sino determinante en el proceso de construcción de la verdad psicológica. Las formas técnicas e instrumentales que la psicología adoptó para demostrar y justificar las proposiciones teóricas llegaron a delimitar el propio espacio del pensamiento psicológico y a darle forma a sus objetos e imaginarios, siendo el conductismo una de sus criaturas más sólidas.

Pese a esta hegemonía que adquirió el taylorismo en el estudio del comportamiento, de forma paralela comienza a desarrollarse otra línea de pensamiento que se alejará de la idea de un organismo-máquina pero que también utilizará la cámara de cine. En el año, 1915 Arnold Gesell, psicólogo estadounidense, considerados unos de los pioneros de la psicología del desarrollo, creó un instituto de investigación en la Universidad de Yale para estudiar el crecimiento y desarrollo infantil haciendo uso de las últimas tecnologías de visualización disponibles, el video y la fotografía - el cinema análisis-. Asimismo inventó el *Gesell Dome*, un dispositivo de observación consistente en dos habitaciones con una pared divisoria en la que un espejo unidireccional de gran tamaño permite ver lo que ocurre en una de ellas desde la otra, pero no al revés. (Thelen & Adolph,1992)

Gesell, como muchos de los psicólogos experimentales de la época, se erigió como “experto” del desarrollo infantil, colaborando a desplazar en ese rol a la medicina. En épocas anteriores la medicina había “perseguido alegremente los entresijos de úteros y ovarios hasta las tinieblas de la psiquis; discutía con igual tranquilidad sobre fracturas que sobre fantasías, sobre tejidos que sobre rabinetas” (Einhrenreich & English,2010, p.268). Pero la medicina carecía de los instrumentos que

hicieran tangibles las zonas de la personalidad y los sentimientos. La psicología se hizo cargo de la mente y la medicina, del soma, lo que dejó la libertad para que la psicología hablara con toda libertad sobre educación, relaciones familiares, crianza de los/as hijos/as y de los más variados aspectos de la existencia humana y social.

Gesell durante la década de los 30's diariamente escribía en una columna del *Washington Post*, sobre el desarrollo infantil y daba consejos para el normal desarrollo de los niños y niñas. Publicó numerosos artículos de divulgación y produjo ocho films (Boardman, 2005), el último llamado *Life Begins* (1934) financiado por la fundación *Ellen Richards Found for Euthenics*. Contaba de tres rollos de cinta en el que se muestra una serie de imágenes sobre las pautas de comportamiento de un bebé desde el nacimiento hasta la edad de dos años. La primera parte muestra la cuna clínica y los aparatos utilizados en las pruebas. A continuación se ve el desarrollo del uso de las manos desde las ocho semanas -con los puños cerrados- hasta los veintiocho semanas en que se aprecia al bebé manipulando tres cubos de madera. A si mismo se ve al niño intentando sentarse y sostener su cabeza erguida, para arrastrarse sobre sus manos y rodillas y finalmente caminar por sí mismo. En la segunda parte del film titulado "*Un día típico en la vida del bebé*" se muestra al bebé despertando, realizando estiramientos y bostezos, a las nueve de la mañana disponerse -y según el relato en off de Gesell - para "la parte más memorable de su día-, el baño, una larga siesta y finalmente jugar. El Educational Film Catalog (1939) describe el film en estos términos:

"Culmination of 24 years of clinical practice and of research on problems of infancy at the Yale clinic of child development under the direction of Dr Arnold Gesell.

Dr. Gesell directs attention to the need for a better understanding of the laws governing the infants' mental and physical growth, so that a happier social order may be developed. He proceeds to interpret the similarities, differences and characteristic ways in which infants react to standardized test situations; their everyday life, including sleeping, waking, dressing, bath, their plays and games, learning and emotional behavior, and social reactions to the family group. . . Concludes with . . . comments . . . relative to the education and mental hygiene of infants and the obligation of science, home, school and society to promote the infant's welfare by periodical health examinations, and supervision of his mental growth."

El periódico *The Vasar Miscellany News* de Febrero de 1936 en una crónica comenta el estreno del film, al que se acompañó del título "The Baby Day Show", la crónica termina preguntándose si

*Does learning depend on experience or growth? The very young infant can not reach out to grasp a toy which he sees: even at fortyeight weeks when shown how to use a crayon he is unable to imitate because his muscles are not developed sufficiently. Through his mother and the other members; of his family the baby becomes a social being and begins to show personality traits. An axed at his reflection ho chases it behind the mirror. He develops a sense of humor and an interest strangers. In conclusion Dr. Gesell stated. "This movie has given us a new int into the amazing growth of the mind and body of the child."*

---

### *Use Your Vote*

La criatura protagonista del *Baby Day Show*, es un bebé blanco, bien alimentado, desnudo que se relaciona en su aislamiento experimental con una serie de objetos como andadores, bañeras, cunas, lápices de colores, piernas y tacones de mujeres que la cámara logra captar al estar ubicada a la altura del bebé. Más allá de las implicancias éticas que los experimentos con niños y niñas pueden suscitar, lo cierto es que el film expresa dos cuestiones.

Por un lado y siguiendo a Figueroa (2013), que “la presencia de los niños y las niñas como objetos de estudio en la disciplina psicológica también está asociada a los entendidos de una práctica particular —en este caso la utilización de tecnologías para la visualización del comportamiento corporal—” (p.6).

El supuesto de la utilización de cámaras era que el comportamiento de los niños podía ser observado sin ejercer ninguna influencia derivada del propio efecto de la observación (efecto que Gesell llamó “de reactividad”). Se trataba de una metáfora higienista – incorporada en el mismo film a través “el momento memorable” del día del bebé, el baño en una tina- y cuasi atómica de contaminación comunicacional. Con el registro visual se pretendió controlar aquel efecto de reactividad pues según Gesell, los investigadores no interferirían en el ambiente “natural” de comportamiento del niño o niña bajo observación.

La capacidad de reiteración y fijación del registro visual y “la posibilidad de conectar el instante con su reiteración visual” (Ihde, 2004, p.65) garantizaba conclusiones “más acertadas” sobre la naturaleza del fenómeno bajo estudio, un realismo instrumental en el que se tomaba como real, las imágenes del registro cinematográfico. Con Gesell, el cine es al mismo tiempo un procedimiento experimental como un instrumento de enseñanza neutral. En él se logra superar la insuficiencia de la observación directa y las anotaciones clínicas, para desplegar el realismo de la imagen como fiel reflejo de la realidad.

Tal como apunta Rose y Figueroa citados más arriba, el uso de la cámara en estos experimentos trajo consecuencias epistemológicas y ontológicas en el objeto infancia, en el que se asume el conocimiento de esta como una re-presentación fiel y en el que el crecimiento –grow, significante de la naturaleza- se constituye como un elemento fundamental a la hora de pensar en la representación ontológica de aquella. Estos trabajos desbordan el uso de la cámara como mero instrumento neutro de recolección de información; por el contrario estos instrumentos de visualización permitieron a la psicología formular representaciones visuales del desarrollo infantil “natural” y por lo tanto “normal”, por medio de una mirada que se asumía como “neutral” y objetival. Lo que ponía en juego la producción de Gesell era aquel “ojo de Dios” de Haraway (1991,2004). Así el instrumento cinematográfico que materializaba la teoría del desarrollo, era al mismo tiempo el que generaba los fenómenos que la teoría debía explicar. (Rose, 2000). Didi-Huberman, cita a Bernard (1865) para puntualizar que el método experimental no es la simple observación, sino una observación provocada, es decir consistente en el *arte de producir hechos y de sacar provecho de ellos*.

La observación experimental por medio de cámaras se convierte en una “puesta en escena”, es decir, una modalidad performática de fabricación de la realidad. Siguiendo a Didi-Huberman (2007), se trata de la paradoja de la evidencia: se autentifica una existencia, pero a través de medios escénicos. La imagen si bien documenta una realidad que está presente ante la cámara, al mismo tiempo la máquina cinematográfica nunca reproduce “fielmente” la realidad que se extiende frente a ella, sino que inevitablemente la modifica y la altera, es decir la re-produce, es decir la vuelve a producir. Este hecho para Comolí (2012) implica la disolución entre el cine de ficción y el cine documental, pues cualquiera sea su definición o naturaleza siempre parte necesariamente de una puesta en escena, que es definitiva el lugar –paradójicamente- en donde se produce la verosimilitud del relato cinematográfico.

La desnudez del niño como parte de esa puesta en escena experimental -llamada “ambiente natural”-, construye un formato de mirada que intenta captar y transmitir la supuesta naturalidad y universalidad del crecimiento infantil o mejor dicho transformar el crecimiento infantil en una superficie de afloramiento de la naturalidad. Es claro que el vestido, el ropaje constituyen marcadores civilizatorios y culturales, pues como afirma Girona (2005)

incluso la antropología ha demostrado que la representación del hombre primitivo sin apenas ropa se revela como una fantasía, producto de una necesaria correlación entre ausencia de cultura, ausencia de vestido y una determinada categoría de “salvaje. A propósito de Levi-Strauss, Eugenie Lemoine recuerda la temprana aparición de este atributo y su importancia en la instauración de la jerarquía social, por ello puede concluirse que ahí donde aparece el vestido, aparece también la socialización (p.523)

Próximo al cuerpo, el vestido, el género, es un código cultural de re-conocimiento: de clase, de raza y de diferencia sexual, de ahí que el desnudo es un intento de mostrar lo que no se tiene, es decir mostrar un cuerpo des-ubicado respecto a la diferencia sexual y racial, cuestión muy coherente al discurso psicoanalítico de una proto-infancia no marcada -no vestida- por la castración simbólica del complejo de edipo y la cultura.

En el film de Gesell hay emparentamiento del bebé con el resto de las especies animales inferiores, un esfuerzo por desplazar imaginariamente –de los animales a los niños y viceversa- un registro natural del crecimiento infantil. Con esto cabe preguntarse si, ¿la cría humana desnuda representada en los filmes de Gesell con sus dificultades para tomar los objetos, para caminar erguido y comer solo no viene a ocupar el lugar del eslabón perdido, la frontera mítica entre lo humano y lo animal?

Desde otra perspectiva, los objetos que circundan a la cría humana y con los cuales interactúa permiten elaborar otro registro solapado al registro natural, el registro de aculturación. La pregunta que lanza la crónica periodística citada “*Does learning depend on experience or growth?*” se vincula esta vez a crear una distinción entre cultura y naturaleza, entre regulación y espontaneidad. La teoría de Gesell se funda en la idea de que la psicología del desarrollo infantil es una ciencia natural, que no sólo comparte el método experimental con el resto de las ciencias naturales sino que el

objeto de estudio, que es el crecimiento. Un crecimiento que a su vez es regulado y modelado por la crianza, los horarios, las regularidades, que el film establece rigurosamente. Más que una síntesis entre naturaleza y cultura, el efecto de la cámara de Gesell es instalar el axioma de que la crianza y la regularidad de los hábitos de alimentación, higiene, sueño y recreación actuados en un espacio aséptico, libre de marcas que puedan ser des-codificadas -un mensaje sin código en palabras de Barthes-, son hechos necesarios para el despliegue de toda la potencia natural. De esta complicidad entre psicólogos y cine documental se elaboró forzosamente una noción de identidad, en que lo natural es lo necesario y los dispositivos culturales están a su servicio, reglamentando de este modo las condiciones de su aparición, esto es, de las diferencias para alcanzar un concepto único y coherente: la infancia normal.

Podríamos decir que con Gesell, emerge una retícula de poder propiamente biopolítica, en que el cuerpo es pensado en términos de una naturalidad, una espontaneidad, como dice Foucault (2010) que irrumpe al interior de la artificialidad política como la crianza o la educación. El crecimiento – *grow*- se vuelve blanco de una intervención de poder que puede ser pensada de modo diferente al hombre-máquina del taylorismo conductual, en que el artificio actúa en si mismo como una naturaleza. Se trata más bien de lo que Vigotsky llama un “modelo botánico” es decir.....De ahí de lo que se tratará para Gesell es de articular la naturaleza del medio con la naturaleza humana. Tal como apunta Foucault (2009), la naturaleza, para la biopolítica, no se cambia por decreto o por condicionamiento aversivo o por electroschok, no se trata de una corrección ortopédica ni de un límite en el que es necesario imponer una ley o imponerse en contra de ella, con Gesell se trata de hacer florecer la naturaleza, que esta se exprese para ser gestionada y programada desde ella misma en sus propios términos “con la ayuda de esta, así como con referencia a ella” (p.101).

**Un segundo** efecto de la asunción de la alianza del taylorismo, el desarrollo y la psicología, operó en desplazar la enunciación del discurso de la psicología: del laboratorio a la fábrica (Enhrenreich y English, 2010). Si bien los niños naturales del laboratorio de imágenes de Gesell se construyen en medio de unos códigos psicológicos y de naturaleza biológica, lo que resulta es la fabricación de un hombre industrial en medio de un proceso en que el sujeto de la fábrica se logró psicologizar (Rose, 2000) en términos naturales. Por un lado y siguiendo a Enhrenreich et al (op.cit) la clave para producir ese sujeto frontera entre la psicología, el jardín botánico-hinvernadero y la fábrica se basó en los principios tayloristas de regularidad y el control de los peligros de la espontaneidad de las madres -sus muestras de afecto principalmente- El niño y la niña debían comportarse como máquinas-naturales, máquinas cuyos engranajes se engrasaban con el espíritu de la programación, la disciplina, la precisión y los horarios y que actuaban como modelando el crecimiento natural. Gesell y Piaget aislan esa dimensión natural para conocer como el sujeto humano espontáneamente llega a alcanzar un modo de pensar; el formal.

Asimismo, la psicologización del *real hombre máquina*, estuvo ligada a la psicologización de una serie de espacios y prácticas en las que la psicología llegó a impregnar, e incluso a dominar, otras maneras de formar, organizar, diseminar e implementar sus verdades. Con la emergencia de la psicología industrial (rebautizada como psicología del trabajo y más tarde laboral), el trabajo y sus

conflictos se deslizaron desde la órbita de la lucha de clases a la neutralidad de la psicología y las relaciones humanas. El trabajo se hizo inteligible y perturbable en términos impregnados y saturados de psicología, brindando nuevos repertorios de interpretación del ser humano y su inscripción problemática en el reino del trabajo asalariado. Para Torres (1991) era

preciso convencer al colectivo trabajador de que eran personas, con sentimientos, seres sociables, con capacidades creativas, etc. Por tanto era preciso cuidar el tema de las relaciones humanas, buscar vías para que la creatividad de los trabajadores y trabajadoras pudiese ser compatible con la burocracia de los sistemas de producción capitalista (p. 30-31)

Uno de los primeros psicólogos que asumió este enfoque industrial del desarrollo infantil fue el conductista John B. Watson. El conductismo que Watson defendía -conductismo radical- no fue tanto una teoría que explicaba ciertos hechos, como si una afirmación categórica sobre la naturaleza de lo humano y de lo filial. A pesar de que Watson desechaba la filosofía como una práctica estéril, que recordaba el pasado oscuro de la psicología, no hizo otra cosa que formular una filosofía de la naturaleza del hombre y de la mente.

Esta filosofía se basó en el esquema pavloviano de Estímulo-Respuesta; el comportamiento humano que deviene conducta humana, es considerado como una organización de contracciones musculares o secreciones glandulares, y las emociones reflejos condicionados. “De la confrontación del análisis de los estímulos y de las reacciones, sin hacer intervenir la experiencia vivida, ni tampoco el estudio de las estructuras nerviosas y de sus procesos, debería surgir la posibilidad de encontrar la unidad del comportamiento”. (Foucault, 1998b, p.170)

Asimismo Watson borró los límites entre psicología y etología, entre psicología humana y psicología animal al establecer el principio de continuidad, según el cual si la psicología se restringía al plano de la conducta desechando la conciencia, era perfectamente reductible a la psicología animal, en tanto estos no tienen conciencia. Con Watson la psicología se erige como una ciencia de la conducta observable y con ello la ingeniería de la conducta hace su entrada en escena.

En *La psicología tal como la ve el conductista* texto también conocido como el *Manifiesto Conductista* de 1913, Watson (1990) afirmaba que la psicología es:

... una rama puramente objetiva y experimental de la ciencia natural. Su objetivo teórico es la predicción y el control de la conducta. La introspección no forma parte esencial de sus métodos... El conductista... no reconoce una línea divisoria entre el hombre y el animal. El comportamiento del hombre, con todo su refinamiento y complejidad, forma solo una parte del esquema total de investigación del conductista” (p. 378).

Junto a factores biológicos, ante todo neurofisiológicos, su énfasis se centró en el papel del aprendizaje y el ambiente. Conocida es la frase en que afirma:

Dadme una docena de niños sanos y bien formados y mi mundo específico para criarlos, y yo me comprometo a tomar cualquiera de ellos al azar y entrenarlo para que llegue a ser

cualquier tipo de especialista que quiera escoger: médico, abogado, artista, mercader y si, incluso mendigo y ladrón, sin tener para nada en cuenta sus talentos, capacidades, tendencias, habilidades, vocación o raza de sus antepasados” (Watson, 1990, p. 400).

Al igual que Gesell, Watson utilizó cámaras de cine para registrar sus experimentos, siendo uno de los trabajos más conocidos la producción artificial de una fobia a un pequeño infante llamado Albert.

Gesell con Watson hacen posible una nueva ontología, en el que caben simultáneamente la estandarización, la normalización y la naturalidad. La norma evolutiva fue un criterio formado a partir de las actuaciones y respuestas de los niños y niñas a una serie de pruebas y actividades en una situación experimental. “Así pues, este criterio presentaba no sólo una imagen de lo que era normal para las niñas de tal edad, sino que también permitía que la normalidad de cualquier niña fuera evaluada por comparación con dicha norma” (Rose, 1990 citado en Burman, 1998, p.28).

El proyecto de unificación de la psicología en un lenguaje común y estandarizado, así como sus pretensiones de transformarse en una ciencia al estilo de las ciencias naturales estableció una dependencia recíproca y unívoca entre lo normal y anormal. El laboratorio deviene en un *actante* (Haraway, 2004) semiótico-material de producción de normalidad y en el árbitro del desarrollo infantil (Burman, p.29). El interés por la patología cede frente al interés de la normalidad y la “disección de la conducta” -en términos de Gesell-, y el cinemaanálisis permite su estudio minucioso y molecular. Los cuerpos infantiles, son una frontera en sí mismo, que ofrece a la mirada clínica - detallada- una superficie para interrogar yuxtaponiendo, comparando y sintetizando en una única escala de medida “a cientos de niñas que hacían las mismas tareas y que posibilitó pensar el desarrollo a través de descripciones en función de la edad. Los años y los meses dictaban las capacidades y los logros” (Burman, p.29)

La creación de normas e hitos que marcaban el normal desarrollo infantil fue el punto de articulación del espacio cerrado del laboratorio a la exterioridad del espacio de la institución escolar, la divulgación y el espectáculo que se materializó en planos como la exhibición de los films en los teatros locales, conferencias, programas radiales, columnas en los diarios hasta planes de guarderías prototípicas y el uso sistemático de tecnologías estadísticas para la clasificación, detección y regulación de las poblaciones juzgadas como amenaza social, o que eran preciso integrar a la acción del Estado o el mercado.

El estudio del desarrollo infantil llegó a ser fundamental en las prácticas de hospitales, escuelas, prisiones y clínicas de orientación infantil. Estos espacios físicos y simbólicos se articulaban por medio de una multiplicidad de alianzas y ensamblajes sociotécnicos -fundaciones privadas, clubes y asociaciones de madres, institutos de economía doméstica o euthorics, institutos de investigación, universidades, laboratorios, proveedores de material cinematográfico, científicos, cámaras de cine, teatros, radios, televisión, diarios, mujeres-madres, niños/as, etc. - que fabricaban el desarrollo infantil y a la niña y el niño normal. Erigiendo a ambos -el desarrollo y la infancia normal- como objetos de conocimiento atravesado por múltiples fronteras y atrapados en una red de intereses - económicos, políticos, educativos, etc.- a veces divergentes pero que apuntaban a la producción de



un orden social de corte liberal, una gubernamentalidad siguiendo a Foucault, basado en la prevención, el control y la regulación del cuerpo social. De este modo la psicología se transformó en una práctica biopolítica en la que no caben intervenciones no voluntarias basadas en determinismos hereditarios y soberanos.

Se trataba con ello de reconciliar la gestión científica con las ideologías de la democracia. La premisa de que los seres humanos se pueden fabricar y modificar, equivale a señalar que los sujetos no están comprometidos a un régimen de contingencias hereditarias ni estamentales. El sujeto para Watson y Gesell es perfectible, modificable y moldeable, se trataba de una cuestión de aprendizaje o de modelados parentales que tenían por función dirigir el destino biológico. Con esto el mejoramiento del cuerpo así como sus ideologías y tecnologías de saber/poder mostraban un giro sustancial. Mientras que en el siglo XIX hasta el umbral del siglo XX, el gobierno y la gestión de los cuerpos "psi" se desplegaba a partir del deseo eugenésico de controlar la constitución biológica-mental de la población (demencia y embilidad), la psicología de los años de pre guerra, puso énfasis en el control de la conducta individual y la historia de aprendizajes y adaptaciones al medio. "La norma de salud individual reemplazó la de la calidad de la población" (Rose, 2007, p.141)

Pensemos que la calidad de la población fue una preocupación con el que se inaugura la psicología científica. El concepto de eugenesia fue acuñado en el seno de la disciplina, por el inglés Francis Galton en 1883, quien la definió como

La ciencia del mejoramiento del linaje, que en modo alguno se limita a la selección sensata de pareja, sino que, en especial en el caso del hombre, toma en cuenta todas las influencias que tienden a dar, aunque sea en grado remoto, a las razas o líneas de sangre más aptas con mayor celeridad de lo que de otra forma habrían hecho (Galton citado en Rose, p.129).

Las teorías médicas de la degeneración encontraron un espacio en el que se podía desplegar el razonamiento hereditario y según el cual "los individuos heredaban una constitución de cierta calidad, cuya solidez o debilidad se manifestaba en toda una variedad de características físicas y mentales: energía inteligencia, etc." (p.130). Galton introdujo en sus investigaciones eugenésicas las técnicas psicométricas agrupadas bajo la denominación de baterías de test y así mismo el CI -coeficiente intelectual-. Siendo uno de sus objetivos evidenciar el carácter real de sus ideas sobre la transmisión hereditaria de la inteligencia y como buen científico, la inferioridad de las mujeres, en un razonamiento bastante particular:

Si la agudeza de las mujeres- escribe F. Galton- fuera superior a la de los hombres, los empresarios por propio interés las emplearían siempre antes que a los varones, pero como ocurre lo contrario, resulta probable que la suposición opuesta sea la verdadera (Torres, 1991, p 36-37)

Por el contrario, las doctrinas de Gesell y Watson erigieron -cada uno a su modo- el aprendizaje, -es decir un cambio más o menos permanente de la conducta- como categoría de análisis y objeto de promoción, estableciendo fronteras respecto a otros modos de gobierno del cuerpo de la niñez y la

familia: por un lado de la enseñanza más propia de modos de gobierno pastorales o disciplinarios y la eugenesia. Se pasó de una cartografía de la exclusión/inclusión y segregación a uno de integración, prevención, transformación, cambio y control gracias a la aparente imparcialidad de la observación, la comparación, la medición y la molecularización del análisis sobre lo normal y lo patológico, hasta que la Segunda Guerra Mundial apuntaló la pregunta historiográfica presente de cómo pasó la psicología del niño fábrica-escuela-jardín, al niño-hogar.

#### 4.10. *Del control de la conducta al control de las masas*

La Segunda Guerra Mundial a la vez que interrogó a esta Nueva Psicología con sus nuevas problemáticas y su iconografía teratológica y del desastre -heridas psíquicas post traumáticas, neurosis y psicosis de guerra, estados melancólicos de los niños huérfanos, etc.- generó las condiciones para la transformación de los objetos, diseño y fines de la investigación. A la trayectoria que va de la fábrica al laboratorio la guerra agregó los campos de concentración y “las masas”. Con la guerra los científicos se volcaron al estudio de las actitudes y la psicología de las masas -o social- como réplica al programa de propaganda que tenía organizado en Alemania, Adolf Hitler. (Estulin, 2011; Sánchez & Iturbide, 2011)

De hecho en 1941 se crea en el seno de la Special Services Division –integrada a su vez en el War Department– el *Research and Analysis Branch*, un grupo de investigación encargado de realizar un estudio exhaustivo sobre las actitudes de los hombres alistados en la armada durante la Segunda Guerra Mundial. El propósito de este trabajo

no fue tanto realizar una investigación científica sobre la personalidad de los reclutas como llevar a cabo una tarea de ingeniería social que proporcionase, de manera rápida y fiable, información sobre determinados factores psicosociales vinculados a las actitudes de los soldados norteamericanos, al tiempo que se estudiaba en qué medida y de qué forma esta información podría ser utilizada por la cadena de mando militar en diferentes ámbitos: entrenamiento militar, programas de aprendizaje, instrucción táctica, ocio, etc. (Sánchez & Iturbide, 2011,p.71)

Osgood (2006) demuestra que el advenimiento de la era de la comunicación de masas hizo necesario un cambio en la práctica de la propaganda de los gobiernos. Cada vez más los funcionarios se alejaron de los lugares tradicionales como la radio, y se acercaron a nuevas formas como la televisión, el cine y las ferias internacionales. Con la radio, los gobernantes aprendieron que los medios de comunicación eran un

...instrumento de información de masas increíblemente poderoso y, como advirtieron inmediatamente los gobernantes y los vendedores, en un valioso medio de propaganda y publicidad. A principios del decenio de 1930, el presidente de los Estados Unidos había descubierto el valor potencial de las «charlas junto al fuego» radiofónicas, y el rey de Gran

Bretaña, el del mensaje navideño (1932 y 1933, respectivamente). Durante la Segunda Guerra Mundial, con su incesante demanda de noticias, la radio demostró su valor como instrumento político y como medio de información. El número de receptores aumentó considerablemente en todos los países de la Europa continental, excepto en los que sufrieron más gravemente los efectos de la guerra (Briggs, 1961, vol. 3, Apéndice C). En algunos casos, la cifra se duplicó con creces. En la mayoría de los países no europeos el incremento fue incluso más pronunciado. Aunque en Estados Unidos predominó desde el principio la radio comercial, la cosa fue distinta en otros países porque los gobiernos se resistían a ceder el control de un medio que podía ejercer una influencia tan profunda sobre los ciudadanos. La BBC conservó el monopolio público en Gran Bretaña. Donde se toleraban emisoras comerciales, se esperaba que éstas acatasen las directrices oficiales. (Hobsbawm, 1998, p.199-200)

Tal como había sido probado en el ataque atómico a Hiroshima, la imagen constituyó un eficaz mecanismo de propaganda, y como lo mostraron Gesell y Watson, un dispositivo de producción de evidencia científica, por lo tanto, un recurso para la ciencia. El *Necessary Evil* uno de los 7 aviones que participaron en la misión de Hiroshima tuvo como función llevar al equipo de observadores científicos y el equipo fotográfico que filmaría la explosión y los efectos de la bomba. La parte delantera de esta aeronave estaba adornada por el retrato a cuerpo completo de una platinada y acinturada *pin up*, al más estilo de lo que se llamó el NoseArt (el arte de morro) uno de los primeros intentos de avasallar al enemigo con armas psicológicas visuales.

El NoseArt surge en los años 40's, específicamente en 1941 cuando un grupo de jóvenes aviadores voluntarios -que EEUU puso a disposición del gobierno chino para hacer frente a los bombardeos japoneses- tomaron como base la idea de un escuadrón británico de pintar los morros de sus aviones con bocas de tiburón, en lo que según ellos constituiría un golpe psicológico a los japoneses. Los pilotos se auto-denominaron como los Tigres Voladores, y un dibujante de la Disney diseñó su logo, un tigre de Birmania con pequeñas alas que saltaba a través de una V de la Victoria. El impacto del NoseArt fue tal, que los radio-controladores llamaban a los aviones por estos apodos. El NoseArt se transformó en un icono de la cultura popular, en un símbolo de patriotismo y en una fuerte estrategia de control psicológico sobre los propios soldados, quienes comenzaron a retratar a sus novias y a decorar los aviones con dibujos eróticos plasmando el imaginario masculino de una guerra "caliente" que hacían de las mujeres una "fuerza peligrosa" una "sex bomb" (Tayler, 2012)), una *neccesary evil*.

El *Neccesary Evil* y sus iconografías *pin up*, se elabora como un dispositivo tecno-estético que permite trazar una red de posiciones posibles entre el sistema sexo-género como en el sistema tecno-científico-militar. Tanto la producción de la bomba atómica -como síntesis del conocimiento más avanzado en la física y química y su concepción y producción como megamáquina de destrucción total- así como las interrogantes epistemológicas en torno a sus efectos y el uso de otros dispositivos técnicos como la fotografía y el video con fines experimentales, ensamblados a la imaginería *pin up*, hacen de este avión -que es asimismo un resultado de otras múltiples redes tecno

científicas y económicas- un laboratorio ambulante y desterritorializado de fabricación de materialidades atómicas y de sexo- género. El término *sex boom*, uno de los íconos más representativos de la cultura de masas de los años de posguerra, puso en juego la sexualidad de la mujer, como una sexualidad explosiva, una fuerza peligrosa y destructiva, un marcador de “las conexiones simbólicas entre los temores de la energía atómica, el sexo y las mujeres descontroladas” (Taylor May, 2012, p. 99)

Esta ingeniería social se articuló directamente con lo que comenzó a circular como *opinión pública*, que si bien no era una idea nueva hasta ese momento a nadie se le había ocurrido “medirla” “y antes de los años treinta, nadie pensó en servirse de dichos análisis para tomar decisiones” (Estulin, 2013, p.190). La opinión pública emergió de la mano de dos tecnologías, la televisión y las encuestas. De acuerdo a Hobsbawm (1998), la televisión creó una dimensión pública en la que por “primera vez en la historia, dos desconocidos que se encontraban sabían, casi con certeza, lo que la otra persona había escuchado (y luego, lo que había visto) la noche anterior: el concurso, la comedia favorita, el discurso de Winston Churchill o el boletín de noticias” (p.201).

Inmediatamente después de la guerra, el psicólogo Paul Lazarsfeld director de Bureau of Applied Social Reserch fue el pionero en el uso de las encuestas para analizar desde el punto de vista psicológico, la conducta de las masas a la hora de votar. En 1952 las agencias de publicidad de Madison Avenue, y apoyándose en el trabajo de Lazarsfeld se hicieron cargo del control de la campaña de Eisenhower, las primeras elecciones que se celebraron bajo la influencia de la televisión. “Los anuncios de un minuto fueron los primeros en satisfacer las necesidades de los votantes, consensuadas a través de las encuestas” (Estulin, 2012, p.191)

#### 4.11. *Control molecular*

La guerra psicológica no sólo se construyó a partir de estas ficciones de propaganda, lavado de cerebro, manipulación de la memoria, producción de opinión pública y alianzas militares. De acuerdo a Colomina (2006) cuando la tuberculosis comenzó a ser controlada en los años 50, las enfermedades mentales tomaron el relevo y se convierten en una obsesión nacional. Desde 1948 que venía funcionando en Estados Unidos la *World Federetion of Mental Health*, en la que destacaban figuras como Margaret Mead y Max Horkheimer; en su Manifiesto proclamaban que “el objetivo de la salud mental ya no es sólo ocuparse del desarrollo de la personalidades sanas, sino también de crear una sociedad sana...el concepto de salud mental es extensivo a los de orden mundial y comunidad mundial” (Estulin, 2012, p. 247).

A mediados de la década de los años 50, el vicepresidente Richard Nixon declara la Semana Nacional de la Salud Mental. Este hito más que expresar la preocupación del gobierno por la salud - en un país que demostraba un escaso interés por desarrollar la salud pública-, es una metáfora que nos sirve para situar el inicio y auge de la industria farmacéutica “psi” y con ello, la emergencia de un régimen farmacológico a través del cual se intentó explicar e intervenir en la enfermedad mental.

Hasta los años 50, la psiquiatría tenía cuatro tratamientos específicos: la terapia de coma insulínico para la esquizofrenia, el ECT (electroshock), las terapias de reposo para los trastornos del ánimo y de modo puntual para el caso de las mujeres (histeria, neurastenia y fobias) la histerectomía. Antes de esta década la farmacopea era entendida de acuerdo a las propiedades de las drogas mismas: eran sedantes o estimulantes. A partir de la década de los años 50, las drogas y los psicofármacos comenzaron a ser entendidas de una manera distinta y vistos como si funcionaran actuando sobre los procesos mismos de la enfermedad (Moncrieff, 2000) y un remedio para la agitada vida moderna, una autoinducción ataráxica que posibilitaba la calma, la atención frente a un mundo hiperreal en constante hiperestimulación derivado de su hiperproducción.

Teófilo Hernando, médico español, creador del primer departamento de farmacología experimental y farmacología clínica en España, en 1958 decía:

Es indudable que la vida actual es acuciosa, apremiante los innumerables los problemas que es preciso resolver a diario, enorme la inquietud que despiertan las noticias constantes de guerra o de amenaza de ella, de atropellos, de choques, de aviones perdidos, no nos dejan vivir las constantes llamadas telefónicas. Son horribles esos altavoces que se encuentran en algunos restaurantes y hasta en los autos de línea. En los teatros hay carteles con consejos para caso de incendio. En los aviones y en los barcos para casos de aterrizaje forzoso o naufragio. Puede decirse que vivimos constantemente bajo el temor del atropello, del incendio o del naufragio. No todos los hombres tienen fuerza de voluntad suficiente para imponerse ese sosiego o calma. De ahí que con frecuencia se necesario recurrir a los atarácicos” (Hernando citado en López, et al, 2006, p. 176)

Entre estos atarácicos, en 1952 aparece la clorpromazina, el primer neuroléptico propiamente tal, sintetizado en Francia. El advenimiento de la clorpromazina, supuso, una auténtica revolución farmacológica pues no solamente introdujo un abordaje selectivo y eficaz en términos de reducción de los síntomas esquizofrénicos “sino que abrió las puertas a la síntesis de numerosos fármacos destinados al tratamiento de los trastornos mentales, y, por ende, al inicio de la era psicofarmacológica.” (López, et al, 2002, p. 80)

En 1952, Delay y Deniker describieron el cuadro clínico ocasionado por la administración de una inyección de 15-100 mg de clorpromazina: enlentecimiento motor, indiferencia afectiva y neutralidad emocional, al que denominaron «síndrome neuroléptico». En 1955, Delay propuso, ante la Academie Nationale de Médecine de Francia, el término «neuroléptico» (del griego: “que toma el nervio”) para designar a la clorpromazina y a todos los fármacos que exhibían un efecto similar, como la reserpina. Con esta acepción se hizo referencia a la disminución de la actividad neurológica, considerada como una reducción de la agitación (neurolepsia), así como al enlentecimiento motor que ocasionaban.

Entre mayo y julio de 1952, Delay y Deniker, junto a los internos J.M. Harl y A. Grasset, comunicaron, mediante seis informes clínicos, los resultados del uso de clorpromazina en 38 pacientes afectos de estados de agitación y excitación, manía, confusión mental y procesos

psicóticos agudos, constatando la eficacia terapéutica en los mismos, así como la pobre respuesta en los casos de depresión y sobre la sintomatología negativa de la esquizofrenia. En 1954, Joel Elkes y su esposa, Charmian Elkes, del Departamento de Psiquiatría Experimental de la Universidad de Birmingham (Inglaterra), publicaron el primer ensayo controlado con clorpromazina, estudio en el que se introdujo por primera vez en psiquiatría la metodología de los ensayos randomizados y controlados con placebo. (López, et al, 2002)

En 1958, su uso para tratar la esquizofrenia y otras “enfermedades relacionadas” con ella, estaba generalizado en los hospitales psiquiátricos norteamericanos. “Nunca un tratamiento se había extendido tan rápidamente en el ámbito de la psiquiatría” (Mosher, Gosden y Beder, 2006, p.141). En 1955 Smith, Klein and French SKF, el fabricante de Thorazine (la marca comercial de la clorpromazina) facturó 75 millones de dólares de la época (López, et al, 2002) ¿Cómo sucedió esto? La misma Mosher et al (2006) informan que en el año 1956 SKF, reunió a sus “visitadores médicos” (comerciales) norteamericanos para instruirles en las mismas metáforas de la Guerra Fría, para que actuaran como “tropas de asalto” en sus esfuerzos por convencer a los psiquiatras para que utilizaran su nueva “bala mágica”.

Ésta fue la primera incursión masiva en el mundo de las relaciones públicas y la publicidad, realizada por una empresa farmacéutica en un mercado que anteriormente estaba reducido a la psiquiatría institucional.

Moncreff (2002) demuestra el aumento del uso espectacular de la Clorpromazina en los hospitales franceses después de su introducción en 1952:

Año	Kg. de Clorpromazina usada
1952	428
1953	75.157
1954	246.432
1955	807.422
1956	1.541.521
1957	2.332.085

Un año después de la aparición de la clorzapina en 1953, se aísla otro compuesto, la reserpina acuñándose el concepto de tranquilizante que, aunque sería empleada como antipsicótico, en principio se usó para tratar la hipertensión y como relajante. A diferencia de los barbitúricos, no parecía provocar sueño en exceso ni disminución del estado de consciencia, pero calmaba a los pacientes agitados. (López, et al, 2002)

Asimismo, en 1956 aparece la primera referencia del Trastorno Hiperactivo -actualmente hiperactividad-. La hiperactividad comienza a ser vista como un problema psico-biológico que requiere tratamiento psicofarmacológico. Ya desde la década de los 30's Charles Bradley descubrió que derivados anfetamínicos (benzedrine) resultaban eficaces para mejorar la atención y el comportamiento de los niños. Laufer, Denhoff y Solomons (1957), administrando metrazol e induciendo a través de estímulos luminosos (flashes) la presencia de estados cuasi-epilépticos en niños normales y con alteración clínica, concluyeron que los niños con hiperactividad presentaban un déficit en el área talámica del SNC: fallaba el sistema de filtraje de la información sensorial y las áreas corticales de estos niños recibían excesiva estimulación. (Navarro & García, 2010)

Un año después - 1957 - durante una Reunión de la American Psychiatric Association (APA), celebrada en Siracusa, se aportan los primeros datos sobre los efectos de la Iproniazida en la depresión. George Crane, del Montefiore Hospital de Nueva York, comunicó la mejoría del humor de varios pacientes tuberculosos con depresión concomitante. La historia de los Antidepresivos Tricíclicos (ATC) comienza en 1956 con la salida al mercado de la Imipramina. En un estudio previo este compuesto fue administrado a unos 300 esquizofrénicos y a algunos pacientes afectados de depresión "endógena", y aunque su eficacia en los pacientes psicóticos era inferior a la de la clorpromazina, su actividad antidepresiva era superior a la de cualquier sustancia conocida hasta la fecha.

#### 4.12. *Anfetaminas y domesticidad speed*

Colomina (2006) nos informa que "un tercio de los medicamentos recetados durante la posguerra eran tranquilizantes" (p. 164), pero también una parte importante lo eran los estimulantes, entre ellos la anfetamina derivado sintético de la efedrina..

Las anfetaminas aparecieron en las farmacias norteamericanas hacia 1930, cuando todavía estaba en vigor la ley Seca, como un recurso para mantener despiertos a sujetos sobredosificados por los sedantes. (Escohotado, 2000). Fue un complemento de los atarácicos. Poco después se lanzan en forma de inhaladores para catarro y todo tipo de congestiones nasales, y algo más tarde como píldoras contra el mareo y la obesidad, para finalmente emplearse como antidepresivos. En 1937 la American Medical Association aprobó la utilización de las anfetaminas para el tratamiento de la narcolepsia, el parkinson y la depresión, y durante la guerra "los Estados Mayores de los principales contendientes en la Segunda Guerra Mundial regalan a sus tropas algo que enmascara la fatiga, prolonga la vigilia y despeja talantes depresivos." (Escohotado, 2008, p.778).

Según datos oficiales del Ministry of Supply (Escohotado, 2008), el ejército inglés había repartido ya unos ochenta millones de comprimidos en 1942,

el criterio era no superar los 10 mg. cada doce horas, cantidad que equivale a un cuarto o quinto de gramo de cocaína... En la primavera de 1941 los periódicos ingleses lo comentaban abiertamente, y uno llegó a componer su primera página con el titular: «La Methedrina Gana la Batalla de Londres»...También se sabe que los pilotos japoneses,

especialmente los kamikazes, volaban literalmente embalsamados en metanfetamina. Al firmar la paz, los excedentes almacenados desaparecen y, en la década de los 50's el mundo de posguerra asistía a una cifra millonaria de adictos/as delirantes y suicidas. (p.779)

El periodo de máximo esplendor en el uso de las anfetaminas en la población civil fue en la década de los 60's en la que se distribuyó en el mercado de Europa y Estados Unidos una enorme cantidad de preparados farmacéuticos con esta substancia. A título de ejemplo López-Muñoz et col (2007) señalan que en Inglaterra para la década de los 50's alrededor del 2,5 % de las prescripciones del Servicio Nacional de Salud eran preparados que contenían anfetaminas. (p. 1116).

Su consumo se produjo en su mayoría en mujeres dueñas de casa, un grupo en palabras de H. J. Eysenk, psicólogo social, proverbialmente acosado por el aburrimiento y la falta de motivación (Escohotado, 2008). La anfetamina ayudaba a mantener a las mujeres en un régimen de activación, aceleración y felicidad doméstica. Se podría pensar que la anfetamina era un signo -paradójico- de la abundancia del *american way of life*, una abundancia que se desplazaba del cuerpo regordete del imaginario victoriano y puritano sobre las amas de casa –el ángel del hogar-, para materializarse en cuerpos estilizados, acorde al imaginario de la sociedad de masas que emergía junto a los estudios de Hollywood

La anfetamina fue una pieza semiótico-material clave en la producción del género, el cuerpo-psiké, - la –hetero-sexualidad y la raza de posguerra. Con la anfetamina hablamos de una producción sexo-fármaco-tecnológica de lo que Preciado (2008) llama *ficciones somáticas* de la feminidad y la masculinidad. Gracias a la administración de anfetaminas la feminidad puede ser producida y reproducida aceleradamente. La anfetamina modifica la actividad cerebral y por tanto los modos de relación del cuerpo con su afuera –el espacio- y con su adentro –sentido de sí misma-. Si seguimos el análisis sobre la píldora anticonceptiva de Preciado, la anfetamina al igual que la píldora es “un dispositivo ligero, portable, individualizado y afable” (p. 135) y “un laboratorio miniaturizado instalado en el cuerpo de cada consumidora” (p.135) pero a diferencia de esta, sus efectos euforizantes y adelgazantes la hacen objeto de catexia y por lo tanto, de un consumo repetitivo-performativo en tanto es controlado por dispositivos biológicos de producción de placer. La anfetamina produce por un lado un sentimiento de agrado, omnipotencia y velocidad a la vez que produce efectos imaginarios/raciales narcizantes en un plazo extremadamente corto, modificando el comportamiento y los deseos de los cuerpos de las amas de casa en un régimen de activación y aceleración que serviría tanto para regular el ocio doméstico, la percepción del tiempo, la actividad sexual, y como anoréxico, el deseo corporal, y redirigirlo hacia un cuerpo blanco y delgado acorde a los imaginarios cinematográficos y coloniales. En ese sentido si bien fue un elemento que emerge como parte de un régimen contra la obesidad en ese mismo movimiento se nos muestra como un régimen de intersecciones raciales y sexuales de producción de subjetividad y feminidad: de *contra* la obesidad, la anfetamina se desliza a un régimen *para* la feminidad.

La anfetamina funcionó como una prótesis corporal interna que taponeaba y regulaba los posibles desvíos provocados por el aburrimiento y el sinsentido de la vida doméstica, actuando como un



impulsor de domesticidad, una fuente de energía, un acelerador de los relojes que marcan, lentos, el paso del tiempo del hogar feliz sub urbano. Un objeto que permite lo que Virno (2003) llama la *aceleración*, como resultado de la maximización y la pérdida de la densidad del tiempo, acordes a las lógicas de producción aceleradas de subjetividad y consumo del capitalismo pos- fordista. Adelantando, la anfetamina es al aburrimiento doméstico de la perfect house de la sociedad posindustrial lo que la histerectomía o el psicoanálisis lo fueron para el aburrimiento doméstico del ángel del hogar de la sociedad industrial. Con la anfetamina a la vez que el tiempo se acelera y el tiempo se mata, la *levedad del ser* doméstico se hace *soportable*.

Si seguimos con Haraway (1995) y su concepción del cyborg, la anfetamina participa de la producción de los cuerpos en tanto acelera la producción de neurotransmisores, y con ello sus sensaciones y percepciones, lo que re-afirma la idea de que el cuerpo es un conglomerado de conexiones e interfaces humano-no humanos por medio de las cuales se disuelve la instalada dicotomía naturaleza-cultura y cuya inteligibilidad no puede ser pensada son la participación de los químicos sintetizados. El cuerpo de posguerra, es una ficción material, en tanto es creado y producido en serie por microentidades creadas en los laboratorios psico-farmacológicos. Esto implica el develamiento de las nuevas alianzas sociotécnicas en la producción del género de la posguerra, como es la alianza entre las farmacéuticas, las asociaciones psiquiátricas, nutricionistas y las mujeres. La anfetamina nos enseña que el cuerpo lejos de ser construcciones naturales o simbólicas, son artefactos industriales farmacológicos modernos. La anfetamina como dispositivo performativo se mueve en medio de un régimen de exclusión contra los cuerpos obesos y un programa de producción y regulación política de la feminidad, cuya única consistencia es su capacidad para producir, restaurar y excluir subjetividades, es decir posiciones sujetos de placer en los diagramas –corpo-psico-farmacológicos- del poder.

#### 4.13 *Tecnologías literarias psi de posguerra y sus ficciones corporales*

Detrás de este aumento se construían nuevas alianzas sociotécnicas: las farmacéuticas, los grupos profesionales como la Asociación de Psiquiatría Americana (APA), los canales de televisión, las empresas de publicidad y una gubernamentalidad mundial que a través de la salud y el control de las enfermedades logró producir otras estrategias de colonización, en una era marcadamente poscolonial: la ONU y la Organización Mundial de la Salud (OMS).

A partir de 1948 la Comisión Provisoria de la recién creada Organización Mundial de Salud (OMS) se hizo cargo de la publicación del Manual de Clasificación de Enfermedades - la CIE-- incorporando un capítulo dedicado a los trastornos mentales. En 1952 la *American Psychiatric Association* y la *New York Academy of Medicine* trabajaron en la elaboración de una nomenclatura común y que incluyera a los considerados pacientes con enfermedades psiquiátricas y neurológicas. El resultado de ese trabajo fue la redacción del texto del denominado *DSM (Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales)* publicado en 1952 vigente hasta 1968. En esta primera versión así como en la

segunda (1968-1983) se reflejaron los intentos de producir un compromiso entre los psicoanalistas en su mayoría emigrados a Estados Unidos y las concepciones psicobiologistas hegemónicas con la introducción masiva de los psicofármacos. Contenía la descripción de 119 conductas diagnosticables como patológicas, entre ellas la homosexualidad. El DSM incorporó un nuevo lenguaje: una nomenclatura de la psicopatología, códigos numéricos, a-teórico que expresaba una noción pragmática y funcionalista de la enfermedad mental. En ese sentido y siguiendo a Shapin y Shaeffer (2005) el DSM es una “tecnología literaria” por medio del cual se canonizó una epistemología de la enfermedad mental y sus tratamientos

Su estructuración en ejes (Eje I, sintomatología presente; Eje II, existencia de algún trastorno de personalidad; Eje III, otras afecciones médicas; Eje IV: tensiones psicosociales y Eje V funcionamiento global de la persona) configuraron una noción de enfermedad en donde se entremezclaban criterios biológicos, psicodinámicos, criterios morales y de adaptabilidad social. El carácter a-teórico implicó el abandono de nociones como pulsión y mundo interno, para dar paso a un ambientalismo/farmacológico en el que se intentó articular los aprendizajes con el mercado farmacéutico.

El DSM impulsó el uso sistemático de los psicofármacos bajo el supuesto de que estos permitían al cerebro funcionar mejor y por consecuencia mejorar la vida afectiva, las capacidades cognitivas y la adaptación social. Esta vez el sujeto fabril se desplazó a un sujeto dopaminérgico y ataráctico, en que el ojo experto hace visible un cerebro profundo y cognoscible, definidos desde flujos y cantidades, molecular -neurotransmisores- y sumamente flexible, y en que el espectáculo de la electricidad y el electroshock ceden a diminutas intervenciones al interior de las neuro-profundidades del alma.

En otras palabras, el DSM formuló un reduccionismo en dos niveles, a nivel ontológico según el cual la mente se reduce a los neurotransmisores y hormonas y un reduccionismo explicativo, que presupone que el aumento en el funcionamiento neuronal y hormonal trae consigo cambios a la persona (Figuroa, 2008). Se trató pues, de una reingeniería farmacológica de los flujos neuronales, del comportamiento y el deseo humano.

Con el DSM:

Por un lado, la persona quedó abierta, de distintas maneras, a las intervenciones conducidas en nombre de la subjetividad: el sujeto calculable, provisto de características relativamente estables, definibles, cuantificables, lineales y con distribución normal (los dominios de la inteligencia, la personalidad, la aptitud, etcétera); el sujeto motivado, dotado de una dinámica orientación interna hacia el mundo, con necesidades por modelar y satisfacer; el sujeto social, que busca solidaridad, seguridad y un sentimiento de valor; el sujeto cognitivo, en busca del sentido, guiado a través del mundo por las creencias y las actitudes; el sujeto psicodinámico, impulsado por fuerzas y conflictos inconscientes; el sujeto creativo, que lucha por alcanzar la autonomía a través de la realización y la elección, y le da significado a su existencia por medio del ejercicio de su libertad. (Braunstein, 1980, p.44)

Esta lógica, artificialista, micromolecular de flujos dopaminérgicos y calculable instaló una nueva conciencia psicológica en que por un lado el ambiente y por otro, las hormonas y las neuronas ocupaban el lugar de la pulsión, la conciencia y las causas profundas, mostrando con ello el desesperado intento de reducir la complejidad de la psiquis a una nomenclatura -es decir nuevas reglas de escritura- y a micro-dispositivos autoadministrados que hacen aprehensible a la mirada psiquiátrica, aquello que la desborda.

Para la mayor parte de la historia de los historiadores de la psicología esta transformación ha sido interpretada en términos de un gran avance de la disciplina en el camino hacia la cientificidad en tanto, se reprocha a la psicología pre-DSM el haber basado sus explicaciones en entidades hipotéticas, no basadas en la experiencia y la falta de un lenguaje común, debilidades que se pensaban como el resultado de un estilo de pensamiento pre-científico -especulativo-, que da cuenta de un cuerpo cerrado, inaccesible y exclusivamente psicológico que no considera lo biológico y lo social.

Por el contrario la nueva psicología que cada vez más construía puentes con la neurología, la farmacología, y -como veremos con los teóricos del Apego- con la tecnología de guerra -la cibernética- y la inteligencia artificial, operó como un obertura desde una episteme y una racionalidad que volvió a poner el acento en datos estadísticos más que en individuos sentados en el diván y que incorporó por un lado, los conceptos evolucionistas de medio, adaptación e información y por otro, los objetos micromoleculares fabricados en las industrias farmacéuticas.

Si bien esta misma historia de los historiadores de la psicología han interpretado la emergencia de los sistemas de clasificación como el CIE y el DSM, como un intento de formular una perspectiva "integral" -bio-psico-social-, en el horizonte de dicha emergencia identifico un gesto y una respuesta frente a la hegemonía que la ciencia alcanzó a partir de las guerras mundiales, una forma a través de la cual psicología logró alcanzar un lugar en la articulación de los espacios académicos y político-sanitarios que especialmente en EE.UU dependían de la filantropía de los grandes grupos económicos a través de las Fundaciones Rockefeller, Ford, etc. Estas fundaciones participaron activamente en promover tecnología de punta derivada de los conocimientos científicos instalando un neo- dogma -a partir de la experiencia de la Segunda Guerra Mundial y la creación de la bomba atómica- del valor superior de la ciencia que materializó las ideas de progreso y civilización de los siglos anteriores y como una práctica sin límites, que ya había mostrado de modo suficiente su poder.

Este impulso que identificó a la psicología como una práctica que definía sus límites en los estrechos márgenes de la ingeniería de la conducta y la psicofarmacología, hace pensar que el DSM más que ofrecer una taxonomía y una nomenclatura sobre objetos definidos fue el resultado de "las demandas de intervención formuladas a la psiquiatría" (Braunstein, 1980, p.44) y creó aquellos objetos. Estas tecnologías de clasificación impulsadas por la gubernamentalidad global -OMS- así como los gremios privados -Asociación Americana de Psicología- delimitó la jurisdicción de la psiquiatría, respecto a la psicología (desórdenes psicóticos v/s desórdenes neuróticos, reservados

este último a la psicología) y la intervención de los agentes de la producción mental en los más variados problemas, desórdenes y enfermedades, que reaparecen bajo la etiqueta de trastorno mental.

A la vez que territorializó e identificó espacios de intervención, los amplió, diversificó y formuló posibilidades logrando la síntesis no sólo del discurso freudiano/biológico (la versión oficial) sino que la introducción de los discursos paradigmáticos del control social como la penalidad ( trastorno antisocial), la sexualidad (homosexualidad, trastorno trans), educativo (trastornos de aprendizaje y desarrollo infantil), etc. :

La clasificación comienza por marcar una frontera arrogándose el territorio comprendido entre esas líneas. Ahora bien, entre la soberanía territorial y la demanda existe circularidad. La demanda, al dirigirse al aparato ideológico de la salud mental, define lo que ha de incluirse como “trastorno mental” en la clasificación y la clasificación acoge la demanda y sanciona con algún dígito comprendido entre 290 y 319 la corrección del procedimiento de plantear la demanda a este aparato ideológico. (Braunstein, 1980, p.47)

En el DSM el ordenamiento económico- jurídico- político-moral hegemónico encuentra un inesperado y novedoso punto de engranaje con la práctica psiquiátrica y psicológica. El DSM y el CIE se constituyen a la vez que dispositivos que permiten establecer fronteras claras y distintas entre lo normal, lo anormal y lo patológico es un espacio de articulación y legitimación de las más variadas prácticas gubernamentales y un espacio potencial de entidades psicopatológicas posibles, bajo la sanción y autorización del nuevo Orden Mundial a través de la Organización Mundial de la Salud.

Como ya señalé el gran salto cualitativo del DSM fue la elaboración de una nomenclatura de la enfermedad mental. Pensemos que una nomenclatura no es tanto el código resultante, como si las *reglas de formación* de esos códigos, o lo que como ya analizamos, Foucault llama una de las tantas reglas existentes de formación de los enunciados. Asimismo la decisión de instalar un lenguaje psicológico en términos de códigos numéricos y descriptivos ocultó el hecho de que ese intento neutral y desinteresado de unificación del lenguaje en un lenguaje formal y neutral, no fue otra cosa que definir la identidad y los límites del saber “psi”.

Como afirma Haraway (1991)

las ciencias de las comunicaciones y las biología modernas están construidas por un mismo movimiento, la traducción del mundo a un problema de códigos, una búsqueda de un lenguaje común en el que toda resistencia a un control instrumental desaparece y toda heterogeneidad puede ser desmontada, montada de nuevo, invertida o inter-cambiada. (p. 280)

Este lenguaje común en el caso particular de las ciencias “psi” se alcanzó por múltiples caminos: primero por medio de la hegemonía de una corriente académica-cientificista que intentó por múltiples medios instalar fronteras con la filosofía; segundo, con la hegemonía en lo social de la institución

psiquiátrica y médica a través de los estados de bienestar, y tercero, con la creación de un mercado dopaminérgico inédito en la historia de la medicina y la psiquiatría y por lo mismo altamente sospechoso por parte de los médicos, psicoanalistas y las personas en general.

Cabe destacar que el desplazamiento del lenguaje conceptual a un lenguaje basado en códigos numéricos se estructuró como una repetición performática y compulsiva de la historia de la separación con la filosofía y con ello, una transformación de la ontología del objeto “psi”. Esta performance se traduce como una narración del pasado de la disciplina acerca de un supuesto desarrollo y avance de un mismo objeto que se traduce como un objeto natural, a -histórico y libre de fisuras. Esto esconde el hecho que el proyecto historiográfico de la psicología que se inicia en los años 20’s en pleno auge del conductismo radical en Estados Unidos, se fue estructurando en clave colonial y de género en torno a los avatares de unos científicos experimentales varones y alemanes enclaustrados en las paredes seguras del laboratorio. Las primeras historias académicas de la psicología insistían en identificar un hecho fundador que resultó ser un espacio fundador, el laboratorio del fisiólogo alemán Wilhem Wundt.

En resumen se construyó una racionalidad psicológica que se hizo sinónimo de una racionalidad calculante -biopolítica- obstinada en predecir y controlar la conducta, y que actuó como un centro gravitacional en el que se articularon múltiples prácticas -médicas, farmacológicas ambientalistas y clínicas- y desde una política ontológica lo suficientemente plástica y pragmática para que la demanda social introdujera o expulsara las entidades de salud mental.

Es por ello que las corrientes críticas -como el culturalismo- no lograron desmarcarse totalmente de este proyecto pues el razonamiento crítico no cuestionó el hecho de que lo mental en la posguerra, es una producción histórica derivada de las luchas de poder por alcanzar una identidad disciplinaria, y una alianza con el mercado farmacéutico y las fundaciones patronales financistas de la ciencia. En *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*- 1955- Erich Fromm, afirmaba que

Si queremos estudiar ahora el estado de la salud mental en el hombre occidental contemporáneo, y si hemos de investigar qué factores de ese tipo de vida contribuyen al desequilibrio, tenemos que estudiar la influencia de las condiciones específicas de nuestro modo de producción y de nuestra organización social y política sobre la naturaleza humana: tenemos que llegar a formarnos una idea de la personalidad del hombre medio que vive y trabaja en esas condiciones (p.56)

Para Karen Horney (1997) en *Neurosis y Desarrollo Humano*, escrito en 1951 la neurosis era el resultado de la competencia económica, la inseguridad, el aislamiento emotivo y la falta de solidaridad, buscando el origen de la patología en las tendencias antagónicas no ya del aparato psíquico sino que de la cultura: entre competencia y afecto, entre egocentrismo y el “cálido refugio de la solidaridad social”, entre sentimientos de inferioridad y superioridad, entre egoísmo y altruismo.

Si bien estas perspectivas proporcionaron un elemento novedoso, como la cultura, en la aparición de las enfermedad mental, eran miope al hecho de que la misma noción de cultura era una producción

histórica basado en los mecanismo de exclusión/inclusión y normalización bajo el credo liberal de la autonomía, el desarrollo personal, el valor de la familia, etc. y que la enfermedad más que un efecto de la tensión entre individuo y cultura era un objeto construido en los mismos laboratorios de producción de un sujeto consumidor de fármacos . Tanto el discurso ambientalista, farmacológico como culturalista norteamericanos se movilizaron en el mapa de lo mental, la cultura y la conducta como si esos mapas fueran los territorios (Bateson), es decir a través de un “fetichismo del mapa” (Haraway, 2004) y categorías autoevidentes que no necesitaban ser interrogadas.

Desde estos distintos frentes la enfermedad mental se convierte en una entidad, un objeto de saber e intervención fabricado y fabricable, un objeto sintético susceptible de crear en la cinta transportadora de la producción en masa de tecnologías de bienestar, terapéuticas, crecimiento, madurez, afectos cálidos, hormonas y neurotransmisores.

Uno de los efectos más perversos de esta racionalidad que comenzó a denominarse bio-psico-social fue un eugenismo social en el que las personas y los grupos humanos más pobres comenzaron a ser identificados con más posibilidades de ser etiquetados como enfermos mentales. El estudio de Clark en 1949 estableció que la correlación entre la pobreza y la “esquizofrenia” se repetía a lo largo y ancho de Estados Unidos (Clark 1949 citado en Read, 2006):

Durante la década de los cincuenta, se halló la misma relación en Noruega, Bristol, Liverpool y Londres (Kohn 1976). El famoso estudio de New Haven (Hollingshead y Redlich 1948) medía la clase basándose directamente en la educación y la profesión más que en la ubicación. La clase más pobre (V: «No cualificada, manual») tenía el triple de probabilidad que las dos clases más ricas (I y II: «Negocios, profesional y directivos») de entrar en tratamiento por problemas psiquiátricos. El vínculo más fuerte con la clase se encontraba en el diagnóstico de «esquizofrenia». (p.198)

Para Mariategu, el psiquiatra antirepublicano citado más arriba, esa relación fue un hecho autoevidente:

clases económicas inferiores presentan con mayor frecuencia todo tipo de desorden emocional...Las condiciones de vida de este grupo humano que mora en rústicas viviendas en medio altamente insalubre, en un nivel económico miserable donde, como es sabido, destaca la conducta antisocial, explican la elevada frecuencia de patología emocional y ponen de relieve la acción nociva de los medios donde prima la desorganización social sobre la salud mental (Mariategui, 1959, p.74-75)

Por otro lado la obsesión por la homosexualidad que la política de MacCarthy había despertado en la administración pública, se expresó en que las llamadas *perversiones sexuales* se transformaron en un objeto de interés y fuente de intervención material derivada de las últimas tecnologías de hormonas y cirugías reconstructivas y plásticas. Tanto el diván de Freud como el gran encierro, ceden y dan lugar a los cinceles, neurotransmisores y hormonas de una industria de prótesis, psicofármacos y control molecular.

En un artículo publicado por la Revista Sexology Magazine, Cauldwell en 1949, utilizó el término *psychopathia transexualis*, para designar a los individuos que pertenecen físicamente a un sexo y psicológicamente al otro, y que desean modificar sus características físicas para pertenecer al otro sexo (Cauldwell, 1949, citado en Mercader, 1994.p. 43). Henry Benjamin, endocrinólogo alemán radicado en Estados Unidos, tomó el término utilizado por Cauldwell y lo tradujo al inglés acuñando el término *transsexualism*, en un artículo presentado para el International Journal of Sexology, en la Academia de Medicina de Nueva York -1953- .

El término transexualismo designaba a aquellas personas que pertenecen biológicamente a un sexo y que psíquicamente manifiestan sentirse pertenecientes al otro. A partir de esta nueva conceptualización, quienes se encuentran clasificados en la categoría de 'transexualismo' tenían la oportunidad de demandar a la medicina el cambio de sexo mediante la intervención quirúrgica y a la justicia, la modificación de su identidad civil. (Mercader. 1994). Para Benjamin, la psicoterapia era ineficaz para el tratamiento de la transexualidad, ya que no podía cambiar la orientación innata del género. En cambio, postulaba la adecuación del cuerpo a la mente mediante la intervención quirúrgica.

La psicoterapia con el objetivo de curar el transexualismo es un proyecto inútil con los métodos actuales (...) Dado que es evidente, pues, que la mente del transexual no puede ser cambiada en su falsa orientación de género, es lógico y justificable intentar lo opuesto, ajustar el cuerpo a la mente (Benjamin, 1966, citado en Soley-Beltrán. 2003, p.438).

En 1950 John Money de la Universidad John Hopkins de Baltimore, acuña el concepto de identidad de género y papel de género, como resultado de los experimentos llevados a cabo con hermafroditas hoy denominados intersexos, esto es con bebés que la medicina no puede clasificar como femeninos o masculinos. Money llegó a la conclusión de que "el sexo de asignación y la crianza es el pronóstico más fiable de la futura identidad/rol de género del individuo" (Gooren, 2003.p.48). La realidad del género era para Money tan sólida, inmutable y significativa como la de los genitales externos, demostrando que el género quedaba establecido a la edad de tres años, de tal forma que una vez rebasado el período crítico no había posibilidades de marcha atrás. La hipótesis era que hermafroditas que eran "criados de modo distinto, diferenciaban una identidad de género de acuerdo con su biografía, sin importar cual fuese su sexo cromosómico, global u hormonal, y a pesar incluso de un aspecto morfológico no corregido" (Money & Ehrardt, 1972, p.28). Money identifica tres formas de sexo y una de género.

Como tratamiento frente al problema de la in-clasificación de estos bebés dentro de la lógica femenino/masculino, Money propugnó que la asignación de género de los bebés intersexuados debía corresponder a sexo femenino si los genitales del intersexuado se prestan mejor a la formación quirúrgica de una vagina, y solo asignación de sexo masculino si existía la perspectiva "realista" de un pene funcional.

Fue George Jorgensen, luego reconocido como Christine, quien se puso por primera vez en manos de un equipo primero con el danés Christian Hamburger y luego con Harry Benjamin (Frignet, 2000;

Mercader, 1994; Millot, 1984). A pesar de haber existido anteriormente intervenciones similares todas habían sido realizadas en la clandestinidad. Cuando el Caso Christine Jorgensen se hizo público, alrededor de 1954-1956, la sexología se hace parte del espíritu ambientalista, prostético y micromolecular. Con la esperanza puesta en la racionalidad tecnológica, aumentaron las demandas de sujetos que buscaban una corrección somática a su malestar psíquico. De esta manera se pasó de una problemática individual a un fenómeno tecno-social: el fenómeno transexual se transformaba en “un síntoma de nuestras sociedades modernas” (Benjamin, 1998, pp. 22-23).

Siguiendo a Stolcke (2004) en el diagnóstico de los intersexos se infiltraron “ideales culturales que están basados en el modelo bio-sexual dualista e incluso supuestos con respecto en especial a los genitales “normales” del varón” (p.87). Se recurrió a una doble mirada: una técnica (cromosomita) y otra cultural acerca de los genitales que son considerados adecuados. “Es decir, el género “normal” no depende apenas de poseer o no un pene sino de si el pene es además, de un tamaño normal” (Kessler, 1990 citada en Stolcke, p.88)

A la par que la identidad de género se comenzó a fabricarse en los laboratorios de Money y Benjamín, la *scientia sexualis* abandonó su preocupación decimonónica por determinar quién de entre los homosexuales era un “verdadero pervertido” respecto de aquellos otros que evidenciaban conductas “obscenas” o “viciosas”; “es decir que no siendo verdaderamente homosexuales practicaban el “homosexualismo” por el simple gusto de la depravación (Cornejo, 2007, p.86).

A partir de la constatación del “buen carácter de los homosexuales” la discusión de la guerra fría sobre las perversiones sexuales se estructuró en torno a las categorías de “peligroso-inofensivo”. Se trataba de distinguir entre el buen y el mal perverso. Los buenos perversos representados por los homosexuales, se consideraba que tenían sentimientos semejantes al resto de la humanidad, y su clasificación como perversos se circunscribía a los actos que cometían o a la persistencia de los mismos, razón por lo cual no requerían ser reclusos. Los considerados malos, eran concebida como una disposición permanente o una falla más o menos grave que habitaba en el sujeto y que debían ser internados.

Las metáforas del doble registro alcanzaron las ideas de normalidad y anormalidad. Para Karen Horney el neurótico “sin darse cuenta (al menos no de la extensión de esto) vive en dos mundos: el de su vida privada secreta, y el de su vida oficial, y los dos no se encuentran. (Horney, 1997). Desde esta idea es que el popular Informe Kinsey publicado en 1948 estableció 5 formas de vivir la homosexualidad, que resultaban en cinco grupos de homosexuales: emparejados cerrados, constituido por homosexuales que viven en una pareja estable y fiel, con características cuasi matrimoniales; emparejados abiertos, caracterizados por la insatisfacción subjetiva en su vida de pareja; funcionales, con una abundante actividad sexual con diferentes compañeros y una notable ausencia de pesadumbre por ser homosexual; disfuncionales, sujetos sin pareja, con un elevado número de compañeros y un alto nivel de actividad sexual, pero con un notable grado de pesadumbre por su tendencia homosexual; y asexuales y sin pareja y con un bajo nivel de actividad



sexual, además de notables problemas sexuales y un alto grado de pesadumbre por su tendencia homosexual .

Pero el informe Kinsey también se preocupaba de otra cuestión: los relacionados con la actividad sexual fuera del matrimonio de las mujeres, según el informe el 25% de las mujeres casadas tenía alguna experiencia extramatrimonial. Con esto la *perfect housewife* entraba en escena.

## **5. DOMESTICIDAD EN GUERRA**

### 5.1. *The Family of Man: la familia nuclear en la era nuclear.*

*...Aunque había presentado la guerra en toda su siniestra crudeza en las tres exposiciones, no había logrado ver cumplida mi misión. No había logrado incitar a la gente a que tomase una determinación, a que formase un frente unido y abierto y se posicionara en contra de la guerra en sí. Este fracaso me llevó a hacer balance de mi idea fundamental. ¿Qué era lo que fallaba? Llegué a la conclusión de que mi error había sido trabajar desde un ángulo negativo, de que lo que se necesitaba era una afirmación en positivo sobre lo maravilloso que es la vida, sobre lo maravilloso que es el ser humano, y de manera muy especial, sobre lo semejante que es la gente en cualquier parte del mundo.*

*Mi primera idea me llevó en dirección a los derechos humanos, aunque pronto me di cuenta de que esto también iba a tener implicaciones negativas. En aquella época, además, la cuestión de los derechos humanos empezaba a ser un balón de fútbol en el campo de la política internacional. La auténtica necesidad consistía en expresar la unicidad del mundo en que vivíamos. Un día, mientras hojeaba la voluminosa biografía de Lincoln que había publicado Carl Sandburg, tropecé con un discurso en el que Lincoln emplea la expresión “la familia del hombre”. Había encontrado el tema que podría abarcar la totalidad de la exposición... (Steichen, 1985 citado en VV.AA, 2009, p.462)*

Humanidad, ser humano, hombre, Lincoln, unidad, semejanza, parentesco son los términos con los cuales Edward Steichen, fotógrafo y jefe del Departamento de Fotografía del Museo de Arte Contemporáneo de Nueva York (MoMA) durante la década de los 50's, recuerda -30 años después- la exposición *The family of man (La Familia del Hombre)*, estrenada en el año 1955 en el MoMA y que dió vuelta al mundo durante varios años. El catálogo escrito por el mismo Steichen (en VV.AA, 2009) la describe como “el desafío más ambicioso que se ha intentado jamás en el mundo de la fotografía” (p.433). Sin duda lo era, no sólo por la ambiciosa idea de recopilar más de diez mil fotografías de “familias” de todo el mundo en las más diversas actividades y lugares geográficos, de las cuales se habría de seleccionar el material para la muestra, sino que suponía su presentación itinerante en los cinco continentes. De Japón a la India, de Francia a Guatemala, de la Unión Soviética a Suecia la exposición fue visitada por 9 millones de personas en 61 países y fue considerada parte de los objetivos de la diplomacia cultural estadounidense, en un intento por parte del gobierno a través de la Agencia de Información, de mostrar la sensibilidad del espíritu americano en aquello que la misma exposición llamaba la unidad del género humano.

Para Sandeen (2004 en VV.AA 2009) la exposición debe leerse como un documento anti-maccartista y antirascista por su insistencia en que la humanidad es una y la misma y que fomentaba la idea “de que una condición humana generalizada ocupará el lugar de un despliegue de descripciones históricas específicas” (p.475). Como se lee en el catálogo

Buscamos y seleccionamos fotografías de todos los lugares del mundo y de todos los ámbitos de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, poniendo especial énfasis en las

relaciones diarias de hombre con sus semejantes, su familia, su comunidad y con el mundo en el que vivimos; en ella aparecen bebés y filósofos, guarderías y universidades, tribus primitivas y el Consejo de las Naciones Unidas (VV.AA, 2009, p.433)

El *Washington Post* anunciaba la inauguración de la exposición con un subtítulo de “La exposición que se ve con el corazón”. Las imágenes cargadas de emociones y lugares comunes, servirían para suturar las divisiones abiertas por el impulso patriótico del macartismo y por la división del mundo en dos ejes. Esto se hizo a través de un movimiento en que la condición humana se entrelazó “con una serie de afirmaciones canónicas, ideológicas, sobre los derechos y las responsabilidades del individuo, tal y como las habían hecho los padres fundadores de la nación norteamericana” (Sandeen, 2009, p.482).

Los entusiastas recuerdos de Steichen traen a la memoria un hecho notable, que muestra el espíritu con el cual se intentaba plasmar la muestra, así como también el entusiasmo de los visitantes que traspasaba las fronteras raciales y culturales fomentando la identificación entre los visitantes con los temas de las fotografías expuestas, y en el que la antropológica sensibilidad del turista norteamericano era llevada a sus máximos:

el día en que se clausuraba la exposición, varios miles de indios bajaron a pie o en mula desde los montes de Guatemala para verla. Un visitante norteamericano presente en las salas comentó que fue como una experiencia religiosa ver a aquellos campesinos descalzos, que no sabían leer ni escribir, caminando en silencio por las salas de la exposición, estudiando con total seriedad cada una de las fotografías, atentos e incluso embelesados (p.466)

*The family of man* a la vez que acontecimiento que puso a la vista el rol de la cultura y el arte en la propaganda y diplomacia cultural, puso en evidencia la nueva función del museo y sus condiciones de posibilidad. En el ensayo *Museos en Iberoamérica, experiencias y ensayos*, Ticio Escobar (2007) plantea que “el vínculo de las instituciones del arte con la esfera pública exige relacionar la figura del museo con la de las políticas culturales.” (p.96). El vínculo entre /diplomacia cultural/MoMA/guerra fría demostró no sólo que “el museo estaba en guerra” (Colomina, 2006, p.50) sino que en vez de una institución encapsulada, vuelta a sí misma, aséptica, receptáculo de una memoria o patrimonio visual/estético impermeable a los embates y las luchas de la historia, por el contrario es un espacio y una entidad que promueve prácticas culturales y discursos políticos. En palabras de Benett (2009) el Museo se configura como un instrumento del poder gubernamental y en el que es posible de rastrear

las conexiones que existen entre el desarrollo de los museos -entendido como conjunto de aparatos gubernativos que forman un aspecto distintivo de nuestro presente- y los saberes culturales (de la historia, la historia del arte, la arqueología, la estética, la antropología, la arquitectura, etc) por medio de los cuales y gracias a la disposición calculada de las relaciones entre objetos, visitantes y diseño de espacio museístico, se desarrolla, se pone en práctica y se somete a un examen y revisión permanentes una serie de programas diferenciados que aspiran a la transformación calculada de la conducta (p.180)

Basta señalar que el MoMA no sólo fue un medio o un espacio de fondo sino más bien “el credo de la modernidad: la *modern architecture* y el *modern art* representarían, junto con el desarrollo de la ciencia (p.60) y de la tecnología aplicada, un discurso de liberación a la vez elitista y revolucionario. El MoMA, se constituyó en el modelo de museo de arte moderno por excelencia, modelo asumido por los museos de arte moderno en todo el mundo.

Es claro que, en este contexto, lo que *The family of man* pone en juego es “el colapso de la moderna autonomía del arte” (Escobar, 2007, p. 97) que provocó así mismo “la crisis del museo como espacio aséptico y separado, cerrado entorno a una noción definitiva de lo artístico” (p.98), lo que exigía el replanteamiento de la función museal contemporánea. Con el arte moderno, la pura forma, lo estético ya no es aval de lo artístico, el arte moderno introdujo la duda acerca de los límites del museo, de su relación con las disciplinas no artísticas y con los discursos políticos, en fin, puso en juego los límites de la soberanía del arte. Recordemos que en una carta de 1949 Nelson Rockefeller –financista del museo- escribía a Henry Luce una de las promotoras del arte moderno en Estados Unidos: “Hay que proteger este arte, porque a fin de cuentas es una “empresa artística libre.” (Guilbaut, 2006, p.25)

Es por ello que a partir de la guerra fría es imposible recorrer la historia de la institución museo y del MoMA en particular, sin adentrarse, en la caza de brujas en la cultura norteamericana así como el combate ideológico y la expansión planetaria del *american way of life* y el impacto de estos hechos sobre la proyección de algunos artistas en los años cincuenta y sesenta. Basta con mencionar que durante la II Guerra Mundial, el MoMA tuvo una participación importante en la organización del ocio de los reclutas y soldados, organizando soirées, abriendo el jardín a los soldados, exportando exposiciones a los campos de batalla, incluidas una serie de fiestas en el jardín del Museo. “Las fiestas a las que asistieron más de 4.000 soldados, comenzaron con una cena bufé y se alargaban hasta las 11 de la noche, con recitales, baile, películas y demás” (Colomina, 2006, p.78). Después del ataque Japonés de Pearl Harbor en 1941, Jame Soby, director del Museo fue nombrado director del Armed Service Program que albergaría el primer programa conocido como el Soldier Art Program (1942), y que tuvo una aplicación inicial combinando terapia ocupacional y exhibiciones de actividades cuyo objetivo era incrementar la moral de la tropa (Ulio, 1945 citado en Sánchez de Miguel, 2012, p.40). El MoMA organizó en 1942 varias muestras monográficas de los trabajos de los soldados que sirvieron para recaudar fondos para el mismo programa.

Si seguimos con Bennett (2009) la idea del museo como un instrumento del poder gubernamental, la exposición *The family of man*, sin lugar a dudas logró articular discursos e imágenes sobre lo humano que reúnen una serie de ideologías que se tradujeron las unas a las otras en un intento de volver invisible las contradicciones sociales y raciales de la misma sociedad norteamericana, así como los efectos y utopías de un orden mundial que se batía entre luchas de descolonización y resistencias. La familia del hombre no sólo negaba la historicidad de la familia humana, sino que despolitizaba las contradicciones existentes y el hecho de que EE.UU a la par que instauraba un discurso de libertad y paz, iniciaba una carrera armamentistas por medio del cual se erigió como una potencia mundial.

La universalidad de familia nuclear reproductiva heterosexual que *The family of man* pretende instaurar, para Haraway (2004) es una "Imagen- Sagrada de lo Idéntico" (p.246). Las divisiones raciales y de clase se ocultaron bajo un aura de unidad en las secuelas de la guerra. Los intentos antirascistas, pacifistas y antimaccartianos de la exposición paradójicamente se resuelven por medio de imágenes en que lo Uno blanco, heterosexual y democrático se erigen como patrimonios de la humanidad idéntica, que a si misma se piensa como universal, libre de fisuras, libre del peso de la historia y que servirán como un paño para amortiguar o negar las evidentes desigualdades, el colonialismo y el rascismo. Un humanismo sensiblero *-la exposición que se ve con el corazón-* que intenta colocar la naturaleza como fondo de la historia y el relato naturalista de la familia heterosexual en los significados del mundo libre. Roland Barthes en el año en que la exposición llega a Paris -1957-se pregunta "¿porqué no preguntar a los padres de Emmet Till, el joven negro asesinado por blancos, que piensan ellos de la gran familia del hombre?...preguntémonos también a los trabajadores norafricanos de la Goutte d'Or que piensan de la gran familia de los hombres" (1988 en VV.AA, 2009 p.448-449)

Para Haraway (2004) *The family of man* -a la que llama el libro de los universales humanos- esta enredada

en un relato teleológico etnoespecífico que continua haciendo sangrar al colectivo humano, o al menos, dejándole hambriento de otros relatos sobre lo que significa ser miembros de una especie y una comunidad. Lo que no está recogido en un relato de la familia reproductiva no es considerado como humano. Para el énfasis de la narrativa fotográfica en la diferencia, esta es la gramática de la indeferencia, de la multiplicación de lo idéntico. (p.276)

La violencia de una imaginaria de lo idéntico y lo universal que emerge de la exposición *que se ve con el corazón*, es una nueva forma de articular prácticas de racismo y sexismo totalmente novedosas, en la medida en que si bien no establece de modo directo una jerarquía de dominación basada en la raza o en la cultura, por el contrario, no advierte o no quiere advertir las historias de dominación y resistencia a través de las cuales *The family of man* se erige como el modelo de una supuesta familia universal.

La naturalidad de la familia -nuclear- del hombre lo que ocultaba era que ésta no tiene nada de natural, por el contrario, que es una especificidad histórica resultado de una serie de conexiones, impulsos y transformaciones desplegadas a partir de los movimientos económicos, políticos, sociales, demográficos y culturales de la guerra Fijría. Puntualmente me interesa analizar la emergencia de un ideal de familia específica al *american way of life* y la *pax americana* que se exportó como ideal moderno de la familia occidental, esto es: blanca, nuclear y heterosexual, que permeó las políticas económicas de corte keynesianas impulsadas por la reconstrucción de posguerra, la creación de los Estados de bienestar del eje occidental, la tecnificación y automatización del hogar y las políticas de natalidad dirigidas a revertir la catástrofe demográfica de la Segunda Guerra Mundial. Este régimen familiar moderno que *The family of man* definía como

natural y universal, era por el contrario nuclear, heterosexual, monogámico, legalmente constituido y basado en una clara diferenciación de roles por género que el consenso historiográfico ha llamado el *modelo de domesticidad*. (Gentili, 2013).

Este modelo de la domesticidad supuso para las mujeres un retroceso en términos de derechos ganados y espacios -físicos y simbólicos- conquistados. Pensemos que para esta época las mujeres solteras mayores de edad gozaban de todos los derechos y capacidades civiles que las leyes reconocían a los hombres (Cosse, 2008). Por primera vez, el sufragio universal se obtuvo en la mayor parte de occidente y, también por primera vez, los derechos educativos se aseguraron para toda la población, asimismo la mano de obra femenina se amplió, así como el acceso a la educación superior (Tyler-May; Pérez, 2012, Cosse, 2008, Friedan, 1965). Estas oportunidades combinadas con la mayor disponibilidad de los métodos anticonceptivos significaba para las mujeres la oportunidad de pensar en una nueva era, “aquella que surgía de las conquistas sufragistas pues un notable contingente de ciudadanas tenían ante sí oportunidades desconocidas en el pasado.” (Valcárcel, 2012, p.21). Ellen Richards, sufragista y fundadora del movimiento de economía doméstica a finales del siglo XIX, imaginaba a la “mujer universitaria” de 1950 en estos términos:

Sería tan agradable de contemplar, tan gentil y tranquila en sus maneras, que resultará inimaginable su pertenencia a la misma raza que las antiguas rebeldes contra el orden establecido, las que, con ojos llenos de suspicacia y tensión en nuestros corazones, si no en nuestros puños, os planteamos ahora la pregunta “¿Qué vais a hacer al respecto?” (Enhreireich & English, 2010, p. 245)

La utopía de Richards, que como veremos más adelante, se basaba en un hogar tecnificado y racionalizado, que daría mayor tiempo a las mujeres para su educación y formación era el trasfondo de una nueva era que podría haber animado a las mujeres a posponer el matrimonio o la maternidad. Sin embargo esto no fue así. El periodo de posguerra supuso un aumento espectacular no sólo de la natalidad -el llamado *baby boom*- sino que además una disminución de la edad de inicio de la maternidad (Modell 1991; Tyler May, 2008, Easterlin, 1968). El matrimonio se pensaba de vital importancia no sólo porque unía a una pareja de por vida, sino también porque consolidaba la identidad adulta al liberarse de los padres. De este modo se ataba la identidad femenina adulta con la constitución y la reproducción de una familia y en el hecho de que la mujer ama de casa era un símbolo de prosperidad económica y respetabilidad social. (Cosse, 2008)

Para Tyler May (2008)

“Virtually every one childbearing age participated in the production the baby boom. Americans of all race, ethnic, and the eligious groups, of all socioeconmics classen and edutacional levels, married younger and had more children than at any other time in the twentieth century.. Black and white, rich and poor, they all broughth the marriage rated up and the divorce rate down. Although the nation remained divided along line of race and class, and only members of prosperous white middle and working classen had acess to the suburban

domesticity that represented the “good life”, family fever swept the nation and affected all Americans” (Tyler May, 2008, p 3)

De acuerdo a Modell (1991) el *baby boom* fue un fenómeno que se presentó principalmente en las mujeres jóvenes entre 20 y 24 años:

La maternidad de las mujeres de estas edades aumentó muy marcadamente a lo largo de 1940 y 1941, y luego se hizo marcadamente menos común año tras año, hasta el final de la guerra. Si 1945 fue testigo del comienzo de la explosión de los matrimonios de la posguerra, 1946 asistió a un baby boom de las mujeres de esta categoría de edad, que fue de hecho un auténtico boom. Y aunque el aumento proporcional disminuyó después de 1946, el número siguió aumentando, marcadamente a lo largo de 1947 se dieron pautas similares, aunque con su alcance menos dramático entre los blancos más jóvenes y más mayores y entre los negros. Por fin se había dado un auge de la maternidad de posguerra completamente universal....Los datos de las edades de los padres muestran que casi no se dio un incremento en el número de hijos de padres menores de 20 años de edad, incluso entre 1945 y 1946, o entre 1946 y 1947, sino un incremento muy pronunciado durante estos años, en el caso de los padres de 20 a 24 años de edad. El compromiso de este grupo a la hora de formar una familia era, de hecho bastante fuerte” (p.252 – 253)

Así mismo y de acuerdo a este mismo autor la proporción de familias que vivían en hogares independientes, sin hijos, hasta 1945, estaba en un poco por debajo de la cifra del censo de 1940. Esto se debía, sobre todo, al número considerablemente ampliado de familias separadas más que a la reducción de la paternidad entre las parejas co-residentes.

Antes de la guerra, la relación de los primeros hijos durante un año había tendido a igualarse aproximadamente a un 60% del número de matrimonios del año anterior. Esta relación no tardó en aumentar hasta un 65% en 1942, para luego disminuir hasta su nivel habitual durante toda la guerra. Sin embargo, en 1946, se dio un auténtico baby boom, y la relación aumentó hasta un 74%. (p.252).

Cabe la pregunta entonces ¿por qué optaron las mujeres antes que nada por el matrimonio y la crianza de los hijos? La respuesta a este pregunta no es sencilla y es lo que pretende explicar este capítulo, pues si bien existe la idea generalizada de que una vez terminada la guerra el consenso nacional fue emplear a los veteranos de guerra y retirar a las mujeres de los puestos de trabajo (Hayden, 1984; Preciado, 2010; Gandelonas, 2007), lo cierto es que las mujeres siguieron formando parte de la mano de obra remunerada, “muy en especial cantidades ingentes de mujeres casadas que habían tenido empleo por primera vez” (Tyler- May, 2012, p.93). Otra explicación es que el auge de un deseo de familia fue el resultado inevitable de un retorno a la paz y la prosperidad, pues después de un periodo de depresión los jóvenes estaban ansiosos de disfrutar de la abundancia en el hogar. Pero tal como afirma Tyler May (2008) la prosperidad ha seguido en muchas guerras, en particular a la Primera Guerra Mundial, sin un aumento similar en el matrimonio y la procreación. Una explicación menos favorable es la que nos ofrece Esping-Andersen (2007) uno



de los teóricos más importantes del estado de bienestar: “una fecundidad muy baja no se corresponde con los deseos y anhelos de los ciudadanos, y a largo plazo, tiene consecuencias sociales desastrosas. (p.11)

Por otro lado, la fascinación por el hogar y el culto a la domesticidad y la maternidad de posguerra no fue un retorno nostálgico, como se podría pensar, al culto victoriano de la domesticidad o el último aliento de la vida familiar “tradicional” materializada en la figura del *ángel del hogar*. La familia del hombre, es decir la familia blanca de clase media de la posguerra, representa algo totalmente nuevo. Fue el primer esfuerzo por crear un hogar que satisficiera prácticamente todas las necesidades personales de sus miembros a través de una vida personal llena de energía y basada en la expresión de los afectos (Tyler May, 2008), y también una familia que a diferencia de la familia victoriana, había descubierto al niño en lo que fue el siglo del niño.

## 5.2. *Inflexiones domésticas*

El *ángel del hogar* victoriano, que la familia de clase media blanca de la posguerra puso en tensión, fue el resultado de una investidura espiritual que la casa burguesa alcanzó durante la revolución industrial y puritana en Inglaterra, que se hizo extensiva como modelo de feminidad y maternidad y que presentaba claramente rasgos religiosos. También fue resultado de otros “pactos patriarcales” o de un contrato sexual que se formaron en torno a la expulsión de las mujeres de los gremios y oficios (Hall, 1987 citada en Mc Dowell, 1999) en ese sentido representaba las ansiedades masculinas de la burguesía propias de la industrialización y la urbanización de las ciudades y de la creación de una división rígida entre lo privado y lo público.

Citando a Mc Dowell (1999), la casa victoriana y las labores reproductivas se pensaban en medio de una ideología del cuidado asociada a la pureza y la abnegación

y muy especialmente la crianza de los hijos se consideraban un “sagrado” deber de la mujer, que, junto al “cabeza de familia”, se protegía en la esfera privada de la dureza del competitivo mundo capitalista. La casa se convirtió en el espacio idealizado de la vida emocional, donde se expresaban plenamente los sentimientos que debían reprimirse fuera de ella; es decir, el espacio del amor, la emoción y la empatía. De este modo, la carga de cuidar a los demás recayó sobre los hombros de las mujeres, a las que, sin embargo, se consideraba más “ángeles” que trabajadoras. Pero como el hogar era también símbolo del estatus de la riqueza del hombre, se estimuló a la mujer no sólo a mantener las mejores condiciones de vida y limpieza sino también a decorarlo y embellecerlo” (p.118)

A diferencia del *ángel del hogar* la nueva feminidad problematiza la condición de mujeres reconocidas como sujetos de derechos ciudadanos y políticos -heredera de la mujer moderna del periodo de pre guerra- con formación elemental, media o superior, protagonistas de una revolución sexual en que la invalidez de la histeria -enfermedad por excelencia de las ángeles del hogar- cedía

a la depresión, las ansiedades y la insatisfacción sexual pero en la que, al igual que sus madres y abuelas, debían poder encontrar en el papel de ama de casa un destino confortable y placentero . (Valcácer, 2011; Friedan,2009; Mc Dowell,1999). Para Friedan en 1963, una de las primeras feministas que logró ver este nuevo escenario, esta ruptura de la figura del ángel del hogar se llamó *mística de la feminidad*:

...La mística de la feminidad había surgido para glorificar el papel de la mujer como ama de casa en el preciso momento en que habían caído las barreras que impedían su plena participación en la sociedad...la “glorificación” del rol femenino, daba pues, la sensación de ser proporcional a la reticencia de la sociedad de tratar a las mujeres como seres humanos completos... (Friedan, 2009, p.135)

Por lo que no se trató simplemente de los eternos pactos patriarcales y de mujeres trabajadoras impelidas a volver a los hogares, sino que de un complejo restablecimiento de un orden tecno-heterosexual blanco atravesado por múltiples y no siempre coherentes estrategias y prácticas discursivas y no discursivas. Una demanda de desocupación femenina que fue pensable – en una misma y peligrosa moneda, en palabras de Tyler-May- con una angustia cada vez mayor a la sexualidad de las mujeres - su emancipación- y como expresión así mismo de la misma utopía feminista con que se inauguraba el cambio del siglo para las mujeres occidentales, encarnada en el movimiento de economía doméstica. ¿Cómo se logró esta síntesis paradójica, en apariencia?

### 5.3. *Del ángel del hogar al movimiento de economía doméstica: la casa y la maternidad científica*

Para comprender la historicidad de la familia blanca de clase media que se alzó como ideal del yo de la *familia del hombre* es necesario analizar los ideales de feminidad y maternidad antes de la guerra, así como la emergencia en el discurso médico, psicológico y jurídico de una etapa del ciclo vital con sus propias características, llamada infancia.

Como ya señalé el *ángel del hogar*, fue el ideal de mujer en la que sostuvo la contradicción entre espacio privado/espacio público que formuló la sociedad industrial. Las histéricas de Charcot y más tarde las de Freud son el prototipo por excelencia de la retórica del género que emerge con la industrialización. La histeria pone en juego la emergencia de un nuevo lugar de las mujeres heterosexuales y blancas en una casa que cada vez más se ve desmantelada de sus funciones productivas.

Uno de los efectos más importantes de la industrialización fue que gran parte de las actividades vinculadas al sostenimiento material de las familias que se realizaban en la casa -que la convertía en una pequeña fábrica de producción de objetos- fue reemplazado por la máquina y por la producción industrial de vestimentas, alimentos, medicamentos, etc.; en ese sentido los oficios domésticos tradicionales pasaron a la fábrica. La casa, en medio de la industrialización, fue un lugar en que por

primera vez en la historia queda excluida de la producción social, cuestión a la que Ehrenreich & English (2010) llaman el *vacío doméstico*.

Antes de la revolución industrial, no habían existido dudas sobre lo que las mujeres tenían que hacer en la casa. Los campesinos del siglo XVIII y de principios del XIX (y casi todas las mujeres eran campesinas entonces) no se limitaban a hacer pasteles de manzana y pañitos bordados; hacían pan, mantequilla, telas, ropas, jabón, velas, medicamentos y las demás cosas esenciales para la supervivencia de la familia...El hogar rural preindustrial era una pequeña fábrica que exigía de sus trabajadoras femeninas una variedad de habilidades y una infinita capacidad de trabajar duro. En realidad las presiones de la producción doméstica dejaban muy poco tiempo libre para las tareas que hoy definiríamos como labores del hogar. Indudablemente, las mujeres anteriores a la revolución industrial eran, con arreglo a las pautas actuales, unas amas de casa muy desaliñadas. En vez de la limpieza diaria o semanal, existía la limpieza de primavera. Las comidas eran sencillas y repetitivas; las ropas se cambiaban con poca frecuencia; y la ropa de la casa se iba acumulando para hacer la colada una vez al mes, o en algunos hogares, una vez cada tres meses. Y dado que para ocasión se necesitaba acarrear y calentar muchos cubos de agua, no había demasiado interés por aumentar los niveles de limpieza. ...Pero a finales del siglo, casi nadie fabricaba ya su almidón ni hervía su colada. En las ciudades, las mujeres compraban el pan, y por lo menos, la ropa interior, enviaban a sus hijos a la escuela y probablemente parte de su ropa a la lavandería y empezaban a discutir las ventajas de los alimentos enlatados” (p 163-165)

El *ángel del hogar* es inseparable del vacío doméstico y de las nuevas demandas biopolíticas que la industrialización realizó a las mujeres: la producción de vida, el aumento de la esperanza de vida, la lucha contra la mortalidad infantil y la producción de niños y niñas saludables.

La mortalidad infantil fue uno de los principales problemas biopolíticos con los que la gran mayoría de los países en vías de industrialización y urbanización se enfrentaron y desplegaron sus líneas correctoras (Rodríguez Ocaña, 1988) y que como problema social, logró articular los espacios de reproducción con lo político/productivo. Desde el punto de vista económico, la mortalidad infantil era un problema porque la vida humana se comienza a pensar como factor de producción, era también un problema ligado al estado-nación, dado que la población era el símbolo del engrandecimiento del poderío del estado y también racial, pues manifestaba un “degeneramiento racial” de la Nación.

Dos fueron los movimientos con lo que se enfrentó la lucha contra la mortalidad infantil y el aumento de las condiciones de salubridad de la población (Nari, 2004; Palacios, 2003) por un lado las políticas estatales higienistas dirigidas a las clases populares y por otro, las actuaciones de los expertos en cuidados de la salud y el hogar dirigidas a las clase medias y más acomodadas, representado en el movimiento de economía doméstica.

Desde el primer movimiento y según Hidalgo (2011) una de las primeras acciones que desarrollaron los estados europeos y occidentales (para abordar los graves problemas de salubridad que afectaba

a la creciente población asalariada del último tercio del siglo XIX), estuvo dirigida a generar legislaciones tanto locales como nacionales, que permitieran controlar dicha situación. Las duras condiciones de vida que afectaban a la población pobre y trabajadora llamaron la atención, en una primera etapa, de las sociedades de beneficencia, y posteriormente dieron lugar a la promulgación de ordenanzas y decretos, que intentarían normar las jornadas de trabajo, la vivienda y la atención social básica de los trabajadores y “sus familias”.

Esta línea correctora se planteó tres objetivos fundamentales: hacer frente a las situaciones de marginación que generaba el funcionamiento del sistema socioeconómico, lo cual fue unido a las políticas de protección de los derechos de los más desfavorecidos o desprotegidos, corregir los desequilibrios y las situaciones disfuncionales que afectaban el orden social; y desarrollar mecanismos de ajustes y compensación de los riesgos sociales, “que fueron convertidos en uno de los ámbitos privilegiados de la acción jurídica” (Domínguez y Virgili, 2011, p 151).

El discurso sobre el pauperismo y las condiciones de trabajo de los obreros y “sus familias”, se llevó a cabo bajo un denominador común que se llamó la “cuestión social”, y que constituyó el rótulo con el cual se le pretendió dar otro nivel de profundidad y seriedad a la problemática general que involucraba a los sectores proletarios. La “cuestión social” se ocuparía de aquellos aspectos vinculados con las condiciones de trabajo, las organizaciones laborales y sus formas de negociación: incluyendo además puntos relativos a la vivienda, educación, la salud y la previsión de los trabajadores.

En América del Sur, la cuestión social se hizo presente con igual fuerza que en Europa, aunque de modo más tardío por el hecho de que los procesos de industrialización y urbanización se dieron en el umbral del siglo XX. Se puede destacar los trabajos del argentino Ernesto Quesada quien en 1895 publica *La iglesia católica y la cuestión social*, del brasileño Gustavo de la Cerda y su trabajo *O problema operario no Brasil*, del chileno Augusto Orrego Luco que en 1894 publica *La cuestión social y en Perú*, Luis Miró Quesada que de forma un poco más tardía, en 1904, escribe *La cuestión obrera en Perú*.

Si bien muchos de estas discusiones, debates y proyectos se formularon a partir de un horizonte común -las condiciones de pobreza de la clase obrera- las explicaciones del origen de la pobreza y los problemas sociales que esta acarreaba, así como los proyectos tendientes al mejoramiento de las condiciones de vida, se formularon a partir de algunos elementos imaginarios neo- coloniales en que se articuló el conflicto de clase con los conflictos de raza existente en las sociedades latinoamericanas; constituyéndose en un campo de batalla en donde se conjugaban los intereses de clase relacionados a la construcción de las jóvenes mestizas naciones.

Por ejemplo en Chile, Perú y Bolivia el problema de los pobres (la pobreza y las epidemias de tifus y cólera principalmente) estuvo fuertemente vinculado a los componentes indígenas presentes en las clases pobres. Para la nueva elite liberal latinoamericana se trataba de formar una civilización y una identidad nacional de la que debían excluirse elementos degenerados, detritus sociales que difícilmente podrían contribuir al mencionado objetivo. La relación entre degeneración biológica y

decadencia social, tantas veces argumentada en esta época, aparece en el pensamiento liberal criollo con gran claridad. Por ejemplo, Benjamin Vicuña Mackena (intelectual e intendente de Santiago de Chile durante la década de los 70's del siglo XIX) advierte del atraso de la raza chilena como una herencia cultural de los indígenas -nomadismo, poligamia, indisciplina laboral- y del pasado agrario y latifundista de la colonia, siempre subordinado al terrateniente o a la iglesia.

El retraso social es argumentado a partir de la pobreza del mundo rural y de la estética indígena (vestimenta, fisiología), que se presenta como la antítesis de la civilización:

Mirad el traje del campesino, del gañán. El de los pobladores de la ciudad se ha transformado casi por entero; pero la vestimenta del peón es siempre la misma; las mismas ojotas, el mismo calzón asiático de tocuyo, el mismo poncho araucano que tenía hasta 1810" (Leyton & Huertas, 2012, p.29)

El nuevo ciudadano debía formar parte de la modernidad industrial y urbana, como proletariado de fábrica, consumidor de tecnología, cosmopolita gobernado por relaciones laborales y por acceso a la información. Civilización y economía expansiva, en suma, propia de un liberalismo que se va afianzando paulatinamente. Se trataba de poner en juego el enfrentamiento entre el pasado indígena y rural y un futuro mestizo y urbano.

En Argentina la "cuestión social" estuvo más vinculada con la inmigración europea y con la introducción de las ideas socialistas y anarquistas por parte de los inmigrantes -italianos principalmente- que más tarde se desarrollaron en el resto del continente. Hacia 1880 las inmigraciones masivas comenzaron a delinear una metamorfosis profunda en la sociedad argentina, iniciando una época que Romero (1956) definió como *aluvial*, en alusión al torrente humano que había transformado definitivamente la fisonomía del país.

Si bien décadas antes, las elites intelectuales criollas argentinas habían imaginado una república basada en los imperativos de poblar el desierto y civilizar la barbarie (Ortiz, 2010) de un territorio inmenso y en la cual la inmigración europea se pensaba entonces como un impulso cultural civilizador -cuyos componentes portarían consigo hábitos de trabajo y disciplina moral- los primeros contingentes cambiaron radicalmente ese imaginario. Atestadas las ciudades del mosaico racial el optimismo original devino rápidamente en preocupación por el orden público (Galeano, 2007). De este modo el imaginario social formulado por las elites hacía del inmigrante una clase extraña y sospechosa, un peligro social en el que se asociaba componentes sociales e ideológicos, una síntesis entre delincuente y anarquista.

La noción de "peligrosidad social" que rondaba en los discursos de las elites occidentales, actuó como fundamento de la acción de los Estados. En ella subyacía la idea de que ciertas situaciones sociales podían llegar a constituir una amenaza al mantenimiento del orden social, y por lo tanto, debían ser controladas y canalizadas para evitarlo.

Las ideas de las elites, la burguesía y la iglesia se enfrentaban a un movimiento obrero que a partir del último tercio del siglo XIX adquirió una relevancia tal, que logró constituirse en una amenaza social y política sin precedentes y que obligó a los estados a desarrollar intervenciones públicas que dieran solución a los diferentes problemas que afectaban a la población pobre. Entre ellas se destacan la obligatoriedad de la educación primaria, la redacción de los códigos del trabajo, los códigos sanitario y las leyes de alquiler (Hidalgo, 2011)

Tal orden debía ser institucionalizado y expresado a través de una normativa en todos los niveles del cuerpo social, incluido el espacio privado de la casa o los juegos infantiles de los niños . Esta acción por supuesto no estuvo libre de críticas, pues planteaba un problema fundamental al liberalismo económico: los límites de la intervención estatal que se definía por si misma como un atentado contra las libertades individuales. En el caso de Latinoamérica, Argentina y Chile principalmente, esto se resolvió a través de la coexistencia del *leserferismo* con un gobierno fuerte y centralizado – expresado en la fórmula de orden y progreso, Diego Portales en Chile y Julio Roca en Argentina- lo que hizo que el intervencionismo social no presentara como ajeno o contrario al consenso liberal imperante.

Dicho intervencionismo se organizó en torno a la conformación de un dispositivo institucional y discursivo de intervención sobre la sociedad urbana, complejo y articulado, y que desde distintos campos de acción, estuvo destinado a regular, “mejorar” y moralizar a los sectores populares de acuerdo a preceptos sanitarios orientados a crear ciudades higiénicas donde la población pudiera vivir saludablemente. (Kohl, 2006)

El higienienismo como “régimen de salud” constituyó algo más que un paradigma médico, y para Kohl (op.cit) se puede hablar de una *utopía higienista* en la cual se traduce la intencionalidad de evitar la enfermedad “apelando a un modelo de sociedad deseable y posible donde ella no exista y que necesariamente debe encontrarse proyectada hacia un futuro signado por la salud” (p. 22). Mejorar el nivel de salud de la población implicaba una serie de cuestiones que claramente trascendían los tradicionales problemas médicos: como mecanismo que buscaba aumento en el rendimiento y la productividad de los trabajadores, luchar contra los desórdenes sociales y las revueltas políticas, así como fórmula de gobierno que evitaría el retraso económico de la Nación.

El interés de la oligarquía por dar orden a la ciudad, así como el de los higienistas por resignificar el ideal civilizatorio a través del acceso de la población a la salud y a la prolongación de la vida, quedaron estrechamente vinculados en un proyecto que más que dar soluciones concretas se articuló como un discurso acerca de lo social “que se impuso por su sentido y por su capacidad de significación”(Kohl, 2006, p 65).

En este dispositivo de higiene urbana puede identificarse dos estrategias de intervención: lo que Suriano (2004) llama “la política social sin Estado” o filantropía y las prácticas sociales del higienismo como estrategias de “defensa social” de la población y que se articularon con la acción del estado a través de la medicalización de la población, la obligatoriedad de la educación primaria, el incentivo al ahorro, la vivienda propia y la higiene de la vivienda.

La consolidación de la clase médica como colectivo social con una proyección sociopolítica constituyó una de las características del escenario político cultural del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. El proceso de modernización y su pretensión de laicización implicó la puesta en juego de los parámetros socioculturales dominantes por parte de ciertos sectores sociales emergentes, entre ellos, la clase médica.

En este contexto, algunos núcleos profesionales médicos elaboraron parámetros culturales laicos con base científica que podían confluir con el discurso ideológico tradicional y su cosmovisión de fundamentación religiosa. Uno de los elementos decisivos en la proyección sociopolítica y en la legitimación cultural del colectivo médico fue, precisamente, su intervención en la revisión de los modelos de género y en la redefinición del cometido social de la mujer. En efecto, los médicos tuvieron una intervención significativa en la difusión de un discurso de género basado en la re conceptualización de la maternidad entendida como deber social femenino, como también en la medicalización y profesionalización de la maternidad a partir de la maternología.(Nash, 1993, p.689)

El proceso de medicalización que se presentó en las sociedades del siglo XIX a ambos lados del Atlántico, con algunas décadas de diferencia, pero común en las últimas décadas del siglo, fue el resultado de la necesidad de las clases dominantes de protegerse de la amenaza que representaban los nuevos pobres: amenaza fisiológica (transmisión de enfermedades), amenaza a la raza (herencia degenerada), amenaza a la moral (alcoholismo, prostitución), amenaza a la propiedad (delincuencia), amenaza al orden social (anarquismo y comunismo).(Kohl, 2006, p. 55)

La casa pasó a constituirse como un problema social central, por su peligrosidad epidémica y su peligrosidad social y política (Hidalgo, 2002, 2001; Calquin, 2011, Kohl, 2006, Enhreinreich & English, 2010) convirtiéndose en objeto de medidas de intervención, inspección y control higiénicos que generaron no pocas resistencias. Tal como apuntaba Engels (1974) en 1872

Las ciencias naturales han demostrado que los llamados “barrios bajos”, donde viven hacinados los trabajadores, constituyen focos de todas las epidemias que periódicamente asolan nuestras ciudades. El cólera, el tifus, la fiebre tifoidea, la viruela y otras devastadoras enfermedades se expanden en el aire pestilente y en las aguas sucias de esos barrios obreros; esos gérmenes casi nunca se extinguen completamente; se desarrollan cuando las circunstancias son favorables y provocan epidemias, que se propagan entonces más allá de sus focos hasta alcanzar los barrios más aireados y sanos, los habitados por los señores capitalistas” (p.37).

En particular la casa se transformó en el blanco de luchas contra el contagio de enfermedades -a través de estrategias preventivas, curativas y de “policía sanitaria”- y contra el contagio de las ideas socialistas y comunistas, también una forma de fijar al trabajador a la empresa y asegurar su disciplinamiento y regularidad. “Los reformistas habían creído que el hogar unifamiliar y ocupado por sus propietarios era la condición material necesaria para el “buen vivir” en su conjunto. Los empresarios pensaban que el “socialismo y el comunismo no arraigan entre quienes tienen sus pies

firmemente plantados en el suelo de América mediante la posesión de una casa” (Enhreich & English, 2010, p.246)

Un artículo periodístico de 1872 del *Manchester Weekly Time*, citado por Engels (1974) habla de las viviendas obreras como un “anticipo de la tumba” (p.68) y un “peligro de epidemia cuya gravedad no vamos a examinar ahora” (p.68)

En Latinoamérica esto estuvo acompañado de un discurso social que expresaba un claro desprecio hacia los pobres, los sentimientos de superioridad racial de las elites y su preocupación por las consecuencias políticas y sociales de la pobreza y el pauperismo, cuestión que se venía expresando en la creciente movilización y conflicto de clase -en diversos ámbitos (trabajo, vivienda especialmente)- instalado por los sectores populares organizados. De este modo el principal foco de atención del proyecto higienista en los espacios domésticos lo constituyeron las viviendas colectivas de los obreros, llamadas “conventillos” o “cités” en Latinoamérica o “Colonias Obrera” en Europa. Folchi (2007) destaca que:

El discurso oficial de la época definió estas viviendas como lugares en los que se veía “todo lo contrario de lo que la higiene pide” y, por lo mismo, fueron vistos como “nidadas de anarquía”; el caldo de cultivo idóneo para los defectos típicos atribuidos a las clases populares: la promiscuidad, la pereza, la rebeldía, etc. (p.361)

Ser conventillero/a trae implícita la idea de pobreza, suciedad, enfermedad pero también, vicio, vagancia, inmoralidad, chisme, promiscuidad sexual, etc. todo ello resumido en la falta de Orden. El desorden característico del conventillo, el abigarrado paisaje humano de sus patios comunes especialmente los días domingos (que fue objeto de discusión de todo un debate periodístico y sanitario) se vincula al problema del desorden social y al contagio como amenaza a las clases pudientes. El conventillo y la casa proletaria se piensa como un foco que irradia infección y que amenaza a la sociedad completa afectando especialmente a los sectores sociales más elevados, sector desde donde surgían los discursos escritos en la prensa, en las ordenanzas municipales, etc. (Calquin, 2011). Su amenaza estaba puesta en la idea de que toda aglomeración de personas que se va produciendo en la ciudad que progresa, era necesariamente la causa del origen del mal y las enfermedades. A través del hilo conductor de los miasmas (la principal causa de las enfermedades hasta inicios del siglo XX) los diversos problemas sociales eran reunidos en una totalidad “integrados mediante un principio unívoco” (Kohl, 2006, p 64.)

Manuel Rojas, escritor y novelista chileno en un célebre novela *Hijo de Ladrón* en 1957 afirma:

Muy poca gente sabe la diferencia que existe entre un individuo criado en un hogar donde hay limpieza, un poco de orden y ciertos principios morales...y otro que, o ha tenido lo que se llama hogar, una casa aparte o unas piezas en ellas y no un cuarto de conventillo en que se hacían el padre con la madre, los hijos y el yerno, algún tío o un allegado, sin luz, sin aire, sin limpieza, sin orden, sin instrucción, sin principios de ninguna especie, morales o de



cualquiera otra índole; el padre llega casi todos los días borracho, grita, escandaliza, pega a la mujer, a los niños y a veces al tío, al yerno o al allegado. (p.37).

El liberalismo y el primer socialismo, aunque con prismas distintos, nutren una idea más antigua: la geografía del espacio doméstico decide la vida del ciudadano, la organiza y lo educa moralmente. (Pizarro, 2000, p.5) La casa se transforma desde entonces en el lugar de formación del buen ciudadano, la habitación en hábito, el reflejo de una subjetividad que se define y se agota en los límites de la casa, como bien lo señala el creador chileno de un pequeño libro que lleva por título *La Habitación* escrito en 1922: "El único remedio es el hogar. El hogar que dignifica. Es la habitación que da hábitos de temperancia, de economía, que da la salud a los hijos y la paz al corazón" (Navarrete, 1922,p.5)

Para preguntarse:

¿Cómo se puede vivir en un covacha estrecha, sin aire, sin luz, con el piso húmedo, donde no se puede tener salud, no diré moral?, ¿cómo esperar que el individuo que nace y crece en este medio ambiente llegue a ser un ciudadano respetuoso de la sociedad y las leyes, amante del trabajo y digno en sus procedimientos?, es algo imposible!. (p.5).

El discurso de los higienistas hizo que los nuevos dispositivos de control social adquirieran un marcado carácter de género: el convencimiento de que el control de las epidemias y la disminución de la mortalidad infantil, estaban estrechamente relacionados a la negligencia e ignorancia de las madres.

Cuando se estudian las causas susceptibles de hacer variar las causas de la mortalidad infantil de un país o de una ciudad, se percibe que, mucho más que ninguna epidemia la ignorancia de las madres y la ausencia de vigilancia de los recién nacidos son los factores que contribuyen a mantener una mortalidad elevada (p.7)

Para Luis Huerta, médico higienista español "Todas las miserias sociales se forjan en el útero de la mujer" (Huerta citado en Nash, 1993, p.694)

De este modo en ambos lados del Atlántico las repúblicas se asociaron con los saberes médicos higienistas en un proyecto de ordenación del sistema corpóreo/espacial que suponía a las mujeres/madres como principales objetos de intervención y adoctrinamiento, instituyendo agencias correccionales que tenían por objeto el disciplinamiento, control y vigilancia de las actuaciones de las madres hacia sus hijos/as a través de campañas de higiene del cuerpo, el espacio y el incentivo de la lactancia materna. (Illanes, 2007; Palacios, 2013; Donzelot, 1998).

Se trataba de establecer un corpus normativo sobre el cuerpo de hombres, mujeres y niños, por medio de dinámicas de exclusión y ritualidad, colocando en el centro del debate el cuerpo de las mujeres como geografía de signación. Con ello se intentaba educar a las madres, pues para los médicos estas no poseían la competencia natural para cumplir con los mandatos de la higiene; la maternidad se transformaba en cuestión de hombres.

Así la maternidad se bate en un campo de batalla en que por un lado es exaltada como parte del destino biológico de las mujeres y por otro, vilipendiada, constantemente enjuiciada y por lo tanto, susceptible de ser mejorada y perfeccionada en una pedagogía -la higiene-- y la esperanza de una utopía, la maternidad científica. La maternidad científica se desarrolló a la par que los nuevos conocimientos acerca de las causas y transmisión de las enfermedades. “La identificación de los gérmenes como causantes de enfermedad, combinada con la creciente comprensión del papel que juega la higiene y el saneamiento en la prevención de enfermedades, situó el frente en esta batalla contra la enfermedad en el espacio doméstico. (Wilkie,2010, p.199)

En el umbral del nuevo siglo el disciplinamiento de los cuidados maternos estuvo estrechamente vinculado a la identificación de los gérmenes como causantes de enfermedad, “combinada con la creciente comprensión del papel que juega la higiene y el saneamiento en la prevención de enfermedades, situó el frente en esta batalla contra la enfermedad en el espacio doméstico. Como mantenedoras de los espacios domésticos reconocidas socialmente, las mujeres fueron consideradas como soldados en esa guerra” (p.198). En ese sentido el trabajo doméstico y la maternidad instalaba nuevos estándares de limpieza entre los que se destacaba la importancia de los saneamientos, el agua limpia, la manipulación correcta de los alimentos y la higiene personal.

Para ser una buena madre a una mujer ya no le bastaba con leer los consejos de un libro sobre la crianza e interpretarlos a su manera, debían seguir las direcciones de los expertos, que eran generalmente médicos varones que esperaban una obediencia ciega (Palacios, 2013, Enhreinreich & English, 2010; Nari, 2004, Wilkie, 2010, Nash, 1993) De este modo se consolidó una gradual apropiación masculina de la maternidad biológica, hasta entonces, una experiencia femenina por excelencia. La maternidad científica era un tropo en que se plasmaban los ideales de progreso, los descubrimientos científicos y la modernidad y que repulsaba la empalagosa concepción romántica del hogar y del ángel del hogar. “El hogar no era un refugio de la sociedad, ni un puerto para la indulgencia personal; era tan importante como la fábrica, incluso era una fábrica” ( Enhreinreich & English, 2010, p.232).

Si el hogar era una fábrica, el disciplinamiento de las madres y de las prácticas de la crianza fue un elemento central, que retenía del modelo del ángel del hogar la idea de que las mujeres eran las cuidadoras por excelencia de los niños, y que éstos tenían “necesidades específicas según su sexo y edad que tenían que ser cubiertas para su desarrollo físico óptimo, y para conocer esas necesidades se requería atención a tiempo completo por parte de la figura maternal.” (Wilkie,2010, p. 198). Esto se concretó en el aumento de la persecución judicial del abandono de los hijos o que no seguían el ideal de buenas madres, la persecución de la “lactancia mercenaria” (Cosse,2008) y la creación de una serie de tradiciones en torno a las madres y a las mujeres -como las fiestas de las madres, los días de las madres, etc (Rodríguez, 1998).

Como afirma Nash (1993) para el caso español en

...este contexto surgió un gran debate en defensa de la lactancia materna frente a la lactancia mercenaria o artificial. Fue constante la insistencia en el peligro que representaba

la lactancia no materna para la sobrevivencia y la salud de los hijos. Muchos escritos intentaban sensibilizar a las madres en torno al "egoísmo imperdonable" que representaba la lactancia ajena y denunciaban a aquellas mujeres que no cumplían con sus deberes biológicos de lactancia materna. La desnutrición y las enfermedades derivadas de la misma como el raquitismo junto con la mortalidad infantil fueron señaladas como los peligros del abandono de la lactancia maternal. (p.695)

La obligación de la lactancia como un hecho más del proceso general de disciplinamiento de los trabajos reproductivos, no sólo apuntaba a los trabajos y los días de las mujeres, también supuso el disciplinamiento de sus emociones. Si pensamos que las emociones no pueden ser reducidas a lo biológico sino que están condicionadas por normas sociales (Hochschild,1975, 1983) las madres "debían" querer a sus hijos de acuerdo a modelos que la maternidad científica y la psicología conductual y taylorista formulaba.

Las mujeres debían conducirse como profesionales en el gobierno racionalizado de la casa. Las visitas a los médicos se volvieron rutinarias y, como dice Apple (1995), la imagen de la 'buena' madre, la madre 'adecuada', era una mujer que buscaba expertos para que la aconsejara sobre la crianza y que seguía los consejos y prohibiciones que se le daban. Asimismo los mayores niveles de alfabetismo entre las clases medias incentivó el uso de cartillas y libros de consejos, en el que se materializaba la relación de saber/poder entre el experto/la madre por medio de la imposición de una disciplina en torno a los cuidados de los y las niños/as. Las madres debían "hacer caso al pie de la letra de lo profesado por el médico. Situando a éste último como el depositario de una verdad natural que articula el orden social. Ello nos permitiría comprender la utilización de términos violentos para referirse a la madre (ignorantes, flojas, desgraciadas, etc.) por ser un sujeto al cual es necesario imponer orden." (Palma, 2009, p.4)

El nuevo siglo se inauguraba con una fe ciega en la ciencia y las madres si tenían algún lugar en él era a condición de sujetarse a un saber atento a los descubrimientos científicos y especialmente a los avances de la higiene, en un contexto en que descuidar la higiene equivalía a maltratar los hijos.

Los principios de la maternidad científica se hicieron llegar a las madres a través de los manuales de expertos, los anuncios, las revistas femeninas, y a través de los profesionales de la medicina el trabajo social, escuelas y grupos en las iglesias. La maternidad científica supuso diferencias de acuerdo al origen social de las madres. Mientras que a las madres de clase media se les trataba de preparar más "para que le brindaran una instrucción moral y profesional a sus hijos, a las madres de los sectores populares se le inculcaba más ciertos principios de salud e higiene inspirados en la moral de la clase alta" (Rodríguez, 1998, p.39)

La maternidad científica no era sólo cuestión de médicos y reformadores, fue también un espacio disputado por las mismas mujeres reformadoras de las clases medias y altas, en lo que se llamó el movimiento de economía doméstica. Este movimiento fue uno de lo más representativos del objetivo de una administración del hogar acorde a los postulados de la higiene y la ciencia. La economía

doméstica, fue un golpe de gracia a la figura del ángel del hogar y al vacío doméstico y así mismo, un espacio de reunión en torno a los antagonismos políticos de la cuestión social.

Para los conservadores, que achacaban la pobreza a las deficiencias personales de quienes las padecían, la preparación en ciencia doméstica era una solución evidente al despilfarro, la intemperancia y la desorganización general. Para los liberales, representaba una forma de ayudar a los pobres a salir adelante en medio del debilitador entorno de los barrios bajos, las viviendas de ínfima calidad, las calles llenas de basura, los comerciantes sin escrúpulos. Y para ambos grupos, enseñar a los pobres a vivir dentro de las posibilidades que les ofrecían sus sueldos, encerraba un valor práctico” (Enhreinrech & English, 2010, p.236)

El movimiento de economía doméstica situó a la ciencia doméstica como una nueva área de conocimiento y fue un elemento indispensable de la mecanización del hogar. Se trataba de una síntesis de química, física, fisiología, ingeniería, higiene, arquitectura y diseño, y no de simples recetas de cocina o fórmulas para ordenar y diseñar la casa. Un sorprendido Gideon (1998) habla que la economía doméstica “trató con detalle las tareas prácticas del hogar -cómo cocinar, lavar y limpiar, como amueblar la casa, o cómo elegir plantas y árboles para el jardín o el huerto- pero en cuanto a recetas de cocina no había ni una” (p.521)

Sus antecedentes se encuentran en la obra de Catherine Beecher “The American Woman’s Home or Principles of Domestic Science”. Fue publicado por primera vez en 1869 y reimpresso en varias ocasiones, era un tomo de 38 capítulos y 500 páginas que ofrecía una descripción exhaustiva de la organización de la casa y el cuidado de los niños y la salud; incluía discusiones acerca de dieta, ejercicio, limpieza e iluminación apropiadas y la forma correcta de ventilar una casa. (Wilkie, 2010; Giedion, 1998). En conjunto con su hermana Harriet Beecher, autora de *La cabaña del tío Tom*, inició una campaña con un profundo espíritu reformista y liberal contra el servicio doméstico. Para las Beecher

todo ser humano ocupa (de acuerdo con la Declaración de la Independencia) un mismo nivel...no hay títulos nobiliarios, ni monopolios, ni clases privilegiadas...cada uno es libre para alzarse y descender como las olas del mar... la condición del servicio doméstico, sin embargo, todavía conserva parte de la influencia de los tiempos feudales...entonces ¿que ocurre con el servicio doméstico? ...un estilo moderado de llevar la casa, con medidas domésticas reducidas, compactas y simples, debe ser, necesariamente, el orden general de vida en América. (Beecher,1869 citada en Gideon, 1998, p. 522).

Por medio de sus minuciosos y meticulosos dibujos las Beecher lograron construir una nueva forma de habitar el espacio doméstico y transformar el diseño de la cocina (Wikie,2010; Gideon, 1998) . Si pensamos que la cocina mecanizada actual se reconocen tres centros de trabajo: almacenamiento, limpieza/preparación y cocinado, los esquemas de las Beecher ya en la década de los 60’s del siglo XIX reconocían estos centros como unidades.

Quien le dio un carácter disciplinario a los principios de la economía doméstica y la elevó al estatus de una ciencia fue Ellen Richard, quien en la década de los 70's del mismo siglo impulsó la formación en esta disciplina en las escuelas e instituciones universitarias. Como apunta Enhreich y English (2010) la economía doméstica se desarrolló en medio de las ansiedades sociales de las transformaciones del género representadas en la obtención del voto y la admisión de las mujeres en las facultades. En un período en que el voto y la educación de las mujeres era una amenaza al modelo del ángel del hogar y a la feminidad, la economía doméstica logró hacer coherentes los derechos políticos de las mujeres con la función materna y su responsabilidad de encargada del gobierno de la casa. Con la economía doméstica se podía estudiar química o griego y "aprender hacer pasteles" (p.228)

La biografía de Richards es un ejemplo contundente de la exclusión de las mujeres de la ciencia y de los modos en cómo las mujeres han creado prácticas de resistencia. Aceptada como alumna "especial" de la carrera de química en el MIT y después de graduada, excluida de la práctica y enseñanza de la química, dirigió sus esfuerzos a crear una nueva ciencia en la que tuviera una posición igual a la de los hombres. Para Richards el trabajo doméstico y la preparación de alimentos eran asuntos importantes que debían ser estudiados científicamente.

El nuevo siglo se inauguraba con una voluntad manifiesta de llenar de actividades la casa dirigidas a combatir los gérmenes, prevenir la mortalidad infantil y llevar a la práctica los principios del "buen vivir". Y buen vivir significaba vivir como vivían los burgueses. Significaba ahorro, orden e intimidad en lugar de espontaneidad y relaciones de vecindad. "Significaba una vida centrada en la familia nuclear, en un hogar limpiamente separado del trabajo productivo (los pollos y los inquilinos tendrían que irse), ordenado con precisión industrial y presidido por un ama de casa de plena dedicación" (p.239). Las madres al transformarse en expertas del cuidado del hogar asumieron infinitas y nuevas tareas y responsabilidades. La nueva maternidad -científica- con su conjunto de prácticas de salud, de dieta, diseño y psicología, lejos de aumentar el tiempo para el cuidado de si mismas -como imaginaba Richards - por el contrario supuso la invención de nuevas tareas domésticas por medio del cual se comenzó a llenar el vacío doméstico y dió a las mujeres la oportunidad de demostrar a sus iguales sus habilidades como madres. (Wilkie, 2010). La madre científica reformuló y reivindicó la tradicional relación mujer-hogar de la división sexual del trabajo, en términos modernos científicos y tecnológicos. De acuerdo a Nari (2004) más allá de sus resultados fue tanto una estrategia de control y disciplinamiento como de promoción y emancipación de la mujer. Si bien la mujer se hallaba socialmente subordinada y jurídicamente tutelada, se le adjudicó un poder doméstico. Lo doméstico podía ser un lugar delimitado, estrecho, como también un espacio de acción vinculado a lo público. Como destacan Enhreich & English (2010)

Al empezar el nuevo siglo, la inválida que languidecía en su chaise longue estaba a punto de terminar su morbosa existencia como ideal femenino. La invalidez de la mujer, solución de los ginecólogos a la cuestión femenina, había sido siempre demasiado exclusiva y exigente. Todo el mundo quería estar "ocupado", "al día" y ni las mujeres más privilegiadas estaban

dispuestas a quedarse sentadas fuera del Siglo Americano con un dolor de cabeza” (Enhrenreich & English, 2010, p. 162).

#### 5.4. *Casas, casas y más casas: las políticas keynesianas, el Estado de Bienestar y la construcción de un hogar moderno.*

Siguiendo a Foucault (2010), la domesticidad, puede ser pensada como lo que el filósofo llama una *realidad transaccional*, es decir una experiencia individual y colectiva que emerge como parte de las tecnologías de gobierno de la posguerra y que supo vincular los múltiples deseos de las mujeres en un deseo monolítico de familia, privacidad, consumo y comunidad. A través de esta nueva domesticidad es que se corporalizaron unas tecnologías de poder/saber dirigidas a gobernar la vida, construyendo a sí mismos cuerpos femeninos, masculinos e infantiles bajo lo que Adrienne Rich (1985) llama el “imperativo heterosexual”. La domesticidad de posguerra como una “realidad transaccional”, apunta a que no es una realidad primera o inmediata o que ha permanecido igual y que por el contrario, es transitoria y situada y que al igual que otras realidades transaccionales como la locura y el sexo, no puede ser pensada sin ese anclaje al espacio material y simbólico, el *topoi*, y que para el caso de la domesticidad lo constituye la casa.

Desenredar la *mística de la feminidad* supone desvelar la función del espacio doméstico en su materialidad -la casa- y en su semiosis, la domesticidad; en que por un lado se pone en juego un conjunto de representaciones y experiencias del tiempo/espacio y por otro, la materia que hace posible aquellas experiencias y representaciones. La *mística de la feminidad* o la nueva domesticidad del consumo - es decir la experiencia del espacio/tiempo doméstico de la posguerra- es inseparable de las curvaturas espacio/temporales que habla Castro (1998) según la cual, todo espacio/temporal se organiza en torno curvaturas espacio/temporales, externas e internas en que por un lado se articulan las fuerzas productivas, las estructuras y por otro la experiencia subjetiva del habitar. De este modo la experiencia espacio/temporal de un ser humano se configura, por el cruce complejo y, a menudo, contradictorio entre ambas curvaturas “Todo espacio/tiempo social parece inextricablemente trenzando, entrelazado, tramado y urdido por una pluralidad de tensores o fuerzas imaginarias, precisamente en la medida en que son reales y materiales.” (p.41)

Los trabajos realizados por la geografía y la teoría arquitectónica feminista o con una sensibilidad en las mujeres, han logrado instalar una modalidad de entender la producción de la subjetividad desafiando la experiencia de la modernidad, preferentemente pensada como una experiencia temporal. De acuerdo al autor citado “en nuestra época el espacio ha dejado ser lo opuesto al sujeto, aquel fetiche moderno iluminista de lo inerte, vacío, mecánico, y abstracto, para devenir una promesa de conciencia y subjetividad (psicótopos, psicotopoi) del mismo modo que había sucedido con el “soporte” temporal en la modernidad. (p.43)

Como ya analicé, la ruptura que la maternidad científica provocó en el victoriano *ángel del hogar*, se vinculó al desplazamiento de una ética del vacío a una ética del trabajo y la actividad, y que tuvo por

condición de posibilidad, la mecanización del hogar. Pero en la mitad del siglo XX el hogar de posguerra supuso no tanto la mecanización de sus tareas como si la automatización del trabajo reproductivo. Como consecuencia de ello la nueva realidad transaccional del trabajo doméstico supuso un desplazamiento de una ética del trabajo y la abnegación, a una ética que Pérez (2012) llama el ocio productivo, una utopía tecnológica basada en la supuesta reducción del trabajo que provocarían la introducción de los "eléctricos servidores" -como se dio en llamar en Argentina a las tecnologías domésticas de la posguerra- para ser ocupado en otras actividades vinculadas al juego de los niños, los pasatiempos, el "hágalo ud. mismo", la participación en actividades de la comunidad, paseos a los centros comerciales y por supuesto, a la lectura de los consejos de los expertos en cuidado del hogar.

La mecanización de las tareas hogareñas supuso instalar nuevas prácticas de vivir modernas y que fueran habilitadas por el mayor acceso a la casa propia y la disponibilidad de tiempo libre. La construcción de los ambientes de la casa, el diseño de sus muebles "y la consulta de revistas de divulgación de saberes técnicos, no sólo eran un medio para ahorrar dinero sino también una fuente de orgullo y satisfacción personal." (Gentili, 2013, p. 41). La consigna de "vivir bien", como una expectativa esencial de la sociedad de consumo, no se resumía en el habitar doméstico, sino que condensaba una actitud global frente a los objetos y servicios producidos por la sociedad en la que la vida doméstica ocupaba un lugar fundamental en esta consigna. El hogar se ubicaba así en el centro de una serie de transformaciones culturales cuyo objetivo era vivir de manera "moderna".

Este término se asociaba a una vida saludable, confortable, urbana, que incorporara la técnica, nuevas pautas estéticas, y un uso de los locales diferente de los tradicionales... las apelaciones se refirieron más a la tecnificación del hogar y a la introducción de una decoración modernista, que a la transformación estructural de la casa. Con este último término (transformación estructural de la casa) nos referimos a los elementos y dispositivos que desde fines del siglo XIX habían incidido en la disposición y tipologías de vivienda, modificando su conformación, sus usos, y con ellos, las pautas culturales del habitar doméstico: introducción de servicios proveídos por red, especificación de locales sanitarios (cocina y baño) e incorporación de los mismos al interior de la vivienda, distinción entre áreas públicas y privadas de la casa, y diferenciación de esta última por roles familiares, sexos y edades " (Ballent, 1996, p 54)

Tal como apuntan Enherich y English (2010) y en su momento Betty Friedan (2009) la automatización del hogar supuso el impulso de nuevas prácticas de higiene y cuidados domésticos, y una demanda del tiempo completo de las mujeres, transformándose en una "carrera" y en una ocupación que demandaba la mayor parte del día y un elemento constituyente de la utopía personal de la mujer moderna. Citada en extenso Betty Friedan nos dice:

El amor sexual y la maternidad tuvieron que constituir toda la vida, tuvieron que agotar, que disponer de todas las energías creadoras de las mujeres. La misma naturaleza de la responsabilidad familiar tuvo que dilatarse para ocupar el lugar de la responsabilidad social.

A medida que esto empieza a ocurrir, cada nuevo aparato economizador de trabajo llevaba aparejada una nueva complicación que exigía un aumento de trabajo casero. Cada nuevo invento que podía haber liberado a las mujeres de los penosos trabajos de la cocina, del lavado, de la limpieza, dejándoles más tiempo libre para otras actividades, le imponía en cambio nuevos trabajos latosos, hasta que el trabajo doméstico no solamente se extendió para llenar el tiempo disponible, sino que difícilmente puede realizarse en dicho tiempo.

La secadora automática de ropa no economiza a una mujer las cuatro o cinco horas semanales que invertía en el tendero si, por ejemplo, hace funcionar la lavadora y la secadora todos los días. En efecto tiene que cargar y descargar la máquina, clasificar las prendas, separarlas, etc. Como decía una joven madre: “en la actualidad es posible lavar las sábanas dos veces por semana. La última semana, cuando se me estropeó la secadora y las sábanas no pudieron cambiarse en ocho días, todos se quejaban. Todos no sentíamos sucios. ¡Me sentía culpable! ¿No le parece esto algo tonto?

La moderna ama de casa norteamericana consume mucho más tiempo lavando y planchando que su madre. Si posee una nevera o una batidora eléctricas, gasta más tiempo cocinando, que una mujer que no posee estos elementos economizadores de trabajo. El frigorífico por el sólo hecho de existir, consume tiempo; las legumbres cultivadas en el jardín, deben ser preparadas para su congelación. Si se posee una batidora eléctrica es preciso utilizarla; esa recetas de cocina a base de puré de castañas, berros y almendras exigen más tiempo que las chuletas de cordero a la parrilla. (p. 67-68)

Esta nueva forma de habitar la casa y de organizar los trabajos reproductivos formuló asimismo, una experiencia temporal del trabajo doméstico basada en el antes y el después, es decir se va instalando una nueva domesticidad que se piensa a si misma como moderna y que rompe con las generaciones anteriores, ruptura vinculada a la especialización, profesionalización y experticia en el consumo y uso de un diversificado mercado de aparatos domésticos y productos de limpieza. La nueva casa se beneficia de un discurso optimista y progresista, de la instauración del confort - heredado principalmente del movimiento de economía doméstica- y el exilio de muchos de los principales artistas e intelectuales europeos del periodo de entreguerras -el modernismo- (Esguevilla, 2009)

Muchas mujeres de las clases medias y elites de los años 50's apostaron por ser modernas, así no tuvieron muy claro en qué consistía dicha modernidad y guiadas por la televisión, la publicidad y el cine fueron construyendo su propio modelo de mujer ideal/moderna que contradecía el mismo ideal de mujer moderna construido en los años de entreguerras. La mujer moderna de la guerra fría consistía en profesionales del cuidado del hogar y como tal usuarias de los avances que la modernización ofrecía y para ello no dudaron en “residir en viviendas diferentes a las acostumbradas, adquirir muebles con formas y materiales novedosos y usar aparatos eléctricos para realizar las faenas domésticas, acciones que como lo vimos ejemplificando anteriormente,



trascendieron el cambio de hábitos y costumbres de todos los miembros de la familia, incluido el servicio doméstico” (Gómez, 2008, p.13)

Considerando estos antecedentes, Ballent (1996) destaca que el momento de la posguerra presenta dos características: 1) la apuesta a la generalización de los beneficios de la modernidad; 2) el énfasis en la velocidad del cambio tecnológico, en un avance que se observaba como abierto e indefinido. De este modo la modernización adquiere múltiples sentidos: estar al día en cuanto a innovación, tendencia y moda; para otros avances tecnológicos y científicos, que los acercaba a una vida dominada por la máquina y la automatización, para otros a la fabricación industrial de objetos de consumo y para la elite intelectual se asimilaba al Movimiento Moderno.

Quizás esta domesticidad de corte tecnológica se vincule también al hecho de que fue una domesticidad llevada a cabo por mujeres con educación y muy jóvenes quienes pusieron en tensión el antes y lo actual, lo antiguo y lo moderno, lo viejo y lo joven. Como sostiene Gentili (2013) los relatos sobre el espacio doméstico así como los estándares con que se ponderaba el trabajo doméstico hicieron aparecer diferencias generacionales

Las mujeres más jóvenes dicen pasar menos tiempo y ser más prácticas en su desempeño que sus madres, permanente y meticulosamente afincadas en ese espacio, a pesar de ser quienes lo privilegiaron en los gastos del hogar y ser sus madres las que hicieron del comedor su lugar predilecto, signo de distinción, ya que no todos podían contar con uno, o escenario del trabajo que realizaban para afuera. (Gentili, 2013, p 40)

En un trabajo sobre la automatización del hogar y la construcción del hogar moderno en Bogotá, Colombia su autora Luz Gómez (2008), recuerda:

Así ir a tomar jugos en licuadoras y no en el tradicional cedazo, se convirtió en todo un plan de fin de semana que terminaba en tertulia y representaba para todos un nuevo ideal a seguir. Para mi abuela, matrona bogotana, estos cambios no pasaron de ser atrocidades, sin ni pies ni cabeza: ¿a quién se la había ocurrido cambiar los muebles capitoneados, robustos y tapizados que parecía que en cualquier momento se iban a partir en pedazos? o ¿desde cuando freír los alimentos con manteca de cerdo se había vuelto dañino para la salud? O ¿cuál era la razón para comer en una vajilla de plástico y no en una de porcelana como siempre se había hecho? (p.11-12)

Como destacan diversas historiadoras (Gideon, 1998, Palmarola, 2011, Lefaucher, 1993) la automatización del hogar fue un proceso acelerado que comenzó en los umbrales del siglo XX en los países desarrollados, a través de la electrificación de la casa, la distribución del gas, la expansión del agua corriente, la conexión con la red de cloacas, etc surgiendo un nuevo estilo de vida —sobre todo en París—, que comprendía entre otras cuestiones una insólita atención a la higiene de la casa, la transformación de los hábitos de alimentación (de largas y complicadas preparaciones a platos de fácil elaboración) y la disminución de la cantidad de empleadas domésticas. Junto a ello los años de posguerra supuso el paso de una economía de guerra a una economía de paz a través del consumo

como condición de la reconstrucción de posguerra y en la que los electrodomésticos se masifican al ser producidos a grandes escalas. De hecho, lograr una economía de paz basada en los principios del keynesianismo fue a condición de que la industria de la producción de armamentos se reconvirtiera en una industria de producción de objeto de consumo. (Colomina, 2006)

En ese sentido, la domesticidad moderna que se inicia desde 1945 no puede ser pensada sin el “terremoto tecnológico” de posguerra (Hobsbawm, 1998) que no sólo contribuyó a mejorar y multiplicar los productos y objetos de antes de la guerra (Colomina, 2006) sino que contribuyó a la creación de

productos desconocidos, incluidos muchos que prácticamente nadie se imaginaba siquiera antes de la guerra. Algunos productos revolucionarios, como los materiales sintéticos conocidos como «plásticos», habían sido desarrollados en el período de entreguerras o incluso habían llegado a ser producidos comercialmente, como el nylon (1935), el poliéster y el polietileno. Otros, como la televisión y los magnetófonos, apenas acababan de salir de su fase experimental. La guerra, con su demanda de alta tecnología, preparó una serie de procesos revolucionarios luego adaptados al uso civil, aunque bastantes más por parte británica (luego también por los Estados Unidos) que entre los alemanes, tan amantes de la ciencia: el radar, el motor a reacción, y varias ideas y técnicas que prepararon el terreno para la electrónica y la tecnología de la información de la posguerra. Sin ellas el transistor (inventado en 1947) y los primeros ordenadores digitales civiles (1946) sin duda habrían aparecido mucho más tarde. (p.267)

Para Betty Friedan (2009) uno de los anzuelos de la mística de la feminidad es la producción de un imaginario de la diversificación y la especialización del trabajo doméstico que actúa como motivo de prestigio de la “profesión: ama de casa.” La mujer frente al mercado diversificado del *american way of life* y el Plan Marshall se transforma en una mujer experta del aseo, la limpieza y el cuidado de los hijos:

Una de las formas por las que el ama de casa realza su prestigio de limpiadora del hogar es por medio del uso de productos especializados para realizar trabajos especializados... Cuando usa un producto para lavar, uno distinto para fregar, un tercero para limpiar las paredes, un cuarto para los suelos, un quinto para las persianas, etc., en vez de usar el mismo producto para todos estos menesteres, tiene menos la sensación de ser una trabajadora no especializada y se siente más como un experto, casi como un ingeniero. Una segunda forma de realzar su papel de ama de casa es inducirle a que haga las ‘cosas a su manera’, a que se convierta en una experta, inventando ella misma sus propios ‘trucos especiales’. (pág.243)

La creación de este nuevo mercado halló un buen terreno en los mismos avances de la condición social y educacional de las mujeres de las clases medias blancas. Se trataba de crear un mercado femenino joven e instruido es decir, familiarizado con las tecnologías y los aparatos tecnológicos, es decir un mercado doméstico que no se resistiera a la utopía del progreso y la automatización. El

“problema que no tiene nombre” de Betty Friedan es el resultado de un doble vínculo creado por el ideal de la mujer moderna, consumidora, usuarias de tecnologías pero habitante de un estrecho mundo llamado casa y que se despliega a través de una demanda por

mantener ocupada a una mujer con formación media y ciertas expectativas profesionales dentro de un hogar tecnificado y ocupar su cabeza con el arreglo personal y domestico compulsivo, así como ocupar sus deseos de participación con reuniones acerca del mejor modo de envasar los alimentos, o dirigir su vida de consumo social hacia la compra de productos cosméticos a domicilio, todo ello, debía tener consecuencias personalmente desastrosas.” (Valcacer, 2011 p.14)

Que las mujeres se convirtieran en expertas del cuidado del hogar y los hijos/as puso en tensión la misma construcción sexual y racial de la figura del experto. Como analizan Enghrenreich y English (2010) la irrupción de los “expertos” (médicos o psicólogos varones occidentales) en ámbitos tradicionalmente femeninos -cuidado del hogar, salud, embarazo y parto, etc- fue uno de los hechos más significativos de la modernidad y una coartada para desalojar y anclar a la vez, a las mujeres de estos dominios.

Pero la mística de la feminidad expresa que

la madre norteamericana se había vuelto realmente más poderosa, de lo que cualquier mujer profesional podía aspirar a ser, probablemente incluso más poderosa que su marido. Había aceptado la solución romántica, pero ahora se veía que en la intimidad de su hogar había acumulado, más y más poder; primero poder sobre los hijos, después -así parecía desde una perspectiva machista- poder sobre la economía.” (p.320)

¿Poder sobre la economía?, ¿de qué modo las expertas en limpieza adquirieron un poder sobre la economía?. Esto es necesario explicar.

### 5.5. *Políticas keynesianas y emergencia del estado de bienestar. Consumo y refamiliarización de lo social*

Para la teoría económica clásica –incluido el marxismo- los trabajos reproductivos son invisibles en la economía acumulativa pues no permite la acumulación de plusvalía directa –aunque lo haga de modo indirecto al garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo del productor-, de este modo el trabajo doméstico de cuidados se considera fuera del proceso de creación de valor. Pese a esto es plausible la hipótesis de que con la emergencia de la sociedad de consumo, los programas de reconstrucción (Plan Marshall) y la creación del estado de bienestar, todos ellos enmarcados en las políticas económicas de corte keynesianas, los trabajos domésticos así como la figura del ama de casa adquieren cierta visibilidad, y pasaron a ser “una fuerza con la que había que contar” (p.320). Una visibilidad y una participación que como veremos no significó necesariamente un mejoramiento

de las condiciones de vida de las mujeres, y menos aún, algo así como una “liberación”. Por el contrario, esta visibilidad y participación asumió la división sexual del trabajo y la reproducción de un régimen heterosexual doméstico en lo que ya señalé como el “imperativo heterosexual”. Estos elementos efectúan un desplazamiento en los mismos análisis feministas de Enghreireich y English (2010), Betty Friedan (1963) o Mc Dowell (2000) que agotan dicha visibilización en los estrechos márgenes de la publicidad, la literatura de los expertos, las representaciones femeninas o cierta crisis de la masculinidad hegemónica, sin profundizar en el afuera histórico, material-económico que hubo tras el impulso neo-doméstico de transformar concienzudamente a las mujeres en consumidoras domésticas.

En ese sentido lo que intento es acudir a la estructura económica no para intelegir la ideología y la experiencia de la domesticidad, sino que para articular dichos discursos más allá de las imágenes o palabras que las mujeres podrían no haber considerado e insertarlos como parte de un complejo tecnológico-económico-imaginaria en que la domesticidad no fue el reflejo de una estructura, sino más bien la condición de posibilidad de la sociedad de la abundancia, entendida como un collage armado por las políticas de bienestar, consumo y modernidad, es decir una domesticidad que asimismo estuvo modelada por estos mismos procesos que ella hizo posible.

Pensemos en la siguiente cita de Enghreireich y English (2010) “el verdadero poder de las amas de casa en la economía de consumo consistía en la capacidad de elegir entre marcas comerciales como Ivory y Lux, entre Bendiz y Westinghouse, entre Cheerios y Sugar Pop.s.” (p.320). Más adelante destacan que

el ama de casa norteamericana, como advirtieron a su regreso muchos soldados, no era ninguna geisha ni una coquette francesa. Era una ajetreada madre, ama de casa y gestora de la economía familiar. En el pequeño espacio del hogar, su cacareado poder económico tenía un significado real. El deber del esposo era ganar dinero, pero gastarlo era tarea de ella. Y en una sociedad de consumo centrada en la vida privada, esa labor parecía cada vez más importante. Desde el punto de vista del hogar, todo lo que interesaba acerca del trabajo masculino era el tamaño del cheque que obtenía, tamaño que el ama de casa iba a confrontar con todos los deseos, necesidades y expectativas de la familia. ¿El marido llevaba 78 dólares semanales a casa? Entonces podía haber niñera para la noche del sábado pero no viaje de vacaciones. ¿Llevaba 200 dólares?. Podría haber campamento de verano para los niños pero ningún mueble nuevo hasta el año siguiente. Mientras ella hiciese las compras y los presupuestos, la decisión seguiría siendo suya. Después de todo la ideología del romanticismo sexual había insistido durante décadas en que la vida privada era “la esfera femenina” (p.325)

Una cita de Mc Dowell (2000) para el caso de Inglaterra, apunta a estos mismos términos:

En las primeras décadas del siglo XX, la asociación del trabajo doméstico con la mujer pasó de ser un “hecho natural” a insitucionalizarse, y ello pese a los paréntesis de las dos guerras mundiales, durante los cuales las mujeres tuvieron que abandonar la casa y descuidar las

tareas domésticas para suplir la falta de mano de obra. Resulta interesante comprobar que durante los periodos de guerra, la propaganda gubernamental comparaba el trabajo industrial con numerosas tareas del hogar, con el objetivo de estimular la participación femenina; así por ejemplo, se llegó a comparar la soldadura con la labor de punto. Sin embargo las mujeres británicas se integraron en el mundo asalariado durante el siglo XX, en calidad de trabajadoras a tiempo parcial, lo que les permitía continuar con su “doble actividad” y la ideología de la “domesticidad” no se vio auténticamente alterada hasta que se produjo el desarrollo del sector de servicios en los años sesenta, asociado a la reestructuración industrial. En las posguerras y el periodo de entreguerras, las tareas domésticas recuperaron su condición de tarea femenina. Así se creó una ciencia doméstica, que se enseñaba en el colegio y las instituciones académicas especialmente a las mujeres, y el trabajo doméstico comenzó a presentarse, por parte de una publicidad industrial cada vez más profesionalizada, como un conjunto racional y sistemático de tareas, que requerían instrumentos y objetos especializados, de modo que la reflexión sobre el papel de la mujer en la esfera doméstica y la contribución de su trabajo a la reproducción del sistema capitalista y el mantenimiento de las estructuras de su propia condición hubo de convertirse en uno de los objetivos principales de las teorías del feminismo (p.123)

Revisando estas autoras pareciera que la construcción de la mujer-madre-consumidora se agota en un mecanismo ideológico eterno y ahistórico -el romanticismo sexual- que no considera el hecho de que por un lado, este romanticismo sexual no era el mismo romanticismo sexual de la preguerra y que por otro, no fue una causa, sino que una herramienta de las demandas de una economía que se hacía posible por medio del consumo familiar. En ese sentido el mismo análisis feminista peca de no -situacional y determinista al pretender pensar en la construcción subjetiva en un eterno femenino que compromete a todas las mujeres en un proyecto crítico más o menos universal y unidireccional. Por otro lado, esta esfera del consumo que se hizo posible por medio una ideología de género que halló en el espacio de la casa su condición de posibilidad, fue una transformación que operó en un lugar irreductible a lo que tradicionalmente llamamos lo privado o lo político y que por el contrario fue el resultado de conexiones precarias y fundamentalmente desterritorializadas entre las necesidades del capital industrial bélico de reciclar la tecnología en desuso, el imaginario global de lo moderno y el *american way of life* y las regulaciones legales y jurídicas promovidas e impulsadas por la emergencia del estado de bienestar bajo una crisis demográfica importante.

La economía de posguerra se organizó en torno a los principios de la escuela de John Keynes economista británico liberal. Para este pensador hay tres elementos que impulsan hacia el crecimiento: salarios, redistribución de la renta y creación de empleo. Pero este pensador tres elementos son los que precisamente el desarrollo de las leyes del mercado no produce. Por el contrario, el mercado produce bajos salarios, distribución desigual y desempleo. Con esto Keynes pone en juego uno de los dogmas más instalados por el liberalismo: la autoregulación. Siguiendo a Sánchez (1997) con Keynes la economía volvió a ser economía/política, al defender una economía mixta en la que la iniciativa privada se combina con la intervención del Estado como medio para

corregir los fallos del mercado. De lo que se trata pues es de socializar la demanda y no la producción.

Para Keynes el motor de la economía es la demanda y no la oferta, por lo que el sector público debe intervenir activamente en la misma con el fin de reactivar la inversión y aumentar la capacidad de consumo de sus ciudadanos, a través de la implementación de programas y políticas de contenido social tendentes a mejorar la capacidad de compra (y de consumo en general) de los colectivos más deprimidos (enfermos, jubilados), pero también de las personas en activo. (Barroso & Castro, s/f). Según Keynes (1991), en las economías capitalistas maduras, basadas en el ahorro, puede detectarse una creciente deficiencia de la demanda agregada. De tal forma, que sólo puede hacerse frente a esa deficiencia estimulando el consumo y la demanda de inversión, lo que implica que el Estado debe intervenir para reorganizar las condiciones de trabajo, de redistribución de la renta y de ocio, lo que impulsaría un ciclo exitoso del crecimiento económico. Por tanto, según este autor, el motor de la actividad económica y de la creación de empleo es la demanda (y no la oferta, como señala la Ley de Say)

Para ello el Estado debe intervenir con programas de obras públicas que reactiven la inversión y con leyes sociales que aumenten la riqueza circulante, tanto en el caso de los trabajadores en activo como de aquellas personas enfermas, jubiladas, etc. De modo particular me interesa analizar dos fenómenos: las políticas habitacionales y de construcción de obras públicas llevadas a cabo por el gobierno de EE.UU y la creación del Sistema de Seguridad social en Inglaterra.

Durante el gobierno de Truman (1945-1953), un amplio programa de medidas sociales – el *Fair Deal*, dirigido a lograr una transición de una economía de guerra a una economía de paz- permitieron por un lado la transformación de los obreros industriales en trabajadores de servicios, beneficiados de mejoras laborales y por otro, la reintegración de los soldados a la vida civil, lo que consolidó la formación de una clase media que accedía de forma sistemática a la vivienda propia, gracias a la ayuda de los programas de vivienda que subsidiaban hasta el 80% del costo de la vivienda y en el que los veteranos de guerra fueron los principales beneficiarios. Estos programas generaron según Esguevillas (2007) 6 millones de casa durante el decenio que va de 1945 a 1956 “en un contexto favorecido por la alta tasa de ahorro acumulada por los ciudadanos durante la guerra” (p.54). Asimismo estos programas consistieron en la construcción de suburbios en serie como son Levintown o Park Forest. Estos programas de ayuda y vivienda se realizaron bajo criterios raciales/ género/clase estrictos. Las políticas de construcción de financiamiento de la Federal Housing Administration (FHA), aseguraban que las casas eran hechas solo para las familias nucleares y blancas y que los indeseables no serían admitidos en estos barrios. De este modo la FHA, así como las políticas discriminatorias bancarias e inmobiliarias, y mismo el racismo de los propietarios blancos fueron en gran parte responsable de la segregación racial en el espacio urbano y suburbano. (Spigel, 2012, 1992; Avila, 2004)

Al estar construido en torno a criterios heterosexistas y racistas - la familia nuclear blanca- estos espacios habitacionales van a sustituir las formas antiguas de espacio público, generando nuevas

formas de pensar la comunidad y reconfigurando de modo profundo las relaciones sociales. Si el centro del espacio suburbano es el matrimonio joven de clase media y de movilidad social ascendente, las articulaciones espaciales de la comunidad suburbana eran diseñados con tal de corresponder los patrones de la familia nuclear y de reproducirlos. Patios de juego, plazas, escuelas y sinagogas devienen lugares urbanos de participación comunitaria. Las personas viejas, los gays y lesbianas, las personas sin casas, las personas solteras y las de color eran simplemente excluidas de estos espacios comunitarios y relegados a las ciudades. (Spigel, 2012/1992b).

La posición fronteriza de la casa respecto a lo público y lo privado se incentiva aún más con la ley de autopistas interestatales de 1956 así como el fomento de la industria de automóviles, hechos que provocan un cambio sustancial en el desarrollo de la ciudad. El gobierno federal - bajo los supuestos keynesianos de que un factor que permite la aceleración de la economía es la inversión pública- promueve la construcción de una densa red de autopistas para conectar las principales ciudades del país. Para Gandelsonas (2007)

La ley de autopistas se puso en práctica a través de una red nacional de carreteras que estimuló el privilegio del coche como medio de transporte, y por consiguiente, asestó un golpe mortal al transporte público. Este predominio del automóvil, a su vez, aceleró el deterioro de los espacios públicos exteriores y peatonales y la generalización de un entorno urbano-suburbano interior. El proceso de suburbanización, incluyendo el crecimiento sistemático de áreas periféricas a un ritmo más rápido que el centro urbano, produjo en unos pocos años una nueva mutación urbana: “la ciudad suburbana” (p.34).

Esta nueva forma urbana – de clase media y alejada de los centros urbanos y laborales- se erige en torno a polaridades evaluadas como positivas o negativas: la ciudad o los downtowns (negativa) frente a las áreas suburbanas (positiva), las áreas residenciales frente a las áreas de trabajo, pero también las divisiones entre clase y raza: la clase media blanca –que cosechaba los beneficios de la riqueza y el estilo de vida americano-, frente a la clase baja negra. Como destaca Tyler- May (2008) los afroamericanos fueron excluidos de la gran mayoría de estas comunidades suburbanas y se les negó los beneficios de la prosperidad estadounidense incluso si podían pagarlos.

Las autopistas y la movilidad urbana junto a la inyección masiva de fondos federales para la compra de viviendas unifamiliares asequibles en desarrollos suburbanos, así como el abandono progresivo del interés por invertir en obras públicas en los centros urbanos (Esguevilla,2007; Galdselsonas, 2007; Spigel, 1992, Avila, 2004), hizo posible que las familias blancas de clase trabajadora crearan un estilo de vida de clase media blanca.

Los nuevos suburbios dibujan el paisaje urbano americano contemporáneo, segregado y monótono, en el que los centros comerciales concentran la vida social de personas encerradas en la privacidad de su núcleo familiar. La casa de posguerra institucionaliza la imagen de la familia americana ideal en el vecindario perfecto, que se apoya en el automóvil, las infraestructuras y los productos de consumo” (Esguevillas, 2007, p.54).

La polaridad casa suburbana-centro urbano produjo una segregación de género y racial mucho más violenta que la que había dominado el espacio metropolitano del siglo XIX. Mientras los hombres conducían sus automóviles por las nuevas autopistas hacia sus lugares de trabajo, las mujeres y los niños quedaban recluidos en los enclaves suburbanos. Dentro de la casa unifamiliar, la mujer se convertía en una trabajadora no-asalariada a tiempo completo al servicio del consumo y de la (re) producción familiar.

En la creación de un imaginario de posguerra de un nuevo estilo de vida familiar, en el que el uso del coche permitió la distancia entre el lugar del trabajo y el lugar de residencia familiar, la casa unifamiliar se piensa como un espacio para un habitar moderno, en el que por un lado, el uso de las tecnologías electrodomésticas vuelven arcaico el espacio de la servidumbre, excluyéndolo y por otro, se construyen espacios individualizados para cada uno de los integrantes de la familia, hecho que también se repitió en los programas habitacionales en Inglaterra del Plan Bedveritge.

Para Preciado (2010) como la casa unifamiliar y el automóvil, la masculinidad y la feminidad de posguerra son

ensamblajes estandarizados que responden a un mismo proceso de industrialización. La casa sub urbana es una fábrica descentrada de producción de nuevos modelos performativos de género, raza y sexualidad. La familia blanca heterosexual no es únicamente una potente unidad económica de producción y consumo, sino, y sobre todo, la matriz del imaginario nacionalista americano “ (p.40)

La casa en ese sentido es un espacio material e imaginario en que es necesario gestionar las distancias entre los cuerpos atravesados por el género y por la raza: que no sean lo suficientemente amplias como para mantener la idea de unidad familiar, pero tampoco tan estrechas, en la que sea posible desplegar la división generacional y el desarrollo de la individualidad. El niño como entidad autónoma encuentra un espacio en la casa y en la subjetividad de las mujeres. En ese sentido la casa unifamiliar tiene por objetivo transformar la vida familiar bajo las claves democráticas del mundo político occidental en que el cuidado de los nuevos actores -los niños- se realizaba por medio un movimiento en que la división sexual del trabajo, fue escasamente cuestionada. Por lo que la casa de la posguerra no puede ser si no pensada desde las tecnologías de objeto como también tecnologías del género y la raza (De Laurentis,2012). Mientras que Virginia Wolf hablaba de la necesidad de una habitación propia para las mujeres, el FHA ya había hecho lo suyo para construir una habitación propia para los niños blancos.

Las demandas de cuidado a tiempo completo de un nuevo sujeto que se piensa como “la infancia del hombre” y la introducción de los electrodomésticos, transformaron la casa en un espacio y en una actividad de tiempo completo para las mujeres; mientras los maridos se ausentaban por largas jornadas para salir a trabajar y los niños abandonaban las fábricas, los campos y su rol productivo en las familias y se introducían de lleno en las aulas escolares, las mujeres eran convocadas al encierro de los hogares.



Que los niños asistieran al colegio y la invención de la infancia como una etapa que necesitaba de cuidados especiales de las mujeres -y sin respuesta efectiva por parte de los estados occidentales- fue uno de los tantos motivos de que las mujeres se mantuvieran en sus casas. Para las mujeres casadas de clase media cuyos maridos tenían

unos ingresos correspondientes con su nivel social, ir a trabajar rara vez representaba una aportación sustancial a los ingresos familiares, aunque sólo fuese porque a las mujeres les pagaban mucho menos que a los hombres en los empleos que tenían a su disposición. La aportación neta a los ingresos familiares podía no ser significativa cuando había que contratar asistentas de pago para que cuidaran de la casa y de los niños (en forma de mujeres de la limpieza y, en Europa, de canguros o chicas aupair) para que la mujer pudiera ganar un sueldo fuera del hogar. Y es que los costes (no sólo económicos) de los matrimonios en los que cada cónyuge trabajaba en lugares con frecuencia muy alejados eran altos (Hosbawm, 1998, p.321)

Pero junto al mercado de automóviles, los suburbios y las carreteras, fue la televisión quien provocó una de las principales transformaciones del imaginario urbano de posguerra. “La televisión trabajaba conjuntamente con el automóvil para restablecer la conexión perdida por el alejamiento del centro urbano” (Gandelsonas, 2007, p.36). El automóvil era la extensión de la casa a la vez que la televisión lo era de la ciudad. El automóvil permitía extender la ciudad hasta la casa y la televisión extendía “la ciudad y su cultura hacia la casa, que se convierte en el lugar en donde el espectador-consumidor de los años 50’s es sistemáticamente construido” (p.44). Con el televisor hombres y mujeres conocían de forma inmediata acontecimientos ocurridos en otras latitudes del planeta y a la vez los modelos de feminidad y masculinidad podían ser exportados como las coca colas o los automóviles. En ese sentido la televisión se incorpora como una tecnología del género que daba una interpretación razonada de los sexos en la sociedad.

Las series de televisión difundidas durante el día, heredaron las estrategias de los llamados woman's films (películas de mujer) creados por el cine de Hollywood. Entre estas últimas había producciones como *La costilla de Adán* (1949), dramas médicos como *Amarga victoria* (1939), historias de horror como *Rebeca* (1940), historias sentimentales como *Carta a una desconocida* (1948) y dramas maternales como *Stella Dallas* (1925 y 1937). En todas ellas el personaje central es una mujer; versan sobre temas y emociones femeninas. Sin embargo, como destaca Higonnet (1993) aun cuando las mujeres tenían en ellas el papel de heroínas o trataran “problemas femeninos”, no dejaban de mostrar “personajes pasivos y patéticos” (p.420) apelando a la identificación de las espectadoras con su sufrimiento. Se trataba de sagas novelescas organizadas en dramas familiares y domésticos que llevadas al límite del melodrama excitaban la imaginación de las mujeres a la vez que las educaban en el consumo, toda vez que los programas de televisión alternaban programas, series y publicidad. La publicidad ofrecía los objetos, pero también las representaciones de un sí misma muy cercanas a los modelos antiguos. También convertía a la mujer en un objeto de placer visual y sexual que años más tarde durante los sesentas, se afirmó violentamente a través del desarrollo de la industria pornográfica.

Con mayor razón que los otros, los woman's films plantean el problema de la actitud de la espectadora. ¿Se ha identificado con lo que ha visto porque se sintió remitida a su experiencia personal, imaginaria o real, o para interiorizar el papel que la sociedad le asigna? En verdad, no se puede responder a esta pregunta. La fascinación de las mujeres por las películas que hablan de ellas oscila entre la sumisión a un marco ideológico autoritario y el placer de un poder efímero, una forma de realización, la conciencia de una diferencia. La tensión que se mantiene en el woman's film entre la negación y la afirmación de sí misma pone en descubierto las contradicciones en las que las mujeres tuvieron que vivir y a las que han tenido que hacer frente. (p.420)

De acuerdo a Pérez (2012) la presencia de los artefactos domésticos como de la televisión en el hogar, fue tanto un símbolo de estatus como de ascenso social: se trataba de objetos asociados a la modernidad y al progreso familiar. La televisión fue un objeto que se movió entre la exclusión hogar-televisión (la pérdida del espacio hogareño que brindaba la chimenea) y para otros, una nueva forma de entender el hogar: un hogar electrónico (Tichi, 1991). Un anuncio de 1944 de la corporación Alan B. Dumont afirmaba en su folleto que “la investigación científica permite a la televisión iluminar tu hogar”. En este sentido, la televisión de acuerdo a Tichi es un reemplazo de lo que llama el hogar-chimenea, un desplazamiento en que el hogar es re-materializado y renovado en el aparato de televisión.

Junto a ello el hogar-televisión también fue representado como habilitando a la comunidad, ya que mirar televisión

fue a menudo una actividad descrita como una experiencia cuasi-teatral en la casa, con amigos y vecinos invitados a ver ciertos programas, tal vez torneos de boxeo o Texaco Star Theatre con Milton Berle. Los dibujos animados mostraban la sala de estar re-acomodada y llena de sillas con telespectadores amontonados en una escalera, simulando ser las butacas de una sala de teatro.” (Spigel, 1992, p.123).

En ese sentido, el lugar fronterizo que ocupa la casa y la domesticidad de posguerra (adentro/afuera), también se organizaba en torno a un lugar fronterizo entre lo público y lo privado. Re-afirmar que la domesticidad de posguerra aporta una diferencia respecto a la domesticidad decimonónica equivale también a señalar que no se trató de una domesticidad cerrada y autosuficiente sino que por el contrario una domesticidad abierta en que la comunidad, el barrio adquiriría una importancia vital en las curvatura espacio/temporal del habitar moderno y tecnológico. El uso compartido del televisor se acompañó de una nueva práctica de participación e integración social y construcción de un sentimiento de comunidad, una modalidad en que la participación pública tenía por fin reforzar el espacio doméstico, la familia nuclear y los ideales de género y de raza: los clubes de padres, los centros de apoderados, la iglesia. La nueva domesticidad no es tanto una retirada de la esfera pública, como la sensación de pertenecer a la comunidad en la que sus habitantes van a asegurar una posición significativa en la esfera pública gracias a su nueva identidad social como propietarios y consumidores privados. Al contrario, “la preocupación central de la nueva

cultura suburbana es la construcción de un espacio discursivo particular a través del cual la familia podría ser de intermediaria entre los deseos contradictorios de un refugio de intimidad, de un lado y de participación en la comunidad, de otra. (p.122)

### 5.6. *El Plan Beveridge y la construcción de la dependencia de las mujeres*

En Inglaterra, en 1942 y en plena ocupación se llevó cabo un ambicioso proyecto de Seguridad Social. Este proyecto, cristalizado en la obra *La seguridad social en Inglaterra. Plan Beveridge*, conocido como *Informe Beveridge* - llamado así por el nombre de su autor, William Henry Beveridge, director de la Escuela de Economía de Londres- establece un Proyecto de Seguro Social Obligatorio en el que se insertarían los seguros sociales en un esquema más amplio de política social. Con esto, se introducía la concepción de bienestar (welfare) despojándolo por completo del sentido de limosna, caridad o beneficencia. (Bock, 1993)

Este plan consideraba la creación de un sistema de beneficios sociales que fuera capaz de proteger a los ciudadanos de lo que para Beveridge son los cuatro graves problemas del ser humano: enfermedad, ignorancia, miseria y ocio. El Programa se erige como una forma de superar lo que Beveridge llama las necesidades y que según su análisis procedían de la interrupción o pérdida de la posibilidad de ganar un salario, por lo que la abolición de la necesidad requiere de una nueva distribución de los ingresos mediante el seguro social. A sí mismo el Plan pretendía enfrentar dos problemas: el aumento significativo de personas en edad de jubilar y la baja natalidad. Respecto a los primeros se consideraba incentivar con subsidios el retraso de la jubilación y lo segundo, dando “preferencia en los desembolsos de carácter social a la protección a la infancia y a la maternidad.” (Beveridge, 2008/1942, p.14).

Dada la magnitud de este Plan es que la historiografía lo ha situado como el punto de partida del Estado de Bienestar (Llanos, 2012, 2013; López, 2011; Domínguez, 1997), y si bien sus desarrollos han sido diversos según los países y continentes, lo cierto es que su relevancia para la historia de las mujeres se vincula al hecho de que no se trata sólo un mero esqueleto de regulaciones sociales de seguridad (Wintersberge, 2006), sino más bien de una estructura en la que se solidifican las relaciones de poder entre sujetos, familias, mercados y estados; entre esferas de producción y consumo; entre capital y trabajo (y trabajo de cuidados); entre derechos y deberes.

Para Beveridge la finalidad del Plan de Seguridad Social es “abolir la necesidad, asegurando a todos los ciudadanos que quieran trabajar, según su aptitud, un ingreso suficiente para que puedan atender sus necesidades.” (p.95) Las provisiones que el Plan aseguraba eran a) Asignaciones infantiles para hijos menores hasta la edad de quince años o, si se amplía la edad escolar, hasta los diez y seis años. b) Servicios completos de salubridad y convalecencia para prevenir y curar las enfermedades y restablecer a los individuos en su capacidad de trabajo, disfrutando de dichos servicios todas las personas sin distinción. c) Continuidad en el trabajo, es decir, evitar el paro colectivo. (op.cit, p.59)

El Programa incluía un sistema de seguridad social unitario que administraría las pensiones (enfermedades, maternidad, vejez, viudedad y desempleo) y aplicable a toda la población. Se consideraba un servicio nacional de salud (atención médica gratuita con cobertura universal) y un sistema de asistencia nacional (para complementar los subsidios de la Seguridad Social cuando fueran insuficientes), extendiendo los beneficios a la educación, la vivienda y la atención especializada a niños y niñas. (Barroso y Castro, s/f)

El Plan Beveridge produce dos tipos de beneficiarios: los individuos solteros y las parejas casadas. Los individuos solteros obtienen sus derechos sociales a través de sus contribuciones y las parejas son valoradas como una unidad. Se crea un tipo de clase de beneficiarias que son las Amas de Casa que incluía las previsiones siguientes: 1) Boda, por medio de la asignación dotal. 2) Parto, por medio de la asignación de maternidad en todas las Clases y, si se trata de una mujer casada con trabajo retribuido, por medio, además, del subsidio de maternidad durante cierto período antes y después del parto. 3) Interrupción o cese de las ganancias del marido debido a paro, incapacidad o retiro, necesidad cubierta por su participación en el subsidio o pensión conjuntos con el marido. 4) Viudez, cubierta en forma que varía según las circunstancias, comprendiendo subsidio temporal de viudedad hasta encontrar medio de vida, subsidio de tutela si ha de cuidar de hijos menores, y subsidio de readaptación profesional o aprendizaje cuando no tenga hijos menores a su cuidado. 5) Separación conyugal, es decir, pérdida del sustento por separación legal o abandono probado, cubierta por aplicación de las previsiones de viudedad, incluyendo el subsidio de separación, el de tutela y el de readaptación o aprendizaje. 6) Imposibilidad de atender los trabajos de la casa; necesidad cubierta mediante el pago de una ayuda por enfermedad como complemento del tratamiento médico.

El subsidio para las Amas de Casa se pensaba como una fórmula que desestimulaba la incorporación femenina al mercado laboral y que por el contrario estimulaba la maternidad en familia. Así también se consideraba que los hombres eran los encargados de ganar el pan y a las mujeres se les encomendaba la labor de cuidar de los demás miembros de la familia además de ser amas de casa, según Esping-Andersen (2004) incluso los trabajadores podían permitirse el "lujo" de una ama de casa a tiempo completo. El plan impulsaba medidas que presionaba a las mujeres para que se quedasen en casa mientras sus hijos eran jóvenes, eludiendo la responsabilidad de proporcionar provisiones para satisfacer estas necesidades de cuidado de los miembros dependientes. En ese sentido se identificaba al matrimonio como forma natural de la sociedad (Saraceno, 2000, Madruga, 2006). Beveridge abogaba por el reconocimiento de los trabajos de cuidados desempeñados por las mujeres por el hecho de que

...con el índice actual de natalicios no puede continuar la raza británica; hay que encontrar el medio de que cambie la curva de la escala de natalidad registrada en los últimos tiempos. No es verosímil que las bonificaciones infantiles y otros alicientes económicos sean bastante incentivo para inducir a tener hijos a los padres que no los desean. Pero las bonificaciones infantiles pueden coadyuvar a elevar la escala de natalidad, cumpliendo los anhelos de aquellos padres que querrían más hijos, siempre que los nuevos no vengan a comerse el

pan de los que nacieron antes, y demostrando al mismo tiempo un interés nacional por la infancia que serviría de pauta a la opinión pública. En cuanto a las atenciones que deben ser prodigadas a la infancia, si bien las posibilidades del futuro permitirán sostener familias más numerosas que en la actualidad, las pequeñas familias de hoy hacen ya necesario que cada vida infantil pueda recibir los mejores cuidados que sea posible. En la infancia es cuando se forma el hombre fuerte. Las bonificaciones infantiles deben ser consideradas, tanto como ayuda a los padres para hacer frente a sus obligaciones que como aceptación de nuevos deberes por parte de la sociedad. (p.80)

La política familiarista del Plan no era novedad, desde las décadas de los 30's que en Francia, Inglaterra, España, Alemania e Italia, se venía promoviendo subsidios y ayudas estatales según la proporción de hijos y que según diversas autoras (Oiberman, 2006, Pautassi, 2003, Bock,1993) constituían subsidios a la madre en el hogar. El Plan unía el reconocimiento legal de la igualdad entre hombre y mujer al incentivo de la mujer de atender a la familia, de ahí que la defensa de un modelo familiar concreto excluía ayudas destinadas a madres solteras y sus hijos, a la convivencia no matrimonial, a familias monoparentales y a personas solas. "En Francia, concretamente, el fomento de la exclusión de la mujer del mercado laboral –consolidado por el sistema Beveridge mediante los subsidios a familias en que sólo uno de los miembros recibía ingresos– se mantuvo hasta 1972 (Saraceno, 2002, p.353-355).

El trabajo remunerado de jornada completa era concebido por el Informe Beveridge como el principal medio de distribuir ingresos, creando una diferencia clara entre el trabajo remunerado y el no remunerado, entre el trabajo productivo y el trabajo doméstico. Por un lado, las principales prestaciones del sistema tenían la finalidad de sustituir o reemplazar ingresos y no subsidiarlos, y por tanto se pagaba solo en aquellas situaciones donde hubiese una razón aceptable para no estar empleada. "Por otro lado, Beveridge encontró grandes dificultades al intentar ajustar a las mujeres a un Sistema de Seguridad Social pues estaba unido al mercado laboral" (Madrugá, 2006,p.160)

Las mujeres podían acceder a ese sistema como trabajadoras o bien, como esposas o viudas de hombres que estuvieran asegurados. Difícilmente, las mujeres encontrar cabida en ese sistema de Seguridad Social en calidad de madres o de cuidadoras de adultos dependientes. El plan introdujo sendas prestaciones familiares que complementaban las existentes -subsidio de leche y subvenciones a familias numerosas – bajo el argumento de hacer frente al problema de la pobreza en las familias numerosas. Por tanto, la única esperanza para las mujeres solas eran las prestaciones familiares. Estas suponían una solución parcial en tanto en cuanto la cobertura de la misma englobase a todos los hijos (Saraceno, 2002, p.160)

Desde un primer momento Beveridge consideró que las prestaciones para las mujeres separadas, divorciadas y abandonadas debían tener en cuenta el modo como se había producido la separación legal, así como las condiciones de la misma y la pensión compensatoria. En primer lugar si era o no posible que las mujeres se beneficiasen de las contribuciones del marido en el caso de que ellas fueran culpables de la ruptura matrimonial o viceversa. En segundo lugar, la posibilidad de una

cobertura doble para las mujeres respecto al derecho de la Seguridad Social y el derecho privado o familiar en caso de divorcio. Por último surgía el problema de probar el estado de mujer separada o abandonada. “Ante la dificultad de considerar la finalización del matrimonio como un riesgo análogo al de los accidentes laborales se optó por dejar a estas mujeres al amparo del sistema de la Asistencia Social. (p.160)

El Plan fomentaba por lo tanto, un modelo concreto de organización del trabajo reproductivo y relaciones de dependencia dentro de la familia y una determinada relación del trabajo entre los sexos y entre las generaciones. Los acuerdos sobre el estado de bienestar británico descansaron sobre salarios masculinos, pleno empleo y familias estables sin tener en cuenta si esos factores afectaban a una parte de la población o no. Para Beveridge (1998/1942)

La sociedad está construida en el trabajo...su unidad ideal es la familia del hombre, esposa y niños mantenidos solamente por los ingresos del primero...La esposa en tanto al menos mientras ella esté encaminando y cuidando a los niños, no debe tener otra tarea. (p.15)

Este discurso familiarista distaba de la realidad de las mujeres británicas, pues muchos de los trabajos en que se requería habilidad manual fueron particularmente ocupados por las mujeres. También el mayor acceso a la educación secundaria y universitaria impulsada por el mismo plan a diferencia de las mujeres estadounidense, permitió que muchas mujeres se insertaran en las ocupaciones vinculadas a los servicios. Así mismo el paso de una industria pesada a una vinculada al consumo de tecnología doméstica y la producción de automóviles, como la introducción de la cinta transportadora -que dependía menos de los artesanos y más de los trabajadores semiespecializados- permitió que las mujeres obreras menos calificadas encontrasen un espacio laboral como obreras semi-calificadas. De este modo, con el advenimiento de producción de consumo de masas, las mujeres asumieron una nueva y elevada importancia en la fuerza laboral industrial (Glucksman, 1990). Las mujeres de este modo transitaban en las tecnologías domésticas tanto como consumidoras como productoras.

De acuerdo a Good (2002) en 1931 el 25% del total de las mujeres inglesas formaba parte de la fuerza laboral en el que el 10% eran mujeres casadas. Para 1961 el 40% de las mujeres formaba parte de la fuerza laboral con un 35% de esa fuerza constituida por mujeres casadas. “Durante el periodo de posguerra, las trabajadoras, tanto casadas como solteras, continuaron ingresando en industrias que no sólo estaban bien establecidas, sino también específicamente diseñadas para demandar fuerza de trabajo femenina” (p.5). A pesar de que las remuneraciones eran considerablemente más bajas que las de los varones para las mujeres el trabajo significaba autonomía, consumo de bienes (maquillajes, vestuario, etc) implicaba también recursos para obtener una vivienda propia, en un contexto en que la guerra destruyó miles de viviendas y obligó a muchas familias a compartir sus hogares con las familias extensas o con los vecinos.

Uno de los arreglos que realizaron las mujeres para lograr insertarse en el mercado laboral fue el reclutamiento de las hijas adolescentes como madres sustitutas. Esto es clave para acusar a la política social del estado de bienestar de familiarista y centrada en la reproducción de las mujeres,

pues si bien el discurso se centraba en ayudar a las familias numerosas, esto no incorporó guarderías ni subsidios que permitieran a las mujeres contar con servicios de cuidados. Las resistencias de las mujeres a quedarse en los hogares, significó forzar a las hijas que asumieran los cuidados maternos antes que ellas mismas se transformaran en madres, reforzando así mismo la transmisión generacional de los estereotipos femeninos y maternos. Los relatos de vida que Good (2002) analiza traen al presente los recuerdos de la construcción de un estado de bienestar basado en el trabajo productivo/reproductivo exclusivamente de las mujeres: "Entre las 4.30 Pm y las 9:30 PM se esperaba de muchas hijas que alimentaran, bañaran y pusieran en la cama a sus jóvenes hermanos y hermanas, mientras Mami estaba en el trabajo. Estos deberes caían en las hijas antes que en los hijos" (p.6)

A la vez que se reafirmaba la familia heterosexual el Plan Bedveridge fue una plataforma que impulsó el consumo de tecnologías domésticas (Gómez, 2008) pues se conformaron "brigadas educativas que enseñaron a las jóvenes amas de casa el manejo de las nuevas tecnologías doméstica" (p.23).

De esta forma se desplegaba un "efecto irónico" (p.4) entre una política familiarista que abogaba por que las mujeres se mantuvieran en sus casas como reproductoras, cuidadoras y consumidoras de tecnologías domésticas y por otro, una demanda de mujeres en la producción precarizada de esas mismas tecnologías domésticas, por medio de las cuales se pretendía atarlas al hogar.

**6. LA POSGUERRA Y EL NACIMIENTO DE UN  
NUEVO OBJETO DE ESTUDIO: LOS  
CUIDADOS Y EL APEGO**



*Así pues me he preguntado ¿Cómo podemos someter el psicoanálisis a una mayor disciplina científica sin sacrificar sus contribuciones que son únicas? (Bolwby, 1986, p.62)*

*Aunque muchos de mis ensayos y mis charlas radiofónicas están dirigidos a las madres, no es probable que las madres jóvenes a quienes más atañan, los lean o los escuchen. No deseo alterar esa situación. No puedo suponer que las madres jóvenes necesiten saber qué es o que hacen cuando descubren que gozan cuidado de sus propios hijos. Como es natural, temen que los textos informativos pueden arruinar ese placer y su experiencia creadora, el elemento esencial para la satisfacción y el crecimiento. La madre joven necesita protección e información, y el asesoramiento que la ciencia médica esté en condiciones de ofrecerle acerca del cuidado corporal y la prevención de accidentes evitables. Necesita un médico y una enfermera conocidos y dignos de confianza. Necesita asimismo, el amor de un marido y experiencias sexuales satisfactorias... (Winnicott, 2011,p.147)*

En *Políticas de la vida*, Nicolás Rose (2007) sostiene que en el nuevo campo de la biopolítica que emerge después de la Segunda Guerra Mundial, la biología, no es el destino, como pensaba Freud, sino oportunidad: descubrir la base biológica de las enfermedades, de la subjetividad o del comportamiento social no es resignarse a un cuerpo inmanejable, sino que por el contrario, abrirse a lo que este sociólogo denomina como la esperanza. Esto tiene que ver con que la biopolítica contemporánea más que una estrategia o un concepto, es una “perspectiva”, es decir un campo de visión en el que caben una variedad de intentos, formas y estrategias de regulación corporal llevados a cabo por diferentes autoridades (políticas, científicas, entre otras) dirigidos a intervenir en las características vitales de los seres humanos. Se trata entonces de las intrínsecas conexiones entre la administración de las poblaciones y el gobierno de los cuerpos, en medio de una lucha en torno a los modos en que la vida humana se problematiza, piensa e interviene.

Desde esta perspectiva, es indudable que uno de las cuestiones biopolíticas que marcó la historia social del siglo XX, fue la espectacular reducción de la muerte infantil. De acuerdo a las cifras presentadas por Lefaucheur (1993)

*...en 1930, las tasas de mortalidad infantil, si se mide la proporción de niños fallecidos antes de cumplir el primer año de vida, no fueron en ningún sitio inferiores al 3,5 por 100, y en los países mediterráneos, Europa Central y Japón superaron el 10 por 100. En 1955 cayeron por debajo del 5 por 100, y en 1965 por debajo del 2,5 por 100 en todos los países occidentales, con excepción de los mediterráneos. En 1989, no sobrepasaba el 0,8 por 100 en Canadá ni en la mayor parte de los países de Europa del norte y del oeste; en Suecia y en Finlandia eran incluso inferiores al 0,6 por 100, y en Japón no llegaba al 0,5 por 100... (p. 488)*

En Chile, en menos de 50 años -1900 y 1950- la tasa de mortalidad infantil descendió de 342 a 150 por mil nacidos vivos y entre los años 1900 y 2003, disminuyó de 342 a 7,8 por mil nacidos vivos, con un 97% de descenso. (Medina & Kaempffer, 2007)

Si bien la mirada disciplinaria de la historia de la salud pública y la demografía, describen este hecho como un triunfo de la medicina en su alianza con el estado social, es claro que este logro no puede ser pensado como el resultado de una única estrategia de regulación implementada por el estado. La reducción de la muerte infantil estuvo estrechamente vinculada a múltiples estrategias y formas de administración de las ciudades, el espacio y las formas de socialidad, así como a diversas prácticas de subjetivación individual y colectiva, entre lo que cabe destacar: la introducción de las tecnologías y pedagogías de la higiene en los hogares, el movimiento de economía doméstica, el trabajo de las mujeres en los ámbitos de los cuidados y la crianza ; y las nuevas formas que adoptó el amor de madre, que como hemos ido analizando, hicieron de la higiene un elemento central.

En este sentido la reducción de la muerte infantil fue el resultado de una red en el que se interconectan múltiples líneas de fuerza: prácticas, sujetos y saberes.

Como mostramos en el capítulo anterior, la revolución tecnológica a la par que reorganizó los tiempos y deseos de las mujeres, introdujo cambios sustanciales en los hábitos y prácticas de alimentación, higiene, vestuario, etc. es decir cambios sustanciales en los modos de reproducir y sostener la vida. En menos de 100 años una nueva cultura de la higiene se instaló en los hogares, en las escuelas y en los hospitales. Esta contemporización de la higiene, transformó las vidas cotidianas de las familias y las humanas, introduciéndose de modo visible en los modos culturales de satisfacer las necesidades de los sujetos, especialmente en lo que respecta a las dietas y la alimentación humanas y de modo privilegiado, en las dietas de los bebés. Esto no sólo ayudó a reducir la muerte infantil, sino que separar la gestación de la alimentación, “acortar el periodo medio de amamantamiento y extender la población de individuos capaces de reemplazar a la genitora en la alimentación de los hijos pequeños. “ (Lafaucher, 2000, p.490) así, la obligatoriedad de la lactancia o la recurrencia a las nodrizas u a otros mamíferos, eran huellas de un régimen anticuado y tradicional.

Con la esterilización de la leche animal, de los biberones y las tetinas, así como con el perfeccionamiento de leches y alimentos industriales para bebés, cualquier individuo, fuera cual fuese su sexo —y, por tanto, lo que es una inmensa novedad histórica, el padre— tenía la ocasión de reemplazar a la madre en la alimentación del recién nacido.

Más aún, mientras que la nodriza tenía que sustituir de modo permanente a la madre, una persona que diera el biberón podía hacerlo de manera episódica o discontinua. Así, pues, desde el punto de vista técnico, la madre ya no era imprescindible, para asegurar la supervivencia del recién nacido. En consecuencia, las nuevas técnicas de alimentación del lactante posibilitaron una nueva división del trabajo de alimentación tanto en el seno de la pareja de progenitores como entre ésta y otras personas (familia, vecinos, amigos, empleadas) o instituciones (guarderías infantiles).

También, y como analizamos en el capítulo anterior, pese a estas transformaciones y posibilidades que la tecno-ciencia ofrecía a las humanas, el fin de la Segunda Guerra Mundial fue el escenario de un retorno a la madre como objeto de discusión en el campo de las ideas “psi”, que impulsó las rupturas epistemológicas más relevantes del psicoanálisis contemporáneo. La década que va desde 1940 a 1960 asistió a un proceso de producción acelerado de teorías y axiomas vinculados a, por un

lado, incorporar dentro de las explicaciones del “aparato psíquico” freudiano, la función materna, hasta ese momento eclipsada por la predominancia de la relación padre-hijo impulsada por la interpretación freudiana del mito griego de Edipo, por otro, explicar la patología mental a partir de las insuficiencias en las relaciones y objetos de amor más tempranos y finalmente, explicar algunos elementos de la técnica psicoanalítica –como el amor de transferencia- en términos de amor materno del analista hacia el paciente.

De modo puntual, me interesa analizar un elemento de toda esta mutación conceptual y discursiva que operó en el psicoanálisis durante el periodo de la posguerra y el inicio de la guerra fría, y que desde mi punto de vista expresa de modo ejemplar la relación y articulación saber/poder en la emergencia de un nuevo paradigma en el campo “psi”, con las nuevas prácticas y tecnologías del gobierno de la subjetividad, así como las nuevas alianzas socio-técnicas que emergen con la Segunda Guerra Mundial entre el psicoanálisis, las tecnologías (tecno-ciencia), el complejo industrial-militar y el nacimiento del estado de bienestar. Todo esto en medio de la lucha por la hegemonía mundial.

Lo importante de esta nueva configuración es que la madre deviene un híbrido en el que es posible identificar por un lado una mezcla entre humana y tecnologías (en palabras de Haraway un *cyborg*, vinculada a la tecnologización del espacio doméstico y las prácticas de crianza, ver capítulo anterior) y por otro, un híbrido compuesto por humanas y animales, en la medida en que la etología (estudio de la conducta animal) y la primatología (estudio de los primates) se transformaron en el fundamento empírico y en la verdad legitimadora de las ideas psicoanalíticas sobre lo materno. Híbridos que asimismo devienen como un objeto biológico, que desde la Segunda Guerra Mundial, sobreviene como objeto de una biología cibernética.

Este capítulo final analiza el concepto de *apego* elaborado por el psicoanalista inglés, John Bowlby, como un constructo que se halla en el centro de lo que se llamó *el giro hacia la madre* de la teoría psicoanalítica de los primeros años de posguerra mundial. El trabajo de Bowlby supuso una nueva *regla de formación del discurso* (Foucault, 2010c), en el que la biología se erigió como un traductor privilegiado de la experiencia de las individuos en cuanto sujetos sociales, y por medio de la cual las nociones de humanidad, crianza, infancia y maternidad adquirieron nuevos significados a la luz de los descubrimientos llevados a cabo por las nuevas ciencias del control y la información que se erigieron como paradigmas de lo biológico.

En este sentido me interesa analizar la serie de conexiones teóricas y materiales, que hicieron posible un discurso sobre el *apego* del niño hacia la madre y el amor de madre, y que también hicieron posible en alguna medida, la emergencia de este *nuevo orden mundial S.A* (Haraway, 2004), y en lo que podemos destacar, un nuevo orden en que los híbridos compuestos por las ciencias “psi”, las ciencias biológicas y las tecnologías de guerra, se erigen como la nueva ciencia del Estado.

No está de más destacar que este concepto de *apego*, como el resto de las ideas psicoanalíticas de posguerra sobre el amor de la madre, resonaron ampliamente con las preocupaciones y ansiedades sociales generalizadas sobre el género y la sexualidad de la guerra fría que analizamos en el

capítulo anterior. El apego fue parte de las discusiones sobre la familia nuclear en la era nuclear. Principalmente los y las analistas de niñas y niños hicieron del apego infantil y del amor materno, una preocupación pública central, especialmente en los debates acerca de los roles parentales. Basta con señalar que este grupo de psicoanalistas liderado por Bolwby, difundieron sus ideas acerca del amor de madre en instancias tan distintas como radios, cines, conferencias en asociaciones profesionales, científicas y de la comunidad, entre otras, y al sostener que el amor de madre era una necesidad biológica de los niños, estos teóricos introdujeron un nuevo elemento en la historia e imaginarios culturales de las justificaciones y explicaciones del género y la práctica social de la maternidad.

Al igual que el arte moderno, el psicoanálisis que se desarrolló durante las décadas de los 50's, heredó en sus conceptualizaciones y prácticas institucionales, los efectos culturales y políticos del desplazamiento geográfico del centro neurálgico de producción intelectual de este movimiento, impulsado por el éxodo masivo de psicoanalistas europeos a EE.UU, siendo esta último quien apoyó y financió través de fundaciones y universidades, el resurgimiento de la institución psicoanalítica una vez derrotado el fascismo.

De este modo la teoría absorbió y contribuyó al conjunto de significados culturales sobre la familia y la infancia propios de la domesticidad del *american way of life* de la guerra fría, a través de un movimiento que se dedicó a re-elaborar los clásicos temas del amor y la transferencia por medio de la figura de la madre, trayendo como consecuencia cierta feminización de la teoría, en el sentido de que los temas relacionales, del cuidado y el amor materno adquirieron preminencia. Esto decantó, una década más tarde, en la formulación por parte de algunas teóricas más o menos vinculadas al psicoanálisis, hacia la producción de una ética del cuidado, que de acuerdo a sus mismas ideas se pensó como una ruptura en los modos de pensar la ética –racionalista- predominante en el discurso de la filosofía moral de la historia moderna de occidente.

Pero a la vez que la teoría y la práctica terapéutica se feminizó, el periodo de las guerras y la posguerra promovió una re- masculinización de la institución, especialmente en la definición de los sujetos autorizados para ejercer la práctica psicoanalítica. En ese sentido el amor de madre, el cuidado y la relación fue un campo de batalla en que las cuestiones de género fueron fundamentales, pero en el que el silencio de las mujeres también fue sustancial. Las nuevas regulaciones de la práctica del psicoanálisis en EE.UU dirigidas a hacer del psicoanálisis una especialidad médica y/o de la psicología clínica, expresa que el contexto norteamericano llenó de nuevos significados a una vieja discusión que Freud había analizado años antes: el problema de quien puede ejercer el psicoanálisis.

Este tema apareció en los escritos de Freud por primera vez en 1937, en un contexto de defensa del psicoanalista austriaco Theodor Reik acusado de ejercicio ilegal de la psiquiatría por parte de un grupo de médicos. Para desarrollar sus argumentos, Freud redactó un nuevo ensayo que seguía la línea de una publicado en 1926, titulado *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*. En los treinta Freud postuló la posibilidad de un *Análisis profano* en el que mantuvo la tesis de la inconveniencia de que

el psicoanálisis fuera absorbido por la psiquiatría, afirmando que la formación psicoanalítica se debía llevar a cabo al margen de la universidad y de la medicina, precisamente en el marco de los Institutos Psicoanalíticos dependientes de las Asociaciones oficiales, uno de cuyos fines era tal cometido.

Mientras que dicha exigencia se ampliaba, en la mayor parte de los institutos de EE.UU, Francia como de Londres, la psiquiatría sufría todo un proceso de psicodinamización, lo que trajo como consecuencia por un lado, un híbrido fármaco-psicoanalítico-psiquiátrico llamado salud mental, siendo uno de sus resultados la confección del Manual de Enfermedades Mentales DSM. Como analizamos en el capítulo anterior, la creación del DSM, supuso una composición novedosa en la historia de la clínica que se comenzó a armar de psicoanálisis, psiquiatría y la industria y el mercado emergente de la farmacología; una mezcla que establecía las pautas y normas para un tratamiento de la psiquis bajo los lentes de la efectividad y la eficacia. Con esto se abandonó por completo el lenguaje mentalista e introspectivo de la psicología funcionalista estadounidense como del psicoanálisis europeo decimonónico. En su discurso de 1955 el presidente de la APA, Ives Hendricks, señalaba que la llave del éxito de la conquista de la psiquiatría –que ocultaba la victoria de la psiquiatría en el psicoanálisis-, era que los psicoanalistas estadounidenses "se negaban a dejarse dominar por el dogma teórico. Como pragmatistas que eran, estaban a favor de lo que perdura porque es práctico (Zaretsky, 2012, p.429)

Que fueran los médicos o los psicólogos clínicos los autorizados a ejercer el psicoanálisis, tuvo como efecto inmediato la expulsión de las mujeres de las *escenas de acción de la ciencia* (Haraway, 2004). Recordemos que pocas mujeres en los años 50's podían exhibir el diploma de medicina o psicología y que muchas de estas psicoanalistas provenían del campo de la literatura y la pedagogía o algunas de ellas, de la misma clínica como pacientes. La disolución de las fronteras entre medicina, psicología y psicoanálisis se articuló inmediatamente con un marco político de exclusión de género. Zaretsky (2012) escribe que hasta la Segunda Guerra Mundial, las mujeres marcaron una acrecentada presencia en el movimiento psicoanalítico, demostrado en el hecho de que los desarrollos más importantes de los periodos de las guerras mundiales fueron impulsados por mujeres: Melanie Klein, Ana Freud, Sabina Spielrein, Marie Langer, entre otras.

En este sentido la medicalización supuso una eficaz remasculinización que provocó una gran reducción del número de mujeres psicoanalistas. De acuerdo a este mismo autor, este número descendió drásticamente, del 27 por ciento en los años treinta al 9 por ciento en los cincuenta.

Ambos movimientos de feminización y re-masculinización, tuvieron por resultado que el papel de la madre fue completamente construido a partir de la perspectiva del niño y por supuesto de los varones. En todas estas discusiones sobre el amor de madre, las grandes ausentes fueron precisamente las madres. Aunque la madre adquiriría un papel central en el desarrollo emocional de un niño, el amor de madre –nuevamente en el discurso experto- se devaluaba.

El argumento que estos teóricos sostuvieron era que la madre había sido diseñada para atender a tiempo completo las necesidades instintivas del hijo, y que por lo tanto, el amor de madre, era un elemento más del complejo sistema evolutivo del bebé.

Para Bowlby (2012) la madre normal “puede permitirse el lujo de confiar en el impulso de sus instintos en el feliz conocimiento de que la ternura que solicitan es lo que el bebé desea”. (p.33). Se trató con esto de hacer coincidir el devenir biológico del bebé con la subjetividad de la madre. Las explicaciones evolutivas de Bowlby en la base del concepto que este teórico aportó, el *apego*, estuvieron dirigidas a destacar la importancia de la madre en el desarrollo del hijo –un elemento tan importante como las vitaminas, escribe en el año 1954-. Por otro lado, las rupturas metodológicas que este investigador instala –tal como veremos más adelante, el abandono del método clínico a la observación experimental- así como la introducción de los enunciados de la primatología y la etología, promovieron una disolución de las fronteras entre las ciencias del alma y las ciencias naturales.

Todas estas cuestiones trajeron como consecuencia que el psicoanálisis a partir del paradigma madre-hijo, se posicionó como un elemento de producción de los personajes de una *nueva novela familiar* en que el elemento humano se hizo pariente tanto de simios y aves como de robots y organismos cibernéticos. En esta nueva novela familiar ya no se ponía en juego la sexualidad decimonónica del niño ni su maldad, o la sexualidad reprimida de las mujeres. Lo que se comenzó a poner en juego fue por un lado, la importancia que adquirió el psiquismo y el desarrollo del yo en los métodos de crianza y por otro, la verdad biológica del cuerpo del niño y la madre, desde una biología pensada a través de metáforas y tecnologías de guerra, en que los conceptos de información, sistemas de control, cibernética, sistemas autodirigidos, feedback, autoregulación se mezclaron con los sentimientos de desvalimiento y protección doméstica hacia la infancia de posguerra.

Es por esto, que el giro hacia la madre no es un retorno mítico a la madre, al modo de una repetición de un modelo ya probado, sino que un retorno en forma de espiral, en el sentido de una vuelta totalmente renovada. Esta vez las formas hegemónicas de pensar la maternidad se organizaron en redes compuestas por entidades no humanas como animales, objetos y tecnologías, prácticas de gobierno llevadas a cabo por el capitalismo keynesiano y las transformaciones y la hegemonía que fueron adquiriendo las disciplinas psi en lo social.

De este modo, una genealogía del paradigma madre-bebé y de modo puntual de este nuevo objeto de conocimiento, el *apego*, nos muestra que las nuevas formas de regulación del amor materno fueron resultado de una alianza técnico-científica y cultural sustantiva del nacimiento de nuestra contemporaneidad, y que estas ideas calzaron perfectamente con la nueva cultura laboral e industrial que emergió con las guerras mundiales: el *fordismo*, en que los capitales intelectuales se volvieron privilegiados. Así como el siglo XIX había inventado el taylorismo y la *maternidad científica*, es decir la mecanización a distancia en la frialdad de una organización industrial y/o doméstica y en la que el hombre era considerado una fuerza física perfeccionada, el mundo de la posguerra, inventó otro modelo de gestionar y administrar la fuerza física de los cuerpos y sus formas de organización

social, en el que “el” trabajador, “su” mujer y “sus” hijos, sus relaciones, sus quehaceres y sus afectos comenzaron a adquirir centralidad. Este *modelo fordista* de la producción, rompió con uno de las divisiones más importantes llevadas a cabo por la industrialización: lo público de lo privado, la producción de la reproducción. Para Henry Ford se trataba de la implicación del trabajador y las relaciones humanas, como elementos centrales de la acumulación del capital en la era del capitalismo keynesiano.

También una genealogía del *apego* nos enseña no tanto el hecho de que el siglo XX asista al descubrimiento de la dimensión biológica de la madre y la maternidad, -que en estricto sentido es el elemento retórico usado por los mismos teóricos del *apego*-, sino al proceso de expansión gubernamental de un campo llamado, lo biológico, que tomando un adjetivo común, se vuelve complejo. Así lo biológico es la nueva práctica tecno científica por el cual se comenzaron a traducir los objetos/sujetos/animales en los laboratorios psicológicos, así como un marco de explicación por excelencia “científico” y que se volvió sinónimo de verdad.

Si bien para la psicología esto no fue un hecho totalmente novedosa, pues desde el siglo XIX que algunos investigadores promovieron la idea de erigir una psicología al estilo de las ciencias naturales, la dimensión novedosa de esa relación con la biología, fue que se trató de una biología hija de la revolución tecnológica que acompañó a la Segunda Guerra Mundial, y de la que nos habló Hobsbawm (1998) en el capítulo sobre la guerra fría. La biología del *apego* y el amor materno es curiosamente, una tecnología de guerra cibernética, una tecnología de guerra con la autoridad para canonizar los hechos que Bolwby descubre en su laboratorio y por el cual pretende demostrar que el amor materno es una conducta al servicio de la evolución y la adaptación humana.

### 6.1. *Un nuevo régimen del yo*

Si volvemos a la idea de Susan Sontag sobre la producción de una *imaginación del desastre*, con la cual la cultura popular experimentó e imaginó la posguerra, es claro que los contornos con los cuales Sontag delimita los miedos y anhelos de este periodo, se dibujan, entre otras cuestiones, por la preocupación insistente en la relación entre los seres humanos. Recordemos que para Beveridge, en su *Plan de creación del sistema de seguridad social* de Inglaterra, el bienestar, y la acción del estado se fundan sobre un axioma fundamental: los seres humanos son interdependientes los unos de los otros. Así, la Segunda Guerra mundial “introdujo un nuevo interés en la ruptura de las conexiones y un correspondiente impulso encaminado a establecer o reparar las relaciones“(Zarestky, 2012, p.371) situando, a la madre como el centro de la imaginación democrática.

Mientras el magnate americano Henry Luce, fundador del *Time-Life*-, “the most influential private citizen in the America of his day”- proclamaba el “siglo Americano”, se asumió que la derrota del fascismo dependía de la presencia de la madre y varios intelectuales como Erik Erikson, Margaret Mead, Ruth Benedict, escribieron sobre la relación entre el fascismo y militarismo a partir de determinadas deficiencias o traumas en los primeros años de la infancia y la maternidad. En 1948 a 1950 la Unesco como la OMS organizaron congresos y encuentros tanto en EE.UU como en

Londres en los que se discutieron las medidas de higiene mental destinadas a evitar una nueva guerra, y en que las discusiones sobre el amor de madre y la infancia fueron un elemento central. Así por ejemplo Ana Freud, una de las principales exponentes del psicoanálisis infantil, expuso una conferencia titulada “Las posibilidades pedagógicas y psicológicas de modificar las disposiciones psíquicas en vista de un mejor entendimiento internacional”, en la que concluyó que

Al querer informarse sobre las técnicas de la pedagogía y de la psicología moderna, la Unesco parece evitar el grave error de las épocas pasadas, que consistió en fijar a la Humanidad nuevos objetivos ideológicos, sin siquiera preguntarse si eran conciliables con la naturaleza humana. El objetivo ideológico presente, que es el de un nuevo entendimiento entre los pueblos, supone que se desarrollen en toda una generación de niños unas cualidades humanas fundamentales como son la tolerancia, el amor a la paz, la ausencia de miedos y de prejuicios frente a los otros, y la aptitud para identificarse con todas las demás personas y para juzgar objetivamente sus características específicas individuales o nacionales” (Freud citada en Jiménez-Fernández, 2002, s/p)

En Londres los periódicos prestaron especial atención las inquietudes por los efectos sobre los niños londinenses al ser separados de sus madres. “Empezaron a proliferar imágenes maternas codificadas del hogar y la patria, así como los conceptos de “cultura” y de lo “orgánico”. Las imágenes de la madre se convirtieron en una constante en los retratos de las familias obreras” (Zarestky, 2012, p.372)

Por otro lado, la guerra produjo nuevas formas de pensar el funcionamiento de las organizaciones humanas en términos de “ingeniería humana”; el uso racional del factor humano en la administración de las instituciones y la sociedad se presentó como una posibilidad urgente y real. La guerra también hizo surgir nuevos modos de construir la vida institucional, en términos de “relaciones humanas”, “el grupo” y la “psicología social”. Las relaciones emocionales y personales entre los individuos se hicieron centrales para las teorías y las prácticas psicológicas. Se inventaron formas de medir los factores psicológicos a través de nociones como “personalidad” y “actitud”, produciendo nuevas formas de calcular las relaciones entre la subjetividad humana y los objetivos gubernamentales en la milicia, en las fábricas, la familia y la población en general. En el proceso, se establecieron nuevas relaciones entre psicólogos, psiquiatras, antropólogos y sociólogos, y se establecieron nuevas bases sobre las cuales estas disciplinas pudieran colaborar. (Rose, 1990)

En este contexto, la madre llegó a dominar la teoría social y especialmente el campo “psi”. En 1945 se fundó una nueva revista de psicoanálisis sobre la infancia y la maternidad, *The Psychoanalytic Study the Child*, editada en Londres por Ana Freud y en Nueva York por Heinz Hartmann, Erns Kris y Rudolph Loewenstein, convirtiéndose en una de las revistas psicoanalíticas más influyentes del mundo. Con esta revista ya no se trató de la práctica común entre las psicoanalistas mujeres de relacionar el psicoanálisis con la pedagogía, sino de formular un *psicoanálisis del niño* y que “consiguió en seguida un puesto dominante en el mundo de la psicología, de la pedagogía y de la medicina” (Jimenez-Hernández, 2002, s/p)



Sus artículos sobre maternidad fueron muy citados en la bibliografía sobre el “empleo materno” de finales de la década de 1940, que intentaba demostrar lo peligroso que era para los niños el que sus madres trabajasen fuera de la casa. (Zarestky, 2012, p.400). Con este nuevo impulso materno, el psicoanálisis de posguerra bregaba por un nuevo lenguaje en el que duelo, envidia, gratitud, apego, y responsabilidad se hicieron normales y hegemónicos, en un contexto en que la guerra aún exhibía sus resultados y heridas.

La relación entre la guerra y el psicoanálisis tuvo varias aristas. Al igual que en Inglaterra, la entrada de Estados Unidos en la guerra precipitó una nueva alianza entre lo “psi” y las prácticas del gobierno de lo social. Lo *psi* se transformò rápidamente en un tecnología de guerra cuyo fin fue identificar los elementos no aptos para la guerra; la participación de los psicólogos y psiquiatras en los procesos de reclutamiento de los soldados muestra cómo la psicología, al involucrarse en la Segunda Guerra Mundial, transformó su naturaleza y su relación con la vida social, siendo un buen ejemplo de cómo la experiencia de la guerra transformó las formas de pensar e intervenir sobre la organización de los seres humanos, tanto dentro de las esfera militar como en las civiles. (Rose, 1990)

Antes de la Segunda Guerra Mundial, la participación de los profesionales “psi” de Gran Bretaña y EE.UU. en los problemas de la guerra era limitada, pero en la Primera Guerra Mundial emergieron dos asuntos de considerable significación. El primero fue el uso de tests de inteligencia en la selección de reclutas. Los promotores del uso militar de los tests de inteligencia acordaron que podrían realizar tres tareas cruciales: segregar y eliminar los mentalmente incompetentes; clasificar a los hombres de acuerdo a su capacidad mental y seleccionar hombres competentes para puestos que requieran un alto nivel de responsabilidad. Hacia el final de la guerra estos instrumentos parecieron haber obtenido un éxito considerable. Se desarrollaron las famosas baterías de tests de inteligencia alfa y beta – el primero medía la habilidad lectora, el segundo la no verbal- y para 1918 su uso se extendió a todo el ejército. En el curso de la guerra los test fueron administrados a aproximadamente 1.750.000 reclutas; en más de 7.800 casos se recomendó el rechazo por inferioridad mental y más de 19.000 fueron recomendados para batallones de trabajo o de desarrollo (Rose, 1990).

Durante la Primera Guerra Mundial, sólo el 2 por ciento de todos los reclutas estadounidenses fueron excluidos por razones psiquiátricas. En la Segunda Guerra Mundial el número correspondiente fue del 8 al 10 por ciento. Durante la Primera Guerra, las principales causas para la baja psiquiátrica fueron el retraso mental y la psicosis; “durante la Segunda Guerra, la neurosis fue la razón principal” (Zarestky, p.413).

De acuerdo a Rose (op.cit), una de las mayores contribuciones de lo *psi* a nuestra contemporaneidad fue la invención de técnicas que hicieron visibles las diferencias y las capacidades, al inventar tecnologías con las cuales están podían ser intelegibles. La psicología de guerra introdujo el registro rutinario de las capacidades personales en un registro documental, en un archivo, que permitían que el individuo fuera simultáneamente pensable y calculable.

Otras de las dimensiones en dicha alianza fue que las teóricas/os más importantes del psicoanálisis infantil –como Ana Freud, Melanie Klein, Jonh Bowlby, Donald Winnicot y René Spitz- se convirtieron en autoridades de la respuesta institucional al problema de los niños huérfanos y abandonados por la guerra. En diciembre de 1939, como reacción al bombardeo de Londres, tres psicoanalistas británicos – D. Winnicott, J. Bowlby y E. Miller- enviaron una carta al British Medical Journal asegurando que “la evacuación de niños entre dos y cinco años produce graves problemas psicológicos” (Zarestky, p.420). Esta carta se distribuyó a muchas personas. Una importante tendencia de la filantropía inglesa y estadounidense se había centrado desde hacía tiempo en los niños y una vez que los Estados Unidos entraron en la guerra se formó una red trasatlántica liderada por Joseph Kenedy, embajador estadounidense en el Reino Unido. Esta red ayudó tanto a los psicoanalistas a emigrar a Estados Unidos, como apoyar las investigaciones para el bienestar y desarrollo de los niños, especialmente por medio del “Plan americano de padres de acogida para los niños de la guerra”. Ana Freud (hija de Sigmund Freud) pasó a ser la directora de las Hampstead Nurseries, un complejo de residencias para niños sin hogar y financiado por la organización americana *Foster Parent’s Plan for War Children* (Jiménez-Fernández, 2002) en los cuales se estudiaron niños desde el nacimiento hasta los cuatro años y en el que se registraron “muchos casos atípicos, de interés, y los vívidos relatos presentados se han hecho célebres. (Bowlby 2012, p.56)

Con la Segunda Guerra Mundial, el dolor se hizo público, “a menudo no había espacio para un funeral.” (Zarestky, p.393) La entrada de los psicoanalistas en los mundos interiores de los civiles bombardeados y vulnerados aceleró tres movimientos al interior del campo “psi”: por un lado el lento pasaje desde la teoría freudiana del inconsciente y la sexualidad hasta los temas de la conexión, la relación y la ruptura; por otro la emergencia de una nueva “comunidad imaginada” (Anderson, 1993), en que el yo y la colectividad se comenzó a pensar en términos saturados de afecto y relación, y finalmente, un modo de razonamiento en que el psiquismo se elevó como una entidad que operaba en el horizonte de los problemas individuales, familiares y sociales.

Esta nueva forma de imaginar las relaciones del yo consigo mismo y con los otros, para la socióloga marroquí Eva Illouz (2012), es un elemento novedoso en la teoría social y que nos sirve actualmente, para re-pensar el capitalismo y sus formas de producción de la subjetividad, pues muestra que éste lejos de ser un régimen frío en que los afectos quedan deslindados por el afán de producción de la riqueza, por el contrario, estos son intensificados en lo que esta autora llama un *capitalismo emocional*, un régimen de producción de afectos que son fundamentales para su propia producción y organización. El capitalismo alimentó una intensa cultura emocional, favoreciendo el desarrollo de una nueva cultura de la afectividad. Así, mientras el yo privado se manifestó más que nunca en la esfera pública, con el fordismo las relaciones económicas adquirieron un carácter profundamente emocional y las relaciones íntimas se definieron cada vez más por modelos económicos y políticos de negociación e intercambio.

Desde este marco es que Illouz, identifica la cultura emocional del capitalismo de posguerra como asumiendo un *estilo terapéutico*, en varios sentidos. Por un lado, que se hizo posible por medio de los saberes, códigos y lenguajes del psicoanálisis y la psicología clínica en general y por otro, que

dependió fundamentalmente de la auto descripciones de los sujetos respecto a sí mismos y en el que los sentimientos, deseos y aspiraciones se codificaron como verdades esencialmente personales y que se ofrecieron como el lugar en el que hallar el yo “real” o “verdadero” entendido como instancia privada e íntima. Este estilo terapéutico, fue un nuevo modo de gestionar y de preocuparse por la vida emocional, lo que implicó una honda reorganización de las ideas del yo, de la vida emocional y de las relaciones sociales y las formas de sociabilidad.

Los modos específicos en que se desplegó esta nueva cultura del yo muestran como el capitalismo de la posguerra llevó aparejada la construcción de una cultura emocional particular. Introducir la idea de un *Homo Sentimentalis* es una fórmula que sirve a Illouz, para caracterizar a los individuos que comenzaron a engrosar esa nueva cultura emocional y que a grandes rasgos consistió en

una cultura en la que las prácticas y los discursos emocionales y económicos se configuran mutuamente y producen un amplio movimiento en el que el afecto se convierte en un aspecto esencial del comportamiento económico y en el que la vida emocional —sobre todo la de la clase media— sigue la lógica del intercambio y las relaciones económicas (p. 19-20).

Así podemos hablar de una gestión del yo contemporáneo que siguiendo a Rose (1990) se distingue de sus formas precedentes, al menos, en tres cuestiones. Primero en que lo “personal” fueron incorporadas a la acción del Estado, transformándolo a su vez en objeto de cálculo político. Segundo, la administración de la subjetividad se convirtió en una tarea central para la organización moderna. Las organizaciones vinieron a llenar el espacio entre la vida “privada” de los ciudadanos y las preocupaciones “públicas” de los gobernantes. En tercer lugar, el nacimiento de una nueva forma de saber experto vinculado a la subjetividad y las relaciones humanas que desde la Segunda Guerra Mundial se conformó como toda una familia de nuevos grupos profesionales y/o gremiales.

Así para que ese nuevo estilo emocional fuera posible, se hizo indispensable el desarrollo paralelo de una serie de técnicas específicas de poder, que ayudasen a comprender y manejar esas emociones, y que fueron configuradas por las mismas transformaciones del psicoanálisis en particular, y de la práctica psiquiátrica en general. De este modo los nuevos desarrollos teóricos del psicoanálisis no fueron simplemente un aporte más, en que la institución psicoanalítica se mantuvo intacta, por el contrario, el alcance de estos desarrollos redefinieron la naturaleza y los límites de lo “psi” y por otro, intentaron re-construir una autoridad en el saber que se logró entre otras cuestiones a través de su inscripción en la cultura popular - libros de autoayuda, conferencias, programas radiales, películas, etc- convirtiéndose así, en el vocabulario disponible por medio del cual los individuos comenzaron a comprenderse y narrarse a sí mismos, desde una lógica que cada vez más se alejaba de la religión y la moral.

Esto que Alvarez-Uría (2011) llamó la “psicologización del yo” implicó que las relaciones sociales, especialmente las más íntimas, y las emociones que las acompañan, sufrieron una potente racionalización al intentar conseguir la igualdad y un intercambio justo en una narrativa de la autorrealización, “tan propia del *american dream*” (Santos,2008, p.143.) Así, el saber del psicoanálisis permitió que la otrora alma, fuera pensable en términos de una psicología y una

interioridad, y, por lo tanto, que ciertos tipos de acciones se vincularan con ciertos tipos de afectos. En ese sentido el dominio experto de los profesionales y practicantes de lo “psi” proveyeron aquella distancia esencial para el liberalismo, entre los aparatos formales del estado (tribunales, escuelas, policía, etc), y el moldeamiento de las actividades y los deseos de los sujetos. Como apunta el mismo Rose (1990) el gobierno liberal apuntó a lograr sus objetivos y efectos no a través de la amenaza de violencia o de represión –por lo menos entre los sujetos blancos-, sino por la persuasión inherente a sus verdades, gracias a las ansiedades estimuladas por sus normas y en virtud de la atracción ejercida por lo que Donzelot (1998) llama *las imágenes del yo*.

Así pensado, la madre es introducida como un elemento de la mutación del régimen del yo de la posguerra que se valió, de modo puntual, de las transformaciones teóricas del psicoanálisis así como su expansión a la cultura de masas. También de la aparición de nuevas prácticas terapéuticas y tecnologías de gestión de los grupos (psicología social, la gestión humana, etc) que emergieron al desplazar el foco de atención de la herencia a la crianza, de lo social pensando como una dimensión del Estado-Nación con sus propias características y reglas de formación y reproducción (Foucault, 2011 Donzelot, 1998) a lo social, pensado como un conglomerado de “vidas y utopías privadas” (Pernas, 2010), relaciones interpersonales, familiares o de modo dramático, a la diada madre-hijo (Burman, 1998), modificando con ello los contornos del mundo psiquiátrico, del mundo social y la identidad de las disciplinas dedicadas al estudio de la mente.

José Horwitz, médico chileno, primer director del “Instituto psiquiátrico” de Santiago de Chile y consultor de la OMS, en 1964 habla sobre la psiquiatría contemporánea a él, como una práctica y una disciplina que existe en medio de transformaciones aceleradas ocurridas durante apenas un par de décadas, “hasta el punto de resultar irreconocibles, desde la época que, siendo un estudiante de medicina, realicé mi primera visita a un hospital mental, y decidí dedicarme a la psiquiatría. (OPS, 1964, p.56)

Si pensamos en los elementos que volvían irreconocible a la psiquiatría de posguerra respecto a la psiquiatría que va del siglo XIX hasta la década de los 60's, para Horwitz se trata de un cambio metodológico y epistemológico. Ejemplo de estos cambios son las mismas investigaciones sobre el alcoholismo que Horwitz realizó durante este periodo, luego de una beca en la Escuela de Salud Pública y una estadía de perfeccionamiento en la Universidad Johns Hopkins, en Baltimore. Dentro de las variadas publicaciones, la monografía “Epidemiología del Alcoholismo en América Latina” publicada en el *Acta Psiquiátrica y Psicológica* de 1967, es representativa de este giro en la psiquiatría. Horwitz destaca que hasta los años cuarenta si bien se reconocía las complicaciones somáticas del consumo excesivo de alcohol, el hábito mismo era vago en su concepción y más bien caía en el campo de la moral pues era considerado un vicio, “sin distinguir una ingestión normal de la patológica.” (p.67) De este modo, junto con precisar las definiciones básicas de lo que se comienza a llamar la *enfermedad del alcoholismo*, es decir el nivel conceptual, se ahondó en el nivel operacional, empleando conceptos de las ciencias físicas y la estadística y llevando a cabo uno de los primeros estudios epidemiológicos, en el que se intentó conocer la distribución, las regularidades, las desviaciones y las probabilidades del alcoholismo. (Escobar, 2004).

Por otro lado en EE.UU, y como señalé en el capítulo anterior, los trabajos de Kinsey también son un ejemplo de como la “intimidad”, en este caso la sexualidad, deviene objeto de investigación epidemiológica. Si bien el uso del método epidemiológico no era novedad, lo cierto es que antes estaba reservado, al estudio de las enfermedades llamadas epidémicas, es decir, las infecto-contagiosas. La década de los 50`s asistió a una expansión inusitada de la epidemiología y la estadística, trasladándose al estudio de la normalidad y a los desórdenes mentales en particular, abordando con ello un amplio espectro de problemas. El alcoholismo, la sexualidad, la delincuencia juvenil entre otras cuestiones consideradas privadas, y vinculadas a la moralidad y el vicio, comienzan a ser susceptibles de conocer, contabilizar, calcular y con ello predecir su ocurrencia, por medio de un lenguaje neutral, en que los números hablan por si solos, y son la fuente de autoridad de la medicina.

Los modos de articular los individuos y lo colectivo, adquirió unas formas que claramente se alejaban de los intentos eugenésicos e higienistas basado en un modelo de inclusión-exclusión, el modelo de la lepra según Foucault (1985). Ya no se trataba en identificar, clasificar, eliminar o constreñir a los sujetos no aptos o “degenerados” o que representaran un peligro a la pureza de la raza. Esta vez se trató de administrar, gestionar, controlar no tanto a los sujetos como si a lo que comienza a circular como los riesgos, riesgos que se erigieron como un elemento central en los modos de producción de la subjetividad, como también en los modos que adquirió la socialidad en nuestro mundo contemporáneo. Es claro que con la epidemiología los pares normalidad/anormalidad, salud/enfermedad se comenzaron a organizar en el marco “de esas estrategias para el gobierno del riesgo” (Rose, 2010, p.155) (Foucault seguridad y territorio)

Así vemos que la epidemiología se introdujo como razón y como método en el mundo de la vida o lo que Freud llamó “la psicopatología de la vida cotidiana”. Las encuestas principalmente de morbilidad comenzaron a estudiar, directamente en el medio social, a grupos de personas distribuidas por edad, sexo, profesión, situación económica, educacional y ocupacional, etc.; fue la conjunción de estos factores lo que interesaba analizar. De ahí que la epidemiología y por lo tanto el campo *psi* y sus nociones de salud y enfermedad, comenzaron a entenderse no desde los márgenes de la normalidad, sino que en su interioridad; con el método estadístico se volvieron difusas las fronteras *metodológicas*, entre lo normal y lo patológico, pues el fin se desplazó a la obtención de informaciones sobre la *magnitud* de los fenómenos del yo, sobre sus características y sus relaciones, con los factores demográficos, sociales y culturales, su modo de aparición, su evolución en el tiempo, etc. esto fue, problematizar la normalidad, haciéndola así, un “objeto arduo” (Illouz, 2007, p.27).

De esta manera si Foucault caracterizó la clínica del siglo XIX como instituyente de la división rígida entre lo normal y patológico, el siglo XX fue testigo de la disolución sistemática de ese límite, ampliando por lo tanto la jurisdicción del registro “psi” y postulando un nuevo tipo de normalidad que ya no era ausencia de enfermedad, sino que un proyecto abierto para el desarrollo del yo, yo que asimismo se entiende como algo no dado, lo cual era posible de lograr a través de la movilización de

una serie de recursos culturales, como por ejemplo, la familia heterosexual o la comunidad del barrio.

Como vemos el campo “psi” de la posguerra, hizo proliferar nuevos objetos de conocimiento y fenómenos para conocer, intervenir y hablar. La disolución de los límites entre lo normal y la patología se muestra en que se pasó de las obsesiones, la demencia, las fobias y la histeria (la psicopatología clásica) a la neurosis de guerra -que deviene estrés postraumático- y los problemas “psicosociales”, esto es pobreza y exclusión social y racial. Con ello, el psicoanálisis se comprimió en una práctica clínica, que asimismo amplió vastamente su jurisdicción al introducirse en la cultura popular y en las vidas cotidianas, disolviendo asimismo los límites entre conocimiento popular y conocimiento científico. La identidad del psicoanálisis pos 1945 abandonó sus intentos por develar aquella psicología *de las masas* (Freud) que había hecho posible el nazismo y los regímenes autoritarios, para emerger como un psicoanálisis *en las masas* que se hizo efectivo principalmente por medio del cine de Hollywood (Zaretsky, 2012) y los libros de consejos y autoayuda (Illouz.2007)

Otras de estas transformaciones es a nivel del cambio en las explicaciones, y que se produjo con la crisis del paradigma de las poblaciones (Haraway, 1991) en las ciencias humanas y el desplazamiento de las explicaciones “psi”. Como analizamos en los capítulos anteriores, la calidad de población fue la noción y la preocupación por medio de los cuales los saberes se le alinearon con la política, en el proyecto higienista y eugenésico de la medicina del siglo XIX e inicios del XX. El auge de la psicología norteamericana por un lado, y la construcción del estado de bienestar por otro, significó un desarrollo acelerado de las profesiones vinculadas a la seguridad social, lo que implicó que las nuevas tecnologías de poder introdujeran un cambio de escala de los objetos de gobierno, así la familia se erigió como un foco a intervenir.

Esto, y siguiendo a Illouz (2007), fue uno de los tantos efectos de “estilo terapéutico emocional” movilizado por la posguerra, en que la familia nuclear se tornó el punto de origen del yo, el lugar en y desde el cual puede comenzar la historia del yo.

...Hasta ese momento la familia había sido una forma de situarse de “manera objetiva” en una larga cadena cronológica y en el orden social, pero ahora se convierte en un hecho biográfico que se porta de modo simbólico a lo largo de toda la vida y expresa de forma extraordinaria la propia individualidad. Irónicamente, al mismo tiempo que empezaban a desmoronarse las bases tradicionales del matrimonio, la familia, regresaba para acosar con saña al yo, pero esta vez como un “relato” y una forma de construcción del yo. La familia desempeñó un papel crucial en la constitución de las nuevas narrativas de la individualidad, dado que era tanto el origen mismo del yo como aquello de lo que el yo tenía que liberarse” (p.25)

De este modo surge un cuestionamiento cada vez más severo de las relaciones entre raza /nación /enfermedad, propuestas por la eugenesia de pre-guerra. El exterior del sujeto, otrora el ambiente físico y urbano, se disuelve en una multiplicidad de “factores” que cabe pensarlos como probabilidades estadísticas, más que causas directas, como factores de “riesgo” reconstruidos en

una historia psico-biológica singular. Así las relaciones entre nación y enfermedad que se proponían en las “cartografías médicas” son puestas en duda

...Existe la impresión de que hay diferencias en la frecuencia de estas enfermedades en las distintas sociedades, en relación con sus características raciales y el grado de su desarrollo social y cultural. Estas impresiones no han sido aún probadas científicamente. En lo que se refiere a América Latina, los estudios de prevalencia, aunque escasos e imperfectos, tienden más bien a indicar que la frecuencia de los grandes síndromes mentales es semejante a la que se encuentra en el resto de los países del mundo occidental que están en una etapa más avanzada de desarrollo indicar que la frecuencia de los grandes síndromes mentales es semejante a la que se encuentra en el resto de los países del mundo occidental que están en una etapa más avanzada de desarrollo (Horvitz, 1964, p.16).

La nación no explica la producción de la salud y la enfermedad. Como Rose (2012) mostró, el Estado en el siglo XX no “nacionaliza” la corporalidad de sus sujetos para convertirlo en un cuerpo político sobre el cual actúa en masa, como conjunto y en relación con los cuerpos políticos de otros estados con los cuales compite en términos similares. En el siglo XX cada sujeto se fue convirtiendo en un socio activo en la producción de la salud y el bienestar, a la par que el mercado de los seguros médicos y las farmacéuticas se expandieron. Asimismo el territorio político de la sociedad cada vez más dejó el lugar al espacio doméstico y la comunidad, quienes se erigieron en el elemento central del nuevo juego político que impulsó la guerra fría.

Estos “factores” que la epidemiología relevó, no se relacionaban ni siquiera con un sujeto, sino que con factores biológicos genéticos (bioquímica y metabolismo) y con la historia clínica o la historia del yo, pensada menos como una biografía en relación a las herencias y las patologías familiares, el superorganismo propio de la medicina del carácter, como si a una historia de una novela familiar en que la familia emerge como un relato y la narración de un organismo arrojado al devenir de la adaptación biológica, y en que los afectos de los primeros años comienza a jugar un rol fundamental en la vida futura de los ciudadanos.

El siglo XX, asistió por lo tanto al nacimiento del *mundo interior*, a la idea de un individuo desplazado del medio externo, el ambiente. Lo que para el higienista decimonónico, constituía una causa (el medio ambiente), para el psicólogo de posguerra se vuelve resultado, pues es el mundo interno la fuente del deseo y lugar privilegiado del origen de los problemas y deseos (Rose, 2012, Álvarez-Uría, 2011) y al que los sujetos pueden dar forma y corregir y por medio de él, dar forma, al mundo exterior. Los saberes *psi* nutrieron un sujeto en el que no cabían las determinaciones hereditarias, ni la tradición ni el linaje, ni tampoco los mandatos exteriores o el castigo.

Cabe destacar que esas nuevas relaciones entre psiquismo y vida, entre cuerpo y enfermedad estuvieron mediatizadas por los nuevos juegos de verdad movilizados también por las ciencias biológicas y el desarrollo de la epidemiología. Como nos enseña Haraway (1991) la Segunda Guerra Mundial también produjo transformaciones en el conocimiento biológico de la vida y la vitalidad, emergiendo un nuevo paradigma, el de la cibernética, y un nuevo sujeto, tecno-somático que se

comienza a expresar, juzgar y actuar sobre sí mismo, en parte y por medio, del lenguaje de la información. Así el cuerpo de posguerra se vuelve ininteligible en términos de codificación, sistema, comunicación, retroalimentación, relación, etc; codificar/descodificar cuerpos y ordenar relaciones sociales, de acuerdo a una lógica de control y auto-control diseñada por los expertos.

Es como si la mirada del clínico se hubiera trasladado de la dialéctica de un cuerpo y la exterioridad de la nación, a la superficie de una teleología corporal leible en códigos probabilísticos y computacionales (binario). El cuerpo queda atrapado en la búsqueda de un equilibrio espontáneo e inmanente en el que no es necesario la intervención desde afuera pues su finalidad es el *error cero*. La exterioridad, el medio ambiente, los factores ambientales van cediendo a medida que gana terreno, los factores subjetivos y las relaciones familiares.

Para Fraser (2003) el resultado de este nuevo modelo histórico de regulación social, fue que se asumió que el autogobierno es la vía regia para relaciones sociales racionales, cooperativas y productivas y para la producción de cuerpos no tanto dóciles como sí útiles. El impulso general de acuerdo a la misma Fraser fue ““subjetivar” a los individuos, alentar la “lingüistificación” de sus procesos internos como un medio de mantenerlos responsables de estos procesos y de allí aumentar sus capacidades de autovigilancia.” (p.23).

De modo puntual estas transformaciones de las tecnologías de gobierno y de la racionalidad *psi* que se desplegaron con la posguerra, se articularon con las transformaciones impulsadas con lo que se conoce como la Escuela del Yo o Escuela Americana del psicoanálisis, que se fundó en EE.UU.

Para este grupo de teóricos, no se trató sólo de exaltar la instancia del yo a través de un exégesis de la obra freudiana que ponía el acento en la segunda tópica (yo/super-yo-ello) y que excluía la primera (inconsciente/consiente), sino que de una nueva forma de entender al mismo yo y que desde estos postulados se piensa como una entidad naturalmente única y discreta, en la que los límites del cuerpo, como por definición, encierran la vida interior de la psiquis donde se inscriben las experiencias de la biografía individual (Rose, 1996). El yo, como un ideal regulatorio y como representante del aparato psíquico, supuso el abandono del interés teórico de las relaciones del yo con la pulsión, y con ello, el abandono y rechazo del lenguaje inconsciente, para relevar las relaciones del yo con las normas sociales, los modos de pensar y las exigencias exteriores.

De acuerdo a Zarestky (2012) esta mutación teórica, convirtió al psicoanálisis en un favorito de quienes querían asociar lo “psi” con la ingeniería social, la doctrina del control social y la normalización social, para elevar un sujeto ideal del futuro estado del bienestar. Recordemos que para Freud, el yo es una instancia que obedece a tres amos: el ego, el superyó y la realidad externa, de ahí que la función del yo es la de defensa y transformación de los impulsos interiores en impulsos aptos a la vida social; ya no se trataba por lo tanto, de un modelo mecanicista-energético en que la pulsión se piensa en términos de catexias y descargas; con la posguerra se trataba de la gestión del yo para hacerlo calzar con las normas sociales. Jacques Lacan, años después en medio de las revueltas que el movimiento estructuralista instala en la teoría a través del llamado retorno a Freud –



cuyo pilar histórico sin lugar a dudas es la sospecha de la cocalinización del psicoanálisis en EE.UU., fue enfático al afirmar que el yo “es la ideología de la libre empresa”.

A pesar de su acento en la jerga humanista-liberal de la autonomía y la independencia (el *Americanismo* en palabras de Gramsci (1999)), la doctrina del yo se topó con los procesos de re-domesticación social y cultural. Recordemos que la domesticidad de posguerra, a la cual la Escuela del yo se dirigía, se configuró a través de una racionalidad tecno-familiarista de regulación mecanizada que inundó vastos segmentos de la cultura. En ese sentido fue un movimiento total, sin una exterioridad que para Fraser (2003) fue un elemento fundamental del fordismo pues

aparentemente, ninguna arena social estaba fuera de los límites de la campaña por someter todo al control racional. La pasión fordista por planear encontró inclusive expresión en las utopías de la cultura de masas, especialmente en los elaborados y sincronizados números de las coristas en las películas de Hollywood. (p.23).

De este modo el propósito de los estudios en el campo de lo “psi”, eran encontrar la relación entre la estructura de personalidad y las formas que adquiere la familia, las características psicológicas de sus miembros sanos y el estado clínico del paciente “identificado”, dando por supuesto que en esas familias parecían existir pautas determinadas de pensamiento que se acomodaban con el estado del paciente. De acuerdo a Burman (1998) con esta lógica, se desplegó un mecanismo de producción de la subjetividad que consistió en reducir lo social a lo diádico, o que lo diádico se representó como la quintaesencia de lo social. Sin lugar a dudas, esta fue una de las transformaciones más importantes del siglo XX que incluso llegó a igualar lo social con lo “interpersonal”. Una fórmula que aisló lo social en el plano familiar, suprimiendo “otras relaciones que rodean y envuelven a las bebés y a las niñas pequeñas” (p.63). Esto constituyó para Burman un ejemplo fascinante de la penetración y difusión, dentro de las investigaciones “psi”, “de determinados supuestos ideológicos acerca de la estructura familiar, acerca de qué relaciones es la más importante para una niña, y de cómo se categoriza el mundo social dentro de la esfera doméstica y de la pública” (p.63).

La extrapolación de lo social con lo interpersonal promovió una perspectiva aséptica de las relaciones, -eliminando toda huella de conflicto, cuestión propia de lo “social” del siglo XIX que analizamos el capítulo anterior-dejando fuera otras relaciones sociales de mayor calibre y amplitud, anulando así los medios que tienen estas relaciones más amplias “para intervenir en las relaciones microsociales y para (re)producirse dentro de ellas” (p.64)

En ausencia de estas relaciones sociales más amplias, las relaciones y las interacciones fueron pensadas como “intercambio” de seres iguales pero separados, reproduciendo un modelo liberal de sociedad, que consta de agentes separados y autónomos ocupados en actividades conjuntas para un beneficio mutuo, dentro de un modelo evolutivo que pretendió describir los procesos de compromiso y enculturación sin considerar “la representación del “sistema social”, como algo construido histórica y culturalmente” (p.64)

Si para Foucault (1985), con la modernidad las nuevas formas que asumió el poder se relacionan con el desplazamiento de la ley hacia la norma, norma que vuelve inteligible todo el campo social, formular normas era un asunto de experticia de la psicología. Pensemos que los padres de la psicología experimental –Galton y Gesell- fueron claves a la hora de puntuar, por medio de la medición, las normas del crecimiento infantil. Lo social se psicologizó, por medio de un lenguaje de autoconocimiento y autodescripción como plantea Rose, pero también por medio de una norma estadística del cuerpo infantil y su crecimiento. Así lo psicológico en lo social, emergió en medio de una red de factores medibles y calculables, siendo las *relaciones familiares* una de las dimensiones más importantes. Según Horvitz, el psiquiatra-epidemiólogo

intenta demostrar ahora que mientras la incidencia de la esquizofrenia es, en general, mayor entre los grupos socio- económicos inferiores, la presencia de lazos familiares fuertes (como los que existen, por ejemplo, entre los italianos) sirve para suavizar las tensiones debidas al aislamiento social y a la privación económica, alterando así el curso del síndrome esquizofrénico (Horvitz, 1964,p.55)

Los estudios clínicos retrospectivos han proporcionado abundantes evidencias de que algunos trastornos mentales pueden relacionarse con desafortunadas experiencias precoces del organismo. Gracias a estudios realizados con animales podemos ahora abordar el mismo problema en forma retrospectiva. El Dr. Harry Harlow, de la Universidad de Wisconsin, ha mantenido colonias experimentales de monos, donde tan solo se permitía a las crías asociarse con "madres artificiales" hechas con alambre o con alambres y un tejido peludo. Estos trabajos han demostrado, sin ningún género de duda, que esas experiencias precoces deformadas ejercen un marcado efecto sobre la conducta y el desenvolvimiento del animal. (p.49)

Los investigadores han aplicado regularmente los tests de Rorschach y de Apercepción Temática al paciente y a las familias. Un experto con gran práctica en pruebas proyectivas y que no sabe nada sobre los sujetos que intervienen en el estudio, examina después los resultados de esas sesiones de aplicación de tests, y ha podido identificar a los miembros de cada familia a través de sus rasgos comunes en la manera de pensar. En un estudio reciente, el mismo experto, estudiando a 38 familias y trabajando tan solo con los resultados de las pruebas proyectivas, pudo localizar correctamente a 16 de los 18 parientes dentro de la familia a la cual pertenecía el paciente. Esto no se efectúa basándose en el contenido del pensamiento que interviene en las respuestas al test sino en la manera de pensar. Los efectos posibles de estas investigaciones serán también de importancia extraordinaria para la comprensión del contexto psicológico dentro del cual se desarrolla la esquizofrenia. (p. 50-51)

Así todos los sujetos –las relaciones- circundantes al enfermo fueron incluidos dentro del campo de la enfermedad y de su cura. Las *relaciones sociales* de la vida en grupo se concibieron no sólo como un medio de tratamiento de la neurosis, sino también como el campo donde la enfermedad mental

debía manifestarse e incluso podía ser estimulada: el origen de la locura es descubierta en los problemas de las relaciones sociales y especialmente en la familia. Pensemos que en 1958, Ronald Laing, psiquiatra inglés, conocido como uno de los padres de la anti-psiquiatría, inicia un estudio sobre las familias de los esquizofrénicos durante el tiempo que fue miembro del Instituto de Relaciones Humanas de Tavistock y de la Clínica de Tavistock. En él, intentará descubrir y conocer las relaciones familiares de los esquizofrénicos desde un punto de vista fenomenológico, es decir:

...Nos ocupamos de personas, de las relaciones entre las personas, y de las características de la familia como un sistema compuesto de una multiplicidad de personas... Cada persona no es sólo un objeto en el mundo de los otros, sino que es también una posición en el espacio y en el tiempo a partir de los cuales tiene experiencias, forma parte y actúa en su mundo. Es su propio centro, con sus propios puntos de vista, y es precisamente la perspectiva de cada persona en la situación que comparte con los demás, lo que deseamos descubrir. Sin embargo, cada persona no ocupa una posición única, definible, en relación con los otros miembros de su familia. Una persona puede ser hija y hermana, esposa y madre...

...Nuestro interés está siempre en las personas, en relación con nosotros o entre ellas mismas, y siempre enfocadas en el conjunto de su grupo que, para este trabajo, es, en primer término, la familia, pero que puede incluir también la red extrafamiliar de personas de los miembros de la familia si tiene un significado especial para los problemas que tratamos de dilucidar... Por lo tanto, hemos tratado de desarrollar un método que nos permite estudiar aisladamente y al mismo tiempo (i) cada una de las personas en la familia; (n) las relaciones entre las personas en la familia; (m) la familia misma como un sistema... (Laing & Esterson, 1995, p.13-16)

La pregunta que intenta responder Laing es ¿hasta qué punto la experiencia y la conducta de aquella persona con diagnóstico de esquizofrenia es comprensible a la luz de la praxis y del proceso de su nexa familiar?.

Así como los debates de la cocina expresaron la “domesticación” de la retórica política, el lenguaje del yo también fue “domesticado”, es decir, enunciado en términos de “hogar” y “familia”. Así por ejemplo, Horvitz (op.cit), en los párrafos anteriores, al hablar de la esquizofrenia como de la delincuencia juvenil, despliega todo un razonamiento dirigido a demostrar que son las formas de organización de las familias en las clases populares o las relaciones padre/hijos, etc las que actúan como un factor de riesgo de su prevalencia, erigiendo a la familia y sus formas de relación, como un elemento explicativo de la enfermedad mental y lo que comienza a ser llamado la *patología social*.

Estas transformaciones de los modelos explicativos de lo social y el individuo, se acompañaron de transformaciones en las mismas prácticas sanitarias de tratamiento de la enfermedad mental, que si bien asumieron la tendencia más antigua del paso del encierro a la normalización (Foucault, 1974) de modo puntual, asistió a una forma de intervención que se entendió como readaptación. La cuestión no era sólo curar la patología, sino que volver al sujeto a la normalidad, entendida como el

resultado de un largo peregrinaje a un estado ideal en clave de adaptación. En un informe de la Organización Panamericana de la Salud (OPS) del año 1964, se destacó la necesidad de pensar la práctica clínica como un interface de lo que hasta ese momento se consideraba dos cuestiones distintas: el tratamiento (cura) y la readaptación (trabajo). Así se abandonó la idea de que son dos fases sucesivas y relativamente independientes una de la otra. Para la nueva práctica psiquiátrica toda enfermedad mental es esencialmente una desadaptación; en consecuencia, toda terapéutica se propone readaptar y todo método de readaptación, tiene valor terapéutico.

Restablecer la relación significativa entre el paciente y el mundo era readaptarlo, sin duda; pero era, asimismo, restablecer la síntesis de su personalidad y, por lo tanto, curarlo. Se trató de favorecer el restablecimiento funcional del equilibrio de la personalidad y en ese sentido eran virtualmente métodos de readaptación.

El Informe de la OPS aludido señalaba que

En psicoterapia, la relación transferencial y la actitud de relajación llevan a una regresión funcional, pero la curación se produce solamente por la vuelta de la autonomía correspondiente a la resolución de la transferencia. La readaptación a la vida social y profesional, tal como se efectúa sobre todo en los centros de poscuración, procede de principios análogos. Es siempre en un nivel regresivo donde hay que buscar las aptitudes y las tendencias existentes antes de la enfermedad, para desarrollarlas en una atmósfera de seguridad, indispensable para todo aprendizaje. Y sólo una vez que la vuelta a una actividad profesional satisfactoria proporcione al sujeto la seguridad que necesita, será cuando cabrá cortarle las fuentes de seguridad de las cuales se nutría en la atmósfera regresiva del hogar de poscuración. Toda reorganización de la personalidad entraña un proceso regresivo previo, un retorno a las etapas indiferenciadas, antes de volver de nuevo a una autonomía personal. (p.36)

La adquisición de modos de comportamiento adaptados para esta nueva racionalidad terapéutica exigió una atmósfera de seguridad emocional que en la cita anterior se nombra como *regresión*, y que debía ser asegurada artificialmente al sujeto mientras tanto no haya asegurado él, por sí mismo, las condiciones de esta seguridad. En este universo regresivo y nostálgico de seguridades infantiles, la familia se erigió como objeto de atención. El desplazamiento de la población al caso trajo consigo el arrastre de la familia como objeto de intervención y como utopía de la salud mental. El experto o consultor “psi”-coaching se erige como el nuevo guía de las almas y como consejero familiar –surgen las primeras terapias de pareja y familia – que piensa al sujeto como un organismo inserto en una micro-organización que se entiende como biológica y natural.

Cada vez más en los psiquiatras se despertaba el interés por ahondar menos en los oscuros recuerdos de la familia freudiana que en la historia relacional-visual de los genogramas. Horvitz (op.cit) al dar una panorámica del estado de la cuestión de la psiquiatría de principios de la década de los 60`s, destaca que uno de los conocimientos que se venían desarrollando y que se identifican

con conocimientos de punta, eran los conocimientos provenientes de métodos longitudinales en que el grupo familiar ampliado se vuelve objeto de saber:

Este grupo estudia el desarrollo inicial del niño, mas no comienza con el nacimiento o con el embarazo materno, sino con el compromiso de la pareja que se casará y probablemente tendrá un hijo. De esta forma se interesan por los factores psicológicos que intervienen en la formación de la familia. Marido y mujer son entrevistados y examinados periódicamente hasta que la esposa queda embarazada, y aún después hay entrevistas, pruebas y observaciones de las más variadas. Después del nacimiento del niño, el estudio continúa intensamente durante el período neonatal; posteriormente con menor frecuencia, hasta que la criatura va a la escuela maternal del Centro a la edad de dos años y medio. (p.99)

Las reformas psiquiátricas impulsadas en los países occidentales, intentaron desplazar el foco de intervención de un modelo de tutelaje a un modo centrado en el lenguaje del yo. Esto permitió que el régimen “psi” ampliara sus fronteras a disciplinas como la orientación psicopedagógica, la asistencia social, la educación, la gestión del personal, el derecho forense, la criminología, etc. todo bajo la idea de que la sexualidad y la vida interna poseen un lenguaje propio que es posible descifrar.

En todas las áreas, el psicoanálisis fue de capital importancia para la reorganización social de la posguerra. A diferencia de otras formas anteriores de intervención social, que ahora eran estigmatizadas por “paternalistas” o “represivas”<sup>6</sup>, las nuevas disciplinas apuntaban al enriquecimiento del control personal por medio del desarrollo y el refuerzo de controles autónomos del yo. Así el gobierno de los otros se asume como un gobierno de sí, que produce ciertas técnicas del yo para alcanzar una determinada relación consigo mismo. (Rose,1990). De acuerdo a Zaretsky (2012), los nuevos mecanismos de regulación informados psicoanalíticamente “trataban al ego como un actor racional y autorregulado, cuya maduración se vería facilitada por diversas formas de intervención que evitasen la dirección externa” (p.415)

Del mismo modo que el capitalismo del siglo XVII sacralizó la vida familiar, y del mismo modo, la industrialización decimonónica, una nueva disciplina laboral, así también el ascenso de una sociedad automatizada y consumista requirió vehículos análogos para la transformación de la subjetividad. El psicoanálisis fue una de los más eficaces de aquellos vehículos. Durante los años cincuenta el psicoanálisis produjo motivaciones internas y de origen carismático que animaron a los individuos a transformar la familia tradicional y orientada a la producción en una familia moderna, basada en relaciones democráticas y orientadas al consumo, y también, la portadora de la individualidad expresiva. En esa transformación, el hincapié que hicieron los psicólogo del yo en la razón, la madurez, y la capacidad del yo para organizar los mundos interior y exterior, resultó tan necesario

---

<sup>6</sup> Recordemos que en esta misma época surge la crítica antipsiquiátrica que también tuvo un punto de anclaje en la cultura popular, como por ejemplo la novela de Ken Kesey, *One flew over the cuckoo's nest*.

para el psicoanálisis, como lo había sido la emancipación de la sexualidad en la décadas anteriores a las guerras mundiales.

De este modo el nuevo círculo de expertos en subjetividad ofrecieron nuevos vocabularios y nuevas formas de autoreflexión y cultivo del yo, y así mismo nuevos poderes a otros profesionales expertos interesados en aspectos colindantes al psicoanálisis -consejeros matrimoniales, jefes de personal, expertos en relaciones humanas, orientadores vocacionales, etc.- Esta nueva “cultura del yo”, relevaba un mundo interno que encontraba una expresión cultural en un nuevo énfasis en la intimidad personal. “Dada la proximidad del nazismo y el estalinismo, la libertad en el ámbito privado o personal fue presentada como el elemento indispensable para la libertad en la vida pública” (Zarestky, p.417)

De este modo es claro que el giro hacia la madre, fue posible a condición de que se abandonaran las “causas profundas” y las “oscuras tendencias” que explicaban las dificultades de una auténtica vida personal. De modo puntual el psicoanálisis británico de posguerra reforzó los papeles sexuales convencionales en la familia tradicional obrera que encajaba con el modelo emergente del Estado del Bienestar de Beveridge y el psicoanálisis americano, en la familia blanca de clase media que encajaba con los ideales de una sociedad del consumo. En ambos se trataba de conferir a la domesticidad, “profundas significados personales, éticos y sexuales, anteriormente adscritos a formas extrafamiliares de vida personal” (p.408).

La articulación entre el yo y la familia, no estuvo libre de dificultades y resistencias al interior mismo de la institución psicoanalítica. En 1947 Ana Freud se lamentaba de que las relaciones objetales y la relación madre/hijo pasaban por alto la esencia del psicoanálisis, que era

...el conflicto en el interior de la persona individual...objetivos, ideas e ideales en lucha con los impulsos para mantener al individuo dentro de una comunidad civilizada” Se ha puesto de moda prosiguió, “el hecho de diluir esto hasta alcanzar el anhelo de todo individuo de una unión perfecta con su madre, es decir, de ser amado sólo como un bebé puede serlo. De este modo se pierde muchísimo...el psicoanálisis, añadió es, ante todo, psicología de los instintos. “Pero por alguna razón, a la gente no le gusta eso “(Freud en Zarestky, p.406)

Es claro que la insistencia en la intimidad se iba fundiendo con un renovado interés por la domesticidad. La ideología dominante de la familia de posguerra acentuó su carácter privado, el modo en que protegía a sus miembros con respecto al mundo exterior. Incluido para el gobierno estadounidense, esta ideología reflejó el cambio de una sociedad industrial basadas en las clases y en las comunidades hasta una sociedad “posindustrial” centrada en la familia y orientada hacia el consumo de masas. Con posibilidades hasta entonces inimaginables para el consumo privado, la vida personal y la familia pasó a constituir un elemento fundamental de la nueva ideología de las masas.

Como es de esperar bajo esta lógica se generó toda una ética psi, que Zarestky llama de la “madurez” y la producción de un *homo prudens* en cual, la adultez se piensa en clave de

responsabilidad, “prudente y metódica, justa en sus juicios, circunspecta en sus acciones y capaz de tener fe e indignarse” (Erikson, 2000, p.138), dispuesta a establecer el compromiso de una relación íntima y heterosexual, todo con el fin de proporcionar a los hijos de esa unión, el logro satisfactorio de los estadios de su propio desarrollo. “Esto es para Erikson la realización totalizadora de la adultez” (Cornachione, 2006, p.19). Es claro que esta elaboración de la madurez estuvo estrechamente condicionada a la domesticidad, y que al infundir al ámbito privado y familiar significados carismáticos asociados con la sexualidad, el yo profundo y la vida personal, la consecuencia lógica fue consagrar el amor heterosexual y el matrimonio “Muchas personas creían en los nuevos ideales del hogar, la enorme importancia y la índole gratificante de criar niños, el valor ético de un compromiso para toda la vida y el objetivo implícito de la madurez (Zarestky,p.422)

## 6.2. *El informe, la infancia desvalida y las madres*

Pensando en el capítulo anterior, el amor de madre, hasta el siglo XX es una práctica o un rol social (cuidados e higiene) y también una imagen icónica –pintura-fotografía-cine-, siendo esta última el elemento que destaca el contenido emocional. Recordemos que todos los discursos anteriores están dirigidos al *hacer* de las madres y a performar el amor materno en términos de evitar la muerte infantil. El *ángel del hogar* no es sólo un ideal de madre sino que también un ideal de emoción y un ideal de trabajo, que articulan el imaginario visual de la abnegación. El angel del hogar es inseparable del amor cortés, es decir, de la separación de las esferas público/privado de la industrialización y las ansiedades victorianas sobre la sexualidad. ¿Que constituye una madre?, en el siglo XIX, es una pregunta que hasta ese momento es pensada en un lenguaje moral, lo que importa es lo que las madres pueden llegar a ser buenas madres si siguen de modo correcto los consejos de la autoridad y los expertos, que como hemos analizados se alinearon en pro de una causa común: la domesticidad pretecnológica preocupada el higiene y el control de las enfermedades.

Pero con los trabajos sobre la deprivación infantil desde la Segunda Guerra Mundial, así como con las tecnologías y con la misma condición histórica de las mujeres, algo cambió sustancialmente: la buena madre ya no es tanto aquella posibilidad de un llegar a ser, sino que por el contrario, lo materno se ontologiza, se transforma en un ser biológico, un hecho biológico fabricado en un laboratorio : lo materno que para Freud es un complejo, es decir, una posición simbólica, para los nuevos teóricos del psicoanálisis de posguerra, se trata de un sistema de control autoregulado. Es hora de explicar como se llegó a aquello.

En la tercera reunión de la Comisión Social de las Naciones Unidas, que tuvo lugar en abril de 1948, se resolvió llevar a cabo un estudio sobre las necesidades de los niños sin hogar, huérfanos y separados de sus familias bajo las circunstancias de la Segunda Guerra Mundial. Estos fueron descritos como "niños huérfanos o que, por diversos motivos, han quedado separados de sus familias y que necesitan cuidados en hogares de adopción, en instituciones o de otra clase de atención en grupo" (Bolwby, 1954, p.8). El estudio habría de limitarse a niños que se encontrasen sin

hogar en su país de origen, excluyendo así explícitamente a los refugiados de guerra o a los procedentes de otras catástrofes.

Cuando las Naciones Unidas requirieron de los organismos especializados, con interés en el problema, para que llevaran a cabo el estudio y las indicaciones, la Organización Mundial de la Salud ofreció contribuir con un estudio respecto a la salud mental infantil. Se aceptó la oferta y en 1950 John Bolwby, psicoanalista inglés y destacado investigador del Instituto Tavistock, fue llamado para tomar posesión del cargo.

Bolwby visitó varios países de Europa- Francia, los Países Bajos, Suecia, Suiza y el Reino Unido-y los Estados Unidos, en busca de un marco teórico que le permitiera conceptualizar con mayor precisión la naturaleza del vínculo entre los niños y sus cuidadores y los procesos que determinan el carácter de sus interrupciones dolorosas y consideradas, patógenos.

Los trabajos de Bolwby sobre la infancia y maternidad, se remontaban a la década de los años 30`s- he ahí su reconocida trayectoria- cuando, en la clínica Tavistock, realizó sus primera investigaciones sobre delincuencia juvenil y personalidades psicopáticas y sus relaciones con el abandono parental. En 1939, como requisito para convertirse en un miembro de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, presentó un trabajo sobre la influencia del ambiente temprano en el desarrollo de las neurosis y el carácter neurótico y que se publicó un año después en la Revista Internacional de Psicoanálisis.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Bolwby colaboró junto con otros destacados psicoanalistas como Donald Winnicott, en la preparación de la evacuación de los niños en Londres, así como a investigar sobre las consecuencias en la psiquis infantil de la guerra<sup>7 8</sup>.

Según sus memorias

En cada uno de ellos discutí problemas con personas dedicadas a estas actividades, la mayoría de ellas especializadas en trabajos relativos al cuidado y guía del niño; he visto algo de su trabajo y he leído las publicaciones de que disponen sobre este tema. En estas discusiones comprobé la existencia de un alto nivel de coincidencia entre los principios fundamentales de la salud mental de la infancia, y los métodos prácticos de salvaguardarla. Al llevar a cabo este informe mi labor ha sido la de hacer justicia a una vasta literatura científica y la de hacer resaltar los muchos puntos importantes que han atraído mi atención;

---

<sup>7</sup> Los trabajos de Winnicott sobre los efectos píquicos del bombardeo así como de la guerra pueden encontrarse en los artículos Evacuación de niños pequeños (1939) Los niños en la guerra (1940) La madre deprivada (1939) El niño evacuado (1945) El retorno del niño evacuado (1945) El regreso al hogar (1945) Manejo residencial como tratamiento para niños difíciles (1947) Albergues para niños en tiempos de guerra y de paz (1946), publicados en un libro compilatorio titulado *Deprivación y delincuencia* (1991)

<sup>8</sup> Sobre la situación del psicoanálisis durante la Segunda Guerra Mundial, véase el artículo de Adam Limentani (2004). El movimiento psicoanalítico durante la Guerra (1939-1945) según los archivos de la Asociación Psicoanalítica Internacional. *Rev. Psicoanálisis APdeBA*, 26, 3, pp. 683-701



he tenido que dedicar también algún tiempo a la conciliación de puntos de vista divergentes.”  
(Bolwby, 1954, p.8)

En 1951, el informe de OMS fue publicado bajo el título *Maternal Care and Mental Health*. Contenia una revisión completa de todo lo publicado hasta esa fecha sobre el abandono y la privación materna, así como los informes de sus propias investigaciones y conclusiones obtenidas de todas esas fuentes. Bolwby reunió y ordenó datos que apoyaban con fuerza su teoría de que *un internamiento prolongado en instituciones o la colocación frecuente en hogares sustitutos durante la primera infancia da lugar a importantes trastornos de la personalidad, que se manifiestan en relaciones superficiales, dificultad de contener los impulsos y limitaciones de las funciones cognitivas y perceptivas*. Sus conclusiones eran inequívocas:

una relación específica entre la privación durante los primeros años de la existencia y el desarrollo de un carácter psicopático anti afectivo inclinado a la delincuencia habitual y extremadamente difícil de tratar” (p. 43)

la evidencia existente en la actualidad es tal que no deja lugar a dudas acerca de esa proposición general cuyo enunciado repetimos: la privación prolongada del cuidado materno puede producir en el niño graves efectos en su carácter, y tiene tal alcance de proyección en su vida, que puede afectarla por entero.” (p.57).

el hambre que tiene el niño pequeño del amor y de la presencia de su madre es tan grande como su hambre de alimentos” (p.22)

...Llegamos así a la conclusión de que la pérdida de la figura materna, por sí misma o unida a otras variables aún no identificadas claramente, puede producir reacciones y procesos que son del mayor interés para la psicopatología. Más aún concluimos que esas reacciones y procesos son los mismos que presentan individuos de más edad que están todavía perturbados por separaciones sufridas en una etapa temprana de sus vidas. Entre tales reacciones y procesos y entre las diferentes formas de conflicto se encuentran, por una parte, la tendencia a plantear excesivas demandas a los demás, sintiendo ansiedad y rabia cuando éstas no son satisfechas, como les ocurre a las personalidades dependientes e histéricas; y, por otra, el bloqueo de la capacidad para entablar relaciones profundas, como se observa en las personalidades incapaces de afecto y psicopáticas. En otras palabras, nos pareció que cuando observamos niños que estaban o habían estado separados de sus madres, en ambientes extraños, presenciábamos reacciones y también efectos de procesos defensivos que son, precisamente, lo que permiten establecer un nexo entre una experiencia de esa clase y algunos de los conflictos que pueden presentarse más tarde en el funcionamiento de la personalidad (Bolwby, 2012 -1969- p.22)

Dos años después, en 1953, Bowlby publicó otra versión del informe, *Child Care and the Growth of Love* (traducido como *Cuidados maternal y crecimiento en el amor, 1979*) y que fue reimpresso seis

veces en los diez años siguientes y traducido a catorce idiomas, vendiendo más de 400.000 copias en la edición de bolsillo inglés.

Su primer estudio empírico, basado en notas sobre casos de pacientes atendidos en la London Child Guidance Clinic, le permitió vincular la sintomatología de los niños a historiales de privación y separación materna. El estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939, tuvo un gran impacto en la carrera de Bowlby como investigador, brindándole experiencia en el área de la metodología y la estadística al ser destinado a colaborar, junto a colegas de la Tavistock Clinic, en los procedimientos de selección de oficiales. Al finalizar la guerra, Bowlby fue invitado a dirigir el Children's Department de la Tavistock Clinic. A esto le siguió, en 1948, el establecimiento de una unidad de investigación en torno a los efectos de la separación temprana de la madre en el desarrollo de la personalidad. Bowlby para ello contó con la colaboración de James Robertson, un trabajador social que había recibido un amplio adiestramiento en la observación de niños, mientras trabajaba en la guardería residencial dirigida por Anna Freud durante la guerra. Entre las aportaciones de Robertson se encuentra la filmación de una película acerca de la angustia enfrentada por un niño de dos años ante una experiencia de separación debida a una hospitalización.

En 1950 se unió a la unidad investigativa de Bowlby, la que llegaría a ser su principal colaboradora, Mary Ainsworth, cuyas aportaciones parten de su trabajo previo en torno a la teoría de la seguridad desarrollada por William Blatz. (Avila, 2002)

En el informe, la revisión que Bowlby hizo de la literatura sobre estos niños arrojó unos resultados sombríos: mostraban un índice bajo en las pruebas de desarrollo de Gesell y en las normales de C.I; "emocionalmente, eran retraídos, muchas veces autistas- lo más horrible de todo- era probable que fuesen a quedar físicamente tullidos y enfermizos. "(Enhrenreich y English, p.311)

En su descripción del niño sin hogar, Bowlby (1954) escribe:

El tono emocional es de aprensión y tristeza, hay un retraimiento del entorno, que llega a su rechazo...Las actividades están retrasadas y el niño, muchas veces, se sienta o yace inerte en un aturrido estupor. El insomnio es corriente y la falta de apetito, universal. El niño pierde peso y se hace presa de infecciones continuas" (p.22)

Este estudio si bien provocó una gran recepción y en sus palabras "remeció las bases de la psicología infantil" (Bowlby, 2012, p.34) en los Estados Unidos no fue una cosa novedosa, pues después de la Segunda Guerra Mundial - tal como mostré en el capítulo 3- existía ya una creciente preocupación por el desarrollo de las emociones y su papel en la formación de la personalidad y tal como evidenció el mismo Bowlby en su informe, una preocupación creciente por los efectos de la privación materna.

Pero lo interesante del estudio de Bowlby, es que por medio del concepto de privación materna, se desplazó sin grandes dificultades de la anomalía del abandono y la separación materna en tiempos de guerra, a la normalidad de la posguerra, especialmente a niños cuyas madres estaban presentes

pero que eran objeto de una *privación* de conductas de cuidado y amor. Dada la falta de claridad de lo que Bowlby entendía por *privación materna*, llevó a que en 1962 su discípula Mary Ainsworth, (1962) realizara una definición más o menos operacional del término definiéndola como la “insuficiencia de interacción” (Ainsworth, 1962, p.100) siendo tarea de la investigación empírica delimitar cuando hay privación de cuando hay separación pues ambas obedecen a fenómenos diferenciados.

Entre las década de los 50`s y 60`s, Bowlby publicó una serie de artículos<sup>9</sup>, en los que intentó dar cuenta de esta diferencia, principalmente aquella que se hallaba cuando la madre está presente desde el punto de vista físico, pero “emocionalmente” ausente. Con esto, tenemos, por un lado, una primera taxonomía de la patología materna (madres que abandonan / madres que privan) y por otro una definición de la *madre normal*. A la madre no le bastaba con su presencia, era necesario el despliegue de conductas y sentimientos acordes a la identidad materna que Bowlby fue construyendo en sus 30 años de investigación y en sus laboratorios en Tavistock; la maternidad con esto se transformó en un complejo territorio de interpretaciones, significaciones y explicaciones a la par que el bebé se erigía como objeto de estudio.

...O sea que, aunque presente en su forma material, la madre puede no responder a los deseos infantiles de afecto. Esta falta de capacidad de respuesta puede deberse a muchas circunstancias (depresión, rechazo, `recuperación por otros problemas), pero sea cual fuere su causa, la madre sólo se halla presente a medias para el hijo. Por otra parte, la madre puede amenazar al niño con abandonarlo como arbitrio disciplinario, táctica que probablemente posee un efecto patogénico inconmensurablemente mayor que lo que en la actualidad se cree... (p.42)

El problema para Bowlby (2012) consistía entonces en saber cuántas repeticiones de la experiencia de separación eran necesarias para dar lugar a la privación, y en qué circunstancias una serie de separaciones producen este efecto. De este modo avanza en una definición en que la expresión “separación materno-infantil” quedó reservada “para las roturas de una relación ya constituida y dejará de emplearse de forma vaga para designar a todos los casos de separación entre un niño y su madre, independiente de la edad de aquel, de su madurez, y de la unión que exista entre ambos. (p.100) y privación materna para los casos en que el niño

vive en el mismo hogar que su madre (o quien la sustituya con carácter permanente) y ésta es incapaz de proporcionarle el amoroso cuidado que la infancia necesita. Del mismo modo,

---

<sup>9</sup> Los trabajos publicados en diversos artículos durante la década del 50 fueron publicados en el primer volumen de la trilogía “Attachment and loss” de 1969 (1ª edición en castellano en 1998 “El apego y la pérdida”) con el título “Attachment”. Para efectos de este trabajo doctoral se ocupará la edición en castellano de 2012 “El apego”. Asimismo los trabajos elaborados durante la década de los 60`s fueron editados en 1976 como segundo volumen de la misma trilogía con el título “Separation”, y cuya edición en castellano a utilizar acá es la del 2009.

se considera "privado" al niño cuando por cualquier motivo se le separa del cuidado materno. El efecto de esta privación resultará relativamente leve si al niño lo atiende alguien con quien se ha encariñado y en quien confía, pero puede ser grave si la madre adoptiva, aun cuando sea amable, le es extraña. Sin embargo, estas providencias le proporcionan alguna satisfacción y constituyen, por tanto, ejemplos de privación parcial. Se ofrecen aquí como contraste con el estado de privación casi absoluta, que es tan frecuente en instituciones, residencias infantiles y hospitales, donde el niño no tiene a nadie que le cuide en forma individualizada y con quien pueda sentirse protegido y seguro." (p.14)

Sus conclusiones sobre los efectos catastróficos del abandono de la madre podían igualmente presentarse siempre que no hubiera una atención materna de plena dedicación (abandono parcial), en el *Informe* de 1951 identificó como uno de los factores que afectaban aquella plena dedicación, obviamente, el empleo de las madres (a la par que muerte de un progenitor, encarcelamiento de un progenitor, calamidad social, hambre, etc.). Años más tarde, durante la década de los 60's (Bolwby, 2009) afirma "los efectos de la separación de la madre pueden asimilarse a los efectos del cigarrillo, o de la radiación. Aunque las consecuencias de las dosis pequeñas parecen soslayables, tienen un efecto acumulativo. Las dosis más seguras es una dosis de cero" (p.94)

Con esto Bowlby amplió aún más sus hallazgos, pues incluso en los hogares en donde las madres estaban presentes y no trabajaban podía haber una "maligna "carencia parcial" debida por supuesto al rechazo materno" (Enhrenreich y English, p.312). Esta "carencia parcial" que no fue definida, podía ser explicada a través de las normas que Bowlby estableció en el informe de 1951 para ejercer una maternidad deseada:

Igual que el recién nacido necesita sentir a su madre, la madre necesita sentir que pertenece a su hijo, y sólo cuando ella tenga la satisfacción de este sentimiento, le será fácil dedicarse a él. En ofrecimiento de una atención constante, día y noche, siete días a la semana y 365 días al año, sólo es posible en una mujer que obtenga profunda satisfacción de ver cómo su hijo crece desde pequeño, atraviesa las numerosas etapas de la niñez y se convierte en un hombre o una mujer, independiente, sabiendo que son sus atenciones las que lo han hecho posible. (Bolwby, 1954, p.67)

Entre los efectos de esta carencia parcial identificó

la ansiedad aguda, excesivo anhelo de amor, de poderosos sentimientos de venganza y, como consecuencia de éstos, los de culpabilidad y depresión. Esas emociones y esos impulsos son demasiado poderosos para los tiernos medios de dominio y organización inmaduros con que cuenta el niño (inmaduro todavía, tanto fisiológica como psicológicamente). La perturbación en la organización psíquica resultante de esos estados le conduce a una variedad de reacciones frecuentemente repetidas y acumuladas que se traducen en la aparición de síntomas de neurosis y de inestabilidad.(p.14)

Para Bolwby los niños de entre quince y treinta meses que eran expuestos a una privación materna por lo general mostraban una conducta con una secuencia predecible, así el psicoanalista construyó durante la década de los 50's toda una taxonomía de la secuencia de las conductas, que fueron divididas en tres etapas, según la actitud que predomine hacia la madre (Bolwby, 2012). Estas fases son las de protesta, desesperanza y desapego.

“La etapa inicial o de protesta, puede desencadenarse de inmediato o con cierto retraso y dura desde unas pocas horas a una semana o más. Durante ella, el niño pequeño de muestras de notable zozobra ante la pérdida de la madre y procura recuperarla, ejerciendo plenamente sus limitados recursos. Por ejemplo llora con frecuencia, sacude la cuna. Da vueltas en ella y atiende ansiosamente a cualquier señal perceptiva o sonido que pueda indicar la presencia de la madre. Todas sus conductas indican que aguarda con ansiedad su vuelta. Mientras tanto, suele rechazar a toda figura sustituta que le ofrezca ayuda; aunque también algunos niños se aferran con desesperación a una cuidadora.

Durante la etapa de desesperanza, sigue siendo evidente la preocupación del niño por la madre ausente, pero su conducta sugiere que está perdiendo la esperanza de que ésta vuelva. Disminuyen o se interrumpen sus movimientos físicos activos y el niño llora de forma monótona o intermitentemente. Se muestra retraído o pasivo; no plantea ninguna demanda a las personas que lo rodean y todo hace pensar que en un estado intenso de duelo. Esta segunda etapa se caracteriza, sobre todo, por una gran pasividad del sujeto; y, a veces los adultos pueden pensar que ha disminuido su sufrimiento.

En la fase de desapego, que más tarde o más temprano a las de protesta y desesperanza, el niño muestra más interés por el ambiente que le rodea. Por eso, los adultos reciben esta fase con alegría, creyendo que es una señal de que empieza a superar la pérdida sufrida. Ya no rechaza la presencia de las cuidadoras. Aceptan los cuidados que le dan, los alimentos y juguetes que traen; y puede, incluso, sonreír y parecer sociable. Algunos creen que este cambio es positivo. Ante la visita de la madre, sin embargo se advierte que las cosas no marchan tan bien como se suponía. Se observa palpablemente la ausencia de conductas características de un fuerte apego, normal a su edad... lejos de dar la bienvenida a la madre, el niño no parece reconocerla. En vez de correr a sus brazos, se muestra distante y apático, más retraído que lloroso. Parece haber perdido todo interés por ella.” (p.438)

Como se aprecia, el informe y los trabajos posteriores de Bolwby apuntaron a realizar taxonomías conductuales y afectivas sobre las madres como de los bebés. Se trató por tanto de una teoría que desde sus inicios asumía un marco de visión y una metodología propia de las ciencias naturales para el estudio tanto del crecimiento infantil como del amor de madre. En esta visión, se trató de incorporar un nuevo espacio taxonómico, un sistema de coordenadas que permitiera un cálculo científico, riguroso y exacto de las distancias o disparidades respecto a aquello que otrora había sido nombrado como una buena madre, pero que esta vez se asumía como *conducta de proximidad*. Esto suministró las condiciones de aparición y la morfología particular de una nueva disciplina –una

psicología del desarrollo- que operó con signos muy unívocos, dirigidos a reducir la singularidad y las múltiples experiencias de maternaje como del abandono, para organizar un orden tanto de lo observado en los laboratorios, como lo pensado sobre él, y también, para la producción de nuevos y renovados enunciados para el mismo psicoanálisis.

Con este gesto Bowlby define el crecimiento infantil no sólo desde la diada materno-infantil, sino que asimismo, desde una posición epistemológica en que las interpretaciones acerca de las conductas de los bebés, fueron asumidas como meras descripciones de una realidad independiente a los ojos del observador. “Lo evidente”, ocultaba, justamente que los signos y señales corporales de los bebés observados tanto por Bowlby como por los investigadores de la infancia anormal, eran el resultado de todo un proceso de traducción enmarcado, encuadrado en la taxonomía. El amor materno, visto desde los lentes de la necesidad del bebé y las ansiedades del abandono y la privación materna, implicó también conexiones con las tecnologías literarias (el informe de investigación) y tecnologías visuales, especialmente la máquina de cine, que siguiendo la línea de Gesell, se incorporaron en el estudio del infante. Así se desplegó un conjunto de códigos visuales por medio de la producción de films y documentales dirigidos al público lego y que fueron exhibidos en audiencias públicas.

En ese sentido, *el cuadro*, que según Foucault (2010) funda el espacio taxonómico, se trató esta vez de un cuadro cinematográfico, en que la técnica del primer plano –del bebé- resultó ser la mediadora y productora de la ligazón entre los signos y el sentido.

Al igual que sus precesores - Gesell y Spitz-, Bowlby utilizó la máquina de cine para registrar sus experimentos. El postulado metodológico era el mismo: la máquina permite capturar la realidad del bebé, de un modo objetivo esto se conecta además con la tecnología del informe de investigación en la punto en que se trata de a puesta en escena de la ficción de la objetividad. La objetividad se vuelve imagen y escritura y los *testigos modestos* de la ciencia clásica que analiza Haraway (2004), devienen testigos tecnovisuales, construyendo de este modo un nuevo elemento imaginario clave, para pensar en este nuevo orden materno heredero de las tecnologías modernas.

A pesar de que el entusiasmo y el afán de Bowlby por conocer la maternidad y situarse como uno de los fundadores de este proyecto, lo cierto es que el fenómeno contaba ya con toda la historia de los análisis anteriores sobre la “depresión anaclítica” y el “hospitalismo” (cuadros patógenos propios de los bebés hospitalizados o abandonados) del psicoanalista René Spitz, quien encontró que el desequilibrio del desarrollo causado por las condiciones desfavorables ambientales durante el primer año, producía un daño psicosomático irreparable en los infantes normales. Asimismo elaboró una docena de films junto al matrimonio Robertson<sup>10</sup> en que los protagonistas eran niños y niñas abandonadas en hospitales por motivos de la guerra. En particular las imágenes de niños deprimidos, melancólicos, con graves retraso en el desarrollo mental y físico desplegaron un código emocional que entintó todo el discurso sobre la infancia de posguerra. A diferencia de los trabajos de

---

<sup>10</sup> El más conocido titulado como *A two year old goes to hospital* de 1952

Gesell, y sus niños blancos, bien alimentados y con un desarrollo normal, los film de Spitz son verdaderos registros de la barbarie de la guerra y el abandono.

El uso del cine en los trabajos sobre la privación materna, da pie para comprender no sólo la lógica de los argumentos utilizados, sino también su tejido emocional (Vicedo, 2013). Para cualquiera que observara a los bebés filmados, era claro que la opinión de estos psicoanalistas, acerca de que la naturaleza había diseñado a los bebés con una necesidad biológica del amor de madre, era una Verdad incuestionable, introduciendo un nuevo elemento de enorme poder emocional: la *infancia desvalida*. La madre nuevamente era convocada a no quedarse en casa, pero no desde la perspectiva de la Nación o su reconstrucción, sino a satisfacer las necesidades de sus propios hijos, los cuales sin su presencia, sus posibilidades de una vida normal y feliz podrían verse seriamente truncadas.

Pero a diferencia de lo que Bolwby pensaba, la máquina lejos de reflejar la realidad, la re-producía. Esto fue sintomático en un contexto en que el bebé pasó a ocupar el “primer plano” en la imaginación doméstica de posguerra. El formato visual del cine de Bolwby modificó el plano desde donde se pensó el bebé: no es el decimonónico “instinto materno”, sino las necesidades de supervivencia del bebé, necesidades que comparte con todo el resto de los mamíferos pero que a la vez lo separa, por ser el menos equipado y absolutamente dependiente del cuerpo de la madre. Como veremos más adelante, Bolwby operaba por traducción y por demarcación, es decir, por un lado los monos y los niños mostraban las mismas necesidades en tanto mamíferos pero por otro, lo animal y lo humano estaban demarcados como entidades diferentes, por ese tejido emocional de la infancia dañada y desvalida que así mismo hacía eco en la dependencia ontológica del infante hacia un otro, y que Bolwby cada vez más tradujo, como dependencia hacia la figura real de la madre.

De este modo cuando una década después de la publicación del informe, introdujo la noción de *apego* como una condición evolutiva que expresaba y mostraba al bebé y su lucha por la vida, sus máquinas de cine lo mostraba no al modo de una representación, sino al modo de una simulación. Las imágenes del hospitalismo y el trauma de la guerra excedían al mismo objeto-bebé que se quería representar. Lo que la cámara expresaba era lo *real*, siempre inasible o excesivo, del bebé y su trauma, un imaginario *psico-gore* por medio del cual se conformó una compleja red de emociones: lástima, rechazo, culpa, asco, etc. En este sentido no se trató tanto de un retorno a la madre, como si a la entrada en acción, del bebé traumatizado y que en cuanto tal, desplazó las verdades sobre aquel, en cuanto mamífero, hacia el descubrimiento de su humanidad. Así la humanización del bebé, o aquello que la historia del psicoanálisis llamó el *descubrimiento de la vida psíquica del bebé*, operó por medio de un imaginario visual tanatológico que al articularse con el régimen hetero-sexual del *american dreams* y el *american way of life*, supuso a la madre, en tanto sujeto privado, como la única capaz de contener la amenaza del abandono y reparar las huellas del trauma. Bolwby en vez de operar hacia la colectivización de la responsabilidad del cuidado de la *infancia desvalida*, operó hacia su privatización y re-familiarización.

De ahí que los estudios del Bolwby y sus discípulos, no pueden interpretarse simplemente como un trabajo más sobre la privación materna, se trató de un complejo sistema teórico elaborado por códigos visuales, y también por una fuerza enunciativa dirigida a establecer la verdad incuestionable de sus enunciados y finalmente por una pregunta y una respuesta, implícita, en todas sus hipótesis: ¿quien debe cuidar a los niños?

La fuerza enunciativa de Bolwby y siguiendo Marga Vicedo (2013) puede analizarse por medio de dos mecanismos discursivos que aquel desplegó en la redacción del informe. En primer lugar, la construcción activa de un consenso de los “expertos”, enfatizando estratégicamente los puntos comunes entre los diferentes investigadores que trabajaban con niños:

a pesar de todas estas diferencias y a pesar de que tanto el ambiente como las expectativas de los observadores eran diferentes, hay una notable uniformidad en los hallazgos. A partir de seis meses, el niño pequeño suele reaccionar de un modo muy característico al separado de la madre.” (Bolwby, 1954, p.58).

Las tesis y conclusiones que desarrolló en el informe, las basó en estudios que cubrían una amplia gama de cuestiones relacionadas, pero claramente distintas: niños separados de sus familias debido a la hospitalización de la madre o el niño, la separación de la madre durante períodos cortos, la separación permanente de la madre o de toda la familia, atención materna insatisfactoria, y la actitud emocional defectuosa de la madre hacia el niño, entre otras. Construir dicho consenso significó entonces incluir todos estos estudios bajo el paraguas de la "atención de la madre y el amor", pasando por alto las diferencias entre los niños, las madres y las situaciones estudiadas. Pese a ello Bolwby se conduce enérgico a comprobar su tesis, pese a que la misma evidencia mostraba la multiplicidad de experiencias de abandono así como los múltiples factores que se ponían en juego a la hora de pensar en sus efectos, la madre se transforma en el elemento que da continuidad y coherencia a los múltiples discursos existentes. Pese a que su retórica expresa un recorrido inductivo o, empírico, es claro que son sus ideas pre-concebidas<sup>11</sup> las que impulsan el proyecto de un programa de investigación encaminada a descubrir la verdad del abandono y lo materno.

A la vista del considerable número de pruebas obtenidas, puede llegarse a la conclusión de que, sea cual fuere el papel que desempeñan otras variables al crear la situación de desamparo descrita, el factor de mayor peso es, indudablemente la ausencia de la madre. (p.67)

---

<sup>11</sup> Los biógrafos de Bolwby tienen a destacar un hecho fundamental: el abandono que él mismo sufrió en su primera infancia, sugiriendo que sus trabajos estuvieron estrechamente vinculados a sus propios traumas producto del abandono de su madre cuando tenía 5 años. Si bien esta es una lectura subjetivista que emerge desde el mismo género literario “biografía” y que no es la más adecuada para explicar este complejo entramado teórico, es claro que el tono emocional que aplica Bolwby en sus trabajos y conferencias, hacen sospechar que sus hipótesis no se condujeron de modo externo y desinteresadamente como él intentaba demostrar, sino más bien que desde una clara implicación personal.



Además, impulsó este supuesto consenso, apelando a un principio epistemológico estándar en la ciencia, la universalidad, y a la autoridad de aquella para afirmar cuestiones más allá de su propia observación, insistiendo en que sus afirmaciones se derivaban del estudio y sistematización de casi la “totalidad de la evidencia de que se dispone” (p.15) Este consenso fue ratificado por su discípula y colaboradora Mary Ainsworth quien en 1962, intentó “explicar” los supuestos y la autoridad de las afirmaciones de Bowlby partiendo de este consenso:

También al estudiar la opinión experimentada de los responsables de organizar la asistencia de los niños sin hogar, Bowlby volvió a encontrarse con una impresionante unanimidad de criterios. Al ordenar todas estas opiniones y los datos recogidos y poner todo ello al alcance de las personas relacionadas con el desarrollo y cuidados de los niños, Bowlby se hizo portavoz elocuente de un punto de vista, que además de regir el perfeccionamiento inmediato de la asistencia infantil, procuró nueva energía para investigaciones de mayor rigor. (p.98)

La construcción de la verdad de Bowlby asumía que un estudio particular sobre un tema no podía proporcionar la prueba convincente de una conclusión, de este modo la convergencia de varios estudios de forma independiente añadiría soporte probatorio a conclusiones individuales. Con esto instala un modo de decir las cosas, modo que asimismo marcaba un linaje de sujetos autorizados respecto a aquella verdad. Con esto cabe la pregunta entonces, ¿de qué régimen de verdad se trata?. Una primera aproximación es que se trató de un *modelo de consenso* de producción de la verdad, la verdad queda inscrita en un pacto, un acuerdo y en el ascenso de un nuevo tipo de experto, de comunicación y de escritura: el consultor experto y el informe. Como señalé anteriormente, en la discusión sobre las madres, fueron justamente las madres las excluidas como sujeto de discurso. Las madres se incorporaron en estas discusiones como objetos periféricos de un discurso que hablaba por sí sólo, pues la retórica novedosa que introduce Bowlby es que habla desde “la evidencia”, tan propio de la ciencia actual.

Este mecanismo de producción de verdad, según el cual sus puntos de vista y sus afirmaciones habían sido probados por la convergencia de resultados similares y provenientes “de muchas fuentes” y de la opinión de “muchos expertos” y en “muchos lugares”, puede ser pensado desde un segundo modo de producción de la verdad: una teleología heroica, en que pareciera que la historia de los estudios sobre el abandono, la privación y los trastornos en la infancia previos a Bowlby llevasen el germen o el motor del *apego*. Con esto se intentó una universalidad y una especie de necesidad epistemológica, en que 30 años de investigación fueron conducidas en una teleología hacia sus propias conclusiones sobre la presencia de la madre. Bowlby se conduce en ese sentido, como un hermeneuta y un héroe, que interpreta los textos de sus antepasados como señales, o como signos de una revelación; como una hermenéutica que necesariamente devela su descubrimiento, el *apego*.

La universalidad que pretende instaurar Bowlby, impulsó un proyecto de investigación durante la misma década los 50`s, que alcanzó los límites de más allá de occidente. Así, en 1953, Mary Ainsworth se trasladó a Uganda, dándose a la tarea de validar empíricamente las nociones de

Bowlby mediante observaciones en torno al desarrollo del apego en comunidades aborígenes. Los datos que obtuvo, permitieron el estudio de las diferencias individuales en la calidad de la interacción materno-infantil. Ainsworth encontró su propia evidencia, sobre el uso de la madre como una base segura a partir de la cual explorar el mundo y observó tres patrones de apego infantil: el seguro, el inseguro y el aún no desarrollado. Evaluó además la sensibilidad materna ante las señales del infante, encontrando una correlación significativa entre lo que ella llama el “apego seguro” y la “sensibilidad de la madre”.

Años más tarde en 1963 Ainsworth emprendió en Baltimore un segundo estudio de carácter longitudinal, en el cual se utilizó el procedimiento de laboratorio conocido como la *situación desconocida*, fundamentado en la observación de una separación-reunión estructurada, así como el sistema de clasificación que lleva el mismo nombre. Las observaciones realizadas pusieron de relieve la distinción entre los infantes seguros -quienes parecen confiar en la accesibilidad física y emocional de sus madres para ayudarles en situaciones adversas o atemorizantes, y se muestran deseosos de explorar el mundo- y los infantes inseguros, al igual que entre dos grupos de estos últimos, el resistente-ambivalente -que parece exhibir sentimientos conflictivos hacia sus madres y presenta coraje, ansiedad de separación, aferramiento y vacilación ante la exploración de sus alrededores- y el elusivo -que evita enfáticamente a sus madres, parece no tener expectativas de que los adultos respondan a sus necesidades y muestra una falsa autosuficiencia. Ainsworth encontró además una relación entre tales diferencias y la conducta materna en términos de cuidado (Ainsworth & Bowlby, 1991; Bretherton, 1992).

Desde Londres a Baltimore pasando por Uganda, los datos eran claros –demasiado claros- y se apelaba a una comunidad científica mundial. En la primera página del informe de 1951 se lee:

...Entre los acontecimientos científicos de mayor alcance, ocurridos en el campo de la psiquiatría durante los últimos quince años, se destaca la creciente y constante evidencia de que la naturaleza de los cuidados proporcionados por los padres al niño en su infancia es de fundamental significación en el futuro de su salud mental. El proceso comenzó con la compilación de datos procedentes del tratamiento psicoanalítico de adultos; más tarde, se incrementó con los resultados experimentales del mismo estudio hecho con niños y ahora, en el curso de los diez últimos años, ha aumentado considerablemente merced a las informaciones reunidas por psicólogos y psiquiatras que se ocupan de los problemas de orientación y cuidado de la infancia, dos campos profesionales que proporcionan incomparables ocasiones para la observación, tanto del desenvolvimiento del niño como del medio ambiente que le rodea. Debido principalmente a estos nuevos conocimientos existe en la actualidad, entre los profesionales de Europa y América dedicados a la orientación de la infancia, gran acuerdo acerca de ciertos principios fundamentales. Su modo de enfocar el estudio de los casos, sus investigaciones, sus diagnósticos y los propósitos de su terapéutica son los mismos, y es idéntica también la teoría etiológica sobre la que se sustenta su obra. (p.13)

El segundo motivo por el que el informe de la OMS de Bowlby no puede ser visto como uno más, es que se trataba de representar sus afirmaciones y verdades como un documento respaldado por una organización internacional respetada, adquiriendo una visibilidad y respetabilidad que ninguno de los estudios anteriores disfrutó de forma independiente. Algunos científicos importantes de otros campos como la sociología y la antropología apelaron también a la obra de Bowlby, para defender la tesis de que el niño tiene necesidad biológica fundamental del amor de madre. Esto fue un poderoso estímulo que dio lugar a una gran cantidad de investigaciones tanto en el ámbito del psicoanálisis como de la etología y la primatología. En el año 1963 la revista de Cuadernos de la Salud Pública, órgano de la OMS, ofreció un número especial titulado *Privación de los cuidados maternos*, en que un grupo de reconocidos psicoanalistas, antropólogos y etólogos discutieron las ideas de Bowlby.

A finales de los años 50's la fama de Bowlby se extendió en cada uno de los lados del Atlántico. Su estatus como el hombre detrás del informe de la OMS y su voluntad de extraer recetas sociales de su trabajo lo hacían una referencia central en los debates sobre el trabajo de las mujeres, la atención materna y las emociones de los niños. De este modo el apego mostraba la productividad de un proceso de "traducción" desde la teoría a la práctica, actuando de manera muy activa para promover y popularizar sus ideas, siendo consciente de "las implicaciones de sus declaraciones para los roles sociales y económicos de las mujeres" (Burman, 1998, p.107)

Su trabajo fue discutido ampliamente, en las conferencias políticas y en los medios de comunicación. Al estar apoyado por una organización mundial prominente, sus puntos de vista se convirtieron en un punto de referencia en las discusiones sobre la familia, la formación de la personalidad, y las funciones parentales. Como apunta Limentani (2004) Bowlby siguió el estilo propio de los psicoanalistas norteamericanos de escribir toda suerte de artículos de difusión para los legos:

...La cantidad de artículos y libros sobre el psicoanálisis fue por cierto impresionante; sería imposible tan siquiera enumerarlos en este trabajo. Sólo destacaré algunas contribuciones que, en mi opinión, tuvieron relevancia para nuestro tema. Por ejemplo, *Psicoanálisis hoy*, de Lorand (1944), es un volumen muy interesante en el cual diversos especialistas se ocuparon de varios aspectos de la normalidad y la psicopatología de la personalidad, así como de los aspectos psicosomáticos de la criminología, el arte, la sociología, la literatura, la religión y la antropología. ... (p.697)

La definición y la regulación de lo que constituye una maternidad buena y sensible estructuraron, los discursos sobre el desarrollo infantil y los discursos sobre la disposición de los cuidados infantiles y la feminidad. Por ejemplo en la Conferencia sobre la Infancia y la Juventud de 1950 organizada por la Casa Blanca en EE.UU (Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia., 1953), que reunió a David Levy, Erik Erikson, Ashley Montagu y otros psicólogos americanos, psiquiatras y especialistas en ciencias sociales para abordar la cuestión de cómo los niños podían desarrollar una personalidad sana. Esta conferencia a diferencia de las anteriores, se centró en "cómo criar una generación emocionalmente saludable" y llamó la atención sobre los "sentimientos" de los niños. Es destacable el hecho de que estas conferencias que se venían organizando desde 1909, se habían

centrado en los aspectos económicos y sociales de los problemas de los niños estadounidenses. Ahora, si bien la conferencia reconocía que la mala salud emocional puede tener causas económicas, sociológicas, físicas, entre otras, la conferencia también tuvo como objetivo extraer las implicaciones políticas de la investigación sobre las necesidades emocionales de los niños. En la sección sobre *Efectos de la privación de la atención materna*, la conferencia también hizo un llamamiento a la publicación de la OMS de Bowlby, citando con aprobación sus puntos de vista sobre los efectos perjudiciales de la falta de amor materno en la infancia.

Con estos trabajos, Bowlby instala una franca ruptura con la tradición alemana en psiquiatría, aquella la de los factores constitucionales y hereditarios que prevaleció durante el siglo XIX. Para Bowlby, la corriente alemana, era una mirada determinista que “nos hacen recordar el principio calvinista de la predestinación.” (Bowlby, 1986, p.16). Bowlby, es consciente que dicha ruptura involucra cambios en cómo se entiende la naturaleza y la naturaleza humana: “quizás la resistencia a aceptarlas obedezca a la idea de que su acogimiento implicaría cambios de extraordinario alcance en la concepción de la naturaleza humana, y en los métodos de atención y cuidado de la infancia.” (p.55).

Bowlby concluía el informe con una serie de recomendaciones que iban desde la ayuda económica a madres desamparadas, hasta la eliminación de la atención institucional, para propiciar la asistencia llena de afecto y semejantes al hogar de clase media blanca. Pero el paso que Bowlby en el informe así como en sus artículos posteriores era espectacular: saltaba ágilmente desde su base de datos de evidencias e informes de niños separados de sus madres, hasta el niño en el hogar, es decir hasta los niños que tenían hogar, familias y no habían sido abandonados ni bombardeados. Con esto los razonamientos de Bowlby se reconocían en la infancia tanto normal como anormal.

### 6.3. *Una cuestión de métodos: la ruptura de Bowlby*

Después del informe, las primeras formulaciones de lo que el psicoanalista dio por nombre la Teoría del apego, fueron presentadas por Bowlby ante la Sociedad Psicoanalítica Británica a través de una serie de artículos publicados entre 1958 y 1963. El primero de éstos giraba en torno a la naturaleza del vínculo del niño con su madre, los siguientes dos, a la ansiedad de separación y, los últimos tres, al duelo en la infancia y la niñez temprana. En cada uno de sus artículos Bowlby estableció por un lado, el contraste entre su nuevo enfoque y las teorías psicoanalíticas de la época, lo que provocó fuertes objeciones de parte de muchos de los miembros de la Sociedad Psicoanalítica Británica (Ainsworth y Bowlby, 1991) y por otro, la voluntad de retomar el proyecto del joven Freud respecto a las relaciones entre el psicoanálisis y las ciencias naturales, el llamado *Proyecto de una Psicología para neurólogos* escrito por Freud en el año 1895, y con ello, la pregunta acerca de la pertenencia e identidad de su teoría del Apego, respecto al marco freudiano.

Con esto Bowlby se posiciona en los límites de la teoría, en una búsqueda de algo novedoso que le permitiera vincular el psicoanálisis a las ciencias naturales, bajo la autoridad de Freud.

A medida que progresaban mis estudios sobre la teoría, fui comprendiendo, poco a poco, que el terreno que tan alegremente me disponía a cultivar era el mismo que Freud había comenzado a labrar sesenta años antes y que contenía los mismos peñascos y los mismos esponjosos obstáculos que él había encontrado y se había esforzado por superar: amor y odio, ansiedad y defensa, apego y pérdida. (Bolwby, 2012, p.20)

Entre las cuestiones que ahondaban en dicho contraste había algo de fondo. El trabajo de Bolwby fue más allá de una cuestión formal, se trató de una ruptura epistemológica y metodológica cuya consecuencia lógica fue la re-elaboración del objeto de estudio del psicoanálisis. Se trató en ese sentido, de dos operaciones, por un lado mostrar que si el psicoanálisis tiene pretensiones de transformarse en una práctica científica, el método tradicional de la investigación psicoanalítica, el método clínico (construcción de verdades a partir de la reconstrucción presente de la historia de los pacientes), es un problema, y, segundo, desmentir el axioma aceptado dentro del psicoanálisis de que el vínculo entre madre/hijo, es un vínculo secundario. Según este axioma, que cabe dentro de la teoría del impulso secundario, la madre se asocia con la reducción de los impulsos primarios - en particular el hambre, la sed y el dolor - y mediante el aprendizaje, se deriva el afecto o el amor. Es decir el amor materno para el análisis freudiano, es un producto de la satisfacción de las necesidades biológicas mediatizadas por las fantasías auto-eróticas de reducción del placer.

De este modo la observación “naturalística” de la conducta de un niño pequeño con su madre, tanto en presencia de ésta como, sobre todo, en su ausencia, podía “facilitar en grado sumo nuestra comprensión del proceso evolutivo de la personalidad” (p.30). Bolwby se conduce de modo diametralmente opuesto al método clínico y psicoanalítico creado por Freud, pues toma como datos básicos las observaciones de la conducta de niños muy pequeños en situaciones concretas, pretendiendo describir ciertas fases iniciales del desarrollo de la personalidad, y a partir de ellas, extraer conclusiones sobre su posible conducta futura. Concretamente su objetivo fue describir ciertas pautas de reacción que tiene lugar con regularidad durante la primera infancia, para luego rastrear de qué modo pueden discernir pautas similares en el funcionamiento posterior de la personalidad. “Por lo tanto, se trata de un cambio radical de perspectiva, que implica tomar como punto de partida no este o aquel síntoma o síndrome causante de trastornos, sino un hecho o experiencia que se suponen –potencialmente- patógenos para la evolución de la personalidad.” (Bowlby, 2012,p. 0)

¿De qué modo entonces se relaciona la cuestión metodológica con las cuestiones temporales y ontológicas que su enfoque elabora?, Es claro que hay una distancia epistemológica profunda entre la observación directa del niño y la historia infantil explorada por el psicoanálisis freudiano y también es claro que la introducción de un nuevo objeto teórico (el *apego*), estuvo acompañado de un cambio en el método y la temporalidad con la que se piensa el psiquismo (el presente, la presencia); en este sentido cabe la pregunta ¿cómo la tensión que se instala al confrontar la reconstrucción del pasado v/s la observación de lo actual formula nuevos modos de construcción del objeto de estudio?

...la mayor parte de los conceptos psicoanalíticos acerca de ese periodo de la vida del ser humano fueron obtenidos por medio de un proceso de reconstrucción histórica, sobre la base de datos aportados por personas de más edad. Esto as así, incluso en cuanto a las ideas surgidas del análisis de niños: los hechos y procesos descubiertos corresponden a una etapa vital ya transcurrida” (p.29)

Puesto que nuestro propósito era comprender cómo se originan y desarrollan esos procesos patológicos, resolvimos que de allí en adelante consideraríamos como principal fuente de datos el registro detallado de las reacciones de los niños pequeños a la experiencia de ser separados de ellas. Habíamos llegado a la convicción de que esos datos presentaban un gran interés intrínseco y eran un complemento esencial de la información tradicional, derivada del tratamiento de personas de más edad. Las reflexiones que constituían el fundamento de tal decisión y una parte de los datos originales, fueron expuestas en artículos publicados entre 1952 y 1954. En el mismo período se dio a conocer también una película” (p.23)

El cambio de método y el interés por desmarcarse de la mirada clínica retrospectiva, implicó abandonar la misma concepción de *realidad psíquica*, “que es una forma de existencia que no debe ser confundida con la realidad material” (Freud, 1967, p.526). Esta realidad *otra*, se estructura por las fantasías, pensada como un montaje susceptible de ser dramatizado en imágenes y un cumplimiento de deseo. Para Freud el sujeto del psicoanálisis, es el sujeto soñante que vive sus deseos y fantasías *como si* fueran acontecimientos reales y el objetivo por lo tanto de la cura es intervenir en esa dimensión, no en el de la realidad material lo que colocaría al psicoanálisis en una perspectiva adaptativa y pedagógica. La realidad psíquica nos conduce a la dependencia del sujeto respecto al orden simbólico y la metáfora y asimismo a una concepción del aparato psíquico que es creación y no representación. La fantasía es una actividad psíquica presente en la vida corriente (juego de los niños, ensueños diurnos, elaboración secundaria del sueño, creatividad en el artista, disfrute de las producciones del arte) que puede en determinadas condiciones generar síntomas neuróticos, constituyendo un estadio preliminar de los mismos.

También desempeñan un papel fundamental en la sexualidad y especialmente en la sexualidad infantil. El trabajo de Freud de 1919 “Pegan a un niño” es clave en esto, allí se despliega esta frase - que describe una escena imaginada como soporte de la satisfacción masturbatoria- y se examinan sus relaciones con el sadismo y el masoquismo, el complejo de Edipo y las cuestiones de la ubicación del sujeto en esa escena. Freud analiza esta fantasía -que en última instancia esta referida al deseo de recibir una satisfacción sexual y amorosa por parte del padre- a través de una serie de sustituciones de los personajes (del soñante y del padre) y una serie de inversiones gramaticales revelando que la frase que describe la escena que acompaña al onanismo: "pegan a un niño", tan enigmática al principio, está vinculada con dos pasos previos: uno, susceptible de ser recordado, "el padre pega a un niño"; el otro, inconsciente y reprimido, tiene un carácter masoquista, "yo soy pegado por el padre". Ese "ser pegado" contiene a la vez culpa y erotismo: "no es sólo el castigo de

la relación genital prohibida, sino también su sustitución regresiva". Esta fase intermedia reprimida e inconsciente sólo puede ser reconstruida en el análisis.

Para el psicoanálisis clásico todo esto supone que el único camino de acceder a esa otra escena es por medio del método analítico y su investigación, el método clínico y la interpretación del analista del discurso del sujeto, por medio de la cual se reconstruye su mundo fantasmal, los múltiples modos que asume la fantasía (paranoica, regresiva, proyectiva, etc) y los mecanismos defensivos del cual ese mundo es efecto.

Por otro lado, el método observacional da como resultado en el ámbito de la psicopatología de que el interés no es síndrome clínico concreto pensado como resultado de un organización libidinal y fantasmática, sino por las múltiples *secuelas de un determinado agente patógeno*, que para Bowlby se tradujo como una pérdida de la figura materna durante el periodo que va desde los seis meses – aproximadamente- hasta los seis años. Con el “agente patógeno”, Bowlby desplegó un proceso de traducción de los postulados psicoanalíticos freudianos con la razón y los modos de construcción de la verdad y el conocimiento de las ciencias naturales, especialmente con los métodos de hipótesis, pronósticos deductivos o pruebas que esta utilizaba. “El material de esta obra se presenta como paso preliminar a la aplicación de tal método” (p.36) nos dice en 1954.

Para Bowlby emplear este método, implicó seleccionar un determinado factor etiológico, con el fin de determinar si, en realidad, este ejerce todos o algunos de los efectos que se le atribuyen. Esto lo conduce a la segunda característica del enfoque elegido: el estudio de un agente patógeno en particular y de sus secuelas.

La posición de Bowlby busca explicar tanto la observación en condiciones naturales, como la ruptura del lazo en la separación de la madre y el hijo. Una consecuencia fue la preocupación sobre cualquier separación, aún de corto plazo, en la infancia. Con esa perspectiva se hicieron planteamientos sobre la inconveniencia o probables perjuicios al niño en su desarrollo futuro. Uno de ellos fue ¿qué ocurre con el lazo de apego cuando madre e hijo se separan durante las horas diurnas de vida institucional?. Pero también la pregunta ¿por qué lo que se considera una respuesta adaptativa, genéticamente programada presenta tantas variaciones, tanto en las mujeres madres como en los hijos? (Recagno, 1999,p.88). Todo estas sospechas condujeron a reforzar la opinión de que la madre debía ser la cuidadora insustituible para el niño, y que debía desalentarse la creación de instituciones infantiles para la primera infancia así como estimular la presencia de la madre en el hogar a través de ayudas onetarias (Bowlby, 1954), con el consiguiente perjuicio, especialmente, para las madres trabajadoras.

Como se ve la relación entre método y objeto es una relación de doble implicación. El cambio de método no es tanto un cambio de lentes de observación en que el objeto queda intacto sino que el mismo objeto y con ello, las explicaciones en torno al origen de la patología y la técnica misma de la cura se modifican profundamente. Tal como apunta Lacan en 1956 el desplazamiento metodológico supone un cambio en las trayectorias de las fuerzas donde se produce la constitución psíquica que va de la dependencia del sujeto con el significante, a la dependencia imaginaria con el otro real,

cuestión que sin lugar a dudas permitirá que el psicoanálisis se incorpore sin grandes dificultades a las estrategias de control y normalización social.

#### 6.4. *Inventando (la) Naturaleza I: los bebés y los organismos cibernéticos.*

El segundo movimiento de Bolwby, falsear la hipótesis del impulso secundario, consistió en comprobar que el amor materno es primario, es decir, que el bebé a través de un complejo sistemas de conductas dirige su libido a un objeto Real que es la madre, y que en ese movimiento de aproximación al objeto, es posible reconocer una base biológica. Con esto hay dos cuestiones, por un lado, la sospecha de que hay mucho más en la relación madre-hijo que leche y por otro, buscar un modelo de las ciencias naturales que permita explicar de un modo no-determinista, dicha relación.

La pregunta para Bolwby es ¿tienen una necesidad innata de amor materno los niños, o aprenden a amar a sus madres porque les proveen de comida?.

Con Freud, la pulsión sexual es primaria y tiene su origen en la excitación de las zonas erógenas. Es en la pubertad cuando el “proceso de descubrimiento del objeto se termina, aun cuando se halla preparado desde la primera infancia (Freud, 1987, p.137). Solamente en la etapa oral, en la medida en que las pulsiones sexuales son endógenas y primarias, puede hablarse de “protoobjeto”, el seno, que prepararía para el descubrimiento ulterior del objeto. Pero no hay lugar en esta perspectiva para un amor de objeto primario independiente de las necesidades de autoconservación y supervivencia. En la perspectiva de Freud, la función del autoerotismo es una consecuencia del narcisismo primario de la libido. En la de Bolwby y sus seguidores, el *apego*, en tanto que expresión de una relación con una madre real, es la fuente de las fantasías sexuales.

Como se ve detrás de la pregunta, hay un cambio de registro del discurso sobre la madre, pues mientras que para Freud la función materna es un efecto tardío, de las fantasías arcaicas que emergen en la experiencia del amamantamiento para Bolwby, se trata de una función programa biológicamente. En este sentido la sexualidad infantil freudiana se construye a partir de una exigencia interna y obtiene su satisfacción en una actividad autoerótica psíquica o física. “El objeto representa solamente aquí el actor llamado a tener un papel en el guion imaginario. Es intercambiable y el mismo objeto puede cumplir diferentes papeles en el mismo guión” (Widlocher, 204, p.24). Para Bolwby, en el amor de objeto se trata de un complejo sistema de conducta autoregulado dirigido a mantener la proximidad entre madre/cría. Este amor de objeto que representa el *apego*, está dirigido hacia una persona real, un “otro” del entorno próximo. Esta interacción personal es fuente de las representaciones personales y los comportamientos interactivos. La meta consiste en la respuesta del otro, siendo la intención final, ser amado por otro.

La segunda cuestión es qué tipo de biología corresponde a la biología de Bolwby. Bolwby no abandona el concepto de instinto, pero es claro que le otorga nuevos significados. Como ya señaló en los párrafos anteriores, el cambio de método (del clínico a la observación) exige la producción de un nuevo objeto de conocimiento y esto fue dado por la conjunción de la biología de posguerra



(cibernética y sistemas de control e información) y las alianzas teóricas que Bolwby desarrolla con la psicología animal (etología y primatología). Siguiendo a Widlocher (2004) hay una diferencia sustancial entre la teoría del instinto tal como existe a fines del siglo XIX y las ideas que surgen el pensamiento biológico a finales de la Segunda Guerra Mundial. “Estas revolucionaron cualquier cosa que uno pudiese pensar sobre los instintos” (p.17). Frente a la idea de tendencia, es decir, de presión biológica que se ejerce sobre el organismo, y muy en particular sobre el aparato cerebral de memorización, elección y ejecución, tales trabajos pusieron el acento sobre esquemas de comportamientos, programas de acción genéticamente determinados, *aunque* sometidos a los efectos del entorno.

En el primer ensayo del libro *Ciencia, Cyborg y Mujeres* Dona Haraway (1991) ofrece una descripción de las principales transformaciones de la biología tras la Segunda Guerra Mundial. La reconstrucción que realiza Haraway, nos ofrece un panorama teórico/político en que, entre la Primera Guerra Mundial y el presente, la biología pasó de ser una ciencia centrada en el organismo, entendido en términos funcionalistas, a una que estudia máquinas tecnológicas automatizadas, entendidas en términos de sistemas cibernéticos. En el cuadro que Haraway construye se aprecian estas transformaciones:

### CUADRO 1.

*Transformaciones en la ciencia biológica durante el siglo XX*

<b>Antes de la Segunda Guerra Mundial</b>	<b>Después de la Segunda Guerra Mundial</b>
Representada por M. Yerkes  Psicobiología Ingeniería humana Organismo Fisiología Inteligencia Persona Ciencias de la personalidad Sexo y mente Instinto e ingeniería	Sociobiología Control de la comunicaciones Máquina cibernética Teoría de los sistemas Información Gen Genética de la población y ecología Genes y máquinas de supervivencia Límite y elección para cambiar de trayectoria Ergonomía

Estudio de tiempo y movimiento	Gestión de sistemas sociotécnicos
Gestión de relaciones humanas	Optimización
Adaptabilidad	Estrategias de inversión sexual para beneficios genéticos
Eugenesia en la lucha por la higiene	Canales sensoriales y centros procesadores para rastreo medioambiental.
Sistema nervioso para integración	Comunicación química para rastreo medioambiental
Sistema endocrino para integración	Feedback y otros mecanismos
Homeostasis	Población
Superorganismo	

Una de las originalidades de Bolwby fue proponer un modelo explicativo del *apego*, basado en una novedosa lectura de la teoría de la evolución de Darwin, una lectura cibernética, transformando de este modo de modo sustancial el discurso *psi* sobre el instinto materno, pues pasó de ser una pauta de comportamiento fijo y heredado, a un sistema de conductas adaptativas autoregulados y por lo tanto altamente variable.

En ese sentido cuando hablamos de una base biológica de la relación madre hijo, estamos hablando de una biología totalmente rediseñada por la “imaginación militarizada de las redes de mando-control-comunicación y de inteligencia” (Haraway, 1991, p.44) en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. La guerra y los problemas de la gestión militar, dieron lugar a nuevos avances en la ciencia que rápidamente se incorporaron en el campo “psi”. Es interesante hacer notar como una teoría que pretendía escribir un nuevo libro para leer la reproducción de la vida y la naturaleza humana, se inspiraba en una tecnología avanzada de control militar

Estas redes son posibles de identificar en lo que durante la Segunda Guerra Mundial se llamó la *Operations Research* – la investigación que tiende a “formalizar modelos de análisis aplicables a las operaciones militares” (Mattelart, 2001, p.59) -, así como con los esfuerzos para coordinar los radares y la información de las posiciones enemigas de manera total o sistémica, concibiendo al operador humano y a la maquinaria física, como objeto unificado de análisis.

Los modelos estadísticos fueron aplicados cada vez con más frecuencia a los problemas de simulación y de predicción. Después de la guerra, el expansivo desarrollo de las industrias electrónicas y de la tecnología de las comunicaciones, se relacionó frecuentemente con estrategias de planificación social y militar, para inventar y gestionar sistemas estables organizados en tomo a

varios ejes de variación. El conocimiento “de un espectro de efectos de variación e interacción entre las clases de variables reemplazó a la preocupación por los estados individuales. El ordenador, una máquina de comunicaciones, produjo y simbolizó nuevas estrategias de control. (p.96)

Con esto claro es que la biología de Bolwby, no es la biología de Freud. Si bien Bolwby funda en Freud la autoridad para canonizar su incorporación de la biología en el psicoanálisis (como ya señalé, especialmente en el escrito de Freud de 1895, *Proyecto de una psicología para neurólogos*), estamos hablando de un nuevo lenguaje que no es el de la vitalidad, sino que el de las máquinas que se autoregulan (misiles y termostatos): la *cibernética*.

Para el psicoanalista inglés el aspecto que define a los paradigmas biológicos como antiguos o actuales es su relación con la teoría de la evolución, destacando que cuando Freud postuló su paradigma en la década de 1890, aunque la evolución biológica era objeto de amplio análisis, todavía no se había llegado a un acuerdo en relación con los procesos que la explicarían.

La teoría de Darwin, según la cual la evolución es el resultado de mayor éxito que en la reproducción alcanzan ciertas variantes por comparación con otras, todavía era objeto de acaloradas disputas entre los científicos, mucho de los cuales sostenían teorías alternativas. Y sucede que la teoría darwiniana (la cual en forma desarrollada, llegó a constituirse en paradigma de la biología del presente siglo) no despertó el interés de Freud, quien, por el contrario, manifestó sus preferencias por el vitalismo de Lamarck. Los efectos de la elección de Freud han sido muy graves para el psicoanálisis, ya que el paradigma que adoptara hizo que esa escuela se alejara cada vez más de otras ciencias afines. (Bolwby, 2012, p.103)

Pensar la evolución a partir de otras elecciones, es decir en clave cibernética, es adentrarse en el corazón de este complejo industrial-militar-tecnológico que como vimos, la Segunda Guerra Mundial hizo posible. La *Operations Research*, dentro del esquema de cooperación permanente civil-militar, creó un eslabón original en la producción del conocimiento-operación: el *think tank* o cajón de ideas.

En sus comienzos, esta nueva institución de investigación recicló ingenieros y científicos desmovilizados. El primero, y el más conocido, de estos *think tanks* es el que, en 1946, funda la US Air Force en Santa Mónica, en California: la RAND (Research and Development Corporation). Este cajón de ideas, que también se convirtió en centro de enseñanza superior, fue la cuna del análisis de sistemas, de las metodologías sobre la eficacia de los costos, del sistema de planificación, programación y de las aplicaciones de la teoría de juegos. Igual que ocurriera durante el conflicto mundial, diversos especialistas en ciencias sociales, economistas, matemáticos, ingenieros y físicos fueron invitados a poner sus conocimientos en común.

Durante la guerra, Norbert Wiener, matemático estadounidense, profesor del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) trabajó para las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos como parte de estos *think tank*, en un proyecto para guiar a la artillería antiaérea de forma automática mediante el empleo del radar. El objetivo del proyecto era predecir la trayectoria de los bombarderos y con ella orientar

adecuadamente los disparos de las baterías, mediante correcciones basadas en las diferencias entre trayectoria prevista y real, conocidas como innovaciones del proceso. Como resultado de los descubrimientos realizados en este proyecto, introdujo los conceptos de *feedback* o retroalimentación, y de cantidad de información, convirtiéndose así en el precursor de la teoría de la comunicación y la psicología cognitiva.

En 1948, publicó el trabajo *Cibernética o control y comunicación en animales y máquinas*. Esta obra, en la que se entrecruzan observaciones de procesos de control fisiológicos y neurofisiológicos (contracción del músculo cardíaco, prestaciones del sistema nervioso como un todo integrado) y formalización de una teoría general sobre los sistemas tecnológicos de control, fue el punto de partida de la “ciencia del pilotaje” o cibernética. Esta denominación fue escogida por su referencia al gobernalle (governor) o timón automático de los barcos, uno de los primeros aparatos en haber pensado “por sí mismo”; una de las primeras formas, y una de las mejor desarrolladas, de los mecanismos de *feedback* o retroalimentación. La concepción cibernética de la causalidad es circular: ya no hay inteligencia central que irradia desde la cima, responsable de la toma de decisiones, hacia la que converge la información y que difunde su decisión a través de una jerarquía de agentes, sino una organización, un sistema, de control descentralizado e interactivo. (Wiener, 1998). La elaboración del “Predictor”, la máquina de previsión encargada a Wiener, requiere pues un método particular de tratamiento de las posiciones del avión y de comprensión de las interacciones entre el arma y su blanco. La historia de la cibernética apunta a conjurar la imposibilidad de determinar al mismo tiempo la posición y el comportamiento de un cuerpo. (Tiqun, 202). La intuición de Wiener consiste en traducir el problema de la incertidumbre en un problema de información al interior de una serie temporal donde ciertos datos ya son conocidos, otros aún no, y en considerar al objeto y al sujeto del conocimiento como un todo, como un “sistema”. La solución consiste en introducir constantemente en el juego de los datos iniciales la desviación constatada entre el comportamiento deseado y el comportamiento efectivo, de suerte que ambos coincidan cuando la desviación se anule, como lo ilustra el mecanismo de un termostato.

Lo que aflora histórica y políticamente durante el período entreguerras, y a lo cual responde la hipótesis cibernética, es el problema metafísico de la fundación del orden a partir del desorden. En sus diversos dominios de aplicación, se expresa un deseo de restauración de un orden y que este se mantenga según un principio de minimización de costos y maximización de beneficios.

Para Bowlby (2009,2012), la cibernética es un intento de abrir una línea de pensamiento en que la pregunta por lo innato o adquirido se transforma en una discusión espuria; pasando de la causa (término con demasiado sabor filosófico para Bowlby) al del control. Frente a una teoría que recurría a la noción de instinto, él propone una nueva versión de naturaleza autorregulativa. Madre e hijo forman un micro-sistema cuyo funcionamiento está dado por mantener la proximidad entre ambos. Si la separación aumenta, hay una señal y un *feedback* que tiende a restablecer la proximidad ideal, el contacto entre madre e hijo. Bowlby describió este comportamiento de *apego* como un equilibrio que resulta de una serie de comportamientos dispares que, a veces, solicitan tanto al niño como a la madre y que tenderían a separarles. Por parte de aquél, son los impulsos de curiosidad y

exploración, tan adaptativos por otra parte y que se presentan a menudo amalgamados en el juego. Por parte de la madre, son sus tareas de adulto, sus intereses, incluso —en el límite— su propia supervivencia ante un peligro. Este programa autorregulador de la proximidad madre - hijo tiene además la peculiaridad de que en el transcurso del tiempo, evoluciona según la edad y las capacidades de la criatura.

Al utilizar el concepto de la cibernética, Bolwby intentó prestar atención a los principios subyacentes en toda conducta adaptativa, y en la dirigida a la consecución de metas determinadas, así como dar cuenta del problema de la finalidad o intencionalidad en las conductas animales, desde una explicación que no resultase vitalista ni teleológica. El concepto de retroalimentación le sirvió a Bolwby para pensar en la finalidad de la conducta, de acuerdo no sólo a los postulados de la biología moderna sino que también a la racionalidad liberal (es decir un modo de gobierno que no necesita de un control externo), pues la retroalimentación consiste en un proceso mediante el cual los efectos de la acción se transmiten de vuelta, continuamente, a un aparato regulador central en el que se los compara con todas las instrucciones iniciales que había recibido la máquina. Los resultados de esa comparación determinan “la ulterior acción de la máquina, lo cual permite que los efectos de su actividad se ajusten, cada vez en mayor medida a las instrucciones iniciales (Bolwby, 2012, p.76-77). Así los aparatos de regulación constituyen el ejemplo más sencillo de sistemas de control. Su objetivo es mantener constante determinadas condiciones.

Si pensamos que el cuerpo clínico, propio de la eugenesia de los siglos XIX y XX era un cuerpo unificado que “se ubicaba en un cuerpo social constituido por sistemas extracorporales –el medio ambiente, la cultura –también conceptualizados en función de flujos de gran escala: de aire, agua, cloacas, gérmenes, contagios, influencias familiares, climas morales, etc. (Rose, 2012, p.106) el cuerpo infantil como el de la madre, adoptó una forma muy distinta desde que comienza a ser pensado e intervenido como un cuerpo biotecnológico y atravesado por metáforas cibernéticas.

Según Rose este cambio operó en primer lugar a nivel de escalas

en la década 1930, la biología empezó a visualizar la vida en función de fenómenos pertenecientes a la región submicroscópica, entre  $10^{-6}$  y  $10^{-7}$  cm : la vida se molecularizó ...esta molecularización no se redujo a formular explicaciones en el nivel molecular, ni tampoco a usar artefactos fabricados en ese nivel: se trató de una reorganización de la mirada de las ciencias de la vida, sus instituciones, procedimientos, instrumentos, ámbitos de operación y formas de capitalización. (Rose, 2012, p. 106)

En 1966, Canguilhem – a propósito del descubrimiento sobre la estructura del doble hélice del ADN- sostuvo que la biología contemporánea había cambiado la escala de estudio de los fenómenos de la vida, como por ejemplo la regulación de las funciones, y que como resultado de ese cambio había

... abandonado el vocabulario de la mecánica clásica, la física y la química (...) para adoptar el de la lingüística y la teoría de la comunicación. Mensajes, información, programas, códigos, instrucciones, decodificación: estos son los nuevos conceptos de las ciencias de la

vida (...) La ciencia de la vida ya no parece un retrato de la vida (...) y ya no parece una arquitectura o una mecánica (...) En cambio parece una gramática, una semántica y una teoría de la sintaxis. Si deseamos entender la vida, debemos decodificar su mensaje antes de estar en condiciones de leerlo (Canguilhem, 1994: 316-317).

La teoría del *apego*, por lo tanto situó la discusión sobre el amor de madre, en la intersección entre las grandes mutaciones en el arte de gobernar que se identifican desde la Segunda Guerra Mundial en adelante y las transformaciones en las interface biología-psicología-tecnología-humanos resultado de la incorporación de las máquinas de guerra en la conceptualización del sujeto viviente, y en lo que es de nuestro interés, en los vínculos humanos.

Así la cibernética se erigió como un dispositivo y un modelo de gobierno de la feminidad que tradujo todos aquellos elementos de un régimen sexo-político novedoso y autoregulado: control, sistema, descentralización, información, homeostásis, etc. Transformando con ello los objetivos sociales de la misma biología: de la clasificación y la demarcación, al control y programación de la subjetividad, mediante sofisticados sistemas de comunicaciones y redes de materialización biopolíticas, que se reproducen a través de su propia transformación en cibercodigos. En ese sentido, y siguiendo a De Laurentis (1989), la cibernética es una *tecnología del género*, por medio del cual se produce la subjetividad codificada en términos de raza, género y sexualidad, pues la finalidad de la cibernética es reducir y controlar la variación, así como

la predicción de patrones a gran escala y el desarrollo de técnicas de optimización en cada clase de sistema, se convirtió en una estrategia básica de las instituciones sociales. Después, todo se ha convertido en un sistema y se han buscado estrategias estables evolutivas para maximizar los beneficios. (Haraway, 1991,p.76)

En este sentido el control biopolítico del cuerpo de las mujeres o lo que Rose (2012) llama las “ciudadanías biológicas” no fue tanto un desplazamiento simple de lo biológico a lo social, o una lectura de lo social por medio de mapas biológicos como la raza, la herencia o el ambiente tan propias de la eugenesia del siglo XIX. Esta vez se trató de una epistemología de la información y el control, que combinada con una concepción de la vida elaborada a partir de la teoría de la evolución – que la vida es aquello capaz de reproducirse y someterse a la selección natural-, entendió el organismo vivo como un sistema abierto, que asimismo se volvió como un elemento de continuidad esencial y una cualidad común a todas las entidades vivientes y no vivientes.

Esto constituyó el marco en el cual “se encuadró buena parte del pensamiento de la biología molecular durante unos cuarenta años” (Rose, 2012, p.107) y que logró disolver las fronteras entre lo político y lo biológico y de modo privilegiado, las fronteras entre lo animal, lo humano y la tecnológico. Más aún humano y animal, en el pensamiento de Bolwby, devienen *ficciones somáticas* (Preciado,2008) y producciones tecnobiológicas de aquellas prácticas semioticos-materiales de la posguerra y siguiendo a Latour de la modernidad, que tal como señalamos al inicio de este trabajo, al mismos tiempo los unen (hibridos) y los separan (humanismo) .

Con esto, la cibernética proporcionó nuevos objetos de conocimientos y siguiendo a Foucault, nuevos instrumentos y prácticas de conocimiento, que se mueven dentro de un nuevo modo de entender las relaciones entre lo humano y lo no humano: los *cyborgs*, de Dona Haraway, es decir prácticas de conocimiento que producen criaturas híbridas, compuestas de organismos y de máquinas. Los *cyborgs*, para esta pensadora, como entes híbridos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, son sistemas de información controlados ergonómicamente y capaces de trabajar, desear y reproducirse y también, máquinas, pensadas como aparatos diseñados ergonómicamente como textos y como sistemas autónomos de comunicación.

Para Haraway (1984) “la biología es la continuación de la política por otros medios, pues esta ha servido para definir quién puede contar como nosotros” (p.490), al igual que herramienta para legitimar la reproducción de prácticas sexistas y dominación. Con Bolwby vemos como las ciencias de la naturaleza brindaron herramientas para la dominación del cuerpo de las mujeres y como el apego fue una tecnología del género y un dispositivo de subjetivación, dirigido a controlar los cuerpos de las madres como de los hijos, así como a reforzar un elemento de la organización heterossexual: el trabajo reproductivo no remunerado. Todo esto mediante la construcción tecnológica de la categoría de naturaleza así como la construcción tecno-natural de la maternidad, lo cual permitió imponer límites y formatos a la agencia y libertad de las humanas.

Dicho de otro modo, el laboratorio de Bolwby no estuvo separado de las discusiones sobre las mujeres y la familia heterossexual durante la Guerra Fría, más aún es posible pensar que estas discusiones se resolvieron en los mismos laboratorios. Esto muestra cómo las teorías evolucionistas y del comportamiento animal humano y no humano de los teóricos del *apego* estaban cargadas de creencias y conductas propias de la modernidad tardía y el capitalismo hetero-informacional. La ciencia del control más que un recurso que permitió a Bolwby conocer la naturaleza tal como es, deviene un espejo, en la que aquella se reflejan miméticamente las ideas que tiene preconcebida sobre el amor materno. Al ser aceptada la idea de una naturaleza que comanda el amor de madre, la construcción de lo materno, así como las tensiones entre maternidad/feminidad y la misma construcción del género, perdieron su carácter ideológico y producido, y se convirtieron en un “hecho” natural que se fue produciendo en los laboratorios.

Bolwby tradujo las representaciones del género, la crianza y el imaginario del desastre y el abandono, al amor materno. Si bien Bolwby construyó sus ficciones maternas en términos naturalísticos y de ingeniería de control, sus metáforas y razonamientos no lograron disimular que las nuevas tecnologías requerían también de nuevos sistemas sexuales-sociales y nuevos mandatos hacia las mujeres, reconfigurando con ello la experiencia de las mujeres respecto a las familias y la comunidad. La familia adquirió un “modo tecno-natural”, en el que la distinción entre especie animal/especie humana cada vez más se disuelve y por otro, la distinción entre humano-máquina también; las leyes de la biología y la adaptación, que desde Darwin apuntaba a la disolución de aquellas límites así como las hipótesis modernizadas de la cibernética, se hicieron extensivas a un campo que hasta ese momento era pensado como “lo social”, instituyendo con ello quizás el inicio de una crisis, la que va a acompañar la progresiva muerte de lo social.

Con esto, lo que históricamente se había denominado como instinto materno, deviene otra cosa, lo que permitió el fin de una clínica de las constituciones. Para Bolwby la conducta instintiva no se hereda: lo que se hereda es cierto potencial para desarrollar determinados tipos de sistema – los que llama sistemas de conducta- cuya naturaleza y forma difieren, en cierto modo, según el ambiente concreto en el que tenga lugar el desarrollo. De este modo el instinto como base del gobierno de la maternidad deviene en una concepción caduca que se estrella con los nuevos desarrollos, si el autocontrol y la autoregulación son los principios por los cuales la subjetividad se vuelve dócil y es posible el gobierno del yo, entonces el instinto en tanto entidad fija e inamovible se transforma de ser una herramienta que permite un campo discursivo, a un obstáculo para la emergencia de nuevos enunciados.

En esta proto socio-cibernética *que inaugura Bolwby*, el sujeto mismo pierde consistencia en pro de los *sistemas*, diluyéndose en factores ambientales asociados a la crianza y a micro dispositivos que actúan excéntricamente, de modo multidireccional y siempre circular, en una red de líneas de fuerza es que es impertinente la pregunta por la causalidad, desplazando con esto al Estado, a la herencia y el linaje. La mente es posible de modular y en sí misma es maleable y diversa. La diferencias individuales se entienden desde ahora como una red de relaciones complejas en que “los efectos nocivos, producidos en el embrión como consecuencia de traumas, intoxicaciones, infecciones u otros agentes potencialmente perjudiciales, varían no sólo en relación con la naturaleza del factor causal y con la estructura y función del tejido principalmente afectado, sino también en proporción con la madurez de éste.” (p.17). Esta circularidad permite un gobierno “efectivo” de lo viviente en que las desviaciones no son errores, sino que informaciones que permite la sofisticación del sistema, y asimismo su autovalidación

### 6.5. *Inventando (la) Naturaleza II: bebés y monos*

Tanto el paradigma de la evolución como el de los sistemas de control, le permitieron a Bolwby establecer un nexo entre el psicoanálisis y los conceptos básicos de la biología moderna. Con esto intentó mostrar de qué modo el desarrollo de un sistema de conductas que parece tener notable estabilidad ambiental (anidar en árboles, congregarse en manadas o el apego entre la madre y la cría) puede, no obstante, estar relativamente abierto a la influencia del ambiente en el que tiene lugar el desarrollo, pues el hecho de que un sistema sea, en general, ambientalmente estable no implica que las variaciones registradas en el ambiente no ejerzan sobre él una cierta influencia. De este modo el concepto de *adaptación* implicó para Bolwby (2010), el hecho de que no existe especie alguna en la que “la forma que adopta el adulto no esté – de un modo u otro- influenciada significativamente por las modificaciones ambientales“(p.81)

Así Bolwby llegó a develar la naturaleza del *apego* del hijo a la madre, como una cuestión de protección frente a los predadores, una versión naturalística que hasta ese momento es inconcebible para los psicoanalistas. Partió de la base, de que todos los animales son predadores, sea de la vida vegetal, animal o de ambas. Por lo tanto para sobrevivir, los miembros de cada especie tienen que



arreglárselas para obtener su propio sustento y reproducirse sin, o al menos antes, de convertirse en alimento de un animal de otra especie.

Por consiguiente el repertorio de conductas que les protege de los predadores reviste una importancia análoga a la de repertorio de conductas que facilitan la nutrición o a reproducción. Con suma frecuencia en el laboratorio o en un ambiente urbano, suele olvidarse este hecho básico de la naturaleza (Bolwby, 2010, p.306).

El problema para Bolwby es que el apego nos muestra que la evolución consiste en

acelerar la innovación y la rápida producción de nuevos genotipos capaces de responder a los cambios medioambientales. Una diversificación así maximiza las posibilidades de éxito a largo plazo. Mediante la producción rápida de nuevos genotipos que no dependan primariamente de mutación..." (Haraway, 2004, p.100)

La conducta de recuperación de los primates, es decir la conducta de la madre de coger al niño en sus brazos y sostenerlo allí, para Bolwby son parecidos a las de la conducta de apego de las crías, por lo tanto cabe interpretar esa conducta en términos parecidos. Para Bolwby (2012) es posible estudiar las condiciones que activan e interrumpen el funcionamiento de esos sistemas, destacando entre las variables orgánicas que afectan la activación el nivel hormonal de la madre y entre las variables ambientales, "las andanzas y conductas del niño. (p.324).

De este modo al yo biológico de la madre, entendido como un organismo tecno-vivo, "no como sistema cerrado sino abierto" (p.49) se piensa de modo puntual, como un *yo hormonal*. Esto es clave para pensar en las alianzas tecon-científicas que la teoría de Bowlby expresa, pues la investigación hormonal tuvo su punto álgido en esta misma época. Recordemos que la invención de la píldora anticonceptiva en 1953, así como el descubrimiento, del efecto de las hormonas sexuales sobre la respuesta genital a la excitación, por parte de Harry Benjamin en 1955 –el mismo que estudió e inventó el diagnóstico de transexualismo-<sup>12</sup> marcaron todo un desarrollo tanto de la endocrinología como del mercado farmacéutico de la sexualidad. Con la *hormona femenina* asociada a las respuestas de proximidad, Bolwby aportó un elemento más y micromolecular, en la producción biotecnológica del género y la sexualidad, lo que nos recuerda que las hormonas mismas, siguiendo a Preciado (2008) son

...ficciones sexopolíticas, metáforas tecno-viva que pueden ser tragadas, digeridas, asimiladas, incorporadas, artefactos farmacopornográfica capaces de crear formaciones coporales que se integran en organismos políticos más amplios como las instituciones médicos-legales, los Estados-Nación o las redes globales de circulación del capital (p.131)

---

<sup>12</sup> Para conocer un análisis detallado de la píldora anticonceptiva véase Preciado, Beatriz (2008) *Testoyonqui*. Madrid: Espasa y sobre los tratamientos hormonales sobre la impotencia masculina véase el estudio de McLaren, Angus (2010) *Impotencia: una historia cultural*. Valencia:PUV

Ahora bien, para probar la relación entre bio-feminidad y apego, Bolwby incorporó las investigaciones proveniente del estudios con primates. Según Haraway (1989,1991), la biología, tradicionalmente ha supuesto que el dimorfismo sexual necesariamente implica diferencias conductuales. Esta creencia fue la base del desarrollo de la *primatología*- la ciencia que se encarga del estudio de los primates- quien construyó una visión de los primates en las que existían diferencias sexuales en la dominación, la asertividad sexual, el apego y territorial, entre otros y en que las hembras se definieron por su papel social, con imperativos biológicos de especie, reproducción y cuidado.

Así también, los estudios de primates vivos, sobre el terreno y en laboratorio,

se desarrollaron de manera exponencial casi simultáneamente -e internacionalmente- después de la Segunda Guerra Mundial, desde modestos niveles prebélicos y por razones complejas, tales como la investigación sobre la poliomielitis, los nuevos hallazgos fósiles homínidos en África, los avances japoneses de estudios longitudinales de sociedades primates (que formaban parte de la antropología comparativa y de la búsqueda de sistemas animales como modelo para los trastornos emocionales humanos y la desorganización social), todo ello dentro de un modelo de control cibernético de gestión social” (Haraway,1991,p.143)

Dado que las hipótesis sobre el abandono y la privación materna no se podía estudiar directamente con humanos, el psicólogo y primatólogo estadounidense Harry Harlow colaborador de Bolwby, pensó en los monos rhesus como un sujeto ideal para examinar los orígenes de la capacidad de amar. La conclusión es tajante

El desarrollo de la conducta de apego en los bebés humanos aunque mucho más lento, coincide con el de los mamíferos subhumanos. Hay abundantes pruebas al respecto y no existen datos que contradigan tal aseveración” (Bolwby, 2012, p.301-302)

Uno de los centros de mayor desarrollo de la investigación sobre interacción social en primates no humanos (monos rhesus) fue la Universidad de Wisconsin. Durante las décadas del 50`s y 60`s la figura de Harry Harlow se vuelve relevante en el desarrollo de la teoría del *apego* por sus estudios experimentales acerca de la separación. Según Ainsworth (1962) Harlow, es influenciado por Bowlby para iniciar una serie de experimentos con monos que muestran aspectos de la separación y reacción frente al estrés, que a finales de la década de los cincuenta genera un nutrido y fecundo intercambio a partir de visitas en sus respectivos laboratorios. Harlow se convirtió en icono de la psicología popular y académica en EE.UU durante las décadas que van desde los 50`s a los 70`s gracias a la invención de la madre de tela que explicaré más adelante. Investigaba desórdenes patológicos en infantes, empleando en monos rhesus de muy corta edad que habían sido apartados por el mismo Harlow.

Harry Harlow generó diversas estrategias de investigación en las que fue posible observar que los pequeños primates en situaciones de separación parcial y total de su madre, emitían gritos agudos, intentaban reunirse con ella y corrían de manera desorientada por la jaula, mientras que sus madres

aulaban y amenazaban al experimentador. A su vez, los pequeños primates mostraron poco interés por jugar e interactuar con otros primates en situación similar mientras estaban separados de su madre.

Con esto intentaba demostrar que la capacidad de amar en los primates, sobre todo en los monos rhesus, podía explicarse en función de sistemas afectivos organizados como un esquema de desarrollo no aprendido y latente en cada individuo. Lo que subyace en el afecto del niño por la madre o por la madre sustituta no es la necesidad de encontrar a alguien que satisfaga su hambre o su sed, decía Harlow (1958), sino un deseo primario e instintivo de establecer “contacto reconfortante”. Si a los monos pequeños se les da a escoger entre un sustituto consistente en un suave y acariable trozo de felpa pero que no proporciona alimento, y, por otro lado, un sustituto que proporciona leche pero que está hecho de alambre soldado, casi invariablemente escogen al primero. Harlow llegaba a la conclusión de que el amor del niño no se derivaba de los impulsos orgánicos relacionados con la nutrición, la excreción o el sexo. En vez de esto revelaba una necesidad biológica diferente de estos motivos y lo más importante, que el incentivo del contacto reconfortante es lo que une afectivamente al niño con la madre.

En *Learning to love*, afirmó

Es así como los sistemas afectivos maternal y del niño preparan a esta último para los intrincados problemas de la adaptación a sus iguales proporcionándole los sentimientos fundamentales de seguridad y confianza. Los compañeros de juego determinan el destino social y sexual, pero si no se tiene la certeza de que se cuenta con un refugio seguro, un compañero de juegos potencial puede resultar a primera vista, atemorizante. Al mismo tiempo, la experiencia que da la asociación de edad es fundamental para el desarrollo del amor heterosexual normal y natural, sea o no esta pasión duradera y profunda, como suele serlo entre los hombres, o trivial y transitoria, como en la mayor parte de los monos. En todos los primates, el sistema afectivo heterosexual es irremediamente inepto e inadecuado a menos que haya sido precedido por efectivas relaciones de pares y por compañeros de edad del mismo grupo de edad” (Harlow citado en Zarestki, 2012, p 410)

Mediante su teoría de los estadios del desarrollo Harlow intentó probar dos tesis: primera, que los estadios se dan en un secuencia virtualmente invariable, y segunda, que los primates individuales a los que se les ha privado del éxito en una etapa temprana, por lo general no lograrán cumplir las potencialidades de un estadio posterior.

Así, Harlow, sobre la base de procedimientos experimentales, intentaba demostrar que el amor tal como existe entre los seres humanos adultos, es el resultado de un proceso de crecimiento madurativo dentro de una red de determinantes innatos así como de respuestas aprendidas. Al hablar sobre los elementos que componen el amor heterosexual, Harlow subrayó que, en gran medida, éste implica una serie de subsistemas mecánicos y secretorios, además del que llamó “romántico”. Los primeros hacen posible que existan varios tipos de conducta sexual, mientras que el último da como resultado una relación emocional. Los tres subistemas son pensados como

esenciales para que exista el amor heterosexual. Y aunque implicaban una cantidad importante de aprendizaje, para Harlow se trataba de una preprogramación biológica del organismo.

Para comparar la importancia relativa del alimento (siguiendo la discusión sobre la tesis del impulso secundario) frente al contacto-confort, Harlow publicó en 1958 un artículo -titulado *The nature of love*- en el que exponía el experimento realizado con los monos rehusus. En el experimento, Harlow diseñó unos “muñecos” que hacían el papel de madre, uno era de alambre y tenía un biberón para suministrar comida, y el otro estaba forrado con una especie de trapo o paño. La madre de tela fue hecha de un bloque de madera, cubierta de espuma, y enfundada en tela de toalla de algodón. Una bombilla de luz detrás de ella irradiaba calor. Según las mismas palabras de Harlow (1958) el resultado fue una madre, suave, caliente y sensible, una madre con una paciencia infinita, una madre disponible veinticuatro horas al día, una madre que nunca reprendió a su hijo y nunca lo golpeó o lo mordió. El monito pasaba la mayor parte del tiempo con la madre de trapo, y es con la que corría a refugiarse cuando le asustaban. En uno de las pruebas la llamada “campo abierto” se ponía al monito en una habitación con objetos que normalmente despertarían su curiosidad para ver su reacción. Los monos criados con madres de trapo la usaban como base de operaciones, o fuente de seguridad, para explorar el entorno regresando de vez en cuando a la madre. Los monitos criados con madres de alambre se quedaban aterrorizados, encogidos, sin explorar.

Después de trabajar únicamente con la “madre de tela” y falsear la teoría del impulso secundario, Harlow pasó a investigar desordenes patológicos modificando a la “madre de tela” original. Todas estas modificaciones eran diseñadas para repeler a los infantes que se acercaban a ellas. Una madre lanzaba aire comprimido, otra intentaba zafarse al infante de su pecho, una tercera tenía incorporada una catapulta que periódicamente expulsaba al infante por el aire, mientras una cuarta tenía púas de cobre debajo de la superficie de su vientre que salían automáticamente o por disposición. (Haraway, 1989)

Para Harlow, estos experimentos probaban que las madres eran fisiológicamente equivalentes pero no psicológicamente equivalentes, y el monito prefería estar con la madre que proveía confort y sensación de seguridad. Estos resultados iban en contra de la idea de que el afecto es una respuesta aprendida asociada con la comida. El contacto corporal proveía el confort que unía al niño a la madre. (Vicedo, 2013). Harlow en el mismo artículo de 1958, narra una anécdota, en el que se aprecia las consecuencias sociales de sus experimentos.

A charming lady once heard me describe these experiments and, when I subsequently talked to her, her face brightened with sudden insight: "Now I know what's wrong with me," she said, "I'm just a wire mother." Perhaps she was lucky. She might have been a wire wife.”(p.4)

En 1961 Harlow presentó sus hallazgos a la reunión del Tavistock Study Group sobre la Interacción materno/infantil. Este trabajo resumió casi 30 años de investigaciones dirigidas a conocer el desarrollo de la afectividad en crías de monos. En 1964 Ainsworth, en uno de los artículos del número especial sobre privación materna de la OMS ya citada, destaca de acuerdo a su versión dos hallazgos fundamentales para la teoría del apego:

...la intensidad y la persistencia de la unión monotrópica de la cría a su madre o a la sustituta de esta...los monos separados al nacer y criados sin sustituta o sólo con un muñeco que las sustituyera no mostraban una conducta sexual normal al llegar a la madurez. Pese a su falta de sensibilidad sexual se consiguió aparear a cuatro hembras: pero cuando las crías nacieron, las madres evidenciaron una notable falta de instinto maternal. Este estudio proporciona el ejemplo de un efecto “oculto” de la privación precoz que no se manifestaba hasta más tarde (p.131)

Años más tarde, en 1965 afirmó que la privación materna trae como consecuencia un síndrome caracterizado por movimientos estereotipados y repetitivos, el desapego con el medio ambiente, hostilidad y agresividad hacia los otros y hacia sí mismo y la incapacidad para formar lazos sociales y heterosexuales adecuados.

Para Vicedo (2013), es notorio el hecho de que Harlow no dedujo de los resultados que los monos rhesus necesitaban a sus madres. Para él, lo que necesitaban era confort y en definitiva lo que demostró fue que incluso una máquina inanimada podía proveerlo. Cuando Harlow tradujo estos resultados al campo humano, su argumento fue que podía haber sustitutos para la madre, incluyendo el padre, cuestión que Bowlby claramente no incorporó como parte de su “evidencia”. Por otro lado, Harlow planteó el problema de que si un niño permanecía vinculado a su madre sería incapaz de entablar relaciones sociales con otros niños y luego con adultos. Por eso también era necesario explicar cómo se separa el niño de la madre. Para formar patrones de relación normales con otros niños tiene que romper el vínculo establecido con la madre.

Para Harlow, las hipótesis de Bowlby no podían explicar cómo el amor por la madre conducía en su momento al amor por otros individuos. Un niño se apega a la madre, bien, ¿pero cómo hace el amor a la madre que sea posible el amor a los demás? ¿cómo generaliza, transforma o desvía un niño su amor por la madre hacia otros miembros de la especie?

Esto llevó a Harlow (1965) a hipotetizar durante los 60's, la existencia de otros sistemas afectivos que no eran simplemente una extensión de amor del niño por su madre. Presentó un conjunto de sistemas afectivos que se proponía investigar de ahí en adelante, con otros colaboradores:

- 1- El patrón afectivo del niño por la madre
- 2- El patrón afectivo del niño por otro niño ( igual a igual)
- 3- El patrón afectivo heterosexual
- 4- El patrón afectivo materno (madre a hijo)
- 5- El patrón afectivo paterno (padre a hijo)

Manténía que había varios sistemas afectivos y que desde el principio, se había dado cuenta de que a los monos criados en aislamiento se les había privado de mucho más que las madres: de padres, hermanos, amigos y demás miembros de la familia y del grupo social. Así que el laboratorio de Harlow inició unos estudios para valorar el papel relativo de madres e iguales en la socialización de los monos.

Para ello crearon una situación en la que un monito era criado con una madre sustituta, pero podía cruzar a otro espacio donde podía interactuar con otro mono que se encontraba en la misma situación que él. Los datos de esta situación apoyaban que los monos que hacían una fijación muy prolongada con la madre sustituta no formaban buenos vínculos “niño-niño”. Harlow propuso que la madre rhesus guiaba a sus hijos por dos estadios. En el primero le daba confort y seguridad pero en el segundo empujaba, literalmente, a la cría para que actuara con otros monos. En este segundo estadio el juego con los iguales era un ingrediente esencial de la socialización del niño. Progresivamente, los patrones de juego eran sustituidos por patrones agresivos y sexuales. Harlow concluía: “aunque el amor puede ser suficiente, solo el amor de la madre no lo es”. (p.12)

Pero aun así, la importancia relativa del papel de la madre y el de los iguales no estaba clara y dicha falta de claridad sin lugar a dudas fue totalmente bapaseada por Bolwby, en ninguno de los textos a los cuales Bolwby hace referencia a Harlow, plantea las nuevas hipótesis del primatólogo y que sin lugar a dudas eran mucho más complejas para el estudio del amor, que aquel elemento que el mismo Bolwby aisló, sobre la madre de tela. En ese sentido a pesar de la retórica científicista y de experto que como ya señalé, el psicoanalista despliega en sus escritos y dichos, es claro que Bolwby se conducía, para afirmar sus verdades, por medio de una psicología popular, pues siguiendo a Enhrendrich & English (2010) así como al mismo Zarestky (2012), la madre de tela se introdujo en la cultura, sobre todo en EE.UU, de un modo espectacular, introduciendo nuevas ansiedades y nuevos conceptos y significados en los discursos y los imaginarios sobre la crianza.

El trabajo de Harlow continuó, criando a monos sin madre, pero criados con otros monos en sus mismas circunstancias. Los monitos se agarraban entre ellos, en un patrón que llamó patrón “choo-choo”. Aunque los monos mostraban conductas extrañas, la presencia de los otros monos hacía que al final desarrollaran respuestas sociales estándar. Después de comparar monos con madres reales o sustitutas y monos criados con iguales, Harlow concluyó que las madres no eran necesarias para la socialización, sino que meramente facilitaban la interacción de las crías con otros monos. Por lo menos en los monos, en condiciones favorables, se podía prescindir de las madres reales pero no se podía prescindir de las experiencias con compañeros. Cuestión que Bolwby, en sus trabajos durante la década de los 50’s y 60’s no consideró.

## 6.6. *Inventando (la) Naturaleza III: Madres y Aves*

La monografía de Bolwby adquirió pronto reconocimiento y fue un poderoso estímulo para la producción de una línea de investigación internacional que confirmó estos hallazgos. El Instituto Tavistock, Inglaterra, fue una de las primeras instancias que le permitieron materializar la evidencia a sus postulados. Este trabajo lo realizó junto al psicoanalista James Robertson y Mary Ainsworth quienes irán descubriendo en la Etología un método y algunas ideas que le ayudaron a continuar la construcción de su teoría.

Los etólogos eran un grupo de biólogos que estudiaba el comportamiento de animales salvajes y que no sólo usaban conceptos como los de instinto, conflicto y mecanismos de defensa, similares a

los que se usaban en la labor clínica, sino que también realizaban “descripciones bellamente detalladas, del comportamiento, diseñando una teoría experimental para someter sus hipótesis a verificación” (Bolwby, 2009, p.44)

La Etología es el estudio biológico del comportamiento. En su versión clásica se sobreentiende comportamiento animal. Ello significa, antes que nada, descripción. La Etología construye los etogramas o repertorios detallados de pautas de comportamiento como punto de arranque de su tarea. Cuando la Etología se pregunta ¿por qué este animal actúa así?, Perinat (1980) dice que la pregunta puede interpretarse desde cuatro ángulos distintos:

- 1) Qué estímulos (internos o externos) han desencadenado este comportamiento.
- 2) A qué propende este comportamiento, o sea, cuál es su función.
- 3) Cómo este comportamiento ha surgido dentro del conjunto de pautas que caracterizan a una especie. Es el problema de la historia del comportamiento dentro de la especie (filogenia) y la de su génesis en cada representante de la misma (ontogenia).
- 4) Qué valor adaptativo o de supervivencia tiene este comportamiento.

Tanto las premisas 3 y 4 se entienden plenamente dentro del evolucionismo quien da razón de la continuidad de la vida sobre la tierra y de lo que se conoce como filogenia, o sea, esa lenta deriva y concatenación de las especies, unas de otras. Para la Etología, la teoría evolucionista a un nivel de explicación abstracto, trata de arrojar luz sobre las homologías estructurales y de comportamiento que se rastrean entre los eslabones de la cadena de seres vivos. Según Campbell y Hodos (1970) ciertas estructuras u otras entidades son homologas en sendas especies cuando se puede localizar su origen en un antecesor común retrocediendo a lo largo de líneas genealógicas y ello sea cual fuese la semejanza morfológica actual.

Asimismo en concepto central del paradigma, la adaptación, se entiende como el diseño de una *organización biológica*, organización que tiene una finalidad ad hoc. La organización biológica es algo que rastreamos a todos los niveles: desde la producción de anticuerpos en la sangre hasta los reflejos de huida o la automatización de comportamientos complejos. La adaptación global del organismo viene a ser el resultado de una “composición algebraica” de elementos adaptados a diversos niveles de complejidad orgánica. El concepto de adaptación hace referencia implícita a un medio vital. Tratándose del organismo total esto es lo que llaman medio ambiente. (Pittendrigh, 1958)

La noción de continuidad de las especies propuesta por Charles Darwin (esto es la existencia de ancestros comunes a distintas especies, Darwin, 1859), sugiere que algunos mecanismos básicos son compartidos entre diferentes especies, lo cual justificaría el trabajar con animales no-humanos para entender al hombre. Si el hombre está evolutivamente conectado con el resto de los animales, entonces podemos encontrar en ellos modelos análogos para estudiar nuestra biología, pero

también nuestro comportamiento. No debemos olvidar que fue el mismo Darwin (1872) quien comenzó el estudio comparado de las emociones en animales humanos y no-humanos.

De esta modo para la Etología pareciese que a pesar de las muchas diferencias entre las distintas especies animales, las similitudes son mucho mayores y el estudio comparado entre ellas resulta ser muy informativo tanto en su rol de ciencia básica como en lo que puede ofrecer en términos de posibles aplicaciones. (Laborda, 2009, p.83)

Otro de los conceptos fundamentales para la Etología es el de fase de desarrollo, pensado como la que recorre el animal (el hombre) hasta que llega a su madurez reproductiva. Dentro del paradigma darwiniano la reproducción —la transmisión genética— es el climax del ciclo vital. Desde este punto de vista la ontogenia es una fase orgánica que, por un lado, sirve a la continuidad del plasma germinal (y aquí entra en juego la adaptación de la cría, como tal, al medio ecológico); y por otro lado es una fase de transición al estadio reproductor. En ella se va desplegando paulatinamente la información genética acumulada que capitalizará la fase adulta en pro de la reproducción. (Perinat, 1980).

Bowlby comenzó su búsqueda de conceptos en el campo de la Etología, al descubrir que era posible que sus hallazgos fueran confirmados en la psicología animal y el método experimental. Su interés y entusiasmo por la Etología se inserta dentro de su voluntad por hacer del psicoanálisis una ciencia, al estilo de las ciencias naturales. Así la pregunta que lanza en la década de los 60's es "¿Cómo podemos someter el psicoanálisis a una mayor disciplina científica sin sacrificar sus contribuciones que son únicas?" (Bowlby, 2012, p.44)

En cuanto estudia el desarrollo del comportamiento social y especialmente el de las relaciones familiares en especies inferiores, la etología le permitió homólogar muchos de sus hallazgos de interés para la clínica y fundamentalmente, homologar sus técnicas y metodologías, bajo la rigurosidad del método científico: descripción de campo, hipótesis con conceptos operacionalmente definidos y experimentación

El valor fundamental de la etología para Bowlby radicó en el gran número de conceptos nuevos para el psicoanálisis, y que estuvieron vinculados a conocer tanto el desarrollo de lazos sociales íntimos como el de fijaciones patológicas, en forma de pautas de conducta inadaptadas o de objetos inapropiados hacia los que se dirige la conducta. "En la actualidad sabemos que el hombre no tiene el monopolio de los conflictos ni de las conductas patológicas...por lo tanto, los datos y conceptos etológicos tienen relación con fenómenos al menos comparables con las conductas que el psicoanálisis procura entender en el ser humano" (Bowlby, 2012, p.34)

En vista de los avances logrados por la etología, ciencia con raíces biológicas, Bowlby creyó que la teoría psicoanalítica del instinto podía ser formulada renovadamente. Cuando Bowlby y Robertson recuperan del psicoanálisis el concepto de *apego* en la década de los 60's, también le atribuyeron rasgos de los observados por los etólogos en las conductas de seguimiento del animal (impronta). De ahí que el *apego* se elaboró como un sistema de conductas, que tienen como metas mantener u



obtener proximidad y contacto con determinadas personas que le proporcionan ayuda y bienestar al niño, y por lo tanto que refuerzan su sentimiento de seguridad. (Bolwby, 2012).

En términos evolutivo el *apego* se entiende:

-Como un sistema de conductas que se desarrollan y existen dentro del organismo y poseen diferentes grados de complejidad de organización.

-Este sistema de conducta se denomina instintiva porque adopta pautas similares e identificables como tales, en prácticamente todos los miembros de una especie, y ejerce consecuencias que por lo general poseen un valor obvio para contribuir a la supervivencia de la especie y, en muchos casos, se desarrollan cuando son exiguas o nulas las oportunidades corrientes para el aprendizaje.

-Los factores causales “que activan o interrumpen el funcionamiento de los sistemas responsables de la conducta instintiva incluyen” (p.103) contenido hormonal, organización y acción autónoma del sistema nervioso central, estímulos ambientales de tipos específicos y estímulos propioceptivos que surgen dentro del organismo.

- La función biológica de un sistema responsable por la conducta instintiva del *apego* es la consecuencia de su actividad, que promueve la supervivencia de la especie (o población) de la cual es miembro el organismo, hasta tal punto que los individuos dotados de esa sistema dejan tras sí una progenie más numerosa que los carentes de él.

-El *apego* se relaciona con un ambiente que Bowlby llama, de *adaptación evolutiva*, entendido como aquel en el cual vivía una especie durante la evolución de sus características actuales, entre las que se incluyen los sistemas de conducta, y es el único ambiente dentro del cual puede tenerse plena seguridad de que la activación de un sistema habrá de redundar en el cumplimiento de su función biológica.

-Los sistemas de conducta como el *apego*, se desarrollan en un individuo por medio de la interacción, durante la ontogenia, de tendencias genéticamente determinadas con el ambiente en el cual se cría al individuo; cuanto más se aparta el ambiente de crianza del de adaptación evolutiva, más susceptibles de desarrollarse de manera atípica son los sistemas de conducta de ese individuo. (Bolwby, p.104)

Como venimos insistiendo lo que interesa a Bolwby de modo puntual y de acuerdo a sus hipótesis sobre la privación materna, es demostrar que el *apego* es una conducta primaria, es decir instintiva e innata y que puede ser explicado como una compleja secuencia de comportamientos instintivo, al igual que el cortejo o la construcción del nido en las aves. Las conductas de apego que Bolwby identifica en el llorar, mamar y sonreír, son algunos de los múltiples patrones prefijados innatamente, que representan “seguridades proporcionadas por la naturaleza contra un simple abandono a los azares del aprendizaje” (p.59)

De modo puntual Bolwby rescató de la etología las descripciones sobre la angustia de separación y la búsqueda de proximidad en ciertas aves, así como la evidencia de que un vínculo social fuerte puede formarse sin estar basado en la gratificación oral. En relación con la lactancia, la reproducción y la excreción, para Bolwby se trataba de rasgos anatómicos y fisiológicos comunes con las especies inferiores que para él se traducen rasgos de conducta similares. La primera infancia –en especial durante el periodo pre verbal- se piensa como una etapa en donde la simetría es total, desde un modo de pensar el crecimiento humano en el que la infancia nos da señales de los primeros estadios de la evolución.

El modelo básico de este comportamiento instintivo era una unidad que comprende un patrón de comportamiento específico de la especie correspondiente, regida por dos complejos mecanismos, uno que controla su activación y el otro su terminación. La función biológica de estos patrones y de su organización superior es la de servir a los procesos vivientes básicos del metabolismo y la reproducción. Al igual que sucede con estos últimos en cada especie, sus formas principales son heredadas “y como afirmó Darwin, hace un siglo, sus variaciones hereditarias se hallan tan sujetas a la selección natural como sucede con cualquier otra característica heredada (Bolwby, 2012, p.52-53)

Para llegar a tales conclusiones, Bolwby tomó el modelo del etólogo austriaco Konrad Lorenz quien postuló la existencia de una serie de reservorios, llenos cada uno de ellos de energía específica de reacción adecuada a un determinado patrón de comportamiento (Lorenz, 1986). Lorenz suponía que cada reservorio era controlado por una válvula (Mecanismo Innato de Puesta en Marcha: Innate Releasing Mechanism o I.R.M.) que podía ser abierta por la percepción del signo estímulo adecuado, de modo que la energía específica de reacción sería descargada mediante la realización del comportamiento específico. Cuando la energía era derivada y, por tanto, agotada, cesa el comportamiento. A continuación, supone Lorenz, la válvula se cierra, la energía se acumulaba de nuevo y tras cierto tiempo, el proceso se hallaba en disposición de repetirse. Este modelo psicohidráulico de instinto, con su reservorio y acumulación de energía para Bolwby ofrece una “evidente semejanza con la teoría del instinto de Freud, como Lorenz llegasen a postular modelos similares como resultado de intentar explicar un comportamiento semejante “ (p.51)

Trabajando principalmente con patos y gansos, Lorenz había descubierto que, después del nacimiento, los pájaros infantiles siguen el primer objeto en movimiento. Si el objeto no es la madre, el joven no logra desarrollar las respuestas sociales y sexuales propias de su especie. En la década de 1920 Konrad Lorez empezó a publicar sus hallazgos sobre la “impronta” en los gansos y en otros animales. Los gansos recién salidos del cascarón mostraron una inclinación totalmente no aprendida a seguir objetos que parecían cumplir con esquemas predeterminados de conducta y de apariencia, fueron o no estos objetos la mamá gansa. En la fidelidad con la que los ansarinos seguían a la madre sustituta que había quedado impresa en su sensibilidad, podemos encontrar un objeto de amor primario, incluso en organismos tan complejos como los seres humanos.

Asimismo la etología acuñó el concepto de fase sensible del desarrollo, una aspecto crucial del *apego*, pues el apego como patrón de comportamiento específico de la especie atraviesa con

frecuencia fases sensibles durante algunas de las cuales algunas de sus características son determinadas, de forma permanente, o bien casi permanentemente. Para Bowlby, las fases sensibles que ocurren a menudo, aunque no forzosamente, en etapas muy precoces del ciclo vital, afectan al desarrollo al menos de cuatro aspectos:

- a) Que la respuesta se desarrolle o no
- b) La intensidad con la que se manifiesta más adelante
- c) La forma motora exacta que adopta
- d) Los estímulos determinados que la activan o la concluyen “ (p.54)

Tomando el trabajo de Konrad Lorenz como punto de partida y contando con la estrecha colaboración del etólogo británico, Robert Hinde, Bowlby durante los años 1953 y 1958 se introduce de lleno en la Etología. Así, vio en el trabajo de Lorenz evidencia científica para la tesis de que la díada madre-hijo es un sistema biológico cuya interrupción tiene consecuencias desastrosas. En la década de los sesenta, señaló que algunos biólogos europeos habían demostrado que en las aves y los perros tienen "experiencias emocionales en cierto sentido muy tempranas" (Bowlby, 2012, p.178) De este modo posiciona su teoría en estricto acuerdo con lo que la ciencia biológica demostraba ser verdad, pese a que Bowlby no dio más detalles. Según Vicedo (2013), no explicó las experiencias emocionales de los perros y aves. Pese a ello y con el apoyo de la OMS, Bowlby ayudó a organizar un grupo de estudio internacional sobre el desarrollo psicobiológico del niño.

Este grupo se reunió en Ginebra en 1953, Londres en 1954, y Ginebra nuevamente en 1955 y 1956, entre los miembros permanentes eran Bowlby, Lorenz, la antropóloga estadounidense Margaret Mead y psicólogo suizo Jean Piaget. Estas reuniones se centraron en la investigación etológica y sus implicaciones para psicología infantil. En 1958 Bowlby publicó sus conclusiones en *La naturaleza del vínculo del niño a su madre*, en el que sostenía la existencia de cuatro respuestas instintivas que sirven para aproximar al niño a la madre y contribuir a la dinámica recíproca de madre e hijo: chupar, aferrarse, llorar y sonreír, estos dos últimos sirven para "activar la conducta materna. Así la díada madre-hijo era pensada como un sistema biológico, *en el que cada parte depende del otro, tal como fue diseñado por la evolución*. Por lo tanto, no era sólo el niño el que estaba atado a la madre, sino que la madre está también ligada al niño.

Bowlby pasó revista al comportamiento de apego del niño hacia la madre en los vertebrados superiores y extrajo una serie de características comunes; *madre e hijo se mantienen en proximidad y cualquier separación va seguida de búsqueda mutua*. Insistió con la tesis, a pesar de la anomalía del bebé humano que tardan mucho, en comparación con los mamíferos, en manifestar esa conducta de seguimiento y en reclamar a su madre cuando ésta le falta. Durante los 60's define la función del apego como ya señalé, en relación a la protección frente a los depredadores. (p.224), identificando dos clases de comportamiento que integran el apego y que son propios de la cría. Por el primero ésta simplemente hace conocer su presencia y ello actúa como señal sobre la madre y le

hace acudir. Aquí entran en línea de consideración todas las vocalizaciones como son gritos, llantos, sonrisas, balbuceos, etc. También el gesto de extender los brazos (en cuanto la madre lo interpreta invariablemente como ademán de quien solicita ser cogido) queda incluido aquí.

La segunda clase de acciones infantiles son las que el niño lleva a cabo con la intención de mantenerse al lado o cerca de su madre: seguirla, sentarse en sus rodillas, abrazarse a ella, etc.

Durante la década de los 60's Bowlby discutió en detalle la homología de este movimiento con el de los primates y su relación con el reflejo de Moro, concluyendo que el movimiento del niño de agarrarse al cuerpo materno, que es clarísimo a partir de los 6-8 meses (en presencia de extraños, cuando se asusta) "se desarrolla a partir de ciertas respuestas primitivas que posee del recién nacido humano" (Bowlby, 2012, p. 277)

### *Finalizando*

Este modelo explicativo del comportamiento del bebé denota el intento de hacer calzar la filogenia con la ontogenia, un estilo metodológico que se inspiró en la interpretación darwiniana que Bowlby elabora sobre el desarrollo de la infancia. La vieja idea de la *infancia como el padre del hombre*, se desplegó en un marco de intelegibilidad naturalista, que si bien admitía la influencia de un ambiente en la modificación –evolución- de los patrones hereditarios, desconocía además las características históricas y por lo tanto situadas de esos elementos que constituyen esa noción abstracta llamado "ambiente". A mi juicio, la perspectiva naturalista inspirada en los hallazgos de Bowlby, no sólo pensó el desarrollo infantil desde un estrecho marco de interpretación, que son las conductas hereditarias vinculadas a la evolución –olvidando además que los bebés y los hechos que pretende demostrar no se hayan en un ambiente natural sino más bien en un ambiente social y cultural cargado de complejidades-, sino que las mismas interpretaciones se elaboraron en un eje diádico en que pareciera que los únicos actores del crecimiento infantil son la madre y el hijo. Así los códigos conductuales y las expresiones del bebé se dirigen exclusivamente a la madre, (como por ejemplo la interpretación del reflejo de moro como relacionado a la ausencia/presencia de la madre). En ese sentido, las consecuencias sociales y simbólicas de sus teorías apuntaron a no sólo refrendar la necesidad natural de los infantes de la madre biológica, sino que también situar en la familia nuclear –heterosexual- y en la transmisión biológica, un hecho cultural como el parentesco heterosexual, desde una lógica de la totalización y monocomprensión que Wittig (2005) llama el *pensamiento heterosexual*:

el pensamiento heterosexual se entrega a una interpretación totalizadora a la vez de la historia, de la realidad social, de la cultura, del lenguaje y de todos los fenómenos subjetivos... Esta tendencia a la universalidad tiene como consecuencia que el pensamiento heterosexual es incapaz de concebir una cultura, una sociedad, en la que la heterosexualidad no ordenara no sólo todas las relaciones humanas, sino su producción de conceptos al mismo tiempo que todos los procesos que escapan a la conciencia. Estos procesos inconscientes se tornan, por otra parte, históricamente cada vez más imperativos en lo que nos enseñan sobre nosotras mismas por medio de los especialistas. Y la retórica

que los expresa, revistiéndose de mitos, recurriendo a enigmas, procediendo por acumulaciones de metáforas, cuyo poder de seducción no subestimo, tiene como función poetizar el carácter obligatorio del “tú-serás-heterosexual-o-no-serás”. (p. 51-52)

Es importante destacar que para el psicoanálisis el parentesco era una cuestión clave a la hora de pensar la constitución psíquica del infante. La sagrada familia que el Edipo instaura, así como el psiquismo que la sagrada familia produce, era uno de los axiomas fundamentales de la teoría que Bolwby pensó desde el discurso biológico, alejado de las reconstrucciones fantasiosas de las neuróticas de Freud. Con esto, la operación de rechazo tejida por Bolwby, significó rechazar una hipótesis puntual sobre la relación madre/hijo y sobre el psiquismo temprano y también la posibilidad de pensar la constitución del objeto a través de los derroteros de la pulsión -atravesada por el orden simbólico-, es decir excluir todos aquellos elementos que interrogaban por la misma emergencia de un sujeto parlante, normal y atado al significante.

En el modelo de Bolwby, no es tanto que el padre fuera excluido como agente del desarrollo infantil, que en definitiva sería una crítica elaborada a partir de las mismas herramientas del *pensamiento heterosexual* que reclamarían la restitución del triangulo edípico, sino que la presencia paterna se pensó como soportando y circulando la relación madre/hijo, una omnipresencia que no era necesario discutir pues sin duda el padre *es ahí*, en la medida en que se trató de un modelo que como hemos analizado, es coherente con el modelo fordista tan propio de la posguerra. Así el padre es un sujeto que aparece como intermediado por un deseo de mujer, que en Bolwby deviene exclusivamente deseo de madre pero que no necesita ser pensado, pues en definitiva el devenir del niño y la niña resuenan siempre en él como identificación masculina o renuncia femenina.

Mientras que en medio de la guerra fría la URSS, aunaba todos sus esfuerzos por socializar el parentesco y ampliarlo hasta la insitución del estado, el discurso de Bolwby operaba por una reducción sistemática de sus actores, en que el elemento hereditario se volvió prevaleciente y con ello, la maternidad, el parentesco, la familia, una cuestión privada e imaginaria-diádica. Bolwby produjo linajes entre seres, una especie de Noé que se dedicó ordenar a cada oveja con su pareja desnaturalizando, asimismo, otras formas de parentesco, como el parentesco ampliado, que eran tan naturales o vividas tan naturalmente en el mundo tradicional, popular y rural.

También es claro que el trabajo de Bolwby plantea esos dos movimientos que Bruno Latour identifica como sustanciales de la modernidad, en que por un lado se elaboró un linaje entre *algunas* seres humanas y otras, y por otro, ese linaje demarcado y territorializado en el cuerpos de la madre y su extensión biológica, el bebé, se explica a partir de agentes híbridos (animales, máquinas y humanos); una paradoja que sin lugar a dudas marcará la especificidad del campo *psi* en su intento por adquirir la anhelada garantía de cientificidad, cuyas consecuencias fue que la psicología y el psicoanálisis abandonaran su lugar en las ciencias humanas para reclamar e instalarse en un lugar limítrofe, sin tener clara su propia identidad.

Las interpretaciones ancladas en los estudios con animales, fueron la formula perfecta para Bolwby para canonizar la autoridad de la biología y la autoridad de sus enunciados, en un campo

aparentemente menos riguroso como el recién estudio de la infancia aún inscrito en el viejo discurso de los consejos sobre la crianza, y que obligaron a la recién inaugurada psicología del desarrollo a moverse en un territorio intermedio entre la rigurosidad científica y el conocimiento popular, entre el laboratorio y el cine, entre el informe de investigación y las cartillas de consejos para padres.

Con esto Bolwby abre otra posibilidad de una crítica histórica, que tiene por elementos constituyentes: naturaleza, cultura, significados y tecnociencia, y cuyas líneas de discusión son parte de las conclusiones de este trabajo de investigación.

## **7. CONCLUSIONES**

### *Hacia una erótica del poder*

Freud en *El Malestar en la cultura*, elaboró la idea de que llegar a la subjetividad moderna, normal y consciente, implica una renuncia de la satisfacción pulsional, siendo la neurosis el costo de la civilización. Años antes afirmaba que “la sociedad en efecto, tiene que hacerse cargo, como una de sus más importantes tareas pedagógicas, de domeñar a la pulsión sexual, cuando aflora como esfuerzo por reproducirse, tiene que restringirla y someterla a una voluntad individual que sea idéntica al mandato social” (1916/1992). Con esta idea Freud mostraba que los sistemas culturales se fundan en una supresión de la libido individual y en una organización sublimante de la libido colectiva, una intuición que para Berardi (2007) aparece formulada de diversos modos por la filosofía del siglo XX. Esta idea asumió dos formas, por un lado, la forma de una ética de la prudencia –un homo prudens- en que los afectos se mostraban como peligrosos para el orden social y por lo tanto debían ser reprimidos, desalojados o transformados y por otro, una forma epistemológica, la *modestia*, según la cual el auto-control comandado por la razón experimental es la condición fundamental para un conocimiento neutro y objetivo (Haraway, 2004)

A partir del ascenso de la sociedad informacional es claro que el paradigma represivo entra en crisis. En *La Voluntad de Saber*, Foucault se propone demostrar que no existe sexualidad natural anterior a los efectos de la cultura, y que la hipótesis del paradigma de la represión sexual – es decir la existencia de una sexualidad natural anterior a la cultura- es un efecto del mismo dispositivo sexual. Desde este giro se trataría entonces de reconocer que la subjetividad normal y prudente, sería el resultado de la incorporación de sus propios dispositivos de control y no de un desarrollo natural y progresivo de la mente como ha querido mostrar la psicología, así como de la internalización de las prohibiciones que emanan de las fronteras socio-culturales, pero también de elementos muchos más sutiles, inconscientes que vienen dados por elementos lingüísticos como pre o para-lingüísticos, y que apelan a la corporalidad, las emociones, el amor, entre otros y que a partir del siglo XXI, se vuelven dimensiones privilegiadas para comprender el proceso de cómo se llega a ser sujeto.

Tal como nos enseñó Foucault, el poder no se posee, se ejerce, unas veces se padece pero las más de las veces el poder se goza, en lo que cabe pensar entonces la existencia de algo del orden de una erótica del poder, es decir de una investidura libidinal, o amorosa no de un sujeto o un objeto, como sí de una relación, una erótica no tan novedosa, pues esta nos re-envía fácilmente a la dialéctica sado-masoquista que se inaugura con Sade, en que la relación de poder misma se vuelve objeto de catexia y un componente de una economía libidinal propiamente burguesa y que de acuerdo a Heller (2004) es también parte del nacimiento de nuestra modernidad.

Sin lugar a dudas este trabajo es sólo un punto de partida para múltiples líneas de investigación que profundicen en los diversos modelos en que se puede captar algunos cruces entre una *economía libidinal* y una *economía del poder*, un cruce cuyo campo se aleja descomunadamente del imaginario sadiano: un cruce que interroga no por los efectos de destrucción del cuerpo del otro, sino por los efectos de cuidado del otro, un cruce que se precipita como *amor de madre*. En ese sentido se trataría de oponer Sade contra Bolwby para buscar sus continuidades y rupturas, pero siempre para descubrir que ambas narraciones son igualmente ficciones sobre el amor, en tanto ambos son dependientes de sus propias puestas en escenas y regímenes de veridicción, que se trata en ambos de una articulación entre poder-cuerpo-saber-afectos y que finalmente se trata también de algo que



excede el lenguaje racional pero que lo necesita, y que por su condición de exceso cabe más expresarlo en las imágenes que en las palabras.

Pensando en esto lo que se intentó y a lo que llegamos, fue que no se trataba simplemente de una proxémica o de una psicología de las emociones, sino que de la identificación de múltiples dimensiones de un campo de experiencias posibles - el campo *psi*- puestas en el ojo de la sospecha cultural. Esto se debió en parte a que la institución *psi* contemporánea si bien reconoce el lugar de la cultura en los fenómenos *psi*, ella misma estaba borrada como objeto de interrogación, en un panorama teórico epocal marcado fuertemente por el interés por los procesos de simbolización y representación (Richard, 2009) –y que se muestra en un desarrollo ascendente de los estudios visuales y culturales. También los estudios feministas habían dado diversas pistas para situar el amor –sobre todo el amor romántico- como una dimensión clave para entender el devenir mujer, así como la violencia contra las mujeres, instalando la sospecha de que el amor, tiene una función social central en la reproducción de las relaciones de género. Por otro lado, Guattari nos había enseñado de que el orden de la significación contemporánea interpela directamente al cuerpo desde lo que él llamó las *lógicas a-significantes*, es decir lógicas que se dirigen exclusivamente al cuerpo y las sensaciones. También Berardi (2007) nos decía, que el rasgo característico del capitalismo posfordista (el semiocapitalismo) es la sobre-producción acelerada de signos que permiten hablar de un estado constante o estructural de desatención, en tanto la rapidez con la que los signos circulan exceden y saturan al aparato psíquico, sus posibilidades y capacidades de percepción y representación. Si para el orden represivo, la neurosis es su criatura, para el orden semio-capitalista, la patología nace en la obligación de expresar, en el exceso de visibilidad o en la sobrecarga de estímulos infonerviosos. De ahí que el autismo, pensado como una posición subjetiva de corte respecto al lenguaje y el vínculo afectivo, pasa a constituirse como el paradigma de la desviación en la sociedad de la hiper-expresión.

Cualquier sea la perspectiva usada, lo cierto es que algo se ha transformado en el panorama teórico y en esa transformación el discurso *psi* se vuelve un espacio de problematización y una rasgadura por el cual emerge algo más allá que su propia clausura como falsa conciencia, en tanto lo *psi* siguiendo a Foucault, nos planteaba el problema que es también resultado de un régimen de verdad. En ese sentido no se trataba de apartar lo que hay de falso o verdadero en los contenidos de la mente y la psicología, sino más bien indagar en los regímenes de veridicción al cual deben existencia para conocer cual es su lugar y función en la implosión posfordista de un mundo de imágenes e hipercirculación emocional e informacional, por otro.

### *La crítica*

Siguiendo la lectura de Richard (2009), en el texto ya aludido y titulado *La crítica: entre lo artístico y lo cultural*, la pensadora chilena se preguntaba hasta qué punto el giro hacia estos procesos de simbolización y a estas *otras economías* en las lecturas feministas, también se vinculan a cierto agotamiento del potencial crítico de las ciencias sociales, sobre todo si pensamos que estas se han visto avasalladas por la hegemonía de los discursos de la eficacia y la gestión, así como por su progresiva autodefinición como tecnología social, por la dictadura del *papers*, por su posicionamiento en las redes del poder el estado y la empresa privada, entre otras cuestiones. Esto ha obligado al pensamiento crítico a la búsqueda de nuevos horizontes desde donde desplegar su criticidad, pues

las ciencias sociales se han transformado en la nueva casa del amo, y que tal como no enseñó Audre Lorde (2003), esta no se puede dismantelar con sus mismas herramientas.

Es desde esta perspectiva, que para la ensayista chilena se comprende esta búsqueda de nuevos lenguajes y epistemologías que son posibles de situar –aún- en el arte y las expresiones culturales que podríamos llamar “vivas” para alejarnos de una perspectiva antropológica. A la vez que se reconoce que el arte no es un enclave libre o a salvo de la lógica expansionista del capitalismo actual -y que cada vez más se está hablando de una industria cultural-, no es menor que una parte del pensamiento crítico a optado por hablar desde afuera o en las fronteras de la institución universitaria de las ciencias sociales, para construir sus propias formas y espacios, en lo que Richard (2009) llama “escenarios ambulantes” (revistas alternativas, radios, periódicos independientes, blogs, etc), que sirven de soporte no institucionalizados por la cultura cientificista académica y que permiten transmitir un pensamiento sobre lo actual en el que caben múltiples voces y registros.

Se trataría para Richard de una propuesta vinculada a lo que Patiño nombra como “textualidades heterogeneas”, textualidades que contribuyen a diseñar un lector “más curioso y aventurado, dispuesta a transitar entre la academia y su afuera, entre la crítica universitaria y la intervención político-intelectual” (p.63)

En ese sentido, y tal como discutimos en el capítulo sobre la crítica foucaultiana, se intentaría por múltiples vías de cierta consenso en la práctica del pensamiento crítico, de la legitimidad de un pensamiento del afuera, que se niega a encapsularse en los cómodas paredes de la ciencia, para avanzar hacia un pensamiento que se interesa menos por la reflexión del mundo y la sociedad, y más por, siguiendo de alguna u otra forma la famosa tesis sobre Feuerbach Marx, la inflexión de este, en su exterioridad y contingencia (Negarestani, 2011)

Desde esta perspectiva, volcarse a la exterioridad de lo *psi* y provocar una crítica, e interrogar por sus modos de pensar a las mujeres, los afectos, la parentalidad, sus modos de escritura, etc obligó a relacionar cuestiones tan disimiles como los test, las cámaras del cine, los monos, la anfetamina, la nariz de Grace Kelly, la hechizada, los marcianos, los rusos, la televisión, los automóviles y las jugueras, etc, profanando o contaminando la misma historia canonizada del psicoanálisis y la psicología en que el ideal de su propio yo –como todo ideal- se armaba a través de una imagen ortopédica y purificada, en el que su verdad y legitimidad se obtenía por medio de una operación de borrado de todo lo que tuviera una apariencia no- académica. Si se trataba de hacer una crítica, si bien académica pero bajo el espíritu de los “escenarios ambulantes”, el trabajo de Zaretsky, *Historia social del psicoanálisis*, quizás era uno de los pocos en lengua castellana e inglesa en que cabía la pregunta por lo *otro* del psicoanálisis, vale decir por la cultura, un trabajo que despliega una narrativa del psicoanálisis quizás inédita. Para Zaretsky se trataba de una *historia social* de la disciplina, de ahí su posicionalidad desafiante de la autoreferencialidad a través de las cuales se había contado la historia de la institución psicoanalítica. Pero desde el mismo título nos interrogábamos acerca de si ¿existe una historia de la institución *psi* que no sea una historia social o una historia cultural?, así como otros se habían preguntado a propósito de la emergencia de una disciplina llamada *psicología política*, de si acaso ¿toda psicología no es política?

*Del testigo modesto al hablar situado: el problema de las traducciones*

Ahora bien, si avanzamos de la crisis del paradigma de la represión a la crisis de las ciencias sociales y de estas a otra crisis que tiene que ver con los sucesivos descentramientos del sujeto mujer en la teoría feminista que de manera transversal y simultánea vienen cuestionando el carácter natural y universal de la condición femenina (Preciado, 2008), con este trabajo se intentó apuntar a una idea de que las mujeres no son naturaleza ni un trascendental. Pero la indagación nos llevó a una cuestión bastante más compleja que afirmar el otro lado de la dicotomía: lo social. Tal como sospechábamos al inicio de este trabajo el cuidado y el amor de madre, era resultado del cruce de múltiples entidades, que actuaban con la misma fuerza que lo que entendemos tradicionalmente como lo social; de acuerdo a lo planteado era imposible pensar estas nociones sin los animales, las tecnologías y las máquinas. Bastantes argumentos se propusieron en este trabajo como para repetirlos, pero si cabe configurar un enunciado que abre un campo de investigación novedoso desde mi perspectiva en los estudios de género: de que a pesar de que nuestra episteme moderna insista y se precipite hacia un lugar –la naturaleza o la cultura-, lo cierto es que al parecer dicha condición es más bien excéntrica, pues este trabajo fue un ejemplo de la dificultad para localizar la respuesta a la pregunta sobre el cuidado y el amor de madre en una dimensión en particular y que nuestras contingentes y no necesarias localizaciones funcionan al modo de un encuadre cinematográfico, a modo de un recorte, de un segmento que aumenta nuestra posibilidad de ver pero que oculta una proporción importante de la red de relaciones entre humanos, animales y máquinas-y otras posibles entidades- que sostienen la experiencia del cuerpo sexuado.

Las traducciones también nos llevaron a otros problemas y que tenía que ver con mi propia posicionalidad de mujer latinoamericana y psicóloga que debía traducir en el ejercicio profesional estas teorías sobre lo materno en diversos contextos socio-culturales marcados por la privación y la vulnerabilidad. Con esto no bastaba convencerse de que la mujer universal no existía, era cosa de abrir los ojos, observar las chabolas y darse cuenta de que efectivamente esto no era así, había que ir más allá, apuntar a la misma organización sexual a la base de los conocimientos hegemónicos y canonizados por la academia.

Pensemos que si bien, desde los trabajos de Juliet Mitchell pasando por Luce Irigaray y otras, que el psicoanálisis ha sido fuertemente cuestionado por sus intentos de fijar las identidades de las mujeres a los atolladeros del falo, desde mi perspectiva estas perspectivas seguían atadas a tres caracteres de la modernidad: la hegemonía de la identidad, la hegemonía del elemento humano y la presencia de conceptos trascendentales y totales como subordinación o patriarcado. Fueron *otras teorías*, entre las que cabe destacar la teoría poscolonial, los feminismos del sur, las lecturas queer o de la disidencia sexual, el tecnofemismo, los estudios feministas de la ciencia, etc, las que provocaron los desplazamientos más subversivos no sólo con el pensamiento logofalocéntrico identificado en el afuera del feminismo, sino que interrogando por la producción misma del sujeto mujer en la investigación social y en la producción teórica occidental feminista. Esta provocación también interpelaba al poder de la cooperación internacional para afianzar los enclaves geopolíticos post-coloniales del siglo XX, siendo claves en la producción de una diferencia sustancial entre las mujeres del primer y tercer mundo.

El trabajo de Mohanty (2004) fue sin lugar a dudas un golpe de gracia a la misma teoría e investigación feministas del primer mundo, al señalar que estas mismas teorías participaban de los dispositivos de estabilización normativa del sujeto y contribuían a su esencialización, en tanto era pensado desde los márgenes que imponía el ideologema *víctima* por medio del cual se pretendía explicar y transformar al sujeto subalterno. Por otro lado Spivak (2009), denunciaba la función ideológica y económica de los paradigmas *mujer y género en el desarrollo* y los enunciados de la ONU respecto a las mujeres del tercer mundo.

Esto generaba un problema espinoso en el marco de esta investigación pues ¿si el *american way of life* fue la ideología que sostuvo el discurso *psi* de posguerra que dió cuenta de otro proceso de traducción que operó en el encuentro entre EE.UU y los psicoanalistas refugiados, cómo es que estas teorías podían ser aplicadas, y lo eran y muchas veces de forma compulsiva, en un lugar geográfico tan distinto?, ¿como es que para mis colegas psicólogos los ideales del *american way of life* o la teoría del apego, les hacia sentido hasta tal punto que ni siquiera surgía la pregunta ¿que es esto?, ¿qué tiene que ver esto con Chile?.

Creo que discutir por un lado la posicionalidad subalterna de la sujeto que investiga y por otro, los regímenes de traducción cultural (Bhabha, 1994) que habían llevado a que la teoría producida en el primer mundo calzara de alguna forma o no fuera cuestionada en el tercer mundo, es instalar la sospecha de que la subalternidad no se ata fácilmente a una geografía física, al modo del modelo estado/nación con sus límites territoriales y con sus ficciones de finitud, y menos al modo de una colonia y su metrópoli igualmente incontaminadas. Ya Spivak (2010) nos había enseñado que la marca del neo-colonialismo era el desplazamiento de lo territorial por lo económico-financiero. Conceptos y fenómenos como transnacionalismo, transmigrante, nomadismo, cadenas globales de cuidado entre otros, han sido fundamentales para cuestionar lo que Bash, et al (1994) llamó el nacionalismo metodológico, es decir el axioma aceptado de que los fenómenos humanos se presentan bajo los límites del estado/nación. Por otro lado Anderson (1993) ilustró que el estado/nación es una *comunidad imaginada* que se aglutina en torno a dispositivos de identidad y signos abstractos que trazan fronteras para poder diferenciarse del otro, al mismo tiempo que trata de homogeneizar el sujeto interno de la nación, el *pueblo*.

Este trabajo se estructuró en torno al imaginario del *american way of life* como una fórmula que nos permitía además interrogar por los límites de occidente y por su misma definición, para enseñarnos que estos no son tan claros, pues pensando en mi propia posicionalidad algo había pasado en el mundo durante los últimos 60 años que me permitía reconocer a mis abuelas, nacidas en los años 20`s en el otro extremo del continente americano, dueñas de casa, esposas de obreros ferroviarios, hijas de las políticas keynesianas que habían posibilitado una vivienda digna mejor que los “ranchos” y los conventillos, una educación técnica y superior gratuita para los hijos de la clase trabajadora, un salario que alcanzaba para la alimentación y sostenimiento de 8 hijos, etc, en esas imágenes publicitarias de mujeres estilizadas y muy rubias, que acompañó la introducción de las tecnologías domésticas y la modernización de los hogares del tercer mundo.

El poema de Goría Anzaldúa recoge esa experiencia de la Frontera, de lo transnacional y de los límites transgredidos:

*Vivir en la Frontera significa saber  
que la india en ti, traicionada por 500 años,  
ya no te está hablando,  
que las mexicanas te llaman rajetas,  
que negar a la Anglo dentro tuyo  
es tan malo como haber negado a la India o a la Negra;*

¿Como enunciar una identidad poscolonial si mis abuelas también habían vivido parte de esa abundancia del período de la posguerra no Europea, sino Norteamericana y que como señalé, sus utopías personales estaban atravesadas también por los imaginarios, las tecnologías y los signos del imperio?

Desde esta perspectiva el concepto de *traducción cultural* nos sirve para hablar de nuestras propias posicionalidades como herederas y nietas del *american dreams* al “estilo” sudamericano, y también para pensar en cómo la teoría *psi* había hecho su propio proceso de traducción produciendo un nuevo psicoanálisis al “estilo” norteamericano. Para Bhabha hablar de *traducción cultural* es abandonar la idea de una concepción de traducción basada en la lógica de la mimesis que discute sobre el proceso de traducción en términos meramente lingüísticos -fidelidad o equivalencia- por el contrario, se trata de asumir que siempre emerge una tercera zona entre el original y la traducción, entre original y la copia diría yo. Esta tercera zona que llama una *zona intersicial*, es un espacio híbrido que no es ni lo Uno ni lo Otro (Bhabha, 1994). La diferencia cultural por lo tanto interpela formas de identidad que, debido a su implicación continua en otros sistemas simbólicos, son siempre incompletas o abiertas para la traducción cultural (Bhabha, 2006). Por otro lado, pensemos que el *estilo* para Echevarren (1998) se aleja de la noción de identidad, en tanto que el *estilo* se autonomiza del centro de poder, “no responde a designios de una autoridad sino a fenómenos de expresión y de diferenciación” (p.83), la mutación, que es la marca del *estilo*, hace recombinar las identidades en un devenir que puede llegar a ser irreconocible y que así mismo se enfrentan.

El *american way of life*, o Estados Unidos es decir lo que para las latinoamericanas es el imperio o el monstruo que conocíamos demasiado bien, funcionó como un régimen de traducción cultural cuyo resultado fue un particular *estilo* de experimentar, estetizando, la modernización en el punto en que fue más que una ideología. No se trató, al igual que para el psicoanálisis o para las mismas mujeres estadounidenses, de una simple reproducción o incorporación sin resistencias, pues se trataba de un signo cultural que al igual que el resto de los signos culturales no son puros, surgen siempre como constantes reinterpretaciones o contaminaciones entre fronteras y lugares intersiciales. El trabajo de Friedan así como los de Lorde y Wittig son claves en esto, pues nos muestra que dichas resistencias a la vez que se expresaron al modo de una conciencia opositiva, que denunciaba los mecanismos de reproducción ideológica-sexual de la modernización y la sociedad de consumo, abrió líneas de inflexión para pensar y re-pensar el sujeto del feminismo, desde su complejidad y su hibridez, en tanto la re-familiarización de posguerra como señalamos se hizo por medio de la integración de mujeres “modernas” que habían logrado espacios importantes en el mundo público y habían alcanzado metas que eran propias de las luchas de las generaciones anteriores por la emancipación de las mujeres (derechos políticos, civiles y sociales) pero que resonó ampliamente en los diversos

estado/nación que pasaron a formar las filas del nuevo orden mundial S. A., como lo llama Haraway (2004)

Así la ama de casa de la publicidad yanqui se enfrentaba a mujeres reales más regordetas, no tan blancas pero que en el caso de mi abuela por ejemplo, quien era más blanca que mi madre, mi padre, mi hermano y yo, y que se reconocía como el elemento español que había contribuido a blanquear o mejorar, como aún se dice en el lenguaje popular chileno, la raza, la raza mapuche. En ese sentido, cabe la posibilidad de pensar que el *american way of life* resonó con los proyectos raciales de la construcción nacional Latinoamericana. En esa identificación racial que hacía de nosotros los nietos con apellido y rasgos mapuches, los subalternos de la familia blanca Amador, se promovía un gusto por las películas de westerns, seriales como la hechizada, el ratón Mickey – también se nos obligaba a aprender inglés-, etc y en que además de mujeres y hombres blancos habían indios con una pluma o con grandes penachos en la cabeza, arriba de un caballo, con arco y flecha siempre dispuestos a sembrar el caos. La figura del indio y el penacho llevaba a un imaginario en el que no cabía duda para mi mente infantil, de que mis antepasados mapuches, tal como aparecía también en una estatua de Caupolicán al estilo de un indio norteamericano en pleno centro de Santiago, efectivamente eran copias de estos desalmados indios asesinos de nobles familias colonas blancas y heterosexuales.

Por otro lado la nevera y la cocina a gas, que llegaron tempranamente a Chile en 1960, convivían con el *chancho*, con aquella herramienta doméstica manual-industrial, de acero, muy pesada usado para encerar los pisos de las viviendas- pues aún no alcanzaba el dinero para hacerse de un “chancho eléctrico” como fueron bautizadas las enceradoras-, también las máquinas de cocer a pedales convivían con la overlok y la máquina eléctrica de un solo pedal y como la decoración también era importante, la arquitectura moderna –casas funcionales con amplias ventanas que se construían después de cada terremoto que hacía desaparecer progresivamente el pasado arquitectónico colonial-terratendiente- eran adornadas con pequeñas esculturas de acero hechas en los talleres de las maestranzas, copadas de fierros negros como llamaba Neruda a esos resabios del pasado industrial que representaban los trenes, símbolos por excelencia de la industrialización nacional del cambio de siglo.

También a diferencia de EE.UU la modernización, especialmente en Chile, no implicó un cambio en las relaciones de servidumbre propias del orden colonial, la modernización no se vió acompañado por una lectura liberal de las relaciones sociales, por el contrario se entretejió con el imaginario y la cultura colonial terrateniente, en que los electrodomésticos pasaron a ser bautizados *eléctricos servidores* y que en los sectores más acomodados se dirigían como una ayuda no para las dueñas de casa, sino que para las *nanas*, chilenismo de la palabra inglesa *nannie*. Como destaca Álvarez (2011)

En ocasiones, a través de la inactividad de la esposa, las familias más acomodadas hacían visible su diferencia social, al tiempo que trataban de prorrogar, en cierto modo, la norma de despfarro ostentoso en vigor entre las clases más pudientes. Algunas mujeres chilenas que disponían de más de una asesora del hogar llegaban a señalar incluso que la cocina “embrutecía” (p.171)

Por otro lado, la modernización en la alimentación a través de la producción de comida enlatada, la máxima expresión de la liberación doméstica del *american way of life*, tampoco según este autor gozaron de una aceptación masiva, pues como destaca una de sus entrevistadas “en aquel entonces era todo natural, hecho en casa y fresco” (p.173)

Tampoco se trataba de mujeres que habían conocido las ventajas o padeceres del trabajo remunerado para luego ser convocadas a volver a las casas, por el contrario mi abuela era dueña de casa de toda su vida y con orgullo, al igual que su madre, no era una obrera sin trabajo o una profesional universitaria obligada a mantenerse en el hogar. En Chile las mujeres de clase media – pensada como la clase obrera ascendente- quizás hasta el final de la dictadura de Pinochet consideraban el trabajo como el destino de mujeres mal casadas o necesitadas<sup>13</sup>. Hasta ahora el trabajo femenino se piensa en términos muy similares a las discusiones decimonónicas en torno al salario familiar: las mujeres trabajan porque el salario de los varones no alcanza para cubrir las necesidades del hogar.

Por otro lado el psicoanálisis, la psicología y la psiquiatría también fueron parte de estos regímenes de traducción y de ahí la dificultad de marcar los límites de cada uno y hablar mejor de un *campo psi* pues por un lado el psicoanálisis sufrió una suerte de psicologización, especialmente través de las universidades en que por un lado, se ampliaba a esferas que rebalsaron la consulta privada, el diván y los institutos psicoanalíticos para transformarse en una especialidad clínica, por otro, la psiquiatría asumía las categorías psicoanalíticas y finalmente la psicología salía de los laboratorios para asumir la práctica del diván y etc. Todo esto, como se analizó implicó, no solo nuevas corrientes al interior de cada una de las disciplinas sino más bien la transformación de la misma identidad de las ciencias y disciplinas *psi*, tal como se venían desarrollando hasta las guerras mundiales así como la formación de nuevas superficies de emergencia tanto de discursos, como de objetos, reglas, etc

#### *De historias a ficciones psi*

Pensando en esto y después de cuatro años de investigación, cabe preguntarse ¿cómo re-escribir una historia de las ideas *psi* desde una perspectiva que interrogue tanto por los múltiples lugares de las mujeres en la misma teoría, pero por sobre todo que tenga en cuenta su propio lugar como discurso disciplinario en la cultura, es decir que la misma psicología sea pensada como un objeto cultural y como resultado de traducciones culturales?, ¿cómo escribir una historia de la psicología desde una perspectiva que interrogue también a la historia de las representaciones culturales de las mujeres y con ello de la misma psicología?, ¿cómo escribir una historia de la psicología no para descubrir objetos muertos, desenterrar laboratorios y cadáveres de científicos muertos, sino para que nos ayude a pensar el presente y nuestras propias prácticas de representación de la subjetividad?, ¿como a partir de una crítica historiográfica a la historia de la psicología, es posible inscribir una crítica cultural a la sociedad de mercado?

---

<sup>13</sup> En Chile según el último Censo 2002, la participación laboral femenina (mujeres más de 15 años) representa un total de un 35,6% en cambio la participación laboral masculina es de un 70 %. Si se compara la situación de las mujeres respecto al Censo de 1930, la tasa de participación no muestra una evolución significativa pasando de 9,5% a este 35,6%. (Fuente [www.ine.cl](http://www.ine.cl))

Pese a los intentos taxonómicos tan propios de la academia, de hablar de una primera, segunda y tercera ola del feminismo -cada uno con sus objetos, preocupaciones y teorizaciones particulares- es claro que este giro hacia los mediadores imaginarios y simbólicos a través de los cuales pensamos la condición y la historia de las mujeres, lejos por dar por superados las preocupaciones por la igualdad, la exclusión, la pobreza, la distribución desigual del trabajo doméstico, etc ha abierto nuevas posibilidades a la crítica feminista para pensar esas mismas problemáticas desde otros marcos teóricos, metodológicos, y retóricos quizás más complejos, que asimismo incorporan nuevas dimensiones de los diagramas del poder, como la pregunta por la construcción del cuerpo deseante en las fronteras tecno-psico-sociales de la producción de la desigualdad. Al principio de estas conclusiones hablábamos de una erótica del poder, acá se trataría entonces de cómo incorporar lo erótico en el poder.

Este interés ascendente por analizar los mecanismos por los cuales el discurso disciplinario *psi* se instala en el campo de batalla de las luchas por la definiciones culturales de la identidad -sexual/racial-, especialmente las fuertes críticas deconstructiva de las nuevas prácticas de representación corporal inducidas por perspectivas subalternas tan múltiples como la pospornografía, el ciber-arte, el body-art, el teatro del oprimido, la contrapsicología, etc- muestran que el cuerpo, sus deseos, goces y elecciones son lugares no tanto constituidos como si constituyentes y un medio por donde las resistencias se encarnan y se transforman en lugares instituyentes de lo impensado e inadvertido, pues es claro que ninguna racionalización puede tener una influencia total sobre el cuerpo ya que, en el seno mismo de la reproducción de la corporalidad, existe la creación.

Estas perspectivas asimismo, especialmente las desarrolladas en Latinoamérica, se han elaborado en base al cuestionamiento de ciertas lógicas de pensamiento que han dominado el campo de los estudios y las luchas feministas, como es la dicotomía entre igualdad y diferencia, y también, el abandono de una práctica de conocimiento basado en límites disciplinarios *claros y distintos*.

Por el contrario, el esfuerzo de *de-sujeción* que inspiró este trabajo, apuntó a desafiar aquellos bordes disciplinarios que asimismo fijaban ciertos modos de conocimiento y de escritura en torno a las ciencias sociales o a los estudios culturales y del arte, reservando el primero a la producción de papers científicos y los segundos al ensayo filosófico. Dentro de estos estrechos márgenes que la disciplina psicológica me había proporcionado durante mis años de formación y práctica profesional y docente -márgenes que eran preciso de correr- es que el intento de este trabajo fue pensar la historia de la psicología desde otro lugar, no desde una *historia de los historiadores* (Foucault) o pensada como un “laboratorio de la epistemología” sino que, desde sus ficciones y representaciones, desde sus procesos de significación cultural y estilización, para elaborar nuevas ficciones, no más verdaderas, sino que “mejores” (Haraway, 2004).

Desde mi perspectiva interrogar/se sobre el lugar de la psicología y el psicoanálisis en la producción de ciertas -y no otras- representaciones y discursos sobre los múltiples deseos de las mujeres no necesariamente implicaba posicionarse en uno u otro lugar (en las ciencias sociales o el arte), bajo lo que Foucault llamó una *moral de estado civil*, por el contrario, se trató de subvertir dicha moral para navegar en los mares de la promiscuidad teórica y fundamentalmente en la promiscuidad disciplinaria. Así se intentó, continuar y darle un nuevo significado a las preocupaciones que



tradicionalmente se han visto localizadas en el campo de las ciencias sociales y en las perspectivas de la igualdad, como la desigualdad económica, la explotación del trabajo doméstico, el cuidado, o la exclusión de las mujeres en la vida pública o en la práctica científica, y que sabemos fue un tema que de alguna u otra manera marcó la identidad del sujeto político del feminismo académico hasta el siglo XX y que permitió elaborar una certera crítica a los modelos de desarrollo, ciudadanía y sociedad de la modernidad-capitalista. Y por otro, insertar estas preocupaciones en un punto de vista que pretendía sumergirse en el plano de la cultura popular, en el orden de la significación y la producción del sentido.

Esto implicó una sospecha acerca de los modos que desde la psicología se ha pensado el sujeto mujer, una sospecha que surge desde la misma lectura del género como *performatividad* (Butler) pero también como *ecología política* (Preciado) y que nos inducía a pensar que la psicología no habla *sobre* mujeres, sino más bien *realiza* a las mujeres, pues efectivamente la psicología produce y modela la experiencia de una interioridad y de un yo sexuado. El caso de lo *psi* de posguerra era clave a la hora de pensar en nuestra contemporaneidad psicológica, pues ella también era resultado del proceso de modernización que impulsó el fin de la Segunda Guerra Mundial y que esta vez la alejaba de un modelo psiquiátrico orgánico o centrado en el ambiente/nación a un modelo que invocaba un orden privado y principalmente centrado en la relación entre psicopatología y crianza. La genealogía de dicha privatización del yo nos conducía al nacimiento del mismo psicoanálisis pero era claro que el campo *psi* actual le debía más a la APA, a la OMS, al Instituto Tavistock que a Freud, llevándonos a algunas certezas provisionales, acerca de cómo las múltiples formas que adquirieron las relaciones económicas (trabajo) como las de dominación (poder) en la guerra fría, se tradujeron en fuerzas reproductoras, pero también en fuerzas creadoras que pusieron en juego, en toda su espectacularidad, los diversos modos en que se ha intentado producir y regular el deseo femenino, especialmente a través de los ideales del yo fabricados en los laboratorios del discurso *psi*.

Este carácter performativo de la disciplina psicológica y su marca cultural nos induce a pensar ahora, al *amor de madre* en medio de una serie de interfaces entre elementos diversos, que se producen y actúan simétricamente, figuradas en una red de conexiones parciales e inestables y en que la pregunta por la causalidad, pierde su sentido. Si la ciencia es una institución cultural, es decir no natural y el *amor de madre* también, entonces era preciso analizar sus relaciones desde una lectura simétrica en que cultura y ciencia estuvieran en el mismo plano, sin una lógica causal centrada ni centralizante.

#### *Producción deseante*

Este trabajo nos condujo a una sociedad de consumo que emerge con la Segunda Guerra Mundial y que se hizo posible por la puesta en escena de la producción deseante, es decir por la producción sistemática y multidimensional del deseo de consumo y felicidad que desde lo *psi* es posible de lograr por medio de la modificación y regulación de la propia conducta. En el caso del consumo doméstico, estuvo vinculado a la identificación de las mujeres a los estilos de vida que las tecnologías literarias proporcionaban: los manuales de expertos, las revistas de decoración y arquitectura, etc, que modelaban el estatus de moderno de acuerdo a las lógicas del *american way of life* y la adquisición y uso de las tecnologías.

Advertimos que las formas de sujeción de los individuos de la posguerra estuvieron estrechamente relacionados a la producción e intensificación de deseos, ansiedades, miedos es decir emociones, y una dispositivo de sujeción que tuvo como centro neurálgico la propaganda y la publicidad masiva, unas prácticas en el que se articularon eficientemente el saber de la psicología -que deviene publicidad- la economía pos industrial, las emociones y la voluntad. También advertimos que estos deseos se desplegaron en medio de una subjetividad epocal, cruzada por el miedo intensificado por los medios de comunicación, del ataque del otro (comunistas, extraterrestres, marx-c-ianos, espías, homosexuales, etc) .La producción de valor en el capitalismo contemporáneo, se vinculó a partir de las guerras mundiales, con la producción de toda una esfera íntima, emocional, muy vinculada a la publicidad y que Illuz (2007) llamó *capitalismo emocional* y que la psicología laboral fue nombrando como competencias personales, motivacionales, transversales, etc, cuestión que nos permiten explicitar por un lado, las formas que adquirió la demanda por los saberes de la psicología por parte de las organizaciones empresariales y productivas, y por otro, el interés por parte del Estado, por regular las relaciones afectivas, especialmente, las inscritas en el ámbito familiar, para redefinirlas desde una nueva *comunidad imaginada* que esta vez desplazaba los límites del proyecto nación y lo ampliaba a una nueva zona, intersocial entre la familia y el orden mundial.

A la vez que el modelo fordista introdujo dentro de sus cálculos, la vida personal y emocional de los trabajadores, el Estado fue desplazando el foco de atención del control punitivo de las actuaciones de las familias respecto a las normas jurídicas y sanitarias bajo el modelo de una policía sanitaria, a la regulación de las relaciones afectivas entre sus miembros y la vida personal en términos de deseos y motivaciones y en el que el *amor de madre* adquirió una presencia fundamental.<sup>14</sup> Los trabajos de salud pública de Horowitz en Chile (1960), muestran como la medicina y la psiquiatría, en varios lugares del mundo aceptaban tempranamente las tesis de Bolwby y que esta rápidamente se erigió como un elemento de la gubernamentalidad en la crisis del modelo industrial- organicista. Esta estrecha relación entre afectos, productividad y consumo para las ciencias sociales implica actualmente una profunda crítica epistemológica y metodológica, e impone ciertas rupturas de los límites de un modo de pensamiento sobre los fenómenos de la subjetividad encuadrado en un modelo causalista y binaria que opone lo social a lo psicológico, o que va de lo social a lo psicológico, o que piensa que la psicológico es un epifenómeno de lo social o que prefigura y ordena ciertas fenómenos en categorías a priori, como micro o macro, cada una de ellas funcionando de forma independiente y bajo la jurisdicción de disciplinas específicas, o modelos que sitúan la producción deseante y la circulación libidinal en una esfera intrapsíquica y resultado de las posiciones del sujeto en una mítica novela familiar, el Edipo, pensada como una estructura que apela exclusivamente a la interioridad del sujeto.<sup>15</sup>

Por el contrario, lo que aquí se intentó hacer fue poner en juego un modelo y una mirada compleja de tipo caleidoscópica que fuera más allá de las fronteras disciplinarias o simplemente las desafiara, y en donde la dicotomía entre lo económico, social, lo tecnológico, lo cultural y lo psicológico se disolvieran o por lo menos, se apuntara a su disolución. La propuesta se situaba desde la convicción

<sup>14</sup> Sin desconocer por cierto a las políticas macartistas dirigidas a perseguir la homosexualidad.

<sup>15</sup> Un imaginario que ha permeado la cultura popular actual tal como se muestra en la reciente película de Disney *Intensamente*.

que el *amor de madre*, no podía ser pensado exclusivamente en los avatares de una feminidad o en un Edipo trascendental, doméstico y aséptico, por el contrario se intentó demostrar que este amor de madre por un lado, iba a remolque de las transformaciones históricas y por otro, era resultado de la articulación de una serie de dispositivos que apuntaban a múltiples direcciones como el cine, la psicología, la publicidad, las tecnologías domésticas, las políticas de bienestar, las políticas macartistas, el discurso feminista, el laboratorio de Bolwby, etc

Así se llegó a la conclusión de que el modo específico de esta construcción social de lo materno era un modelo de vórtice en el que se reunían elementos conservadores como modernizadores y en que la apropiación de los bienes de consumo devino una experiencia subjetiva en las que se desplegaban emociones, nuevos conocimientos y una voluntad para adaptarse a los nuevos hábitos y estilos de vida. En la investigación todo apuntaba a que el proceso de modernización de los hogares aquí como allá, se había forzado desde una perspectiva conservadora y re-familiarista. La preservación de las identidades sexuales que proponían la propaganda anti-homosexualidad convivían con las propagandas de objetos electro-domésticos, que flexibilizaban y actualizaban los roles de género para que la familia pudiera adaptarse a los nuevos tiempos, sin producir modificaciones sustanciales en la asignación de la división social del trabajo, es decir para que la familia cambiara para que todo siguiera igual. Se trataba de un imaginario de madres modernas, tecnificadas y preocupadas de estar a la moda, de padres proveedores afeitados e higienizados por la ciencia y de niños y adolescentes con un mundo interior propio, a quienes habría que comprender, tolerar y satisfacer.

Todas estas circunstancias requerían asimismo de nuevos ámbitos donde poder desarrollarse: los espacios del hábitat moderno también debían cambiar, pero no estructuralmente, sino mediante operaciones e incorporaciones objetuales que se regían por principios de funcionalidad y que apelaban a imaginarios y representaciones de la vivienda centrada en la estética y en el placer (el *california dreams* de la arquitectura moderna) como novedosas fachadas de un nuevo buen vivir, en que el imaginario de protección de la vivienda industrial se mezclaba con las ansiedades de la guerra fría, con cierta ética del confort, con la electrificación de la vivienda, etc y en cuya construcción participaron activamente los medios de comunicación, las exposiciones y revistas de decoración y artículos para el hogar. Es claro que especialmente en Latinoamérica, la liberación de la mujer no tenía que ver con el acceso a la educación superior, al mundo público, o el relajamiento de las costumbres sexuales, etc sino la modernización fue el resultado de la expansión económica y tecnológica de EE.UU. Como analizamos se trataba más bien de una aparente liberación en el espacio doméstico respecto a las tareas de cuidados, que supuestamente permitiría desarrollar el ocio y otras novedosas actividades domésticas –la decoración por ejemplo o la lectura de consejos de expertos-, cuestión que claramente tampoco fue así, pues la diversificación generó nuevos hábitos de higiene y por lo tanto nuevas prácticas de sostenimiento de la vida que demandaban más tiempo y asimismo mayores conocimientos.

### *Máquinas de ver*

Tal como vimos acá, la esfera visual que me interesó incorporar –los medios de comunicación, el arte, la propaganda - puso en juego tanto imaginarios, imaginaciones, percepciones, palabras y estéticas, como también cosas, es decir tecnologías, materialidades, etc. Un ejemplo de esta

síntesis fue la indagación acerca del rol que tuvo la máquina del cine en la producción de las verdades psicológicas, en lo que respecta a los modos de conceptualizar la niñez pero también en los modos de mostrar figuraciones naturalizadas sobre el crecimiento infantil y la función materna. Como se discutió, la máquina de cine no puede ser pensada solo como un dispositivo de representación, sino que también como el elemento que posibilitó re-pensar la infancia y la maternidad en medio de un proceso que podríamos llamar de *ciborgización* de la psicología, a través de los cuales estallaron las categorías y las distinciones entre lo humano-máquina y lo natural-cultural.

Las máquinas de cine muestran como lo *natural* se hace posible por medio de sofisticados dispositivos tecnológicos, es decir, que la naturaleza existe, pero como *apariencia* de natural. En la psicología del desarrollo esto supuso la producción de un nuevo objeto de conocimiento: una tecno-infancia, una tecno-crianza –tal como lo imaginaba Skinner y sus Air Cribs<sup>16</sup>- y con ello, una tecno-maternidad, enseñándonos que los aparatos tecnológicos participan activamente en la construcción de imaginarios epocales del cuerpo y la subjetividad por lo que la pregunta de si la maternidad es una cuestión natural o sintética pierde su sentido. Estas novedosas prácticas tecnopsicológicas que se iniciaron con la introducción de la máquina de cine, se presentaban como dispositivos que favorecieron el salto hacia un cuerpo híbrido (humano/máquina), permitiendo más que una mayor visibilidad de la realidad psíquica, una *visibilidad performativa*, una visibilidad que suponía de entrada y salida operaciones concretas de transformación de la subjetividad misma.

Como se intentó demostrar, el amor de madre, menos que un discurso centrado, con enunciados identificables que puedan ser analizados desde una lógica discursiva de la palabra, se asoció cada vez más una imagen reproducida industrialmente y en serie, más cercana a constituirse como objeto de los estudios visuales y culturales; con la modernización es como si el amor de madre se realizara en la imagen fotográfica o cinematográfica. Siguiendo a Foucault, el amor de madre instituye su propio régimen visual o escópico, en que lo visual proporcionó una táctica alrededor de la discursividad psicológica y proveyó de una base para una verdad que no era meramente un efecto de un régimen discursivo específico, recordando con ello que visualidad, verdad y evidencia provienen de la misma raíz.<sup>17</sup> Los teóricos del apego muestran que las palabras no son más medio

---

<sup>16</sup> El Air Crib, es una cuna tecnológica inventada por Skinner en la década de los 40's. El diseño de esta cuna permitía el control de la temperatura y la humedad, reducía el ruido del exterior y sus paredes de cristal transparente permitían que el bebé fuera observado desde el exterior y viceversa. En contraste con la caja de Skinner, diseñada para propósitos de facilitar el aprendizaje por condicionamiento, la air crib más bien se orientaba hacia objetivos básicos de optimización de la esfera doméstica. En primer lugar, perseguía facilitar las labores asociadas con la crianza y el cuidado del bebé, ya que la cuna reducía la cantidad de ropa para lavar. Pero, también, proveía un ambiente agradable para el/la bebé a la hora de dormir y prevenía las irritaciones del pañal e incluso algunos accidentes que ocurren en la cuna y desde ésta, como caídas, o mordidas a la cuna en la etapa de dentición y otras- La revista *Life*

<sup>17</sup> En *Prefacio a la transgresión* (1996), Foucault liga la tradición de la filosofía especulativa, o lo que llama "la filosofía de la reflexión", con el sujeto creado por el privilegio de la visión. El gesto de Bataille, consiste entonces en minar el conocimiento filosófico especulativo de la verdad en un sujeto producido por la fantasía de una visión pura, inmaterial, poniendo en su lugar un ojo violentamente exorbitado. El resultado fue desenredar la filosofía de su dependencia de metáforas visuales de claridad y transparencia. También ver Georges Bataille (1998) *Historia del ojo*.

de certeza epistemológica que las imágenes, y que tal como nos enseñó Lacan, hay cierta autonomía de las imágenes que modelan la experiencia de la corporalidad.

Si bien desde el arte cristiano y las múltiples figuraciones de la maternidad católica pasando por el impresionismo de la sociedad industrial, la madre era un motivo recurrente, lo cierto es que la maternidad moderna inscrita en el proceso de modernización le debe profundamente a la publicidad, la madre a diferencia de la iconografía cristiana en que María sostiene al niño o del impresionismo en que se intenta capturar una sensibilidad o un atmósfera materna, con la publicidad se asoció inmediatamente a una práctica del consumo, a las labores domésticas, a un cuerpo anoréxico, paradoja del imaginario del cuerpo materno y curiosamente, presentado, a veces, sin la presencia de los hijos, apelando al estatus de individuo autónomo-consumidor del orden liberal. De ahí que pareciera que el niño- el elemento lógicamente complementario de la madre- de la iconografía clásica se ve desplazado por la lavadora, la juguera, etc

Por otro lado, como analizamos el cuerpo de los niños blancos y bien alimentados de Gesell, exhibidos en los años 30's, 20 años después, en el momento de la posguerra, deviene en un cuerpo extraño y ominoso, no tanto traumatizado como si traumatizante, un poder constituyente que en su carácter de Gestalt logró apelar a aquel rasgo humano que Lacan nos mostró, a través del concepto de estadio del espejo como formador de instancia psíquica: la atadura de lo humano al efecto estético como libidinal de la virtualidad de la imagen especular; por medio de la cual "podemos llegar a adquirir la ilusión de un ser unificado y coherente" (Haraway, 2004,p.211).

Bajo esta potencialidad del esquema visual, es que las cámaras psicoanalíticas lograron saturar de visualidad los conceptos que se querían canonizar, siendo esa visualidad una de las condiciones de posibilidad de que las teorías *psí* se erigieran como verdad de la maternidad. La conexión imagen-palabra transformó las imágenes en hechos reales, evidentes, mostrando que el régimen de verdad que se instalaba en la psicología del siglo XX, se sostenía a condición de introducirse en la nueva visualidad de la ciencia (Ihde, 2002) cruzada por la hegemonía del espectáculo (Debord, 2012). Así ciencia y espectáculo rodearon los contornos de lo *psí*, una ciencia con una experiencia inmediata de ser protagonista de la hecatombe nuclear y un espectáculo de mujeres solas y niños muertos, desfigurados, evacuados, abandonados.

La Segunda Guerra Mundial asistió a la emergencia de una infancia y una maternidad ciborgizada que demandaba no sólo su propia reinención, sino también la del cuerpo que la sostenía. Así como el cuerpo pasó a ser parte de las redes cibernéticas del control y la programación militar a través de las ciencias de la información, también lo fue de la industria visual, por medio del cine, posicionándose como uno de los marco de intelegibilidad de la corporalidad psicológica de la posguerra. Esta ciborgización de la psicología, modificó los rasgos fundamentales del conocimiento de la infancia de los periodos anteriores, y en la que el componente tecnológico fue definiendo la realidad del crecimiento infantil y la evolución humana hasta modificarlas profundamente.

Este modo cinematográfico en que se expresó una parte de ciborgización de la psicología se acompañó de otras tecnologías, esta vez no de representación, sino que de intervención del cuerpo mismo: las cirujías estéticas y re-constructivas inventadas para reparar los cuerpos de posguerra- así como las cirujías de cambio de sexo como las estéticas. Estas supusieron una programación

sexo/ género atravesada por una estética proteica que anunciaban el advenimiento de una cibercultura que marcaría nuestros modos de construir y de-construir las identidades.

La hegemonía de la psicología en los procesos de tecno-modificación sexual, a través de la invención de criterios diagnósticos en formas de códigos numéricos, modificó la sustancia de las técnicas con la cual se llevaba a cabo la normalización sexual. El desplazamiento que va, en apenas medio siglo, del electroshock, al condicionamiento aversivo, a la terapia, a la autoayuda, al fármaco y de estas al tratamiento hormonal, muestra una proliferación espectacular de técnicas normalizadoras que comienzan a actuar en diversos niveles del cuerpo, a nivel orgánico como micromolecular, para acabar en una naturalización de los artificios instalados o implantados en el sujeto y en que las máquinas macro y micromoleculares estetizaron la sexualidad y la identidad. Re-establecer de forma compulsiva la coherencia entre el sexo y el género y marcar binariamente la diferencia sexual, no sólo supuso desplegar estrategias de gobierno en clave normal/anormal, sino que además, traducir esa clásica bipartición en términos de sufrimiento, que pasó a ser un eje clave en la deficiencia de la patología. La normalización y el control comienzan a actuar a través de la certeza de un mundo interno que reclamaba reparación, instalando con ello la idea de un *homo sufriente* que necesitaba cada vez más altas dosis de psicología e interioridad.

Pero a pesar de este *homo sufriente*, en sí misma la psicología se erigió como el antihumanismo “mas consecuente” (Tiqun, 2002) del siglo XX, en que la razón tecnológica comenzó a ser “pilotada” por la racionalización sin límites, denegando todo lo que escapara a la regulación, controlando las fluctuaciones por medio de una síntesis de aparatos, hipótesis y verdades en el que se logró sintetizar la gestión biopolítica con la individuación y la corrección disciplinaria.

En este punto es necesario agregar que los trabajos de Money así como su invento, la cirugía genital re-constructiva, fue ampliamente publicitada en los medios de comunicación estadounidenses, transformando la figura de Money en una figura casi cinematográfica, en un nuevo dios hollywoodense de su propio espectáculo, protagonista de un total y radical exhibicionismo del poder de la ciencia para cortar, pegar, armar y desarmar la corporalidad y la sexualidad. También Bowlby se posicionó como un experto gracias a los medios de comunicación, que se erigieron como un nuevo instrumento de divulgación de los resultados y por medio de los cuales, estos lograron transformarse en recetas sociales y en los parámetros para la producción de un determinado estilo de vida y un sujeto normal.

Pensemos que, tal como analizamos en el capítulo sobre las políticas del miedo durante la guerra fría, esta época fue clave para pensar en lo que Braudillard propone como el desplazamiento de la representación a la simulación, provocando la disolución misma de los límites entre el signo y lo real, entre el signo y el referente. La “hiperexpresividad” de la segunda guerra mundial, logró capturar las experiencias y en la posguerra, los recuerdos en torno a la guerra, hacia un futuro lleno de promesas de abundancia y progreso, pero en que la destrucción total era inminente. La televisión a la vez que se transformó en un objeto que reunía y se incorporaba a la familia funcionó como un dispositivo de producción de la verdad, un cuarto poder por medio del cual las ideas *psi* lograron alcanzar cierta hegemonía en relación a la crianza y al desarrollo infantil y asimismo vincular sus hallazgos con objeto de consumo que a la vez fueron formateando las mismas prácticas de crianza. La sociedad de consumo hizo que fuera inconcebible la crianza sin la compra de objetos y los consejos de las

revistas de diseño, sin la “necesidad” de un cuarto propio para cada hijo, a pesar de que para una buena parte de la población dichas arquitecturas eran un lujo y una imposibilidad. El nuevo mercado de la infancia así como de la crianza y su publicidad, se tornaron en los referentes discursivos y visuales para una forma determinada de intersección entre la diferenciación sexual y la diferenciación generacional, diferenciaciones que se impusieron como códigos normativos de la sexualidad, de los afectos, del cuerpo y el crecimiento, dejando fuera expresiones y distancias corporales que expresaban la multiplicidad de formas que asume la organización del género y la edad.

La modernización y el consumo cambió sustancialmente las formas de habitabilidad tradicional, rural y popular que fueron pensadas como formas de vida llenas de imaginarios negativos y ominosos, sexualidades desatadas, incestos, desorden corporal, etc canonizando como una verdad natural la sexualidad conyugal y sometida a las fronteras de la moderna y electro-confortable alcoba marital.

La emergencia de la sociedad del espectáculo y de la simulación, suponen actualmente interpelaciones profundas a las ciencias sociales y a sus categorías de realidad, identidad, fantasía y alucinación, etc pensadas como formaciones viso-imaginarias pues si además seguimos a los teóricos del posfordismo, las nuevas formas de producción de riqueza así como los aparatos de sujeción, se despliegan en el orden de lo que Berardi (op.cit) llama el semiocapitalismo, es decir el capitalismo fundado en el trabajo inmaterial y en la explosión de la info y emo-esfera. No es fortuito que este principio inmaterial y virtual de la economía post-fordista – en el que podríamos incorporar la concepción de capitalismo emocional-, venga acompañada de un discurso *psí* sobre el cerebro, que por un lado nos muestran una realidad concreta y palpable, pero por otra, altamente virtualizada. Las representaciones visuales sobre el cerebro aluden directamente a los modos en que la simulación, liga unívocamente significantes con significados y en que el cerebro se vuelve no la base o el principio material de la mente, sino que se transforma en su equivalente ontológico.

### *Foucault y el feminismo*

En este esfuerzo de de-construir dichas equivalencias así como la misma equivalencia sexo/género, es cuando cabe la pregunta por el autor que sirvió como “rejilla metodológica” para responder a las preguntas que este trabajo se planteó. Una rejilla metodológica que en el pensamiento feminista no ha sido fácil de asir y que interpela acerca de las también evas modalidades de pensar la producción textual, en que se asume que el texto desborda al autor pues los significados que emergen de éste depende de la relación entre una propuesta y su recepción (Jauss, 1992)

Es consenso que los trabajos de Michel Foucault constituyen actualmente aportes reconocidos para las ciencias sociales, también es claro que su recepción en el pensamiento feminista no fue una cuestión sencilla ni menos una recepción unificada. Es cuestión de leer uno de los primeros trabajos feministas en los que se discute los conceptos foucaultianos: *Feminism/posmodernism*, un trabajo colectivo de destacadas y reconocidas teóricas feministas del mundo anglosajón. Este trabajo coordinado por Linda Nicholson, sin lugar a dudas constituyó uno de los referentes teóricos más importantes de la historia de las ideas feministas de las últimas décadas, cuya traducción al castellano se realizó inmediatamente después, en 1992. En este libro Nicholson incorpora cuatro trabajos dedicados a Foucault de los cuales, el más apasionado es el de Hartsock quien se pregunta de modo escéptico, si la teoría de Foucault es una teoría “para mujeres” (p.30).

Si bien mi interés en este lugar no es dar una respuesta a la pregunta que se formula Hartsock, creo que parte de la elección metodológica tuvo que ver de alguna u otra forma con esta pregunta, no en el sentido que apunta Hartsock, es decir no con la intención de buscar en el autor las respuestas a ciertas interrogantes de los problemas del género. Claramente los trabajos de este pensador no pueden ser inscritos como una “teoría para mujeres”, porque para Foucault una teoría no es nada más ni nada menos que una “caja de herramientas”, es decir un aparato que nos permite pensar, es decir elaborar preguntas más que certezas.

Leer este debate después de 20 años de relaciones del feminismo con el pensamiento de Foucault, ha implicado quizás la misma desestabilización de las certezas de ambas lecturas, creando las condiciones para la emergencia de un pos-feminismo que emerge como crítica a la misma modernidad de la cual el feminismo es su criatura. De ahí que las preocupaciones de *Feminism/Posmodernism* pueden ser pensadas actualmente desde un telón de fondo que en parte ponía en juego la tensión histórica que para estas feministas implicaba la posibilidad de permanecer en el pensamiento de izquierda, asumiendo las consecuencias epistemológicas así como políticas de un feminismo posmoderno puesto que para Nicholson y especialmente para Harstock, asumir la crisis de la modernidad implicaba una doble operación de rechazo: de la narrativa marxista de interpretación de la condición histórica de las mujeres y de la posibilidad epistemológica y política de una “teoría general” de la subordinación de aquellas.

Asumiendo que el abandono de la narrativa universalista no necesariamente implicó abandonar la fuerza subversiva y de-constructiva del feminismo y que en parte esto se resolvió a través de un *esencialismo estratégico* (Spivak, 2010), es que los nuevos desarrollos como ya señalamos, han proporcionado herramientas fundamentales para pensar en un des-centramiento del sujeto del feminismo y del sujeto mujer, en una lógica en que importa menos el quien somos y más, el que queremos llegar a ser (Bradotti, 2004). A diferencia de los debates en los años 90's, en el siglo XXI es una axioma que no hay nada sustancial en la categoría mujer, que esta es una identidad fabricada por los regímenes heterosexuales y que asimismo cada una de las mujeres somos resultados de las múltiples interseccionalidades que nos ha tocado padecer y gozar y que por lo tanto, somos sujetos móviles, contradictorios y múltiples.

A partir de Butler, pensar a “las mujeres” es caer en la cuenta que “las mujeres” no existen de modo anterior al discurso, ni a las prácticas no discursivas que las declara y que les asigna su función, y que el trabajo genealógico nos separa de un trabajo que inicia su movimiento desde un “privilegio del sujeto” que supone un sujeto origen de la experiencia, y nos conduce hacia una perspectiva en que nos importa más interrogar por sus dependencias, sus modos de funcionamiento, sus formas de inscripción en el discurso. Con esto, la categoría mujer se vuelve una posición y una función, una posición-sujeto de las múltiples que el discurso construye, efectos de prácticas materiales-discursivas profundamente situadas y entre las que destaca en la sociedad de la gubernamentalización de lo personal, el discurso *psí*. También como destaca Preciado, siguiendo a Foucault, hombre/mujer no son más que ficciones somatopolíticas, y que desde el feminismo se ubican como resultados de *pactos patriarcales* (Amorós, 1990) *contratos sexuales* (Pateman, 1995), y lo que Wittig (2005) llamó un *régimen heterosexual*, consistente en una pluralidad de discursos que producen e instauran heteronormas en materia de sexo, de género y de filiación.



De ahí que el intento de vincular el pensamiento metodológico de este autor con la crítica feminista, apuntó a otra a cosa distinta a comprobar si el pensamiento de Foucault era un pensamiento para las mujeres, a saber, de qué modo la lógica genealógica, pensada como el derecho de interrogar a la verdad y de interrogar la producción del saber -la producción de los sujetos y objetos de saber desde su exterioridad- nos podía ayudar a comprender la construcción de algunas cuestiones vinculadas a la producción social y científica de la feminidad desde la dimensión materna. Esto fue una oportunidad para pensar en los modos en que se constituye el mismo sujeto mujer dentro de los saberes dominantes y especialmente dentro de las ciencias y el campo *psi*.

A si mismo la voluntad genealógica nos condujo también, a preguntarnos y volver a los propios enunciados del feminismo, y que esas obras fueran leídas como archivos históricos. El enunciado de Millet “lo personal es político” se venia a mi mente, 50 años después, en un periodo en que el mundo cambió para siempre en la medida en que lo político claramente era desplazado por las “utopías privadas” de los sujetos que se comenzaron a pensar desde el plano exclusivamente personal. En este sentido cabía la pregunta por cierto agotamiento de la fuerza crítica de lo personal desplegado en los grupos de apoyo y auto-conocimiento que habían florecido en medio del enunciado “lo personal es político” en los años 70`s, dado que no era difícil percatarse que lo personal se había ido transformando cada vez más en fuente no tanto de subordinación, como si de adaptación, autocontrol y conformismo.

Desde este posicionamiento se trató de poner “lo personal” no cómo una dimensión abstracta, íntima, idéntica, fuera del tiempo y alejada de las prácticas de saber, al modo de una experiencia interior, depurada de historicidad y estrictamente individual y asociada a un yo autoreflexivo. Así como partíamos también de la base de que el género y el sujeto del feminismo no estaban preformados, había una hipótesis implícita de que lo personal tampoco lo estaba. A partir de este trabajo, lo personal, y siguiendo a Butler, al igual que el género, no era el horizonte desde el cual iniciábamos nuestro recorrido intelectual, sino el lugar a donde queríamos llegar, provisoriamente, y cuyo trayectoria era preciso explicar y narrar. De este modo “lo personal” se pensó como un vector en un triángulo de relaciones posibles en conjunto con el poder/lo político y el saber.

Hoy cuando pensamos o “leemos como feministas” (Fuss, 1989) acompañadas de este “amante ocasional” con la cual Fraser (1992) define la relación con Foucault el enunciado “lo personal es político”, equivale a reconocer que gran parte de lo que entendemos por “personal” está íntimamente ligado a la historia de ciertos saberes que han hecho de lo personal un objeto de estudio y de intervención disciplinaria: la psicología y el campo *psi*, y que en tanto dispositivos que se ofrecen actualmente como únicos o privilegiados modos de intelegibilidad del si mismo, dan forma a la experiencia epocal, de lo que llamamos lo personal.

Pensar el enunciado de Millet “lo personal es político” desde esta perspectiva era caer en la cuenta entonces de que no se trataba de confrontar la naturaleza/privado a la cultura/público, no se trataba de una preocupación antropológica, sino que, de una preocupación ontológica tal como lo afirma el conector *es*; se trató entonces de situar en el mismo plano de explicación eso que las mujeres han experimentado regularmente en el transcurso de la historia, es decir lo personal, el saber y el poder.

También este giro tenía que ver con cierto malestar y alejamiento de una interpretación mainstream y generalizada de la frase de Millet que cada vez más se acomodaba a algo así como “los problemas

personales o la vida doméstica tienen la misma importancia que los problemas políticos o públicos o del estado” que era por lo menos en Chile, la interpretación dada por el feminismo de estado; por el contrario, pensar foucaultianamente esa equivalencia ontológica era pensar en cómo esos problemas personales que adquieren una identidad formal en la teoría de Millet a los problemas políticos, se han ido construyendo no como esferas separadas sino que entretreídos, armados y desarmados y más aún, que era lo que más interesaba, que dicha separación era el resultado de una operación histórica de la modernidad y que para el caso de las mujeres, Varela (1997) lo situaba como un resultado del mismo *dispositivo de feminización*.

Desde esta perspectiva el pensamiento de este autor en el triángulo propuesto aporta herramientas analíticas en el debate actual feminista y entre las cuales la más relevante es sobre los efectos de reificación y homogeneización que implica el uso de la categoría mujer y la desatención a otros dispositivos de poder que afectan de manera diferenciada a las mujeres. En este sentido no bastaba con ampliar la categorías para acoger “lo diferente”, sino interrogar por las políticas de conocimiento que producen la *diferencia femenina* como una certeza inscrita en el discurso psicológico, vale decir por las condiciones de aparición, modalidades y efectos de poder de un conocimiento sobre las mujeres que si bien a veces se constituyen por una voluntad política de transformación –por ejemplo en el caso de una cierta psicología con perspectiva de género-, al hacer consciente sus efectos de poder, no era difícil darse cuenta de que dicho conocimiento de alguna u otra forma ha posicionado a las mujeres de una forma extraña y contradictoria, por un lado, sentando las bases para una serie de transformaciones sociales que han ampliado la ciudadanía para las mujeres, pero produciendo una serie de demandas que han naturalizado formas de explotación bajo el ideal de mujer moderna y el eufemismo de la conciliación vida laboral/vida familiar y por otro, perpetuando las posiciones de subalternidad de las “otras” mujeres, las “otras inapropiables” de Haraway que no calzan en la categoría de mujer, blanca y de clase media a partir del cual el relato de occidente como el feminista -y especialmente el de estado-, fue construyendo su teorización y su práctica.

Tal como como vimos la crítica histórica es menos confrontar a las mujeres occidentales con las no occidentales creando ficciones y diferencias homogéneas y esencialistas como si interrogar como la misma identidad nacional y el nuevo orden mundial S.A (Haraway, 2004) se fue erigiendo a partir de diferenciaciones de clase, género y raza y que en el contexto de la globalización, las diáspora y la división internacional del trabajo (Spivak, 2009) dicha distinción está particularmente enredada en los procesos de exclusión o integración pos-colonial.

### *Genealogías feministas*

Otra cuestión que me interesa destacar es la forma en que este trabajo se inserta dentro de las mismas ideas feministas y su práctica opositiva. Sin lugar le debe mucho a Betty Friedan y su *Mística de la feminidad*. Recordemos que el trabajo de esta pensadora aportó un certero diagnóstico de la condición de las mujeres en la década estudiada. *La mística de la feminidad* fue el archivo, pensado como una pista, el trazado por donde buscar ciertas respuestas que la función social de la maternidad contemporánea interrogaba. Una genealogía respecto a sus ideas y de las preocupaciones que a ella le aquejaban, pues Friedan fue testigo y protagonista de toda las transformaciones económicas, sociales y culturales que impulsó el fin de la Segunda Guerra Mundial

y su obra es un registro profundo y detallado, un archivo de la condición de las mujeres blancas de clase media en el país del *just do it*.

Pero a la par que este trabajo seguía la hipótesis de Betty Friedan, también se alejaba, en el punto en que la reconstrucción histórica permitió ampliar la mirada y afirmar algo que ella no sabía: que esa mística de la feminidad y ese adoctrinamiento femenino a través de la propaganda de artículos domésticos y el discurso de los expertos, era parte de una maquinaria de guerra que comandaba los tiempos de paz, mucho más compleja que sólo la reconstrucción diacrónica dejaba ver. El lenguaje figurativo nos permite pensar que este alejamiento funcionó para nosotras al modo de un zoom de alejamiento, que a medida que avanzaba se iba descubriendo una red de entidades que eran infinitas y que se dirigían en múltiples direcciones, y que un recorte de aquellas permitió identificar al deseo y porque no, la voluntad de las mujeres calzando, no sin dificultades, con las ansiedades promovidas por la guerra fría y que ambas, se estrellaron con el régimen heterosexual. Un choque que asimismo fue capaz de producir toda una *comunidad imaginada*, una subjetividad colectiva, el *american dreams*, que se fue anudando al espacio doméstico y al de la comunidad del barrio posibilitando la aparición de una nueva retórica política que hizo inteligible el enfrentamiento de las potenciales mundiales (debates de la cocina) así como los imaginarios culturales, en torno a la nación, la paz, el futuro, la seguridad, el bienestar y la modernidad y que en su despliegue fue capaz de romper las mismas fronteras que separaban el espacio público del privado, en un movimiento en que lo público sufrió todo un proceso de privatización y domesticación.

Recordemos que la obra de Friedan fue objeto de acalorados debates con las feministas negras. El error de Friedan según las feministas negras fue situar el hogar como espacio exclusivo de domesticación femenina y elevar el trabajo asalariado como emancipación. Audre Lorde, una de las principales detractoras de las hipótesis de Friedan, intentó situar sus argumentos desde la memoria africana que emerge con la diáspora y siglos de esclavitud, para plantear que en las comunidades negras, el espacio doméstico se constituyó, al contrario del espacio doméstico blanco de clase media, como un espacio de liberación y comunidad frente a las condiciones de explotación del trabajo esclavo en los campos y desintegración de los lazos sociales de las comunidades esclavas.

A partir de esta investigación es claro que este debate adquiere un nuevo sentido, al considerar sus mismas condiciones de posibilidad y que nos lleva a pensarlo desde otro lugar, no desde el lugar de apostar por una verdad o de que si existe una condición femenina universal que es la perspectiva más usada, sino más bien de como el régimen hetero-capitalista de posguerra y la emergencia de la sociedad de masas y del consumo, articuló múltiples (y no sola una) formas de construcción y relación de las identidades coloniales blancas, mestizas y negras y que cruzó asimismo las lecturas de las mismas feministas situadas en posiciones diversas y que esa diversidad de posiciones fue un elemento central de la diversificación del *american way of life*. El problema a la luz de este trabajo entonces es, no es quien está en la verdad, sino como la verdad habitó en cada una de estas posiciones sujetos.

### *Psicología política*

Avanzando, la pregunta fundamental que motivó este trabajo, aludía a de qué forma se articulan y funcionan determinados dispositivos de saber/poder en la emergencia de un nuevo objeto de conocimiento en una ciencia en particular, especialmente en una ciencia atravesada por la búsqueda

de medios para alcanzar el estatus de cientificidad, y en un ámbito –la crianza- en que sus límites respecto a la no ciencia son confusos. Asimismo apuntaba a develar de qué modo la historia de las ideas *psí*, así como sus rupturas y transformaciones, nos proporcionaban pistas de las modalidades históricas que asumen los aparatos de sujeción del género y la sexualidad, de modo puntual los aparatos semióticos de la feminidad. Pero la indagación nos llevó también a los aparatos tecnológicos y materiales – tecnologías domésticas-, en otras palabras, nos llevó a pensar en las modalidades temporo/espaciales a través de los cuales se elaboraron y asignaron formas de subjetividad a cuerpos que la medicina signaba como cuerpos femeninos.

Con esto se intentaba articular la historia de la psicología con la historia de las mujeres, no en el sentido de dos relatos que se desarrollan paralelamente y en el que es posible visualizar ciertas “influencias” o ciertas líneas de confluencia. Se trató por el contrario de un gesto, en que dicha articulación tuviera por resultado una modificación tanto de la historia de la psicología como de la historia de las mujeres, situando la producción del saber de la psicología en una nueva esfera para su propia historia, en las prácticas mismas de lo que Foucault, llamó la anatomía política de los cuerpos y la sexualidad.

El recorrido elegido, fue buscar en la obra de Foucault aquellos elementos teóricos y conceptuales que me permitieran, dicho después de cuatro años de cuando comencé a pensar en el problema de investigación, “pensar de otro modo” la historia de la psicología y el psicoanálisis, a partir de una voluntad crítica que intentara romper con el relato histórico tradicional para centrarse en aquello que dicha historia había conjurado por décadas: las interfaces entre psicología científica y lo político, entre psicología científica y su exterioridad, o dicho de otra forma entre práctica científica y práctica social.

Pero más allá de indagar en los motivos o los mecanismos por los cuales se había excluido la dimensión del poder en el relato científico de la psicología, era claro que la relación que Foucault nos proponía entre saber/poder era clave en la historia de aquella, especialmente porque partíamos de la base de que la psicología y el campo *psí* es una tecnología de subjetivación y normalización propia de nuestro orden contemporáneo. También porque es heredera de las formas confesionales de pensar la guía de las almas –un modo de gubernamentalidad- así como de los grandes aparatos disciplinarios del orden industrial y del gran encierro, como el hospital, la cárcel y la escuela.

También como analizamos, a partir del siglo XX, el campo *psi* se constituyó rápidamente como un lugar de enunciación de los saberes dominantes en el combate por las representaciones acerca de la vida privada, lo cotidiano, lo generacional, la sexualidad, el género, el trabajo, la educación, la salud, lo humano etc. y también, en la forma de una pedagogía del yo. Este carácter regulador de lo que Donzelot (1998) llamó las *imágenes del yo*, situaba desde el inicio de este trabajo a la psicología como una práctica discursiva en la cual convergen una serie de demandas (como por ejemplo las de clasificar e intervenir a los sujetos), que asimismo se traducen en demandas hacia los sujetos de intervención, así como a los usuarios de servicios psicológicos que comenzaron por medio de lo *psí*, a buscar la felicidad.

Como nos enseñó Foucault, el saber, y el saber de la psicología, produce determinadas ficciones acerca de los sujetos, que como analizamos, desde la Segunda Guerra Mundial, se comienzan a construir desde la certeza de la existencia de un mundo interior, saturado de emociones y autónomo,

liberado de los lazos de compromiso y dependencia propios de las sociedades tradicionales o pre-industriales, y causa del deseo y la felicidad. Este *homo sentimental* fue un efecto visible de las nuevas estrategias de sujeción del capitalismo contemporáneo, y también, el mecanismo por el cual la psicología se erigió como un saber experto de la subjetividad. El *homo sentimental* fue también el punto de partida y llegada de los límites de la función y rol de la psicología en la sociedad, y de modo dramático en la definición de lo que pensamos por lo individual y lo social. La psicología a la par que defendía la existencia de un sujeto que se plegaba asimismo y que se pensaba desde el auto-desarrollo, el cultivo de yo, etc también hizo definiciones de lo social. Con lo *psi* lo social se transformó en el mejor de los casos en un conglomerado de vidas privadas y en el peor, como relaciones interpersonales o familiares.

También el saber/poder se expresaba en que la psicología era parte integrante de los modos en que se nombran las pasiones humanas. Sin lugar a dudas la práctica más importante de lo *psi*, es dar nombre y etiqueta a las cosas, conectar las palabras y las cosas. Con la emergencia de los manuales de clasificación, el campo *psi* creaba una voluntad cuasi divina de crear nombres, existencias y etiquetas para insertarlas en una taxonomía que ordenara e hiciera inteligible las experiencias de la enfermedad y el bienestar. En ese sentido, el amor de madre, especialmente con el trabajo de Bolwby, fue pensable en medio de los debates en torno a las deficiones sobre qué constituía la salud mental y como se llegaba a ella. De ahí que los teóricos del apego, a la vez que transformaban sus hipótesis en rígidas recetas sociales, operaban a un nivel más profundo, a un nivel político en que ellos se autoerigieron como los sujetos autorizados a establecer los “términos de la conversación” y el “rayado de cancha” acerca de las discusiones sobre lo normal, lo patológico, el vínculo y el amor.

Por otro lado, el discurso que instaló la psicología durante la posguerra fue abiertamente paradójal, pues por un lado, incorporó elementos claves del pensamiento ilustrado y liberal de la cultura estadounidense, para entender al sujeto y el fin de la cura: autonomía, libertad, autoconsciencia, reflexibilidad, etc, y por otro, pensó a ese mismo sujeto como atado a las normas de la estadística y la industria de los test. De ahí que el encargo social de lo *psi*, además de construir los caminos a la felicidad cada vez más se alineó a la creación de normas, normas de desarrollo, normas de bienestar, de la misma normalidad, y con ellos verdades sobre lo humano. Como nos enseñó el fotógrafo Edward Steichen y su exposición *The family of man*, nombrar lo humano es un acto fundador, un acto creador; nombrar lo humano es re-crear lo humano, dibujar los límites de lo humano. Y es esa paradoja es lo que hizo que el campo *psi* rápidamente se multiplicara y reprodujera en lo social con placer y goce, y no agotarse en un simple mecanismo de adaptación o coerción –como la psiquiatría decimonónica- y por lo tanto situarse como una estrategia biopolítica.

Pensando en estos elementos, es que a pesar de la insistencia de la disciplina de presentarse como una práctica de saber aséptica y autónoma de los procesos y transformaciones históricas, en la cual ella está borrada, con este trabajo se vuelve cada más claro que la psicología en tanto dispositivo de control social y tecnología de subjetivación propia del orden contemporáneo, ha participado de modo activo y contundente en la “construcción social de la realidad”, tal como lo hizo con el proyecto MK ultra y el rol que tuvo el Instituto Tavistock durante la guerra fría, planteando serias dificultades a la hora de establecer un “contexto” previo, una frontera de lo “no psicológico” en el cual la psicología se desplegaría como un hecho posterior.

Siguiendo a Canguilhem y Foucault, con este trabajo se trató de construir una concepción de la historia de la psicología y lo *psi*, que asumiera desde el principio, que el objeto de la historia de esta, no se hallaba solamente ligado a una ciencia o a un grupo de ciencias, sino que también, su devenir estaba estrechamente relacionada con la no ciencia, la ideología, la práctica política, el arte, lo social, etc, es decir, con su exterioridad pues como analizamos, su desarrollo reciente y especialmente su profesionalización, es deudora de la emergencia del estado de bienestar—el plan Beveridge en Inglaterra y el New Deal en EE.UU- y del rol hegemónico que adquirió la ciencia en la Segunda Guerra Mundial .

### *Psicología y tecnologías del género*

Ahora bien, el interés de esta investigación junto con aportar en la construcción de una historia otra supuso desde sus inicios la sospecha instalada por toda una tradición -minoritaria-feminista en el campo *psi*, de que la disciplina psicológica y psicoanalítica en particular, había estado estrechamente vinculada, a la historia de la exclusión de las mujeres como sujetos de saber. Como vimos, el *giro materno* y en definitiva la nueva querrela de las mujeres que se instala con la era nuclear, se hizo en medio de la expulsión de las mujeres psicoanalistas de la institución *psi*. Si bien esto es un asunto importante, el que me interesó destacar fue su lugar como saber con pretensión de verdad en la construcción social del género y la sexualidad y por lo tanto su definición como *tecnología de género* (De Laurentis, 2012).

Es claro que aquel *homo sentimental* que Illuz enuncia en sentido neutro, ha estado marcado por códigos sexuales y de género. En esta investigación analizamos como determinadas demandas hacia las mujeres como a las familias, resultaron en una producción compleja de sujetas psicológicas y en una elaboración acerca de las pasiones humanas como el amor, y que asimismo se expresó en nuevas entidades psicopatológicas. Los desplazamientos ocurridos durante el siglo XX en el campo de la psicopatología - de la histeria a la depresión, de la locura a la anorexia, del abandono infantil a la depresión anaclítica- dan cuenta de un espacio performativo en que la función de la psicología se puso en juego más allá de un simple proceso de patologización o medicalización del deseo femenino, esto es, más allá de pensar en clave psicopatológica una identidad y una esencia femenina ya dada.

Por el contrario, al igual que la institución religiosa había creado modalidades de feminidad (mariana), formas de confesión de la verdad de la feminidad, así como formas de cultivarla, la psicología también hizo lo suyo; construyó un modelo hetero-liberal de feminidad, inventó formas de confesión como la psicoterapia, y formas de cultivar el yo femenino, como la autoayuda y la lectura de manuales de expertos. Podría aventurarme a decir que la psicología, el psicoanálisis y el campo *psi*, quizás fueron el referente de la secularización de las identidades sexuales y de género de la sociedad occidental.

Si tal como apuntó Freud, los modos en cómo se piensa la psicopatología femenina, nos lleva por el pedregoso camino —que Freud llamó el continente oscuro- para pensar en aquellas esencias y definiciones acerca de lo que constituye la feminidad, es claro que lo *psi*, se erigió como un dispositivo privilegiado de producción de la feminidad que se desplegó a través de una voluntad de saber estrechamente vinculada a definir e instalar los límites de la diferencia sexual, para hacerla real, anclarla y encarnarla en un objeto material, como el cerebro o el sistema hormonal, que como

analizamos a lo largo de toda este trabajo de investigación, se aferró de modo preferente a la función social de la crianza y el cuidado de los otros, y que asimismo se hizo posible a partir del desarrollo acelerado de las tecnologías domésticas (tecno-cuidado) y las demandas de protección frente a un imaginario nuclear. En este sentido y siguiendo a Cixous (2004), no había nada de oscuro en la feminidad, por el contrario esta oscuridad era la condición necesaria para naturalizar prácticas históricas de exclusión y normalización bajo el paraguas de una feminidad pensada como desborde o ininteligible y excesiva, y que por esta misma naturaleza ontológica, era preciso gobernar y controlar.

Como explicamos desde el inicio de este trabajo la emergencia del apego como noción y tecnología de saber/poder, estuvo estrechamente vinculada a este control de la naturaleza femenina y a un reordenamiento del sistema sexo-género dirigido a restaurar la división sexual del trabajo que hizo crisis con la segunda guerra mundial (madres cuidadores y padres proveedores) y con la inserción masiva de las mujeres al mundo del trabajo. También fue una forma de incentivar la reproducción de las humanas en medio de la crisis demográfica de los países Europeos que participaron de la guerra. Así los trabajos de Bowlby dieron un fundamento científico, o mejor dicho una retórica científica, al eterno mandato de que las madres eran las encargadas del cuidado de los niños y que su presencia era tan vital “como las vitaminas”. Tal como apuntamos el apego permitió una respuesta biologicista y evolucionista a la pregunta de ¿quién debía cuidar a los niños y cómo? en un nuevo contexto tecno- científico en que cada vez más la ciencia desplazaba a la política en la definición de los problemas y los fenómenos sociales. En ese sentido la literatura creada por Bowlby intentó resolver simbólicamente las contradicciones sociales mediante una suerte de romance entre los protagonistas de su ficción, la madre y el hijo, siguiendo la misma estructura narrativa de las novelas y telenovelas, en que la lucha de clases se resolvía por medio del matrimonio entre sujetos de diversas clases sociales o raciales.

### *El objeto*

Cabe destacar que en la actualidad, igual que hace 60 años atrás, la teoría del apego y sus ficciones de complementariedad tecno-biológica, ha cobrado una fuerza inaudita y se ha transformado en un artefacto epistemológico por el cual se vincula de modo directo, la psicología a los ámbitos más desarrollados de la biología, como la neurociencia y la investigación hormonal. En medio de los enunciados que emergen en esta vinculación disciplinaria se trataría de un des-anclaje de la dimensión ambiental y moral del cuidado de la infancia, propia de las políticas de salud del siglo XIX e inicios del XX, para re-territorializar en la dimensión neuro-psico-hormonal de los afectos. Con esto se puede hablar de una segunda oleada *psico-cibernética* en que la *información*, deviene *fluidos de información* –sociedad líquida de Bauman- en que las lógicas de los flujos, lo efímero son los nuevos significantes despóticos que dominan tanto el funcionamiento de la producción como de la reproducción.

De este modo el apego pensado como un fenómeno biológico que es posible de potenciar a través de ciertas prácticas de crianza aún logra articular sujetas/proyecto nación (tal como se aprecia en los programas de estimulación temprana y apoyo a la crianza desarrollados por algunos estados occidentales) y una ciudadanía biológica (Rose, 2007) en que el acento de la política pública cada vez más se vuelve hacia un yo biológico-neuroquímico, quien a la vez se vuelve foco de gobierno

micromolecular, objeto de nuevas formas de autoridad y conocimiento especializado en el que se enlazan las “ficciones científicas” (Haraway, 2004) y los hechos sociales, y en que el cuerpo reproductivo de las mujeres, una vez más, se despliega como el territorio por excelencia de disputa, retóricas, gobierno y gestión. En este sentido, el psicoanálisis logró una repetición compulsiva, claro está con un nuevo aire democrático y liberal, de los intentos higienistas –en un neo-tecno-higienismo- de modelar el cuerpo femenino y situarlo en los vértices del sistema social como reproductor físico y simbólico del discurso dominante, del mismo modo que constituyó un ideario político del estado-nación que después de la guerra deviene Nuevo Orden Mundial y que apelaba a una utopía de paz, paradójicamente en medio de la era nuclear y la carrera armamentista. se despliega como el territorio por excelencia de disputa, retóricas, gobierno y gestión.

Con el psicoanálisis los intentos higienistas mutan hacia un tecno-higienismo- que modela los cuerpos femeninos según los principios del error cero, en que el control de cada acto, de cada pensamiento, de cada molécula que evite –más que castigue- los desvíos maternos se torna una preocupación de la política de gobierno. El rasgo biopolítico del apego actual es que se cruza con el pensamiento de la prevención en salud, que en el movimiento de *elaborar* explicaciones en torno al origen de la enfermedad mental a la vez y siguiendo a Butler, elabora “marcos de intelegibilidad”, es decir normas que gobiernan la intelegibilidad de un ser humano. Estos marcos permiten, especialmente a los profesionales de la salud mental, delimitar el mismo espacio de lo social, concretamente delimitar aquellos fenómenos que caben dentro de lo social y asimismo situar a los cuerpos femeninos como objeto de regulaciones que deben incorporar dichas normas para ser reproducidas en el gobierno de la familia. Como no enseñó Butler, la norma no es la acción que se quiere gobernar, de ahí que el género como norma se articuló a la maternidad como norma pensada como apego, sensibilidad parental, maternidad suficientemente buena –como lo pensó Winnicott- . También Butler nos ayuda a pensar que los cuerpos de las mujeres madres sea regulado no significa simplemente que estos queden bajo la fuerza exterior de una regulación, como un cuerpo pre-existente, por el contrario con este trabajo se intentó mostrar que el poder produce sujetas y por otro lado, que el mismo proceso de regulación es un proceso de subjetivación por medio del cual las sujetas se vuelven intelegibles para si misma, como para los otros. De ahí que el apego como norma de la maternidad supuso brindar un marco por medio del cual era posible leer la relación madre-hijo y el amor de madre en un momento histórico determinado y desde un dispositivo de poder específico, al que llamamos tecno-domesticidad.

Desde esta perspectiva podríamos aventurar la afirmación de que los trabajos sobre el apego desplazaron los marcos de intelegibilidad de los cuerpos sexuados desde un dimorfismo sexual centrado en el aparato reproductor, a una especie de dimorfismo psíquico o mental por medio de una operación de naturalización y neuro-biologización de los mecanismos socio-políticos de producción de las diferencias psíquicas. Podría afirmar que tanto los trabajos dirigidos a buscar las bases biológicas de la relación madre/hijo así como el desarrollo acelerado de tecnologías de intervención en la sexualidad, tuvieron por fin producir y multiplicar diferencias entre los sexos y sobre todo transformar estas diferencias en certezas naturales. También el discurso evolucionista del apego no sólo pretendía indagar en esas bases biológicas, sino que también situar dicha relación en un plano en el que los expertos y los científicos se transformaron en los únicos autorizados para hablar – al



estilo de una *intelligentzia* psico-médica - y que influyó, notoriamente en las nuevas estructuras legales, educacionales, sanitarias y morales en la mayor parte del mundo occidental de la posguerra.

Transformar la crianza en un objeto con valor epistemológico y por lo tanto desplazado del saber de las madres y del conocimiento popular, fue un nuevo movimiento que situó a las mujeres como dependientes del saber experto, así como la medicina lo había hecho con el conocimiento sobre las enfermedades. Todo esto, tal como vimos con Bolwby y su informe de la OMS, se realizó desde un estatus de cientificidad que asimismo permitió especialmente al psicoanálisis, lograr alcanzar un espacio en la gubernamentalidad internacional (la OMS) así como en el aparato universitario e institucional de la salud mental, especialmente en EE.UU.

También apreciamos como el cuidado materno, el amor de madre y la relación madre e hijo como un nuevo objeto de estudio de la psicología y el psicoanálisis, se sostuvieron en múltiples pilares que trascendieron la tranquilidad del laboratorio, pilares que no eran otra cosa que prácticas sociales e institucionales y que de ningún modo tradujeron un objeto natural o un instinto maternal a-histórico. La forma y el contenido que adquirió este objeto –su unidad y multiplicidad- estuvo estrechamente vinculado a dar forma a las prácticas de sostenimiento de la vida de las familias incorporadas a la acción social del estado y al mercado de bienestar que promovió la emergencia de la sociedad de masas, pero también como parte de ese proceso de feminización que produjo el ascenso de las mujeres psicoanalistas que a partir de la década de los 30's se incorporaron masivamente al movimiento psicoanalítico e instalaron los temas de la infancia y la pedagogía, y después de la guerra, como parte de la re-masculinización de la que hablamos y que modificó el foco de atención desde la infancia hacia la madre.

También fue el resultado de los diagnósticos y tratamientos pediátricos de la medicina de posguerra dirigida a reparar los daños físicos y psíquicos causados en la población infantil por la guerra y los bombardeos aéreos, y la observación de los efectos de las prácticas de institucionalización infantil que aumentaron de forma exponencial desde la Gran Guerra y que posibilitaron un campo de exploración científica, controlado experimentalmente, de la diada madre e hijo que como hemos insistido, hasta ese momento era una cuestión con escaso valor epistemológico, vinculado al trabajo social, la caridad cristiana, la moral y la filantropía y que a partir de ahí reveló los obstáculos que imponía la teoría del complejo de Edipo ( la relación padre/hijo) y la idea común, de un mundo psíquico infantil basado en el puro autoerotismo.

En ese sentido, fueron tres los movimientos que hicieron posible la aparición de este nuevo objeto (superficie de formación) y la epistemologización de los objetos del psicoanálisis: las propias limitaciones de las reglas del discurso clínico psicoanalítico y que Bolwby modificó profundamente a partir de la introducción de la observación experimental en un campo en que la palabra (el relato clínico) se ve desplazada por la visión y la observación experimental, bajo la lógica de la modelización, por otro, las condiciones históricas de la guerra fría y finalmente la alianzas socio-técnicas del psicoanálisis con las ciencias de la información y las máquinas de guerra –que en tiempos de paz se diversificaron además como máquinas domésticas-. Si esos mismos límites y problemas que el discurso decimonónico freudiano sobre la diada-madre generaba para dar un salto cualitativo frente a las nuevas patologías no hubieran estado presentes, tampoco el apego hubiera sido posible a pesar de todo el panorama histórico-tecnológico apuntalaba a esa dirección. Desde mi

perspectiva, este es el potencial de la genealogía y que se separa de algunas lecturas externalistas simplificadoras de la relación entre conocimiento y sociedad, según la cual, las teorías y sus objetos no son más que consecuencias de los contextos históricos. Por el contrario este potencial genealógico, nos situó en los bordes de las prácticas discursivas como no discursivas y aprender a movernos en ese límite, más que expresar cierta vocación *bordeline*, expresó de que si era posible pensar de otro modo sin sucumbir a las exigencias de una razón dicotómica y causalista.

Continuando con los bordes, todas estas cuestiones nos llevaron al problema de los límites de la naturaleza y la cultura. Una de las cuestiones que se concluyen de este trabajo es cómo lo que denominamos naturaleza, en este caso el *apego*, es una compleja operación semiótica-material por la cual se intenta fijar en ciertos cuerpos una función social. Esta operación por la cual la naturaleza se naturaliza, es decir se conforma como una entidad dada y preformada, fuera del tiempo e independiente del observador, no recuerda aquello que Castro Gómez (2010) llamó la *hybris del punto cero*, una ficción según la cual el conocimiento es posible a partir de una distancia entre el sujeto que conoce y el objeto conocido. Para este pensador, esta distancia permite observar la realidad sin pertenecer a ella. Si pensamos que la *hybris* para los griegos es el pecado de la desmesura, del querer ser como los dioses y que los dioses observan sin ser observados, esta se constituye como el lugar donde se ubica el sujeto que observa. Éste lugar privilegiado ha creado el poder de instituir, de representar, de construir una visión sobre el mundo social y natural reconocida como legítima y avalada por el Estado. Se trata de una representación en la que los “varones ilustrados” se definen a sí mismos como observadores de la realidad, en palabras de Haraway (2004) *testigos modestos*.

Claramente esta idea se ve no sólo en los enunciados que Bolwby produjo sino que también en su particular estilo de presentar sus ideas y observaciones. Como analizamos el apego, un hecho biológico creado en los laboratorios de Bolwby, también estuvo acompañado de una retórica formulada desde lo que Sontag llamó la *imaginación del desastre*, una retórica que logró articular el pasado (la guerra) y el futuro (la catástrofe nuclear y el fin del fascismo) y la voluntad por parte de este grupo de investigadores, de reparar los desastres de la guerra.

Por otro lado también esta retórica, se situó desde un afán universalista –hablar desde ninguna y desde todas las posiciones (Haraway, 1998)- para interpretar las observaciones y los datos derivados de su trabajo con los niños/as abandonados/as. Todos estos elementos trabajaron para conseguir la apariencia de que los hechos eran dados y que no dependían de su singular posicionalidad, y que el control heterosexual de los desvíos de las madres, bajo el mandato de la razón tecno científica que el siglo XX inauguró, no era más que una necesidad biológica del niño. Esto, nos recuerda dos cuestiones, una que nos dice Wittig (2005), acerca de la imposibilidad del pensamiento heterosexual de pensar y concebir una sociedad, unas formas de relación en que la heterosexualidad no sea la norma, en lo que esta pensadora llama la *poetización* del carácter obligatorio del “tú-serás-heterosexual-o-no-serás” y otra, que nos plantea Haraway (1998, 2004), acerca de la importancia de aclarar que la biología es un discurso sobre el cuerpo, y no el cuerpo, y que asimismo la biología es la continuación de la política, un discurso que asimismo ha variado y ha sido a la vez expresión y condición de posibilidad de las mismas formas de gobernarlo y actualmente auto-gobernarlo.

El discurso del apego fue privilegiado para analizar los modos en que se relacionan lo material y lo semiótico, es decir el cuerpo y el discurso sobre el cuerpo, especialmente en las ciencias biológicas y *psí* a través de una serie de mecanismos de objetivación que nos muestran como el relato científico se construye desde lo que Haraway (2004) llama una “cultura de la no cultura”, una cultura en que los enunciados científicos aparecen en su transparencia y su no origen humano y no fabricados. Pero lo cierto es que la verdad científica es inseparable de su escritura (Shapin y Shaffer, 2005), por medio de la cual vehiculiza performativamente sus narrativas de objetividad y neutralidad.

La insistencia en el carácter científico de los enunciados así como su universalidad, que el nuevo psicoanálisis popularizó en la cultura, supuso erigir aquella certeza de un mundo relacional basado necesariamente en la familia heterosexual, nuclear y biológica –la sagrada familia-, como un hecho autoevidente, que no necesitaba ser explicado y que para la psicología fue el andamiaje conceptual y el inconsciente colectivo que funcionó más allá de las disputas paradigmáticas al interior de este campo. Los psicólogos como los psicoanalistas podían –y aún pueden- estar en desacuerdo en casi la totalidad de los temas de la psicología, menos en el hecho de que la familia nuclear -heterosexual u homosexual últimamente- es la norma y es la fuente de la normalidad. Este impulso, en el que los modos de escribir, es decir los modos en que se presentan las tecnologías literarias, que acompañó e hizo visible y pensable el trabajo del laboratorio canonizó las verdades construidas, controló las interpretaciones de otros hallazgos del cual Bolwby se basó (por ejemplo lo de Harlow) y elevó la figura del experto y el científico como lugares paradójicamente, incuestionados de enunciación de lo social y lo real.

Lo sintomático de todo esto, es que si bien en la actualidad el modelo de familia nuclear y heterosexual en el cual se sostuvieron estos trabajos, está en crisis, el paradigma del apego se ha constituido en una de las verdades más defendidas por la psicología, especialmente cuando en esa capacidad de producir hechos, se le vincula ya no a una biología de la evolución, sino que a una neurobiología, a una biología espectacular por su capacidad de producir hechos micromoleculares, en el que la voluntad y el deseo de las mujeres se piensa como un efecto de un nuevo panóptico, uno que ha invertido la mirada de un vigilante externo a un vigilantes interno, armado de conexiones neuronales y neuroquímicas. Con todo esto basta reiterar que la “naturaleza” es la ficción de la práctica científica y lejos de ser una entidad que está esperando el soplo vital del investigador, se constituye como un orden signifiante, es decir un relato que no se agota en el hecho de ser inventados o fabricados. Para Haraway (op.cit) los relatos tienen un potencial, “son dispositivos para producir ciertos tipos de definiciones” tales como lo monstruoso, lo humanoide, lo patológico, lo normal y ciertas decisiones sobre la vida de los otros: por ejemplos quienes están autorizadas para ejercer la función de madre, o a quienes el estado debe castigar por los desvíos maternos.

Así pensado, una crítica a lo *psí* implica preguntarse también: ¿es todavía posible pensar en un lenguaje universal, fuera de las imposiciones de autoridades o creencias?, ¿cual es lugar en el pensamiento *psí* de esas otras inapropiables (mujeres psicoanalistas, madres objetivadas, niños y animales transformados en conejillos de indias) y que quedaron como afueras de la modernidad occidental?

Bolwby estaba equivocado, su tesis de una naturaleza que buscó en la biología si bien la armó de una sólida estructura conceptual y empírica, la naturaleza que observaba en sus laboratorio, no era

más que un dulce retrato de lo que podía mirar...y fundamentalmente se equivocó, porque las madres se modernizaron, muchas de ellas cambiaron los eléctricos servidores por un ordenador, otras se pusieron a trabajar, otras renunciaron a la maternidad, otras buscaron sus propios fórmulas de crianza u otras simplemente escaparon hacia el suicidio, la locura o el abandono y la sociedad no colapsó ni la familia se exterminó. Lo que nos lleva a pensar parafraseando a la profesora Verena Stolcke (2004) –que al igual que la mujer-, el amor de madre, es puro cuento.

## **8. BIBLIOGRAFIA**

Ahumada, Consuelo. (2002). La ideología neoliberal: una justificación teórica del predominio de los poderosos, *Papel Político*, 14, pp. 37-58. Disponible en <http://www.javeriana.edu.co/Facultades/politicas/publicaciones/documents/laideologia.pdf>

Althimus, Elizabeth. (2012). Out of many, one: glimpses of the USA by Charles and Ray Eames, The family of man by Edward Steichen, and universal thought in cold war propaganda. Tesis Master of Arts. Louisiana State University. Disponible en <http://etd.lsu.edu/docs/available/etd-04242012-152544/>

Álvarez, Pedro. (2011). *Mecánica doméstica. Publicidad, modernización de la mujer y tecnología para el hogar 1945-1970*. Santiago de Chile: Ediciones UC.

Álvarez-Uría, Fernando. (2011). La psicologización del yo: materiales para una genealogía del descubrimiento del mundo interior. *Educação & Realidade*, 36, p.911-944. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=317227058007>

Álvarez, Sonia. (2005). La invención de lo social en la Argentina: historia de opciones preferenciales de los pobres. En Andrenacci, Luciano (edit) *Problemas de política social en la Argentina contemporánea*. Pp. 81-125. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Álvarez, S. (2008). Focopolítica y gubernamentalidad neoliberal, las políticas sociales. Ponencia presentada en el II Encuentro Argentino y Latinoamericano de "Prácticas Sociales y Pensamiento Crítico", Carrera de Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de Córdoba. (UNC), 4 y 5 de Julio del 2008. Extraído de <http://www.ets.unc.edu.ar/tercerencuentro/anteriores/2008/img/datos/Universidad/alvarez.pdf>

Ainsworth, Mary. (1962). Efectos de la privación materna: Estudio de los hallazgos y controversia sobre los métodos de investigación. *Cuadernos de Salud Pública*, 10, pp 98 -171.

Ainsworth, Mary & Bowlby, John. (1991). An ethological approach to personality development. *American Psychologist*, 46, pp. 331-341.

Amorós, Celia. (1990). Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales en Maquieira, Virginia y Sánchez, Cristina (comp.) *Violencia y sociedad patriarcal*, pp. 10-25, Madrid: Pablo Iglesias.

Amuchastegui, Rodrigo. (2008). Michel Foucault y la visoespacialidad. Análisis y derivaciones. Tesis doctoral Universidad de Buenos Aires.

Anderson, Benedict. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE

Anzaldúa, Gloria. (1987). *Borderlands / La frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Spinsters/Aunt Lute.

Apple, Rima. (1995). Constructing mother: scientific motherhood in the nineteenth and twentieth century. En Ross, Susan (edit) *American families past and present: social perspectives on transformations* pp. 161-178. Washinton: Rutgers

Araya, Claudia. (2006). La construcción de una imagen femenina a través del discurso médico ilustrado: Chile en el siglo XIX. *Historia (Santiago)*,39, (1), pp. 05-22. Disponible en [http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0717-71942006000100001](http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-71942006000100001)

Arenal, Concepción. (1861). *La beneficencia, la filantropía y la caridad*. Madrid: Imprenta del colegio de sordos-mudos y ciegos

Arizaga, Cecilia. (2005). La construcción del gusto legítimo en el mercado de la casa. *Bifurcaciones*, 5, pp 2-12

Armstrong, Nancy. (1991). *Deseo y ficción doméstica*. Valencia: Catedra

Ávila, Dyhalma. (2002). La teoría del apego y la constitución interrelacional del sujeto: una mirada crítica a la constitución, desarrollo y aplicación de la teoría. *Psychikós*, 1. Disponible en <http://psicologias.uprrp.edu/rol1-1/rol1-1-articulos-2.htm>

Avila, Eric. (2004). Popular Culture in the Age of White Flight: Film Noir, Disneyland, and the Cold War (Sub) Urban Imaginary. *Journal of Urban Histor*, 31, 3, pp. 3-21. Disponible en <http://juh.sagepub.com/content/31/1/3>

Bhabha, Homi.(1994).*El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial

Bhabha, Homi. (2006). Diseminación. El tiempo, el relato y los márgenes de la nación moderna. En Romero Dolores (edit) *Naciones literarias*, pp.69-112. Madrid: Antrophos

Badinter, Elizabeth. (1984).*¿Existe el instinto maternal?: historia del amor maternal*. Barcelona: Paidós

Baudrillard, Jean. (1987). *Cultura y Simulacro*. Barcelona: Kairos

Ballent, Anahí. (1996). La publicidad de los ámbitos de la vida privada. Representaciones de la modernización del hogar en la prensa de los años cuarenta y cincuenta, *Alteridades*, 6, 11, pp. 53-74. Disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=74711339006>

Ballester, R y Perdiguero, E. (2003). Ciencia e ideología en los estudios sobre crecimiento humano en Francia y en España (1900-1950). *Dynamis*, 23, pp. 61-84.

Barroso, Maria & Castro, Nelly. (s/f). *Estado del bienestar y crisis económica: una revisión bibliográfica*. Disponible en <http://www.usc.es/congresos/xiirem/pdf/32.pdf>.

Bash, Linda, Glick-Schiller, Nina y Szanton-Blanc, Cristina. (1994). *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized Nation-States*. Washigton: Gordon and Breach,

Bataille, Georges. (1998).*Historia del ojo*.Madrid: La sonrisa vertical

Benhabib, Seyla. (1990). *El otro generalizado y el otro concreto: la controversia Kohlberg – Gilligan y la teoría feminista*. Valencia: Alfons el Magnanim.

Benjamín, Harry. (1998). El fenómeno transexual. Buenos Aires: Paidos

Benjamin, Walter. (1998). El arte en la era de su reproductibilidad técnica. En *Discursos Interrumpidos*. T.1 Buenos Aires: Taurus

Benjamin, Walter. (2009). *La dialéctica en suspenso*. Santiago de Chile. LOM

Benett, Tony. (2009) Museo, en VV.AA, *Ideas recibidas. Un vocabulario para la cultura artística contemporánea*. Barcelona: Macba

Berardi, Franco. (2007). Patologías de la hiperexpresión. *Archipiélago*, 76, pp. 55-63

Bernabeu-Mestre, Josep; Cid, Ana ; Esplugues ; Josep ; Galiana-Sánchez, María. (2008). Categorías diagnósticas y género: los ejemplos de la clorosis y la neurastenia en la medicina española contemporánea (1877-1936). *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 2008, LX, 1, pp. 83-102

Beveridge, William. (1998/1942). Plan Beveridge. México: Centro Interamericano de Estudios de Seguridad Social.

Black, Gregory. (2012). *Hollywood censurado*. Madrid: Akal.

Boardman, Alice. (2005). *Science in the service of children 1893-1935*. New Haven and London: Yale University Press.

Bock, Gisela. (1993). Pobreza femenina, derechos de las madres y Estados del bienestar (1890-1950). En Duby, George (edit) *Historia de las mujeres en Occidente*, T.VI, pp 438-478. Buenos Aires: Alfaguara.

Bolwby, John. (1954). *Los cuidados maternos y la salud mental*. Washington: Organización Mundial de la Salud. Serie Monografías.

Bolwby, John. (1972). *Cuidados maternal y amor*. México: FCE.

Bolwby, John. (1969/2012). *El apego y la pérdida. T. 1 El apego*. Buenos Aires: Paidós.

Bolwby, John. (1972/2009). *El apego y la pérdida. T 2. La separación*. Buenos Aires: Paidós.

Bolwby, John. (1969/1980). *El apego y la pérdida. T.3. La pérdida afectiva: tristeza y depresión*. Buenos Aires: Paidos

Bolwby, John. (1986). *Vínculos afectivos. Formación, desarrollo y pérdida. Conferencias 1953-1972*. Madrid: Morata.

Bolwby, John. (1995). *Una base segura: aplicaciones clínicas de una teoría del apego*. Buenos Aires: Paidos

Bonastra, Quim. (2001). El debate acerca del contagio en la España del cambio del Antiguo Régimen a la sociedad industrial. Implicaciones políticas, económicas y sociales del debate científico en Fraile, Pedro (Edit) *Modelar para gobernar. El control de la población y el territorio en Europa y Canadá. Una perspectiva histórica*, pp 291.306. Barcelona: UB.



Borrego, Ángel. (2006). Espías y ciencia ficción. Represión y expresión de las construcciones de superpoderes en la arquitectura moderna. Tesis Doctoral. Departamento de Proyectos Arquitectónicos. Universidad Politécnica de Madrid.

Bourdieu, P. (1998). La esencia del neoliberalismo. Disponible en [http://perio.unlp.edu.ar/.../files/bourdieu\\_-\\_la\\_esencia\\_del\\_neoliberalismo.doc](http://perio.unlp.edu.ar/.../files/bourdieu_-_la_esencia_del_neoliberalismo.doc)

Boyer, Amalia. (2012). Biopolítica y teoría feminista. *Revista de Estudios Sociales*, 43. Disponible en <http://res.uniandes.edu.co/view.php/787/index.php?id=787>.

Braunstein, Nestor. (1980). *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan)*. Buenos Aires: S.XXI

Braidotti, Rosi. (2004). *Subjetividades Nómades*. Madrid: Gedisa.

Braidotti, Rosi. (2004b). Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada. Madrid: Gedisa.

Bretherton, Inge. (1992). The origins of attachment theory: John Bowlby and Mary Ainsworth. *Developmental Psychology*, 28, pp. 759-775. Disponible en [http://www.psychology.sunysb.edu/attachment/online/inge\\_origins.pdf](http://www.psychology.sunysb.edu/attachment/online/inge_origins.pdf)

Butler, Judith. (1990). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires: Paidós

Butler, Judith. (2001). *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Valencia: Cátedra

Butler, Judith. (2001). *¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault*. Disponible en <http://eipcp.net/transversal/0806/butler/es>

Burman, Erica. (1998). *La deconstrucción de la psicología evolutiva*. Madrid: Visor

Calquín, Claudia. (2011). De conventillos y conventilleras: género y poder en las viviendas populares colectivas en el Chile de inicios del siglo XX. *Encrucijadas*, 2, pp. 22-33. Disponible en <http://www.encrucijadas.org/index.php/ojs/article/view/100>

Campbell, C. & Hodos, W (1970). The Concept of Homology and the Evolution of the Nervous System. *Brain, Beh. and Evol.* 3, pp. 353-367.

Calderón, Wilfredo. (1997). Historia de la cirugía plástica. *Revista chilena de cirugía* 49 (2), pp.226-232

Canales, Alejandro. (2001). Discurso demográfico y posmodernidad. Una revisión crítica del pensamiento maltusiano. *Estudios sociológicos*, 2, pp 381-417.

Canguilhem, George. (1994). *Estudios de historia y filosofía de las ciencias*. Buenos Aires: Amorrortu

Carrasco, Cristina. (2001). *La sostenibilidad de la vida humana. ¿Un problema de mujeres?*. Disponible en [http://www.hegoa.ehu.es/congreso/bilbo/doku/bost/carrasco\\_sostenibilidadmujeres.pdf](http://www.hegoa.ehu.es/congreso/bilbo/doku/bost/carrasco_sostenibilidadmujeres.pdf)

Carredo, Pablo (2007) Guerra fría y cultura: un panorama sobre la libertad y el compromiso del escritor en la mitad del siglo XX. *Nomadas*, 15, p.0. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18101519>

Caruso, Marcelo. (2003). "Sus hábitos medio civilizados" enseñanza, disciplinas y disciplinamiento en América latina. *Educación y pedagogía*, 37, pp. 105-127. Disponible en <http://www.dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?>

Castel, Robert. (1984). *La gestión de los riesgos: de la anti psiquiatría al post –análisis*. Barcelona: Anagrama

Castro Gómez, Santiago. (2010). *Historia de la gubernamentalidad*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Castro Gómez, Santiago. (2010). *Hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada*. Bogotá: Ceja

Castro, Luis. (1998). El espacio/tiempo social: Fragmentos de ontología política. *Archipiélago*, 34-35, pp.40-46

Centro de Documentación y Estudios SIIS. (2012). *Activación y derecho a la inclusión en el marco de las políticas de empleo y de garantía de ingresos en la CAP*. (Documento de trabajo). Disponible en: <http://www.siiis.net/documentos/ficha/197806.pdf>

CENDEAC. (2012). Seminario Beatriz Colomina. Sesión 2 y 3. Vigilancia global: arquitectura en la era Post-Sputnik. Disponible en <http://www.montejana.net/index.php/tesis/41-textos/70-vigilancia-global-cendeac.html>)

Ceplair, Larry. (2011). *Anti-Communism in Twentieth Century America. A Critical History*. Santa Barbara: Praeger.

Cevedio, Monica. (2003). *Arquitectura y Género: Espacio público / Espacio Privado*. Barcelona: Icaria

Cixous, Helene. (2004). *Deseo de escritura*. Barcelona: Reverso.

Clair, Jean. (1984). *Consideration sur l'état des Beaux-Arts. Critique de la modernité*. Paris: Calémard

Colomina, Beatriz. (2006). *La domesticidad en guerra*. Madrid: Actar

Colomina, Beatriz. (1992). Murs dividits. El voyeurisme domèstic. En Colomina, Beatriz (edit) *Sexualitat y espai: el diseny de la intimitat*. Barcelona: UPC

Comolli, Jean. (2012). Documento y espectáculo. En Capdevila, Ester (coord.), *Ideas Recibidas. Un vocabulario para la cultura artística contemporánea*, pp. 108-123 Barcelona: Macba

Company, H. W. Wilson. (1939/2013). *Educational Film Catalog, 1939*. London: Forgotten Books.

Corber, Robert. (1997). *Homosexuality in cold war America. Resistance and of the crisis masculinity*. Duke: University Press

Cornachione, Maria. (2006). *Psicología del desarrollo. Aspectos biológicos, psicológicos y sociales*. Buenos Aires: Brujas.

Cornejo, Juan. (2007) .La homosexualidad como una construcción ideológica. *Limite*, 2, 16, pp 83-108. Disponible en <file:///C:/Users/Claudia/Downloads/Dialnet-LaHomosexualidadComoUnaConstruccionIdeologica-2472302.pdf>

Correia, Katelyn & Ngo, Angela.( 2008). *Eames house Charles and Ray Eames, Los Angeles, California, 1949*. Disponible en <https://www.yumpu.com/en/document/view/18473983/eames-house-myweb-at-wit>

Cosse, Isabella. (2008). El modelo conyugal en Buenos Aires de la posguerra: el compañerismo de complementariedad y el impulso familiarista. *Trabajos y comunicaciones*, 34. Disponible en <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/11476>

Cueto, Marcos, Brown, Theodore & Fee Elizabeth. (2011). El proceso de creación de la Organización Mundial de la Salud y la Guerra Fría. *Apuntes*, 69, pp 129-156

Chartier, Roger. (1994). *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa.

Chaves, Elisabet. (2009). La construcción del amor maternal en la cultura visual burguesa del siglo XIX, en Museo del Patrimonio Municipal Ayuntamiento de Málaga, España, Catálogo de la exposición *Madre, sola una. Conceptualizaciones sobre la maternidad*.

Danet, Alina. (2013.) El cuerpo muerto y sus partes vivas en la moral católica. Algunas claves históricas de la donación de órganos en España, 1903-1960, *Asclepio Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia* 65 (1), pp 4- Disponible en <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2013.04>

Darré, Silvana. (2013). *Maternidad y tecnologías del género*. Buenos Aires: Katz

Debord, Guy. (2012). *La sociedad del espectáculo*. Barcelona: Pretextos

De Busshier, Pierre. (2012). Macartismo. En *Diccionario de la homofobia*. Madrid: Akal

D'Emilio, John (1983) *Sexual politics, sexual communities*. Chicago: Chicago University Press

De Laurentis, Teresa. (2012). *Tecnologías del género*. Disponible en <http://www.caladona.org/grups/uploads/2012/01/teconologias-del-genero-teresa-de-lauretis.pdf>.

Deleuze, Gilles. (1995). Pos scriptum en *Conversaciones*. Valencia: Pre textos

Deleuze, Gilles & Tiqqun. (2012). ¿Qué es un dispositivo?. En *Contribución a la guerra en curso*. Barcelona: Errata Naturae

De Santiago, Caridad. (1999). *Los museos de arte moderno y contemporáneo: historia, programas y desarrollos actuales*. Tesis doctoral, Facultad de Letras, Universidad de Murcia

Díaz, Jorge. (2008). Estética, cirugía y epistemología. *Revista Colombiana de Cirugía Plástica y Reconstructiva*, 14, pp. 57-62.

- Didi-Huberman, Georges. (2007). *La invención de la histeria. Charcot y la iconografía fotográfica de la Salpêtrière*. Madrid: Cátedra
- Dick, Alfred. (1999). *Eisenhower's executive office*. Washigton: Greenwood Press
- Domínguez, Mario. (1997). Estado, bienestar e ideología. Un análisis de las teorías sociales del bienestar. Tesis doctoral, Facultad de Ciencias Políticas y sociología, Universidad Complutense de Madrid.
- Domínguez, José. (2001). Un análisis diacrónico sobre la seguridad y los riesgos sociales. En Fraile, Pedro (edit) *Modelar para gobernar. El control de la población y el territorio en Europa y Canadá. Una perspectiva histórica*, pp 145-163. Barcelona: UB
- Domínguez, José & Virgili, Javier. (2011). La seguridad y la policía entre modernidad y posmodernidad. notas para un análisis sistémico sobre sus procesos de cambio. *Derecho Penal y Criminología*, pp 147-186
- Domínguez, José. (2011). Un análisis diacrónico sobre la seguridad y los riesgos sociales. En Fraile, Pedro (edit) *Modelar para gobernar. El control de la población y el territorio en Europa y Canadá. Una perspectiva histórica*, pp 145-163. Barcelona: UB
- Donzelot, Jaques. (1998). *La policía de las familias*. Barcelona: Pretextos.
- Donzelot, Jaques. (2007). *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Durán, Manuel. (2009). Medicalización y disciplinamiento. La construcción higienista del espacio femenino, 1850-1920. Disponible en <http://www.nomadias.uchile.cl/index.php/NO/article/view/12303>
- Echevarren, Roberto. (1998). *Arte Andrógino. Estilo versus moda en un siglo corto*. Buenos Aires: Colihue
- Ema, José. (2012). La política en movimiento. *Política y Sociedad* 49, 3, pp.397-415
- Engels, Federico. (1872/1974). *El problema de la vivienda y las grandes ciudades*. Barcelona: Gustavo Gil
- Ehrenreich, Barbara & English, Deirdre. (2010). *Por tu propio bien. 150 años de consejos a mujeres*. Madrid: Lormo
- Easterlin, Richard. (1968). *Population, Labor Force, and Long Swings in Economic Growth: The American Experience*. Washigton:UMI
- Educational Films Catalog. (1939). *Life Begins. Child Development educational film*. Disponible en [https://archive.org/details/0011\\_Life\\_Begins\\_11\\_32\\_13\\_00](https://archive.org/details/0011_Life_Begins_11_32_13_00)
- Ema, José. (2012). La política en movimiento. *Política y Sociedad*, 49, 3, pp. 397-415
- Erikson, Eric. (2000). *El ciclo vital completado*. Madrid: Paidós
- Escobar, Ticio. (2007). Los desafíos del museo: el caso del museo del Barro: Paraguay. En Ballido,

- Maria (edit) *Aprendiendo de Latinoamérica, el museo como protagonista*, pp.220-232. Gijón: Trea
- Escobar, Enrique. (2004). Isaac y José Horwitz en la psiquiatría chilena. *Rev Méd Chile*, 132, pp. 1437-1441. Disponible en [http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S003498872004001100015&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S003498872004001100015&script=sci_arttext)
- Esguevilla, Daniel. (2007). Modelos y series en la casa americana de posguerra. Tesis doctoral Escuela técnica superior de arquitectura de Madrid. Universidad Politécnica de Madrid.
- Esping-Andersen, Gösta.(2004). El estado de bienestar en el siglo XXI. Disponible en <http://www.revistalafactoria.eu/articulo.php?id=248>
- Esping- Andersen, Gösta. (2007). Un nuevo equilibrio de bienestar. *Política y Sociedad*, (44), 2, pp 11-30
- Estulin, Daniel. (2011). *El instituto Tavistock*. Barcelona: Ediciones B
- Fanon, Franz. (2010). *Los condenados de la tierra*. México: FCE
- Federici, Silvia. (2004). *El Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpos y acumulación originaria*. Madrid: Traficante de sueños.
- Fernández, Sonia [en línea]. El pensamiento africano existe, aunque lo ignoremos o desconozcamos, 2015. Disponible en <http://www.afribuku.com/pensamiento-africa-filosofia/>.
- Figueroa, Heidi. (2013). El cuerpo del domus: entre dos siglos desde el discurso tecno-psicológico. *Nómadas*, 38, pp.31-47. Disponible en <http://biblat.unam.mx/es/revista/nomadas/articulo/el-cuerpo-del-domus-entre-dos-siglos-desde-el-discurso-tecno-psicologico>
- Folchi, Mauricio. (2007). La higiene, la salubridad pública y El problema de la vivienda popular en Santiago de Chile, 1843-1925. En *Perfiles Habitaciones y condiciones ambientales. Historia Urbana de Latinoamérica siglos XVII-XIX*, López, Rosalva (edit) . pp 361-388. México: Universidad Autónoma de Puebla
- Fonvielle-Alquier, Francois. (1974). *El gran miedo de la posguerra 1946-1953*. Barcelona: Dopesa
- Foucault, Michel. (1975/1985). *Vigilar y Castigar.El nacimiento de la prisión* Barcelona: Paidós.
- Foucault, Michel. (1981/2010). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, Michel. (1977/1999). Nacimiento de la medicina social. En Foucault, Michel *Estrategias de poder*, pp.363-384. Madrid: Paidós.
- Foucault, Michel. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La piqueta. Madrid
- Foucault, Michel. (1976/1998). *La voluntad de saber*. Historia de la Sexualidad T.1. Madrid: Paidós
- Foucault, Michel. (1998b). La psicología de 1850 a 1950. *Archipiélago*, 34/35, pp. 163-173
- Foucault, Michel. (1980/2009). *Seguridad, territorio y población*. México: FCE.

- Foucault, Michel. (1979/2010). *Nacimiento de la biopolítica*. Curso en el Collège de France (1978-1979). México: FCE
- Foucault, Michel. (1966/2010b). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Barcelona: Alianza
- Foucault, Michel. (1969/2010c). *La arqueología del saber*. México: S.XXI
- Foucault, Michel. (1970/2011). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquet.
- Foucault, Michel, (2011a). ¿Qué es la crítica?. *Crítica y Aufklärung*. En *¿Qué es la Ilustración?*. Madrid: Tecnos
- Foucault, Michel. (1980/1983). *La verdad y sus formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa
- Foucault, Michel. (1997/2003). Hay que defender la sociedad. *Curso el Collège de France (1976)*. Madrid: Akal
- Foucault, Michel. (1988/2008). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pretextos
- Foucault, Michel. (1996) Prefacio a la trasgresión, en *Obras esenciales*, Entre lenguaje y literatura. Paidós: Barcelona
- Frade, Carlos. (2007). Gobernar a otros y gobernarse a sí mismo según la razón política liberal. *Reis*, 119, pp 35-63.
- Fraisse, Genevieve. (2001). El concepto filosófico de género. Disponible en [http://www.europarl.europa.eu/transl\\_es/plataforma/pagina/celter/art2fraisse.htm](http://www.europarl.europa.eu/transl_es/plataforma/pagina/celter/art2fraisse.htm)
- Fraser, Nancy; Nicholson, Linda J; Hartsock, Nancy. (1992). *Feminismo/Posmodernismo*. Buenos Aires: Feminaria
- Fraser, Nancy. (2003). ¿De la disciplina hacia la flexibilización? Releyendo a Foucault bajo la sombra de la globalización. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 187, pp. 15-33. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=42118702>
- Fraser, Steve & Gerstle, Gary (1989). *The Rise and Fall of the New Deal Order, 1930-1980*. Princeton: Princeton University Press.
- Freud, Sigmund (1927/1992). *El fetichismo*. En *Obras Completas*. Vol XXI. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, Sigmund. (1937/1992). Análisis terminable e interminable. En *Obras Completas*. Vol XXIII. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, Sigmund. (1905/1992). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas*. Vol XVIII. Buenos Aires: Amorrortu
- Friedan, Betty. (1965/2009). *La mística de la feminidad*. Madrid: Cátedra..
- Frignet, Henry. (2000). *El transexualismo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- Fromm, Erich. (1956/1992). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. Buenos Aires: Paidós.
- Fuss, Diane. (1989). Leer como una feminista. En Carbonell, Neus y Torras, Meri (comp) *Feminismos literarios*, pp.127- 146.Madrid: Arcos
- Gabilondo, Ángel. (1990). *Discurso en acción: Foucault y una ontología del presente*. Madrid: Anthropos
- Galeano, Diego. (2007). Mens Sana in Corpore Sano: José M. Ramos Mejía y la medicalización de la sociedad argentina. *Salud colectiva*, 3, (2) pp. 133-146. Disponible en [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-82652007000200003&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-82652007000200003&script=sci_arttext)
- Gandelsonas, Mario. (2007). *eXurbanismo. La ciudad norteamericana y la arquitectura*. Buenos Aires: Infinito
- García, Tania. (2002). Carmen Miranda: Imagem e símbolo da América Latina construido por Hollollywood, en *Idéias, representações e mitos norte-americanos*, V Encontro da Associação Nacional de Pesquisadores de História Latino-Americana e Caribenha – ANPHLAC. Belo Horizonte.
- Gentili, Agustina. (2013). Reseña Pérez, Inés, El hogar tecnificado. Familias, género y vida cotidiana. 1940-1970. *Revista de reseñas bibliográficas y ciencias sociales en la red*, 10, pp. 38-42 Buenos Aires, Biblos. Disponible en <http://www.revista-digital.ceemi-unr.com.ar/numero10/indice.htm>
- Giedion, Sigfried. (1998). *La mecanización toma el mando*. Barcelona: GG.
- Girona, Nuria. (2005). Vestidas para matar: mujer, cuerpo y otros equívocos, en Riera, Carmen, Torres, Meri; Clúa, Isabel y Pitarch (eds) *Los hábitos del deseo*, pp. 523-529. Valencia: Ecltura.
- Glik, Sol. (2010). *Yes, tenemos bananas: construcciones de género y raza en los estereotipos plasmados por Hollywood (1930-1955)*. Ponencia presentada en XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles.
- Gluskman, Miriam. (1990). *Women Assemble: women workers and the new industries in interwar Britain*. London : Routledge.
- Godoy, Oscar. (1990). Analítica del Poder: en torno a Michel Foucault. *Estudios Públicos*, 40, pp. 101-135.
- Gómez, Luz, (2008). *Tres ideas de lo moderno en la concepción del hogar: Bogotá años cincuenta*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Good, Shirley. (2002). Trabajadoras en una ciudad británica: una comunidad en la planta de una fábrica (1945-1980). *La Aljaba*, 7, pp 1-17.
- Gooren, Louis. (2003). El transexualismo, una forma de intersexo. En Becerra-Fernández, Antonio (edit) *Transexualidad: la búsqueda de una identidad*. Madrid: Díaz de Santos
- Grams, Martin. (2008). *The Twilight Zone: Unlocking the Door to a Television Classic*. Churchville MD: OTR Publishing.

Gramsci, Antonio. (1934/1999). Americanismo y fordismo. Cuaderno 23. En *Cuadernos de la cárcel*. México: Era.

Grosfoguel, Ramón. (2012). El concepto de racismo en Michel Foucault y Frantz Fanon: ¿teorizar desde la zona del ser o desde la zona del no-ser?, *Tabula Rasa*, 16, pp. 70-102. Disponible en <http://www.scielo.org.co/pdf/tara/n16/n16a06.pdf>

Guilbaut, Serge. (2012). Pinceles, palos, manchas: algunas cuestiones culturales en Nueva York y París tras la segunda guerra mundial En VV.AA, *Bajo la Bomba. El jazz de la guerra de imágenes transatlántica 1946-1956*. pp 15.64 . Barcelona: MACBA

Gutiérrez, María-Teresa. (2010). Proceso de institucionalización de la higiene: estado, salubridad e higienismo en Colombia en la primera mitad del siglo XX, *Revista Estudios Socio-Jurídicos*, 12, 1, pp. 73-97

Hables, Chris. (2011). Homo Ciborg: Cincuenta años después. *Teknokultura*, 8, 1, pp 83-104. Disponible en <http://teknokultura.net/index.php/tk/article/view/22/23>

Hacking, Ian. (1995). *La domesticación del azar*. Barcelona: Gedisa

Hamman, Trent. (2009). Neoliberalism, Governmentality, and Ethics. *Foucault Studies*, 6, pp.37-59. Disponible en <http://rauli.cbs.dk/index.php/foucault-studies/article/view/2471>

Haraway, Donna. (1984). Primatology is politics by other means. PSA: Proceeding of the Biennial Meeting of the Philosophy of Science Association, 1882 (2) pp. 489-524.

Haraway, Donna. (1991). Manifiesto para cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XXI. En Donna Haraway, *Ciencia, ciborgs y mujeres*. Valencia: Cátedra

Haraway, Donna. (1989). *Primate visions: Gender, race, and nature in the world of modern science* . Nueva York: Routledge

Haraway, Donna. (2004). *Testigo\_ modesto@segundo\_milenio. Hombre Hembra@\_ Conoce a Oncorotón. Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: UOC

Haraway, Donna. (1999). *La promesa de los monstruos. Una política regeneradora para otros inapropiados/bles*. Disponible en <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=154534>

Hardt, Michael & Negri, Antonio. (2005). *Imperio*. Barcelona: Paidós

Harlow, Harry. (1958). The nature of love. *American Psychologist*, 13, pp. 673-685. <http://psychclassics.yorku.ca/Harlow/love.htm>

Harlow, Harry. (1961). *Mother-infant interactions of moonkeys*. Documento presentado a la reunión del Tavistock Study Group sobre la Interacción materno/infantil. Londres.

Harlow, Harry, Dodsworth, Robert & Harlow, Margaret. (1965). Total social isolation in monkeys, *Academy*, 28, pp.90-96

Hartsock, Nancy (1992) Foucault sobre el poder: ¿una teoría para mujeres? en Nicholson, Linda (comp) *Feminismo/posmodernismo*. Buenos Aires: Feminaria



- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Hayden, Dolores. (1984). *Redesigning the american dream*. Nueva York: W.W. Norton
- Hidalgo, Rodrigo, Errazuriz, Tomas & Booth, Rodrigo. (2005). Las viviendas de la beneficencia católica en Santiago: instituciones, constructoras y efectos urbanos (1890-1920), *Historia*, 38, 2, pp327-366
- Heller, Agnes. (2004). *Teoría de los sentimientos*. Barcelona: Fontamara.
- Hidalgo, Rodrigo. (2002). Vivienda social y espacio urbano en Santiago de Chile: Una mirada retrospectiva a la acción del Estado en las primeras décadas del Siglo XX. *EURE*, 28, 83, pp. 83-106, disponible en [www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0250-71612002008300006&lng=en&nrm=iso](http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612002008300006&lng=en&nrm=iso).
- Higonnet, Anne. (1993). Mujeres, imágenes y representaciones. En Duby, George (edit) *Historia de las mujeres en Occidente*. Vol. V. pp.410-432. Buenos Aires: Alfaguara
- Hobsbawm, Eric. (1998). *Historia del siglo XX*. Madrid: Akal
- Hochschild, Ariel. (1975). The Sociology of Feeling and Emotion: Selected Possibilities, en Millman y Kanter (ed.), *Another Voice. Feminist Perspectives on Social Life and Social Science*, pp. 280-307. N. York: Anchor Books.
- Hochschild, Ariel. (1983). *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.
- hooks, bell. (1984). *Feminist Theory: From Margin to Center*. Cambridge, Massachusetts: South End Press.
- Hormigos, Montserrat.(2005). El deseo y la nueva carne en los filmes de David Cronenberg en Riera, Carmen, Torres, Meri, Clúa, Isabel y Pitarch (eds) *Los hábitos del deseo*. Valencia: Ecultura
- Horney, Karen. (1951/1997). *La neurosis y el desarrollo humano; la lucha por la autorrealización*. Buenos Aires: Psique
- Hunt, Jonh. (1991). *Leadership: A new synthesis*. C.A: Sage Publications
- lhde, Don. (2002). *Los cuerpos en la tecnología. Nuevas tecnologías: nuevas ideas acerca de nuestro cuerpo*. Barcelona: OUC
- Illanes, María Angélica. (2007). Cuerpo y sangre de la política: la construcción histórica de las visitadoras sociales, 1887-1940. Santiago de Chile: LOM.
- Illouz, Eva. (2007). *Intimidades congeladas: emociones en el capitalismo*. Buenos Aires: Katz
- Iommi, Virginia. (2010) El concepto de aire en el Concilio contra la pestilencia de Marsilio Ficino (1478-1479). *Temas medie*, 18 pp. 121-135. Disponible en: [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S03270942010000100006&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S03270942010000100006&lng=es&nrm=iso).

- Jauss, Robert. (1992). *Experiencia estética y hermenéutica*. Madrid: Taurus.
- Jiménez-Hernández, Fernando. (2002). *Anna, mi amiga*. Buenos Aires: LibrosEnRed
- Kaplan, Ann. (1996). *Hollywood, ciencia y cine: La mirada imperial y la mirada masculina en las películas clásicas*. Disponible en <http://revistas.ucm.es/index.php/CIYC/article/viewFile/.../7377>
- Keynes, J. M. (1991). *Las consecuencias económicas de la paz*. Barcelona: Crítica.
- Kirkpatrick, Susan. (2003). *Mujer, modernismo y vanguardia*. Valencia: Catedra
- Kohl, Alejandro. (2006). *Higienismo argentino: Historia de una Utopía*. Buenos Aires: Dunken
- Kuisel, Richard. (2002). Coca Cola and Cold Ward: The French Face Americanization, 1948-1953. *French Historical Studies*, 17 (1), pp 96-116
- Laborda, Mario (2009) Modelos animales en psicopatología experimental: miedo, tolerancia a las drogas y condicionamiento. *Revista de Psicología*, 2, pp. 81-104. Disponible en <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/RDP/article/viewFile/17122/17849>
- Lacan, Jaques. (1996). El estadio del espejo como formador de la función del yo (je). En *Escritos I*. Buenos Aires: Paidós
- Laing, Ronald & Esterson, Adam. (1963/1995). *Cordura, locura y familia. Familias de esquizofrénicos*. México: FCE.
- Lafuente, E. (2011) De anomalía biográfica a modelo historiográfico: la Historia de la Psicología Experimental de E. G. Boring, una cuestión disputada, *Revista historia de la psicología*, 1, pp. 55-72. Disponible en <http://www.revistahistoriapsicologia.es/revista/2011-vol-32-n%C3%BAm-1>
- Laqueur, Thomas. (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Valencia: Catedra.
- Latour, Bruno. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. México: S.XXI
- Lazzarato, Mauricio. (2006). *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón
- Lazzarato, Mauricio. (2000). Del biopoder a la biopolítica. *Multitudes* N° 1. <http://multitudes.samizdat.net/Del-biopoder-a-la-biopolitica>
- Lazzarato, Mauricio. (2006). Biopolítica/Bioeconomía disponible en <http://www.diplomatie.gouv.fr/fr/IMG/pdf/0401-LAZZARO-ES-2.pdf>
- Lefaucheur, Nadine. (1993). Maternidad, familia, Estado. En Duby, George, *Historia de las mujeres en Occidente*. pp. 479-505. Madrid: Taurus.
- Leyton, Cesar & Huertas, Rafael. (2012). Reforma urbana e higiene social en Santiago de Chile. La tecno-utopía liberal de Benjamín Vicuña Mackenna (1872-1875), *Dynamis*, 32, (1), pp. 21-44. Disponible en [http://scielo.isciii.es/scielo.php?pid=S0211-95362012000100002&script=sci\\_arttext](http://scielo.isciii.es/scielo.php?pid=S0211-95362012000100002&script=sci_arttext)

Liberato, Ana, Rebollo-Gil, Guillermo, Moras, Juan & Moras, Amanda (2014). Latinidad y masculinidad en los guiones de Hollywood. *Revista digital Fundación del nuevo cine latinoamericano*, 5, disponible en [http://www.cinelatinoamericano.org/biblioteca/ver\\_revtexto.aspx?cod=114&sec=1&num=3&id=16](http://www.cinelatinoamericano.org/biblioteca/ver_revtexto.aspx?cod=114&sec=1&num=3&id=16)

Limentani, Adam. (2004). El movimiento psicoanalítico durante la Guerra (1939-1945) según los archivos de la Asociación Psicoanalítica Internacional. *Rev. Psicoanálisis APdeBA*, 26, (3), pp. 683-701

Lindnerd, Jim. (1997). The Loss of Early Video Recordings: The Nixon-Khrushchev "Kitchen Debate. *Abbey Newsletter*, 7. Disponible en <http://cool.conservation-us.org/byorg/abbey/an/an21/an21-7/an21-708.html>

Lipcovich, Pedro. (2010). Actualmente existe un capitalismo social y del deseo. Entrevista a Mauricio Lazzarato. Disponible en [http://www.carlosianni.com.ar/blog/432/actualmente\\_rige\\_un\\_capitalismo\\_social\\_y\\_del\\_deseo\\_entre\\_vista\\_a\\_maurizio\\_lazzarato\\_por\\_pedro\\_lipcovich.html](http://www.carlosianni.com.ar/blog/432/actualmente_rige_un_capitalismo_social_y_del_deseo_entre_vista_a_maurizio_lazzarato_por_pedro_lipcovich.html)

López, Francisco, Álamo Cecilio & Cuenca, Eduardo. (2002). Aspectos históricos del descubrimiento y de la introducción clínica de la clorpromazina. *Frenia*, 2, (1), pp 77-107

López, José. (2004). *Las topografías médicas burgalesas (1884-1917) Un intento de contribución a la historia natural, social y sanitaria de la provincia de Burgos en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Universitat de Barcelona

López, Rafael. (2011). *William H. Beveridge y su influencia en los sistemas públicos de previsión social*, *Estoikos*, 2, pp. 96-97

Lorde, Audre. (2003). *La hermana, la extranjera*. Madrid: Horas y horas

Lorenz, Konrad. (1986). *Fundamentos de etología*. Barcelona: Paidós

Llanos, Claudio. (2013). Seguridad social, empleo y propiedad privada en William Beveridge. *Historia Crítica*, 51, pp 223-246

Llanos, Claudio. (2012.) *Bases histórico-políticas del Estado de Bienestar alemán y británico (temas y problemas)*. *Historia Unisinos*, 16 (2) pp. 193-207.

Mc Dowell, Linda. (2000). *Género, identidad y lugar: un estudio de las geografías feministas*. Valencia: Cátedra

Madruga, Isabel (2006). *Monoparentalidad y política familiar. Dilema en torno a la mujer madre cuidadora/madre trabajadora*. Madrid: CIS

Magaña, Irene, Calquín, Claudia, Silva, Sebastián & García, Makarena. (2009). Diversidad Familiar, Relaciones de Género y Producción de Cuidados en Salud en el Modelo de Salud Familiar: Análisis de Caso en un CESFAM de la Región Metropolitana, Chile. *Terapia Psicológica*, 29, (1), pp 33-42. Disponible en [https://www.academia.edu/6816387/DIVERSIDAD\\_FAMILIAR\\_RELACIONES\\_DE\\_GENERO\\_Y\\_PRODUCION\\_DE\\_CUIDADOS\\_EN\\_SALUD](https://www.academia.edu/6816387/DIVERSIDAD_FAMILIAR_RELACIONES_DE_GENERO_Y_PRODUCION_DE_CUIDADOS_EN_SALUD)

- Martín, María. (2008). *Domesticar el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados*, Cuadernos de Relaciones Laborales, 26, 2, pp. 13-44
- Marx, Karl. (1996)[1867]. La acumulación originaria. En *El capital*, T. 1. Madrid: Pirámide
- Marx, Karl. (2005)[1843]. *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Buenos Aires: El signo
- Matttelart, Armand. (2001). *Historia de la sociedad de información*. Barcelona: Paidós
- May, Lary (1989). *Recasting America: Culture and Politics in the Age of Cold War*. Chicago: University of Chicago Press
- Margalef, J. Antonio. (2009). *Dificultad en la búsqueda moderna de habitar. El territorio doméstico como confrontación artística y vivencial*. Barcelona: Universitat de Barcelona. Disponible en <http://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/35431>
- Mariátegui, Javier. (1959). *La civilización característica de nuestra época y la higiene mental*, disponible en <http://www.bvsde.paho.org/documentosdigitales/bvsde/texcom/revneuropsiquiatr/1960/JMariate.pdf>
- Martínez, Rubí & Soto Ernesto. (2012). El Consenso de Washington: la instauración de las políticas neoliberales en América Latina. *Política y Cultura*, 37, 35-64. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26723182003>
- Medina, Ernesto & Kaempffer, Ana. (2007). Tendencias y características de la mortalidad chilena 1970-2003. *Rev. Medica Chilena*, 135, pp.240-20. Disponible en <http://www.scielo.cl/pdf/rmc/v135n2/art14.pdf>
- Mercader, Patricia.(1994). *La ilusión transexual*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Millot, Catherine. (1984). *Ensayo sobre el transexualismo*. Buenos Aires: Paradiso.
- Moncrieff, J (2002) *Tratamientos con drogas en la psiquiatría moderna: historia de un engaño. Ponencia presentada en la conferencia de la Critical Psychiatry Network [organizada bajo el tema] "Beyond drugs and custody: renewing mental health practice" [Más allá de las drogas y el encierro: renovando la práctica en salud mental], el 26 de Abril de 2002. Londres: UCL [Traducción de Carlos Pérez Soto colectivo Contra psicología-Chile.]*
- Modell, John. (1991). *De la juventud a la edad adulta en EE.UU 1920-1975*. Madrid: Ministerio del trabajo y seguridad social.
- Mohanty, Chandra. (2004). Bajo los Ojos de Occidente: Feminismo Académico y Discursos Coloniales. En Suárez, Liliana y Hernández, Rosalva (edit) *Descolonizando el feminismo Teorías y prácticas desde los márgenes*, pp.112-161. Madrid: Cátedra
- Money, John & Ehrardt, Ake. (1972). *Desarrollo de la sexualidad humana. (Diferenciación y dimorfismo de la identidad de género)*.Madrid: Morata
- Morini, C. (2014). *Por el amor o por la fuerza. Feminización del trabajo y biopolítica del cuerpo*. Madrid: Traficante de sueños.

Moro, Oscar. (2003). ¿Qué es un dispositivo?. *Empiria*, 6, pp.29-46. Disponible en <http://e-spacio.uned.es:8080/fedora/get/bibliuned:Empiria-2003-7BF2AF98-D511-EFDB-9E25-11CA8A4F40C4/Documento.pdf>

Morton, John. (1977). *V was for victory. Politics and american culture during world war II*. San Diego: Bloom

Mosher, Loren; Gosden, Richard y Beder, Sharon (2006) Las empresas farmacéuticas y la esquizofrenia en Read, John, Mosher, Loren & Bentall, Richard (eds.) *Modelos de locura Aproximaciones psicológicas, sociales y biológicas a la esquizofrenia* pp. 141 -166. Barcelona: Herder.

Mulvey, Laura. (2012). *Placer visual y cine narrativo*. Madrid: Episteme.

Mumford, Lewis. (1998). *El pentágono del poder. El mito de las máquinas*. Rioja: Pepitas de Calabaza

Nari, Marcela. (2004). *Políticas de maternidad y maternalismo político: Buenos Aires, 1890-1940*. Buenos Aires: Biblos.

Nash, Mary. (1993). Maternidad, maternología y reforma eugénica en España, 1900-1939. En Duby, George (edit), *Historia de la mujeres en Occidente*. Vol. V. pp.687-703. Buenos Aires: Alfaguara

Navarro, Inmaculada & García, D. (2010). El concepto de hiperactividad infantil en perspectiva: Breve análisis de su evolución histórica. *Revista Historia de la Psicología*, 31, 4 pp 23-36. Disponible en <http://www.revistahistoriapsicologia.es/revista/2010-vol-31-n%C3%BAm-4/>

Navarro, Vincenc. (1998). *Neoliberalismo y Estado de Bienestar*. Barcelona: Ariel

Navarrete, Leopoldo. (1922). *La habitación*. Santiago de Chile: Imp. Chile Disponible en <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0016147.pdf>

Negarastani, Reza. (2011). Los giros de la trama. *Index*, 1, pp.14-17.

Oberman, Alicia (2006) Historias de las madres en occidente: repensar la maternidad. *Psicodebate*, 5, pp. 115-130. Disponible en <http://www.palermo.edu/cienciassociales/publicaciones/pdf/Psico5/5Psico%2009.pdf>

Oksala, Johana. (2011). Gender Identity and Violence: Foucauldian Interventions. Disponible en [www2.hull.ac.uk/fass/pdf/Philo-Oksala.pdf](http://www2.hull.ac.uk/fass/pdf/Philo-Oksala.pdf)

Ortiz, Eugenia. (2010). Poblar el desierto argentino. Modelos de civilización en la novela de la Organización Nacional. Tesis doctoral, Universidad de Navarra

Osgood, Kenneth. (2006). *Total Cold War: Eisenhower's Secret Propaganda Battle at Home and Abroad*. Lawrence: University Press of Kansas.

Overbeek, Johannes. (1984). *Historia de las teorías demográficas*. México: FCE

Palacios, Jesús. (2002). Nueva carne/vicios viejos. Una arqueología libertina de la nueva carne. En Antonio Navarro (edit) *La nueva carne. Una estética perversa del cuerpo*, pp 23-31. Madrid: Valdemar

- Palacios, Inés. (2003). *Mujeres ignorantes: madres culpables: adoctrinamiento y divulgación materno-infantil en la primera mitad del siglo XX*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Palma, Patricia (2009). "Lo que deben saber las madres para criar bien a sus hijos". *Discurso médico- social pediátrico en las Cartillas de Puericultura. Chile, 1912-1929. Segundas jornadas nacionales de historia social 13, 14 y 15 de mayo de 2009 la falda, córdoba - argentina*
- Palmarola, Hugo (2011) ¿Que hace una chica como Betty Boop en un lugar como éste? Conferencia disponible en <http://www.uchile.cl/agenda/77451/conferenciaque-hace-una-chica-como-betty-boop-en-un-lugar-como-este>
- Passerini, Laura (2000) Sociedad de consumo y cultura de masas. En Duby, George. *Historia de las mujeres en Occidente. T. V*. pp. 388-409
- Pateman, Carol. (1995). *El contrato sexual*. México: Anthropos
- Pautassi, Laura. (2003). ¿Primero las damas? La Situación de la Mujer Frente a la Propuesta del ingreso ciudadano . Disponible en <https://www.journal.ufsc.br/index.php/ref/article/viewFile/12034/11311>.
- Pedraza, Pilar. (2002). Teratología y nueva carne. En Antonio Navarro (eds) *La nueva carne. Una estética perversa del cuerpo*, pp 35-. Madrid: Valdemar
- Penedo, Antonio. (2005). El retorno de Zagreos y la nueva carne: preguntas desde el cuerpo lacerado, en Riera Carmen, Torres, Meri; Clúa, Isabel y Pitarch (eds) *Los hábitos del deseo*, pp 669-675. Valencia: Ecultura
- Pérez, Inés (2012). *El hogar tecnificado. Familias, género y vida cotidiana. 1940-1970*, Buenos Aires: Biblos
- Perinat, Adolfo (1980). Contribuciones de la etología al estudio del desarrollo humano y socialización. *El basilisco*, 11, pp. 27-34.
- Pernas, Begoña. (2010). Utopías de la vida privada, *Asparkia*, 21, 11-23. Disponible en: <http://www.raco.cat/index.php/Asparkia/article/view/225859>
- Pittendrigh, C.S. (1958). Adaptation, Natural Selection and Behavior. In A. Roe & G.Simpson (Eds.) *Behavior and Evolution*. Yale: U.P.
- Pizarro, Luis. (2000). La evolución del espacio doméstico en la Europa contemporánea. Disponible en [http://photographicsocialvision.org/domestic/pdf/luis\\_pizarro\\_cast.pdf](http://photographicsocialvision.org/domestic/pdf/luis_pizarro_cast.pdf)
- Polanyi, Karl. (1994). *La gran transformación*. México: FCE
- Porton, Miguel. (2001). Reconfiguración de las prácticas de bienestar infantil: prácticas, riesgo, liberalismo avanzado y gobierno. En Chambon, Adrienne, Irving, Allan y Epstein, Laura (edit) *Foucault y el trabajo social*. Granada: Maristán
- Powaski, Ronald. (2000). *La guerra fría*. Barcelona: Crítica
- Preciado, Beatriz. (2010). *Pornotopia*. Barcelona: Anagrama

Preciado, Beatriz. (2008). *Testoyonqui*. Madrid: Espasa Calpe

Preciado, Beatriz. (2005). Casas y gigantes. Apuntes para un topografía política del género y de la raza. *Artecontexto*, 8, pp. 8-15. Disponible en <http://www.hartza.com/preciado4.pdf>

Pujó, Mario y Scavino, Ricardo. (2013). Freud y la Cocaína. *Rev El Psicoanálisis* N° 11. Disponible en [http://www.elpsicoanálisis.net/index.php?option=com\\_content&view=article&id=293:freud-y-la-cocaína-por-mario-pujo-y-ricardo-scavino&catid=70:numero-11&Itemid=191](http://www.elpsicoanálisis.net/index.php?option=com_content&view=article&id=293:freud-y-la-cocaína-por-mario-pujo-y-ricardo-scavino&catid=70:numero-11&Itemid=191).

Pujol, Margot y Amigot, Patricia. (2006). Ariadna danza. Lecturas feministas de Michel Foucault. *Athenea Digital* N°9. Disponible en <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1970999>.

Quitral, Máximo.(2012).Estado, mercado y sociedad en el Chile de los noventa: ¿La herencia de un "modelo de modernización" autoritario?. *Atenea*, 56, pp.97-119. Disponible en [http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-04622012000200007&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-04622012000200007&script=sci_arttext)

Raunig, Gerald. (2008). ¿Qué es la crítica? *Suspensión y recomposición en las máquinas textuales y sociales*. Disponible en <http://eipcp.net/transversal/0808/raunig/es>

Read, Jason. (2009). A Genealogy of Homo-Economicus: Neoliberalism and the Production of Subjectivity. *Foucault Studies*, 6, pp. 25-36. Disponible en <http://rauli.cbs.dk/index.php/foucault-studies/article/view/2465>

Read, John. (2006). Pobreza, etnicidad y género en Read, John; Mosher, Loren & Bentall, Richard.(eds) *Modelos de locura*.,pp.197-236. Barcelona: Herder

Reale, Giovanni & Antiseri, Dario. (2010). *Historia de la filosofía*. Barcelona: Herder

Recagno, Ileana. (1999). Apego materno y abandono de los hijos ¿una paradoja?. En Rangel, Ana & Lozada, Mireya (comp) *Contribuciones a la psicología en Venezuela*, T. 3 pp. 75- 102. Caracas: Fondo Editorial de la Facultad de Humanidades.

Reisch, George. (2009). *Cómo la guerra fría transformó la filosofía de la ciencia*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Rich, Adrienne. (1985). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. En *Nosotras que nos queremos tanto*, 3,pp 5-34. Disponible en [http://www.caladona.org/grups/uploads/2014/02/rich-a-heterosexualidad-obligatoria-revista\\_nosotras\\_n\\_3\\_11\\_1985.pdf](http://www.caladona.org/grups/uploads/2014/02/rich-a-heterosexualidad-obligatoria-revista_nosotras_n_3_11_1985.pdf)

Richard, Nelly. (2009). La crítica: entre lo artístico y lo cultural. En Capdevila, Ester (coord.) *Ideas recibidas. Un vocabulario para la cultura artística contemporánea*, pp. 59-74. Barcelona: Macba

Riquelme, Pablo. (2011). *La memoria de los objetos*. Tesis de magister. Facultad de Artes Universidad Católica de Chile.

Rodríguez, Alejandra. (1999). Apuntes para el análisis de las relaciones entre discurso médico y educación 1900-1930 en Rodríguez, Cándido & Palacios, Irene (edit) *Higienismo, educación ambiental y previsión escolar*. Valencia: Martin impresores.

- Rodríguez, Eugenia. (1998). Inventando el día de la madre en Costa Rica.1890-1932. *Reflexiones*, 75, 1, pp.33-42. Disponible en <http://www.latindex.ucr.ac.cr/index.php/reflexiones/article/view/11056>
- Rodríguez, Ocaña, E. (1985).Aspectos sociales de la Pediatría española anterior a la guerra civil 1936-1939, en Peset José.Luis (edit). *La ciencia moderna y el nuevo mundo*. Madrid: Alianza. pp.443-460
- Rodríguez-Ocaña, E. (1988). La construcción de la salud infantil. Ciencia, medicina y educación en la transición sanitaria en España. *Historia Contemporánea*, 18, pp. 19-52
- Rogers, Carls. (1961/2000). *El proceso de convertirse en persona*. Madrid: Paidós
- Rojas, Manuel. (1957/2010). *Hijo de ladrón*. Santiago de Chile Zig Zag
- Romero, José. (1956). *Argentina: Imágenes y perspectivas*. Buenos Aires: Raigal
- Romero, Alberto. (2002.) *Globalización y pobreza*. Nariño: Universitaria.
- Rose, Nikolas. (1990). *Governing he soul. The shaping of the private self*. London and N.York, Routledge.
- Rose, Nikolas. (1996). *Inventing our Selves*, Cambridge University Press.
- Rose, Nikolas. (1997). El gobierno en las democracias liberales “avanzadas”. *Archipiélago*, 29, pp.25-40.
- Rose, Nikolas. (2007). *Políticas de la Vida. Biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI* . Buenos Aires: Unipe.
- Rose, Nikolas. (2007). ¿La muerte de lo social? Re-configuración del territorio de gobierno. *Revista argentina de sociología*, 5, 008, pp111-150. Disponible en <http://www.unal.edu.co/ces/documentos/Temp/rose/Rose-la%20muerte%20de%20los%20social-re-configuracion%20del%20territorio%20de%20gobierno.pdf>
- Ruiz, Cándido & Palacios, Irene. (1996). *Pauperismo y educación, Siglos XVIII y XIX (Apuntes para una historia de la educación social en España)*. Valencia: Universitat de Valencia
- Rujas, Javier. (2010).Genealogía y discurso. De Nietzsche a Foucault. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. 26, pp. 105-119.
- Sadaba, Igor. (2012).La movilidad de los objetos tecno científicos: un ejemplo de biopolítica a través de las patentes. *Política y sociedad*, 3, pp 549-570
- Sánchez, Jordi. (2002). Delirios metálicos. Morfologías limítrofes del cuerpo en la cyberficción. En Antonio Navarro (eds) *La nueva carne. Una estética perversa del cuerpo*, pp 73-88. Madrid: Valdemar
- Sánchez, Mario. (1997). *Estado, bienestar e ideología. Un análisis de las teorías sociales del bienestar*, Tesis doctoral. Facultad de Cc. Políticas y Sociología. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en <http://eprints.ucm.es/1997/>



- Sánchez, J. (2005). El estado del Estado en la actual sociedad de mercado. *Nueva Sociedad*, 221, 100-119. Disponible en [http://www.nuso.org/upload/articulos/3612\\_1.pdf](http://www.nuso.org/upload/articulos/3612_1.pdf)
- Sánchez de Miguel, Manuel & Iturbide, Luis. (2011). Orígenes y desarrollo de la investigación psicosocial norteamericana aplicada durante la II Guerra mundial. *Revista de historia de la psicología*, 32, 2-3, pp. 69-84
- Sánchez de Miguel, Manuel; Iturbide, Luis & Lizaso, Isarne. (2012). La inteligencia militar norteamericana y el uso ambivalente de la psicología desde una perspectiva histórica, *Revista de Historia de la Psicología*, 33,3, pp 37-48.
- Sandeen, Eric. (2009). "La exposición que se ve con el corazón". La gira de The Family of man por el mundo en plena guerra fría. En VV.AA, *Espacios fotográficos públicos*, pp. 471-498. Barcelona: Macba
- Santos, José. (2008). Reseña Eva Illouz Intimidaciones congeladas. Las emociones en el capitalismo, *Revista Española de Sociología*, 9, pp. 141-145
- Sauquillo, Julián. (2001). *Para leer a Foucault*. Madrid: Alianza.
- Shapin, Steven y Shaffer, Simon. (2005). *El Leviatán y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Shohat, Ella & Stam, Robert. (2002). *Multiculturalismo, cine y medios de comunicación. Crítica del pensamiento eurocéntrico*. Barcelona: Paidós
- Simondon, Gilbert. (2009). *La individuación*. Buenos Aires: Cactus
- Soley-Beltrán, Patricia. (2003). Transexualismo. ¿La tecnología del género?. En Pérez, Eulalia, Alcalá, Paloma, González, Marta, De Villota, Paloma, Roldán, Concha y Santesmases, María Jesús (coords) *Ciencia, tecnología y género en Iberoamérica*. Madrid: SCIS, pp. 435-445
- Sontag, Susan. (2005). *Contra la interpretación y otros ensayos*. Buenos Aires: Alfaguara
- Stolcke, Verena. (2004). La mujer es puro cuento: La cultura del género. *Estudios Feministas*, 12 (2), pp.77-102. Disponible en <http://www.scielo.br/pdf/ref/v12n2/23961.pdf>
- Stonor Saunders, Frances. (2001). *La CIA y la guerra fría cultural*. Madrid: Debate
- Spengler, Joseph. (1971). El problema del orden en los asuntos económicos en Spengler, J & Allen, William. *El pensamiento económico desde Aristóteles a Marshall*. Barcelona: Tecnos
- Spigel, Lynn. (2012). El espacio exterior y las ciudades: respuestas afroamericanas a la Nasa. *Bifurcaciones*, 10, pp 4-12. Disponible <http://www.bifurcaciones.cl/2012/11/el-espacio-exterior-y-los-centros-urbanos/>
- Spigel, Lynn. (1992). El company de la casa suburbana: La televisión i l'ideal del barri a l'Amèrica del nord de la posguerra en Colomina, Beatriz (edit) *Sexualitat y espai: el diseny de la intimitat*. Barcelona: UPC

Spigel, Lynn. (1992b). *Make room for TV. Television and family ideal in postwar America*. Chicago and London : University Chicago Press.

Spivak, Gayatri. (2009). *¿Pueden hablar los subalternos?*. Barcelona: Macba

Spivak, Gayatri. (2010). *Crítica de la razón poscolonial. Hacia una crítica del presente evanescente*. Madrid: Akal

Strother, Z. S. (1999). Display of the Body Hottentot. En Lindfors, Bernth. (ed.) *Africans on Stage: Studies in Ethnological Show Business* pp. 1-55. Bloomington: Indiana University Press.

Suriano, Juan. (2004). Los historiadores y el proceso de construcción del Estado social. En Bertranou, J, Palacio, J & Serrano, G (comp) *En el país no me acuerdo. (Des) memoria institucional e historia de la política social en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo. Pp35-58

Tapia, José. (2005). Economía y mortalidad en las ciencias sociales: del renacimiento a las Ideas sobre la transición demográfica. *Salud colectiva* 1,3, pp. 285-308. Disponible en: [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1851-82652005000300003&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-82652005000300003&lng=es&nrm=iso). ISSN 1851-8265.

Teitelbaum, Vanessa. (1998). La prédica higienista en la construcción de la imagen de una maternidad en Tucumán Argentina, a fines del siglo XIX y comienzos del XX . *Papeles de Población*, 4, pp. 185-200 Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11201611>

Thelen, Ester & Adolph, Karen. (1992). Arnold L. Gesell : The paradox of nature and nurture. *Developmental Psychology*, 28, 3 pp 368-380. Disponible en [www.ETKEAdolph-psych.nyu.edu](http://www.ETKEAdolph-psych.nyu.edu)

Thuillier, Pierre. (1983). *La trastienda del sabio*. Barcelona: Fontalba

Tichi, Cecilia. (1991). *Electronic Hearth. Creating an American Televisión Culture*, New York: Oxford University Press.

Tiqqun. (2002). *La hipótesis cibernética*. Disponible en <http://tiqqunim.blogspot.cl/2013/01/la-hipotesis-cibernetica.html>

Tirado, Francisco. (2009). *Tres abismos se interponen entre el dispositivo y el actor-red*. Disponible en <http://network2matter.wordpress.com/2009/11/24/tres-abismos-se-interponen-entre-el-dispositivo-y-el-actor-red/>.

Torres, Julio. (1991). *El curriculum oculto*. Madrid: Morata

Torres, Jorge. (2004). Las palabras y las casas en Torres, Jorge (edit) *Casa por casa. Reflexiones sobre el habitar*. Valencia: General de Ediciones de Arquitectura.

Tortosa, José. (2011). *Conceptos básicos de patología forense*. Nueva York: Palibrio

Tournikiotis, Panayotis. (2001). *La historiografía de la arquitectura moderna*. Madrid: Celeste

Tyler May, Elaine. (2012). Cuestiones explosivas: el sexo, las mujeres y la bomba. En *Bajo la Bomba. El jazz de la guerra de imágenes transatlántica 1946-1956*. pp 91-103 . Barcelona : MACBA

Tyler May, Elaine. (2013). La Seguridad contra la Democracia: el legado de la Guerra Fría en el país. *Huellas de Estados Unidos. Estudios, Perspectivas y debates desde America Latina*, 4, pp. 6-23

Tyler May, Elaine. (2008). *Homeward Bound: American families in the cold war*. Nueva York: Basic Book

Tyler May, Elaine. (2006). *Containment at home: cold war, warm hearth* en Ross, Susan (edit) *American Families Past and Present: Social Perspectives on Transformations*, pp. .Washington: Rutgers

Urteaga, Luis. (1993). La teoría de los climas y los orígenes del ambientalismo. *Cuadernos críticos de geografía humana.*, 99, pp. 0. Disponible <http://www.ub.edu/geocrit/geo99.htm>

Urteaga, Luis. (1980). El higienismo en España durante el siglo XIX y el paradigma de las topografías médicas. Tesis de Licenciatura . Universitat de Barcelona

VV.AA. (1964). *Segundo seminario latinoamericano de salud mental*. Washington: Organización Panamericana de la Salud.

VV.AA. (2009). Espacios fotográficos públicos. Exposiciones de propaganda, de Press a The family of man. Barcelona: Macba

Valcárcel, Amelia. (2011). *La memoria colectiva y los retos del feminismo*. Santiago de Chile: Cepal/Eclac Serie Mujer y Desarrollo. Disponible en <http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/0/7220/lcl1507e.pdf>

Vallejos, Antonio (1951) Enseñanzas psiquiátricas de la segunda guerra mundial. Disponible en Google Books. [http://books.google.es/books?hl=en&lr=&id=kBjvdk6fTfcC&oi=fnd&pg=PA1&dq=bomba+atomica+higiene+mental&ots=5DZFHQnl01&sig=8-nRNvkXiTkJE\\_aiQk5ENeyWhj4#v=onepage&q&f=false](http://books.google.es/books?hl=en&lr=&id=kBjvdk6fTfcC&oi=fnd&pg=PA1&dq=bomba+atomica+higiene+mental&ots=5DZFHQnl01&sig=8-nRNvkXiTkJE_aiQk5ENeyWhj4#v=onepage&q&f=false) (Discurso en la Real Academia Española de Medicina)

Vallejos, Cesar. (2008). *Poemas Humanos*. Lima: Laberintos

Varela, Julia. (1997). *Nacimiento de la mujer burguesa. El cambiante desequilibrio de poder entre los sexos*. Madrid: La Piqueta.

Veiga, Francisco, Dacal, Enrique & Duarte, Angel. (2006). *La paz simulada. Una historia de la guerra fría*. Madrid: Alianza

Vega, Pilar Vega.(2002). *Frankensteiniana. La tragedia del hombre artificial*. Madrid: Tecnos/Alianza.

Vera Rojas, María Teresa. (2010). "Gloria Anzaldúa. *Borderlands/La Frontera. The New Mestiza*", *Lletra de Dona en Centre Dona i Literatura*, Barcelona, Centre Dona i Literatura / Universitat de Barcelona. <http://www.ub.edu/cdona/lletradedona/borderlandsla-frontera-new-mestiza>

Veyne, Paul. (1985). *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Madrid: Alianza.

Vicedo, Marga. (2013). *The Nature and Nurture of Love From Imprinting to Attachment in Cold War America*. Chicago: University of Chicago Press

Virno, Paolo. (2003). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Buenos Aires: Colihue

Wall, Irwin. (2012). El imperialismo de Hollywood y la Coca-colonización En *Bajo la Bomba. El jazz de la guerra de imágenes transatlántica 1946-1956*. pp 65-74. Barcelona: MACBA

Watson, Jonh. (1913/1990). La psicología tal como la ve el conductista (Manifiesto conductista). En Gondra, José (ed) *La psicología moderna*, pp.399-414. Bilbao: Descleé de Brouwer

Weiner, Susan. (2012). De Elle a Mademoiselle. En *Bajo la Bomba. El jazz de la guerra de imágenes transatlántica 1946-1956*. pp 139-168. Barcelona: MACBA

Widlocher, Daniel. (2004). *Sexualidad infantil y apego*. México: SXXI

Wiener, Nobert. (1948/1998). *Cibernética o control y comunicación en animales y máquinas*. Barcelona: Tusquet

Wilkie, Laura. (2010). Infancia en blanco y negro: La experiencia de la crianza en Estados Unidos a principios del siglo XX, *Complutum*, 21 (2), pp. 197-214

Winnicott, Donald. (2011). *El hogar, nuestro punto de partida. Ensayos de un psicoanalista*. Buenos Aires: Paidós

Winnicott, Donald. (1991). *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires: Paidós

Wintersberge, Helmut. (2006). Infancia y ciudadanía: El orden generacional del Estado de Bienestar. *Política y Sociedad*, 2006, 43(1), pp. 81-103

Wittig, Monique. (2005). *El pensamiento heterosexual*. Madrid: Egales

Wittke, Tommy. (1987). *La empresa: Nuevos modos de subjetivación en la organización del trabajo*. Disponible en [https://www.academia.edu/591986/Articulo\\_La\\_empresa.\\_Nuevos\\_modos\\_de\\_subjetivacion\\_en\\_la\\_organizacion\\_del\\_trabajo](https://www.academia.edu/591986/Articulo_La_empresa._Nuevos_modos_de_subjetivacion_en_la_organizacion_del_trabajo)

Zaretsky, Eli. (2012). *Secretos del alma. Historia social y cultural del psicoanálisis*. Madrid: SXXI

## Fuentes Visuales

*A two year old goes to hospital*. Dirigida por James Robertson. Inglaterra: Tavistock Insitute, 1952, 30 min. ([www.robertsonfilms.info](http://www.robertsonfilms.info))

*Amarga victoria* [grabación en video].Dirigida por Edmund Goulding. EE.UU: Warner Bros. Pictures / First National Pictures, 1939. 1 DVD 104 min

*Bienvenido Mister Marshall* [grabación en video]. Dirigida por Luis García Berlanga. España: Uninci, 1953. 1 DVD: 75 min

*Carta a una desconocida* [grabación en video]. Dirigida por Max Ophüls. EE.UU: Rampart Productions / Universal Pictures. 1 DVD: 86 min

*El carnaval de las almas* [grabación en video]. Dirigida por Herk Harvey. EE.UU: Herts-Lion International, 1962. 1 DVD: 78 min.

*El proyecto Manhattan* [online]. EE.UU: History Chanel, 2005, 45 min. Disponible en <http://www.teledocumentales.com/maravillas-modernas-el-proyecto-manhattan/>

*Glimpses of the USA* [grabación en video]. Dirigida por Charles Eames y Ray Eames. EE.UU: Eames Office LLC, 1959, 2012. 1 DVD: 35 min

*Godzilla, Japón bajo el terror del monstruo* [grabación en video]. Dirigida por Ishirô Honda y Takeo Murata, Japón: Toho Film, 1954, 1 DVD: 98 min

*King Kong* [grabación en video]. Dirigida por Merian C. Cooper y Ernest B. Schoedsack. EE.UU: RKO Radio Pictures, 1933. 1 DVD: 100 min

*Invaders from mars* [grabación en video]. Dirigida por William Cameron Menzies. EE.UU: 20th Century Fox, 1953. 1 DVD: 78 min

*La costilla de Adán* [grabación en video]. Dirigida por George Cukor. EE.UU: Metro-Goldwyn-Mayer, 1949. 1 DVD 101 min

*La mujer pantera* [grabación en video]. Dirigida por Jacques Tourneur. EE.UU: RKO Radio Pictures, 1942. 1 DVD: 73 min

*Life Begins*. Dirigida por Arnold Gesell. EE.UU: Erpi Classroom Films, 1934. 1 DVD: 25 min. (Prelinger archives San Francisco)

*Nixon-Khrushchev Kitchen Debate and President Kennedy and Khrushchev* [grabación en video]. EE.UU: National archives and records administration, 2010. 1 DVD.: 20 min

*Psychogenic Disease In Infancy* [grabación en video]. Dirigida por René Spitz. EE.UU: Quality Information Publishers Inc, 1952. 1 DVD: 20 min

*Rebeca* [grabación en video]. Dirigida por Alfred Hitchcock. EE.UU: Selznick International Pictures, 1940. 1 DVD : 130 min

*Stella Dallas* [grabación en video]. Dirigida por King Vidor. EE.UU United Artists presenta una producción Samuel Goldwyn, 1937. 1 DVD 105 min

*The twilight zone. ¿Where everybody?* [grabación en video]. Dirigida por Rod Serling. EE.UU: Universal Studios, 1959. 1 DVD: 25 min

*The wasp woman* [grabación en video]. Dirigida por Roger Corman. EE.UU: The Filmgroup Inc., 1959. 1 DVD: 73 min.

## Documentos Periódicos

“Life Begins” shows growth of child’s behaviour, body. The Vassar miscellany News, New York, 32, 29 de Febrero 1936. Disponible en <http://newspaperarchives.vassar.edu/cgi-bin/vassar?a=d&d=miscellany19360229-01.2.34#>